**José Luis García Cabrera**

**1920 - 2000**

# ¡El Pastel!

## Parte Uno




En un solo libro, ocho décadas del narcotráfico en México con declaraciones ministeriales y testimonios de algunos de sus protagonistas. Rigurosa recopilación de las complicidades políticas, militares y policiacas con los fundadores de los cárteles de Guadalajara, Sinaloa, Golfo, Juárez y Tijuana, cuna de los grupos que hoy operan en el país

1ª Edición: junio de 2012
Registro Público del Derecho de Autor
03-2012-050412265500-01

Diseño de Portada:
Said A. Morales Marañón

| | | |
|---|---|---|
| Número de Control de la Biblioteca del Congreso de EE. UU.: | | 2012914637 |
| ISBN: | Tapa Dura | 978-1-4633-3694-3 |
| | Tapa Blanda | 978-1-4633-3693-6 |
| | Libro Electrónico | 978-1-4633-3692-9 |

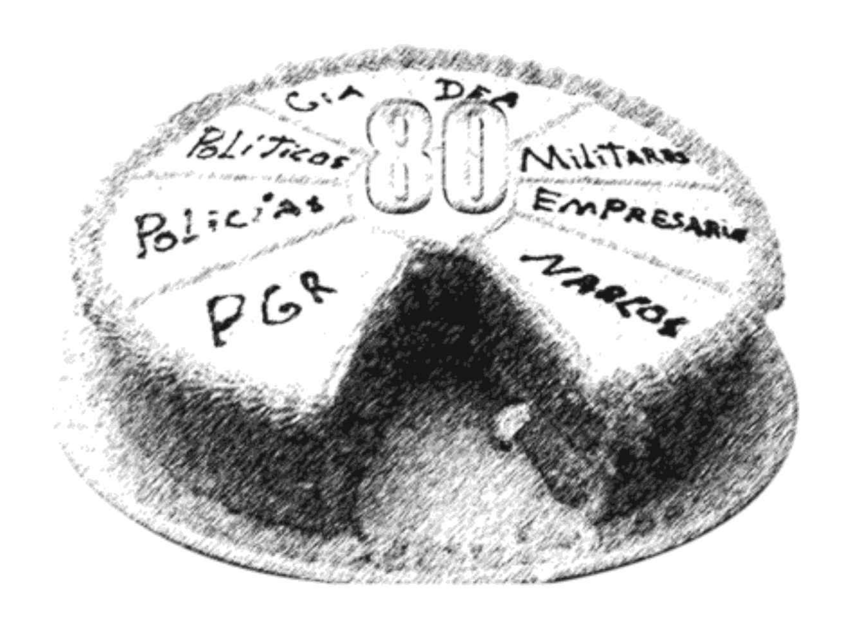
**Para pedidos de copias adicionales de este libro, por favor contacte con:**

Palibrio
1663 Liberty Drive
Suite 200
Bloomington, IN 47403
Llamadas desde los EE.UU. 877.407.5847
Llamadas internacionales +1.812.671.9757
Fax: +1.812.355.1576
ventas@palibrio.com
425003

# *Índice:*

**José Luis García Cabrera**

# ¡El Pastel!



*Agradecimientos:*

***A*** **mis hijos e hijas, con todo el amor de su padre**
**A Hugo Enrique Calvillo H.**
**A José Manuel Plata Lira**
**A Fernando Espinosa Vargas**
**A Enrique Sánchez Márquez**
**A Eduardo Muñoz Rocha**
**A Antonio Grez Grez**
**Todo autor necesita amigos, y todos ellos lo son; les debo mucho**

# o.-El Génesis, sin el pincel de Miguel Ángel

El sexenio del presidente Miguel Alemán fue una bendición para quienes se dedicaban al negocio de las drogas. La oficina del senador y coronel Carlos I. Serrano continuamente era visitada por traficantes de todas las regiones del país, todos querían hacer negocio con él. Pero los Herrera fueron de los más favorecidos. Amasaron una enorme fortuna con la heroína que hacían llegar a Los Ángeles, Chicago, Denver, Pittsburg y Miami. Y a medida que su fortuna crecía, Jaime Herrera Nevarez, jefe del clan, se convirtió en protector de los habitantes de su pueblo, en Durango: mandó construir hospitales públicos, aportaba fuertes cantidades de dinero en efectivo a distintas uniones vecinales para pavimentar o alumbrar calles, construir escuelas y parques con juegos para niños. Comenzó a relacionarse con los jueces, las policías y las autoridades municipales y estatales. Luego, confeccionó una larga lista de funcionarios federales que mensualmente recibían dinero, como gratificación a su disimulo y su “amistad”. Así se convirtió en *Don Jaime.*

Por el retrovisor de la suburban, el comandante Cruz López Garza ve acercarse a Pedro Avilés, seguido de Rosario Manzon y Juan Santi-báñez. Ve como su menudo cuerpo titirita al caminar, a causa del frío nocturno; le mira los ojos hundidos por la fatiga o la ya evidente vejez. Por un momento siente piedad por el traficante, su amigo. Pero sólo un instante, como un suspiro. Baja el cristal de la ventanilla, levanta la Smith & Wesson y espera a tenerlo al alcance. En ese momento jala del gatillo y el cuerpo de Avilés sale disparado hacia atrás, con el rostro destrozado, chorreando sangre. Simultáneamente, se

oyen ráfagas de metralletas y al momento se desploman, atrás del cadáver de su jefe, sorprendidos y agonizantes, Rosario y Juan.

La noche terminó muy bien para el cubano Alberto Sicilia Falcón. El joven que dormía a su lado, su nueva conquista, había cumplido con su deber de amante con destreza, estimulado por la promesa de estar al frente de asuntos más importantes dentro de la organización. Sin embargo, sus sueños se esfumaron cuando por la puerta de la suntuosa recámara apareció la recia figura del comandante Florentino Ventura. Tanta fue la resistencia a dejar el cálido nido de amor, que uno de los agentes federales de Ventura tuvo que ponerle un ojo morado, al que los periodistas bautizarían como *El barón de las drogas*. La captura de Sicilia, destapó una serie de complicidades que nunca fueron aclaradas. Surgieron los nombres de los más destacados políticos de la época, comenzando con el del presidente Luis Echeverría Álvarez y el secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, quien a unas cuantas semanas del *destape* presidencial del PRI, para el sexenio 1976-1982, sonaba como el más viable para suceder en la Presidencia de la República a Echeverría.

Don Juan Nepomuceno Guerra tomó un sorbo del cristalino líquido y dejó que resbalara por sus entrañas. Se inclinó sobre la mesa, y con su temblorosa mano exigió lo mismo a Juan García Ábrego, su sobrino. Luego, tan cerca que su pariente podía oler su agrio aliento, le dijo:

-Tengo la intención de retirarme de buena parte de los negocios. Mis hijos y yo hemos discutido largamente el asunto y estamos de acuerdo en que seas tú quien los maneje cuando yo me retire. Al escuchar la sorpresiva, como inesperada revelación de su temible tío, García Ábrego se quedó mudo. Quiso decir algo, pero las palabras se negaron a salir de su boca. Después buscó una frase familiar que conocía para agradecer, cuando menos, aquel gran favor pero no la halló. Así que sólo preguntó:

-Por qué yo, tío, si tienes hombres más capaces que yo...

-Cierto-le interrumpió el viejo en un susurro-, tengo hombres máscapaces que tú, pero es en ti en quien confío.

-Usted ya chingó a su madre, don Miguel-dijo, amenazante, el subprocurador. Su voz era seca cuando agregó:-Ya está en mis manos, cante todo su *rollo* por la buena o se lo saco a chingadazos. Miguel Ángel Félix Gallardo, permaneció callado. Tenía motivos poderosos. No sólo era el mayor traficante de cocaína en México, sino uno de los más grandes en el hemisferio occidental, tanto o más poderoso que los mismos colombianos: embarcaba un promedio de dos toneladas del alcaloide al mes, y tenía el potencial para reestructurar toda la industria mexicana del narcotráfico. Era el hombre que por más de dos décadas había sobornado a los más altos e influyentes funcionarios públicos del gobierno, incluyendo a los de la Procuraduría General de la República y la Secretaría de la Defensa Nacional; si revelara sus identidades, crearía el caos en el gobierno de México. Coello Trejo no lo ignoraba.

Estos individuos, y muchísmos más, colocaron los profundos cimientos de los grupos delictivos que se convertirían en los cárteles de las drogas más poderosos no sólo de México, sino del mundo entero; organizaciones que sólo pudieron crecer y fortalecerse primero con el apoyo y la protección de los militares, caudillos y caciques emanados de la Revolución Mexicana, y después de los políticos (terratenientes, diputados, senadores, gobernadores) surgidos del “abuelo” del PRI: el Partido Nacional Revolucionario (PNR), pasando por el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en el que se transformó el PNR, hasta llegar al Partido Revolucionario Institucional (PRI) que todos conocemos. Esta es la historia.

# PRIMERA PARTE

(Finales de los años veinte-1980)

# CAPITULO I

# El “abuelo” del PRI y la élite revolucionaria; años veinte

En México, a finales de la década veinte, los militares eran el segundo gobierno, mucho más poderoso que el presidencial. Surgieron de la Revolución Mexicana ocurrida entre 1910 y 1917, como consecuencia del rompimiento del poder centralista que por más de treinta años detentó Porfirio Díaz. La caída del sistema porfirista engendró diferentes facciones que, en un país tan poco desarrollado social y políticamente como lo era México, les permitió la formación de grupos armados cuya lealtad estaba a su servicio y no de la nación.

El 17 de julio de 1928, el general Álvaro Obregón se negó a aceptar que el atentado contra su vida del 13 de noviembre de 1927 era un claro mensaje de que una parte importante de la clase militar se oponía a que ocupara por segunda ocasión la Presidencia de la República, y a los pocos días de haber sido proclamado Presidente Electo para el período 1928-1932 fue acribillado a balazos en un restaurante de la ciudad de México.

Aunque en dicho restaurante rápidamente fue detenido un joven dibujante, como el único responsable del crimen, horas más tarde durante la necropsia, al cuerpo del general Obregón se le extrajeron más de una docena de balas de cinco calibres diferentes, lo que revelaba que en su muerte habían participado más de un individuo. Los rumores populares aseguraban que en el complot estaban involucrados el presidente Plutarco Elías Calles; el líder y fundador de la CROM, Luis N. Morones, y

algunos miembros de la Iglesia católica. Y al cabo de cinco meses del funeral de Obregón el Congreso de la Unión, controlado por callistas, designó Presidente Interino al secretario de Gobernación, Emilio Portes Gil. Iniciándose así el periodo conocido como Maximato, por ser el general Calles la máxima figura.

Asesinado Obregón, y sin ningún otro contrincante real entre los militares, en marzo de 1929 el general Calles creó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), el "abuelo" del PRI, para controlar las actividades políticas de las diferentes regiones del país; evitar choques armados entre las diferentes facciones militares emanadas de la Revolución y, sobre todo, contar con una organización fuerte para enfrentar a cualquier individuo o grupo que amenazara el poder político que esas facciones ejercían desde que terminó el conflicto armado, 1917. Es decir, el PNR fue creado por la élite revolucionaria como un instrumento para hacer frente común a sus adversarios.

Tras el triunfo de la Revolución, los generales que en ella participaron se erigieron como los herederos del poder porfirista. Pero como estaban fragmentados tenían que crear sus propios grupos armados, para defender sus feudos. Fue así como esos generales se convirtieron en gobernadores, caudillos o caciques de esos estados o regiones, con la anuencia o consentimiento del gobierno central.

De esta manera, además de tener que soportar las incursiones continuas de los muchos bandidos que azolaban al país, los ciudadanos de aquellas regiones se veían atormentados por los constantes abusos de los nuevos caciques.

La aparente ley y el orden llegaron con la creación del PNR, fundado en marzo de 1929 por el general Plutarco Elías Calles, durante la presidencia de Emilio Portes Gil. Como recompensa, una parte del generoso pueblo mexicano un año después, en 1930, apoyó al primer candidato presidencial del PNR, que por decisión de Calles resultó ser el ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

El sino de los habitantes de muchas regiones del país de aquellos tiempos, era la opresión y la miseria. Algunos disponían de una cantidad de terreno cultivable pero exígua, y

las mezquinas cosechas que le arrancaban apenas y alcanzaba para sobrevivir con su familia. Para otros, los más, su situación realmente era precaria.

Para pertenecer a la élite revolucionaria en 1929, el aspirante tenía que haber estado siempre del lado del grupo ganador en las revueltas revolucionarias. Por estas razones no eran muchos los miembros de ese selecto grupo, aunque sí muy poderosos, pero conscientes de que para mantenerse debían de seguir las “orientaciones” del general Calles, jefe máximo de la Revolución, y apoyar y participar en el PNR, creado por Calles.

Por ello no fue sorpresa que apoyaran la candidatura presidencial de Ortiz Rubio y, por lo tanto, al PNR y a Calles, echando a andar sus maquinarias políticas locales, a fin de asegurar el triunfo real o formal de Ortiz Rubio en sus respectivas regiones, primero a través de la votación, aunque ésta fuese manipulada, o incluso mediante la violencia. Las maquinarias políticas locales eran los mecanismos que desde la época del Porfirismo había utilizado el caciquismo para mantener el poder. Por ello, los generales triunfantes también las utilizaron, pero ajustadas a su propio estilo.

Mediante el caciquismo se tenía el control sobre ciertos grupos organizados regional o sectorialmente. Era como el engranaje de una maquinaria en el que la pieza más grande mueve a las otras menores y así sucesivamente. Pero además de las maquinarias políticas, los caciques utilizaban a sus grupos armados para imponer sus mandatos.

Fue de esta manera como en 1929, en la primera contienda electoral en la que participó el nuevo partido político, con el apoyo descarado del gobierno central y de los caciques, el PNR se convirtió en un gigantesco pulpo político cuyos tentáculos se extendieron por todo el país. Estrategia política que el PNR jamás abandonaría, adoptaría el PRM y perfeccionaría el PRI.

Aunque durante la campaña presidencial la figura política de Ortiz Rubio fue minimizada por el propio PNR y Calles, que lo manejaron como un títere, Ortiz Rubio “ganó” en las urnas frente a su principal contrincante, José Vasconcelos, candidato del Partido Nacional An-tirreeleccionista (PNA), que sólo era

el instrumento político de Vito Alessio Robles, ex dirigente nacional de ese partido que en el mes de julio se había lanzado como candidato a la gubernatura del estado de Coahuila. Supuestamente su candidatura tenía por objeto probar la ilegal participación del gobierno central en las elecciones, pues éstas se realizarían dos semanas antes de las presidenciales. Había advertido que si tanto Vasconcelos como él fuesen declarados oficialmente perdedores, organizaría la rebelión vasconcelista en Coahuila.

El candidato que el PNR presentó para la gubernatura de Coahuila fue Nazario Ortiz Garza, ahijado político del presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PNR, Manuel Pérez Treviño, a quien Alessio Robles, durante la campaña, acusó de enriquecimiento ilícito.

El 17 de noviembre de 1929 se efectuaron las elecciones, y el 28 de ese mismo mes el Congreso de la Unión declaró a Ortiz Rubio Presidente Electo de México. Era evidente que las cifras oficiales dadas a conocer habían sido alteradas, pues entre la ciudadanía Vasconcelos contaba con más apoyo que Ortiz Rubio. No obstante, los vasconce-listas nunca organizaron la cacareada rebelión, y sumisamente aceptaron la imposición de la elite revolucionaria.

A partir de ahí, primero como PNR luego como PRM y finalmente como PRI, ese instituto político se consolidó como partido único. Y gobernaría al país por más de siete décadas, pues al fin y al cabo sus miembros eran parte de la élite revolucionaria surgida de la lucha armada ocurrida entre 1910 y 1917. Pero cuando algunos de esos herederos de la Revolución comenzaron a embriagarse con el olor del poder y del dinero proveniente de las drogas, apenas sin darse cuenta desataron un fenómeno que mutaría hasta convertirse en una auténtica pesadilla para todo el país. Como se verá más adelante.

## 2.-Tirado y Leyzaola los dos

# Alfonsos; Sinaloa, 1938

El coronel Alfredo Delgado, gobernador de Sinaloa, se sirvió una pequeña porción del licor que acostumbraba beber cuando estaba nervioso y examinó el informe que el coronel y senador Rodolfo Tostado Loaiza le había enviado sobre Alfonso Tirado Osuna, ex presidente municipal de Mazatlán. Ambos aspiraban sucederle en el cargo, una vez que él concluyera su administración, en 1940.

Alfonso Tirado Osuna, más conocido como *Poncho* Tirado, era un ingeniero civil nacido en el poblado de La Palma Sola, municipio de Mazatlán, en 1902. Hizo estudios de Contaduría Comercial en Guadalajara, Jalisco. En 1921 Viajó a Oakland, California, donde estudió en Saint Mary's College ingeniería civil. Volvió en 1923, para encargarse de las vinaterías y del ingenio azucarero de su padre, en La Palma Sola y El Guayabo.

Los vecinos de Mazatlán y sus trabajadores daban referencias de que *Poncho* Tirado había sido un presidente municipal honrado y buen patrón, por lo que era bien visto por la sociedad mazatleca.

A mediados de 1932, fue candidato a la presidencia municipal de Mazatlán, y en noviembre de ese año, obtuvo una aplastante victoria sobre su contrincante Jesús I. Escobar. Como alcalde no devengó salario alguno y otorgó becas a los hijos de familias pobres.

El informe continuaba diciendo que Alfonso Tirado se convirtió en una figura destacada entre los mazatlecos, cuando se opuso a la instalación de un casino en el puerto, aprobado por el gobernador Manuel Páez, ofreciendo su renuncia y la de sus regidores y, más adelante, al negarse a pagar con dinero del Ayuntamiento un banquete ofrecido al general Calles, en el lujoso Hotel Belmar; argumentó que el dinero del pueblo no era para gastarse para agasajar a ningún político; a cambio, le propuso al diputado Ignacio Lizárraga pagar la cuenta entre los dos, lo que el legislador no aceptó.

Adquirió tanto renombre en el sur de Sinaloa, que una vez concluido su trienio al frente de la alcaldía de Mazatlán y de

haberse reintegrado a sus actividades empresariales, en 1938 sus amistades comenzaron a animarlo a buscar la gobernatura de Sinaloa para la sucesión de 1940.

Desde que comenzó su gestión como alcalde de Mazatlán, seguía explicando el informe que el coronel Tostado Loaiza le había enviado al gobernador Delgado, el ingeniero Tirado engañó la buena fe de los ma-zatlecos que le creían un hombre honorable. Como presidente municipal de Mazatlán colaboró continuamente con los terratenientes, para evitar que la reforma agraria beneficiara a los campesinos que sostenían una lucha a vida o muerte, para obtener una parcela propia y se organizaran como ejidatarios. Y ahora, al igual que otros hacendados de Mazatlán, se ha inmiscuido en negocios relacionados con la siembra de la goma, incluso se hace acompañar de *El Gitano* y *El Culiche,* dos conocidos gatillleros al servicio de los antiagraristas y del traficante Pedro Avilés Pérez. Aún así, *Poncho* Tirado es un serio rival del senador Tostado Loaiza, para el gobierno de Sinaloa al que aspira.

El gobernador Alfredo Delgado dejó las hojas del informe y antes de llamar al jefe de la Policía Judicial del estado, Alfonso Leyzaola Salazar, sorbió ligeramente su licor.

-Sobre el caso *Poncho*-le dijo-, quiero que usted nuevamente hable con él. Dígale que el día 10 lo espero aquí, en la oficina. Pero también dígale que estamos recabando informes de los negocios que él y sus amigos hacen con los gomeros. Y qué entienda: el candidato será el coronel Loaiza. En fin, actúe usted como debe ser. Es todo.

-De acuerdo, señor, se hará como usted ordena-contestó el militar que quince años atrás había sido presidente municipal de Cu-liacán, y ahora el gobernador Delgado había contratado como jefe policiaco para combatir a los alzados contra la reforma agraria en el sur del estado.

-... ¡Ah, mayor, y respóndale al *Poncho* en el mismo tono que él le hable! ¿Me entendió?-agregó el gobernador, antes de que Leyzaola Salazar cerrara la puerta tras de sí

En 1935, cuando el presidente Cárdenas decidió sacudirse a los gobernadores afines a Calles para colocar en su lugar a quienes sobradamente le habían demostrado su lealtad, como una forma

más de acabar con el llamado Maximato, jamás imaginó que en Sinaloa iba a provocar un verdadero jaleo entre un general y dos coroneles, que tendría repercusiones fatales una década más tarde. Lo que comenzó como una promesa y terminó en el asesinato tuvo su origen a mediados de 1934, durante la campaña presidencial que Cárdenas realizaba por el estado de Durango.

En ese entonces, el general Pablo Macías Valenzuela era jefe de las Operaciones Militares en Durango. Cuando Cárdenas llegó a la entidad durante su gira política, lo trató y atendió a cuerpo de rey. En reciprocidad, el candidato le prometió que si llegaba a la Presidencia de la Republica se comprometía a que él fuese el próximo gobernador de su tierra natal, Sinaloa.

Por la misma causa, una vez que Cárdenas se ciñó la banda presidencial, Macias Valenzuela viajó a Culiacán, la capital sinaloense, para hacer la residencia obligatoria. Levantó su tienda de campaña y se preparó para lanzar su candidatura al gobierno de Sinaloa, que aun presidía el profesor Manuel Páez. Y hasta nombró jefes de su comité "Pro Macías", a Rosendo R. Rodríguez, Saúl Aguilar Pico y Guillermo Ruiz Gómez.

Semanas después, ya en 1935, Cárdenas ordenó la desaparición total de poderes en el estado de Sinaloa y, por ende, dejó la guberna-tura el profesor Páez, conocido callista. Asumió interinamente el gobierno el coronel Gabriel Leyva Velázquez, con el que tanto Cárdenas como Macías Valenzuela llevaban una vieja amistad.

Macías Valenzuela dejó que corrieran unas cuantas semanas más, para luego viajar a la ciudad de México y presentarse ante el presidente Cárdenas, quien después de recibirlo con muestras de afecto le ratificó el compromiso establecido:

-General, vuelva a Sinaloa y espérese a que llegue el momento. Usted es el bueno.

Al paso de los meses, el general Macías Valenzuela se percata que su amigo el gobernador interino, Leyva Velázquez, abiertamente se inclina por la candidatura del coronel Tostado Loaiza. Ante esto, Macías Valenzuela viaja nuevamente a la ciudad de México para aclarar las cosas con el presidente

Cárdenas, pues como rudo militar no le gustaba que le doraran la píldora, por lo que seca pero con respeto le aclaró al general Cárdenas:

-Yo no le pedí la gubernatura. Usted me la ofreció y yo la acepté, y ahora resulta que me la quieren hacer tablas, Gabriel está a favor de Loaiza. Vengo a renunciar a esa situación, pero también a decirle que yo no soy burla de nadie, por lo tanto, le pido que Rodolfo tampoco sea gobernador.

De esa manera, ni Macías Valenzuela ni Tostado Loaiza, en esa ocasión, llegaron a la gubernatura de su tierra natal. Desde entonces la serpiente de la ponzoña clavó sus agudos colmillos en el alma de ambos. Cada uno se sentía mejor que el otro y por lo tanto estaban dispuestos a llegar a los extremos, para demostrarlo, pese a que Cárdenas, para enfriar los ánimos, de última hora decidió que el gobernador fuera el coronel Alfredo Delgado quien más adelante, irónicamente, al acatar dócilmente lo dispuesto por Cárdenas, desató otra tragedia.

*Poncho* Tirado estaba sentado en una de las mesas del bar del Hotel Rosales, en Culiacán, departiendo con su primo Alberto y un par de amigos más. Se mostraba ausente. Su reunión con el gobernador Delgado había resultado peor de lo que imaginaba. Las palabras del mandatario borraron todo vestigio de duda. El presidente Cárdenas había decidido que el próximo gobernador fuera el senador Loaiza. Pero él, *Poncho* Tirado, como días antes se lo había dicho a Leyzaola, jefe de la Judicial del estado, le contestó que no declinaría en sus intenciones de participar en las próximas elecciones estatales. No había un solo mazatleco que no conociera su nombre. Y poco le importaron las amenazas de Delgado de hacer públicas sus relaciones con *El Gitano* y *El Culiche*, gatilleros al servicio de los antiagraristas y del traficante Pedro Avilés, pues era del dominio público que en el negocio de la goma todo mundo estaba involucrado, incluido Delgado y Loaiza, el candidato de Cárdenas.

Mientras Alberto y sus dos amigos parloteaban y gustaban de sus bebidas, *Poncho* trataba de olvidar las amenazas del

gobernador Delgado. Si creía en lo que le había contestado al mandatario, el curso de su vida estaba ya trazado. Aunque, ¿podría ser así, después de que se supiera de sus relaciones con uno de los principales traficantes de goma y mariguana de la región? Si la gente del senador Loaiza hacía público aquello, quizá su carrera política acabaría dentro de poco, pensaba *Poncho*. Debía concentrarse, entonces, en cómo impedirlo. Loaiza no era un tonto y el gobernador Delgado, mucho menos. Se alegró cuando su primo Alberto le sacó de su ensimismamiento; le ayudaría a olvidarse del asunto y pasaría una tarde agradable al lado de aquellas personas que le estimaban.

Siendo como era una calurosa tarde de verano, resultaba en cierto modo curioso que el bar no estuviera muy concurrido, a pesar de que eran las horas de la comida de un viernes, día en que después de comer viene la sobremesa y algunos tragos de más con los amigos.

*Poncho* se sobresaltó ligeramente al ver entrar a Leyzaola, el jefe de la Judicial del estado, quien después de localizarlo con la mirada llegó hasta su mesa. Instintivamente, *Poncho* se llevó la mano a la cintura y comprobó que llevaba su treinta y ocho especial.

*Poncho* conocía al mayor Leyzaola, por lo mucho que de él se decía sin bases dignas de crédito. Era un militar culto, podría decirse, cuya fama contrastaba con su arraigada afición a la lectura de todo lo que llegaba a sus manos; hábito que había nacido desde su adolescencia en su poblado natal: El Sitio, Badiguarato. A pesar de no haber tenido una educación "formal", a sus cuarenta y cuatro años Leyzao-la se había sabido desenvolver entre los militares, los políticos y los policías: A los dieciséis se incorporó a las filas de la Revolución; a los veinte alcanzó el grado de mayor, por lo que el general Ramón F. Itur-be se lo llevó como jefe de su escolta; en 1917 logró una diputación local, siendo el legislador más joven de la XXVII Legislatura. A los veinticinco se dio de baja "con méritos del Ejército" al ser nombrado, en 1919, jefe de la Policía Judicial del estado. De 1923 a 1924 fue presidente municipal de Culiacán. Al terminar su gestión se dedicó a la

agricultura, al comercio y la minería. En 1936 el gobernador Delgado lo designó jefe de la Policía Judicial de Sinaloa, con la encomienda de combatir a los alzados contra la reforma agraria impulsada por el presidente Cárdenas en el sur del estado. Sí, Leyzaola era un hombre muy singular, pensó *Poncho*.

Leyzaola, de pie, le alargó la mano, y *Poncho* se la estrechó.

-Me da gusto poder verle, ingeniero-dijo Leyzaola-. Espero que podamos arreglarlo todo. Lo sucedido no es más que un mal entendido, y no es lo que el señor gobernador desea. ¿Me permite acompañarlo, sólo un momento?

-Desde luego, mayor-respondió *Poncho* Tirado, indicando una silla vacía, frente a él-. También yo espero que todo quede arreglado... No quiero que mis aspiraciones políticas sean causa de más fricciones con el gobernador Delgado-agregó, firmemente.

-No lo serán-replicó Leyzaola, con acento sincero-. Sólo le pido que, cuando hablemos, considere las cosas con mentalidad abierta. Es imposible hablar cuando una de las dos partes se cierra.

Alberto, el primo de *Poncho*, habló por vez primera cuando les pidió a sus dos amigos que junto con él se retiraran un poco, a otra mesa, para que Leyzaola y *Poncho* pudieran hablar en privado.

-Parece que ambos necesitan hablar a solas.

-Siento lo de nuestra última platica, ingeniero-continuó Leyzaola, una vez que ambos estuvieron solos-. Creo que no me dí a entender bien. Me temo que tendré que retirarme ya. No puedo soportar tantas presiones. Estoy harto.

*Poncho*, con sincero interés, preguntó:

-¿Es cierto lo que se dice de usted, mayor?

-No crea todo lo que se habla en la calle o publican los periódicos-contestó Leyzaola-. Como militar, sólo he obedecido órdenes, se lo aseguro.

Alfonso Leyzaola Salazar, en realidad, era ejemplar de una generación de militares en un país de luchas internas, de traiciones y asonadas; de hombres sin escrúpulos en busca del poder, de armas y de hombres armados. Primero como militar y luego como jefe policiaco, Leyzaola era implacable y

aparentemente sin corazón, dispuesto a perder la vida en incursiones peligrosas, fundándose en la tesis de que “las órdenes superiores se acatan, y la ley se respeta”.

Un mesero se acercó llevando una bebida más para cada uno. Después de que se alejó, Leyzaola, en tono conciliador, dijo a *Poncho.*

-Le voy a hablar al grano, y usted comprenderá que me interesa convencerlo de que mis intenciones son buenas, de que quiero lo mejor para todos. No lo tome a mal, por favor. Le repito que soy un hombre institucional que sólo acata órdenes.

*Poncho* sonrió con ironía.

-Lo comprendo-dijo-. Lo comprendo perfectamente, aunque no esté de acuerdo.

-Debe usted comprender que como yo, el gobernador Delgado también sólo obedece órdenes de sus superiores. Siento un gran respeto por usted, y me gustaría tener oportunidad de trabajar a su servicio. Pero debe comprender que su tiempo aún no ha llegado. Pero usted no quiere entenderlo así. Su seguridad de que puede llegar a la gubernatura carece de base. En realidad lo que pretende usted es imponer su voluntad sobre la del gobernador Delgado. Sí, sí, ya sé que el presidente Cárdenas a todos los que la desean les dice “adelante”, es su estilo; pero no es así, pues en realidad lo que hace es ordenar quién debe ser el próximo gobernador. Y ahora, lo que ha ordenado es que el coronel Loaiza será quien suceda en el cargo al coronel Delgado. Yo le respeto mucho, pero no puedo consentir que se desacate una orden. Así, pues, permítame decirle que el “bueno” es el coronel Loaiza, quien cuenta con el apoyo, silencioso, pero apoyo del presidente Cárdenas. Si usted continúa con su trabajo proselitista, tendrá que vérselas con enemigos insospechados. Permítame, ingeniero, permítame terminar, y le ruego que no tome mis palabras como insolencia alguna. Además, sus amigos antiagraristas y los gomeros también tendrán que disciplinarse. En consecuencia, el senador Loaiza le propone que cuando se acerque el final de su gobierno, el partido lo *destapará* a usted como su candidato para sucederlo. Mientras podrá seguirse dedicando a su negocio, con la gente de Pedro Avilés. Esto es

de lo que quería hablar con usted, ingeniero.

Ahora *Poncho* Tirado estaba seguro de que tanto el gobernador Delgado como el senador Loaiza le consideraban un infeliz; un inofensivo aspirante a la gubernatura al que, llegado el momento, se le apresaría por defender los intereses de los terratenientes del sur de Sinaloa, más que por sus relaciones con la gente de Pedro Avilés. Al cuerpo de *Poncho* volvió el mismo desagradable malestar que había sentido cuando abandonó el despacho del coronel Delgado, horas antes. Hizo una mueca de dolor. Alarmado, Leyzaola preguntó:

-¿Qué le pasa?

*Poncho* le miró con enojo. De pronto se echó hacía atrás, rápidamente buscó entre su cintura su treinta y ocho especial y cuando la encontró, la disparó sobre Leyzaola.

Leyzaola, apenas comenzó a hablar, tuvo el convencimiento de que sus palabras no eran bien recibidas por *Poncho* Tirado. No sabía por qué, pero su instinto así se lo indicaba. Debido a ello, sin dejar de hablar, disimuladamente se desabrochó la chaqueta, sacó de entre sus ropas su arma reglamentaria y la colocó entre las piernas, lista para usar, de ser necesario. Como fue. Por eso, en cuanto *Poncho* se echó violentamente hacia atrás y de pronto en su mano apareció una pistola, supo lo qué tenía que hacer. En aquel preciso momento sintió como una bala le perforaba el brazo izquierdo. Aún así, con esa mano apartó la mesa, mientras que su diestra, armada, accionó en repetidas ocasiones el gatillo de su arma reglamentaria. Tres balas entraron en el cuerpo de *Poncho*. Leyzaola se dio cuenta de que no era necesario más. Había visto en los petrificados ojos del mazatleco que la vida se le estaba escapando.

Acto seguido, Leyzaola se encaró con Alberto y sus dos amigos que, atónitos, seguían sentados en la mesa, como si nada hubiera ocurrido. Ninguno había hecho el menor movimiento. Parecían paralizados. Los pocos parroquianos y el mesero miraban a Leyzaola con expresión aterrorizada. El cuerpo de *Poncho* estaba tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre. Leyzaola se metió la pistola en la cintura, bajo el cinturón, se dirigió a la puerta y salió a la calle. Un auto se detuvo junto a él, con la portezuela abierta, y una vez estuvo

dentro, arrancó. Al volante iba uno de los agentes de la Policía Judicial de Sinaloa., quien respetuosamente le preguntó:

-¿A la oficina, señor?

Por un momento Leyzaola quedó sorprendido ante la pregunta de su subalterno. Su sentido común le indicaba que debía huir, pues acababa de dar muerte a una persona; pero también se preguntaba ¿"por qué huir, si lo hice en defensa propia"? En cuanto a la herida de bala que llevaba en el brazo izquierdo, no le preocupaba. No era de cuidado, incluso ni su subalterno se había percatado de ella.

-No, lléveme a la oficina del señor gobernador.

Minutos más tarde hablaba con el coronel Delgado, el gobernador. Horas después, tras de habérsele atendido debidamente la herida y comprobar que no era de cuidado y sanaría pronto, rindió su declaración ante las autoridades ministeriales. Cuando concluyó, no pudo reprimir un profundo respiro de alivio. Había hecho lo que creía correcto. Aunque se le dijo que permanecería en prisión tal vez por varios años, no se arrepintió de su decisión.

## 3.-Los cardenistas y los obregonistas; Sinaloa, 1938-1940

Era la primera vez en los diez últimos años que en Sinaloa alguien se atrevía a asesinar a un político tan popular, como el ex presidente municipal de Mazatlán. Por eso en la calle se insistía que el gobernador Delgado y el senador Loaiza estaban detrás del asunto, y que el mayor Leyzaola nunca se hubiera atrevido a asestar el golpe, de no contar éstos con el apoyo del poder centralista: el presidente Cárdenas.

El gobernador Delgado sonrió malévolamente. El senador Loaiza lo había planeado todo muy bien, y había tenido suerte. *Poncho* Tirado había fallecido poco antes de llegar al hospital,

donde lo trasladaban para que le atendieran de las tres heridas infringidas por el arma de Leyzaola. Loaiza sería gobernador. Con el apoyo del presidente Cárdenas y los recursos del partido, el triunfo estaba fuera de duda.

Durante el traslado del cadáver a Mazatlán, todos repudiaron la muerte del ex alcalde. Estudiantes de medicina de la UNAM, de la Confederación Nacional de Estudiantes y de varios estados del país, a quienes *Poncho* Tirado había apoyado económicamente en su servicio social en el sur de Sinaloa, enérgicamente exigieron castigo para
Leyzaola y los autores intelectuales, pues la voz popular insistía que el crimen había sido ordenado por el gobernador Delgado y el senador Tostado Loaiza, que veían en Tirado a un serio rival para el gobierno de Sinaloa, al que aspiraba Loaiza.

En Mazatlán el funeral fue regio. Cientos de vecinos del puerto y distintos municipios de Sinaloa llegaron hasta donde estaba el cuerpo. El hecho ocupó las primeras planas de muchos periódicos, a pesar de que el gobernador Delgado había sugerido que no se destacara. Los mazatlecos, en diferentes entrevistas, habían declarado que Alfonso Tirado Osuna había sido el mejor presidente municipal que habían tenido, y que para ellos era un gran honor que se les permitiera presentar sus últimos respetos a un hombre al que tanto habían admirado.

Cuando dos años y cinco meses después, en 1940, los mazatlecos se enteraron que Leyzaola había sido indultado y liberado, todos comprendieron que la vida del mayor no tardaría en llegar a su fin, pues su muerte sólo la había demorado la prisión. No dudaron más, al enterarse que apenas Leyzaola ganó la calle, Loaiza, el nuevo gobernador, le nombró jefe de la Policía Judicial del estado. Es decir, le devolvía el mismo cargo que detentaba al darle muerte a *Poncho* Tirado. Sus ejecutores creyeron que la mejor manera de vengarlo y rendirle homenaje al difunto *Poncho,* sería acabar con su asesino cuando éste repetía en el cargo con el que lo había victimado. Era sólo cuestión de tiempo.

Tras la renuncia del presidente Ortiz Rubio, por la permanente intromisión de Calles en todos los asuntos del Ejecutivo, como Presidente Interino Calles impuso al general Abelardo L. Rodríguez, quien nombró al general Cárdenas secretario de Guerra. Dos años después, en 1934, a regañadientes, Calles aceptó como candidato presidencial del PNR a Cárdenas, y el 1 de diciembre de ese año (a los treinta y nueve años de edad), tras de ganar las elecciones federales, rindió protesta como Presidente de México para el primer sexenio que concluiría el 30 de noviembre de 1940. Previamente se había reformado la Constitución para que por vez primera en la historia política del país, los presidentes de la República duraran seis años en el ejercicio del poder.

Erróneamente supuso Calles que Cárdenas también le iba a permitir su intromisión en los asuntos exclusivos del jefe del Ejecutivo, como lo habían hecho los tres anteriores presidentes impuestos por él: Portes Gil, Ortiz Rubio y L. Rodríguez. Cárdenas, que en 1913 se incorporó a las fuerzas revolucionarias y a los veinticinco años alcanzó el grado de general, apenas tomó las riendas del país se enfrentó a Calles, y en 1936 lo obligó a dejar el país para exiliarse en Estados Unidos.

Para consolidar su poder, en 1938 Cárdenas creó la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación de Trabajadores de México (CTM); reorganizó y cambió de nombre al PNR por Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Al modificar su estructura, el PRM dejó de ser una federación de partidos locales y regionales e integró a los cuatro grandes sectores del país: campesino, obrero, popular y militar. Entre 1937 y 1938 completó la nacionalización de la red ferroviaria y expropió los bienes de las compañías petroleras extranjeras residentes en México; frenó un intento golpista encabezado por el general Saturnino Cedillo; impulsó iniciativas para prohibir los casinos y cesó la hostilidad hacia la Iglesia católica; fundó el Instituto Politécnico Nacional (IPN), el Colegio de México (Colmex) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Modificó la Ley Agraria; amplió la red de carreteras y permitió la entrada a los refugiados políticos de muchos países,

entre ellos cuarenta mil españoles que huían de la guerra civil.

Durante su mandato, con el apoyo del Ejército y de las clases populares, empresarial, y la Iglesia, surgió la corriente ideológica denominada Cardenismo. Lo apoyan los militares, porque sienten que Cárdenas les ha dado voz y voto, y están convencidos de que su poder presidencial no amenaza al poder militar, sino que lo consolida; apoyan el Cardenismo los trabajadores, porque sienten que impulsa sus derechos laborales mediante la CTM; los campesinos e indígenas le apoyan porque, mediante la CNC, les ofrece y entrega la Reforma Agraria. A los empresarios les ofreció un proyecto económico viable, y a la Iglesia la incluyó en su proyecto.

Por temor a la política obrera y campesina de Cárdenas, dentro del Ejército, surgió una corriente anticardenista: Los obregonistas, aunque la institución armada permaneció leal al Presidente. Más cuando el secretario de la Defensa (a partir del Decreto publicado el 1 de noviembre de 1937 se había cambiado la denominación de la Secretaría de Guerra y Marina, por la de Secretaría de la Defensa Nacional; y por disposición jurídica de 30 de diciembre de 1939 se creó el Departamento de Marina Nacional, separando esas funciones de la Secretaría), el general Manuel Ávila Camacho, en 1939, fue *destapado* como candidato del PRM para sucederle en la Presidencia de la República.

Al entregar Cárdenas la Presidencia, se afianzó la idea de que había llegado a su fin la Revolución Mexicana, el movimiento armado que, paradójicamente, había creado las condiciones para el surgimiento de nuevos caciques locales o regionales, como los generales
Gabriel Leyva Velázquez (cardenista) y Pablo Macías Valenzuela (obregonista). Pero también para que se fortalecieran algunos grupos de traficantes de opio y mariguana, como Pedro Avilés Pérez y Jaime Herrera Nevarez, ambos con gran influencia en las zonas serranas de Sinaloa, Durango y Sonora. De tal manera que para la década de los cuarenta los cardenistas y los obregonistas, además del económico, seguían disputándose los intereses políticos. Ambos querían impulsar sus regiones por medio de los

recursos provenientes del tráfico de drogas, que para entonces comenzaban a dominar el adolescente Pedro Avilés y la familia de Jaime Herrera Nevarez, en Sinaloa y Du-rango.

-Tenemos amigos en la Judicial del estado-dijo Fidel Carrillo-, y ellos me comprobaron que Leyzaola hará una redada en Los Alisios.

-¿Al fin le daremos su merecido?-preguntó con cautela *El Güilo* Medina.

Con toda sencillez, sin demostrar sentimiento alguno, Fidel Carrillo agregó:

-Leyzaola morirá. No importa que ya hayan pasado tres años. Si tengo que hacerlo yo mismo, lo haré.

Curioso, *El Güilo* Medina preguntó:

-¿Es tan cabrón como dicen? ¿Por eso lo indultó el gobernador?

-¡Tú qué crees!-contestó malhumorado Fidel.

*El Güilo* Medina se revolvió intranquilo en su silla. Miró a Fidel. Aunque sabía que era brutal, le parecía raro oírle hablar así.

La mañana del 1 de abril de 1941, envuelto en una cobija y colgado de un árbol, fue encontrado el cuerpo sin vida de Leyzaola, en Los Alisios, Badiraguato. A un lado del banco de madera que los homicidas utilizaron como patíbulo, estaban las latas con goma que un día antes Leyzaola había decomisado a los traficantes de dicho poblado.

Un día antes, 31 de marzo, Leyzaola y ocho agentes de la Policía Judicial del estado llegaron a Los Alisios, donde destruyeron un predio sembrado de amapola y decomisaron varias latas de goma. Horas después, en una cañada cercana al poblado Santiago de los Caballeros, allí mismo, en Badiraguato, una docena de hombres ocultos en las partes altas, lo emboscaron junto con su gente. Durante el fuego cruzado que se suscita entre ambos bandos, siete de los compañeros de Leyzaola huyen; sólo permanece con él Francisco Urías, quien al ver que tiene tres balazos en el cuerpo: en el estómago, en el muslo y en una mano, como puede lo saca de la zona del

combate y le ayuda a llegar hasta una choza cercana, a donde lo deja mientras consigue refuerzos, que nunca llegaron. Cuando los atacantes se enteraron que Leyzaola sigue vivo, aunque mal herido, van en su busca, para rematarlo.

Lo encontraron desangrándose por las tres heridas. Estaba sentado en un banco de madera, laso, sin fuerzas. Aún así lo golpearon y torturaron. Hasta que Fidel decidió colgarlo por el cuello. Pero antes ordenó que lo envolvieran con una cobija, y cuando así sucedió, gritó a dos de sus compinches:

-Ustedes, súbanlo al banco, y pónganle la soga al cuello.

Acto seguido, Fidel pateó el banco y el cuerpo, sin piso, se agitó violentamente en el aire. Prendido por el cuello de la soga, Leyzaola comenzó a patalear y a resollar con fuerza, tratando de jalar aire.

Al ver esto, Fidel ordenó que volvieran a bajarlo y ponerlo de pie nuevamente sobre el banco. Una vez que se realizó todo esto, fue *El Güilo* Medina quien esta vez colocó la soga al cuello de Leyzaola. Cuando comprobó que la lazada estaba en el lugar correcto del cuello, gritó:

-¡Ahora sí, cabrones, jálenle.

## 4.-Avilés, *Don Jaime* y *Lucky* Luciano; Sinaloa, Durango y Chihuahua, 1940-1950

El grupo de Pedro Avilés trabajaba con Max Cossman, *El rey del opio*, miembro de la pandilla de Benjamin *Bugsy* Siegel de la familia de *Lucky* Luciano, jefe de la mafia italo-americana que desde principios de la década de los cuarenta operaba en varios estados de México, como Sinaloa, Durango, Chihuahua, Baja California y Jalisco. Los mafiosos ya no se confiaban del gobernador Loaiza. Estaban convencidos de que les estaba jugando sucio, al quedarse con la mayor parte de los excedentes financieros del negocio en el estado. Algo que no

podían tolerar.
Como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, a la que Estados Unidos entró en diciembre de 1941, se cortó el flujo de la adormidera que le llegaba desde Turquía para elaborar la heroína usada en los hospitales de guerra. Este hecho fue una bendición para la Mafia, lista siempre para sacar provecho de todo y de todos. Los italo-americanos ligados al grupo de *Lucky* Luciano, en especial *Bugsy* Siegel, propusieron al gobierno del presidente Franklin Delano Roosevelt impulsar el cultivo de la adormidera en México, para suplir la escasez de heroína y morfina en el mercado norteamericano. Pocas semanas más tarde, en 1942, Siegel estaba en la ciudad de México acompañado de la hermosa pelirroja Virginia Hill, quien desde 1939 ya viajaba a Baja California para pagar a los funcionarios mexicanos que disimulaban no ver el tráfico de las drogas, entre ellos el veracruzano y piloto militar Luis Amezcua, amigo del entonces gobernador de Veracruz Miguel Alemán Valdés y a la postre secretario de Gobernación y más adelante Presidente de México.

De manera muy similar a como había erigido el Hotel Casino Flamingo, el primer gran casino de Las Vegas que convertiría a esa ciudad en la capital mundial de los juegos de azar, Siegel quería utilizar esas habilidades empresariales para, con el visto bueno de su jefe *Lucky* Luciano, construir una poderosa red que le permitiera controlar el tráfico de opio y heroína a gran escala desde México.

En 1937 Luciano había nombrado a Siegel responsable de los negocios en la Costa Oeste, donde se manejaban el juego y las drogas en la zona de Los Ángeles. Tenía treinta y dos años cuando el mafioso arribó a esa ciudad, a donde comenzó a frecuentar los restaurantes de moda y organizar ruidosas fiestas, a las que asistían miembros de la aristocracia italiana y celebridades de Hollywood, como Jean Har-low, Clark Gable, George Raft y Cary Grant, entre muchas otras.

Gracias a la Ley Seca, las ciudades mexicanas fronterizas como Ciudad Juárez, Tijuana y Mexicali, habían experimentado un auge de cantinas, prostíbulos y casinos. Empresarios estadounidenses que tenían relación con la mafia,

invirtieron en esas regiones. Se les conoció como *los Barones de la Frontera*. En Tijuana abrieron centros de apuestas que ofrecían espectáculos de variedades, como posteriormente ocurriría en Las Vegas. La principal inversión la realizaron en un hotel casino e hipódromo que en 1928 se había construido en el balneario de aguas termales conocido como Agua Caliente. El lugar pertenecía a Abelardo L. Rodríguez, a la sazón gobernador del entonces territorio de Baja California y futuro Presidente de México.

El negocio se acabó en enero de 1935, cuando el presidente Cárdenas prohibió los casinos. Para entonces ya se había levantado la Ley Seca en Estados Unidos, y comenzaba el auge del negocio de las drogas, en el que el grupo de Al Capone ya se había iniciado en gran escala, pues desde meses antes comenzó a conseguir la morfina y el opio en México para su venta en Los Ángeles, una de las ciudades con mayor consumo en esa época.

A finales de 1938 Virginia Hill, de veintidós años, intermediaria, publirrelacionista y ex amante de varios mafiosos, entre ellos Siegel y Luciano, se había establecido en Los Ángeles para relacionarse con políticos, fiscales, jefes policiacos y figuras de Hollywood como Erroll Flynn, George Raft y Gary Cooper. En 1939 Hill y *Bugsy* se reencontraron y revivieron su tormentosa relación amorosa que habían mantenido en 1937, tras de conocerse en un bar de Nueva York. Fue en ese año cuando Virginia comenzó también a viajar a Baja California, y conoció e hizo su amante al piloto militar Luis Amezcua Torrea, quien deslum-brado por la belleza de la pelirroja y, sobre todo, las grandes sumas de dinero que le entregaba, le presenta al secretario de Gobernación, convirtiéndose así en el principal enlace entre los mafiosos y los políticos, los militares y los policías mexicanos corruptos. Como amante de Sie-gel, de Amezcua, y ya también de Alemán Valdés, futuro presidente de México, en la década de los cuarenta Virginia sería fundamental para establecer la red de contactos que facilitaba las operaciones de la Mafia en el tráfico de drogas entre México y Estados Unidos.

Con las puertas abiertas de par en par por Hill, Siegel

también comenzó a viajar con frecuencia a México para conseguir más narcóticos, cuya demanda crecía entre las tropas y los hospitales estadounidenses, debido al conflicto mundial. Siegel llegó a Tijuana y después se desplazó hasta Sinaloa, Durango y Chihuahua, para conocer a los principales traficantes de entonces: Pedro Avilés y Jaime Herrena Nevarez, y las regiones donde éstos sembraban la amapola. Para favorecer el negocio, Siegel comenzó a destinar "créditos" a los sembradores, pagándoles por adelantado la cosecha.

Para 1943, el principal grupo de la Mafia que traficaba las drogas desde México estaba constituido por las familias de Nueva York, San Francisco, Los Ángeles y Detroit. Cossman la transportaba hasta la frontera, para revenderla a Charlie LaGaipa quien la distribuía por toda la Unión Americana, operando desde California y Nueva York. En Estados Unidos la pandilla era encabezada por Gaetano Lucchese. La red de traficantes se vio amenazada, cuando las autoridades norteamericanas capturaron a más de una docena de sus miembros en diversas partes del país, desarticulando las conexiones para el tráfico desde México. Ante esto, los mafiosos contrataron a nuevos operadores en California, entre ellos William Lavin, quien desde 1942 compraba las drogas a una red de traficantes mexicanos encabezados por Enrique Diarte y Francisco Orbe. A partir de entonces Diarte se convirtió en un importante traficante con centros de operación en Tijuana y Mexicali, desde donde intentó desplazar a Cossman que operaba en Guadalajara, Jalisco. La rivalidad acabó en 1944, cuando el cuerpo de Diarte fue encontrado a orillas de una carretera de Baja California, con un balazo en el corazón y el cuello cercenado. Atemorizado, Francisco Orbe comenzó a trabajar para el grupo de Siegel.

A Cossman lo protegía en Guadalajara Andrés Medina Navarro, jefe de la Policía Judicial de esa ciudad jalisciense. Para la compra de opio en Sinaloa y Durango, trabajaba con los grupos que encabezaban Pedro Avilés y Jaime Herrera.

Como secretario de Gobernación, el licenciado Miguel Alemán

Val-dés recibió a la pelirroja Hill en su despacho. Poco después, era público que la había hecho su amante. A partir de entonces, la guapa mujer y sus amigos mafiosos se dedicaron a organizar fastuosas fiestas en los lugares y colonias más exclusivas del Distrito Federal, teniendo como invitados especiales a los políticos de mayor renombre e influencia, a los que convencían de las "bondades" que generaba el negocio. Luego, siempre acompañados de Bruno Paglia, el hombre de las confianzas de Alemán Valdés en cuestiones financieras, los mafio-sos comenzaron a organizar el negocio en Nayarit, Sinaloa, Durango, Sonora y Baja California.

Lo que siguió era inevitable. De la noche a la mañana llegaron el dinero y la prosperidad a los pueblos olvidados de la sierra occidental mexicana. Los ríos de dinero llegaron a los políticos, a los militares y a caciques regionales, gracias a las drogas. Sin embargo también trajeron consigo la corrupción y los asesinatos generados por la ambición desmedida de esos hombres y mujeres. El asesinato del gobernador Tostado Loaiza, en Sinaloa, era sólo el principio de lo que venía.

Pero cuando la guerra terminó y el gobierno de Estados Unidos decidió destruir lo que con la complicidad del gobierno mexicano había creado en secreto en la sierra occidental mexicana, y ordenó suspender la siembra de la adormidera porque la considera ilegal, los traficantes de la adormidera se rebelaron.

-¿Y quién diablos se creen los gringos para decidir lo que sólo incumbe a los mexicanos?-estalló Pedro Avilés, preocupado de que sus ganancias se vieran afectadas por la decisión unilateral del gobierno estadounidense, ahora que se había restablecido el flujo de la adormidera desde Turquía.

Naturalmente, Avilés y *Don Jaime* decidieron continuar el negocio por su cuenta, pero pronto se dieron cuenta de que las ganancias no se comparaban con las que obtenía antes de la decisión estadounidense. Pasó el tiempo y las cosas no mejoraban. Finalmente, un día se entrevistaron con el para entonces líder del Senado de la República, Carlos I. Serrano, su viejo conocido y amigo del ya para entonces presidente
Miguel Alemán. Serrano le dijo que le gustaba su manera de

trabajar y por lo tanto seguirían como antes, pero ahora directamente con los italo-americanos, sin la intervención del gobierno de Washington.

De esa manera, nuevamente florecieron las sierras de Sinaloa, Durango y Chihuahua, y se incrementó el poder de Avilés y *Don Jaime* y sus respectivos hombres, que siempre traían los bolsillos repletos de dinero. *Lucky* Luciano, a través de *Bugsy* Siegel, ponían el dinero necesario y los sinaloenses la mano de obra y su experiencia en el cultivo de la amapola, la extracción del opio, su refinamiento en heroína y su transporte hasta el territorio norteamericano. No había riesgo alguno. Contaban con el visto bueno de la gente del Gobierno mexicano, y la complicidad de las aduanas estadounidenses.

Cuando en noviembre de 1952 el presidente Alemán dejó la Presidencia, Sinaloa, Durango y Chihuahua, se habían convertido en entidades donde florecía la agricultura, pero también en regiones plagadas de corrupción gubernamental, traficantes de heroína disfrazados de honestos y laboriosos empresarios o comerciantes, y matones.

## 5.-El Gitano y el coronel Loaiza; Sinaloa, 1944

A Rodolfo Valdez Valdez, *El Gitano*, le gustaban los trabajos que armaran ruido y se realizaran a la vista de todos. Sin embargo, el de esa noche podía ser peligroso si los guardaespaldas del gobernador no lo dejaban solo, como se le había asegurado apenas unas horas antes. Ahora, confundido con la gente bailaba con la hermosa chica en el patio decorado con azulejos pintados a mano del Hotel Belmar, de vez en vez miraba al mandatario que a unos cuantos pasos de él, bebía y charlaba animadamente con políticos, periodistas, líderes de la recién fundada Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), y agraristas. Sólo un escolta cuidaba de sus movimientos.

*El Gitano* conocía todo cuanto debía saber del gobernador Rodolfo Tostado Loaiza. Era un sinaloense bajo de estatura, alegre, enamoradizo y fiestero al que le gustaba cantar su canción predilecta "El quelite"; había iniciado su carrera militar en 1913 y en Ciudad Victoria alcanzó el grado de teniente coronel, otorgado por el entonces gobernador de Tamaulipas, Emilio Portes Gil. Cuando Portes Gil llegó a la Presidencia Interina del país, lo designó subjefe y luego jefe del Estado Mayor Presidencial, otorgándole el grado de coronel. Había sido dos veces diputado federal y senador de la República, y desde el 31 de diciembre de 1940 era gobernador de Sinaloa.

Sabía que Loaiza era un convencido cardenista y enemigo de los terratenientes y empresarios que cobraban fuerza bajo la bandera del presidente Manuel Ávila Camacho. Sabía que las diferencias entre Loaiza *Poncho* se agudizaron en 1934, con la transición del callismo al cardenismo y el reparto de la tierra en el sur de Sinaloa. Pues si bien en esos años el interés de dotar de tierra era un principio preconizado por la Revolución Mexicana, en Sinaloa se intentó aplicar erróneamente, porque si bien en el centro y el norte del estado había latifundios improductivos, en el sur toda la tierra estaba repartida en parcelas bajo el régimen de comunidades, desde tiempos coloniales. Es decir, no había tierras que repartir para la agricultura masiva y extensiva, como se pretendía, pues la mayoría era de riego temporal o estaba en la sierra o cerca del mar.

Por otro lado, con el pretexto de hacer valer la Ley de Dotación Agraria de 1934, algunos dirigentes de los campesinos cometían toda clase de atropellos, no sólo con los terratenientes sino también con los pequeños propietarios agrícolas. Para contrarrestar estas anomalías, los parvifundistas y comuneros se unieron y formaron guardias blancas o cuadrillas armadas a sueldo. Entonces, al sur de Sinaloa empezó a llegar gente de Michoacán-la tierra del presidente Cárdenas-que se decían campesinos, a los que los pistoleros de los parvifundistas y comuneros comenzaron a enfrentar en cruentas luchas. Propiciando que después aquello se convirtiera

en una lucha entre bandoleros, sin más causa que la rapiña.

Entre estos comuneros y empresarios, principalmente de vinaterías, estaba *Poncho* Tirado, a quien se señalaba como uno de los financiadores de *El Gitano* y de su grupo también conocido como Los del monte.

A estas gavillas antiagraristas, dirigidas por Pedro Ibarra, Manuel Sandoval *El Culichi*, Manuel Sarabia y Rodolfo Valdez Valdez, *El Gitano*, mediante el mayor Leyzaola, Loaiza las persiguió sin descanso apenas tomó posesión como gobernador. A Ibarra lo detuvo en Badiraguato-para entonces ya convertido en importante municipio donde se sembraba la adormidera y la mariguana-, y lo convenció de abandonar la causa latifundista. *El Culichi* abandonó la lucha al ofrecerle no ser molestado por sus actividades como traficante de drogas. El único que no quiso pactar y continuó en la lucha antiagrarista fue *El Gitano*, quien también se alquilaba como matón a la banda de Pedro Avilés, el principal sembrador de amapola y mariguana de la sierra sinaloense.

Loaiza lo persiguió, pero *El Gitano* siempre logró escabullirse al contar con la protección de los hacendados y los vecinos de varios municipios del sur del estado, que le temían o admiraban por sus cruentos enfrentamientos con las fuerzas federales y estatales. Para huir de sus perseguidores, lo mismo se refugiaba en las haciendas rurales o en el monte, donde era protegido por la gente de Avilés Pérez.

Para acorralarlo, en 1943 Loaiza designó al coronel Salustio Coto, un michoacano con fama de torturador y despiadado con los forajidos, bandoleros y delincuentes, que *amaba* tanto o más a su Smith & Wesson, que a su mujer. La singular arma tenía cachas de oro con diamantes incrustados, y en su cañón tenía grabado el nombre de “Reina Juliana”. Enterado de los planes del gobernador, *El Gitano* ideó una perversa trampa para deshacerse del temido militar. Montado a caballo, con sus hombres dejó las haciendas de Concordia y viajó hasta Mazatlán, para a la luz del día asesinar a dos soldados que patrullaban la ciudad. Hecha la provocación se dirigió con rumbo a El Vergel, pero antes de llegar con sus matones se ocultó a las orillas de la carretera por donde tendría que pasar

el coronel Salustio. Allí le gustó para tenderles la emboscada al militar y su gente. Como fue. Cuando el militar y sus hombres llegaron a bordo de dos vehículos, fueron acribillados a balazos. En la emboscada murieron el coronel Coto, dos tenientes y catorce soldados. Allí *El Gitano* se hizo de las armas y el equipo de los muertos y, por supuesto, de la “Reina Juliana”.

Enterado de la masacre, Loaiza calificó el atentado como un acto propio de animales, y prometió capturar y ajusticiar a los asesinos antes de concluir su gobierno. Ahora *El Gitano* estaba ahí, a unos cuantos pasos del mandatario, y confundido con la gente que abarrotaba el lugar, esperaba la oportunidad de acercársele y cobrarle las amenazas.

Fue el general Pablo Macías Valenzuela, ex secretario de la Defensa, quien le transmitió a *El Gitano* que el trabajo debía realizarse la noche de la coronación de la reina del carnaval, a la vista de todo mundo. *El Gitano* aceptó con agrado, pues eso le daría mayor popularidad y armaría ruido no sólo en Sinaloa, sino en todo el país.

A sus cuarenta años, Rodolfo Valdez era un individuo alto y corpulento; manipulador, al que no le importaba causar daño con tal de conseguir sus propósitos; cuando cometía un delito no sentía remordimientos ni culpa alguna; le importaba sólo su persona; era extrovertido, con delirios de grandeza y carácter impulsivo y violento. Mentía con facilidad y difícilmente se le veía llorar, porque no podía procesar sentimientos. Por lo mismo, no lo pensaba dos veces para asesinar, incluso a amigos o parientes. Vestía pantalones de vaquero, botas altas, camisas holgadas y desabotonadas en el pecho, sombrero vaquero y gafas para el sol, sus labios los cubría con un denso bigote oscuro, como su crespo y crecido cabello que además del sombrero lo cubría con un paliacate que en ocasiones llevaba encima de los hombros, para limpiarse el sudor y el polvo. Le decían *El Gitano* por su postura desfachada y los colgajos que lucía en el cuello y mangas, adquiridos de los indígenas tepehuanos y huicholes, del sur de Sinaloa.

Tanto él como su familia habían sido trabajadores de las plantaciones cañeras de don José Gárate, en el poblado Agua

caliente de Gárate, municipio Concordia, donde nació en 1904. Desde muy pequeño, fue mandadero y peón del viejo hacendado, al que a partir de 1927, a los veintitrés años, demostró lealtad inquebrantable ante la llegada de la Reforma Agraria al estado de Sinaloa. Ese año, sin que nadie se lo pidiera, se unió a los antiagraristas que defendían sus latifundios de los movimientos regionales encabezados por políticos de Culiacán y Mazatlán. Para entonces ya había ganado fama de desalmado y violento. Para defender a su patrón, reunió a una docena de amigos y vecinos a los que de inmediato organizó y encabezó. La gente los conocía como "Los dorados" o "Los del monte", porque era la serranía desde donde operaban y se refugiaban cuando eran perseguidos. Su primer gran golpe lo dieron en agosto de 1928, con el asesinato de Jacobo Gutiérrez, líder de los campesinos. Muerte que agudizó el conflicto y convirtió al sur del estado en una zona altamente violenta en 1930.

Al no contar con el apoyo político del general y gobernador de Sinaloa, Ángel Flores, los agraristas empezaron a armarse contra las gavillas antiagraristas, y respondían con igual o aún mayor violencia con la que actuaban sus rivales. Flores, al igual que la mayoría de los políticos del estado, no se atrevía a contrariar a los caciques de la región que no simpatizaban con la Reforma Agraria. Sin embargo, para entonces ya comenzaba a sentirse el peso político del Cardenismo, corriente encabezada por el general Lázaro Cárdenas, empecinado a hacer cumplir las promesas con las que los militares habían arrastrado a la guerra a los desarrapados campesinos que necesitaban de tierras. Cárdenas, como secretario de Gobernación, exigió al gobernador Flores la designación de autoridades competentes para combatir a las gavillas armadas de los terratenientes y hacendados. Pero nada sucedió.

Después de Jacobo Gutiérrez, los agraristas fueron encabezados por Ramón Lizárraga, *El Borrego*, quien para hacerles frente a los gatilleros de los hacendados comenzó a atacarlos con mayor violencia de la que actuaban éstos. Moviéndose de pueblo en pueblo y azuzando a los ejidatarios a arrebatar violentamente las tierras que se habían ganado en la

Revolución.

En septiembre de 1930, *El Gitano* ejecutó en Mazatlán a José Esparza, otro agrarista que también movilizaba a los campesinos de La Yuca y El Verde, para obtener ejidos. La respuesta de Ramón Lizárraga fue el secuestro, tortura y asesinato de uno de los hijos del terrateniente Aurelio Haas. A partir de entonces la revancha o los ajustes de cuentas se convirtieron en algo común entre ambas facciones. A cada asesinato de Los del monte, los agraristas golpeaban el doble de fuerte. Las venganzas parecían tener fin en los municipios del sur de Sinaloa, principalmente en Mazatlán. Balaceras sin fin, de noche y de día, en las calles, en la sierra, en los hoteles, en los mercados. Esos municipios ganaron notoriedad por la violencia destilada de las luchas por las tierras.

En una de esas venganzas cayó el propio Lizárraga. Se le asesinó en su domicilio, mientras dormía. Fue un duro golpe contra el agra-rismo, al grado que le hizo flaquear durante los siguientes dos años. Parecía que nadie podría vencer a las gavillas. Sobre todo porque durante los años de lucha, primero como empresario y después como presidente municipal de Mazatlán, *Poncho* Tirado había hecho una defensa a ultranza del patrimonio de los hacendados, y por supuesto de las gavillas antiagraristas. Fueron los tiempos en que, apoyado por los terratenientes, comenzó a manifestar que buscaría la gubernatura del estado, que detentaba el coronel Delgado y también quería el senador y coronel cardenista, Loaiza.

La disputa concluyó, ya se sabe, con la muerte de *Poncho* Tirado. Homicidio que reavivó el conflicto agrarista en Sinaloa el resto del sexenio de Cárdenas, y no daba trazas de desaparecer en lo que iba del presidente Ávila Camacho, y mantenía fracturada a la sociedad sinaloense.

Concluir ese conflicto, precisamente, había sido la orden que en privado se le había girado al general Macías Valenzuela desde la ciudad de México, quien a su vez, más tarde y también sin testigos, dio instrucciones a *El Gitano*. Éste último era quien debía ordenar a uno de sus hombres que realizara el encargo, cuidara de reclutar a los hombres necesarios y dirigiera la operación. Ni *El Gitano* ni sus hombres sabrían por

qué tenía que ejecutarse aquella tarea, ni quién la había ordenado. Pero como *El Gitano* era un hombre que le gustaban los reflectores y el olor de la sangre, decidió hacerlo él mismo. Esos eran los motivos por los que la noche del 21 de febrero de 1944 estaba ahí, en el patio andaluz del Hotel Belmar, en espera del gobernador Loaiza, quien manejaba a su antojo el estado, con el pretexto de impulsar la política agrarista del cardenismo.

En los días del carnaval, el Hotel Belmar era el lugar preferido de los hombres de negocios, políticos, turistas, y prestigiados artistas de Hollywood, que gustaban de la abundante pesca del puerto. Aquella noche, en la que poco antes se había coronado a la reina Lucila Me-drano, la gente abarrotaba el patio del famoso hotel, donde se celebraba el baile del popular y concurrido evento.

Confundido entre las muchas parejas que alegremente bailaban al son de una Banda mazatleca, *El Gitano* suspiró profundo cuando observó que los acompañantes y el guardaespaldas del gobernador Loaiza le dejaban solo, para que pudiera hablar con la reina de los Juegos Florales. Estaba tan cerca del mandatario, que pudo oír como la hermosa chica, riendo, le decía:

-¡Cómo cree, señor gobernador. Ni lo piense. No quiero terminar en la boca de todo Sinaloa, como las otras muchachas.

Como ya casi terminaba la bella melodía, *El Gitano*, sin soltar a su joven pareja ni dejar de bailar, se acercó, quedando a espaldas del coronel Loaiza. Perfecto. La espera había terminado. Del resto de los guardaespaldas se habían ocupado la gente del general Macías Va-lenzuela. No se acercarían hasta que él hubiera completado el trabajo, y aún entonces lo harían tardíamente. Desenfundó su pistola que llevaba bajo el grueso cinturón de piel, y le metió un certero balazo en la nuca.

Tras el estruendo de la detonación, los guardaespaldas rápidamente desenfundaron sus armas y corrieron hasta el gobernador. Ya era tarde. Loaiza yacía boca abajo con un agujero de bala en la cabeza. El asesino había huido, a la vista

de todos, sin que nadie hubiera intentado detenerlo.

## 6.-Cárdenas y Macías Valenzuela; Sinaloa, mediados de años cuarenta

El conflicto agrarista entre los terratenientes y los campesinos del sur de Sinaloa, había resultado muy costoso para ambos bandos. Pero todo se calmó con el asesinato del gobernador Loaiza. En el ámbito político nacional era raro quien no estaba enterado de la protección política de la que gozaban *El Gitano* y el general Pablo Macías Valenzuela, ex secretario de la Defensa y jefe de la Región Militar del Pacífico; tampoco se desconocía cómo había disputado el poder al malogrado mandatario. Por eso a nadie sorprendió la falta de voluntad para capturar al homicida de Loaiza, que no había actuado por su cuenta, y para llegar hasta el autor intelectual del mortal atentado: Macías Valenzuela.

Muchos eran a quienes se responsabilizaba de la muerte de Loaiza. Entre otros, se mencionaba al general Maximino Ávila Camacho, hermano del presidente Ávila Camacho, ex gobernador de Puebla y entonces secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. En los círculos políticos donde se trataba el tema de la sucesión presidencial, se acusaba al general Maximino como autor intelectual del crimen. Semanas antes de morir, Loaiza había convocado a una reunión de gobernadores del Pacífico para oponerse a la candidatura presidencial de Javier Rojo Gómez, jefe del Departamento del Distrito Federal, respaldada por Maximino, desde que su hermano el Presidente le dijo que él no sería su sucesor. En una reunión secreta, ocurrida de madrugada cerca del Palacio Negro de Lecumberri en la ciudad de México, Maximino trató de convencer a Loaiza de apoyar a Rojo Gómez, su candidato. Ante la negativa del sinaloense, Maximino lo amenazó de muerte, en presencia del

chofer y el hijo de Loaiza, presentes en la ríspida reunión.

También se mencionaban a los terratenientes del sur de Sinaloa; a la familia del ex alcalde de Mazatlán, Alfonso Tirado, e incluso a los traficantes encabezados por Pedro Avilés. Sin embargo, los rumores populares insistían en señalar al ex secretario de la Defensa y jefe de la Región Militar del Pacífico. Y se acentuaron cuando el 1 de enero de 1945 rindió protesta como gobernador de Sinaloa. Es decir, como sucesor de Loaiza. Su gestión concluiría hasta el 31 de diciembre de 1950, pues a partir de entonces el periodo gubernamental se amplió a seis años.

El cambio de gobernador en Sinaloa benefició más al grupo de Pedro Avilés que a sus oponentes. Sus ingresos se basaban principalmente en los beneficios de la siembra de la adormidera y la mariguana, y en especial la elaboración de la goma para la heroína. Quienes se vieron afectados con la llegada del nuevo gobernador, fueron los grupos que no trabajaban para Max Cossman, quien para confirmar que sólo él podía negociar con los grandes traficantes de México aprovechó la incertidumbre que entre los traficantes provocó la muerte de Loaiza, para ese mismo año, 1944, eliminar a Enrique Diarte, que desde Tijuana y Mexicali le había disputado el negocio, junto con Francisco Orbe.

Sin embargo fue hasta la captura de *El Gitano*, y sólo hasta que le llevaron ante el secretario de la Defensa el general Cárdenas y en privado le confesó haber asesinado a Loaiza por órdenes del general Macías Valenzuela, cuando algunos periódicos revelaron la grave acusación y la relación que existía entre Macías Valenzuela y los traficantes de la adormidera sinaloenses. Publicaron pruebas-suministradas por Cárdenas-de que en los archivos de la Secretaría de la Defensa había la constancia de un juicio militar en su contra por la autoría intelectual del homicidio de Loaiza. Por ese cargo, hasta el final de su mandato-31 de diciembre de 1950-el tribunal militar lo hallaría culpable, pero en lugar de castigarlo fue nombrado jefe la Primera Zona Militar, la más importante del país.

Aunque estas pruebas y las imputaciones de *El Gitano*

fueron ampliamente destacadas en los periódicos de circulación “nacional” editados desde el Distrito Federal, el gobernador se negó a confirmar o negar su veracidad. Pero la información de la prensa empezó a surtir efecto. La ciudadanía estaba convencida de que Macías Valenzuela había sido el autor intelectual del asesinato de su antecesor, y que no sólo era asesino y corrupto, sino que ya como gobernador seguía recibiendo dinero procedente del crimen y de las drogas. Para la sociedad, esto era imperdonable.

Fue hasta el 20 de noviembre de 1947-siendo ya presidente de la República Miguel Alemán Valdés-, cuando el gobernador Macías Valenzuela decidió salirle al paso a nuevos señalamientos periodísticos, en los cuales se afirmaba que era uno de los cabecillas de la banda de traficantes de drogas que operaban en Sinaloa, e incluso se aseguraba que se acumulaban pruebas en su contra, pues existían evidencias de que era dueño de cuatro avionetas en las que se contrabandeaba el opio hasta Baja California. También se publicaba que otros políticos, influyentes comerciantes e industriales de Sinaloa estaban mezclados en el condenable tráfico.

Macías Valenzuela dijo que las acusaciones en su contra eran invenciones de sus enemigos políticos, desde el grupo del general Cárdenas. Aunque el escándalo se enfrió después de una reunión privada que sostuvo con el presidente Alemán, cuando éste se encontraba de visita oficial en Mazatlán, la duda sobre su conducta quedó sembrada. Era la primera vez que el tráfico de drogas había sido utilizado política y públicamente por los cardenistas contra los obregonistas. Ambos grupos de poder.

La muerte del gobernador Loaiza había sido un tremendo golpe a la cabeza de la sociedad sinaloense, porque fue el punto más alto de la violencia que se vivía en la entidad en esos años. Pero cuando se supo que Loaiza había sido muerto por proteger a un grupo de traficantes y atacar a los rivales de éste, con el pretexto de impulsar la Reforma Agraria cardenista en Sinaloa, y además que los traficantes a los que apoyaba trabajaban para la mafia italo-americana, el deseo de justicia de la ciudadanía decreció notablemente.

Por eso a la sociedad sinaloense tampoco le importó que *El Gitano*, que había sido sentenciado a veintiséis años de prisión, se hubiera fugado a principios de 1950, viviera en su casa de Agua Caliente de Gárate, su pueblo natal, al lado de su esposa Tamaura, y siguiera dedicándose al asesinato y al tráfico de drogas. Mucho menos le importó enterarse que fue recapturado en 1959 por policías federales en una cantina que tenía en Guadalajara. Después de vigilarle por varios días, los federales Juan Castro Avilés y Gilberto Pinto Vargas iniciaron el operativo para su captura. Pero durante la acción *El Gitano* mató a Pinto Vargas con dos balazos. Castro Avilés lo contuvo con un escopetazo en pleno rostro. Malherido fue trasladado a un hospital donde después de recuperarse se le juzgó y sentenció a catorce años de prisión más, que debería purgar en una cárcel de Culiacán, donde una versión asegura que murió el 15 de agosto de 1963, cuando iba a cumplir sesenta años de edad. La otra versión indica que fue liberado por el gobernador de Sinaloa Leopoldo Sánchez Celis y que falleció en libertad, en su casa y de muerte natural.

En México, normalmente, la gente acepta que un gobernador reciba dinero proveniente de las “mordidas”, por acelerar diferentes trámites burocráticos, por permitir el juego o el licor o porque las prostitutas ejerzan su oficio sin ser molestadas. Pero lo que no tolera, es que se embolse dinero procedente de los secuestradores, los atracadores a mano armada, de los violadores, de los asesinos o de los traficantes de drogas. Para el ciudadano honrado, este tipo de acciones atenta contra el bienestar general, contra la familia, por lo que no pueden ser permitidas ni mucho menos fomentadas.

Aún así, en 1948 todo mundo sabía que se sembraba mariguana y amapola en Sinaloa, quiénes las sembraban y quiénes las traficaban. Se sabía también cómo las autoridades, a través del jefe de la Policía, exigían su porcentaje a cambio del disimulo y el apoyo. Era sabido que en el negocio estaban familias enteras de Badiraguato, Culiacán, Guamúchil y Mocorito, algunas conocidas, bien relacionadas y con posibilidades económicas, porque el negocio producía enormes utilidades en dólares.

# 7.-Alemán Valdésv los Ávila Camacho; ciudad de México, 1940-1950

Miguel Alemán Valdés recién se había recibido como abogado cuando su padre, el general Miguel Alemán González, se suicidó en el poblado Mata de Aguacatillo, Veracruz, a principios de 1929, antes de ser aprehendido por rebelarse contra la reelección de Álvaro Obregón. El muchacho nació el 29 de septiembre de 1900 en el poblado de Sayula y cursó sus estudios de primaria y secundaria en Acayucan, Coatzacoalcos y Orizaba, y el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria en la ciudad de México donde, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el 29 de junio de 1928, se recibió como licenciado en Derecho. Alemán Valdés, que contaba con veintinueve años y era dueño de un carácter juvenil y alegre que rayaba entre la frivolidad y el cinismo, a los pocos meses de la muerte de su padre, cuando se afilió al apenas formado PNR; instituto político que menos de dos décadas después-ya convertido en el PRI-lo llevaría hasta la Presidencia de la República desde donde, como pocos, ejercería el poder.

En 1930, el joven político comenzó a trabajar en la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, y a unos meses de cumplir treinta y un años contrajo matrimonio con Beatriz Velasco Mendoza, una joven de dieciocho años nacida en Acámbaro y criada en la ciudad de México en el seno de su acaudalada y conservadora familia celayense. Un año más tarde su matrimonio fue bendecido con la llegada de su primer hijo, Miguel, quien siguiendo los pasos de su padre se convertiría en un rico empresario, senador de la República y gobernador de Veracruz.

Con el advenimiento de su primer hijo-después nacerían Beatriz y Jorge Francisco-en 1932, el joven abogado logró la diputación suplente por Coatzacoalcos, Veracruz. En 1933 participó en la campaña presidencial del general Cárdenas,

quien le abrió las puertas para que en 1934 se le nombrara magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal. Posición que ese mismo año le impulsara y mantuviera en el Senado de la República hasta 1936, cuando se fue a Veracruz a concluir el mandato del gobernador electo (1936-1939) Manlio Fabio Altamirano, tras de ser asesinado. Desde esa posición, en 1938, presidió el bloque de gobernadores que brindó apoyo a Cárdenas con motivo de la expropiación petrolera. Al terminar su gobierno, entre 1939 y 1940, coordinó la campaña presidencial del general Ávila Camacho, y una vez que éste llegó a la Presidencia lo hizo secretario de Gobernación hasta 1945; cargo al que renunció cuando el PRM lo nominó su candidato a la Presidencia de la República para el periodo 1946-1952. De esta manera, en enero de 1946, se convirtió en el primer candidato presidencial del PRI, en el que se había transformado el PRM.

Pero no todos los militares estaban de acuerdo con su nominación. Entre ellos el general Maximino, el hermano del presidente Ávila Camacho. Y así se lo haría saber en su oportunidad.

Maximino era el mayor de los hermanos Ávila Camacho, Manuel y Rafael, producto del matrimonio conformado por Manuel Ávila Castillo y Eufrosina Camacho. Maximino y Manuel fueron militares revolucionarios y combatientes de la Guerra Cristera, pero de temperamento muy diferente. Manuel era el negociador que mediante el diálogo instaba a los rebeldes a deponer las armas. Maximino, en cambio, los fusilaba y quemaba los pueblos donde los ocultaban. Era legendaria su arrogancia y brutalidad, su gusto por el juego y las mujeres. Cuando en 1937 Cárdenas lo convirtió en gobernador de Puebla, manejó a su antojo y dictatorialmente la entidad, concentrando todo el poder en su persona. De él se decía que era miembro del grupo de gobernadores que cobraban tributo a los productores y traficantes de mariguana que operaban en los estados de Puebla, Guerrero, Tlaxcala y el Distrito Federal, como María Dolores Estévez, *Lola la chata*,

la más importante traficante de drogas de la ciudad de México. A ese grupo pertenecían también los gobernadores de Sonora, Sinaloa, Coahuila, Baja California, Durango y Chihuahua, que permitían el tráfico del opio a través de Nogales, Mexicali, Tijuana y Ciudad Juárez. En Coahuila, el traficante de opio más importante era Antonio Wong Yin, compadre del gobernador Nazario Ortiz Garza. Otros operaban bajo el disimulo de general Jesús García Gutiérrez, encargado de las operaciones militares en esa región.

Cuando en 1940 Manuel, entonces secretario de Guerra, fue postulado candidato a la Presidencia para suceder a Cárdenas, Maximino se enfureció y lo insultó. Creía que por ser el primogénito de los Ávila Camacho, la Presidencia le correspondía a él. Finalmente Manuel fue electo y Maximino esperaba un puesto de primer orden en el gabinete, para desde ahí *brincar* a la Presidencia en el siguiente periodo. Sin embargo Manuel no le dio ningún cargo, pretextando que aún le restaban dos meses como gobernador de Puebla. Al concluir su mandato, en 1941, su hermano lo nombró secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, lo que reactivó su obsesión por el poder. Daría su vida misma para lograrlo.

Por ello, abiertamente comenzó a maniobrar para suceder a Manuel que, para despecho de Maximino, se inclinaba por su secretario de Gobernación: Miguel Alemán. El distanciamiento entre ambos hermanos se hizo más evidente meses después, cuando Alemán Valdés fue *destapado* como el candidato presidencial. Maximino comenzó no sólo a burlarse de su hermano el Presidente, sino a odiarlo, tanto como al veracruzano Miguel Alemán, al que estaba decidido a cerrarle el paso en su ascenso a la Presidencia. Incluso, durante una comida, después de insultarlo soezmente y llamarlo "facineroso", lo amenazó de muerte. El resto de los políticos que les acompañaban se limitaron a observar, sin inmiscuirse en nada.

Pero sucedió lo insospechado. Pocas semanas más tarde, el que había lanzado las amenazas de muerte moría repentinamente en la cama de su Quinta Chignautla de Puebla, en Xonaca. Durante una gira de trabajo por Atlixco, Maximino

sufrió dos infartos. Sus dos médicos de cabecera que siempre le acompañaban, Ricardo Campillo Bueno y José Larumbe, determinaron trasladarlo con urgencia a su residencia, a donde murió a los pocos minutos.

Podría decirse que Maximino falleció solo. Su esposa Margarita Bárbara Richardi Romagnoli no le había acompañado, por asistir a una función en el Cine Chapultepec de la ciudad de México. Se enteró hasta que algunas radiodifusoras comenzaron a difundir un mensaje en el que le pedían se comunicara con urgencia a su casa. Enterada del suceso, se dirigió a su residencia de las Lomas de Chapultepec y después a Los Pinos, acompañada por su hijo Maximino Eulogio, *El Chacho*, y por las esposas de altos funcionarios, para de ahí partir a Puebla en un vehículo oficial, con sus cuñados Rafael y Manuel y la esposa de éste, Soledad Orozco, seguidos por otros automóviles en los que viajaban Miguel Alemán; Elena Díaz Lombardo de Baz, esposa de Gustavo Baz, secretario de Salubridad y Asistencia; Marte R. Gómez, secretario de Agricultura; Javier Rojo Gómez, regente del Distrito Federal y el mayor David Pérez Rulfo, director de Tránsito.

Al velorio en Puebla asistieron Mario Moreno *Cantinflas* y los toreros Silverio Pérez, Fermín Espinosa, *Armillita*, y Juan Silveti, además de los políticos más importantes de la época. Lo mismo sucedió en Teziutlán, una multitud acompañó los restos al panteón. Su repentina muerte siempre quedó entre sospechas de un envenenamiento ordenado desde Los Pinos, aunque nunca se realizó investigación alguna. Al morir, Maximino tenía cincuenta y tres años y encabezaba a un grupo político que mantendría el poder hasta 1975; en ese grupo se formaron varios políticos de renombre, como Gustavo Díaz Ordaz.

Al morir, Maximino contaba con una inmensa fortuna, hecha al cobijo del poder, cobrando regalías por concesiones gubernamentales a empresarios y, además, por la protección que brindaba a los productores y traficantes mariguana que

operaban en los estados de Puebla, Guerrero, Tlaxcala y el Distrito Federal. La fortuna la conformaban infinidad de bienes inmuebles, como el rastro de la ciudad de México; era el principal accionista del Hipódromo de las Américas y del lujoso cabaret Ciros; propietario del edificio de Sanborns llamado “Casa de los azulejos”; dos edificios de siete pisos, ubicados frente al Palacio de Bellas Artes; unos veinte ranchos en Puebla y Veracruz, con más de mil cabezas de ganado; criadero de caballos; casas en el Distrito Federal, Acapulco, Guerrero, en Puebla y Veracruz.

Ironías de la vida. Su viuda, Margarita Richardi murió en la miseria, ya nonagenaria, en los primeros años del 2000. Sus últimos años los pasó al lado de su hija Gloria. Vivían en casas de huéspedes. La finca que Maximino tenía en San Jerónimo y Periférico, se les quedó a ellas y la vendieron a Dolores Olmedo, quien pagó por la misma veinte millones de pesos que dilapidó el yerno, Hugo Olvera Villafa-ña, quien, por cierto, junto con dos hijos del general poblano: Maximino Eulogio, *El Chacho*, y Luis Ávila Binder, estuvo involucrado en los dos atentados cometidos en contra de Margarita y el segundo esposo de ésta, el productor y director de cine Jorge Vélez, supuestamente porque “no repartió equitativamente” la cuantiosa herencia del general poblano. Hugo Olvera, también se vio involucrado en el asalto a la residencia del político Ramón Beteta.

El segundo atentado se registró en la ciudad de México cuando la pareja se dirigía al aeropuerto para ir a Roma a casarse por la iglesia. Margarita y Vélez quedaron heridos (Vélez por segunda ocasión en sesenta días) y Teresa Bonfilgli de Richardi, cuñada de Margarita, que los acompañaba, falleció en el suceso. Además de los ya señalados, otros participantes en el atentado fueron Rafael Ávila Camacho, hermano de *El Chacho*, y Manuel Prieto Crespo, quienes con el tiempo se relacionarían con el jefe de la Policía de la ciudad de México, Arturo Durazo Moreno, *El Negro* Durazo, y Francisco Sahagún Baca, jefe de la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD), señalados del traficar con drogas.

Tras del atentado, a *El Chacho* le dieron su parte de la herencia, alrededor de siete millones de pesos, y se fue a vivir a Puebla. Cuando el escandaloso suceso, Hugo Olvera era esposo de Gloria, la hija de Margarita. Las investigaciones del caso revelarían que Gloria estaba al tanto del atentado en contra de su madre. Por muchos años Hugo, quien también fue esposo de Dolores Olmedo, de dedicó al comercio de caballos en un rancho cercano a San Juan del Río, Querétaro. Manuel Prieto Crespo, fue esposo de Adriana, (hija de Felisa Cazasa y el general Maximino), madre de Juan Rafael Ávila Moro, quien años más adelante sería encarcelado al ser señalado de haber asesinado al periodista Manuel Buendía.

Hilda Ávila, hija también de Felisa Cazasa y hermana de Adriana y de Heldiza, al igual que Alicia Antonieta esposa del empresario Justo F. Fernández, quien por muchos años fue el propietario del Hipódromo de las Américas en la ciudad de México y del Fraccionamiento Las Ánimas, en Jalapa, Veracruz. Otra de las hijas del general Maximino es Pastora, cuya madre fue la cantante de flamenco Conchita Martínez. Pastora es hermana del cantante Emmanuel, quien nació en 1955, diez años después de la muerte de Maximino, tras la unión de su madre con el torero Raúl Acha Sáez Rovira.

## 8.-Jaime Herrera Nevarez, Don Jaime; Durango, 1940-1950

Como una seria advertencia se tomó el asesinato del coronel Loaiza entre los gobernadores que protegían a determinadas bandas de traficantes de mariguana y adormidera y atacaban a las rivales. Y cuando supieron que el secretario de la Defensa, Cárdenas, intentaba no dejar impune el crimen castigando tanto al autor material como al autor intelectual, *El Gitano* y el general Macías Valenzuela, respectivamente, se prepararon para hacer frente a las represalias que indudablemente surgirían entre los cardenistas y los obregonistas que se disputaban las

zonas serranas de Sinaloa, Du-rango y Sonora, el llamado “Triangulo dorado de las drogas”. Ninguno pensó que los cardenistas se sentirían acobardados por la muerte de uno de sus mejores exponentes en la región: Tostado Loaiza.

Sólo el duranguense Jaime Herrera Nevarez, jefe del grupo Los Herrera, adivinó que las cosas continuarían igual, tras el asesinato del gobernador de Sinaloa. Su ética, como la de todos los traficantes, estaba más relacionada con la lógica de la economía que a los dictados de la ley o de la religión. Además, en su experiencia, los agentes de la policía y los militares, en representación del Estado y responsables de la destrucción de las plantas ilegales y la persecución de los traficantes, más bien promovían el negocio para obtener un beneficio, como todo mundo. ¿Por qué entonces habrían de cambiar las cosas, sólo por la muerte de un gobernador que, como todos, también se había beneficiado del negocio?

La familia Herrera, que destacaba por no recurrir a la violencia para imponerse sobre sus oponentes en el cruento submundo del narcotráfico, se convirtió en una verdadera organización cuando los Estados Unidos y el gobierno de México, deciden sembrar amapola en las sierras de Sinaloa, Durango y Chihuahua para suplir la escasez del opio, como resultado de la Segunda Guerra Mundial que se desarrollaba en Europa. Herrera Nevarez, con menos de veinte años de edad, dio el paso decisivo que años más adelante lo convertiría en un poderoso traficante de opio. Para cuando termina el conflicto mundial y en México ya se perfilaba para presidente Miguel Alemán, Herrera Nevarez ya era un hombre de negocios. Su organización introducía heroína a las mayores ciudades de la costa oeste de los Estados Unidos, con un completo dominio y control de todas las etapas para su elaboración: el cultivo de la amapola, la extracción del opio, su refinamiento en heroína y su transporte a los principales centros de consumo. Una de sus características era la estrecha vinculación de sus numerosos miembros. A todos les unían lazos de sangre, y la absoluta lealtad a su patriarca: Jaime Herrera Nevarez, a quien con el paso de los años se le conocería como *Don Jaime.*

Herrera Nevarez nació en 1927 en el poblado de Durango

que precisamente se llama Los Herrera. Desde adolescente, comprendió que tanto él como sus siete hermanos y cuatro hermanas podrían incursio-nar con éxito en el tráfico de heroína. Su organización, a la que impuso que sólo se podía pertenecer mediante el matrimonio, la componían desde las esposas, los suegros, los hermanos y hermanas y se extendía hasta a los primos y sobrinos en tercer grado. Cuando se inició en el negocio, la componían cerca de cien miembros. Era la época en la que los militares llegaron a Durango para permitirles sembrar la adormidera, a cambio de un porcentaje de las ganancias; les ofrecieron ayuda, apoyos y protección. Antes de aquella visita, los ingresos de la familia se basaban en la siembra de maíz, avena forrajera, frijol y papa, que cultivaban en unas cuantas parcelas y les aseguraba trabajo, comida y una mínima seguridad para sus numerosos miembros.

Pero a medida que los hijos crecían y exigían más alimento y mejores condiciones de vida y la siembra de sus hortalizas y granos no bastaba, comenzaron a también sembrar la mariguana, y en menor escala la amapola. Así fue como, a modo de complemento económico, la familia de los Herrera dio sus primeros pasos en el negocio de la heroína antes del ofrecimiento de los militares. Una vez que entraron de lleno y dominaron por completo el negocio, los ingresos de la familia se basaron en el cultivo de la amapola, la extracción del opio, su refinamiento en heroína y su transporte a los principales centros de consumo de los Estados Unidos. Esto, junto con los matrimonios de sus hijos entre personas cuidadosamente seleccionadas e incluso de su misma sangre, bastó para que pudieran hacer frente común y con éxito a sus rivales.

Bajo el liderazgo de *Don Jaime*, los Herrera crearon una organización en la que participaban todos sus miembros y les redituaba millonarias utilidades que compartían con sus benefactores: los militares. Así, todos los Herrera tenían un control casi absoluto en Culiacán, Sinaloa; Victoria de Durango, Durango; Ciudad Obregón, Sonora; Ciudad Juárez, Chihuahua, y El Paso, Texas. Con la complicidad de policías y aduaneros mexicanos y estadounidenses, llevaban la heroína hacia el territorio estadounidense en autos con tanques de

gasolina falsos, en camiones, o entre las ropas de sus miembros que cruzaban la frontera entre México y la Unión Americana.

Desde que entraron al negocio, jamás permitieron que en *su* plaza se establecieran otros grupos o individuos que realizaran operaciones que pudieran perjudicarles. Pedro Avilés intentó en cierta ocasión competir con el clan en Culiacán, territorio que entonces los Herrera controlaban en Sinaloa. Parecía que nada ni nadie podría impedir que Avilés traficara heroína desde la plaza de los Herrera, pues al contrario de todos los demás traficantes, era sabido que nunca recurrían a la violencia para dirimir sus diferencias con sus rivales; incluso las disputas internas entre los distintos integrantes de la familia eran solucionados por el propio *Don Jaime* mediante el diálogo, lo cual le había permitido evitar las divisiones entre ellos.

Tras de estudiar el asunto, *Don Jaime* se entrevistó con Avilés-su paisano y conocido que prácticamente le doblaba en edad-, y de la manera más civilizada y respetuosa trató de convencerlo de que respetara *su* plaza. Mientras hablaba, Avilés le escuchó con respeto y sin interrupciones. Cuando entendió que su joven visitante había terminado su exposición, de la manera más natural, le dijo que no se preocupara, que no volvería a suceder; que respetaría su acuerdo. Pero no fue así. Entonces *Don Jaime* se puso en contacto con algunos jefes militares y policiacos, a quienes solicitó ayuda. De la noche a la mañana, las operaciones de Avilés comenzaron a ser saboteadas o su mercancía era robada. Estos inesperados reveses hicieron que Avilés, que operaba desde Tijuana y Mexicali, aunque residía en San Luis Río Colorado, abandonara su interés por la venta de heroína desde la plaza de los Herrera en Sinaloa y se ocupara de continuar satisfaciendo la demanda estadounidense de mariguana.

Cómo ya eran viejos conocidos, al tomar posesión Miguel Alemán Valdés como Presidente de México, nada cambió para los Herrera ni para Pedro Avilés. A ambos se les hizo saber que podían seguir trabajando para la familia del mafioso Luciano, en armonía, sin rencillas, y respetando sus respectivas zonas de influencia. Claro, siempre y cuando trataran directamente con el senador y coronel Carlos I. Serrano, amigo y recolector

personal del licenciado Alemán.

Previo a este “comunicado”, el presidente Alemán había dado plenos poderes a Serrano, para que detrás del escenario manejara todas las operaciones que realizaran los Herrera y Pedro Avilés con los italo-americanos. Durante todo el sexenio del presidente Alemán Valdés, el senador Serrano sería el verdadero jefe y cerebro del negocio en México, tras bambalinas, se entiende.

Por más de dos décadas y media, los gobernadores de los estados del noroeste donde se cultivaban plantas ilícitas, habían tenido un papel importante y a veces directo en el control del tráfico de drogas y los traficantes. Pero una vez que Alemán Valdés asumió la Presidencia, las cosas cambiaron radicalmente. En 1947 ordenó la creación de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), una especie de policía política con poder para intervenir en los asuntos de drogas, atribución que tradicionalmente había estado a cargo del Departamento de Salud; también decretó que la Procuraduría General de la República (PGR), mediante la Policía Judicial Federal (PJF), y la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena), fueran las instituciones responsables de combatir el cultivo y la comercialización de la mariguana, la adormidera y todo tipo de plantas ilícitas.

Sin embargo, como se dijo líneas antes, tras bambalinas, al frente de la DFS, en realidad quien mandaba era el senador y coronel Serrano. Con ese poder, Serrano persiguió y encarceló a todo traficante ajeno a los grupos por él protegidos, consiguiendo en pocos años fortalecer a los Herrera y a Pedro Avilés. Con tales medidas causó la desgracia de muchos pequeños traficantes, incluso la de ciudadanos inocentes, auque eso, al parecer, carecía de importancia para el amigo del presidente Alemán.

Ese sexenio fue una auténtica bendición para los traficantes de drogas. La oficina del senador y coronel Serrano continuamente era visitada por hombres y mujeres de todas las regiones del país, querían hacer negocio con él. Pero los

Herrera y en especial *Don Jaime*, fueron de los más favorecidos. Amasaron una enorme fortuna con la heroína que hacían llegar a Los Ángeles, Chicago, Denver, Pittsburg y Miami; llegaron a convertirse en propietarios de residencias en Guadalajara y Durango. En Durango, su tierra natal, el joven *Don Jaime* erigió tres mansiones, dos hoteles, una compañía constructora, una discoteca, un salón de bowling, varios talleres de reparación de automóviles y compró cientos de hectáreas de campo. Siguió prosperando y allegándose nuevas amistades influyentes. Entonces, de la manera más natural, se convirtió en benefactor de su comunidad, pues mandó a construir tres hospitales públicos y comenzó a aportar regularmente fuertes cantidades de dinero en efectivo a distintas uniones vecinales para pavimentar o alumbrar calles, construir escuelas y parques con juegos para niños.

Cuando en reciprocidad a su "generosidad" los vecinos le avisaban de quiénes entraban o salían del pueblo o de algo que podría afectar negativamente a su negocio, Jaime Herrera descubrió que in-virtiendo una pequeña parte de la fortuna que obtenía, podría no sólo tener el control de su comunidad sino el del municipio y, por qué no, de todo Durango y de otros estados. A partir de entonces comenzó a relacionarse con los jueces, las policías y las autoridades municipales y estatales. Luego confeccionó una larga lista de funcionarios federales que mensualmente recibían fuertes sumas de dinero, como gratificación a su disimulo y su "amistad". Así se convirtió en *Don Jaime.*

En su larguísima nómina de sobornos, lo mismo estaban altos jefes de las fuerzas policiales y militares que alcaldes y gobernadores no sólo de Durango, sino de varios estados del país que, como *Don Jaime* lo había contemplado, como una forma de corresponder a sus *atenciones* y conservar sus igualas, le reportaban puntualmente detodo operativo o decisión gubernamental que pudiera trastornar su negocio. Visionario al fin, *Don Jaime* también financiaba las campañas proselitistas de aquellos jóvenes dirigentes que quisieran hacer carrera dentro de la política. Era una manera de ir formando sus futuros cuadros políticos, de los que podría echar mano

tarde o temprano, pues uno nunca sabe.

Su *generosidad*, como ya se dijo, formaba parte de una manera muy efectiva de proteger su imperio, tanto de las autoridades mexicanas como de las estadounidenses, que ya comenzaban a fijarse en su organización.

*Don Jaime*, desde muy joven demostró ser un talentoso hombre de negocios. Sabía hasta dónde podría llegar invirtiendo unos cuantos millones de dólares de los muchos que obtenía con la heroína. Sabía organizar y controlar negocios más complicados que el de las drogas. Era un individuo que tenía la habilidad para relacionarse y establecer contactos políticos. Pero lo que lo convirtió en una leyenda, fue que cada una de sus habilidades las transmitió a sus muchos parientes, principalmente a sus hijos que desearan aprenderlas. Tal vez por eso la participación del clan de los Herrera en el mercado de la droga colocó a Durango, junto con Chihuahua y Sinaloa, en el "Triángulo de las drogas" y puso los cimientos de la organización que al paso de los años se conocería como el cártel de Ciudad Juárez.

## 9.-Juan Nepomuceno Guerra; Tamaulipas, década 1950-1960

Mientras en el noroeste del país crecían los duranguenses Pedro Avilés y Jaime Herrera Nevarez, en Tamaulipas lo hacía Juan Nepomuceno Guerra Cárdenas, a quien sus paisanos llamaban *El Padrino de Matamoros*. De entonces treinta y cinco años, dos décadas atrás se había iniciado en el negocio con el grupo de traficantes que había quedado descabezado tras la captura de Virgilio Barrera, el primer narcotraficante que hasta finales de los años veinte operó en la región fronteriza del país que colinda con Texas, Estados Unidos, conformada por los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Para principios de los cincuenta, Juan N. Guerra ya era el jefe del grupo y gobernante en la sombra de Tamaulipas, donde-a pesar

de ser una zona ajena a laproducción de drogas-se cultivaba la amapola y la mariguana, que si bien no alcanzaba los niveles de Sinaloa o de Sonora, era suficiente para competir con Michoacán, Colima y Guerrero.

*El Padrino de Matamoros* nació el 18 de julio de 1915 en el rancho El Tehuachal, en Matamoros, Tamaulipas. Cuando tenía catorce años, en 1929, junto con sus hermanos Arturo y Roberto, se inició en el contrabando de licor a los Estados Unidos durante la Ley Seca y, en sentido contrario, llantas y otros productos con demanda en México. Casi dos años después, a finales de 1930, una vez que Virgilio Barrera fue apresado por miembros del Ejército, el aún adolescente Juan Ne-pomuceno decidió encabezar el acéfalo negocio. Comenzó a traficar la adormidera y la mariguana con la experimentada gente de Barrera, que a poco de haber sido detenido fue enviado a purgar su condena al penal de Las Islas Marías. En 1933, cuando se derogó la Prohibición, Juan Nepomuceno ya controlaba el tráfico de indocumentados, la compra y venta de armas; exigía *renta* a los lenones de la zona de tolerancia, y a todos los pillos que operaban en la región.

Cuando cumplió veintinueve años, en 1944, Juan Nepomuceno vislumbró que las drogas era el negocio del futuro que nadie podría frenar no sólo en México sino en el mundo entero, por lo que decidió meterse de lleno. Su mente, aunque campesina, vislumbraba que si no contaba con el cobijo de los hombres con el poder político y policiaco, en particular de aquellos que supuestamente estaban para combatirla, todo se iría al carajo. Así que después de mucho meditarlo llegó a la conclusión de que esos “hombres especiales” no estaban en Tamaulipas ni en Nuevo León ni Coahuila, la región fronteriza que para entonces ya tenía en un puño, sino en la ciudad de México, el centro del poder político del país. Entonces partió a la capital mexicana y comenzó su búsqueda. Aquella decisión iba a cambiar por completo la naciente estructura del narcotráfico en México.

Así, durante la administración alemanista que favoreció la corrupción, comenzando por el presidente Alemán, muchos funcionarios públicos hacían negocios particulares a la sombra

del poder público, Juan Nepomuceno ya mantenía relaciones políticas con el más influyente grupo político priísta del estado de Hidalgo: los Rojo Gómez. Lo que una década después le permitiría colocar a su hermano Roberto Guerra Cárdenas, en 1963, como jefe de la Oficina del Fiscal del estado de Tamaulipas, oficina, entre otras cosas, responsable de combatir el contrabando en la región. Roberto, se haría compadre de Jorge Rojo Lugo, a la postre secretario de la Reforma Agraria y gobernador de Hidalgo. Más tarde, otro miembro del clan hidalguense,

Adolfo Lugo Verduzco, líder nacional del PRI, designaría a su hijo Roberto Guerra Velasco, candidato y finalmente alcalde de Matamoros, Tamaulipas.

Estas primeras relaciones políticas, a Nepomuceno le permitieron encumbrarse como jefe del grupo de narcotraficantes del noreste del país. Fue la época en la que sus paisanos comenzaron a conocerle como *El Padrino de Matamoros*. Pero el tamaulipeco, al igual que *Don Jaime* en el noroeste del país, comenzó a financiar las campañas políticas de los candidatos del PRI que le interesaban fueran diputados, senadores, alcaldes (como Augusto Cárdenas) o gobernadores de Tamaulipas, como en el futuro lo serían Praxedis Balboa, Norberto Treviño Zapata, Enrique Cárdenas González y Emilio Martínez Manautou. A Martínez Manautou, a finales de los cincuenta, primero lo impulsó como regidor del Ayuntamiento de Matamoros. Sin embargo, en 1962 no pudo colocarlo como gobernador, pese a que éste también contaba con el apoyo de los ex presidentes Emilio Portes Gil, Lázaro Cárdenas y Adolfo Ruiz Cortines, así como del entonces secretario de Industria y Comercio, Raúl Salinas Lozano. En cambio, diez años después, en 1972, logró que Cárdenas González fuera nombrado secretario de Investigación Fiscal de la Secretaría de Hacienda (oficina que entre otras de sus funciones era combatir el contrabando fronterizo), y luego, en 1976, candidato y finalmente gobernador de la entidad.

Además de poder y dinero, sus contactos políticos y policiacos a Nepomuceno Guerra también le acercaron a bellas mujeres de la farándula, como Gloria Landeros con quien se

casaría poco después y procrearía tres hijos: Gloria, Juan Nepomuceno y Lázaro. Unión que tendría un fatal desenlace cuando años después, por celos, la asesinó a balazos al encontrarla en compañía del bailarín Adalberto Martínez, *Resortes*. Pero como para entonces el tamaulipeco ya era un hombre de muchas influencias, la muerte de Gloria Landeros jamás se castigó. El juez que estudió los hechos, determinó que todo había sido un "lamentable accidente".

Tal vez aquel crimen sin castigo fue el inicio de la perdición de Juan Nepomuceno, que ya carecía de eso que los hombres y las mujeres tienen en el alma y los hace diferentes de los animales: la noción del bien y del mal. El caso es que en 1960 volvió a mancharse de sangre las manos. Asentado en su natal Matamoros, en un pleito suscitado en el interior de su bar "Piedras Negras", en presencia de varios testigos, dio muerte de un balazo en el rostro al comandante de Aduanas, Octavio Villa Coss, hijo del legendario general Francisco Villa. Esta vez, para evadir la acción de la justicia, Nepomuceno hizo valer su ya reconocido poder e influencias: enriqueció a uno de sus compinches para que se declarara culpable del homicidio, por lo que él permaneció sólo unas cuantas horas tras las rejas de la prisión, mientras se "aclaraba el asesinato".

La muerte del hijo del famoso Pancho Villa, resultó ser una bendición para Juan Nepomuceno, porque al evadir la cárcel incrementó el temor que ya de por sí inspiraba entre sus paisanos, que para entonces ya le conocían como *El Padrino de Tamaulipas* y como tal, a la edad de treinta años, el 15 de mayo de 1945, había inaugurado en Matamoros lo que él llamaba la cereza de su pastel: la cantina "Piedras Negras". Famoso lugar del que sólo sus más cercanos sabían que le había puesto ese nombre en honor de la homónima y conocida polka que en esos años estaba de moda y le gustaba a su compadre Alejandro Guzmán Garza, ex presidente municipal de Reynosa. Con el paso del tiempo, los muros del renombrado negocio fueron decorados con una veintena de cuadros con figuras de caballos y gallos, y del orgulloso propietario vestido de charro, así como de destacados políticos federales y estatales de la época. Pese a la mala fama del lugar, allí acudían senadores,

diputados, presidentes municipales, jefes de la policía, hampones y turistas despistados o curiosos que habían escuchado sobre aquel hombre que inspiraba temor y respeto, y había colocado los pilares de los que años más tarde llegaría a conocerse como el cártel del Golfo.

Era fama pública que entre sus muchas amistades políticas de aquellos años, destacaban las que mantenía con el ex presidente Emilio Portes Gil, Carlos Hank González, el general y ex gobernador de Nuevo León y Baja California Sur, Bonifacio Salinas Leal; Roberto González Barrera; Raúl Salinas Lozano, influyente secretario de Industria y Comercio del presidente Adolfo López Mateos y padre de Carlos Salinas de Gortari, a la postre Presidente de México; Joaquín Hernández Galicia, *La Quina,* el incipiente pero ya poderoso dirigente obrero que desde 1959, como secretario general de la Sección Uno del sindicato de los trabajadores petroleros, ejercía enorme poder político en todo el país gracias a sus nexos con el presidente López Mateos; y Carlos Aguilar Garza, quien años después sería designado Coordinador de Agencias del Ministerio Público Federal durante la Operación Cóndor, y luego Coordinador de agencias de Tamaulipas.

Eran principios de la década de los años sesenta, y en el noreste del país los negocios de Juan Nepomuceno Guerra Cárdenas iban viento en popa. Como en el otro lado del país, en el noroeste, marchaban los de Avilés Pérez y Herrera Nevarez.

## 10.-Leopoldo Sánchez Celis; Sinaloa, 1960-1970

Gracias a las grandes obras hidráulicas construidas a partir de los años de la década de los cuarenta, y a un sostenido crecimiento demográfico, Sinaloa empezó a ponerse a tono, para bien o para mal, con la modernidad nacional. Fueron los años de las presas Sanalona, la Miguel Hidalgo y la Adolfo

López Mateos; del descubrimiento de la riqueza del litoral sinaloense, de la industria pesquera y naviera; del despegue agrícola, particularmente de la horticultura, y la consolidación de las organizaciones agrícolas, y de los bancos Agrícola de Sinaloa, del Noroeste de México y el Provincial de Sinaloa; los años, en fin, en que Sinaloa pasó de poco menos de medio millón de habitantes en 1940, a casi ochocientos cuarenta mil en 1960.

Paralelamente, sin embargo, también fueron los años en los que la sociedad sinaloense sufrió una severa desagregación simbólica, normativa y moral. Separación que la sumió en un pasmo anómico del que todavía no ha alcanzado a salir por completo. No bien repuesta de las tempestades demográficas y económicas de esas fechas, con sus sabidas connotaciones colectivas, sobre los sinaloenses cayó la maldición del narcotráfico.

A la inusitada explosión demográfica, la migración del campo a la ciudad, la explosiva demanda de satisfactores básicos y secundarios, y la insuficiente capacidad de respuesta gubernamental para atender esta expectativa desbordada, se sumaron el narcotráfico y sus consecuencias sociales que, entre otros hechos, modificaron la fisonomía citadina, crearon sincretismos, y propiciaron el surgimiento de otras conductas; hicieron a un lado el bucolismo parroquial y provinciano. De pronto, los sinaloenses, al verse ante un espejo vieron una imagen extraña, ajena a aquella en que se reconocieron tantas mañanas campiranas.

¿Cómo se originó este problema? ¿De dónde y cómo llegó para anidarse en la serranía sinaloense y luego desplegarse por otros estados de la República Mexicana?: Con la llegada de los emigrantes chinos, a principios de siglo veinte. Ellos trajeron la semilla de amapola. La sembraron en sus huertos y el producto, el opio, lo utilizaban a su uso personal, para satisfacer un vicio muy arraigado que se transmitía de padres a hijos allá en China, su patria lejana. Así se introduce en Sinaloa el cultivo de la amapola y el consumo y el tráfico de opio. Los emigrantes chinos llegaron en grupos numerosos y arribaron a Sonora y Sinaloa, huyendo de la explotación a la que eran

sometidos en las minas de cobre de Santa Rosalía, Baja California Sur, a donde fueron llevados en 1885 por la empresa francesa Compagnie du Boleo.

En México, el control del opio, la morfina y la cocaína, comenzó durante la presidencia de Elías Calles, quien expidió un decreto en 1925 en el que fijaba las bases para la importación de esos enervantes. Un año después, el Código Sanitario prohíbe el cultivo y comercialización de mariguana y adormidera. En 1927 se desataron encarnizadas campañas contra los ciudadanos chinos asentados en el país. Acusados de ser opiómanos, la mayoría fueron expulsados del territorio nacional. Los que lograron permanecer se recluyeron en los intrincados terrenos de la sierra, donde su adicción al opio se recrudeció al igual que su rencor.

Durante la Segunda Guerra Mundial, con el consentimiento tácito del presidente Manuel Ávila Camacho y el financiamiento del gobierno de Roosevelt, el cultivo de la amapola se hizo ya con fines de comercialización, por la demanda cada vez más fuerte del opio en los hospitales militares de la Unión Americana. Es entonces cuando algunos chinos comenzaron a asesorar a campesinos sinaloenses pobres para la explotación de la amapola a gran nivel. La amapola, entonces, se convirtió en el recurso más socorrido de quienes, flagelados por miserias ancestrales o financiados por aventureros ávidos de fortuna rápida (entre ellos los miembros de la Mafia italo-americana), quisieron enriquecerse de la noche a la mañana con el dinero proveniente de las drogas. El cultivo generó una bonanza en la región. Los campesinos de la sierra y sus intermediarios nunca habían visto tanto dinero junto.

Pero al terminar la guerra, los dos gobiernos acordaron ponerle fin al cultivo. Se les dijo a los *gomeros* (los que producían y exportaban la goma del opio) que volvieran a sembrar el frijol y el maíz. Pero después de haber probado las mieles de la amapola, ¿quién volvería a hacerlo? Menos cuando llegaron los italo-americanos de la Mafia que operaban en la Unión Americana, dispuestos a financiar el cultivo. Así es como en la década 1940-1950 se inicia el cultivo de la amapola

o adormidera en Sinaloa, destacadamente en el municipio de Badira-guato, para abastecer de heroína a los estados Unidos.

El combate a cultivos prohibidos y al tráfico de drogas comenzó de inmediato. Pero también, simultáneamente, la corrupción y la sistemática violación de los derechos humanos. Si bien la ilícita actividad empezó a ser combatida desde entonces, los mismos jefes de estas campañas, venidos de la ciudad de México, fomentaron tales actividades fijando un tributo a los campesinos, primero en especie, y en años subsecuentes en efectivo.

Así comenzó la leyenda negra de Sinaloa. Entidad a la que en 1963, a la edad de cuarenta y siete años y en el penúltimo año del sexenio del presidente Adolfo López Mateos, llegó como gobernador Leopoldo Sánchez Celis, el político que un año antes como candidato del PRI a la gubernatura, en Badiraguato, prometió acciones contra los sembradores de adormidera. Pero aunque la clase política le consideraba "el político más completo que ha dado Sinaloa", los sina-loenses desconfiaban de él.

Procedente de una humilde familia, Leopoldo Sánchez Celis nació el 14 de febrero de 1916 en el municipio de Cosalá, Sinaloa. Desde muy joven una de sus pasiones fue la política, que le permitió destacar a lo largo de su vida en diversas responsabilidades: fue diputado local, diputado federal, senador de la República y ahora gobernador. Antes de esto, Sánchez Celis era una de las grandes figuras del PRI de la década 1950-1960.

Era un ejemplar perfecto del político de grueso puro y sombrero; atrabiliario y pistolero; socarrón y dicharachero; sonriente y despiadado. Sánchez Celis controlaba buena parte de Sinaloa, y capitaneaba un grupo que se encargaba de suministrar la mariguana y la goma de la adormidera a los traficantes estadounidenses. Como todo cacique, se creía dueño de vidas y haciendas y no permitía que nadie le cuestionara, ni por equivocación. Cierto día, entró a una cantina de Culiacán donde degustaba un periodista que neciamente le criticaba en

su columna. Ante el inesperado arribo del temido mandatario, el comunicador intentó abandonar el lugar. Al ver esto, Sánchez Celis, sin borrar de su rostro la sonrisa, se le acercó y poniéndole la diestra sobre el hombro, le dijo en voz tan alta que todos los parroquianos de la cantina lo escucharan:

-No se preocupe, ni se vaya mi amigo. Usted y yo seremos enemigos hasta que yo lo decida, no cuando usted quiera.

Después de darle una palmaditas afectuosas, con un tono de voz amenazante agregó:

-Y cuando eso pase, sépalo de una vez, usted no tendrá ni tiempo de enterarse.

Otro caso: A los pocos meses de haber llegado a la gubernatura, Sánchez Celis ordenó la persecución en contra de uno de los hombres más respetados y queridos del estado, el historiador, fundador y director del Museo Regional y de la Biblioteca Pública de Sinaloa, Antonio Nacayama Arce, a quien poco después destituyó de sus cargos. En no pocas ocasiones, pública y severamente, el historiador había criticado la administración estatal. Cuando se le preguntó a Sánchez Celis los motivos de la persecución y el despido del erudito, sin rubor dijo:

-Mi gobierno es para los amigos, y Nacayama no es mi amigo.

Una vez que Sánchez Celis llegó a la gubernatura, sus acompañantes eran hombres armados, que más que consejeros parecían guardaespaldas o pistoleros. Se sabía que algunos de esos individuos habían estado en prisión o estaban familiarizados con el tráfico de drogas, como Hugo Izquierdo Hebrard y Miguel Ángel Félix Gallardo. Al primero lo había sacado de la cárcel de Lecumberri para que trabajara para él bajo el nombre de “José Chávez”; había sido encarcelado por la muerte del senador Mauro Angulo. Félix Gallardo, como agente de la Policía Judicial del estado, se desempeñaba como guardaespaldas de los hijos del gobernador, simultáneamente trabajaba para el grupo de Pedro Avilés.

Sánchez Celis no era bien visto por algunos gobernadores de otras entidades. Tenía fama de tramposo, lo que podía perdonársele. Lo que no le pasaban era el hecho de que fuera

incapaz de mantener el orden en su estado. En Culiacán y en Mazatlán había demasiados muertos, excesivas ejecuciones y una gran cantidad de actividades incontroladas. Si en los años veintes los traficantes de alcohol habían convertido a Chicago en una ciudad estadounidense incontrolable, los traficantes de drogas habían transformado a la capital sinaloense en algo peor que salvaje.

Durante el sexenio de Sánchez Celis (1963-1968), en Sinaloa surgió abiertamente el tráfico de drogas. La entidad ocupó el primer lugar en la mariguana y el cultivo de la adormidera. Las cifras más impresionantes en esos años fueron las relativas a la mariguana, con gran demanda entre los soldados y los estudiantes estadounidenses. En 1966, las autoridades federales informaron de la destrucción, en mes y medio, de tres mil toneladas de la yerba sólo en Chihuahua y Sinaloa. Entre setenta y cinco y ochenta por ciento de la heroína y casi la totalidad de la mariguana introducidos a los Estados Unidos llegaron de México. El contrabando de mariguana desde México a la Unión Americana era de tres a cinco toneladas por semana. El auge de la yerba creó fortunas más rápido que antes; el número de adictos y de traficantes creció en Sinaloa de manera exponencial, lo mismo que los asesinatos de policías judiciales de alto rango. Los códigos no escritos se habían roto.

Eso era algo de lo mucho que los otros gobernadores no le perdonaban a Sánchez Celis: que en Sinaloa no se respetaran las viejas reglas del juego. Es decir, que los traficantes se metieran con las jerarquías más altas de la Policía y utilizaran la capital sinaloense como campo de batalla.

Cuando Sánchez Celis se enteró de lo que de él opinaban algunos gobernadores, enojado con un tercero mandó decir a los traficantes que bien conocía:

-Diles que se vayan de Sinaloa; que se maten donde quieran. Que aquí nomás trabajen.

Leopoldo Sánchez Celis, era, pues, el típico cacique regional, bragado y entrón. Muy similar al potosino Gonzalo N. Santos, *El Alazán Tostado,* para quien, al igual que para el sinaloense, "la moral era un árbol que daba moras", o "vivir

fuera del presupuesto es vivir en el error”; “la democracia está nomás en las urnas robadas”; o aún más: “amistad que no se refleja en la nómina del gobierno no es amistad”.

Conclusión: Durante la administración de Sánchez Celis, el narcotráfico inundó todos los poros de la sociedad regional. Sinaloa dejó de ser lugar de siembra y se convirtió en una entidad exportadora, de distribución, consumo y trasiego de drogas hacia los Estados Unidos, lo que trajo como consecuencia notable violencia y cambios en la mentalidad y las costumbres de los sinaloenses, en especial la población juvenil. Y lo peor: dio paso a una nueva generación de traficantes que de inmediato impuso su propia ley.

## 11.-Alfredo Valdés Montoya; Sinaloa, década de los setenta

Tal vez porque el licenciado en economía Alfredo Valdés Montoya, sucesor de Sánchez Celis, conocía sus propias limitaciones, o porque las décadas de tráfico de drogas habían producido en Sinaloa a otros traficantes más fuertes y retadores a una edad más temprana que la de sus antecesores, el narcotráfico y la violencia siguieron creciendo en la entidad durante su mandato que inició el 1 de enero de 1969 y concluyó el 31 de diciembre de 1974. Quizá la culpa la tuvo su natural apatía hacia este tipo de problemas sociales, pues para combatir este fenómeno, su administración emprendió una serie de medidas carentes de sentido y sólo contra traficantes de mariguana y goma menores.

Cuando la noche del 6 de junio de 1969 (a cinco meses de haber protestado como gobernador), en pleno centro de Culiacán cayó acribillado con ráfagas de metralleta el mayor Ramón Virrueta Cruz, jefe de la Policía Judicial de Sinaloa, el mandatario envió a la Policía Municipal a efectuar una barrida contra todos los traficantes de mariguana y goma de opio. Pero cuando se enteró que entre éstos había caído Eduardo, *Don*

*Lalo,* Fernández, jefe de un grupo protegido por el ex gobernador Sánchez Celis, a los pocos días lo liberó. Desde entonces ya nadie dudó que los peces gordos, como Pedro Avilés y el propio Sánchez Celis, seguirían trabajando como en sus mejores tiempos, pero ahora bajo nuevas reglas, las suyas.

Valdés Montoya era un economista brillante, que brillantemente y con honores (como el mejor de su clase) se había graduado en la Universidad de Guadalajara; que brillantemente había ganado las elecciones para llegar a la gubernatura; que brillantemente se esmeraba en su higiene personal y para seleccionar su vestimenta, hasta aparecer ante los sinaloenses como un elegante figurín. Pero lo que el estado de Sinaloa necesitaba en esos momentos era un estratega valiente, que enfrentara a los cabecillas de las principales bandas de narcotraficantes que desde décadas atrás operaban en la entidad. Durante el gobierno de Valdés Montoya, el narcotráfico degeneró en una sangrienta guerra entre pandillas, extremadamente costosa para toda la sociedad sinaloense, y el pulcro y elegante gobernador nada hacía para frenarla.

El brillante economista tenía miedo, mucho miedo de los traficantes. Se daba cuenta de que éstos eran capaces de asesinarle con naturalidad animal, y que él, aún con fama de ser frío en otro tipo de decisiones administrativas, temía llevarlos ante las autoridades judiciales, pues estaba enterado que éstas desde siempre habían estado involucradas con los traficantes, los protegían.

En consecuencia, tras del asesinato de su jefe de la Policía Judicial, el mayor Virrueta Cruz, Valdés Montoya supo claramente que no podría impedir que los traficantes siguieran trabajando en la entidad que él, cinco meses atrás, había juradorespetar y hacer respetar la Ley.

Tal vez por ello, en su calidad de gobernador, más que combatir el cáncer del narcotratifo, se dedicó a programar la infraestructura que demandaba el desarrollo industrial y urbanístico de la entidad, fundamentalmente en las grandes poblaciones; y a promover campañas entre los hombres de negocios para que invirtieran en estas dos áreas de la economía sinaloense. Así logró expandir la industria hotelera, que a la

fecha integra la principal fuente de ingresos y es base de la economía del sur de Sinaloa; transformó la zona dorada hasta Los Cerritos que le abrió y le dio a Mazatlán el esplendor que hoy tiene. Emprendió la reforma administrativa, organizando y creando dependencias gubernamentales e instituciones descentralizadas que, en coordinación con la Federación, respondieron a la ejecución de programas formulados.

Pero mientras sentaba las bases para el crecimiento económico, en la entidad se hicieron bien claros los efectos del narcotráfico entre su población juvenil. En su último informe de gobierno, en 1974, el mandatario aceptó lo que nunca antes reconocieron sus dos antecesores: Leyva Velázquez y Sánchez Celis: "Ingresaron al Consejo Tutelar de Menores cuatro mil quinientos jóvenes, de los cuales tres mil novecientos son varones y seiscientas mujeres. Las causas más importantes de ingreso fueron: farmacodependencia, robo, y vagancia". Sin embargo, tampoco tuvo el valor de reconocer que careció de sensibilidad para buscar salidas políticas a los agravios que habían sufrido esas jóvenes generaciones de sinaloenses.

Luego a Sinaloa llegarían los gobernadores Alfonso Calderón Velarde (1975-1980); Antonio Toledo Corro (1981-1986); Francisco Labas-tida Ochoa (1987-1992); Renato Vega Alvarado (1993-1998) y Juan S. Millán (1999-2004), y el narcotráfico siguió imperando en el estado durante las tres décadas que éstos gobernaron. Pareció que al igual que Valdés Montoya se acobardaron, o que junto con el Gobierno federal dejaron que el negocio floreciera, pues las luchas que emprendieron en su contra (incluyendo la Operación Cóndor) fueron simples simulaciones o se hicieron cada vez más débiles. Los narcos estaban radiantes de alegría.

## 12.-La familia Reyes Pruneda; Nuevo Laredo, Tamaulipas, 1975

Los dos hombres de mediana edad oían con respeto la voz de don Juan N. Guerra que por su tono resonaba en la habitación como suspiros del frío invierno. Eran sus socios en la siembra, cosecha y trasiego de la mariguana, lo mismo que de los laboratorios clandestinos donde se trataba el jugo lechoso extraído de los carnosos bulbos de la amapola. Debido a que cada uno sabía con precisión sus respectivas actividades, en raras ocasiones los tres se reunían públicamente para tratar asuntos de "trabajo", como ésta.

-Me pareció conveniente hablar con ustedes antes de que el asunto se salga de control-dijo don Juan a sus dos socios.

-¿Hay algo de qué hablar?-preguntó con cautela el primero de ellos.

Al oír la pregunta, don Juan le lanzó un dardo con la mirada.

-¿Qué no lees los periódicos, o no te informa tu gente?-le cuestionó venenosamente el segundo hombre, como una forma de congraciarse con don Juan y de hacerle notar que él sí sabía la razón de aquella reunión.

-Yo pienso que no hay por qué preocuparse. Lo que pasa aquí, en Nuevo Laredo, no es nada-contestó malhumorado el primer hombre.

Para mediados de 1975, Nuevo Laredo padecía aún los estragos de su primera gran oleada de asesinatos provocada por el narcotráfico. Había comenzado en 1970, durante el segundo año del trienio de la administración del alcalde Francisco Garza Gutiérrez, y antes de que dejara el cargo, en 1971, habían sido ejecutadas treinta y tres personas, entre narcos, policías e inocentes vecinos que de pronto se vieron en medio de los enfrentamientos armados. En 1972, ya durante el gobierno municipal del sucesor de Garza Gutiérrez, el también priísta, Abdón Rodríguez Sánchez, el número de muertos aumentó a sesenta. Para mediados de 1975, los enfrentamientos habían bañado a la ciudad fronteriza con la sangre de más de cien policías federales, inocentes y narcotraficantes, entre estos últimos algunos miembros de la familia Reyes Pruneda.

En realidad la violencia en Nuevo Laredo se desató el 2 de noviembre de 1970 cuando Refugio, *Cuco* Reyes Pruneda, en el restaurante La Siberia, mató a balazos a los agentes federales

Rafael Hernández Hernández y Alvaro Díaz de León, que intentaron apresarlo al negarse a cubrir la parte acordada para que su familia pudiera trabajar sin ser molestada. La muerte de los dos federales fue el detonante que hizo estallar la guerra entre su familia y los federales. Seis meses después, el 24 de mayo de 1971, como consecuencia de esa batalla, serían muertos otros dos policías de la Judicial del estado: Juan José Aguinaga Ríos y Bernardino Montemayor.

Simona Reyes Pruneda y sus siete hijos, que un día se habían ganado la vida honradamente ahora lo hacían traficando drogas de una manera violenta. Algo que no toleraban las autoridades, y por lo que en los últimos años se habían convertido en un estorbo para la buena marcha del negocio en Tamaulipas. Los Reyes Pruneda era una familia de rancho que antiguamente vivió a las orillas de Nuevo Laredo. Cuando se decidieron entrar al negocio, sus ingresos se basaban en la siembra, cosecha y trasiego de la mariguana, y del tráfico de la goma de la amapola que elaboraban en rupestres laboratorios clandestinos. Desde entonces, a Simona y su prole se les tenía como una familia muy poderosa y peligrosa. Simona, de cincuenta y tantos años, era una mujer valiente y capaz de controlar a sus violentos vástagos.

En *su* comarca no permitían que la gente de don Juan Nepomuceno o ningún otro competidor operara, ni tampoco pagaban a las autoridades la obligada renta, para que pudieran trabajar sin ser molestados. Un comandante de la federal comisionado en Matamoros que trabajaba para don Juan, intentó en cierta ocasión obligarlos a pagar el *permiso,* y poco después fue encontrado muerto a balazos. Meses más tarde llegaron a Nuevo Laredo los agentes federales Rafael Hernández Hernández y Álvaro Díaz de León, dispuestos a obligarlos a deponer su actitud. Desde que llegaron, sus pasos fueron observados por *Cuco,* el mayor de los hijos de Simona, mientras los agentes llegaban a comer al restaurante La Siberia, y mientras devoraban por completo los tacos pedidos, fueron abatidos a balazos.

Se creyó que nadie podría impedir que los Reyes Pruneda continuaran traficando por su cuenta y asesinando a los

representantes de la ley, hasta que un buen día arribó a Nuevo Laredo el licenciado Salvador del Toro Rosales, agente del Ministerio Público Federal al que se le conocía como *El fiscal de hierro*, por su firmeza y dureza para perseguir a los narcotraficantes. Todo cambió para la familia Reyes Pruneda. El severo funcionario federal traía la orden de exterminarla, de lo contrario su mal ejemplo cundiría entre el resto de los traficantes que sí cumplían y pagaban el *permiso* para operar sin contratiempos. Primero ordenó al comandante de la Judicial Federal Everardo Perales el asesinato de *Cuco*, después encarceló a Simona, la jefa del clan, y giró órdenes de aprehensión contra todo sospechoso de ser miembro de la banda.

Entonces los Reyes Pruneda se pusieron en contacto con su defensor legal Francisco Javier Bernal, mejor conocido como *El abogado del diablo*, a quien solicitaron ayuda. Y mientras éste estudiaba la mejor forma de sacar de la prisión a doña Simona, sus hijos vengaban la muerte de *Cuco*, ejecutando al comandante Perales, de quien corría el rumor de ser responsable de la muerte de otros narcos rebeldes. Sus asesinos lo mataron por la espalda y se dieron a la fuga en un auto rojo.

*El abogado del diablo* fue lo bastante insensato como para intentar sobornar al licenciado Del Toro Rosales, que de inmediato ordenó también su encarcelamiento, por tentativa de cohecho. Para finales de 1975, la mitad de los miembros de la familia Reyes Pruneda habían sido muertos; la otra mitad, encarcelados. Meses después, prácticamente dicho clan sería exterminado, pues poco a poco fueron cayendo otros de sus miembros, junto con otros traficantes que habían seguido su ejemplo de indisciplinarse ante las autoridades.

—Yo pienso que lo sucedido en Nuevo Laredo, le puede pasar a todo pendejo que sabe cómo hacer un regalo a un policía, pero no tiene ni idea ni los güevos para acercarse a un político. Por eso-agregó secamente don Juan-, creo que tenemos mucho de que hablar. Así que vamos a ver cuál es nuestra situación y cómo la vamos mejorar.

# 13.-Alberto Sicilia Falcón y la CIA; principios de la década setenta

Alberto Sicilia Falcón era un hombre de mediana estatura y complexión delgada, cuyas hermosas facciones le hacían ver como un afeminado galán de cine. Nació en Matanzas, Cuba, el 30 de abril de 1945. Siendo adolescente huyó de la isla para radicar en Miami, Estados Unidos, donde alternaba sus estudios de una escuela religiosa con la venta de todo tipo de estupefacientes, la compra-venta de artículos robados, y sus gustos bisexuales, por lo que fue detenido en varias ocasiones y acusado de conducta desordenada, vandalismo y sodomía.

A los dieciocho años se enroló en el ejército. A los veinte, regenteaba a un grupo de prostitutas. A los veintitrés, ya estaba interesado en la prometedora industria del narcotráfico; a esa edad, un médico legista le diagnosticó desorden de personalidad, desviación sexual, homosexualidad. A los veinticinco, con los conocimientos y contactos del hondureño Juan Ramón Matta Ballesteros, se convirtió en el más poderoso de los narcotraficantes que desde el Distrito Federal, Guadalajara y Tijuana operaba una red que se extendía alrededor del mundo. Cuando eso sucedió, Sicilia ya era uno de los más conocidos miembros del jet set de Miami, Los Ángeles y Nueva York, por sus caras extravagancias: como sólo viajar a bordo de alguno de sus cuatro Rolls Royce, y ofrecer las hermosas mujeres que le acompañaban a hombres de negocios con los que buscaba quedar bien, o como una forma de aceitar sus contactos con los principales distribuidores mayoristas de cocaína, heroína o marihuana de Sudamérica y Europa.

Por sus gustos amorosos, a Sicilia se le consideraba un lobo, o loba en brama, y eso lo sabían muchos de los miembros de su organización, lo mismo que gran parte de los asistentes a sus escandalosas fiestas que con frecuencia realizaba en fastuosas y fortificadas residencias no sólo de México, sino de Europa o cualquier parte del mundo, donde se bebía champagne Dom Pérginon, fumaban puros Montecristo y consumía cocaína por

kilos. A este tipo de reuniones, que también se realizaban en yates o salones de hoteles de los tres continentes, acudían políticos, empresarios, estrellas de cine, criminales, jefes policiacos y militares. Sus sobornos y regalos incluían carros deportivos europeos, joyas y millones de dólares. Sus generosas dádivas llegaban secretamente a los jefes de inteligencia y antinarcóticos de media docena de países, entre ellos México, Cuba, la Unión Soviética, y los Estados Unidos.

Pero ni todo ese poder y fortuna que disfrutaba y amasaba como *Barón del narcotráfico,* significaban nada para Sicilia cuando de amar se trataba, o en esos momentos plácidos y silenciosos en los que relajado caminaba flotando entre las brumas de la heroína, que le hacía sentir invencible. Su imagen viril y femenina al mismo tiempo, le hacía parecer artista de cine, medio en el que se le vinculaba sentimentalmente con la actriz Irma Serrano, *La Tigresa*, y la coleccionista de arte, Dolores Olmedo.

Al contrario de Jaime Herrera, Pedro Avilés y Juan Nepomuce-no, que poco a poco crearon sus respectivos imperios, Sicilia lo hizo rápidamente. Claro, esto no ocurrió en un día, ni en un año, pero sí poco después de que la "Central Inteligence Agency", la CIA estadounidense, le impulsó. Así que antes de cumplir los treinta años de edad, Alberto Sicilia Falcón era ya *El barón de las drogas* en México.

Todo comenzó de forma casi casual. Cierta tarde, de principios de los setenta, se le fue a buscar a su residencia del sur de la ciudad de México. Era un agente de la CIA, un espía del gobierno de los Estados Unidos, alto y de carácter agrio que después de presentarse le invitó a acompañarle fuera de su casa de Jardines del Pedregal. En la calle, al volante de un auto de reciente modelo les esperaba un conductor delgado de traje oscuro, con características físicas muy similares al del primer hombre, pero de fácil sonrisa. Incluso sonrió al cubano cuando le vio abordar el vehículo.

Sicilia y el agente de la CIA ocuparon el asiento trasero de piel negra. Sicilia observó con cierta inquietud cómo por el espejo retrovisor el conductor le miraba con insistencia. El otro agente, impaciente, le golpeó con los dedos el hombro derecho

con cierta brusquedad, y la mirada del conductor pasó a la avenida. El primer agente, sin suavizar su gesto, le confirmó que debía arrancar el vehículo.

-¡Vamos!-ordenó.

El conductor giró la llave del encendido y el motor ronroneó; de inmediato el auto empezó a moverse y fue ganando velocidad hasta llegar a la avenida Palmas.

Sin pronunciar palabra alguna, el primer agente se desabrochó el saco, pasó los dedos por su pelo castaño y se miró la palma de ambas manos, como buscando algo perdido. Llegaba hasta ellos el olor dulzón de los enormes y frondosos árboles que parecían vigilar la transitada avenida. Los rumores de los vehículos crecían a medida que el auto avanzaba en la cálida tarde. Los últimos rayos del sol rojizo ofrecían al cubano la vista de la larga sombra del vehículo ondulándose silenciosamente sobre los edificios.

Los ruidos se apagaban y menguaba la multitud, cuando el conductor dejó la avenida Palmas y poco después entraba a Polanco, para poco más adelante detenerse al lado de una frondosa jacaranda de flores color violeta, frente a una puerta estrecha pero imponente. Era una de las propiedades de la Agencia en la ciudad de México. Un lugar a donde se reclutaba a muy selectos narco-traficantes para-con el conocimiento pleno del Departamento de Estado norteamericano-, utilizar las drogas como un vehículo de dinero e influencia en apoyo a terroristas “amigos”, como los Contras y otros grupos en todo el mundo. A esta casa situada en Polanco, muy cerca de la embajada estadounidense en México, entraban y salían traficantes de drogas “amigos de Estados Unidos”, cuyos dominios abarcaban los miles de kilómetros que hay desde Florida, Estados Unidos, hasta los lejanos campos de Sudamérica, donde comenzaban a reinar los grupos colombianos de Medellín y Cali comandados por Escobar, Ochoa, y Rodríguez Gacha, y los Rodríguez Orejuela. Era aquí donde el narcotráfico era política del gobierno norteamericano, y desde donde la CIA apoyaba a los principales contrabandistas de opio, mariguana y cocaína que envenenaban al pueblo estadounidense.

El cubano siguió al agente de la CIA por un recibidor iluminado con luz eléctrica y tapizado de rico brocado. Entraron en una sala igualmente iluminada y decorada, y el agente-sin decir nada-dio media vuelta y se fue. Allí, sentado ante un gran escritorio de madera, estaba un hombre grueso de pelo castaño. Estaba en mangas de camisa-muy blanca-y sin corbata. En la sala, además del escritorio, en el que no había más que una botella de whisky, dos vasos de vidrio y un grueso folder de color ocre, sólo había una silla. De la pared que estaba detrás del hombre grueso, colgaba el grabado de un Cristo. El cubano se prendió un momento en el doliente rostro del crucificado, y luego miró al gordo cuando le escuchó:

-Bienvenido, señor Alberto-dijo amistosamente el gordo a manera de saludo con una amplia sonrisa, pero sin invitarle a sentarse. El cubano no se movió y el gordo continuó en el mismo tono-. Siempre da gusto conocer a un hombre de amplios negocios en México, de iniciativa-masculló, al tiempo que con sus gruesos dedos de la mano derecha empujaba hasta él el grueso folder de color ocre. De pie, el cubano pudo apreciar que al frente del folder había un círculo azul, en cuyo interior resaltaba la imagen de la cabeza blanca de un águila sobre un delgado listón con transversales barras rojas; la testa y el listón estaban sobre un escudo blanco en cuyo centro destacaban, encimadas entre sí, dos estrellas rojas. Todo esto, dentro del círculo azul, estaba coronado con el texto “Central Inteligence Agency”, la CIA.

Con sus gruesos dedos, el gordo abrió el abultado folder y sobre el escritorio extendió parte del contenido, para que el visitante lo viera. A la vista del cubano aparecieron varias fotos y textos mecanografiados y en manuscrito, alusivos tanto a él como a sus amistades, cómplices y familia. El cubano supo de inmediato que esas fotografías y textos, reseñaban parte de su vida desde su llegada a Miami y sus frecuentes viajes a la ciudad de Tijuana, México. El gordo levantó las cejas y movió la cabeza de arriba abajo lentamente; luego lentamente recogió las fotos y los escritos y los devolvió al interior del folder. Hasta entonces el cubano rompió su silencio.

-¡Qué puedo decir, señor, si usted todo lo sabe!... Bueno, sí,

una cosa, por dinero, señor, sólo por dinero. ¿A quién no le gusta el dinero?-dijo, sonriendo.
-El dinero, el poder... y muchas otras cositas más, ¿no amigo Alberto? Sicilia entendió que el gordo se refería a sus gustos sexuales, y se limitó a sonreír. Para qué dar explicaciones sobre lo evidente, pensó.

El gordo se levantó, y devolviéndole la sonrisa cogió el grueso folder; fue hasta el muro donde colgaba el grabado del Cristo, lo ladeó y apareció una puertecilla metálica, color gris.

-¡la caja fuerte!-dijo, abriéndola y metiendo allí el grueso expediente, mientras invitaba al cubano a tomar asiento en la solitaria silla, frente al escritorio de madera. Luego sirvió una generosa ración de whisky en cada uno de los dos vasos, y hablaron de negocios.

Cuando horas después Alberto Sicilia Falcón abandonó aquella propiedad, ya había hecho suyo un rico y prometedor futuro. A cambio de transportar armas a los grupos anticastristas de Cen-troamérica, la CIA se comprometía a ampliarle su negocio de narcóticos en Tijuana. Lo demás correría por su cuenta, pues la Agencia estaba enterada de sus estrechos vínculos que había logrado en el sistema de impartición de justicia y la clase política del gobierno del presidente Díaz Ordaz y ahora en el de Luis Echeverría. En efecto, la CIA sabía que en México Sicilia contaba con amistades en diversos sectores y gremios: en el político, en el militar, en el policiaco, en el empresarial y en el artístico. Y, sobre todo, conocía a fondo las reglas de juego del país.

Sicilia Falcón, narcotraficante astuto cuya sola ética consistía en el dinero y la servidumbre, durante más de cinco años fue utilizado como instrumento del gobierno estadounidense. A cambio, durante todos esos años sin ningún problema traficó mariguana y cocaína a Estados Unidos, que mensualmente le generaban utilidades por cerca de veinte millones de dólares. Así se convirtió en el principal narcotraficante de México, pero también en proveedor de armas para los narcos ligados a las actividades contrarrevolucionarias de la CIA en México y toda Latinoamérica. Las armas las suministraba la agencia de

espionaje que, a través de Sicilia y de otros “traficantes amigos”, mantenía una red que intercambiaba heroína y mariguana por armamento que se enviaba a las guerrillas, con la esperanza de que los gobiernos latinoamericanos asediados solicitaran ayuda militar de Estados Unidos.

Como el cubano no era estúpido, aún sin habérselo dicho de esa manera el gordo, supo que la política de Estados Unidos, como la llevaban a cabo la CIA y el Departamento de Estado, era utilizar las drogas como un vehículo de dinero e influencia en apoyo a terroristas “amigos” en todo el mundo. Supo que, en realidad, la CIA no era solamente una agencia de espionaje, sino una de las maquinarias de narcotráfico, subversión y terrorismo de Washington más poderosa que hubiera conocido la humanidad. Era una organización podrida por la corrupción y envilecida por el crimen. La CIA se había convertido en una red de distribución de drogas más extensa que la Mafia, cuyos fondos le servían para financiar contrarrevoluciones, golpes de Estado y asesinatos en todo el mundo.

Con menos de treinta años de edad, Sicilia amplió su centro estratégico de operaciones de Tijuana, donde consolidó su organización y tejió su red de influencia y contactos; incrementó su poder económico y político, se mantuvo alejado de las investigaciones estadounidenses y, mediante sus muchas relaciones en México, logró completa impunidad. Uno de sus contactos en México era el rejoneador de San Luis Potosí Gastón Santos, hijo del general y ex gobernador de esa entidad, Gonzalo N. Santos, a quien todo mundo conocía por su rampante corrupción. Su socio Gastón era miembro de la “familia revolucionaria” y, por lo tanto, intocable.

Cuando los miembros de su organización vieron su vertiginoso crecimiento, en especial Alberto Barruetta, comenzaron a exigirle mayor porcentaje y a querer trabajar de manera independiente. Para evitar la fractura, Sicilia ideó la manera de incrementar las ganancias de todos. Después de darle algunas vueltas al asunto y de llegar a una solución que beneficiaría a

todos, un día, sin mayor explicación, citó a los miembros de su banda en su residencia de Acapulco.

Seguro de su plan, el día de la reunión organizó una fiesta donde hubo de todo en abundancia: mujeres, vino y drogas. Al otro día, muy de mañana, tres camionetas repletas con hombres fuertemente armados rodearon la residencia. Cuando Sicilia salió a su encuentro, el jefe de los recién llegados se apeó de uno de los vehículos y, a excepción de Alberto Barruetta, con asombro todos vieron como con toda familiaridad Sicilia le saludaba efusivamente. Acto seguido, ambos se encaminaron a una de las habitaciones de la residencia, para hablar en privado. Barruetta sabía de las conexiones de Sicilia con los grupos subversivos de Guerrero. Estaba al tanto de que, mediante Gastón Santos, los guerrilleros de Guerrero le enviaban los cargamentos de mariguana que ellos mismos producían a las casas de seguridad de Sicilia en Mexicali. A través de estas transacciones, los guerrilleros conseguían armas y abastecimiento.

Siempre alerta, Sicilia se había percado de la actitud de Barrueta. Entonces, por vez primera tomó en serio sus ya molestas exigencias y deseos de seguir en el negocio, pero con su propio grupo. No dijo nada, pero creyó conveniente encargárselo a Michael Decker, el asesino a sueldo de la CIA, al que le pagaba ocho mil dólares por cada *trabajo* que ejecutaba. Al que, en alguna ocasión, le había cubierto hasta doscientos mil dólares, por las veinticinco ejecuciones que había realizado durante un mes.

La reunión duró tres horas. El plan de Sicilia había sido aceptado por los guerrilleros. Una vez que éstos se retiraron, para informarles al respecto Sicilia invitó a sus cómplices a un restaurante de la costera de Acapulco, a donde les detalló su plan y los resultados obtenidos. De entrada les prometió que a partir de esa fecha sus ingresos se multiplicarían por dos. Es decir, que quienes ganaban cuarenta y cinco mil dólares por tonelada, una vez encaminado su plan, sus ganancias serían de noventa mil a cien mil dólares.

-¿Cómo?-preguntó con evidente avaricia uno de sus compinches.

-Vamos a controlar toda la mariguana de México-le contestó de inmediato el cubano-La idea es monopolizar toda la mariguana que se produzca en el país-agregó.

Luego procedió a explicarles en qué consistía su plan y el papel que en éste jugaría la guerrilla de Guerrero. Los guerrilleros, necesitados siempre de recursos para sostener su movimiento, les abastecerían de un primer cargamento de cien toneladas de mariguana. Y se comprometían a suministrarles similares cantidades cada vez que fuera necesario.

La segunda parte de su plan fue la que realmente arrancó exclamaciones de admiración de sus compinches, al comprobar que el cubano realmente tenía en un puño a las autoridades de los tres niveles del gobierno: municipales, estatales y, sobre todo, federales.

Explicó que sabiendo que la mayor fuente de mariguana era Sinaloa, había sobornado a las autoridades de la PGR-responsables de la Campaña Permanente de Lucha Contra las Drogas que en febrero de 1975 ordenó el gobierno federal se realizara en los estados de Sinaloa, Durango y Chihuahua-, para que concentraran sus ataques en ese estado. Les dijo que de las operaciones de la DEA no se preocuparan, pues la agencia antinarcóticos sólo hacía lo que les permitiera la PGR. En decir, explicó, sobornadas las autoridades de la PGR éstas sólo atacarían los campos sinaloenses de donde se proveían sus competidores. De esta forma, mediante los guerrilleros guerrerenses-sus principales proveedores-, la organización de Sicilia monopolizaría la mayor parte de la mariguana que se produjera en el país.

Dicho esto, Sicilia y su banda siguieron la fiesta en aquel restaurante de la costera de Acapulco. Cuando días después Alberto Ba-rruetta dejó de asistir a las reuniones del grupo, nadie preguntó por él. No había necesidad.

Para 1975, desde Tijuana, además de la mariguana, Sicilia ya también incursionaba en el negocio de la cocaína sudamericana y la heroína europea. Más aún, se abría camino silenciosamente dentro de la jerarquía política mexicana para entrar a la

producción y el tráfico de armas. Sin embargo, el endurecimiento en las inspecciones estadounidenses lo convenció de dejar Tijuana y mudarse a la ciudad de México, donde ya contaba con bastantes relaciones políticas. Antes, se reunió con Gastón Santos y James Morgan, dueño de Morgan Arms Company, para probar el arma que el estadounidense pretendía venderles.

Durante la reunión, a ambos Morgan les explicó que para producir esa arma en Portugal (un rifle con mira telescópica láser) requería de diez millones de dólares. Sicilia quería el arma para intercambiarla por droga a los guerrilleros de Guerrero, o venderla a otros grupos subversivos de diferentes partes del mundo. Según Morgan, con esa inversión se podrían hacer de trescientos a quinientos millones de dólares el primer año.

Con lo que no contaba Sicilia era que la evidente protección que se le brindaba tanto en México como en Estados Unidos, había comenzado a llamar la atención de otras agencias estadounidenses. El FBI sospechaba que trabajaba como doble agente para los soviéticos; la DEA creía que era un informante de la CIA, que delataba a los guerrilleros mexicanos a cambio de libertad de acción. Nadie, a excepción de la CIA, desde luego, sabía que a través de sus operaciones, además de armar a las guerrillas latinoamericanas para que los gobiernos esos países solicitaran ayuda militar de Estados Unidos, lo que realmente se buscaba era desestabilizar al gobierno mexicano, para que las corporaciones estadounidenses pudieran manipular con más facilidad la industria petrolera de México.

Cuando Sicilia se enteró de todo lo que el FBI y la DEA decían de él, se encogió de hombros, y luego gesticuló copiosamente, con manos y brazos, al hablar:

-Yo sólo tengo algunos amigos rusos, a los que no les interesa la política, y a la CIA sólo la conozco por las películas y los periódicos-dijo, sonriendo.

Nadie más que él sabía que además del apoyo de la CIA, había crecido dentro del mercado de las drogas, en parte, gracias a la información que recibía de algunos agentes de la DEA que tenía en su gruesa nómina de sobornos, entre ellos el

asistente del director regional de la DEA en Nueva Orleáns, Joseph Baca, a quien había enriquecido como jamás éste lo había soñado.

Pero la sonrisa se le hubiera borrado de los labios, si se hubiera enterado que desde finales de 1974 el gobierno estadounidense había creado una organización policial y de inteligencia específicamente para perseguirlo y atraparlo junto con su gente, tanto en México como en Estados Unidos, denominada CENTAC 12, con independencia del resto de las agencias gubernamentales. En su primera fase, CENTAC 12 buscaba desmantelar la red de traficantes que Sicilia manejaba desde México con fuentes de abastecimiento que incluían Sudamérica. Una vez capturado, la segunda fase consistía en desmantelar las fuentes de abastecimiento de la organización del cubano. Segunda fase que entraría en operación del mes de agosto de 1977 a diciembre de 1978, cuando, en efecto, Sicilia ya había sido capturado.

Mientras recorría el pasillo que le llevaba a su oficina, el director de la DEA en Nueva Orleáns, Willam R. Coonce, comprendió claramente que su asistente Joseph Baca se había involucrado con Sicilia Falcón, a quien la agencia antinarcóticos investigaba desde 1973. Hacía sólo unos cuantos años que Coonce y Baca trabajaban juntos en la DEA.

Desde que en 1976 él personalmente inició una investigación interna, quedó impresionado por los gastos realizados por el agente Baca mediante sus tarjetas de crédito, que superaban holgadamente sus ingresos; y por la casa, a nombre de su esposa, que poseía en la ciudad de Tijuana, valuada en aproximadamente setecientos mil dólares que se cubrieron en efectivo. Ordenó, entonces, que se registraran todas sus llamadas telefónicas, y se sorprendió por el número de llamadas que había hecho de forma permanente en los últimos meses a las distintas residencias que poseía Sicilia, dentro y de fuera de los Estados Unidos.

Por estas razones, el administrador de la DEA Peter Bensinger convocó a Baca para exigir explicaciones, pero éste

simplemente negó los hechos y renunció. Ante ello, el director de la DEA en Nueva Orleáns detalló los resultados de los hechos y puso la documentación en manos de varios fiscales, que rechazaron la posibilidad de iniciar una acusación formal en contra del agente Baca, por considerar que las evidencias eran circunstanciales o no tener jurisdicción para investigar en la ciudad de Tijuana, competencia exclusiva del gobierno mexicano.

Fue así como el caso se turnó a CENTAC 12, la brigada que nació a finales de 1973 cuando la DEA de Los Ángeles decidió formar una brigada llamada Unidad Táctica Central, cuyo principal objetivo era acentuar las tareas de inteligencia, reunir las pruebas necesarias e intentar desbaratar la organización de Sicilia, que para entonces ya tenía ramificaciones en las ciudades más importantes de Estados Unidos y de Europa.

## 14.-LEA y Mario Moya Palencia; ciudad de México, julio de 1975

La noche había terminado muy bien para Alberto Sicilia Falcon. El joven que dormía a su lado, su nueva conquista, había cumplido con su deber de amante en turno con destreza y vigor, estimulado por las promesas de estar al frente de asuntos más importantes dentro de la organización. Sin embargo, sus sueños se esfumaron cuando por la puerta de su suntuosa recámara apareció la recia figura del comandante Florentino Ventura Gutiérrez. Tanta fue la resistencia a vestirse y dejar el cálido nido de amor que Gerardo C. Medina, uno de los agentes federales de Ventura, tuvo que ponerle un ojo morado al llamado *Barón de las drogas*.

Ese mismo día, 2 de julio de 1975, aunque sólo por unas cuantas horas, también fue detenido Gastón Santos, hijo del cacique potosino Gonzalo N. Santos. Se le atrapó cuando, bajo coacción de sus captores, por la vía telefónica Sicilia le pidió verlo en su residencia. Los periódicos no hicieron mucho ruido

sobre su efímera detención, por presiones políticas y por ser miembro de “la familia revolucionaria”.

La captura de Sicilia, sin embargo, destapó una serie de complicidades que nunca serían aclaradas. Surgieron los nombres de los más destacados políticos de la época, comenzando con el del presidente Luis Echeverría Álvarez y el secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, quien a unas cuantas semanas del *destape* presidencial del PRI, para el sexenio 1976-1982, sonaba como el más viable para suceder en la Presidencia de la República a Echeverría. Tras el escándalo, sin protocolo de por medio, Moya Palencia fue reemplazado como candidato presidencial del PRI por José López Portillo.

El día de su detención, tanto a Sicilia como a Gastón entre sus pertenencias el comandante Ventura encontró una credencial que los acreditaba como “agente especial” de la Secretaría de Gobernación. Los documentos habían sido autorizados y firmados por el secretario de Gobernación, Moya Palencia.

Por otro lado, los agentes de la DEA a Sicilia le descubrieron una carta que tenía información sobre transacciones comerciales de plata, mercurio, cemento, hierro y productos petroleros entre México y Estados Unidos, autorizadas por Antonio Buch, representante legal de María Esther Zuno de Echeverría, esposa del presidente Echeverría. La misiva había sido firmada dos meses después de la reunión en Tijuana de Sicilia, Gastón y James Morgan concerniente a la fabricación de un superrifle con visión láser.

Investigaciones posteriores sugerirían que la señora Zuno de Echeverría, cuyos padre y hermanos eran investigados por la DEA, por su relación en operaciones con heroína europea, pudo tener inversiones en la manufactura del superrifle. La posible participación del presidente Echeverría con el tráfico de drogas y armas (por medio de esposa, su secretario de Gobernación, Moya Palencia y otros), era de particular interés para el gobierno estadounidense por su conocida ambición de llegar a la Secretaría General de la ONU.

El procurador general de la República, Pedro Ojeda Paullada, presentó el caso como un éxito conjunto de la PJF y

la DEA, pues ese mismo día se habían capturado a diecisiete personas en México y diez en California, Estados Unidos, relacionadas con la organización de Sicilia, entre ellos su lugarteniente en México Carlos Ángel Kiriakides, la dirigente de sus distribuidores Mercedes Coleman Bis-val, Concepción Baeza Primo, Nora Hilda Aguilar Primo, Félix Flores Beltrán, Enrique Palacios Echazarreta, Luis Antonio Zuccoli Bravo, Gabriel Ochoa Recillas, José Egozi Béjar, Fernando Asunción Alpuig Osuna, entre otros. En California, la DEA detuvo a James R. Vurich, Daniel L. Peterson, James L. Peterson, José Zúñiga, José Méndez Alcalá, Diana Fay Ranes, Anthony Franck Avierno, y Roger W. A. Fuy, lugarteniente de Sicilia en la Unión Americana.

A los pocos días de su encarcelamiento, en la penitenciaría de Le-cumberri, Sicilia fue trasladado de urgencia a la Cruz Roja en medio de un impresionante dispositivo de seguridad. La cuestión parecía sobradamente clara. El cubano había simulado suicidarse, infringiéndose ligeras cortadas en ambos brazos, para llamar atención de la sociedad mexicana. Tal como el narcotraficante lo previó, el suceso fue aprovechado por su abogado para exigir a las autoridades que se suspendieran provisionalmente los cargos por los que se le mantenía encerrado. En medio del escándalo, la actriz y cantante Irma Serrano-ex amante del ex presidente Díaz Ordaz, y amante de Sicilia-en su defensa aseguró que ella podría "decir mucho sobre los verdaderos jefes del narcotráfico en México".

A los pocos días, la PGR presentó un documento en el que se comprobaba que la actriz y cantante había servido de aval para que Sicilia pudiera rentara la residencia donde fue apresado. Agustín Bárcenas, secretario del Juzgado Tercero Administrativo, declaró a la prensa que la actriz no tenía por qué declarar en torno al caso; mientras que el abogado de Sicilia aseguró que su defendido no tenía "ninguna relación con la artista".

Una investigación que en México jamás se agotó fue la de un Rolls-Royce del año propiedad de Sicilia, que estaba

estacionado en la casa de Dolores Olmedo. El auto había sido usado por Sicilia y su banda para traficar heroína desde España, cuando éste estuvo en Madrid para la negociación de la transacción de un cuarto de millón de dólares en armas de la CIA. Investigaciones posteriores revelaron que, a pesar de su avanzada edad, la coleccionista de arte Dolores Olmedo era amante de Arturo Izquierdo Hebrard, traficante de heroína francesa que operaba desde su finca del puerto de Veracruz, a donde fue desembarcado el Rolls-Royce de Sicilia. Arturo era hermano de Hugo Izquierdo Hebrard, a quien el gobernador Sánchez Celis sacó de la prisión de Lecumberri para que, bajo el nombre del "capitán José Chávez", trabajara para él; Hugo había sido encarcelado por la muerte del senador Mauro Angulo. Los Izquierdo Hebrard eran cuñados de Arturo *El Negro* Durazo, a quien el presidente López Portillo nombraría jefe de la Dirección General de Policía y Tránsito (DGPyT) de la ciudad de México, pese a sus antecedentes de traficante de drogas.

El 15 de julio de 1975, Sicilia fue consignado por asociación delictuosa, contrabando y acopio de armas, falsificación de documentos y delitos contra la salud en sus modalidades de posesión, transportación, compra-venta, tráfico y suministro de mariguana y cocaína. Su caso se reanudó en abril de 1976, cuando junto con Alberto Hernández Rubí, José Egozzi y Luis Antonio Zuccoli, previo pago de cincuenta mil dólares, se les permitió fugarse de Lecumberri a través de un túnel de cuarenta metros de largo. La fuga despertó las sospechas de la complicidad de las autoridades con los narcotraficantes y presionaron de sobremanera al procurador general de la República.

Las cosas se complicaron para Sicilia y sus cómplices a los pocos días. Se descubrió el soborno de los cincuenta mil dólares y que el cubano había comprado por dos y medio millones de pesos la crujía I al jefe de vigilancia de Lecumberri, Edilberto Gil Cárdenas; se descubrió que Zuccoli era compadre y ex secretario particular de Gustavo Malo, presidente de la Comisión Administradora de Cárceles y Reclusorios del Distrito Federal. El procurador Ojeda Paullada

exculpó al director de Lecumberri, general Francisco Arcaute, y señaló como responsables de la fuga a los reos más viejos de la prisión, de los que dijo eran los “caciques” que tenían el control de Lecumberri. En cambio pidió se aplicara la ley con todo rigor a Gil Cárdenas, quien fue aprehendido y acusado de corrupción y varios delitos más.

El 2 de mayo de 1976 fue recapturado Sicilia por el subdirector de la DFS, Miguel Nazar Haro y los comandantes de la PJF Florentino Ventura y Pedro Ismael Díaz Laredo. Poco después, con setenta granaderos resguardando Lecumberri y numerosas llamadas telefónicas en las que se amenazaba con dinamitar la cárcel, Sicilia era trasladado al Reclusorio Sur, mientras clamaba su inocencia.

Sicilia continuó manejando sus operaciones desde la cárcel mediante uno de sus hombres de mayor confianza: Manuel Salcido Uzeta, *El Cochiloco.* Al frente del grupo de Sicilia, *El Cochiloco* pronto se convirtió en uno de los principales traficantes de la heroína mexicana, operando desde la ciudad de Mazatlán, en sociedad con el hondureño Juan Ramón Matta Ballesteros, también ligado a Sicilia. Matta Ballesteros y *El Cochiloco* entraron el contacto con Miguel Ángel Félix Gallardo, que operaba en Culiacán bajo la batuta de Pedro Avilés, que para entonces ya contaba con setenta y tres años de edad, algo viejo para manejar la organización que controlaba la región conformada por Sinaloa, Durango y Chihuahua, pensaba la nueva generación de narcos que ya le disputaban el poder.

## 15.-Manuel Salcido Uzeta, El Cochiloco’, Sinaloa, 1976

Manuel Salcido Uzeta era uno de los hombres más temidos en el submundo del narcotráfico. Su mayor talento, según se decía, consistía en personalmente eliminar a quienes se le encomendaba. Los asesinatos los cometía sin sentir ningún

remordimiento, a sangre fría. En algunos casos sus víctimas eran descuartizadas y sus restos, metidos en bolsas de polietileno, eran desperdigados por la ciudad donde cometía la fechoría.

En septiembre de 1973, en el camino entre San Juan-población donde nació-y su rancho San Fermín, en San Ignacio, Salcido Uzeta y su pandilla tuvieron un enfrentamiento con la banda de Braulio Aguirre, quien trataba de hacerse del negocio en el sur de Sinaloa. En el tiroteo, Salcido Uzeta resultó herido y muerto su lugarteniente Alfonso Zamora. Apenas se repuso de sus heridas, ofreció un cuarto de millón de dólares a los agentes de la PJF que llevaran ante él a los miembros de la banda de Aguirre. En enero de 1974, tres federales secuestraron a seis muchachos del grupo rival que supuestamentehabían participado en la balacera. Los llevaron a la casa que *El Co-chiloco* tenía en la calle de Río Humaya treinta y uno en la colonia Lomas del Mar, en Mazatlán. Horas despúés, los cuerpos de los seis muchachos fueron encontrados despedazados y quemados en un rancho cerca de Mazatlán.

Por la crueldad con la que fueron ejecutados y porque se supo que los federales habían entregado a las víctimas a *El Cochiloco* a cambio de dinero, el asunto fue ampliamente difundido por la prensa local e indignó a la sociedad sinaloense, que exigió la pronta captura de los responsables, pues evidenciaba la colusión entre los policías y el narcotraficante. Los agentes federales fueron apresados bajo los cargos de privación ilegal de la libertad, junto con su jefe de la PJF comisionado en Sinaloa, Ramón Herrera Esponda. No obstante, luego de ser trasladados a la ciudad de México fueron exonerados de todos los cargos.

En esta circunstancia, en febrero de 1974 fueron aprehendidos Sal-cido Uzeta y su banda en la colonia Chapalita, de la ciudad de Guadalajara. Fueron encerrados bajo los cargos de homicidio, portación de armas, desorden público y asociación delictuosa, aunque no por delitos contra la salud, como esperaban los reporteros especializados en los asuntos judiciales. “Hay ya un maridaje excesivo entre el narcotráfico y los encargados de combatirlo... Esto muestra hasta dónde la

mafia de los gomeros ha podido calar, comprando protección, conciencias, gatillos con credencial”, publicó en aquellos días el diario *La Prensa* de la ciudad de México, que seguía de cerca el desenlace del caso. “Maridaje” que se comprobaría-una vez más-pocos meses después.

*El Cochiloco* y su banda fueron enviados primero a Mazatlán y después a Culiacán, custodiados por quince militares. Sin embargo Salcido Uzeta no duró mucho en la prisión. Una noche de noviembre de 1975 se escapó después de sobornar con medio millón de pesos a las autoridades del penal. Pero como Sicilia Falcón, su jefe, se encontraba en prisión desde julio de 1975, *El Cochiloco* reinició sus operaciones de narcotráfico, pero ahora bajo la batuta de José Inés Calderón Quintero y Pedro Avilés.

Calderón Quintero era uno de los principales narcotraficantes de Sinaloa, que para entonces apadrinaba al Joven Ismael *El Mayo* Zambada y operaba con su sobrino, Rafael Caro Quintero, *Don Neto*, y Baltasar Díaz Vega. Calderón Quintero, era hijo de Inés Calderón Godoy y María del Rosario Calderón López. Al igual que Pedro Avilés, era duranguen-se, pues nació en Tamazula, en el llamado Triángulo dorado de la droga, formado entre Sinaloa, Durango y Chihuahua. Desde entonces, a *El*
*Cochiloco* se le vio pasear y operar sin problemas por todo el Pacífico y Sinaloa. En 1988, Calderón Quintero moriría acribillado en su casa, en el fraccionamiento Las Quintas, durante un enfrentamiento con la PJF.

Para finales de la década de los años setenta, se aseguraba que Salci-do Uzeta había matado a casi un centenar de rivales. Cierto o no, su fama de matón era legendaria. *El Cochiloco* o *El gallo de San Juan*, como también se le conocía, nació en abril de 1947 en el pueblo San Juan del municipio San Ignacio, una población sinaloense enclavada entre montañas a orillas del río Piaxtla que por aquellos años no llegaba a veinte mil habitantes. Su corta estatura y complexión robusta provocaba intranquilidad, sobre todo en los palanques, a los que con

regularidad asistía por su gusto a las peleas de gallos. Sus ojos eran negros y fríos. En su boca, de labios semigruesos, siempre anidaba una sonrisa cruel. Aunque tenía fama de ser terriblemente violento y brutal, también tenía destellos de generosidad con todo aquel que le solicitaba un favor; tampoco era desconocida su admiración por Pedro Avilés. De hecho se aseguraba que Avilés era tal vez al único hombre a quien, además de admirar, temía.

*El Cochiloco* se inició al lado de Modesto Osuna, asesinado en 1972, y Lamberto Quintero Páez, tío de Rafael Caro Quintero y primo de los hermanos Emilio y Juan José Quintero Payán. Lamberto fue ametrallado en El Salado el 28 de enero de 1976, durante una balacera en la que perdió la vida *El Chito* Lafarga. Los Quintero y los Lafarga tenían viejas rencillas por el negocio en Sinaloa. Malherido, Lamberto fue llevado a una Clínica del centro de Culiacán, donde falleció pocas horas más tarde. Dos días después, ambos bandos se volvieron a enfrentar a tiros, muriendo diez hombres más.

## 16.-Crimen desorganizado y campañas antidrogas; década de los setenta

Aún cuando México ya había ingresado al mercado del tráfico internacional de estupefacientes, para mediados de la década de los setenta en el país no había organizaciones importantes, pero sí importantes productores. De hecho las organizaciones más grandes, eran lideradas por extranjeros y sólo unos pocos mexicanos habían tenido la habilidad para manejar el negocio desde la producción hasta la venta en el territorio norteamericano. Entre esos pocos grupos mexicanos que operaban en Estados Unidos-aunque en esa misma década serían desmantelados por la DEA-, destacaban los de *Don Jaime* y José Valenzuela. Sin embargo, ni Herrera ni

Valenzuela lograron el grado de organización que sí logró el cubano Sicilia Falcón, durante los gobiernos de los presidentes Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez. Incluso, como ya se dijo, intentó monopolizar toda la producción de mariguana y traficó la cocaína colombiana a gran escala. Además, tuvo vínculos con Pedro Avilés y otros narcotraficantes que más adelante lograrían sofisticar sus grupos, como Jorge Favela Escobosa.

Era tan evidente que en esos años en México no había organizaciones criminales importantes, salvo las ya citadas, que cualquier estadounidense viajaba a México para llevarse cargamentos de mariguana o heroína, como George Jung, que desde 1967 había comenzado como revendedor de la yerba que compraba a los campesinos de Sinaloa, y tras de conectarse con el colombiano Carlos Lehder se convirtió en un destacado traficante de cocaína.

Aunque eran muchos los mexicanos involucrados en el negocio, su papel en el paso de las drogas hacia Estados Unidos no tenía la importancia que adquiriría después. Por ejemplo, en la heroína, una vez cosechado el bulbo de la amapola, la goma de opio se transportaba mediante animales o automóvil desde las sierras donde se sembraba hasta los poblados de recolección, donde la goma se procesaba químicamente en las "cocinas" hasta convertirla en heroína. Hasta este punto, la participación de los mexicanos era fundamental. Pero luego, cuando la heroína era transportada por las rutas terrestres, hasta que se introducía hasta Estados Unidos, los traficantes extranjeros eran dueños absolutos del producto. Salvo los grupos de *Don Jaime* y José Valenzuela, como ya se dijo, que manejaban el negocio desde la producción hasta la venta en el territorio norteamericano. El grupo de Herrera era el responsable de la mayor parte de heroína que llegaba a Chicago; Valenzuela operaba laboratorios clandestinos en Culiacán y distribuía en California, desde donde la enviaba a cinco distritos de Nueva York.

Si México ingresó al mercado del tráfico internacional de estupefacientes, introduciendo al mercado norteamericano vastas cantidades de mariguana, heroína y cocaína, fue, en gran

medida gracias a que mediante el operativo llamado French Connection ("Conexión Francesa"), en 1972 Estados Unidos desarticuló las rutas tradicionales de heroína que provenían de Europa y Asia (restablecidas al término de la Segunda Guerra Mundial) y al incremento del consumo de estas drogas en su territorio.

Como antes había sucedido en la década de los cuarenta, tras el éxito de dicho operativo los italo-americanos de la Mafia de Nueva York y de otras ciudades de la costa oeste estadounidense, buscaron de nueva cuenta a *Don Jaime,* Pedro Avilés, y Sicilia Falcón, que operaban en Si-naloa, Durango, Chihuahua, Baja California y Jalisco, y poco a poco se extendían hasta los estados de Guerrero, Michoacán y Chiapas, para que les proporcionaran heroína. Una vez restablecida la alianza, los mafiosos se ahorraban el costoso transporte que representaba traer el opio y la heroína producidos en tierra turca.

Así, en los años setenta los mafiosos italo-americanos repetían lo que con éxito habían realizado durante y después de la Segunda Guerra Mundial en la cadena montañosa de la Sierra Madre Occidental, con condiciones inmejorables para todo tipo de cultivos: financiar la producción de opio, para una vez convertido en morfina, revenderlo en los Estados Unidos.

Hasta antes de que en los Estados Unidos fuera desbaratada la Conexión Francesa, los traficantes mexicanos realizaban sus operaciones sin una organización definida. Aún así, les redituaban importantes sumas de dinero. Muchos personajes habían adquirido verdaderas fortunas, pero ninguno como *Don Jaime* y Pedro Avilés, en el Noroeste del país; Juan Nepomuceno, en el Noreste; y Alberto Sicilia Falcón, en el Occidente.

Es evidente que los grupos de *Don Jaime*, Pedro Avilés, Juan Nepomu-ceno, y Sicilia Falcón, no habrían podido sobrevivir si las autoridades mexicanas responsables de combatir el narcotráfico no hubiesen estado de acuerdo o involucradas con lo que hacían. La gran cantidad de caciques regionales y

locales, la miseria ancestral de los hombres del campo, y la corrupción que ya había penetrado en buena parte de las estructuras del poder político, fueron el caldo de cultivo propicio para el surgimiento de estos hombres y sus grupos, provocando-como ya había ocurrido en las postrimerías del sexenio del presidente Miguel Alemán-, que el gobierno estadounidense manifestara su inconformidad y recriminara a su homólogo del sur el aumento del tránsito de drogas desde México, ganándose así la fama de ser un país de narco-traficantes.

A fin de mitigar esta reputación, durante los sexenios de los presidentes Echeverría Álvarez (en febrero de 1975) y después en enero de 1977 (ya en el gobierno de López Portillo), México hizo la comedia de organizar la llamada Campaña Permanente de Lucha Contra las Drogas y la Operación Cóndor, como para demostrar al mundo que bajo los gobiernos de esos dos presidentes, en México las cosas habían cambiado.

La verdad es que las dos campañas antidrogas fueron más espectaculares y aparatosas que exitosas, pese a que en ambos participaron miles de elementos de la PGR, el Ejército, la DEA, y los gobiernos de Sinaloa, Durango y Chihuahua, con alta tecnología para la ubicación y destrucción de plantíos en esas tres entidades. Incluso, a petición del secretario de Estado del gobierno estadounidense, Henry Kissinger, se utilizaron peligrosos herbicidas en los campos mexicanos donde se sembraban mariguana y adormidera.

La Campaña Permanente de Lucha Contra las Drogas fue exitosa sólo por algunos meses, ya que pronto los traficantes encontraron para sus cultivos nuevos y más seguros lugares en otras partes de las sierras mexicanas. La Operación Cóndor, por su parte, contó con la participación de diez mil efectivos militares, bajo las órdenes del general José Hernández Toledo, quien al tomar el cargo pronosticó que acabaría con el narcotráfico en no más de cuatro meses. Cuando no cumplió en su lugar se nombró al general Manuel Díaz Escobar. Por el lado de la PGR, se destinaron más de quinientos agentes del Ministerio Público Federal y de la PJF, bajo las órdenes del comandante Carlos Aguilar Garza. Aunque ambas campañas

antidrogas fueron consideradas como las mayores que se habían realizado en los estados donde se concentraba la mayor producción de mariguana y amapola, sólo fueron utilizadas para perseguir a los campesinos de la región, el eslabón más débil de la larga cadena del tráfico de drogas.

A las capitales de esas tres entidades, los militares llegaron fuertemente armados y desfilaron por las principales avenidas, mientras grupos de paracaidistas descendían de helicópteros artillados en pleno centro. Su sola presencia provocó el éxodo masivo de campesinos y cientos de ellos fueron golpeados y torturados. Los militares patrullaban las calles y los helicópteros sobrevolaban la ciudad en forma constante. Aunque centenares de residencias fueron cateadas en colonias como Tierra Blanca y Chapulte-pec, ningún narcotraficante importante fue capturado. La mayoría de los detenidos o enviados a prisión eran simples peones.

La Operación Cóndor fue mostrada por los gobiernos de México y Estados Unidos como un programa modelo que debía ser imitado por otros países. Durante 1976, la PGR organizó giras de reporteros para que filmaran y publicaran los éxitos y avances que se producían en la lucha contra las drogas. Pero si bien todo se mostraba como el principio del fin para las plantaciones de opio, la realidad indicaba que los verdaderos responsables de que esas plantaciones existieran en esa región y se refinara la heroína, no eran arrestados, ya que la DEA se quejaba de no tener jurisdicción para hacerlo y los agentes federales de la PGR parecía que no tenían intenciones de detener a ningún traficante importante.

Cuatro años antes, en 1972, Travis Kuykendall, alto oficial de la DEA en México, había salido al paso de esos cuestionamientos.

-Si usted se encuentra en un país como México, con funciones para erradicar las drogas y el país no reconoce la gravedad del problema, ¿cómo hacerle para convencer a los policías mexicanos para que salgan y arresten a un gran narcotraficante que es protegido por treinta guardaespaldas armados?

Para mejor describír la situación, agregó durante una

entrevista:

-Peor aún, si nosotros no podemos colaborar en los arrestos, nuestra única función es permanecer en la oficina y tomar café (...) Ahora los mexicanos, cuando queremos proceder, nos dicen: ¡No sean tan serios con este asunto! Hemos perdido el respeto. Los federales no proceden. Incluso se ríen en nuestras caras y algunos hasta nos muestran dinero que cobran por no hacer nada.

En efecto, desde junio de 1976 el Congreso estadounidense había aprobado una resolución en la que se establecía que ningún oficial, agente o empleado del gobierno podría participar en ninguna acción policíaca directa en un país extranjero en la lucha contra los narcóticos. En cambio, no les prohibía actuar en tareas de inteligencia, cooperación en investigaciones, intercambio de informaciones o asesoramiento. Lo cierto, sin embargo, en la práctica los agentes de la DEA hacían todo el trabajo. Pero no aparecían como los responsables de los arrestos, que eran atribuidos a los federales mexicanos. Como sucedió en noviembre de 1977.

Como el gobierno mexicano seguía sin capturar a ningún verdadero capo, en noviembre de 1977 *Don Jaime* fue detenido por los agentes de la DEA. Durante meses, un agente de la DEA encubierto se ganó la amistad del desconfiado jefe del clan de Los Herrera. Acto seguido, le ofreció un suculento bocado que *Don Jaime* no pudo resistir. Se le conocía con el nombre de “Fernando”, y para atrapar al capo le dijo que le compraría dos millones de dólares en mercancía. El duranguense, primero le dijo que no sabía de qué le hablaba, después cayó como un bendito. Estaban en un café cuando los agentes del comandante Florentino Ventura lo arrestaron. También se llevaron a “Fernando”, para no revelar su verdadera identidad. Tras su captura, su hijo Rafael Herrera tomó las riendas del negocio familiar y Los Herrera siguieron trabajando.

## 17.-Los pilares del cártel de

## Sinaloa; Culiacán, 1977

Cuando a mediados de enero de 1977 el presidente López Portillo lanzó la Operación Cóndor sobre los estados de Sinaloa, Chihuahua y Durango, nadie pensó que Pedro Avilés se replegaría por estas acciones que aparentemente le costaban enormes cantidades de dinero y causaban bajas entre su gente. Sin embargo, ante el embate de la que se consideraba la primera gran campaña antidrogas del presidente López Portillo, entre algunos miembros de su organización prevalecía la opinión de responder con acciones mucho más violentas, como asesinar a algunos jefes policiacos que participaban en la campaña federal.

Sólo sus más cercanos colaboradores sabían que Pedro Avilés se oponía a tan terribles acciones, y por ello no se sorprendieron cuando se les avisó que quería verlos, para hablar sobre el asunto. Propuso que la reunión se realizara en Culiacán-controlado por Ernesto Fon-seca-, pues el caso les afectaba a todos y no sólo a él.

El duranguense, que desde la década de los cuarenta reinaba en el noroeste del país, se había ganado a los desconfiados sinaloenses de la manera más sencilla, pero efectiva: desde el principio no sólo los integró a su grupo, sino que la mayoría de ellos se conocían entre sí o estaban unidos por lazos de sangre. Incluso él era tío del joven Joaquín Guzmán Loera, *El Chapo.* Y quizás lo más importante, sin ninguna reserva les enseñó todos los recovecos del lucrativo y peligroso oficio, en el que ya utilizaba avionetas para transportar grandes cantidades de narcóticos hacia California, Arizona y Nuevo México. Destrezas que supieron apreciar los sinaloenses que, con respeto y admiración comenzaron a llamarle *El Licenciado* y/o *El León de la montaña* y hasta le compusieron un corrido en el que se habla de esas hazañas. Pero esas habilidades, habían atraído la atención de la DEA y despertaron la envidia y el rencor entre otros narcos de la región que abierta o subrepticiamente le disputaban su reinado.

Pedro Avilés fue el primero en llegar. El siguiente fue

Miguel Ángel Félix Gallardo, de treinta y un años. Era un sinaloense elegante. No tenía aspecto de quien se ganaba la vida mediante el delito, sino más bien parecía un distinguido empresario. Por esos detalles, sumados a su reconocida habilidad para manejar el poder de las palabras, era el responsable de tratar con los políticos, los altos jefes policiacos y los militares.

Nacido en Bellavista, una ranchería situada a cinco kilómetros de Culiacán, desde muy niño Miguel Ángel fue muy serio, pero avispado. Sus primeros estudios los realizó en la escuela local, en la Universidad los de la secundaria, y como no le era posible seguir una carrera profesional, se inscribió en la escuela de Comercio Webster. Estudios que más adelante le ayudarían a realizar con éxito el comercio de rancho en rancho de telas, hilos, botones, listones de llamativos colores y juguetes de celuloide, y montar en su pueblo un modesto expendio de llantas. Pero el adolescente Miguel Ángel deseaba realizar otras actividades, que le permitieran dejar de ser "varillero" (sobrenombre con el que se etiqueta a quienes se dedicaban a esa noble y respetuosa actividad) y convertirse en un hombre de "respeto".

Apenas cumplió diecisiete años, en 1963, ingresó como agente de la Policía Judicial de Sinaloa comisionado a la casa de Gobierno, a donde se le asignó como guardaespaldas de los hijos del gobernador Sánchez Celis. Miguel Ángel se ganó al mandatario con el mejor y más sencillo de los sistemas: desplazando al principal narco de la región que ya le resultaba incómodo a Sánchez Celis: Eduardo Fernández, *Don Lalo.* Cuando en 1969 Sánchez Celis dejó el poder, Miguel Ángel siguió prosperando, pues ya había adquirido experiencia y relaciones tanto políticas como en la alta sociedad de Culiacán. Durante el régimen del gobernador Valdés Montoya, se movía sin dificultad en las altas esferas políticas y sociales del estado y federales. Para el año que nos ocupa, 1977 (ya en el sexenio del gobernador Calderón Velarde 1975-1980), a Miguel Ángel se le reconocía como un hombre astuto e inteligente, enemigo de la violencia, pero inflexible, duro e implacable con quienes le traicionaban.

El siguiente en llegar fue Ernesto Fonseca, que se desempeñaba como tesorero de la organización. Era un hombre de cuarenta y seis años cuyo aspecto feroz, contrastaba con su trato amable y reflexivo; era tío de Amado Carrillo Fuentes (futuro capo) y padrino de Rafael Caro Quintero. Al entrar al lugar donde se iba a celebrar la reunión, *Don Neto* se acercó a Pedro Avilés y efusivamente le saludó. Eran muy buenos amigos. Llegó acompañado de su ahijado Caro Quintero, de Badiraguato, sobrino de Lamberto Quintero, primo segundo de Carrillo Fuentes. Caro Quintero, de veinticinco años, se había iniciado en la organización desde muy chamaco, a los doce años. Pese a su cara de niño, los miembros del grupo le respetaban y evitaban todo roce con él, pues era proverbial sumal genio y su disposición a tratarse de tú a tú con cualquiera.

A continuación llegó Juan José Esparragoza Moreno, *El Azul*, apreciado por todos por su carácter alegre y dicharachero, bebedor y bro-mista, era concuño y a la postre compadre de *El Chapo* Guzmán, de Ismael *El Mayo* Zambada, de Carrillo Fuentes. Era uno de los principales transportadores para la organización de Avilés. El siguiente en llegar fue Carrillo Fuentes, el más joven de los allí presentes: nació el 17 de diciembre de 1954, en un poblado pobre de Culiacán. Desde muy joven aprendió el oficio por mediación de su tío, *Don Neto*, y el mismo Avilés, a los que admiraba entrañablemente. Llegaron después el hon-dureño Juan Ramón Matta Ballesteros, Manuel Salcido Uzeta, *El Cochiloco;* Javier Barba Hernández y los hermanos Rafael Emilio y Juan José Quintero Payán, encargados de abrir nuevas plazas y mercados para el grupo.

Todos se saludaron con fuertes abrazos y apretón de manos; todos estaban perdiendo dinero con la Operación Cóndor. Pero el objeto de su mayor atención era, sin duda, don Pedro. Cada uno por su cuenta, intentaban descubrir qué tanto le estaba afectando la campaña federal, y se esforzaban en adivinar si el duranguense claudicaría al ver que su poder se debilitaba.

Los hombres se sirvieron bebidas, hablaron y bromearon de otras cosas ajenas al tema del día. Casi pasó otra hora antes de

que don Pedro tomara asiento en la cabecera de la rudimentaria mesa de madera y los otros asistentes se sentaran donde mejor les pareció, dispuestos a ofrecer su mejor opinión si se les solicitaba.

Cuando don Pedro habló, lo hizo como si nada estuviese amenazando al grupo. A juzgar por sus palabras, nadie hubiera dicho que por la Operación Cóndor estaba perdiendo dinero y algunos de sus hombres estuvieran encerrados en la prisión o hubieran muerto. Tampoco que Juan Nepomuceno seguía trabajando en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, como si nada, con la protección del Coordinador de Agencias del Ministerio Público Federal de la Operación Cóndor, Carlos Aguilar Garza, protegido del procurador general de la República, Óscar Flores Sánchez, y del director de la PJF, Raúl Mendiolea Cerecero. Después de agradecer a todos su presencia, don Pedro aclaró uno de los motivos de aquella reunión:

-Ante todo, quiero que sepan que estoy aquí no para imponer mis razones, que haré todo lo necesario para que sigamos siendo tan fuertes como hasta hoy. Si les pedí que vinieran fue para que juntos encontremos la forma de hacerle frente al Gobierno, que quiere chingarnos. A nosotros, que somos hombres de palabra y jamás hemos dejado de cumplirle sus exigencias.

Don Pedro hizo una pausa y ninguno de aquellos hombres intentó quitarle la palabra. Aunque rudos campesinos, sabían escuchar. Pedro Avilés bebió de su vaso que previamente le habían colocado frente a él, y prosiguió:

-¿Por qué el Gobierno nos ataca? Unos dicen que por órdenes de los gringos, otros que para aumentarnos los pagos, porque ya son otros políticos los que mandan. Como sea, no importa. Lo que importa es que nos están matando a la gente y fumigando los cultivos; en una palabra, ¡nos están dando en la madre!

Hizo otra pausa para mojarse los labios con su bebida, y luego continuó:

-Sé que algunos de ustedes son de la idea de responderle con la misma moneda: *levantando* gente. Pero eso en nada nos

ayudará, al contrario. No, yo no estoy interesado en esa "solución", ¿por qué? En primera, porque cada uno de nosotros estamos en esto por dinero; somos comerciantes, y la *medicina* (las drogas) es un negocio como cualquier otro, con sus altas y bajas. Así que, para quienes creen que los *levantotes* es la solución, les digo ¡no! ¿Por qué les digo esto? Porque aunque la tengamos, nosotros no podemos tener la razón sobre la del Gobierno, que se quiera o no es quien reparte el *pastel*, y dice cuándo comérselo. Ir en su contra, sólo conseguirá traer más desgracias sobre nosotros, de las que hoy nos quejamos.

Pedro Avilés calló un instante, por si alguien tenía algo que objetar o comentar. Como nadie lo hizo, continuó:

-Por otro lado, las batidas federales, no son cosa nueva. Siempre ha sido lo mismo. Se hacían desde que yo era un chamaco, cuando mi padre me enseñaba el negocio, allá en Durango. Pero esta vez el Gobierno no fue pendejo, porque las programó para ser lanzadas justo cuando llegaban las sequías. Miren, les voy a explicar: sus especialistas le dijeron que vienen cinco años de sequía, de malas cosechas, antes de que vuelvan las lluvias. Sabiendo eso, el Gobierno dejó que los gringos quemaran los campos de amapola; que hicieran el trabajo que el sol habría hecho en unos cuantos meses. No fue pendejo, porque de esa manera afectaría lo menos posible el negocio, ¿me entienden? Haciéndolo así, seguirá recibiendo la parte que le corresponde. Me entienden, ¿verdad?

Pedro Avilés iba observando a sus convocados mientras sus palabras levantaban ante ellos una montaña de admiración, ante la tremenda revelación y por lo bien enterado que estaba de cada paso que daba el Gobierno federal en su llamada Operación Cóndor. Avilés volvió la vista hacia Miguel Ángel, y lo vio muy tranquilo, con la mirada fija en el resto de sus compañeros que cuchicheaban. Una vez que todos dejaron de hacerlo, y creyó contaba con su atención, soltó una carcajada y prosiguió:

-Ja, ja, ja. Si los gringos no hubieran quemado los campos, lo habríamos hecho nosotros. ¡Caray, la quema renueva, y hace más rico el suelo!, eso deberían saberlo hasta los pinches gringos, ja, ja, ja-agregó a sus sorprendidos oyentes, que de no

saber que su jefe era uno de los hombres más cuerdos y lúcidos de los que conocían con setenta y dos años de edad encima, seguramente habrían pensado que ya chocheaba o había perdido la razón, ante los embates de la operación antinarcóticos que aparentemente le estaba costando un dineral.

-Lo dicho, esa operacioncita es una mamada. Sólo una mamada. ¡Bendito Gobierno!, ja, ja, ja.

“Pero aún así-agregó ya en tono serio-, dejen que les cuente lo que se me ha ocurrido hacer, mientras dura el circo. De tan sencillo es lo que se me ha ocurrido, que puedo apostar que a ninguno de ustedes se le ha ocurrido. O a ver, ¿se han preguntado qué pasaría si aprovechando la comedia nos dedicamos a buscar otros terrenos más seguros para nuestras siembras y más difíciles de detectar y de fumigar incluso para los helicópteros de la DEA?

Bebió un sorbito de su bebida del vaso, para humedecer su reseca garganta y continuó:

—... Yo les voy a responder: primero, haríamos creer a los gringos que su campaña-porque la Operación Cóndor ellos la ordenaron, y por tanto es de ellos-, nos está obligando a dejar nuestras tierras, y segundo, y más importante para nosotros: en las nuevas tierras, levantaríamos no una sino dos cosechas al año; con esto ganaríamos más y fortaleceríamos el negocio. Así que yo propongo que nuestros hombres comiencen a buscar esos terrenos, a lo largo de las benditas sierras de Sinaloa, Chihuahua, Durango y Sonora, donde no llegan los soldados ni los helicópteros. Es más, que busquen en Guerrero, Michoacán y Chiapas, donde me han dicho que también hay muy buenas tierras.

Luego, dirigiéndose a todos los oyentes preguntó si alguno tenía alguna duda o quería preguntar algo. Fue *Don Neto* quien tomó la palabra. Poniéndose de pie, desde su lugar, dijo:

-Que busquemos nuevas tierras, me parece que es lo mejor. Pero ¿qué pasará con los de la DEA?, no creo que se traguen eso de que estamos corriendo de Sinaloa.

-De la DEA no debemos preocuparnos. Su gente hace lo que diga el comandante Aguilar Garza, a quien tenemos de nuestro lado-respondió Avilés, para luego agregar-: No olvide, don

Ernesto, que si algo debemos reconocerles a los gringos, es que son respetuosos de sus leyes. Y que yo sepa, ellos saben que no tienen jurisdicción en México, para hacer lo que quieran.

-Si-intervino *El Cochiloco* sin levantarse de su lugar, mientras *Don Neto* se volvía a sentar-. Unos amigos de la Federal me han dicho que los de la DEA no pueden detener a nadie, y por eso sólo están en sus oficinas tomando café. No como antes, que se metían en todos lados.

Al observar que la participación de la DEA en la Operación Cóndor, amenazaba con desviar la atención del asunto principal que a todos los presentes los había concentrado ahí, Avilés, con lentitud intencionada, dirigiéndose a Félix Gallardo, retomó el tema principal:

-Tú, Miguel Ángel, que diario hablas con la gente del Gobierno, sabes que la Operación Cóndor no es lo que aparenta, y debemos aprovechar la ocasión.

Pedro Avilés tomó asiento y cedió la palabra al aludido. Miguel Ángel se puso de pie y desde su lugar respondió a don Pedro. Habló como siempre lo hacía, conciso, y muy seguro de sí mismo:

-Todo lo que ha dicho don Pedro es cierto. Pero, para no preocuparlos, se ha guardado decir que si alguna vez se nos ocurriera enfrentamos abiertamente al Gobierno, jamás podríamos continuar en el negocio sin su ayuda. Los *levantones* de su gente los tomaría como un reto. Y los jueces, los policías, los militares y los políticos que hoy nos ayudan, ya no lo harían. De hecho, ninguno de los que estamos aquí podríamos trabajar como hasta hoy lo hacemos, si no contamos con la seguridad de que nadie se meterá con nosotros. Más ahora que por las presiones de los gringos las leyes mexicanas son más duras, y los jueces y los ministerios públicos son más cabrones con nuestros hombres. No, si no hacemos lo que nos propone don Pedro, dentro de poco seremos tan pobres como lo éramos antes de entrar al negocio.

Cuando Miguel Ángel dejó de hablar y tomó asiento, nadie dijo nada. En la mente de todos había quedado su velada advertencia: que su seguridad dependía de que buscaran nuevos sembradíos en las sierras más agrestes, y que una respuesta violenta contra el Gobierno significaría como una agresión a sus propios intereses. Lo que pagaban por trabajar sin casi ser molestados era mucho, pero lo que ellos obtenían también era una fortuna. Algo que no podía ponerse en riesgo por simples desplantes de malentendida valentía.

Miguel Ángel, que de siempre había sido muy reservado, ese día no fue la excepción. En su breve exposición, se guardó que dentro de los planes de la organización estaba salir de Culiacán, asentarse en la ciudad de Guadalajara desde donde había operado con éxito el cubano Sicilia Falcón y, sobre todo, hacerse de las plazas y los contactos que el cubano seguía manejando desde la prisión. Sabía que si bien Sicilia todavía mantenía el control sobre su territorio desde el Reclusorio Sur de la ciudad de México, a través de *El Cochiloco*, no podría hacerlo por mucho tiempo, pues era sabido que los contactos políticos y policiacos no respetaban pactos una vez que el "protegido" caía en desgracia, como era el caso de Sicilia, y siempre estaban listos a escuchar mejores ofertas para brindar su apoyo.

## 18.-Todos embarrados; ciudad de México y Amarillo, Texas, 1977-1979

El abogado Alfredo Campos estaba en la oficina que la DEA tenía instalada en el segundo piso de la embajada de Estados Unidos en México. No quería volver a la cárcel, y si era necesario se volvería soplón de la agencia antinarcóticos estadounidense. Le informaría sobre sus clientes relacionados con el narcotráfico y los acusaría oficialmente.

Sante Bario, de origen italiano que había trabajado para el Departamento del Tesoro de la Unión Americana, antes de ingresar a la DEA como agente amparado en un pasaporte diplomático, se arremangó las mangas de su blanquísima camisa, como si se dispusiera atacar al temeroso abogado que permanecía sentado delante de su escritorio. Su jovial rostro-tenía treinta y tantos años-era frío y hosco. Pero Campos tenía la sensación de que detrás de aquella frialdad del policía había un oculto interés de escucharle su oferta.

-Actuó usted mal-le dijo amenazante el estadounidense en perfecto español-. Sabía que estaba bajo investigación, y aún así se atrevió a hacer lo que hizo; estará mucho tiempo entre las rejas.

Sante Bario hizo una pausa. Sus claros ojos, enmarcados por unas cejas ligeramente pobladas, miraron disimuladamente el pálido rostro del abogado mexicano, para luego fingir que leía un papel relacionado con la detención, para luego decir:

-... Pero teniendo en cuenta que quiere cooperar con la ley..., estamos dispuestos a ayudarle...

A partir de entonces, el abogado mexicano metido a narcotrafi-cante y ahora a delator demostró a la DEA que valía más afuera que dentro de la prisión. Comenzó por proporcionarle informes confidenciales sobre sus clientes. Después se dedicó a decir todo lo que sabía de los jueces federales y los altos funcionarios de la PGR corruptos. Con dinero de la DEA, empezó a obtener expedientes que más tarde entregaba personalmente a Sante Bario quien, luego de leerlos y clasificarlos como *top secret,* los enviaba a su jefe regional, Jacques Kiere.

En Washington, al paso de los meses, esos expedientes que primero causaron revuelo, empezaron a preocupar a mucha gente de la DEA. Entonces, la CIA también se interesó en Alfredo Campos. La preocupación de ambas agencias, no radicaba en que el soplón mexicano tuviera pruebas-obtenidas mediante sobornos pagados con dinero de la DEA-de que el procurador general de la República, Óscar Flores Sánchez, protegía a Pedro Avilés, Jaime Herrera Neva-rez y a Juan Nepomuceno Guerra, mediante el director de la PJF, general

Raúl Mendiolea Cerecero, y Carlos Aguilar Garza, coordinador de agencias del Ministerio Público en Sinaloa, Chihuahua y Durango y por lo tanto responsable de la Operación Cóndor, iniciada en febrero de ese año. A la CIA y a la DEA no les preocupaba que las figuras centrales del narcotráfico en México fueran jueces, funcionarios del gobierno, de la policía, del Ejército, empresarios y hasta banqueros. Sus inquietudes eran otras, muy ajenas al combate del narcotráfico y la corrupción.

Ambas dependencias consideraban esos informes como una presión potencial para rechazar los intentos de la PGR de seguir controlando los costosos programas de erradicación. En dichos operativos, la DEA aportaba los aviones y los helicópteros que rociaban el herbicida sobre los cultivos y sembradíos de enervantes detectados en territorio nacional; las mismas aeronaves, la CIA las utilizaba como su perfecta pantalla para continuar con sus trabajos de espionaje en México. Por eso, aunque por muy diferentes motivos, ni la DEA ni la CIA querían estar fuera.

Gracias a los informes de Campos, Sante Bario se convirtió en un cercano e indispensable informante del general Mendiolea Cerecero, viejo amigo y ahora colaborador de Flores Sánchez, ex gobernador de Chihuahua y senador de la República en el sexenio del presidente Adolfo Ruiz Cortines. Las relaciones de Flores Sánchez con los principales narcotraficantes del país no eran nuevas. Incluso la DFS le había armado un expediente desde sus tiempos como gobernador de Chihuahua (1968-1974), en el que señalaba esas relaciones a través del alcalde Óscar Venegas, con la complicidad de los comandantes de la Policía estatal, Dante Poggio y Efrén Herrera. A
Flores Sánchez, la gente le decía “Oscar el bueno”, para no confundirlo con el desacreditado y locuaz ex gobernador de Coahuila Oscar Flores Tapia, acusado de peculado y de otras lindezas.

Para mantener la confianza de Sante Bario, el veterano pero aún macizo jefe de la PJF, frente a él, ordenaba que de inmediato se investigaran todos los casos que sugería el

abogado Campos al agente estadounidense. Ya a solas, el general Mendiolea Cerecero daba contraórdenes y especificaba lo que debía hacerse, sólo en casos concretos, con la información de Campos. Aún así, Washington se enteró que renombrados políticos, altos funcionarios de la PGR y de la DFS, estaban involucrados en una gigantesca red de narcotraficantes mexicanos que llegaba a Canadá, Colombia, Bolivia, Perú y Ecuador. Supo que el subdirector de la DFS, Miguel Nazar Haro, tenía un grupo de *supervisores* de la quema de droga confiscada por el Ejército, que se *arreglaban* con altos jefes de la Secretaría de la Defensa Nacional, para que les vendieran esos enervantes que más adelante eran colocados en la Unión Americana. También se enteró que en México, uno de los principales compradores de droga era Jorge Asaf y Bala, un viejo conocido del comandante Florentino Ventura Gutiérrez y de los agentes de la DEA que operaban en el país.

Pero antes de que se actuara en contra de esa organización delictiva y sus principales protectores y cómplices, en el primer fin de semana de octubre de 1978, el puño de los narcotraficantes mexicanos asestaría un duro golpe al curioso e imprudente Sante Bario. Joanne, su joven esposa, se despertaba apenas cuando sonó el teléfono de su casa en Las Lomas, al sur del Distrito Federal. La llamada se hacía desde la oficina de la DEA en México.

-Lo sentimos Joanne... Sandy (así llamaban a Sante) fue arrestado anoche en San Antonio.

Cuando minutos después la afligida mujer estuvo frente al jefe de su esposo, Jacques Kiere le confirmó:

-Es cierto, Joanne, anoche la división de seguridad interna de la agencia arrestó a Sandy en el Hotel Hilton de San Antonio. Dicen que conspiró con uno de sus informantes para quedarse y distribuir once libras de cocaína que fue robada durante una redada de la DEA aquí, en la ciudad de México. ¿Cómo pudo ser? No lo sé. Lo encontraron con el dinero en su poder.

El arresto de Sandy fue un tremendo golpe no sólo para Joanne, sino también para muchos de sus compañeros de la

DEA, en especial Michael Levine, con quien había trabajado por cerca de diez años en otras agencias federales en diversos países. Además, porque Sante
Bario era considerado como uno de los mejores agentes encubiertos al que el gobierno estadounidense le había otorgado más condecoraciones. Al momento de su detención, Sandy era una leyenda entre sus compañeros de la agencia antinarcóticos. Nadie le había igualado su récord de arrestos que habían concluido en condenas contra miembros de la delincuencia organizada internacional y la propia Mafia italo-americana.

En 1975, Bario y Michael Levine trabajaban en el mismo grupo de la DEA-de aplicación internacional-cuando Sandy fue trasferido a México. Una división de seguridad interior de la agencia-la misma que tres años después le arrestaría-intentó retrasar su transferencia, alegando que se le investigaba por vivir con Joanne "fuera del matrimonio". Indignado, Sandy se enfrentó a la temida División de Seguridad Interna de la agencia hasta que finalmente ganó una disculpa escrita de sus acusadores. Para Levine, Bario era un hombre sin nada de miedo o tuviera algo que ocultar. De ahí que jamás creyó que el Sandy Bario que en 1975 había viajado a México, era el mismo hombre al que ahora se le relacionaba con el robo y la distribución de drogas. Tanto Levine como otros agentes de la DEA, sospechaban que era víctima de una trampa o un complot muy orquestado desde el interior de la propia DEA, o de ser ciertas las acusaciones en su contra, algo muy radical tenía que haber ocurrido en la personalidad del agente Bario.

Joanne desde la calle y Sante desde la cárcel de Amarillo, Texas-donde le recluyeron mientras se desarrollaba su juicio penal-, movieron a todos y cada uno de sus contactos en México y Washington, para esclarecer que los cinco mil dólares que tenía en su poder durante su arresto eran para pagar a informantes como Alfredo Campos, el abogado mexicano. Pero había gente de la DEA interesada en mantenerlo en prisión, o eliminarlo de una vez por todas.

Como policía, por “protección” en la prisión Sante Bario ocupaba una celda separada del resto de los presos, y hasta ese lugar le llevaban sus alimentos.

La mañana del 16 de diciembre de 1978, sentado en su cama, San-te comenzó a comer un sandwich de crema de cacahuate. Tras de tragar un par de bocados, al notarle un sabor extraño, se levantó y arrojó el resto al WC. Momentos después, los guardias le encontraron convulsionándose. Le habían envenenado con estricnina, el alcaloide que se utiliza para sacrificar perros y gatos; produce agitación, dificultad para respirar y convulsiones que pueden provocar un fallo respiratorio y la muerte cerebral.

El alcaloide se localizó en la sangre del agente federal antinarcóticos, una vez que en la enfermería de la prisión le realizaron pruebas preliminales, donde cayó en un coma del que jamás se recuperaría.

-Lo siento, señora, su esposo fue envenenado-dijo a Joanne, apesadumbrado, el alcaide de la cárcel texana.

Pruebas posteriores, no revelaron ningún rastro del veneno.

-Las primeras pruebas fueron gobernadas *en* error-dijo un alto funcionario de la DEA encargado de dar la fatal noticia a la afligida mujer, cuando en los primeros días de enero de 1979 le entregaron el cadáver de Sante.

-El informe de la autopsia indica que Sante Bario, su esposo, murió a causa de la asfixia que le provocó el sandwich de mantequilla de maní que se le atoró en la garganta-agregó el funcionario federal.

Enterados de la increíble muerte de Sante Bario, muchos de sus compañeros de DEA, entre ellos Michael Levine, comenzaron a sospechar que Sandy había sido asesinado por la propia DEA o la CIA, “porque “sabía demasiado sobre la participación secreta del Gobierno estadounidense en el tráfico de narcóticos”.

Nueve años después, en 1987, el mismo Levine comprobaría que sus sospechas eran fundadas. Eran tiempos en que Levine abiertamente había comenzado a criticar los arreglos subrepticios que la DEA realizaba con la mafia mexicana de los narcóticos. Cierta tarde de 1987, un alto funcionario de la

Agencia le habló por teléfono. Las palabras que utilizó primero le inquietaron y meses después le orillaron a escribir y publicar el libro *Deep Cover,* donde reseña las actividades secretas la agencia antinarcóticos.

-Mike me caes bien. Recuerda el sandwich de mantequilla de maní-le advirtió al teléfono el alto funcionario de la agencia.

-¿Está usted bromeando?

-Nada de eso, Mike, yo sólo te digo esto porque me caes bien-y colgó.

## 19.-Pablo Acosta Villarreal y los Carrillo Fuentes, 1977

En 1977 Pablo Acosta Villarreal era un hombre a quien todos acudían en busca de ayuda. No era necesario que los solicitantes fueran amigos suyos, como tampoco que no tuviera posibilidades de devolverle el favor. Por eso mismo, todos los días su casa se llenaba de vecinos, la mayoría gente menuda, campesinos o estudiantes pobres que deseaban un favor. Por eso mismo, en todo Chihuahua se le conocía como *El Robin Hood de Ojinaga*, *El Padrino,* y *El Zorro de Ojinaga,* aunque también *El Pablote,* por su corpulencia y altura: pesaba más de cien kilos y medía un metro ochenta.

Ahora, Acosta Villarreal estaba de pie ante la puerta de su rancho, en el ejido Santa Elena, para recibir a los hermanos Amado, Cipriano y Vicente Carrillo Fuentes, recomendados por el tío de éstos, Ernesto Fonseca Carrillo, *Don Neto,* su amigo. Los recibió con muestras de afecto. Era su carácter. Los tres hermanos se sintieron halagados por tan efusivo recibimiento, hasta pensaron que el del favor era él y no ellos, que llegaban hasta esa pequeña e inhóspita villa fronteriza, en medio del desierto, en las márgenes del río Bravo, para aprender el negocio bajo la supervisión de aquel gigantón que gustaba de los sombreros finos, las metralletas R-15 y las camionetas Bronco, tanto como ayudar a la gente necesitada.

De acuerdo a lo hablado con *Don Neto*, Acosta Villarreal debía enseñar a los Carrillo Fuentes hasta los últimos recovecos del peligroso negocio, para que pudieran seguir la tradición familiar. Así lo había resuelto *Don Neto*, a sabiendas que el mejor maestro que podrían tener sus jóvenes sobrinos era *El Pablote*, el hombre que había comenzado de la nada y ahora era reconocido como el principal traficante de cocaína, heroína y mariguana de la región nororiente de Chihuahua, y por eso era el encargado de Ojinaga, la importante plaza fronteriza de la organización de Pedro Avilés.

Al margen de su innata habilidad, la asunción de Acosta Villarreal se dio casi por casualidad. Como la mayoría de los campesinos de México y de muchos otros países latinoamericanos, la del niño Pablo fue una infancia miserable. Nació el 26 de enero de 1937, en el interior de una casucha de piso de tierra de Ojinaga, el poblado del estado de Chihuahua situado a orillas del río Bravo, en la frontera con el estado de Texas, Estados Unidos, y cuyo nombre es en honor de Manuel Ojinaga, militar liberal que combatió la Intervención francesa, y gobernador del estado muerto por los imperialistas. Es cabecera del municipio del mismo nombre.

Su padre Cornelio Acosta, un humilde campesino que contrabandeaba yerbas medicinales y otras cosas sin importancia para mantener a su numerosa prole, fue asesinado en 1958 en el interior de una cantina de Fort Strockton, por una vieja rencilla familiar. La muerte de su progenitor coincidió con los inicios de Pablo-a la edad de veintiún años-en el negocio de la heroína. Una década más adelante, en 1968, fue aprehendido y enviado a una prisión de Pecos, al ser sorprendido por policías estadounidenses contrabandeando la droga. Fue juzgado y sentenciado a ocho años de cárcel, pero se le liberó al compurgar sólo cinco. Cuando regresó a Ojinaga, se enteró que la plaza ya era controlada por Pedro Avilés. Se enteraría también la forma brutal y sádica cómo el duranguense se deshacía de quienes le disputaban la zona o traicionaban: quemándolos vivos, hasta reducirlos a humeante carbón. Como sucedió a Domingo Arana, quien le manejaba la plaza. Domingo fue reducido a cenizas cuando Pedro descubrió que le

robaba parte de los cargamentos y le había engañado, al responsabilizar de los robos a Francisco Carrión, al que había ejecutado para cubrir sus hurtos.

Pedro nombró sucesor de Domingo a Manuel Carrasco, con quien comenzó a trabajar Pablo Acosta apenas fue liberado, aprovechando sus contactos que había hecho en la prisión estadounidense. Pero su buena suerte llegó tres años después, en 1976, cuando Carrasco, en una estúpida pelea de cantina, dio muerte a Heraclio Rodríguez Avilés, sobrino de Pedro, que-dicho sea de paso-para entonces buscaba un pretexto para deshacerse de Carrasco a quien, antes del fatal pleito, la policía estadounidense le había decomisado poco menos de veinte kilos de heroína y una tonelada de mariguana de su propiedad. Cuando Manuel se enteró que Pedro le había puesto precio a su cabeza, sin pensarlo dos veces huyó y la plaza la tomó Shorty López, amigo cercano de Pablo. Pero Shorty no pudo explotar a plenitud la importante plaza fronteriza, porque la gente de Manuel le asesinó a los pocos meses. De esa forma, Pablo se quedó como encargado de Ojinaga.

Cuando los Carrillo Fuentes llegaron a Ojinaga, Pablo Acosta ya se había convertido en *El Padrino,* además, se sabía que era un importante miembro del grupo de Pedro Avilés, y que sus ingresos mensuales eran de millones de dólares, de los cuales una parte era para los hermanos Carrillo Fuentes, por el sólo hecho de ser sus amigos y aliados en el negocio de las drogas, por recomendación de su amigo *Don Neto.* Como *Don Neto* le había pedido que enseñara el negocio a sus tres sobrinos, Pablo Acosta lo hizo y quedó sorprendido por la rapidez en cómo éstos lo aprendieron. Finalmente, cuando al paso de los meses el joven Amado-tenía veintisiete años-se fue ganando su confianza, decidió nombrarlo su jefe de seguridad o jefe de escoltas.

Desde entonces y durante unos cuantos años, Amado Carrillo vivió al lado de Pablo Acosta, instruyéndose, como cualquier aprendiz. Se ocupaba, además de proteger la integridad de *El Pablote,* de hacer prosperar al grupo de Pedro

Avilés, de quien también había aprendido los primeros pasos del negocio en aquella región del país, donde diez mil soldados de la Secretaría de la Defensa en coordinación de la PGR realizaban la Operación Cóndor, con el único objetivo de destruir los sembradíos de adormidera y mariguana y aprehender a los productores y traficantes de esas drogas. Para entonces, en una triangulación de setenta mil kilómetros formada entre los estados de Chihuahua, Sinaloa y Durango, se producía más del setenta por ciento de los enervantes en todo el país. Desde 1970, el general Ricardo Ramos Flores, entonces encargado de la Guarnición en Chihuahua, había reconocido que Chihuahua y Sinaloa eran dos de los estados con el mayor número de plantíos de amapola.

En Ojinaga, Acosta Villarreal ponía los cimientos de lo que más adelante se transformaría en el poderoso cártel de Juárez. Con sorprendente eficacia transportaba enormes volúmenes de droga al otro lado del río Bravo, casi en las narices de policías norteamericanos. Aunque su área de operación se remitía a Ojinaga, que no excedía a los diez mil habitantes, la relevancia de sus cargamentos le hizo tener una influencia decisiva en toda la vasta entidad, para lo que sería el poderoso cártel de Juárez.

Ya desde muy joven, cuando se dedicaba a la fayuca, además de generoso con los que menos tienen, a Pablo Acosta Villarreal se le conocía como un “hombre de pocas palabras”. Su rostro de gesto de por sí duro que medio cubría con un espeso bigote, se volvía granítico con quienes dudaban de su autoridad o le desafiaban. Un día, Fermín Arévalo, uno de sus competidores, quiso calar qué tanto había de cierto sobre lo mucho que se contaba de él, y cometió la insensatez de retarlo públicamente.

-Para mí que ese Pablito es pura lengua, pues el único que aquí manda soy yo... Y a las pruebas me remito-dijo fanfarronamente a sus acompañaban en aquella juerga, ya pasado de copas.

Días más adelante, a plena luz del día, luego de haberlo torturado y desollado, Pablo Acosta arrastró el cuerpo de Fermín Arévalo hasta la plaza principal de Ojinaga. Lo dejó

ahí, a la vista de todos, como un claro mensaje de lo qué les sucedía a quienes dudaban de su autoridad. Desde entonces los vecinos de Ojinaga quedaron impresionados por la furia que se imprimía en el rostro del *Pablóte*, cuando éste se enojaba.

Acosta Villarreal siguió prosperando y extendiendo sus tentáculos de corrupción en los tres niveles de Gobierno: municipal, estatal y federal, y hasta comenzó a creer que realmente era intocable e indestructible. Cierta ocasión, junto con Amado ordenó a una treintena de sus hombres vestirse de militares, para apoderarse de un cargamento de mariguana que la policía de Ojinaga había decomisado a un grupo rival en un rancho sembrado con la yerba. El robo, desde luego, se cometió con la complicidad del oficial militar que estaba a cargo de ese aseguramiento.

Para principios de la década de los ochenta, con la protección de algunos miembros de la PJF, la Policía Judicial del estado de Chihuahua, y del Ejército, que incluso asistían a sus frecuentes fiestas, desde Ojinaga Pablo Acosta controlaba el tráfico de heroína, cocaína y la mariguana a lo largo de doscientos kilómetros de frontera entre México y Estados Unidos. Junto con su mejor pupilo Amado, traficaba más de sesenta toneladas de cocaína por año para el colombiano Carlos Lehder, uno de los principales socios del cártel de Medellín, además de la mariguana y la heroína, que eran su principal negocio. Con esa protección, cada mes *El Pablote* garantizaba la seguridad de cinco toneladas de cocaína que traía desde Colombia en aviones de turbohélice. Las aeronaves aterrizaban en el aeropuerto municipal o en pistas de los ranchos de Ojinaga.

Al correr del tiempo, junto con su poder también crecieron sus excesos. Comenzó a abusar de las drogas y el alcohol.

-Don Pablo se la pasa tomando y fumando bacerola (combinación de mariguana y cocaína en “piedra” que raspaba y la inhalaba a través de cigarrillos de tabaco)-comentaban en voz baja sus vecinos que realmente le estimaban.

Pero quizá el peor error de *El Zorro de Ojinaga*, fue el haberse dejado llevar por la soberbia. Cuando la serpiente de este pecado capital le clavó sus ponzoñosos colmillos en el

alma, comenzó lo que sería su debacle. Y ya nadie podría ayudarle, pues olvidó que el narcotráfico es un negocio donde el silencio es el seguro de vida. Un día, aceptó conceder una entrevista exclusiva al periodista estadounidense Terrence E. Poppa, del vespertino *El Paso Herald Post.* Durante la charla, con cinismo extremo y sin guardarse absolutamente nada, al reportero le reveló las relaciones que mantenía con políticos, funcionarios policíacos y con altos mandos militares. Hasta le aseguró que la casa donde vivía en Ojinaga, era propiedad de un alto mando militar. Luego le proporcionó las cifras de los sobornos que mensual-mente les entregaba, para que se hicieran de la vista gorda mientras su grupo traficaba las drogas. La publicación de sus revelaciones (que posteriormente al periodista le permitirían escribir un libro best seller, llamado *Drug Lord),* como era de esperarse, exasperó a todos los involucrados de las tres instancias de Gobierno e incluso, como es lógico, a sus igualmente temibles compinches de la organización. Comenzaba así el principio del fin para *El Pablóte.*

## 20.-Miguel Ángel y El Mexicano; Altata, Sinaloa, finales de 1977

Aquella noche, Miguel Ángel Félix Gallardo acudió a su casa de playa de la Bahía de Altata, cerca de Culiacán, para preparar los últimos detalles de la importante entrevista que tendría lugar al día siguiente con el hondureño Matta Ballesteros, en la que le presentaría al colombiano Gonzalo Rodríguez Gacha, *El Mexicano.*

Para Miguel Ángel, el día había sido de mucho trabajo, pero se sentía satisfecho. Aunque se habían incrementado los embates de la Operación Cóndor, las pérdidas para la organización de Pedro Avi-lés habían disminuido, gracias a que los hombres habían encontrado nuevos terrenos para sembrar la adormidera, para suplir los que eran fumigados por

el Ejército mexicano. Incluso, en número, los nuevos predios eran más a los que tenían antes de la espectacular operación antidrogas ordenada por el presidente López Portillo, tal y como lo había visionado Avilés, quien cuando le enteraron de tan buenas noticias le agradeció que lo hubiera apoyado esa decisión. Por ello, Miguel Ángel estaba seguro de llegar a ser tan rico y poderoso como el cacique duranguense.

Después de supervisar que todo estaba en orden, tal y como él lo había previsto, Miguel Ángel se recostó en un cómodo sillón de su amplia sala, y mentalmente repasó toda la información que el hon-dureño le había proporcionado del colombiano Rodríguez Gacha, conocido como *El Mexicano* por su gusto por el folclor y la cultura mexicana. Rodríguez Gacha, junto con Pablo Escobar y los hermanos Ochoa, eran los socios más importantes de la organización de Medellín, con docenas de matones bajo contrato, que no dudaban en asesinar al menor chasquido de sus dedos; *El Mexicano* operaba desde la zona central de Colombia, donde poseía infinidad de ranchos y fincas; su fortuna estaba estimada en varios miles de millones de dólares, que le gustaba repartir entre la gente más sencilla de Colombia: los campesinos, como él. Era legendario el amor que les profesaba a sus cuatro hijos y a su esposa, así como a sus caballos.

Ese sentimiento sólo era comparable con la brutalidad que aplicaba a sus no pocos enemigos.

En ese repaso mental, Miguel Ángel recordó los motivos que llevaban a Rodríguez Gacha a visitarlo, según se lo había hecho saber el hondureño Matta Ballesteros: buscaba abrir nuevas rutas para la organización de Medellín a través de México, Haití, Los Angeles, California y Houston, Texas.

Miguel Ángel suspiró. De llegar a un acuerdo con aquel temible colombiano, que representaba los intereses de la organización de Mede-llín, la de Pedro Avilés, de la que él era socio al igual que Fonseca, Espa-rragoza Moreno, Acosta Villarreal, Caro Quintero, Barba Hernández, y los hermanos Rafael Emilio y Juan José Quintero Payán, incrementaría su poder considerablemente y le permitiría hacerse en definitiva de las vastas zonas, que desde la cárcel seguía manteniendo el

cubano Sicilia, mediante *El Cochiloco* en sociedad con Matta Ballesteros.

Miguel Ángel intentó seguir trabajando un poco más, pero estaba demasiado cansado, y optó por reflexionar sobre lo que era su vida a los treinta y un años. No se arrepentía de nada. Al contrario, le daba gracias a Dios por su extraordinaria suerte, por el camino que había escogido once años atrás. Después de don Pedro, tanto él como *Don Neto*, eran los hombres fuertes de la organización. Entonces se sintió tan feliz, por el éxito alcanzado, que decidió beberse una copa antes de irse a la cama, pues en unas cuantas horas cerraría un compromiso con la organización de Medellín, mediante *El Mexicano*.

Gonzalo llegó acompañado de su viejo amigo y socio Juan Ramón. Conociendo sus gustos por lo mexicano, Miguel Ángel había dispuesto que antes de tratar tan importante asunto, su invitado fuera recibido con música de mariachi; se le ofreciera barbacoa, carnitas, chicharrón, diversas y picantes salsas, cerveza, tequila y mujeres hermosas. Gonzalo, pues, fue recibido y atendido como un rey.

En la finca en la que hablaron un día después-cuando el colombiano había superado los estragos de la *cruda* y repuesto de los embates sexuales que con una y otra mujer había realizado durante buena parte de la noche anterior-, Miguel Ángel quedó impresionado por la fuerza que emanaba el joven rostro-tenía treinta años-de Gonzalo. Aunque sólo le conocía de oídas, sabía que en los últimos tiempos el colombiano había sufrido un radical cambio, al extremo de que en esos momentos Miguel Ángel dejó de considerarlo como un hombre de negocios poco escrupuloso, para verlo como un verdadero líder; como uno de los narcotraficantes más temidos de Colombia. Su mayor talento consistía, según se decía en los periódicos y los noticieros, en que casi adolescente había dejado Pacho, el humilde pueblo donde había nacido en 1947, para irse a la Cordillera Oriental colombiana en busca de esmeraldas, a donde personalmente asesinaba a quien le encomendara Isidro Molina, *El Rey de las esmeraldas*. Años

después, en 1976, al enterarse que el verdadero dinero se encontraba al lado de Pablo Escobar Gaviria, abandonó la búsqueda de las piedras preciosas y se le unió. Otra de las características del colombiano, era su pública aceptación de dedicarse al narcotráfico y hasta de darse el lujo de llamar a los noticieros televisivos, para que le filmaran mientras repartía dinero a los cientos de colombianos pobres que le pedían ayuda.

Realmente, Rodríguez Gacha era un hombre muy querido, pero también temido en Colombia. Su porte, aunque agradable a la vista, transmitía intranquilidad al más osado. Tenía fama de ser terriblemente violento, y era legendaria su admiración por México, al extremo de que a sus ranchos y fincas favoritas-circundantes a su pueblo natal-les había puesto nombres de estados y ciudades mexicanas. De ahí del sobrenombre con el que se le conocía y él gustosamente aceptaba: *El Mexicano.* En conclusión, el narcotraficante era un individuo que no temía al gobierno ni a la sociedad, tampoco a Dios ni al Diablo.

Una vez que comenzó a hablar con Gonzalo, Miguel Ángel, que también tenía su historia, comprobó que éste seguía siendo un hombre sencillo, como todos los campesinos de Colombia y de México. Ambos lo hicieron con cordialidad y respeto, y expresaron su esperanza de que muy pronto las cosas mejoraran para sus respectivos grupos. Luego, el colombiano le explicó a detalle sus planes y Miguel Ángel los acogió con entusiasmo, pues al fin y al cabo era un hombre siempre en busca de hacer buenos negocios. Al final de la reunión, llegaron al acuerdo de que Gonzalo y sus socios pondrían la droga y Miguel Ángel y sus socios la recibirían y entregarían, usando sus propios medios, en California a la gente de Medellín acantonada en Estados Unidos. Se acordó también, que la comisión sería entre el veinticinco y el treinta por ciento del precio de venta al por mayor en el país del norte, donde el kilo oscilaba entre doce mil y catorce mil dólares. De esa manera, la comisión sería un promedio no menor de tres mil dólares por kilogramo. Es decir, tres millones de dólares por cada tonelada.

Había nacido la poderosa y violenta conexión Gonzalo

Rodríguez Gacha-Guadalajara-Chihuahua.

## 21.-Carlos Aguilar Garza; Badiraguato Sinaloa, junio de 1978

Mientras sobre su cabeza los helicópteros sobrevolaban describiendo círculos en el espacio, para proteger a los aviones que rocíaban con defoliantes los sembradíos de adormidera, desde lo alto de uno de los valles montañosos de Sinaloa Carlos Aguilar Garza contemplaba cómo ardían las amapolas. Aunque el humo no le permitía ver con claridad, observaba cómo los campesinos y sus hijos corrían para no ser alcanzados por el ígneo elemento, cargando las pocas pertenencias que habían podido reunir, antes de que los soldados le prendieran fuego a sus casuchas. Era la Operación Cóndor en las montañas de Sinaloa, donde los campesinos ya no sembraban granos, sino adormidera.

Para el ciudadano común, los helicópteros, los aviones y quienes los pilotean son miembros del Ejército mexicano. Ignora que pertenecen a la DEA, y que los pilotos son ex empleados de la CIA contratados por la DEA. Los mismos que durante la guerra de Vietnam habían rociado napalm sobre las aldeas del Vietcong y transportaron heroína de los traficantes tailandeses.

En realidad había otras mentiras en aquella operación. Al principio, la DEA quería utilizar Agente Naranja (producto químico poten-cialmente tóxico usado por el ejército estadounidense en la Guerra de Vietnam, para eliminar la vegetación en la que los vietnamitas pudieran camuflarse), pero el gobierno mexicano se opuso. Así que en su lugar rocíaban un compuesto denominado 24-D, el mismo que los gomeros utilizaban para matar las malas hierbas que rodean los campos de amapolas.

-Sí-piensa en voz alta Carlos-, todo esto es una comedia, para dorarles la píldora a los gringos. Y si están aquí, sólo es como consejeros. Nada más.

Farsa o no, la guerra norteamericana contra las drogas en México desde 1975 había provocado que diez mil soldados mexicanos atravesaran aquel valle cercano al municipio de Badiraguato, Sinaloa, junto con escuadrones de la PJF al mando de Carlos, y una docena de "consejeros" de la DEA. La mayoría de los militares eran soldados de infantería; otros, los menos, iban a caballo, con las órdenes precisas de quemar los campos de amapolas que desde el espacio los aviones y los helicópteros envenenaban con el 24-D, y dispersar a los traficantes, los gomeros.

Aunque Carlos veía arder las amapolas su mente la ocupaba en otro asunto. Pensaba en el trabajo que tendría que hacer "lo más pronto posible".

El nuevo Gobierno, el del presidente López Portillo, había decidido incrementar su participación en la articulación del negocio, pues no ignoraba que por el tráfico de drogas ilegales cada año habían entrado al país mil 946 millones de dólares (de 2000) durante el sexenio de su antecesor, Luis Echeverría; cerca de doce mil millones de dólares (de 2000) en todo el sexenio, una fuente de ingresos ilegales sin precedente en las estructuras de seguridad corrompidas por los narcotraficantes; montos de dinero que no se comparaban con los generados medio siglo atrás, que excedían incluso el propio presupuesto de la PGR.

Así que lo que en esos momentos preocupaba a Carlos era, en realidad, un problema de tipo financiero. Para que el nuevo Gobierno pudiera ejecutar sus planes él debía ocuparse de Pedro Avilés, el hombre que dirigía el negocio del opio en esas montañas, desde hacía más de medio siglo. La desaparición de don Pedro no era problema. Lo que preocupaba al coordinador de la Operación Cóndor era ¿quién lo supliría? El sustituto debía ser joven, sí, pero tan duro, inteligente y astuto como don Pedro. Un hombre respetuoso de la ley no escrita, pero respetada por todos: mantener la boca cerrada, incluso cuando los gringos le apretaran las clavijas. Sabiendo que

irremediablemente se acercaba el fin del ciclo del viejo don Pedro, Carlos Aguilar había insinuado a Miguel Ángel que en la PGR y la PJF veían con buenos ojos que él encabezara la organización, pero Miguel Ángel no había querido escucharle.

El segundo de los nombres considerados por Carlos Aguilar fue el de *Don Neto,* un hombre muy trabajador que servía lealmente y bien a su amigo don Pedro. Se desempeñaba como tesorero de la organización y manejaba con eficacia la plaza de Culiacán. Siendo aún niño, había conocido el oficio de la goma al igual que sus hermanos Tomás y Luis, bajo las enseñanzas de sus padres Rafael Fonseca y doña Refugio Carrillo, así como de sus parientes Manuela Caro y Gil Caro, con quienes además de sanguíneos mantenían vínculos comerciales. Situación que coadyuvó a que las dos familias controlaran la producción, distribución y comercialización de las drogas, convirtiendo todo esto en un negocio de familia, honor y lealtad. Cada miembro de esas vastas familias (integrada por los Caro, los Fonseca y los Carrillo, entre otros) tenía su labor: Manuela, por ejemplo, se encargaba de la *cocinada;* otros compraban el agua destilada y la echaban en las ollas junto con la goma, cal de piedra, cloruro de sodio y amoniaco. De esa agua sacaban la heroína, que otros prensaban hasta darle forma de queso. Si, *Don Neto* era un completo conocedor del negocio, de principio a fin. Sin embargo, Carlos Aguilar no se decidió por él al considerar que, pese a sus cuarenta y siete años y aspecto feroz, no estaba capacitado para ocupar un cargo tan importante.

Luego pensó en *El Azul,* y *El Pablóte.* Pero después de sopesar los pros y los contras respecto a su personalidad, los desechó. Aún cuando ambos sabían hacerse respetar y temer, eran hombres que por su enorme simpatía personal y carácter bonachón, se llevaban demasiado bien con la gente, lo que podría suponer que no tenían la fuerza que necesita un líder, como la que se requería para suplir a don Pedro. Además, realizaban muy bien sus respectivos trabajos, por lo que sería complicado reemplazarlos en sus actuales plazas. A Caro Quintero, *El Mayo* Zambada, Amado Carrillo, a Javier Barba Hernández, los hermanos Rafael Emilio y Juan José Quintero

Payán, y el resto de los miembros del grupo, ni siquiera los consideró. Reconocía que todos habían demostrado su valor y competencia en el negocio, pero eran muy jóvenes e impulsivos y por lo mismo inexpertos para responsabilizarles de tan importante posición.

Se decidió por Miguel Ángel. Tal vez si alguno de sus amigos políticos le hablara al respecto, Miguel Ángel le haría caso.

Carlos llegó a Culiacán precedido por su mala fama de torturador. Podía pasar por un verdadero tamaulipeco: simpático, dicharachero, anecdótico y siempre listo a contar cuentos pasados de color, de los cuales tenía un buen repertorio. Pero todo aquello sólo era la careta que ocultaba a un sádico funcionario federal, un torturador bien relacionado y, por lo tanto, intocable. Se decía que gozaba con las torturas que ordenaba aplicar a los traficantes menores o los miserables campesinos que tenían la desgracia de caer en sus manos. Sobre aquel enfermizo proceder había muchas quejas, pero ninguna fue escuchada. Así ganó la mala fama y se le temía por autoritario, pero no era respetado ni por sus propios compañeros de la Judicial Federal ni por ningún otro funcionario de la PGR.

Al principio, los federales comisionados en Culiacán no querían saber nada de él. Además, la mayoría de ellos estaban a sueldo de don Pedro Avilés. Los policías estatales de Sinaloa no lo trataban por los mismos motivos, partiendo de que si sus propios compañeros de la PJF no trabajaban con él, ¿por qué iban a hacerlo ellos? Pero cuando poco después se enteraron que el Coordinador de la Operación Cón-dor era un amistoso conocido de don Pedro y Miguel Ángel, las cosas cambiaron. Se pusieron a sus órdenes.

El 13 de febrero de 1978 su asesor y jefe de prensa, el periodista Roberto Martínez Montenegro, fue acribillado con ráfagas de metralleta cuando se dirigía a su domicilio. De inmediato a Carlos se le señaló de ser el autor intelectual del crimen. Ante la presión del gremio reporteril y la sociedad

sinaloense, Carlos ordenó la detención de Víctor Gómez Vidal, agente de la DFS, y del abogado y periodista Jesús Michel Jacobo, como responsables del homicidio. Pero la maniobra resultó tan burda que días después fueron liberados. El rumor popular insistía en que él había ordenado la ejecución, para evitar que el periodista revelara sus relaciones con los narcotraficantes que operaban en el estado, a los que debía combatir mediante la Operación Cóndor.

Cuando el escándalo subió de tono, por orden presidencial, desde la ciudad de México la DFS envió a Sinaloa a investigar el asunto a su subdirector Miguel Nazar Haro, quien permaneció en Culiacán alrededor de un mes. Días más tarde volvió a y convocó a conferencia de prensa. Ante la sorpresa de los comunicadores, el jefe policiaco informó que había recibido la orden de investigar la muerte de un periodista, más no la de un “delincuente” como, dijo, revelaban sus pesquisas había resultado Martínez Montenegro.

-Por lo mismo-agregó-el homicidio será investigado por la procuraduría del estado.

“Miserable, sólo está dando esquinazo al asunto”, pensaron los indignados periodistas, que le acusaron de manchar el nombre de su compañero, y exigieron que revelara los nombres de los autores intelectuales del asesinato.

-Es falso todo lo que usted dice de Martínez Montenegro. Si en verdad investigó el homicidio, sabrá que el móvil fue para evitar que revelara la información que tenía sobre los manejos internos de los agentes de la PGR en Sinaloa, en los asuntos del narcotráfico, en especial Carlos Aguilar-le encaró un comunicador al subdirector de la DFS.

-Por razones de seguridad nacional, no proporcionaré ninguna información más-dijo Nazar Haro, y abandonó precipitadamente el lugar.

Desde entonces, el escándalo y la sospecha persiguieron a Carlos Aguilar. Paralelamente, los problemas comenzaron a menudear en la organización de Pedro Avilés. De pronto los federales descubrían un valioso campo de amapolas, después invernaderos, laboratorios, traficantes de poca monta de su grupo, policías estatales y federales que estaban en su nómina.

Las acometidas dejaban sin aliento al viejo cacique, que no entendía lo que sucedía. No sospechaba que sus días de la supremacía estaban llegando a su fin; que ya no pisaba terreno firme. Que iban por él, porque para el nuevo Gobierno federal ya no era indispensable.

## 22.-La muerte de un cacique; Culiacán, Sinaloa, septiembre de 1978

Para amainar un poco el escándalo y la sospecha que sobre él caían, tras la muerte del periodista Martínez Montenegro, a Carlos Aguilar Garza se le ordenó trasladarse a Baja California Norte, a donde tomó como base de sus operaciones la ciudad de Tijuana. Apenas se sintió cómodo en su nueva oficina, ordenó detenciones de simples campesinos y dejó operar a los traficantes intocables. Como era de esperarse, aquello provocó un sin fin de quejas, pero nada sucedió. Contaba con la simpatía y el apoyo de sus influyentes protectores políticos de la ciudad de México que, por otro lado, le cuestionaban el incumplimiento de la orden dada meses atrás.

Cierta noche, a petición de Carlos Aguilar, el comandante Cruz López Garza acudió a su oficina. Llegó cuando Carlos que revisaba los últimos informes sobre un importante laboratorio de heroína que su gente había carbonizado en la sierra sinaloense unas horas antes. Apenas le vio entrar, haciendo a un lado los papeles, el coordinador de la Operación Cóndor le ordenó, más que comentarle:

-Se llegó el momento de ir por el viejo.

Cruz López, que contaba con la amistad de Pedro Avilés, pareció no sorprenderse. Asintió con la cabeza y sólo preguntó, mientras tomaba asiento frente el escritorio de su jefe:

-¿Sabe dónde está?

-Mejor que eso-contestó Carlos-. Sé dónde estará, a donde le

dirás que lo esperarás con algún pretexto válido. No sospechará de ti, pues eres su amigo. ¡Ah, que Jaime, el comandante Alcalá, te ayude a seleccionaran a los hombres!

Desde muy temprano, Cruz López se trasladó a la capital sinaloense. Pedro Avilés había aceptado verlo en el camino que se encuentra entre los poblados La Pitayita y Tepiche, muy cerca de Culiacán. Horas después, junto con una docena de hombres de la DFS y la Judicial Federal, fuertemente armados le esperaba a bordo de tres camionetas que semanas antes les había obsequiado el propio Avilés.

El duranguense no sospechó nada. Tenía motivos válidos para no hacerlo: el comandante Cruz era su amigo de muchos años y, por otro lado, era el recaudador del Coordinador de la PGR en la Operación Cóndor. Por esa cuestión, Avilés personalmente le entregaba las mesadas en el lugar que Cruz convenía, regularmente alejado de miradas curiosas que nunca faltan, y de noche. Por eso no receló cuando le citó en aquel solitario camino, cercano al lugar por donde tenía que pasar después de inspeccionar lo que había quedado del importante laboratorio de heroína que un día antes las fuerzas federales le habían destruido. Era una rutina que siempre realizaba, tras el desastre. Y esa noche no había sido la excepción.

Así que ahora Cruz y sus compinches de la DFS y la PJF, a bordo de tres modernas camionetas, esperaban a que el viejo Pedro cayera en la emboscada. El agente que acompaña a Cruz en el asiento del copiloto, tiene su mirada clavada en él. No comprende pues “don Pedro es su amigo”-piensa-. Cuando Cruz nota aquella mirada, el agente, turbado, vuelve los ojos hacia su reloj. Cruz le mira con desprecio. Sabe lo que piensa de él, pero no dice nada. Entonces también consulta su cronometro de pulso, y su turbado acompañante capta el mensaje: “Olvídate de estupideces y concéntrate en lo tuyo”.

Molesto, don Pedro viaja junto al joven chofer que conduce su lujoso Mercedes. En el asiento trasero le acompañan dos de sus más leales hombres: Rosario Manzon Ríos y Juan Santibáñez Pérez. Al Mercedes le sigue una camioneta ocupada por otros

tres guardaespaldas, incluido el chofer. Don Pedro está molesto por dos motivos: por lo del laboratorio. Era raro que le destruyeran un laboratorio que le ocasionara fuertes pérdidas; y porque su lujoso y caro vehículo traquetea sobre la irregular carretera de piedra y tierra.

-Con cuidado, cabrón-dice al joven chofer-. No manejas una carreta, ni llevas a una bestia contigo.

-Lo hago, patrón. Pero la carretera no ayuda; está llena de piedras y de baches.

-Dínoslo a nosotros, que ya traemos las nalgas abolladas-¿verdad, muchachos?-pregunta con brusquedad don Pedro a Rosario y a Juan, sus guardaespaldas que le acompañan en el asiento trasero. Luego, antes de que los dos silenciosos sinaloenses pudieran contestarle, otra vez cuestiona al joven conductor-. Pero ¿teníamos que tomar este camino? Te vas a acabar el coche, ¡carajo!

-Por aquí no hay soldados, ni policías, patrón.

-¿Y cómo lo sabes?

-Me lo dijo el comandante Cruz... Me dijo que como se iba a ver con usted, dejaría libre el camino. Para que nadie los molestara.

-¡Puff!, con el dinero que le pago, más le conviene que así sea...: Dinero para el gobernador, dinero para el general, dinero para el coordinador, dinero para todos... Y que me perdone Crucito, pero es un hijo de chingada que lo viene a recoger muy puntualmente, como si fuera un padrote y yo su puta.

Ante el respetuoso silencio de sus tres hombres, por este último comentario, don Pedro no dijo más. Y mientras veía con aprobación como el joven conductor-un sinaloense que vestía pantalón vaquero y camisa beige-intentaba acercarse la escopeta que llevaba bajo el asiento para tenerla al alcance, por si era necesario, recordó que en cuestión de dinero siempre había sido lo mismo, desde que era un niño, cuando su padre le enseñaba el negocio, allá en la sierra de Durango, su tierra. Lo mismo que las batidas federales, a petición de los gringos.

“Pero esta vez el gobierno mexicano no fue pendejo-recordaba el viejo cacique-. La programó para ser lanzada justo cuando llegaban las sequías. Sus asesores le dijeron que vienen

cinco años de sequía, de malas cosechas, antes de que vuelvan las lluvias. Sabiendo eso, dejó que los gringos quemaran los campos de amapola; que hicieran el trabajo que el sol habría hecho en una cuantas semanas".

-Ja, ja, ja. Los pinches gringos se tragaron el cuento. Creen que todo esto se hizo, porque ellos lo ordenaron, ja, ja, ja-dijo de pronto, carcajeándose, don Pedro a sus tres sorprendidos acompañantes, que seguramente pensaron que el viejo chocheaba, hablaba y se reía solo-. Lo dicho, esa operacioncita es una mamada. Sólo una mamada.

Pero la inteligencia del viejo cacique seguía tan lúcida como siempre. Los años, en cambio, le habían hecho un hombre sumamente desconfiado. Sólo creía en él y en su sombra. En nadie más. Los hombres que cuidaban de su persona, eran seleccionados por él mismo, después de haber pasado por varias pruebas de lealtad, sin que ellos mismos lo supieran, lo mismo que sus familiares más cercanos: esposa, hijos, padres, hermanos, etcétera. Una vez que eran elegidos, don Pedro se los llevaba a vivir a su finca, pero eso sí, bajo la advertencia de que toda su familia sería eliminada al instante, si algo grave le sucedía o era muerto por la traición de su pariente. Por eso don Pedro había llegado a los setenta y tres años de edad. Por eso inspiraba temor y respeto. Aunque tal vez más temor que respeto.

Con su joven conductor, don Pedro había roto aquella rígida y mortal norma. Sus chóferes habían sido siempre hombres maduros y cien por ciento leales a él. Sólo a los hombres maduros que ya habían formado una familia y velaban por ésta, les confiaba el delicado puesto de ser su chofer personal. Por obvias razones, sólo su conductor y él sabía con precisión a dónde iría, la ruta que tomaría, la hora en la que efectuaría su traslado y, en algunos casos, hasta con quién se reuniría. Para don Pedro, el único peligro podía venir de un chofer traidor. El joven conductor tenía no más veintidós años, una figura delgada, y sus facciones eran regulares, como la mayoría de los sinaloenses de esa edad. Era hijo de un antiguo colaborador de don Pedro que había muerto durante una emboscada, y como no tenía mujer ni otros hijos, don Pedro lo adoptó y se lo llevó

a vivir a su finca, con su familia. El chamaco no tendría más de diez años cuando se quedó huérfano. Don Pedro comenzó a enseñarle el oficio y, con el paso de los años, hasta creyó que le quería como a sus propios hijos. Debido a ello, ahora era el único que conducía su Mercedes.

Cuando llegan a una curva cerrada, don Pedro le ordena al joven conductor que aminore la marcha, y conduzca sin prisa hasta la "Y" del solitario paraje que indica el camino para llegar a los poblados La Pitayita y Tepiche. Lugar donde sin duda, pensó, ya le estaría esperando el comandante Cruz López, su amigo.

-Conozco estos lugares desde antes que todos ustedes nacieran-presume sonriendo don Pedro al joven conductor.

-Lo sé, patrón-contesta el joven, mientras divisaba entre la oscuridad la parte trasera de una camioneta Suburban. Don Pedro también la ve, por lo que le ordena:

-Estaciónate detrás de la camioneta del comandante Cruz, despacio, sin prisa, para que detrás de ti hagan lo mismo los muchachos que nos siguen, como ya lo saben. Cuando me baje-agregó, dirigiéndose a Rosario y Juan-, ustedes me siguen.

-Pierda cuidado, patrón-le contestan ambos guardaespaldas, mientras se ajustan sus respectivas armas que llevan en la cintura, bajo el cinturón.

Cuando don Pedro desciende del Mercedes, seguido de Rosario y Juan, y camina hacia la Suburban del comandante Cruz López, el joven conductor presintió algo desconocido, pero no dijo nada. Optó por acercarse la escopeta que llevaba bajo el asiento y tenerla al alcance.

-Presta aquello-dice el comandante Cruz al federal que le acompaña en el asiento del copiloto, al ver que Pedro desciende del Mercedes y camina hacia él. El policía abre la guantera, saca una Smith & Wesson semiautomática calibre cuarenta, una caja con cartuchos, y se los entrega-. Espera hasta que dé la señal-ordena Cruz, mientras carga la pistola con once balas de punta hueca.

El resto de los federales están haciendo exactamente lo que

Cruz les había ordenado: esperar a bordo de las otras dos camionetas, tener listas sus armas y "cargarse" a todos sus acompañantes, una vez que él hubiera eliminado a don Pedro. Después, armar la escenografía de un enfrentamiento, llevarse el dinero y reportar la "balacera".

Por el retrovisor, Cruz ve acercarse a don Pedro, seguido de Rosario y Juan. Ve como su menudo cuerpo titirita al caminar, a causa del frío nocturno; le mira los ojos hundidos por la fatiga o la ya evidente vejez. Por un momento siente piedad por el traficante, su amigo. Pero sólo un momento, como un suspiro. Baja el cristal de la ventanilla, levanta la Smith & Wesson y espera a tenerlo al alcance. En ese momento jala del gatillo y el cuerpo de Avilés sale disparado hacia atrás, con el rostro destrozado, chorreando sangre. Simultáneamente, se oyen ráfagas de metralletas y al momento se desploman, atrás del cadáver de su jefe, sorprendidos y agonizantes, Rosario y Juan.

El joven conductor ve todo. Por instinto mete la mano bajo el asiento, en busca de su escopeta corta, pero un federal con cara de buldog ya está a un lado de él, fuera del Mercedes, y le tiene en la mira de una Uzi. Quiere gritarle que no le mate, pero el cara de buldog no se lo permite. Le mete dos balazos en la cabeza.

Los otros tres sinaloenses que esperan en la camioneta, no tienen mejor suerte. Primero escuchan un sonido muy parecido al que produce una Smith & Wesson semiautomática calibre cuarenta, después ráfagas de metralleta. Pero cuando, en fracción de segundos, su cerebro registra de qué se trata e intentan reaccionar, más con sorpresa que espanto, ven que a ambos lados de su camioneta hay un grupo de federales que empuñan armas cortas y largas. En ese instante saben que son hombres muertos. Las balas sacuden sus cuerpos como si fueran cosas viejas. El tableteo de las armas dura varios segundos, entre gritos y una lluvia de fuego, metal, vidrios, carne desgarrada y huesos astillados.

Los cuerpos de don Pedro, su joven conductor y sus cinco guardaespaldas, fueron diseminados por el suelo. Luego, Cruz y la docena de compinches de la DFS y la Judicial Federal,

disparan al aire las armas de los muertos y las colocan cerca de éstos. Pasaban de las ocho de la noche del 9 de septiembre de 1978.

## 23.-El Huarache y Alcalá; Morelia, Michoacán, 1979

El *madrina* de la PJF a quien todo mundo conocía como *El Huarache*, pues a nadie se le había ocurrido preguntarle su nombre, estacionó su auto frente a la casa de un agente de la Judicial Federal, su amigo, en una tranquila colonia del estado de Michoacán, que lo estaba aún más ese fin de semana de finales de enero de 1979. Tocó la puerta y el agente federal acudió a abrir.

-Que bueno que llegaste, *Huarache*-dijo, acompañándolo a la sala-¿Quieres una cerveza o un trago?

-Una cerveza-contestó *El Huarache*.

-¿Un vaso?

-No, así está bien-repuso *El Huarache* dando un grueso trago de cerveza fría.

-¿Cómo está el comandante Alcalá (Jaime Alcalá García)-preguntó el agente federal sonriendo.

*El Huarache* movió negativamente la cabeza.

-Desde el asunto de don Pedro, es un desmadre. Todos niegan haber participado. Alcalá pidió vacaciones y se la pasa en su fabrica que tiene en Guadalajara; el comandante Aguilar, siempre viajando al DF; el comandante Cruz López, se la pasa encerrado en su oficina; el licenciado Pablo (Hernández Garza, agente del Ministerio Público Federal), dice que él no sabe nada; y tú ya casi ni nos visitas.

-Bueno, yo estoy comisionado aquí, en Michoacán.

*El Huarache* miró hacía la cocina.

-¿Y tú familia?

-Fueron al DF unos días, a visitar a los suegros. Por eso te invité a venir. Así podemos platicar sin que nadie nos moleste.

El agente federal miró su reloj de pulsera. No tenía mucho tiempo para distraer a *El Huarache.*

-Oye, *Huarache,* he pensado mucho en eso de don Pedro y no entiendo por qué lo *bajaron* así, a la mala. ¿Por qué sigues con el comandante Aguilar?

-Aguilar y Cruz tienen sus fallas-contestó *El Huarache-;* andamos juntos desde hace mucho, pero son mis amigos y me dejan hacer uno que otro asunto.

-Pero un día te pueden dar el *levantón,* como a don Pedro.

-No lo creo, te lo aseguro.

-Por qué no dejas todo esto, mientras puedas hacerlo. Todos los que estuvieron en el asunto de don Pedro van a caer como moscas. Ya no confíes en Aguilar, ni en Cruz ni Alcalá.

Intranquilo, *El Huarache* cambió de posición y tomó otro trago de su cerveza.

-Te lo agradezco, de verdad, pero yo estoy y seguiré con ellos.

-*Huarache,* no me entiendes. Todos esos cabrones tienen problemas.

-Hablé con ellos y me aseguraron que no pasa nada.

El agente federal se sentó y agregó:

-Cabrón, no sé qué más decirte. Tú no eres como ellos. Eres muy pendejo al hablar así.

-Así es como pienso-dijo *El Huarache,* empinando la botella de cerveza en su boca para beber las últimas gotas.

-Espera, te traeré otra-dijo el agente federal. Al ponerse de pie, sonó el timbre de la puerta-. ¡Ah chingá!-exclamó, cruzando la sala para abrir la puerta.

-¡Vaya, si es mi amigo Manuel!-exclamó el agente federal, tendiéndole la mano a Manuel Salcido Uzeta. La achaparrada, pero robusta figura de *El Cochiloco* llenaba el vano de la puerta. Atrás de él se encontraba Gabino Salcido, su hermano-. ¡Hey, Gabino, entra!-agregó el agente federal, volviéndose para mirar a *El Huarache-*. ¡Caramba, qué sorpresa! ¿Conocen a *El Huarache?*

Sorprendido, *El Huarache* se puso de pie y caminó un par de pasos, para encontrar a los recién llegados.

-No tengo el gusto-dijo, extendiendo su mano a Manuel

Salcido.

Como dejaron abierta la puerta, otros dos individuos entraron de prisa, en tanto que *El Cochiloco* apretaba con fuerza la mano de *El Huarache.* Antes de que éste se diera cuenta de lo que ocurría, *El Cochiloco* lo había hecho girar en redondo y sus poderosos brazos le apretaban el pecho, como en un abrazo de oso pero por la espalda.

Gabino sacó de su bolsillo una bolsa de polietileno y la metió sobre la cabeza de *El Huarache,* hasta el cuello, para no permitir la entrada del aire. Así la mantuvo hasta que *El Huarache* se derrumbó, desmayado.

-No lo maten aquí-exclamó el agente federal-. Mi *vieja* se enoja cuando manchan la alfombra.

*El Cochiloco* rió siniestramente.

-Muy bien. Muchachos; vamos a trabajar. Ustedes dos traigan las bolsas. Gabino, acerca el auto a la puerta.

Los dos individuos regresaron con dos grandes bolsas de lona. Sin decir palabras, tomaron el cuerpo de *El Huarache,* lo doblaron y lo metieron en éstas. Amarraron, lo levantaron y condujeron hasta la puerta de la casa para luego arrojarlo en la cajuela del auto, donde al volante esperaba Gabino. *El Cochiloco* y el agente federal se despidieron con un abrazo, sin mediar palabra. Despedazado, sería encontrado el cadáver pocas horas después, en uno de los muchos parajes solitarios de Michoacán. El del *madrina* de la PJF sería otros de los muchos crímenes no aclarados en Michoacán.

El asesinato de *El Huarache* se ejecutó sin ningún contratiempo, al igual que el de Jaime Alcalá García. *El Cochiloco* planeó ajustarle cuentas, al enterarse que también había participado en el asesinato de Pedro Avilés. Alcalá era un temido al comandante de la PJF, cuyos abusos en contra de los campesinos de Sinaloa-durante la Operación Cóndor-no dejaron de aparecer en los periódicos locales entre 1977 y 1978, hasta que junto con su jefe Carlos Aguilar Garza, coordinador de la Operación Cóndor, fue removido y enviado a Tijuana, Baja California.

Excepto porque Alcalá ahora andaba de asueto, muy poco visitaba a sus parientes de Guadalajara, donde tenía una pequeña fabrica de bloques y otros materiales para la construcción. Cuando lo hacía, aprovechaba para visitar a los narcotraficantes de la región, que le pagaran la protección policiaca.

Hasta poco antes, el sinaloense Ruperto Beltrán Monzón había controlado el negocio en Colima, Jalisco, Nayarit, y una parte de Sinaloa y Sonora. Beltrán Monzón llegó a Guadalajara en 1964, después de escapar de la cárcel de Tepic, donde estaba preso por asesinar a un agente de la Policía Federal de Caminos que intentó detenerlo. Durante años operó sin problemas en Jalisco, pero se alejó cuando Miguel Ángel y su grupo, dejaron Culiacán para trasladarse a Guadalajara. A decir verdad, cuando esto sucedió, Beltrán Monzón prácticamente ya estaba retirado, a raíz de que su hija comenzó a llamar la atención de la prensa local, por las escandalosas fiestas que realizaba, y no tanto por los laboratorios para procesar cocaína que su esposa le manejaba. Así que Miguel Ángel y su grupo no tuvieron ningún contratiempo para tomar las riendas del narcotráfico que desde 1964 había iniciado Beltrán Monzón en la región occidental del país.

El comandante Alcalá vivía bien. Además de la fábrica de materiales para la construcción, poseía una pequeña fortuna en efectivo, producto de la protección policiaca que otorgaba a los narcotraficantes.

Alcalá, como se recordará, junto con Cruz López seleccionó a los hombres que acompañaron a los de la DFS, para emboscar y asesinar a Pedro Avilés y su gente, entre ellos *El Huarache.* En una semana toda la PJF conocía la historia y había llegado a oídos de *El Cochiloco,* quien desde entonces juró vengar la muerte de su amigo. Por ese motivo estaba ahí, en Guadalajara. Tras de hacerse de *El Huarache,* acompañado de su grupo de matones primero se trasladó a Colima, donde visitó a una joven mujer. Días después viajó a Guadalajara, en busca del comandante Alcalá.

Aquella tibia tarde, Alcalá se disponía abordar su moderno Leba-rón, después de haber supervisado los trabajos y pedidos

de su pequeña empresa de materiales de construcción. No le dio importancia al reducido grupo de hombres que sentados en la banqueta, ociaban y entretejían historias con su pasado. Tampoco al automóvil estacionado un poco más allá, ni a sus tres tripulantes.

Justo cuando Alcalá lograba abrir la portezuela del vehículo, llegó Salcido y los tres hombres saltaron fuera del automóvil. Salcido le apuntó con un fusil Fal. Los tres hombres rodearon al jefe policiaco, para evitar que huyera. Cuando Alcalá intentó decir algo, *El Cochi-loco* accionó la mortífera arma. El estallido fue ensordecedor, como tremendos los destrozos que el impacto hizo en el cuerpo del federal.

*El Cochiloco* permaneció inmóvil una fracción de segundo, sin decir nada. Con el rabillo del ojo vio a sus tres hombres que le miraban también en silencio. Acto seguido, se hincó y lloró. Levantó el rifle y entre sollozos gritó:

-Este es el otro que te prometí, Pedrito.

Luego rompió a reír, y con voz áspera de manera abrupta agregó:

-Ya cumplí, Pedrito..., ya no tengo compromisos contigo...

No fue sino hasta después de que los periódicos publicaron la muerte del jefe policiaco y la relacionaron con la de *El Huarache*, que todos los implicados en el asesinato de Pedro Avilés supieron que su vida también estaba amenazada. Resultado: media docena de federales homicidas menos.

## 24.-Miguel Ángel y la DFS; Guadalajara, Jalisco, 1979

Más de una década le tomó a Miguel Ángel encabezar a aquellos ambiciosos hombres forjados con sangre y corrupción que hoy eran los pioneros de la organización de Guadalajara. Se enorgullecía de su habilidad para conservar al grupo tras la muerte de Pedro Avilés. Pero más por haberlo hecho crecer como jamás ni él mismo lo imaginó, y por la cantidad de

políticos de los tres niveles del Gobierno mexicano que ahora le apoyaban. Personajes que en su momento le aconsejaron aliarse con los altos mandos de la DFS, el principal cuerpo de seguridad del Estado mexicano.

Desde luego que esta alianza no se dio de la noche a la mañana, gestada durante meses y tal vez años, ni tampoco se firmó un documento para sellarla. Se dio tras la asunción de José López Portillo a la Presidencia de la República, la puesta en marcha de la Operación Cóndor y el asesinato de Pedro Avilés. Circunstancias que aunadas a la ambición y la corrupción formaron un espeso y turbio cóctel, que desembocó en un increíble pacto en el que participaron activamente los comandantes de la DFS Esteban Guzmán, Daniel Acuña y el traficante estadounidense David Wheeler.

En 1975, en Guadalajara, Esteban Guzmán había presentado a Wheeler con el agente de la DFS, Pablo Girón Ortiz, compañero de correrías de los sinaloenses. Un año después, Esteban, Daniel y Pablo presentaron a Wheeler a su jefe Nazar Haro, subdirector y a la postre director de la DFS. Nazar platicó ampliamente con el traficante y comprobó que podría ser un valioso instrumento para engrosar sus bolsillos con dinero proveniente de las drogas que se decomisaban y destruía, sin beneficiar a nadie. En especial a él. Con esta idea fija, días después, al traficante estadounidense le extendió una credencial que lo acreditaba como agente activo de la DFS, pues al fin y al cabo éste dominaba muy bien el español, lo mismo que el portugués y el francés y, sobre todo, tenía contacto con otros traficantes ávidos de mercancía, sus potenciales clientes.

A partir de su alianza con la DFS, Miguel y sus socios: *Don Neto*, Caro Quintero, Esparragoza Moreno, Acosta Villarreal, Matta Ballesteros, Salcido Uzeta, Gilberto Ontiveros, Javier Barba, Rafael y Juan José Quintero Payán, Bravo Cervantes, entre otros, crearon el cártel de Guadalajara, ciudad jalisciense a la que habían llegado procedentes de Culiacán, Sinaloa, tras el asesinato de Pedro Avilés, para evadir los embates de la Operación Cóndor, y la posibilidad de incrementar aún más su enorme poder. El gobernador de Jalisco, era el priísta Flavio

Romero de Velasco.

Desde Guadalajara, Miguel Ángel se convirtió en el hombre clave para la expansión del cártel de Sinaloa y, paralelamente, la creación de otros grupos-como el de Guadalajara-que controlaban diversas partes del país.

Pero junto con su creciente poder, Miguel Ángel también se había ganado fama de "tacaño", porque jamás ayudaba a nadie y mucho menos a sus antiguos vecinos de su pueblo natal: Bellavista. El único detalle que se le reconocía, era el millón de pesos que alguna vez donó para la biblioteca de la Universidad Autónoma de Sinaloa, cuando era rector Jorge Medina Viedas. Tal vez por ello, poco antes de salir de de Culiacán, sus paisanos honrados, así como algunos políticos de la oposición, inútilmente se habían quejado de la evidente impunidad en la que se movía. Sin embargo, esos señalamientos le tuvieron sin cuidado. Siguió siendo un avaro y reuniéndose públicamente con sus cómplices del Gobierno; aparecía en las páginas de sociales y organizaba fiestas en su residencia de Altata, a la que acudían altos jefes militares, policiacos y políticos locales, del estado y hasta federales. Además, sus guardaespaldas eran agentes de la Policía Judicial. Con la cabeza alta, y sin temor a ser molestado, solía frecuentar los lugares que acostumbraba, como la marisquería "Chipps", en el boulevard Emiliano Zapata, donde no le cobraban las viandas que consumía. Tal vez para huir también de esa "popularidad", Miguel Ángel decidió empacar y salir de Culiacán, para mudarse a Guadalajara. No se sabe.

Lo cierto es que la decisión la tomó cuando sus amigos de la DFS le convencieron de las "bondades" de un proyecto que ideó el entonces subdirector Nazar Haro, después de conocer a David Wheeler, el narcotraficante estadounidense.

En sus negras reflexiones, Nazar Haro había concluido que los tres agentes de la DFS y Wheeler, tenían la capacidad para llevar a cabo sus planes, pues aunque jamás lo habían realizado con los volúmenes que ahora pensaba podrían operar, sí tenían experiencia en el tráfico y la venta de los enervantes. Así que

amparados con sus respectivas credenciales, Esteban, Daniel, Pablo y Wheeler comenzaron a viajar por todo el territorio nacional como “supervisores” de la DFS en la destrucción oficial de la droga confiscada por el Ejército y la PJF. Wheeler evaluaba los decomisos, les ponía precio, analizaba las posibilidades de venderlos y se las comunicaba a sus tres compinches. Éstos a su vez hablaban con los jefes militares responsables de los decomisos y les hacían una irresistible oferta. Como es de suponerse, la droga no era destruida. Entonces Wheeler viajaba a los Estados Unidos, para colocarla. Después de cobrar, entregaba el dinero a Esteban quien a su vez hacía lo mismo a Miguel Nazar. Negocio perfecto.

Cuando el subdirector de la DFS evaluó que estas mismas operaciones las podría realizar en mayor envergadura y hasta mejorarlas, pensó en Miguel Ángel y sus socios. Así que ordenó a sus tres hombres a sondear el asunto. Esteban Guzmán, Daniel Acuña y Pablo Girón Ortiz fueron a verlos. Primero les propusieron que pusieran fin a la inútil violencia, que tenía escandalizada a la sociedad sinaloense y a nadie beneficiaba. Después les sugirieron que cambiaran su centro de operaciones: que salieran de Culiacán y se trasladaran a Guadalajara. Y para asegurarles que con su mudanza todos saldrían beneficiados, les propusieron que se aliaran con la DFS, para juntos construir una “empresa” como jamás se había dado en el país ni el mundo entero, con sede en su nuevo domicilio: Guadalajara.

Convencidos de las “bondades” de ese plan, Miguel Ángel y sus socios aceptaron salir de Sinaloa y reubicarse en La perla tapatía. Semanas después, ya en Guadalajara, la DFS se encargó de conseguirles casas y asignarles guardaespaldas de la propia institución. Asimismo, les proporcionó armamento que conseguía mediante el contrabando. Así nació el complejo *narcoindustrial* jamás imaginado en México, encabezado y dirigido por Miguel Ángel. Sus socios de la DFS les proporcionaban las ideas de expansión, la coordinación y la protección contra los rivales y los mismos policías de otras corporaciones ajenas al perverso pacto.

La increíble alianza fue todo un éxito, al extremo que los

principales socios-como en los grandes consorcios empresariales legales-sostenían reuniones de “trabajo” en la ciudad de México, en las que se tomaban estrategias a seguir. Allí se acordaba atacar a los grupos ajenos a la “empresa”; se acordó que la DFS sólo revendería a sus socios la droga confiscada por la Judicial Federal, el Ejército y la DEA; que la DFS adquiriría los camiones para transportar los alcaloides y los sinaloenses los chóferes que los operaran hasta los estados sureños del territorio norteamericano. Al día se cargaban diez o doce camiones-principalmente pipas-con tres o cinco toneladas de mariguana cada una. Para evitar posibles robos, los camiones iban custodiadas por media docena agentes federales armados con metralletas. Para el mejor manejo del negocio, además de un escuadrón de matones a sueldo, la DFS tenía un grupo de contadores que *lavaba* el dinero destinado para los sobornos de políticos, militares y policías, a los que, por las dudas, se les hacía saber que conocían su expediente personal, lo mismo que el de su familia.

El negocio floreció y enriqueció en grande a los dos Migueles y a sus principales socios aún después de diciembre de 1982, cuando Nazar Haro fue sustituido en el cargo por uno de sus más destacados alumnos: el joven político hidalguense, José Antonio Zorrilla Pérez.

-Con la intención de crear nuestro FBI de huarache, nace la Dirección Federal de Seguridad-dijo, en enero de 1947, el presidente Alemán Valdés.

La creación de la DFS, era el resultado de una orden que el primer mandatario dio al coronel Marcelino Inurrieta de la Fuente cuatro semanas antes, apenas había tomado posesión. La intención era integrar un grupo especial para que se encargara de la seguridad del Presidente de la República. Apenas nació, la DFS fue dividida en dos organismos: la DFS y la Dirección de Investigaciones Políticas. Su trabajo específico, era mantener informado al Presidente de la situación política y social del país, además de cuidar su seguridad.

Para la integración de la DFS, el coronel Marcelino Inurrieta se centró en los miembros del Ejército Mexicano, pero sólo

entre los más destacados elementos del Colegio Militar. El grupo de aspirantes, al principio, era numeroso. Provenían de caballería, infantería y artillería. Al final, el proceso de selección redujo el número a diez, que integraron el primer grupo de la DFS.

El grupo élite fue sometido a una estricta preparación física, técnica y mental. Todos sus integrantes recibieron capacitación del FBI. Todos, incluidos sus primeros jefes, el coronel Marcelino Inurrieta de la Fuente, director; el teniente coronel Manuel Mayoral, subdirector; el capitán Bazail, jefe de control; y el oficial mayor, el licenciado Enrique Cordero.

*Los Tiernos*, fue el nombre con el que se le conoció a este primer grupo integrado, entre otros agentes, por Fernando Gutiérrez Barrios, Medardo Molina Perdomo, Manuel Lecona, Palma Chacón, Herrera Esponda, Jesús Miyazawa, Rosalino Ramírez Faz, Kristian Michel, De la Barrera Turruviates, Luis de la Barreda Moreno, y Margarito Romero Muñoz. Para el mejor desempeño de sus actividades, tuvieron que dejar el uniforme militar para vestir de civiles.

Sus primeras oficinas, era un reducido espacio del tercer piso del edificio de Pensiones. Después pasarían a una casona de la calle de Morelia. Finalmente, con el paso de los años, se establecerían en el edificio que alguna vez albergó la sede de la Policía Judicial del Distrito Federal, frente al Monumento a la Revolución.

A este primer grupo, posteriormente, se les unieron varios de los agentes encargados de la seguridad del presidente Alemán Valdés, entre éstos los hermanos Hugo y Arturo Izquierdo Hebrard. Pero a menos de un mes de habérseles dado de alta, los dos fueron detenidos por sus propios compañeros, al ser acusados del asesinato, el 17 de febrero de 1948, del senador por el estado de Tlaxcala, Mauro Angulo Hernández. Al paso de los años, los Izquierdo Hebrard serían señalados de trabajar para la organización de Sicilia Falcón. Poco después emparentarían con *El Negro* Durazo, al casarse éste con una de sus hermanas. A Durazo el presidente López Portillo nombraría jefe de la Dirección General de Policía y Tránsito de la ciudad de México, haciendo a un lado

sus antecedentes de traficante de drogas.

La idea inicial de que la DFS sólo estuviera integrada por miembros egresados del Colegio Militar, se desechó por completo. De esa forma, también fueron seleccionados abogados, médicos, militares diplomados del Estado Mayor Presidencial y miembros de las familias más ricas de ese entonces. También llegaron varios agentes del entonces llamado Servicio Secreto, entre ellos Mario Martínez y Miguel Durán. Se buscaba que los elementos de la DFS, por su preparación, personalidad y cultura pudieran departir en cualquier reunión oficial sin ser señalados como policías. Fue entonces cuando éstos comenzaron a identificarse con credenciales de periodistas, abogados, médicos, inspectores o cualquier otra actividad cuyos conocimientos les permitieran representar bien su papel de detectives y, sobre todo, pasar inadvertidos.

Dos años después de su creación, 1949, por orden presidencial, a la DFS, al margen del trabajo específico para la que fue creada (mantener informado al Presidente de la situación política y social del país, y cuidar su seguridad), se le encomendó la investigación del delito del fuero común. Para que la DFS pudiera desarrollar mejor esa nueva actividad y garantizar la seguridad de los capitalinos, la ciudad de México fue dividida en tres secciones. Una de estas secciones quedó a cargo del Servicio Secreto, otra a cargo de la Policía Judicial del Distrito Federal y la tercera a cargo de la DFS, para casos de homicidios y lesiones graves. Disposición esta última que contravenía abiertamente a la Constitución, que ordena como únicas perseguidoras del delito a las policías judiciales.

Cuando por completo se deformó la rigurosa selección de sus integrantes, a la DFS llegaron hasta artistas, como el escultor Pedro Cervantes Coronel; Carlos Rufino, integrante del cuarteto “Los Rufino”; y el cantante y actor Ramiro Castañón. Peor aún, al paso de los años, las plazas de comandante de la DFS se comenzaron a vender hasta en dos millones de pesos. Para cuando esto último sucedía, 1983, treinta y seis años después de su creación, la DFS ya había tenido ocho directores: Marcelino Inurrieta de la Fuente,

Leandro Castillo Venegas, Roberto N., Luis de la Barrera Moreno, Fernando Gutiérrez Barrios, Javier
García Paniagua, Miguel Nazar Haro y José Antonio Zorrilla Pérez. La idea romántica de crear la mejor corporación policiaca de México, había fracasado.

## 25.-La Muñeca y El Cacho; Matamoros, Tamaulipas, 1980

Como casi todas las noches, el enjuto *doctor de esquina* estaba a la mitad de aquella calle de la populosa colonia de Matamoros. Tendría unos veinte años, pero parecía como de cuarenta, como si la droga le hubiera chupado la juventud y dejado un rostro amarillento. De muerto.

En la mano izquierda tenía una cajetilla de Marlboro, en la que hurgó y sacó un cigarrillo que se llevó a los labios y temblorosamente encendió con un Bic desechable. Dejó caer a la acera el envoltorio vacío, exhaló con fuerza el humo y se atusó los ralos bigotes. Levantó la mirada hacia la luz mortecina del alumbrado público y le pareció que ya era tarde y el negocio no estaba bueno, como antes de entrar a la rehabilitación.

Algo murmuraba a los adictos que se acercaban en busca del *pase,* y a los jóvenes que pasaban en grupos. Confiaba que el negocio mejoraría. Conseguiría que sus viejos clientes regresaran y reclutaran otros, porque lo que sobraba en ese barrio eran desgraciados, que recaían después de la rehabilitación.

-Mañana estará chingón-murmuraba-. Como antes.

A unos cien metros de distancia, a bordo de un automóvil de reciente modelo, estaban dos hombres de Matamoros. Los dos eran altos y robustos. El más grueso, gordo podría decirse, era Casimiro Campos Espinosa, *El Cacho.* Tendría unos treinta y cinco años, casi un metro ochenta de estatura, tez blanca y un rostro como de niño grandote. Un lado de su frente la cubría un

pelo castaño y lacio pelo, donde aparecía una especie de mechón blanco; sus ojos eran pequeños, pero feroces; dentadura fuerte y blanca; sus labios eran delgados y retraídos, donde parecía anidar una sonrisa de cólera y desprecio hacia la vida misma. El otro, Juan García Ábrego, unos cinco años mayor que *El Cacho*, y bien parecido, de ahí el sobrenombre de *La Muñeca*, apodo que sólo permitía a sus más allegados. Casimiro llevaba pantalón azul y camisa blanca de mangas largas arremangadas hasta los codos; Juan, pantalón de mezclilla azul marino y una camisa floreada de rayón de manga larga, anillo y pulsera de oro. Ambos, en el asiento delantero, bebían en silencio una cerveza, y a través del parabrisas de vez en vez miraban al avejentado vendedor de droga.

Por la calle pasaban ruidosos grupos de muchachos o parejas de enamorados que, abrazados o de tomados de la mano, sonreían y se hablaban en voz baja, y uno que otro obrero ensimismado en sus problemas. En el enrarecido ambiente nocturno, persistían los tufos de aires rancios. Los dos hombres de Matamoros, conocían esos rumbos, a los vecinos, y a la mayoría de los *doctores de esquina* (vendedores de droga cercanos, menudistas). Sabían que con los años, el lugar se había llenado de vagos, viciosos y *doctores de esquina*, convirtiéndolo en un sombrío barrio muy parecido al de las grandes urbes del país. El hecho de que el enjuto vendedor hubiese entrado a un centro de rehabilitación, era el único motivo por el que lo habían dejado vivir hasta esa noche.

Los dos hombres apuraron el resto de sus cervezas, y por el hueco de las ventanillas arrojaron las latas vacías a la sucia calle. Sin decir nada, Casimiro sacó de la guantera una pistola de grueso calibre, y dándose la media vuelta por sobre su lugar la depositó encima del asiento trasero, exactamente detrás de Juan, que era el conductor. Luego se apeó del vehículo e inmediatamente se trepó por la puerta trasera en busca de la pistola. Bajó por completo el cristal de su ventanilla, y pidió a Juan que condujera lentamente. Juan echó a andar el motor y deslizó despacio el auto en dirección al sentenciado.

-Pá...párate fren....frente a él-dijo Casimiro, que era

tartamudo de nacimiento.

El auto paró cerca del joven-viejo, con el motor en marcha. El enjuto individuo los miró un momento, sin reconocerlos, y sonrió. Se acercó. Levemente se inclinó entre las dos ventanillas y dijo algo en voz baja a Casimiro que tenía el brazo izquierdo apoyado en el borde de la ventanilla.

Casimiro alzó ligeramente la pistola que firmemente tenía en la mano derecha, y jaló el gatillo: La metálica boca escupió, en rápida sucesión, tres fogonazos acompañados de tres estruendos sordos. Antes de que el joven-viejo saliera de su asombro, con el pecho perforado, saltó despedido hacia atrás, como si una invisible mano le jalara violentamente por la cintura. Cuando su desnutrida humanidad tocó tierra, ya era un muerto con los ojos abiertos.

Tras las detonaciones, Juan pisó con fuerza el pedal del acelerador y el vehículo salió disparado. Casimiro, sin prisas, colocó la poderosa arma entre sus dos piernas, a su alcance, por las dudas. Ninguno de losdos habló hasta que llegaron al centro de Matamoros.

- (tartamudeando) Para como se veía, ese hijito de la chingada no necesitaba ayuda para morirse-dijo Casimiro. De uno de los bolsillos de su pantalón, sacó un pequeño envoltorio de plástico transparente con cocaína, con la punta de un pedazo de papel periódico extrajo una porción y la inhaló con fuerza por cada una de sus fosas nasales. Dos veces más repitió la operación-¿Quuu...é pedo con ess...se fu...fulano?-preguntó a Juan, al tiempo que le ofrecía el envoltorio con droga.

Con movimientos de cabeza, Juan declinó la invitación. Hizo una mueca y se encogió de hombros con enfado.

-¡Y yo que sé!

- (tartamudeando) Aunque se veía como cualquier otro, ttiene que ser alguien, o no nos hubieran llamado a nosotros ¿no crees?

Juan guardó silencio, luego habló, y en su voz había algo más que frustración.

-No es que me queje, no nos va mal. Pero para el viejo no hacemos nada importante.

Casimiro vio por la ventanilla. Luego miró con irritación a

su cómplice, y movió la cabeza negativamente, despacio, como sopesando sus palabras.

-(tartamuedeando) Lo de los carros, es bueno, y lo que hacemos a tu tío, también. Oye, a lo mejor tu tío te está *calando.*

-Que va, si el viejo nunca me llama. Hasta creo que ni soy santo de su devoción.

Casimiro inhaló profusamente otras porciones y entornando los párpados se recostó sobre el asiento. Sus ojos vidriosos y amarillos, no tardaron en mostrar los fuertes labios de la dulce droga, mientras Juan seguía conduciendo.

Estaban todavía en los terrenos del centro de Matamoros, cuando Juan, sin dejar de conducir, pareció animarse. Miró a Casimiro con una sonrisa y le sacó de su ensoñación para preguntarle:

-Oye, Casimiro, ¿qué te dijo el muertito?

-¿Qué?... ¿Qui.én?

-¡El muertito, hombre!

-¡Ah!-Casimiro profirió una risa ahogada por la burla, luego, aunque tartamudeando repitió las últimas palabras del joven-viejo-: "Cu...cu...ántas y...y... de a có...cómo, mi...mi rey...".

Al escuchar la frase, Juan soltó una sonora carcajada y Casimiro también. Así, burlándose de su fechoría, los dos viajaron otro buen trecho. Casimiro bajó la ventanilla, asomó la cabeza y lanzó un grueso escupitajo a la negra noche.

Juan nació el 13 de septiembre de 1944, en el rancho La Puerta del ejido El Soliseno, una ranchería ubicada a veintidós kilómetros de Matamoros. Era hijo de Estela Ábrego y Albino García, *La Chacha* y *El Chacho.* En sus mocedades, el matrimonio se dedicó a la labranza de la tierra y el amor. De la primera actividad no salieron de pobres aunque le dedicaban más de diez horas al día, y, de la segunda, obtuvieron ocho vástagos: tres robustos varones y cinco hermosas mujeres: Juan, Humberto, José, Herlinda, Elena, Rosa, Enriqueta y Blanca, que vinieron al mundo sin muchas dificultades. Los García Ábrego tenían un medio hermano mayor: Josué, hijo del primer matrimonio de su padre con Elisa Ramírez.

La vida de *La Chacha* y *El Chacho* era por demás monótona

y sosegada. Se levantaban antes de que aparecieran los primeros rayos de sol. Don Albino montaba un viejo caballo y se iba a las labores, al cerro o al pueblo, y no pocas veces a Matamoros. Volvía a la hora de comer, se sentaba después a la puerta de su vivienda, y cuando el sol comenzaba a ocultarse daba su vuelta por el corral para ver sus animales. Con calma solía limpiar con un cepillo el lomo de sus burros y mulas y enseguida cenaba con su familia, con tortillas recalentadas. Antes de las diez de la noche ya estaba dormido. Doña Estela se ocupaba de los quehaceres del hogar, de dar de comer a las gallinas, de limpiar las jaulas de los pájaros, de regar sus macetas, de preparar la comida y de ayudar a sus hijos con las tareas escolares. Así pasaba el día y la tarde. Y al igual que su marido, antes de las diez de la noche ya dormía placidamente.

El niño Juan y su hermano menor, Humberto, estaban inconscientes de las necesidades apremiantes de sus padres. Desde muy pequeños, bajo la dura mano de su padre, aprendieron el rudo y poco apreciado trabajo del campo. Cuando su padre no los obligaba a ayudarle en las faenas del campo o a estudiar, pasaban su tiempo en el cerro cogiendo cuanta alimaña encontraban, o jugando béisbol. En las noches caían rendidos y entre sueños engullían sus frijoles.

Llevado del rancho a Matamoros, el pequeño Juan vivió en la casa marcada con el número ciento treinta de la calle Doce, entre Bravo y Bustamante, en el centro de esa ciudad, donde estudió la instrucción primaria en las escuelas “Franklin D. Roosevelt” y “Miguel Sáenz González”. Pero apenas terminó esos estudios, con frecuencia dejaba su pueblo de nacimiento para irse a vivir al rancho La Paloma, poblado del Condado de Cameron, Texas, con no más de mil habitantes que vivían en casas desperdigadas entre calles polvorientas.

La Paloma nada tenía que llamara la atención. Era una ranchería como muchas de las que había al sur de Texas: con veredas angostas e intransitables que en tiempo de lluvias conducían a las casas, la mayoría de ellas de adobe y mal pintadas. Sin embargo, fue el lugar para que, años después, a la edad de veintiún años, Juan seleccionara para apersonarse en la oficina del notario Héctor Cascos, para que le extendiera la

documentación que lo acreditaba como “originario” de dicho poblado norteamericano.

De esta manera, el 18 de mayo de 1965, Juan quedó formalmente registrado como ciudadano estadounidense, después de pagar treinta y cinco dólares. Para lograrlo, Juan presentó su fe de bautizo, en la que aparecía la fecha de nacimiento con el testimonio de los vecinos del lugar. Sobre esto último, no tuvo problema alguno, ya que a don Jesús y a doña Carmen, sus abuelos maternos, y a doña Refugio y a doña Manuela, sus tías, hermanas de su madre, todo mundo las conocía, pues allí vivieron desde siempre. Además, desde niño y después de adulto, Juan los visitaba con frecuencia.

El niño Juan creció fuerte, rollizo y sano. Tal vez los frijoles, los atoles y las “gordas” que le daba su madre fueron suficientes para que por su estatura, sobresaliera de los demás chamacos de su edad. Si bien es cierto que creció duro, tosco y resistente, también siempre anduvo falto de dinero y de mejores oportunidades. Ya más grandeci-to, aunque muy trabajador, era un muchacho grande y voluntarioso a quien sus padres no podían sujetar ni atinar a bien educar, puesto que ellos mismos no sabían más que hacer bien las faenas domésticas y del campo.

En alguna ocasión, cuando el chamaco terminó su instrucción primaria, el matrimonio resolvió que debería aprender un oficio, haciéndole patente que no tenían con qué mantenerlo ni vestirlo, que ya era grande y necesitaba trabajar. Pero en aquellos tiempos, en las rancherías no había talleres donde los muchachos pudieran aprender un oficio que les ayudara a abrirse paso más adelante; en las escuelas tampoco se enseñaban. Por eso el asunto se olvidó y Juan continuó ayudando en las actividades del campo.

Así pasaron los años y Juan se convirtió en un joven robusto, requemado con el sol, que vestía pantalones de mezclilla siempre empolvados por el duro trabajo del campo; que sabía mandar e inspiraba respeto, tal vez por su metro ochenta y cinco de estatura y complexión amenazante. En una palabra, Juan era un norteño en toda la extensión. Sus vecinos decían que era un “buen muchacho dispuesto a dar hasta la

camisa por sus amigos"; pero también que "no sabía perdonar las traiciones". No era muy afecto a las bebidas embriagantes y cuando lo hacía, prefería el tequila o la cerveza; pero eso sí, no fumaba. Era aficionado a las carreras de caballos, las peleas de gallos y el béisbol. Además de los pantalones de mezclilla, al joven Juan le fascinaban los calzoncillos de boxeador y los botines. Siendo bien parecido y de recia personalidad-de ahí el sobrenombre de *La Muñeca*-, no era mujeriego. Aún así tuvo tres hijos: Juan José, Ivette y Albino. El primero con una mujer de apellido González, hija de un escribano público; los otros dos, con la señora María del Carmen Olivella.

Hasta los treinta años, la conducta de Juan fue irreprochable. Ayudaba en todo lo que podía en las faenas del campo y apoyaba a su familia en la medida de sus posibilidades, de modo que sus parientes estaban contentos con su inteligencia y su actividad. Cuando no tenía trabajo urgente en el rancho, daba sus vueltas por Matamoros a donde comenzó a hacer ronda con otros hombres más jóvenes o de su edad, entre ellos sus primos hermanos los hijos de su tío Juan N. Guerra, propietario del Piedras Negras, a donde esporádicamente iba a beberse un par de cervezas. Pero también comenzó a hacer ronda con pandilleros de otras rancherías, colonias y barrios, que por diversos delitos entraban y salían de la cárcel como si fuese su casa; amistades que le presumían lo "fácil" que era hacerse de dinero rápido.

Entonces sus visitas a Matamoros comenzaron a ser más frecuentes, y el dinero se le volvió una obsesión. La miseria comenzó a pa-recerle repulsiva en lo más hondo de su sencilla alma de campesino; ya le urgía traer dinero como el resto de sus amigotes, entre ellos *El Cacho*. Así, un mal día pensó que era necesario "trabajar para vivir bien, como Dios manda". Después de esta decisión, Juan regresó a Matamoros, pero ya convertido en otro hombre. Su ambición por obtener dinero "fácil" le había trastornado completamente la cabeza. Y así, la buena o mala suerte, más bien la mala, guió sus pasos hasta Casimiro, y su vida cambió para siempre.

Para los tiempos de los que hablamos, *El Cacho* ya era un pillo en toda la extensión de la palabra. Al margen de que apenas había terminado la primaria y el primer año de la secundaria, era un individuo que no se tentaba el corazón para asesinar a quien se le opusiera. Con una extraña mezcla de lo más turbio de la mente humana, reforzada con cuantas drogas que consumía, había ordenado o ejecutado personalmente a una docena de rivales o familiares de éstos, o bien de inocentes personas que se habían negado a ser despojados de sus bienes. Crímenes, todos, que en su momento conmocionaron a la sociedad tamaulipeca, pero no se castigó a los autores materiales, aún sabiendo quién era el responsable, al que tampoco nadie había hecho nada para detenerlo. Entre sus víctimas estaban cuatro niños del ejido de San Briceño; también los cuatro hombres de Valle Hermoso a los que quemó vivos; acabó a la familia Cisneros; dio muerte al presidente municipal de Valle Hermoso, Ciro Gutiérrez Perales; a Herminio Montelongo; y al agente de la DFS, Arnulfo Mongaray.

*El Cacho* se había hecho en las calles de Matamoros, donde en su infancia había jugaba con los muchachos de su edad y adquirió la brutalidad que le caracterizaría como jefe de su no menos despiadada banda a la que manejaba, a través del terror y la complicidad de los jefes de la policía corruptos. Su ley era la violencia y la crueldad.

Juan era otra cosa. Durante su juventud y los primeros años de su madurez, creyó que podría sacar adelante a su familia a través del trabajo honrado; pero cuando comprobó que nunca sería así, se consideró como engañado al no encontrar más que miseria, miedo y degradación. Lo que provocó que se le fuesen enfriando los principios morales inculcados por sus padres, hasta convertirse en odio y aversión hacia todo aquello que representaba el trabajo honrado y a la sociedad legal en su totalidad.

Al unirse a Casimiro, Juan perdió toda noción de la moral y se volvió muy supersticioso. Sentía en su interior una fuerza desconocida que lo protegía contra todos sus enemigos. Creía, como todos los supersticiosos, que un ser divino le cuidaría y

velaría por su vida, al menos él así lo sentía y creía. No se ponía a pensar que si no le había sucedido nada durante los años de enseñanza de *El Cacho*, era por su parentesco con don Juan, y porque las autoridades municipales, estatales y federales, trabajaban en sociedad con su poderoso pariente; además, a la mayoría de esos policías él mismo los conocía desde la infancia. De ahí que ninguna autoridad le perseguía o molestaba; por el contrario, le protegían.

## 26.-Ciudad de Matamoros, Tamaulipas; 1960-1980

A mediados de los años sesentas, Matamoros era una ciudad pequeña: apenas rebasaba los ciento cuarenta mil habitantes. Los muchachos matamorenses, como todos los del México de entonces de doce o catorce años, gozaban con la música inglesa de los Beatles, los Rolling Stones o de cuantos grupos famosos del momento; para otros sus ídolos eran Enrique Guzmán, Angélica María, Alberto Vázquez, César Costa, Manolo Muñoz u Óscar Madrigal. La euforia juvenil por la música era mucha, lo mismo que el gusto por el cine. Y si a los adolescentes de aquella ciudad fronteriza les agarraba la noche, sin temor regresaban a sus hogares caminando por la Calle Sexta, hasta la placita Benito Juárez. Nadie los molestaba.

Los chiquillos concluían sus estudios primarios y hasta de la secundaria, bailando un vals, en armonía y tranquilidad. Nada alteraba el orden. Eran los años en los que los que Tamaulipas era gobernada por Praxedis Balboa, y los mayores sobresaltos consistían en enterarse, de “oídas”, de algunas balaceras entre diferentes familias de Matamoros y Valle Hermoso, por la posesión de tierras. Pero eran asuntos que los muchachos no comprendían, ni les interesaba hacerlo. La ingenuidad era tanta, que incluso a los más pequeños sus padres los asustaban con eso del “Coco”. Desde luego que no faltaban algunos hechos violentos que escandalizaban a la gente menuda, que se

santiguaba y exclamaba cosas como estas:

-¡Qué barbaridad!, el que lo hizo no tiene temor a Dios!

O el clásico:

-¡Dios nos agarre confesados!

Fuera de esos hechos violentos aislados, en Matamoros había relativa calma. En el verano, la gente dormía en sus casas con las ventanas abiertas de par en par. Las puertas y ventanas no tenían rejas. La gente platicaba, en las mecedoras, hasta ya entrada la noche, escuchando la radio, en lugar de ver la televisión. Por esos años se desplomó el precio internacional del algodón y en Tamaulipas se dejó de sembrar la fibra. Las despepitadoras comenzaron a cerrar, igual que los molinos de aceite. Fue cuando los campesinos y los pequeños propietarios optaron por sembrar sorgo y maíz.

Para 1970, Matamoros cuenta ya con casi ciento ochenta y siete mil habitantes, y comenzó a experimentar el *boom* del crecimiento sostenido por el arribo de las maquiladoras. En ese tiempo, no se hablaba de “crimen organizado”. La gente caminaba por las noches tranquilamente, sin temor a ser molestada.

A principios de esa década, en Matamoros floreció La Zona Rosa, famosa por sus centros nocturnos, por su música, por su ambiente y por la seguridad que ofrecía a sus visitantes. A los turistas les gustaba escuchar mariachi en La Casita; los muchachos matamorenses preferían visitar a las mujeres del Golden House. Aunque la banda de *El Cacho* comenzaba a hacer de las suyas, la ciudad era alegre. Matamoros todavía se consideraba una ciudad tranquila, a pesar de que el censo poblacional del INEGI ya registraba una población cercana a los doscientos mil habitantes.

Tranquilidad que se alteró el 26 de junio de 1978, por una necedad. Resulta que el alcalde Antonio Cavazos Garza, lejos de escuchar el clamor popular, se empecinó en sostener en su cargo al inspector de policía Emiliano del Toro Farías, a quien la gente responsabilizaba de la muerte del muchacho de quince años Salvador Barrios Barba, estudiante de una secundaria de la colonia Mariano Matamoros. Ante la necedad del alcalde, la enardecida población incendió el Palacio Municipal y varios

comercios más. Capturó y casi en vilo llevó hasta el kiosco de la Plaza Miguel Hidalgo a Cavazos Garza, para que públicamente se cesara y consignara al policía homicida.

—¡La destitución de Emiliano, que me lo pida el pueblo!-dijo, olvidando que precisamente era el pueblo quien se lo exigía.

En respuesta, la muchedumbre le lanzó piedras e intentó capturarlo, para sabrá Dios con qué intenciones. Cavazos Garza fue rescatado por sus colaboradores, al escurrirse por el Café Emir, ubicado a un costado de la Plaza Hidalgo, y ocultarse en un despacho de abogados.

-¡Va a salir por el PRI!-gritaba a una sola voz la enardecida multitud, que para impedirlo se trasladó hasta donde el PRI municipal tenía sus oficinas, a un costado del Teatro de la Reforma. La turba lapidó el inmueble. Regresó a la plaza e hizo lo mismo con el Palacio Municipal. Fuera de control, incendió algunos negocios y los juzgados y agencias del Ministerio Público asentadas en el edificio de la cárcel municipal. Los violentos hechos, fueron la comidilla tanto a nivel local, estatal y nacional durante algunas semanas.

Para 1980, la población de Matamoros ascendía a casi doscientos treinta y nueve mil habitantes. Ese año, Jorge Cárdenas González, hermano del gobernador Enrique Cárdenas, renunció al PRI, y una coalición de partidos lo nominó su candidato a la presidencia municipal. La contienda fue en contra del priísta Francisco Cobarru-bias, candidato impuesto por don Juan N. Guerra. Ese mismo año, el presidente López Portillo prácticamente obligó al doctor Martínez Manautou, secretario de Salubridad y Asistencia, a dejar el gabinete presidencial para buscar la candidatura al gobierno de Tamaulipas. Sin ningún problema Jorge Cárdenas ganó la presidencia municipal de Matamoros, cuya población estaba irritada por la falta de obras públicas y porque la delincuencia iba en crecimiento y nadie parecía quería o podía frenarla. Son los meses en los que empiezan a registrarse los cruentos enfrentamientos entre pistoleros, se incrementa el robo de autos lo mismo que el narcotráfico. La PJF disimula, y las autoridades municipales y estatales, también.

-Es asunto federal-dicen las autoridades municipales y estatales, en alusión al creciente narcotráfico.

Meses después, en 1981, Martínez Manautou gana la gubernatu-ra, y el PRI, reconoce el triunfo de Jorge Cárdenas González, y es nombrado alcalde de Matamoros.

Para calmar la irritación ciudadana por el creciente robo de autos en la ciudad, como primera medida de su gestión, el nuevo alcalde de Matamoros, Jorge Cárdenas González, ordenó al jefe de la Policía, el capitán Álvaro Cerón Álvarez, que cite en la Presidencia Municipal a *El Cacho*. Quiere hablar con él.

El alcalde sabía todo cuanto había que saber de aquel temible individuo de rostro aniñado, cuya evidente tartamudez no había sido obstáculo para ser temido en el submundo de Matamoros. Se había abierto camino a través de la violencia y el dinero malhabido que repartía entre algunos jefes policiacos de la región, incluyendo a los de la DFS comisionados en Matamoros. Todo mundo sabía a qué se dedicaba.

Su fama de asesino despegó en 1975, al quitar de en medio a Rubén Galván Bochas, un delincuente de poca monta, cuando éste festejaba el éxito de su más reciente "negocio", en la cantina El Pullman, que esa tarde no estaba muy concurrida. Rubén tomaba su enésimo whisky en la barra, cuando llegó Casimiro y se colocó a su lado, al tiempo que del modo más natural exigía su bebida preferida al cantinero:

-Dame un whisky (tartamudeando).

Al escuchar el inconfundible tartamudeo de Casimiro a su lado, Rubén se sobresaltó, al igual que el resto de los pocos parroquianos, a pesar de los tragos ingeridos.

Fingiendo un aplomo que no sentía, el cantinero tomó un vaso grande de vidrio de la barra y sirvió la bebida. Rubén, sorprendido por la inesperada irrupción de Casimiro, y temeroso de lo peor, no pudo pronunciar palabra cuando le vio beberse de un solo trago el ambarino y cálido líquido. Sintió como en la garganta se le atascaba una gruesa masa de saliva, al observar que de la cintura *El Cacho* sacaba la nueve milímetros pavonada, para al instante dispararle a quemarropa

cuatro veces consecutivas:

-Adiós...mijito-fue lo primero y lo único que le dijo, tartamudeando, su asesino, que al instante, pero sin prisas, abandonó el lugar.

-¡Fue *El Cacho*!-dirían poco después los testigos presenciales a los policías judiciales que al poco rato llegaron bajo las órdenes del comandante Juan Rincón, junto con el agente del Ministerio Público para que diera fe del crimen ocurrido en la cantina El Pullman,.

Días más adelante, acompañado y bien asesorado por su abogado Agapito González Cavazos, *El Cacho* se entregó a la justicia. Al llegar, sin ningún pudor, muchos policías de la Judicial y la Preventiva fueron a saludarlo, como viejos amigos. *El Cacho* permaneció tras las rejas, sólo el tiempo suficiente que utilizó el hábil defensor para "demostrar" que su cliente había actuado en "defensa propia".

-Los balazos fueron frente a frente: ¡como los hombres!-dijo en sus conclusiones el licenciado Roberto Mata Quintero, que se había sumado a la defensa de Casimiro, con su colega Agapito González Cavazos.

Cuando fue liberado Casimiro, su fama como matón trascendería las fronteras de Matamoros.

En otra ocasión, a su casa de Matamoros-entre las calles de Ocampo, la Dos y la Tres-llegó un hombre procedente de la ciudad de México, para finiquitar un negocio de mariguana. Completamente bajo el influjo de las drogas, que para entonces ya consumía en grandes dosis, Casimiro le metió un balazo en la frente porque éste le llamó "ingeniero", en lugar de "licenciado", como a él le gustaba le dijeran. El cuerpo del olvidadizo visitante fue rescatado de las aguas del río Bravo, a donde el matón arrojaba los cadáveres de sus víctimas.

Una más. Durante una fiesta organizada en su casa en la que incluso había policías uniformados, *El Cacho* pidió a tres de sus secuaces que le llevaran a un rival que recién habían detectado los patrulleros invitados.

-Me lo traen ahorita (tartamudeando)-ordenó.

Momentos después, los tres secuaces llevaron al rival hasta el patio de la casa, donde Casimiro les esperaba. Amagado por

las armas de sus captores, el hombre iba asustado. Sudaba copiosamente por todo el cuerpo, y se le fue la respiración al ver que *El Cacho,* sonrién-do, dejaba su asiento y caminaba hasta él, apuntándole con su nueve milímetros pavonada, mientras le decía:

-(tartamudeando) Ahora sí me la vas a pagar oritita.

-No me mates *Cachito,* somos amigos-dijo, aterrorizado, el hombre.

-(tartamuedeando) Con que mi amigo, ¿ no?-replicó, mientras accionaba su arma y metía cinco balazos en el cuerpo. El hombre cayó muerto al instante, bañado en sangre, junto al asador donde esperaban gruesos trozos de carne.

Luego, con voz pastosa y su habitual tartamudez, el matón invitó a sus amigos a seguir la fiesta. El cadáver, ya entrada la noche, sería arrojado al río Bravo.

Así, protegido por las autoridades municipales, estatales y el coordinador de Agencias del Ministerio Público Federal en Tamaulipas, Carlos Aguilar Garza, *El Cacho* era el jefe de la banda de delincuentes que desde los últimos cinco años asolaban la región. Sus ingresos ilegales se basaban en el robo de autos, el homicidio, el asalto a transeúntes y, aunque en poca monta, el tráfico de enervantes. El nuevo alcalde de Matamoros, Jorge Cárdenas, sabía que aumentaba sus ingresos ilícitos mediante los trabajos especiales que realizaba para don Juan, *El Padrino de Matamoros,* uno de los socios de Aguilar Garza, en el negocio de las drogas. *El Cacho,* pues, era un individuo de cuidado, peligroso. Y como tal lo trató, una vez que el capitán Alvaro Cerón le llevó hasta él, en su despacho de la presidencia municipal.

-Oiga *Cacho*-dijo el alcalde con voz grave desde atrás de su mesa de trabajo, después de saludarlo, sin el respectivo apretón de manos, y pedirle al capitán Cerón Alvarez estuviera presente, por las dudas-, la ciudadanía ya está harta de tantas muertes y robo de autos... Es intolerable todo esto, ¿no lo cree usted así?

En el mundo de *El Cacho*, las medias tintas no contaban nada en los asuntos de *trabajo,* aunque, claro está, era diferente cuando ello podía afectar la cuestión financiera. Tal vez por

ello, aunque sin ningún asomo de respeto, con su habitual tartamudeo se limitó a decir:-Tiene usted razón, señor. Le prometo que eso acabará y.-Oiga mi amigo-le interrumpió bruscamente el capitán Cerón-. Me parece una falta de respeto que usted esté armado frente al señor presidente municipal.

Por vez primera pareció asombrarse Casimiro. Aunque encontraba inconcebible que por tales trivialidades se le interrumpiera.

-(tartamudeando) Tiene razón, capitán-contestó, al tiempo que desenfundaba la nueve milímetros pavonada que llevaba en la cintura y entregaba a Cerón, luego, con su tartamudez habitual, agregó-: Le prometo, señor, que no habrá más muertos. Ni robo de carros.

Cuando *El Cacho* cerró la puerta detrás de él y el capitán Cerón le devolvió el arma, el nuevo alcalde Matamoros lanzó un ligero suspiro de alivio. Aquél individuo le ponía nervioso. Aunque joven, era un hombre sumamente violento y siempre dispuesto a vaciarle la nueve milímetros a quien se interpusiera en su camino. Habría que andarse con cuidado.

Por un tiempo, en efecto, los asesinatos y los robos de autos descendieron considerablemente. Esa relativa calma, durante el trienio de Jorge Cárdenas González, permitió que las inversiones llegaran a Matamoros y por ende se crearan nuevas fuentes de empleo. Pero la culebra del narcotráfico ya reptaba por el noreste del país.

# 27.-Emilio Martínez Manautou; Ciudad Victoria, principios década ochenta

Emilio Martínez Manautou, era un hombre ambicioso y sin escrúpulos. Había llegado al importante cargo, desganado y abúlico, porque lo menos que le interesaba era mejorar la situación de pobreza de sus paisanos. Pero muy decidido a

incrementar su ya de por sí cuantiosa fortuna que había hecho al amparo del poder político desde tres décadas atrás; riqueza que bien se había cuidado de mantener a buen recaudo sacándola ilegal-mente del país, al extremo de que en 1982, junto con la esposa del presidente López Portillo, Carmen Romano; el gobernador de Guanajuato, Enrique Velasco Ibarra; Rodolfo Echeverría Álvarez, hermano del ex presidente Echeverría; el senador Fausto Zapata; y Pablo Aramburuzabala Ocaransa, uno de los principales accionistas de la Cervecería Modelo y de Universal Food Inc., entre otra veintena más de empresarios, banqueros y políticos, se le señaló como uno de los más prominentes sacadólares del país. Escandaloso saqueo que el mismo López Portillo anunció que haría público durante su sexto y último informe de labores (promesa que jamás cumplió). Por lo mismo, cuando sus más íntimos le preguntaban por qué había sacado *su* dinero del país, éste, que acostumbraba viajar a bordo de lujosos vehículos en medio de una caravana de hasta seis automóviles en los que lo seguían sus guardaespaldas, sin rubor, les decía:

-Porque soy político y en mi país todos los políticos tienen sus capitales fuera, para evitar las críticas y las especulaciones del pueblo.

A los sesenta y un años de edad Martínez Manautou llegó al Gobierno de Tamaulipas por orden presidencial, a la fuerza, no porque él lo deseara. Y aunque desde principios de los setenta ya don Juan Nepomuceno era uno de los más visibles traficantes de drogas del noreste del país, principalmente mariguana, durante la administración de Martínez Manautou (1981-1987), el tráfico de la mariguana y la cocaína tuvo un repunte exponencial desde esa entidad, pese a que Tamaulipas era una zona ajena a la producción local de drogas, no así a su trasiego, junto con la fayuca, también ilegal.

Aunque asumió la gubernatura en el declive de su carrera, Martínez Manautou no era un personaje secundario en el contexto político nacional. En las décadas de los sesentas y ochentas, era un influyente y muy conocido político, especialmente entre la clase gobernante del país a la que ingresó treinta años antes, cargándole los portafolios a su

maestro y protector Norberto Treviño Zapata, líder de la Cámara de Diputados en el sexenio del presidente Adolfo Ruiz Cortines. Treviño Zapata primero lo hizo diputado y luego lo recomendó para que ocupara una curul en el Senado, en donde se hizo muy amigo del secretario de Gobernación y a la postre Presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz, quien le consideraba "buen prospecto" para la gubernatura de Tamaulipas. Pero el presidente Adolfo López Mateos se decidió por Praxedis Balboa, pese a que el senador Emilio no dejaba de encender sus veladoras a todos los santos de sus devociones.

Pero el día que su amigo Díaz Ordaz se puso la banda tricolor en el pecho, que lo acreditaba como Primer Magistrado de la Nación, su frustración desapareció, pues éste lo nombró secretario de la Presidencia. En su importante cargo, apenas dos meses después, el ya poderoso Martínez Manautou nombró director de la Oficina Jurídica al licenciado López Portillo, su amigo que se encontraba desempleado y quien, al paso de los años, llegaría a la Presidencia de la República. La figura política de don Emilio creció tanto que, en el quinto año del sexenio de Díaz Ordaz, se le consideraba el candidato más fuerte para sucederle en la Primera Magistratura. Y así también él lo creía, por lo que comenzó a soñar despierto.

Pero el segundo descalabro político llegó cuando su amigo Díaz Ordaz, el Presidente, se inclinó por Luis Echeverría Álvarez. Entre los personajes que apoyaban su candidatura destacaban los ex presidentes Emilio Portes Gil, Lázaro Cárdenas y Adolfo Ruiz Cortines, así como el secretario de Industria y Comercio, Raúl Salinas Lozano, lo mismo que Carlos Hank González, gobernador del estado de México; el general Bonifacio Sainas Leal, ex gobernador de Nuevo León, y Roberto González Barrera, consuegro de Hank González. A excepción del general Lázaro Cárdenas, al resto de estos personajes, años más tarde se les señalaría de mantener vínculos con el entonces incipiente cártel del Golfo. También apoyaban la candidatura presidencial de Martínez Manautou Leopoldo Sánchez Celis, ex gobernador de Sina-loa; Óscar Flores Sánchez, ex gobernador de Chihuahua, futuro

procurador general de la República y protector político del general Raúl Mendiolea Cerecero, quien estaría bajo su mando (de Flores Sánchez) como jefe de la PJF, también de Carlos Aguilar Garza, futuro coordinador de la Operación Cóndor. Todos estos últimos personajes serían señalados de ser los principales protectores de Félix Gallardo.

A tanto llegó el desencanto de Martínez Manautou que, acometido por severas crisis nerviosas, tuvo que viajar a Houston, Texas, para someterse a prolongados tratamientos psiquiátricos. Su frustración fue mayor cuando Echeverría, apenas tomó posesión, lo echó del país. Meses después, sólo por la intervención del hermano del Presidente, el actor Rodolfo (Landa) Echeverría, se le permitió regresar de su exilio, pero con la condición de que no interviniera en política.

Durante los seis años que permaneció en la fría banca, no se preocupó por cuestiones económicas, pues como funcionario público en activo se había cuidado de hacer sus buenos millones de dólares explotando, como acostumbraban la mayoría de los políticos de aquellos tiempos y también muchos de los actuales, sus vastas influencias políticas. El desempleo político obligado terminó cuando su amigo López Portillo asumió el poder y le retribuyó con creces su atención de haberlo sacado del ostracismo político, al nombrarlo secretario de Salubridad y Asistencia, privilegiada posición política desde donde creyó que, ahora sí, podría brincar a la anhelada Presidencia de la República. Pero, precavido, por un si o un no, el secretario Emilio siguió acumulando cuantiosa fortuna a través, por ejemplo, de la Comisión Constructora de Ingeniería Sanitaria, encargada de la edificación de clínicas rurales y hospitales generales, con la que privilegió a constructoras como Roca, S.A, Mabsa, Constructora y Urbanismo, Punto y Prolasa, empresas a las que se ligó, coincidencialmente, su yerno, Raúl Blázquez Coopel; también se relacionó comercialmente con los propietarios de la cadena de farmacias El Fénix; con la familia González Torres, de Tampico, y la empresa Beisa, filial de los laboratorios estadounidenses Shering, entre muchos más.

Su fortuna creció a unos mil millones de dólares, por lo que

para 1984, a través de una de sus empresas extranjeras: Rostuca Holdings, tuvo que contratar los servicios del asesor financiero cubano-estadounidense Roberto Polo, director de la compañía de inversiones llamada Private Asset Management Ltd. para que la manejara e incrementara, invirtiendo en pinturas, joyas y bienes inmobiliarios en el extranjero. Roberto Polo, era un joven que en esos años se le consideraba como uno de los más importantes y célebres asesores en la compra de arte en el mundo. Por años, manejó los miles de millones de dólares que una veintena de políticos y empresarios mexicanos sacaron subrepticiamente del país, entre ellos, además de los ya citados, el ex regente de la ciudad de México y ex gobernador del estado de México, Hank González, y las familias González Diez y Loyo, también accionistas mayoritarias de la Cervecería Modelo.

Pero en este mundo no hay dicha completa. Con toda esa fortuna hecha al amparo del poder político, el multimillonario tamauli-peco tampoco esa vez pudo llegar a la Presidencia de la República. En marzo de 1980, López Portillo, sutilmente, lo desengañó. Le hizo una pregunta que, como buen entendedor, el ambicioso secretario de Salubridad de inmediato captó como un rotundo "tú no vas a ser mi sucesor". Le dijo:

-Emilio, ¿te gustaría irte a gobernar Tamaulipas, tu estado?

-Señor Presidente, agradezco la deferencia, pero prefiero permanecer en Salubridad hasta el fin del sexenio-contestó con respeto, pero decisión, el de nuevo frustrado político.

A partir de entonces, el antes diligente secretario de Salubridad, ahora ni siquiera recibía a la gente, ahora poco hablaba con sus subordinados y cuando lo hacía, su voz sonaba pastosa, indiferente. No quería saber nada de nadie ni de nada. Y para evitar cualquier contacto con sus congéneres de la clase gobernante que a sus espaldas cuchicheaba su segundo fracaso político, encargó que todos los asuntos de su importante cartera política fueran manejados por su secretaria Lourdes Argüelles, hermana de María Elena, la esposa-en segundas nupcias-de su amigo el gobernador de Guanajuato, Velasco Ibarra, el mismo que también, al igual que él, sería acusado de sacadólares. Dos meses después, el Presidente le hizo la misma pregunta y el

multimillonario le dio la misma respuesta. El malogrado hombre no quería saber nada de Tamaulipas, mucho menos de sus paisanos. Pero su consejero y amigo, y además vocero del Presidente, Francisco Galindo Ochoa, que era un político ampliamente conocedor de los entretelones de la política, muy serio y preocupado le advirtió:

-Mira, doctor, van dos veces que el Presidente te pide vayas a gobernar tu estado. Entiéndelo, ya no es una invitación del amigo, sino una orden del señor Presidente. Si no aceptas, adiós a Salubridad y quién sabe qué podría suceder contigo.

El doctor, como ya se dijo, era un hombre que entendía los mensajes soterrados, por lo que, aunque con desgano y un gran desprecio hacia los problemas de sus paisanos, el domingo 8 de junio de 1980, en Matamoros, aceptó la precandidatura oficial del PRI.

Pero como tampoco los tamaulipecos le querían, entre ellos el poderoso e influyente líder petrolero, Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, durante su gris campaña electoral le hicieron el vacío. Desprecio que le obligó a negociar con el dirigente petrolero, sobre la base de imponerle candidaturas y privilegios, sólo así le apoyó. En cuanto tomó posesión, de nueva cuenta prácticamente delegó sus responsabilidades a su no menos ambiciosa secretaria Lourdes Argüelles, quien al paso del tiempo se vería implicada en la venta de candidaturas a alcaldías. Era Lourdes, pues, la funcionaria más poderosa del equipo del indolente y frustrado doctor Emilio. *La Quina* y don Juan Nepomuceno también supieron aprovechar la corrupción imperante en el gobierno estatal. Durante los seis años de su gobierno, Hernández Galicia hizo y deshizo a su antojo y se benefició en el sur de la entidad, tanto que se le consideraba como “el Gobernador del Sur”; don Juan, por su parte, le impuso como tesorero al contador Jaime Villarreal Elizondo, un individuo que trabajaría con su sobrino Juan como uno de sus intermediarios con los traficantes colombianos.

Mientras todo esto sucedía, el gobernador a la fuerza, en su despacho, como hombre de gustos refinados y de gran mundo, se dedicaba a beber martinis secos o, en no pocas ocasiones, champaña Tattinger blanc du blanc que, según los

conocedores, en aquellos tiempos se cotizaba en mil doscientos dólares la botella. Y cuando se aburría de las miserias y exigencias de sus paisanos, solo o acompañado de sus cuatro hijos: Leticia, Georgina, Luis Gerardo y Sergio, y su esposa Leticia Cárdenas Montemayor-que había heredado una gran fortuna, como las más de cuarenta mil hectáreas que conforman el rancho El Mezquite, con más de diez mil cabezas de ganado-, viajaba a Nueva York para ajuararse en las prestigiadas y exclusivas tiendas Tiffany, Cartier, Dunhill Tailors; o comer en el Twentyone Club, el famoso restaurante neoyorquino considerado como el santuario de la élite mundial del poder, uno de sus platillos favoritos: cola de langosta australiana, acompañada con chablis francés y flan, coñac y café.

## 28.-Luis Medrano García; Matamoros, Tamaulipas, 1980

Alas cinco de la tarde, un Grand Marquís negro se detuvo lentamente al lado de una deteriorada Van azul aparcada en una colonia proletaria, al este de Matamoros. Lo conducía Valentín Lara, de veintitantos años, de pantalón negro y camisa blanca; cadena de oro al cuello y fino reloj de pulsera. Le decían *El Vale* y era uno de los pandilleros más cercanos a *El Cacho*. En el asiento del copiloto, le acompañaba su compadre Luis Medrano García, un individuo de complexión delgada, de veinticuatro años, rostro moreno y afilado; labios delgados y penetrante mirada. También vestía pantalón negro y camisa color claro. Más que eufóricos, los dos estaban ebrios y querían seguir la parranda.

Seguido de Luis Medrano, *El Vale* se apeó del vehículo, pues “un mexicano no mea solo”. Cuando ambos orinaban a un lado de la Van azul, en plena vía pública, se le ocurrió pasar a una patrulla de la policía municipal, con dos jóvenes uniformados dispuestos a hacer cumplir la ley y el orden. Los

policías fruncieron el ceño al identificar a Valentín. Sabían que sus jefes aparecían en la nómina de Casimiro, el jefe de aquel borracho. Pero como ambos no estaban de acuerdo con esas corruptelas, decidieron hacer cumplir la ley, y hasta creyeron que de esa manera le cobrarían a Casimiro una de las muchas faltas que le debía a la justicia. Así que decidieron ocuparse de aquel par de vagos, a los que habían sorprendido cometiendo "faltas a la moral en la vía pública" que, aunque mínimas, debían castigarse.

Al verse sorprendidos por los dos jóvenes representantes de la autoridad, lejos de amilanarse, con desparpajo y hasta cinismo, los dos ebrios continuaron meando, pero ahora en forma zigzagueante y riendo, como cuando eran chiquillos. Después, se replegaron junto al Grand Marquís que habían mantenido con las puertas abiertas, listos para abordarlo en caso necesario. Allí esperaban a los jóvenes uniformados. Pero cuando éstos intentaron detenerlos y subirlos a la patrulla, se negaron a acatar la orden, y hasta se mofaron de ellos. Ante su negativa y actitud burlona, los uniformados solicitaron refuerzos a través de la radio de la patrulla. En su apoyo, en cuestión de minutos, llegaron otras cuatro unidades policiacas con ocho uniformados más, dispuestos a someter a los dos transgresores de la ley.

-Ocúpense de ellos-ordenó a sus compañeros el uniformado al mando de la operación, apenas descendieron de sus patrullas, cortando cartucho y apuntando con sus viejas armas a los dos rijosos.

Pensaba que amedrentándolos con sus armas largas, los dos pandilleros dócilmente aceptarían subir a las patrullas. A través de la radio, uno de los dos policías había identificado a los ebrios como pandilleros de *El Cacho*, por lo que el uniformado al mando había precisado que sólo se les daría un escarmiento, deteniéndolos y encerrándolos por unas horas en la cárcel municipal.

-Nada de golpes, porque sólo se trata de darles un escarmiento a este par de cabrones-les había precisado a sus subalternos, deseosos de quedar bien con su comandante.

Para los dos ebrios, el sólo hecho que se les intentara

detener por orinar en la calle, había herido su vanidad de pandilleros; pero cuando se les amenazó con armas de fuego, el asunto ya les parecía una falta de respeto a su jerarquía mafiosa. Falta que habría de castigarse. *El Vale,* de manera rápida le indicó a Luis que preparara su arma. Luis dio un gruñido de asentimiento. Entonces, antes de que los uniformados salieran de su asombro y supieran lo que iba a ocurrir, ambos se echaron hacia atrás, sacaron sus respectivas pistolas de grueso calibre y abrieron fuego en contra de los asombrados policías. Conforme los cuerpos recibían los impactos de bala, como fulminados por un rayo, comenzaron a caer con los ojos muy abiertos. La mayoría de los proyectiles se les habían alojado en el pecho, el cuello y la cabeza. Siete de ellos murieron instantáneamente.

Enardecidos por la sangre y el alcohol, los ebrios hubieran rematado a los otros tres agentes del orden heridos,si no se percatan que desde sus ventanas una docena de aterrorizados vecinos miraban la dantesca escena. Trastabillando, subieron al Grand Marquís y se alejaron en dirección a la frontera norteamericana. Aunque los tres policías sobrevivientes no estaban lesionados de gravedad, sus heridas sangraban profusamente, por lo que a su alrededor, prontamente, se formaron grandes charcos de sangre. Cuando minutos después la ambulancia llegó por ellos, ya habían perdido el conocimiento.

Aunque los dos homicidas jamás serían juzgados por el terrible y absurdo asesinato, retrataba, en cambio, la ferocidad de Luis Medrano García, un personaje que tendrá importante participación en esta historia verídica. Mientras tanto, el esclarecimiento de tan alevoso multihomicidio, se perdería en la entrampada burocracia tamaulipeca. Atolladero creado por un buen fajo de billetes.

Luis Medrano García nació en 1956 en la colonia Veinte de Noviembre, en Matamoros, en el seno de una humilde familia. A los veinticuatro años, conservaba una figura esbelta, pero atlética. Sus facciones eran regulares; su moreno y afilado rostro estaba rematado por un delicado, negro y bien delineado bigote que permitía ver unos labios delgados; sus arqueadas

cejas le daba un aire adusto, que su mirada penetrante remarcaba aún más. Ante la falta de recursos y de una orientación paterna, desde adolescente, más que estudiar se dedicó a vagar y cometer pequeños hurtos y desmanes, con otros muchachos de su edad, como Arcadio Pérez González, *El Cayo;* Andrés Arriaga; Leobardo García; Eduardo Coronado Gática; Leoncio Sánchez Magallanes; Epifanio Pérez Solís; Prisciliano García Medrano; Sergio Hernández Longoria, *El Zorro;* Germán y Fernando, *Los Venados;* Alfredo Alatorre Franco; Erasmo y Toto Alanís Govea, *Los Conejos;* Melitón, *El Meli; El Toro;* Adolfo de la Garza, *El Borrado;* Gerardo, *El Nene* y su hermano *El Cali;* Juan Manuel García, *El Quince; La Zorra* y *El Beto toques; El Cacho;* Sergio Gómez Villarreal, *El Checo;* los hermanos Balboa: Javier y Sergio Balboa, *El Checo* Balboa; los hermanos Revisse; *El Quecón* García; José Luis Medrano González, *El Negro* (su primo); José Luis Sosa Mayorga, *El Cabezón;* Óscar Malherbe, *El Compadre,* y José Alonso Pérez de la Rosa, *El Amable.* Muchachos que al paso del tiempo se convertirían en agentes de la policía o peligrosos delincuentes y miembros del cártel del Golfo.

Sus padres, aunque en su vida jamás hicieron cosa alguna reprobable, acabaron por arruinarlo y fueron la causa de su desviación social. Sin que nadie le orientara ni ayudara económicamente, el adolescente Luis se dedicó a vagar por las calles, al robo y a dormir donde le agarrara la noche. Tenía una hermana menor que él: Ninfa, a la que amaba entrañablemente. Para 1980, Luis y sus amigos formaban una de las pandillas más peligrosa del rumbo (la banda de *El Cacho).* Esta pandilla, como ya se dijo, alquilaba sus servicios a don Juan o a cualquier narcotraficante que se lo pidiera. Con armas de alto poder, protegía sus cargamentos, les proporcionaba guardaespaldas y efectuaba tareas de enlace con algunos jefes policiacos o militares que les interesaba contactar a los narcos. Aún muy joven, Luis se había ganado fama de ser muy riguroso con los detalles, inteligente, desconfiado y analítico. Pero, sobre todo, que no se dejaba impresionar por nada ni por nadie. Aunque de explosivo carácter, se decía que tenía un corazón generoso y era un sentimental que gustaba de la

soledad; un hombre que creía en la palabra más que en los papeles.

-Lo que se dice con la boca, se sostiene como hombre-decía.

-María de la Fuente, mi María-decía con pasión y embeleso Luis de aquella hermosa matamorense, a la que desde los dieciocho años amaba y cuyas largas piernas y escultural figura seguía admirando. Con ella había procreado tres hijos y, aun así, todavía su cuerpo le hacía estremecer de lujuria y deseaba como un colegial, como la primera vez que la poseyó. Cuando la llevó por primera vez a la cama, Luis la amó, sintiendo un absoluto silencio a su alrededor. Desde entonces ella se apoderó de él.

María era vanidosa y lo había tenido todo sin el menor esfuerzo. Sus padres, que admiraban su belleza, habían hecho todo lo posible por educarla como sus padres lo habían hecho con ellos. Pero María depositó sus esperanzas de mejor vida en su hermosura.A los quince años se enamoró de Luis, que le llevaba tres años y era un incipiente mafioso siempre dispuesto a gastar grandes cantidades de dinero en sus caprichos y, además, estaba loco por ella. Cuando le conoció, Luis de inmediato la cautivó. Aunque ella sabía que él era casado con la joven Leticia Moreno, le juró amor eterno. A los pocos meses, María quedó embarazada, y le encantaba la idea de tener otro hijo de ese hombre que, aunque joven, le satisfacía sexualmente y todos sus caprichos, por muy caros que éstos fueran, le adoraba y que temido por los hombres, que le envidiaban por tener aquella bellísima mujer.

Luis lo sabía, pero se guardaba de bien ocultar que comprendía que tarde o temprano estaba destinado a perderla. Tal vez por ello, decidió que para impedir que ella se le pudiera escapar, tendrían más hijos. Cuatro, cinco, seis, los que "Dios nos mande". Eso, pensaba, los mantendría unidos por siempre. María, con gusto se embarazó por dos ocasiones más. Conocía los celos de Luis, pero era demasiado joven y vanidosa por lo que, más que pensar en los infantiles celos de su amante, se ocupaba en conservar su belleza.

Aquella tarde, María se disponía bajar al comedor para cenar junto con sus tres pequeños hijos, cuando desde la ventana de su dormitorio vio un automóvil que se estacionaba frente al jardín de su casa y de éste descendieron dos hombres con aspecto de policías. Bajó rápidamente las escaleras para llegar a la puerta de la entrada, segura de que eran enviados de Luis, y no quería que hablaran con su padre o su madre que en esa ocasión le visitaban. Sus padres sabían de Luis y no se avergonzaban de sus actividades, pues al fin y al cabo era el padre de sus tres nietos; lo que ocurría era que últimamente le habían insistido en que regularizara su situación con Luis, y ella sabía que eso era imposible, porque era un hombre casado.

Cuando abrió la pesada puerta de madera, se encontró frente a los dos hombres antes de que tocaran el timbre. Después de saludarla, uno de ellos le mostró una placa metálica y le dijo:

-Somos agentes de la Policía Judicial del estado. ¿Es usted la señora María de la Fuente?

Al obtener respuesta afirmativa, el policía prosiguió:

-¿Podemos pasar? Queremos hablar con usted de Luis Medrano García. Sólo le haremos unas cuantas preguntas y nos iremos.

María se hizo a un lado para permitirles la entrada, y los condujo a la sala. María se sentó en la silla que regularmente ocupaba Luis, mientras los visitantes lo hacían a su lado. Fue el detective que no había hablado quien inició las preguntas:

-Señora María, ¿ha venido en los últimos días el señor Luis Medrano?

María se puso en guardia. Por la mañana había escuchado en la radio la noticia del asesinato de siete policías preventivos. Los locutores decían que en el múltiple asesinato podrían estar involucrados hombres dedicados al tráfico de drogas.

-No. La última vez que lo vi fue hace una semana. Vino a ver a los niños.

El otro policía, en tono áspero, le dijo:

-Ya lo sabemos, señora. ¿Le ha visto o sabido de él desde entonces?

-No.

-Bien-dijo en el mismo tono el agente-. Si sabe algo, le

conviene decirlo. Es muy importante hablar con él. Señora, si viene a visitarla y no nos lo informa, puede meterse en problemas. Si le ayuda, tendrá problemas con la policía, ¿entendió?

-¿Y por qué no habré de ayudarle? Es el padre de mis hijos, es mi marido.

Fue el policía que llevaba la voz cantante quien le advirtió:

-Mire, señora. Si usted le ayuda, se hará cómplice de un múltiple asesinato. Buscamos al padre de sus hijos, porque junto con otro delincuente ayer asesinó a siete policías.

Aún conociendo el carácter irascible de Luis, María no le creía capaz de cometer tan horrenda matazón, por lo que no dudó para decirlo a los dos policías que le miraban muy serios, amenazantes:

-Luis no pudo haber hecho eso. Claro que es enojón, pero de ahí a matar a alguien, imposible. Luis es la persona más amable y tranquila que yo haya conocido. Bueno, ni siquiera sabe decir mentiras.

El mismo policía le preguntó, sin alterar su timbre de voz:

-Sabemos que es el padre de sus hijos. ¿Desde cuánto tiempo le conoce?

-Más de seis años.

María se sorprendió al observar que los dos robustos hombres sonreían.

-Mire, señora, creo que durante todo ese tiempo usted ya debería de saber a qué se dedica el padre de sus hijos, y que no tolera siquiera una broma. Ayer mató a unos policías que sólo le habían llamado la atención por estar orinando en la calle.

-Yo no lo creo-dijo fríamente María. Sin embargo, pensó que podría ser cierto, por el irascible carácter de Luis. Ella misma había comprobado que una vez enojado, Luis podría llegar a extremos insospechados.

-Si sabe algo ¿nos lo dirá?-preguntó uno de los agentes.

María negó firmemente con la cabeza gacha. Por lo que el otro policía, rudamente, advirtió:

-No todo mundo sabe que el padre de sus hijos es traficante de drogas. Si damos esta información a los periodistas, toda su familia, incluidos sus padres, se sentirán avergonzados, ¿no lo

cree, señora? Se sabrá que usted es la amante, no la esposa, de un narcotraficante.

María le miró con sus ojos agrandados por la sorpresa. Pero repuesta, se levantó, caminó hasta la entrada principal, abrió la puerta y en tono firme espetó a los dos detectives que le observaban:

-Por favor hagan el favor de retirarse, ya no son bien recibidos en esta casa.

Tres días después, María bajó de su lujoso automóvil frente al parque a donde le había citado Elías García, *El Profe*, primo hermano de Luis, quien le había telefoneado para concertar el encuentro.

Al llegar, María vio a un par de hombres dando vueltas por el jardín. Había asistido un tanto decepcionada, pues sabía que el amable pero hermético Elías nada le diría. Apenas se saludaron, preguntó a Elías:

-Sabe usted dónde está Luis? ¿Sabe dónde puedo encontrarle o hablar con él?

-Luis está bien, pero no sabemos dónde encontrarle. Cuando se enteró de que habían asesinado a los policías con los que antes había tenido una discusión, tuvo miedo de que lo acusaran. Por eso decidió desaparecer. Me dijo que volvería pronto.

María sabía que todo aquello era falso, y Elías no era muy bueno para mentir.

-¿Es cierto que los policías querían detenerlo por orinar en la calle?

-Sí. Pero tú conoces a mi primo, jamás haría una cosa así. Yo estoy convencido de que él nada tuvo que ver con ese asunto.

*El Profe* se metió la mano por debajo de su chaqueta y sacó un abultado sobre con gruesos fajos de billetes de cien dólares y se lo extendió a María.

-Antes de irse, mi primo me pidió que te entregara este dinero, para que nada te falte ni a ti ni a los niños, mientras él regresa o puede hablar por teléfono contigo.

María, con un gesto, dijo que no.

-¿Por qué no tienes paciencia? Estoy seguro de que Luis no tardará en hablarte, y decirte dónde se pueden encontrar.

María tomó el abultado sobre, se despidió del profesor Elías y abordó su lujoso vehículo. Mientras conducía de regreso a su residencia, observó que a bordo de otro auto los dos hombres que antes había visto en el parque, le seguían a cierta distancia. No supo si eran policías que le seguían, o gente de Luis, que le vigilaban.

## 29.-José Alonso Pérez de la Rosa; Matamoros, Tamaulipas, 1981

El hogar de José Alonso Pérez de la Rosa era como el de todos los policías que no han caído en la corrupción: modesto. Era un reducido departamento carente del calor y la mano femenina. Era su día de descanso y por lo tanto seguía en la cama, aún cuando la mañana ya estaba avanzada. Estaba relajado como no lo había hecho desde que su segunda esposa, Consuelo Ramos, le abandonó, casi dos años atrás, como antes lo hizo María Garrido, su primera compañera. Lo habían dejado por muchos motivos, principalmente por ser ojo alegre con las mujeres y su permanente necesidad de dinero.

Se había casado cuando las novias eran todavía muy jóvenes y él un policía de la DFS. Las dos ex esposas procedían de familias conservadoras. Cuando casó, en ambos matrimonios, José Alonso estaba perdidamente enamorado de la novia, y de su belleza. En su respectivo momento, durante los primeros meses, cada una de aquellas mujeres se habían sentido fascinadas y protegidas de su marido, quien aunque no era de complexión robusta, se hacía respetar y temer, por la forma como llevaba a cabo su deber de policía.

Hijo de José Pérez Martínez y Rosa María de la Rosa Muñoz, de pequeño José Alonso había jugado con otros niños que al paso de los años se convertirían en mafiosos o policías,

como él. Aún niño, por cuestiones de trabajo de su padre que era un reconocido mecánico, la familia dejó Matamoros y emigró al Distrito Federal, a donde permaneció hasta que José Alonso se hizo adolescente y un apuesto jovenzuelo. La familia Pérez de la Rosa regresó a Matamoros en los primeros meses de 1974, poco después de que falleció doña Rosa María, en noviembre de 1973. Aunque había cometido algunas travesuras propias de su edad, tanto en el DF como en Matamoros, José Alonso fue educado correctamente. A principios de los ochenta, a la edad de veinticuatro años, ingresó a la DFS, a donde pronto se convirtió en uno de los agentes más temidos en Matamoros, su ciudad natal que conocía palmo a palmo y a la que había sido comisionado. Pese a su fama de intolerante con los pandilleros y los vagos, se le reconocía como hombre leal al que la DFS no le había dado la oportunidad de ganarse decorosamente la vida, como lo había hecho con muchos otros policías que no valían tanto como aquel joven de trato amable y cordial, pero temido y respetado. Si golpeaba a unos cuantos vagos, era porque se lo merecían.

Cierto día, en la colonia donde vivía Sergio, *El Checo* Balboa, uno de los hombres más violentos y brutales de la banda de Casimiro, José Alonso saltó de su auto patrulla al identificar a tres pandilleros del temible grupo. Su compañero, que bien conocía aquella fobia, permaneció en el interior del vehículo, prefiriendo no intervenir. Los tres jóvenes, de entre los veinte y veinticinco años, habían baleado la casa de su novia en turno, por un pleito sin importancia con el padre de la mujer. También habían estado molestando a la chica cuando pasaba, haciéndole gestos obscenos y amenazándola.

José Alonso los detuvo y obligó ponerse de cara a la pared. Cuando se enojaba, sus regularmente amables facciones se tornaban amenazadoras, y esto, combinado con su fama de intolerante, la mayoría de las veces bastaba para que los pandilleros huyeran. Les preguntó su nombre. Después de desarmar a los dos primeros, les ordenó que treparan al auto patrulla, no sin antes advertirles:

-Se van a chingar un rato en la cárcel. Pero si vuelves a molestar a la chamaca, la van a pasar mal.

A una señal suya, su compañero abrió la portezuela trasera de la patrulla a los dos primeros pandilleros que, aunque protestando y asegurando que “es una arbitrariedad”, subieron y se acomodaban en el asiento posterior.

Pero el tercero se negó a acatar la orden. Le miró retadoramente y no se movió. José Alonso le miró fijamente y le preguntó:

-Conque te crees muy chingoncito por ser amigo de Balboa, ¿verdad?

El pandillero, sin dejar de verlo con desdén, no dijo nada. Luego hizo una mueca burlona y lanzó un escupitajo al piso, muy cerca de los pies del policía.

Aquello, fue suficiente para que José Alonso le diera un tremendo puñetazo entre los ojos y la nariz. El sorprendido pandillero cayó de espaldas. Profiriendo con dificultad algunas palabrotas, como pudo se puso de rodillas con la cabeza gacha y chorreando sangre. El golpe le había abierto el lomo de la nariz y tal vez desviado el tabique. Entonces, con aspereza, el policía le dijo:

-Tú y Balboa no son más que un par de abusivos. ¡Levántate!

Lo tomó de uno de sus brazos y casi a vilo lo metió al auto patrulla. Ante el silencio de su compañero y los dos pandilleros, abordó el vehículo, se puso frente al volante y se dirigió a la casa de Balboa, a unas cuantas calles más adelante. En cuanto Balboa acudió al llamado en la puerta, José Alonso no perdió el tiempo en explicaciones. Con un fuerte jalón le obligó a subir a la patrulla, donde esperaban sus tres compinches. Minutos después, los cuatro estaban atrás de las rejas de las celdas de la DFS.

Luego de encerrarlos, José Alonso informó a su comandante Aguillón López los motivos de la detención. Para su decepción, Aguillón López le ordenó que olvidara el asunto, pues no era para tanto; además le advirtió que la gente de *El Cacho* trabajaba para don Juan y *El Cacho* era compadre de Rodolfo Larrazolo Rubio, el jefe de la Aduana. Cuando Casimiro se enteró de la detención, primero lanzó bravatas en contra del agente y hasta amenazó con matarlo él mismo. Después se dijo

que no valía la pena enemistarse con sus amigos de la DFS, pues el policía sólo cumplía con su deber. Creyó que pagando la fianza y repartiendo unos cuantos pesos aquí y allá, podría liberar a sus cuatro hombres. Para tales maniobras, envió a otro de sus hombres: *El Quecón* García, quien sin ser policía portaba una credencial que lo acreditaba como agente de la DFS, "compañero" de José Alonso. Pero *El Quecón* cometió la tontería de tratar de intimidar a José Alonso, advirtiéndole que "Casimiro estaba muy enojado" y que no olvidara que él mandaba en Tamaulipas, tanto que hasta don Juan le respetaba.

*El Quecón*, en realidad, no había dicho nada extraordinario o amenazador, lo que sucedió fue que el pandillero, que era tan matón como el que más de la banda, no sabía expresarse, y era muy torpe al intentar hacerlo. Pero José Alonso no iba permitir que aquel individuo, que se ostentaba como agente de la DFS, sin serlo, le hablara de aquella manera, mucho menos en su oficina. De tal manera que, desoyendo la orden del comandante Aguillón López, sin más, ásperamente le dijo:

-¡Que se vaya a chingar a su madre *El Cacho*, y tú junto con él! ¡Aquí no hay más señor que yo!

José Alonso se hubiera echado encima del torpe individuo, si éste no hubiera abandonado rápidamente el lugar, al escuchar tan áspera e inesperada respuesta.

# SEGUNDA PARTE

(Centro y Sudamérica; décadas 1970-1980)

# CAPITULO II

# Juan Ramón Matta Ballesteros;

# República de Honduras

La captura y encarcelamiento del cubano Alberto Sicilia Falcón fue como un puñetazo en pleno rostro para el hondureño Ramón Matta Ballesteros. Era el puente entre el cubano Sicilia y los traficantes de Colombia, Perú y Bolivia. Gracias a su intermediación, el negocio de la cocaína había llegado exitosamente a las manos de los traficantes mexicanos.

Por sus amplios conocimientos sobre el negocio y su cercanía con los colombianos, Matta Ballesteros era el hombre con quien deseaban hacer negocio todos los narcotraficantes: cumplidor, leal, y siempre al servicio de su socio en turno. Nació el 12 de enero de 1945 en el barrio La Hoya, en Tegucigalpa, capital de Honduras. Tenía treinta y dos años y radicaba en México, lo mismo que en Colombia y Estados Unidos. Era de estatura regular y delgado, tenía cara angulosa, de huesos recios, coronada por una espesa mata de cabello negro y, si bien físicamente no era muy agraciado, era un tipo con el que soñaban las mujeres, por las grandes cantidades de dinero que manejaba. Era el segundo de cuatro hermanos. Desde muy niño ocultó su timidez con ampulosos ademanes y carácter violento. Por la estrechez económica de su familia, desde chamaco tuvo contacto con el hampa y se dedicó a cambiar maíz y frijol por aguardiente elaborado clandestinamente; ya adolescente comenzó a traficar esmeraldas. Aunque no poseía el raro magnetismo natural de

los líderes, era dueño de una vivacidad aguzada, tenía valor y se mostraba siempre generoso con todo mundo, pero rencoroso con sus enemigos. Desde muy temprana edad había buscado salir de la pobreza, al precio que fuera. Así que, a principios de los sesenta, partió a México y después a los Estados Unidos en busca de mejores derroteros, a donde conoció a Sicilia Falcón y a Félix Gallardo, que en aquellos tiempos trabajaba para el duranguense, Avilés, y con el que de inmediato empató.

La incursión de Matta Ballesteros en el tráfico de drogas a gran escala, había sido muy similar a la de su socio Sicilia: su cercanía con la CIA y el apoyo que ésta brindaba a los grupos paramilitares o Contras que luchaban en Latinoamérica para derrocar a los gobiernos no gratos a Washington. Se inició a mediados de la década de los sesenta, pero ganó notoriedad cuando se le relacionó a un doble asesinato cometido en Honduras, su país natal. Desde el principio de sus operaciones ilícitas hábilmente compró la complicidad de los altos mandos de las Fuerzas Armadas que gobernaban el país desde 1963.

Hasta antes del doble homicidio, la mayoría de los hondureños ignoraba la existencia del narcotráfico en su país. El 3 de diciembre de 1977 fueron secuestrados y asesinados los esposos Mario y Mary Ferrari, quienes estaban vinculados al tráfico de cocaína, armas y esmeraldas con Mata Ballesteros, que para entonces radicaba en Colombia. El secuestro y asesinato tuvo gran publicidad y reveló que los traficantes colombianos tenían eslabones en Honduras. Y lo más importante, que los mandos máximos de las Fuerzas Armadas y de los organismos de inteligencia de Honduras, eran sobornados y utilizados por el hasta entonces desconocido Mata Ballesteros.

Como primeros involucrados salieron a la luz los nombres de los agentes de la inteligencia militar y los oficiales en servicio activo: coronel Leónidas Torres Arias, encargado de inteligencia del Estado Mayor Militar; coronel Ramón Reyes Sánchez, director de la Penitenciaría Central; el teniente coronel Juan Ángel Barahona, jefe de la Interpol; el coronel Armando Calidonio, de la Dirección Nacional de Investigación (DIN); el capitán Carlos Coello; y Alex Emilio Oliva,

administrativo del diario *El Día*, a quien se le atribuyó la contratación de los secuestradores y la posterior ejecución de los Ferrari.

En medio del escándalo, los hondureños se enteraron que por órdenes de Matta Ballesteros los Ferrari debían ser secuestrados y llevados a Colombia, para que ante él respondieran por algunos trabajos no autorizados relacionados con los narcóticos, armas y esmeraldas. Deberían ser trasladados a bordo de una avioneta operada por el piloto Asdrúbal, *Respirito*, Rojas Fasquelle. Pero algo falló en el plan original y Matta Ballesteros se regresó a Colombia una vez que los Ferrari fueron asesinados.

Los cuerpos de los esposos serían encontrados bajo toneladas de cal en un pozo artesiano el 15 de junio de 1978, en la finca San Jorge, en la populosa colonia capitalina Cerro Grande. Su hallazgo se produjo seis meses después de haber desaparecido, y se convirtió en uno de los mayores escándalos que afrontó el régimen militar del general Juan Alberto Melgar Castro. Hasta antes de su muerte, el matrimonio aparecía como de respetables comerciantes al frente de un centro cervecero que operaba en una propiedad que les rentaba el director de la Penitenciaría Central, Reyes Sánchez, con quien los vinculaba una estrecha amistad. Tras de su asesinato se supo que en realidad trabajaban bajo el mando de Matta Ballesteros.

Honduras es una pequeña nación que se encuentra ubicada en el corazón de América Central, con una extensión territorial de ciento doce mil cuatrocientos noventa y dos kilómetros cuadrados, lo que la hace un punto estratégico para las actividades del narcotráfico, al compartir sus fronteras con Guatemala, Nicaragua y El Salvador, además de una amplia costa en el Mar Caribe. Para esos años, más del ochenta por ciento de sus casi seis millones de habitantes vivían en la pobreza, por el drástico ajuste estructural económico impuesto por el gobierno militar, que devaluó su moneda, el Lempira, y aumentó los impuestos y las tarifas básicas de agua, energía y teléfono.

Presionados por el escándalo, los militares tuvieron que reconocer que desde hacía un tiempo Honduras había sido colocado en el primer plano en el tráfico internacional de drogas. El 9 de marzo de 1978, en conferencia de prensa, el jefe de las Fuerzas Armadas de Honduras, general Policarpo Paz García, sostuvo que los Ferrari no eran simples traficantes, sino miembros de una organización que manejaba dos o tres mil millones de dólares y que su asesinato obedecía a un ajuste de cuentas para proteger ese gigantesco negocio ilícito. Por voz del militar, que meses después derrocaría al régimen en un golpe castrista, los hondureños se enteraron que había varios laboratorios en el país, pero hasta el momento no se había localizado ninguno; y que la droga procedía de Colombia.

Cuando días después comenzaron a revelarse los nombres de los implicados, los hondureños nunca hubieran podido suponer ni imaginar que quienes los gobernaran estuvieran tan embarrados. Se enteraron que el teniente coronel Juan Ángel Barahona, jefe de la Interpol, había recibido dinero para permitir la salida de Matta Ballesteros rumbo a Colombia, después de cometido el doble asesinato. Barahona, negó las acusaciones y comenzó a soltar fragmentos de una historia que jamás se conoció claramente.

-En el doble crimen, hay gente de muchas estrellas-dijo el jefe de la Interpol, en clara alusión a los oficiales de alto rango de las Fuerzas Armadas. Después sostuvo que el general Policarpo Paz García tenía en su poder grabaciones y documentos que probaban la implicación de los oficiales en el narcotráfico.

Ante las explosivas declaraciones, el general Paz García se comprometió a que la Comisión de Alto Nivel nombrada para esclarecer el paradero de los Ferrari investigaría el caso. Sin embargo los nombres de los altos mandos implicados nunca salieron a la luz pública.

Encontrados los cuerpos de los Ferrari, dicha Comisión sólo implicó en el asesinato al sargento militar Dimas Reyes y Raúl Matta, del Departamento de Investigación Nacional o policía secreta, y liberó de culpa o sospecha a cualquier otro uniformado. Reyes estaba asignado a inteligencia militar,

donde fue planificada la muerte de los Ferrari. Raúl Matta, que realizó el servicio militar en el ejército estadounidense del que fue expulsado por utilizar el uniforme para asaltar tiendas, fue deportado de México por estar vinculado a las drogas. El 26 de junio de 1978, en cadena nacional de radio y televisión, las Fuerzas Armadas indicaron que ninguno de sus oficiales estaba involucrado en el doble crimen, ni en el tráfico de drogas.

A Matta Ballesteros, que por entonces andaba en México formalizando una alianza con Félix Gallardo, tras la captura de Sicilia y el posterior asesinato de Avilés, se le señaló de ser el autor intelectual del asesinato del matrimonio Ferrari. Acusación de la que "voluntariamente" respondería hasta nueve años más tarde, el 31 de marzo de 1986, y por las que sólo estaría ocho meses en la Penitenciaría Central de Tegucigalpa después de ser liberado provisionalmente, y tras de haberse fugado de una prisión de alta seguridad de Colombia, a donde había sido capturado a petición del gobierno de Estados Unidos quien lo acusaba de haber participado en la muerte del agente de la DEA, Enrique Camarena Salazar, ocurrida en México en febrero de 1985.

Durante su corta libertad, Matta Ballesteros intentó ganarse la imagen del ciudadano que se preocupa por su país, de generoso filántropo y benefactor de los pobres. Incluso, a través de diversos funcionarios del gobierno hondureño, ofreció al presidente José Azcona Hoyo pagar la deuda externa de Honduras, lo que no aceptó el mandatario. Ante su negativa, Juan Ramón amplió sus inversiones empresariales en la agricultura y la industria del ganado, tabaco, madera, urbanizaciones, aviación comercial y otras operaciones. En su residencia realizaba actividades sociales con la participación de empresarios, políticos y personalidades de la vida social del país. Estimulaba a sus cientos de trabajadores con jugosos salarios y a la gente más necesitada la apoyaba con granos básicos. Después de todo esto, en efecto, alcanzó fama de filántropo y benefactor de los pobres.

Pero toda aquella suavidad y preocupación por su país y su gente, era superficial, porque en realidad seguía siendo el mismo peligroso delincuente. Apenas logró fugarse de la

prisión de máxima seguridad de Colombia, en 1987, ordenó el asesinato de toda una familia, la del narcotraficante colombiano Frank Gutiérrez. El asunto fue así:

Encarcelado el hondureño, Frank Gutiérrez y los hermanos Os-pina Baraya le advirtieron a la señora Nancy, esposa de Matta, sobre supuestos peligros de expropiación de sus propiedades (en Colombia) en caso de que su marido fuera extraditado a su país de origen, Honduras, y propusieron comprarle varias de sus fincas. Ella aceptó, y se las pagaron a precios ínfimos. Cuando Matta Ballesteros escapó de la prisión de Bogotá y se enteró cómo Gutiérrez y los Ospina Bara-ya se habían aprovechado de la ingenuidad de su esposa. Los llamó y fijó un plazo perentorio para que le pagaran debidamente o le devolvieran las propiedades. Para demostrar que hablaba en serio, mandó asesinar, uno a uno, a los familiares de Gutiérrez. Como no diera resultado la estrategia, mató al propio Gutiérrez. La ejecución la realizó un comando de hombres que portaban uniformes policiacos, en la clínica El Rosario de Medellín, donde Gutiérrez se recuperaba de un atentado anterior. Aterrorizada, la esposa de Gutiérrez solicitó la protección de un ex comandante de la Policía de Antioquía para huir a Bogotá. Los cuerpos de ambos aparecieron baleados e incinerados en febrero de 1987, en una vía a la salida de Bogotá.

En junio, el hondureño propuso una reunión con los Ospina Bara-ya, Javier y Rodolfo, en la que estuvieron presentes Bertha Hernández de Ospina Pérez, el tío de aquellos, Fernando Ospina Hernández y su hija Bertha Olga Ospina Duque, cónsul de Colombia en Boston. Cuando les repitió la única forma de arreglo, salieron a relucir las armas. Y aunque se armó una balacera, nadie resultó muerto. El tiroteo concluyó con una sentencia del hondureño.

-Cumplan sus tratos, o morirán.

La balacera se generó cuando Javier y Rodolfo argumentaron que no tenían dinero. Ignoraban que Matta Ballesteros estaba enterado que Rodolfo recién había comprado en un millón doscientos mil pesos una finca en el municipio de Santa Bárbara. Luego de la advertencia, los Ospina Baraya

abandonaron el país.
En su afán de desenmascarar a los militares narcos y de esa manera limpiar la deteriorada imagen de las Fuerzas Armadas, el régimen del general Juan Alberto Melgar Castro caería semanas después en un golpe de Estado asestado por el general Paz García, quien gobernaría al país de 1978 hasta 1982, a pesar de que los rumores populares le señalaban de tener nexos con la corrupción y Matta Ballesteros, que en Honduras había sembrado la semilla del narcotráfico, cuyas consecuencias políticas y sociales años después se apreciaría más nítidamente.

A principios de la década de los ochenta, el tráfico de drogas y de armas se incrementaron en Honduras con el padrinazgo de la CIA, dentro del marco de la operación Irán-Contras, y como parte de la guerra de baja intensidad entre el bloque comunista encabezado por la entonces Unión Soviética y los Estados Unidos, con sus aliados anticomunistas. El escenario fue Centroamérica, donde realizó una sangrienta confrontación.

Esta operación de la guerra fría involucró a los cárteles de la droga colombianos y mexicanos como aliados coyunturales del gobierno de Estados Unidos, con destacada actuación de Mata Ballesteros. La alianza permitió a los cárteles traficar con mínimo riesgo droga para México, Estados Unidos y Europa. A cambio, los narcotraficantes transportaban armas y otros servicios a las tropas anticomunistas radicadas en Honduras, las que operaban militarmente en contra del Frente Sandinista en Nicaragua.

Los cárteles inundaron de cocaína y crack las principales ciudades de Estados Unidos. La DEA, en protesta por la acción de la CIA, cerró sus oficinas en Tegucigalpa y San Salvador. A mediados de los ochenta el panorama regional comenzó a cambiar, siguiendo los Acuerdos de Contadora y Esquipulas en la búsqueda de la paz en Centroaméri-ca y la extinción de la guerra fría. En los Estados Unidos el escándalo Irán-Contras hizo que se rompiera la alianza CIA-narcos y la DEA.

# 2.-Los colombianos

En Latinoamérica, el narcotráfico se inició en los años sesenta con la aparición de la mariguana en Perú, México, Bolivia y Colombia. Droga que pronto invadió los mercados norteamericanos, y diversos sectores de las sociedades latinas iniciaron su consumo. En los setenta, los colombianos comenzaron a traficar la cocaína producida en Bolivia, Perú y Colombia. Una década después incorporan la heroína, producida en Colombia, y se hace evidente su enriquecimiento desproporcionado por las grandes ganancias que esas operaciones les generan.

En esas dos décadas, en Colombia operaban una veintena de pandillas que vivían del tráfico de drogas y esmeraldas, del secuestro y el asesinato. De esos grupos surgieron hombres y mujeres que detonaron el negocio del narcotráfico en varios países del mundo, entre ellos Perú, Bolivia, Colombia, México y Estados Unidos. La mayoría eran colombianos, todos empedernidos delincuentes como Pablo Escobar Gaviria y los hermanos Miguel Ángel y Gilberto Rodríguez Orejuela, fundadores de lo que se conocerían como los cárteles de Medellín y Cali.

Los iniciadores del narcotráfico en Colombia, que sentaron las bases de los dos temibles grupos, pertenecieron a las pandillas que operaban en las ciudades colombianas de Medellín, Cali, Bogotá, Valle del Cauca, Cundinamarca, Armenia, Leticia, Pereira, y en la Costa Atlántica, principalmente. En Cali, destacaron: Benjamín Herrera Zuleta, *El Papa negro de la cocaína;* los hermanos Rodríguez Orejuela: Miguel Ángel y Gilberto José, *El Ajedrecista;* y José Santacruz Londoño, *El Estudiante.* Todos eran miembros de la pandilla conocida como *Los Chemas.*

De Medellín, destacaron: Alfredo Gómez López, *El Padrino;* Pablo Escobar Gaviria, Fabio Restrepo Ochoa y su hijo Jorge Luis Ochoa Vásquez; WiIliam Halahy, los hermanos Miguel Ángel, Jaime y Joaquín Builes; Martha María Üpegui de Uribe, Femando Correa Gómez, Darío Moreno, Germán

Arango, Gabriel Jaime Botero, Gregorio Ramírez Henao, Jorge León, *El Mico;* Víctor Rodríguez, María Luz Gaviria, Jaime Cardona Vargas, Jaime Cárdenas, Giovani Bordé y Diego Gómez Delgado. También el clan de los Lopera Vallejo, manejado, entre otros, por Héctor Cárdenas Eusse; Julio César Triviño Peláez, Luis Carlos Correa, Luis Carlos Molina Yepes, Gerson Suá-rez, Joaquín Jorge Solano y Manuel Antonio Caicedo, Hernán Botero Moreno.

En Bogotá: José Ignacio Aguirre Ardila, *El Coronel;* Jaime Cardona Vargas, Ivan Darío Carvalho, Verónica Rivera de Vargas, *La Reina de la coca;* Camilo Zapata Vásquez, Luis Eduardo Guarnizo, Hernando Cristancho Guevara. En Cundinamarca: Gonzalo Rodríguez Gacha, *El Mexicano* y Hernando Cristancho Guevara. En Armenia: Carlos Enrique Lehder Rivas. En Pereira: Martín Elías Piedrahita, y los hermanos Octavio, Orlando, Mario y Javier Alonso Piedrahita.

En Leticia (ciudad erigida en la mitad de la selva, en la frontera con Perú y Brasil): los hermanos Camilo y Wilson Rivera González, familiares de *La Reina de la coca;* los hermanos Barbosa: Francisco y Jaime; y Tomás Cárdenas. En la Costa Atlántica: los clanes de guajiros y barranquilleros, principalmente, encabezados por Emiro de Jesús Mejía Romero, y los hermanos Gómez Van Grieken: Jorge Darío, *Pocholo*, y Lucas. También operaba José Rafael Abello Silva, *El Mono Abello* y Miguel Pinedo Barros.

En la enorme sala había un marcado olor a tabaco y casi un centenar de hombres. Eran los jefes del narcotráfico en Colombia acompañados por uno o dos guardaespaldas. La mayoría se conocían. Hacían negocios juntos.Todos formaban un círculo alrededor de una larga mesa, con el semblante adusto. Sus escoltas permanecían atrás de ellos, atentos a todos sus movimientos y el menor chasquido de sus dedos.

La reunión había sido convocada para realizarse en Bogota, una finca de José Ignacio Aguirre Ardila, *El Coronel.* Pero aunque éste fungía como anfitrión, Alfredo Gómez López, *El Padrino,* era quien la conduciría pues él la había planeado,

como jefe del principal grupo de traficantes de cocaína en Medellín. Por lo tanto estaba a la cabecera de la larga mesa, flanqueado por Jesús Emilio Escobar Hernández y Fabio Restrepo Ochoa, sus socios. *El Padrino* operaba en alianza con los tres hermanos Murcia Fajardo, los principales contrabandistas de esmeraldas de Boyacá con base en Bogotá. Los narcotraficantes habían sido convocados para trazar una estrategia que les permitiera seguir operado su red de distribución en la Unión Americana, debido a que un mes antes, en enero de 1976, en Nueva York habían sido capturados y encarcelados sus principales contactos: Francisco Adriano Armedo Sarmiento, Edgar Restrepo Botero, León Vélez, y los hermanos Libardo y Carmen Gil. La acción de las autoridades norteamericanas, prácticamente había desmembrado al grupo de Medellín. Solucionar tan importante problema, era el único motivo de la reunión.

Los antecedentes de la mayoría de los ahí presentes, eran los clásicos de los traficantes de drogas colombianos de la época. Procedían de familias humildes y en su mayoría desintegradas; siendo aún niños, por pendencieros los habían expulsado de sus respectivas escuelas; ya adolescentes se enrolaron en pandillas que se dedicaban a pequeños hurtos, luego al atraco a mano armada, después al secuestro y al asesinato, y finalmente al contrabando de esmeraldas o cocaína. Las condiciones reinantes en buena parte de Colombia también habían influido para que torcieran el camino. No eran muy diferentes a las prevalecientes en casi todos los países latinoamericanos, donde la mayoría de la gente honrada trabajaba largas y agotadoras horas a cambio de bajos salarios, y siempre viviendo con el Jesús en la boca, por la desesperación de no poder proporcionar alimento y vivienda dignos a sus numerosas familias.

Ya como traficantes de drogas y de esmeraldas, sin embargo, ahora traían los bolsillos repletos de dinero y viajaban en modernos y caros automóviles, y seguían enriqueciéndose sin que nadie los molestara. Cuando algún imprudente osaba atravesarse en su camino, sin miramientos ni escrupulos disponían de su vida. No temían a nada ni a nadie. Por lo tanto, aquel día discutirían y votarían la mejor manera

de continuar con su lucrativo e ilegal negocio en la Unión Americana.

Pero la asamblea tuvo que suspenderse sin haber llegado a ningún acuerdo, cuando a *El Padrino* se le avisó que la Policía colombiana se había enterado de la magna reunión e intentaría una batida para capturarlos a todos y llevarlos ante la justicia. Aunque la finca era inexpugnable, los capos decidieron no arriegarse. La cosa, entonces, estaba clara. Debían huir de inmediato. Así, el racimo de capos y sus guardaespaldas, como pudo pronto, pero sin precipitaciones, abandonó la finca de *El Coronel*. Quedaba pendiente la reestructuración de su red de distribución en los Estados Unidos. Si es que todavía era posible.

-La seguridad de don Jesús Emilio (Escobar Hernández) y don Fabio (Restrepo Ochoa) es mi problema-dijo a su guardaespaldas *El Coronel*, por lo que decidió acompañarles hasta el aeropuerto El Dorado.

No contaba, sin embargo, que un pelotón de la la Policía había recibido la orden de trasladarse hasta el puerto aéreo e impedir que el avión despegara con los capos a bordo. Cuando llegaron los uniformados, la aeronave intentaba despegar con Jesús Emilio y Fabio Restrepo a bordo. Para permitirle el despegue completo, *El Coronel* y su guardaespaldas se enfrascaron a balazos con los policías durante varios minutos, ante el pánico de los cientos de pasajeros que esperaban volar. Durante la refriega cayó muerto el guardaespaldas, finalmente se detuvo a Aguirre Ardila. Restablecido el orden, desde la torre de control se ordenó al piloto del avión que regresara a Bogotá, cuando ya estaba cerca de Medellín. Ya en la capital colombiana, fueron detenidos Escobar Hernández y Restrepo Ochoa.

Pero los tres hermanos Murcia Fajardo no estaban dispuestos a abandonar a sus sus socios. Frente a un comando armado, atacaron el convoy de patrullas que custodiaban el traslado a la cárcel de los dos capos. Más no pudieron liberarlos y, en cambio, ellos también fueron detenidos y

encarcelados junto con sus dos cómplices.

Escobar Hernández y Restrepo Ochoa-que para entonces ya eran considerados verdaderos capos del narcotráfico-, serían liberados un mes después-3 de marzo-por un juez que también ordenó el excarcelamiento de los Murcia Fajardo.

Poco después de estos hechos Héctor, el mayor de los Murcia Fajardo, sería asesinado en Miami, durante un ajuste de cuentas entre los contrabandistas de esmeraldas. Gómez López, *El Padrino,* huyó hacia Cartagena desde donde inútilmente intentó recobrar el control de la red.

El desmembramiento del primer grupo importante de Medellín era cosa decidida. El 15 de junio 1977, en Nueva York, cayó asesinado Luis Carlos Gaviria Ochoa, esposo de Martha Ligia Cardona una de las dos principales *lavadoras* de los ingresos del grupo dirigido por *El Padrino* y Jaime Cardona Vargas. La otra *lavadora* era Griselda Blanco. Cardona Vargas también sería barrido por la Policía. Se le capturó el 14 de octubre de ese año en Cáceres, en el municipio de Caucasia. En la finca donde se le arrestó, las autoridades encontraron más de media tonelada de cocaína. El desmoramiento de esa organización, también provocaría el asesinato en cadena de sus principales operadores y de quienes manejaban sus cuentas en dólares en las casas de cambio de Medellín.

## 3.-Los Rodríguez Orejuela; Cali, Colombia

Benjamín Herrera Zuleta, *El Papa negro de la cocaína*, había tejido una extensa red de distribución de la base de la coca en Cali después de haberse fugado de una prisión de Atlanta, Georgia, a donde se le envió tras de ser capturado y enjuiciado en 1974. Para el refinamiento de la base de la coca procedente de Perú, su organización la introducía a Colombia y posteriormente la envíaba a los Estados Unidos. La suerte de Herrera Zuleta en Colombia, sin embargo, ya había cambiado.

Así lo entendió en junio de 1975 al ser recapturado en Cali, cuando se disponía a enviar un gigantesco cargamento. Nueve meses después logró la libertad y se trasladó a Antioquia, donde con el apoyo de Martha María Upegui de Uribe abrió nuevas rutas para traficar el enervante hacia el territorio estadounidense, pero con base en Argentina.

En Cali, sus herederos fueron los integrantes de la banda *Los Chemas*, como se conocía desde 1970 a la organización de secuestradores conformada por Luis Fernando Tamayo García, los hermanos Gilberto, *El Ajedrecista,* y Miguel Ángel Rodríguez Orejuela; José Santacruz Londoño, *El Estudiante;* José Sabas Calderón Castro, *El Negro,* su mujer Celedonia Rodríguez y su yerno, José Rafael Ruiz Villarreal; Miguel Aguilar; Alberto Villegas Yepes, *El Loco;* Juan Nepomuceno Fernández Domínguez y Edelio Pastrana Montoya. *Los Chemas* secuestraron en Bogotá a los suizos Hermann Buff y Werner José Straessie; al universitario Carlos Eduardo Barón Fernández y al industrial Joaquín Lozada. Por estos secuestros fue detenido Gilberto el 25 de octubre de 1969, pero poco después se le absolvió de todos los cargos, a pesar de que sobre él pesaba la acusación de haber participado en otro plagio registrado en Pasto, Nariño.

Oriundos del municipio de Mariquita, Tolima, los Rodríguez Orejuela vivieron en Belalcázar, popular barrio de Cali, donde eran temidos por su alto grado de peligrosidad. En Pereira se les involucró en la falsificación de dólares, pero el juez que llevó su proceso ordenó la prescripción del caso, al ser amenazado de muerte. Sus primeros pasos en el negocio de las drogas, los dieron transportando a Valle pequeñas cantidades de base de coca procedente del Perú. Combinando esta actividad con los secuestros, pronto se hicieron de recursos suficientes para comprar una avioneta, en la cual comenzaron a transportar mayores cantidades del producto que refinaban en los laboratorios de Nariño, Cauca y Valle. Para septiembre de 1975, el servicio de inteligencia de la Aduana ya los tenía plenamente identificados como narco-traficantes, por lo que dos meses después Gilberto fue capturado con ciento ochenta kilos de pasta de coca en Perú, a bordo de una avioneta.

La droga pertenecía a Tulio Enrique Ayerbe, miembro de una banda de Valle del Cauca. Las iniciales de su nombre, TEA, sirvieron para rastrear a toda la organización. En marzo de 1976, en una operación similar en Perú, se retuvo otra aeronave con pasta. Sus ocupantes dijeron trabajar para Víctor Crespo, que en realidad era Santacruz Londoño, *El Estudiante*, el principal socio de los Rodríguez Orejuela. Santacruz Londoño también utilizaba los alias de *Chepe Santacruz*, *Antonio Velosa*, *Pedro Pomales*, *Ramón Palacios*, *José Ángel Ortiz* y *José Bolívar Valera*.

Para expandir las actividades de la organización, Gilberto encargó a su compañero de infancia, Hernando Giraldo Soto, la apertura de contactos en los Estados Unidos. De esta manera, durante tres años Giraldo Soto conformó una importante red de distribución de cocaína en Nueva York, por cientos de millones de dólares. Sólo de marzo a octubre de 1978 realizó operaciones por cerca de treinta millones de dólares. Cuando fue detectado por las autoridades norteamericanas, Gilberto lo relevó por Santacruz Londoño, quien ya sólo necesitaba colocar el enervante, pues los contactos abiertos por Giraldo Soto estaban en marcha.

Las cosas comenzaron a ir mal para Gilberto desde julio de 1979. Ese mes, en uno de los apartamentos que Giraldo Soto tenía en Queens, Nueva York, las autoridades descubrieron casi dieciséis kilos de cocaína, poco más de un kilo de base de coca y más de cuarenta ametralladoras, pistolas automáticas, revólveres, silenciadores, un manual de demolición, y documentación bancaria que acreditaba diversos depósitos en la cuenta de una empresa fachada inscrita en Panamá, que en realidad sólo era un apartado postal para recibir extractos bancarios, en la que como único socio figuraba Santacruz Londoño. Por esta época, Gilberto y Jorge Luis Ochoa Vásquez eran propietarios de un banco en Panamá, el First Interamericas Bank, mediante el cual canalizaban parte de las ganancias obtenidas en los Estados Unidos. Ambos introducían a Colombia importantes cantidades de dinero con las filiales de los bancos colombianos en ese mismo país, y más de treinta empresas reciclaban el dinero hasta *lavarlo* por completo.

La desgracia para el grupo de Cali llegó cuando fue detenido en Nueva York el japonés Ishido Kawai, uno de sus principales lavadores de dólares y, dueño en Colombia de las joyerías del mismo nombre, a quien se le encontraron en su poder un maletín con casi tres millones de dólares en efectivo. Preso, el oriental proporcionó algunas pistas sobre la estructura de la organización. A los pocos días fue allanado en Alabama el Bar J. Ranch, donde los Rodríguez Orejuela habían construido una pista de aterrizaje para las avionetas que transportaban la cocaína.

A Santacruz Londoño tampoco le fue muy bien. Incluso estuvo a punto de ser capturado. A partir de unas tarjetas de presentación, las autoridades norteamericanas llegaron a una fábrica de puertas de madera que importaba tablones de Colombia, vía Buenaventura. Figuraba como importadora la sociedad The Atlantic Lumber Co., que había alquilado una bodega en Baltimore, Maryland. Cada tablón medía más de tres metros de largo, y diez centímetros de grueso. En su interior se hallaron bolsas con dos kilos veinticinco gramos de cocaína cada una. The Atlantic Lumber figuraba a nombre de Jorge Suárez y Miguel Barbosa, quienes resultaron ser Santacruz Londoño y José Patino, considerado entonces el mayor distribuidor de cocaína en Nueva York.

Las investigaciones condujeron hasta Daniel Ocampo, quien fue capturado a finales de enero de 1980 con trescientos mil dólares en efectivo. Los documentos que se le hallaron, revelaron que sus operaciones ascendían a dos millones de dólares mensuales. También pusieron al descubierto a otros dos colombianos miembros de la organización: Luis Ibargüen y Manuel Vásquez. Santacruz Londoño logró regresar a Cali, y Gilberto tuvo que salir hacia Estados Unidos, para controlar su red de distribución. Miguel Ángel, su hermano, se quedó en Colombia al frente de la organización.

En febrero de 1980, Ocampo cayó al igual que los peces: por la boca. Un mes antes, las autoridades de Estados Unidos interceptaron el teléfono de su habitación del Hotel Waldorf Astoria de Nueva York. Entre las llamadas se encontró la de un Fernando Gutiérrez, quien había alquilado dos habitaciones

contiguas a la de Ocampo. Cuando Ocampo fue arrestado, Gutiérrez inmediatamente dejó el hotel. Pero había dejado registrada su dirección en la Florida, a la que Tulio Enrique Ayerbe había llamado desde su apartamento de Brooklyn. Mediante una fotografía se identificó a José Santacruz, como asiduo visitante de Fernando Gutiérrez. Por otra fotografía, se confirmó que Gutiérrez en realidad era Gilberto Rodríguez Orejuela.

Para entonces también se había localizado otro apartamento de Ayerbe, en Hallendale, Florida, a nombre de Lorgio Zambrano. Su seguimiento permitió la incautación de ciento veinticinco kilos de cocaína, y el descubrimiento de un nuevo contacto: Diego Marulan-da. Se encontraron, asimismo, registros de transacciones de cocaína por casi media tonelada, distribuida en Nueva York, Los Angeles y Miami. Ayerbe fue condenado a doce años de prisión. Gilberto logró abandonar los Estados Unidos, cuando un juez había ordenado su arresto. Todos los operadores de Cali habían sido identificados, pero el grupo seguía operando.

# 4.-Pablo Escobar Gaviria

A los veintisiete años, Pablo Escobar Gaviria era un matón a sueldo que ya había dado innumerables muestras de peligrosidad en su búsqueda del poder. Antes de ingresar a los círculos de los contrabandistas de drogas, era un delincuente conocido y temido en los bajos fondos de Ríonegro, Antioquía, donde nació el 1 de diciembre de 1949. Niño aún, se ganaba la vida lavando coches o ayudando en los mercados y criando vacas. Ya joven, se alquilaba como gatillero de los mafiosos; actividad que combinaba robando autos, comprando y vendiendo objetos robados, el secuestro, el tráfico de mariguana y, finalmente, de cocaína. En 1976 fue detenido con diecinueve kilos de cocaína, aunque su caso fue sobreseído.

Sus inicios como delincuente se dieron como esmeraldero: sacando esmeraldas de terrenos prohibidos. Su carrera criminal

estuvo mezclada por la violencia, la sangre, el paternalismo y la filantropía, pues mientras, por un lado, eliminaba sin piedad a sus competidores, ordenaba asesinatos, estimulaba intrigas o conspiraba contra figuras influyentes de la política o del gobierno, por el otro, regalaba alimentos a los mendigos, erigía casas para las familias pobres de Medellín o construía canchas de fútbol para los niños de los arrabales, lo que le proporcionaba un fuerte apoyo popular en los barrios más miserables de la ciudad.

Empezó con pequeños timos y hurtos, a medida de que fue creciendo se involucró en el robo de autos en Medellín, y poco después en el tráfico de mariguana hacia los Estados Unidos.

Su historial como secuestrador se remonta a los primeros años de la década de los setenta, cuando también despegó como narco-traficante. En 1971 participó en el plagio y homicidio del industrial Diego Echavarría Misas, por el que obtuvo dos millones de pesos. Por ese delito cayó muerto uno de sus familiares, durante el en-frentamiento con el grupo antisecuestros creado por el gobierno para frenar ese flagelo que ya entonces azotaba al país. También participó en el secuestro del capo Fabio Restrepo, en 1975. Parte de su botín, Escobar lo invirtió en pequeñas compras de cocaína. Primero actuó como intermediario: compraba la pasta en Colombia, Bolivia y Perú, y luego la vendía a los contrabandistas que la llevaban a Estados Unidos. En esa década se convirtió en una pieza clave para el tráfico internacional de cocaína. Asociado con Gonzalo Rodríguez Gacha, Carlos Lehder, Jorge Luis Ochoa y sus hermanos Fabio y Juan David, fundó el grupo que se convertiría en el cártel de Medellín. Se adueñó de pistas, rutas y laboratorios, y monopolizó el comercio ilegal desde la producción hasta el consumo.

El 30 de mayo de 1976 asesinó a su amigo Francisco Hugo Pizano Jiménez, y a José Dolores Gaicano Cadavid, propietario de un taller de reparaciones de autos, luego de que ambos-durante un proceso penal que se había iniciado en septiembre de 1974 por robo de autos-lo desmintieron y se desligaron de sus actividades delictivas. El asunto fue así: el 9 de septiembre de 1974 fue detenido conduciendo un automóvil que cuatro

días antes había sido reportado como robado. Ante las autoridades, Escobar aseguró que se lo había prestado Pizano Jiménez, quien al ser llamado a declarar dijo que sólo había servido de intermediario en el remate donde se vendió el vehículo, pues Gaviria le había dado el dinero para adquirirlo y, además, contrató una grúa para llevarlo hasta un taller a reparar. Durante el careo entre ambos, se comprobó que Pizano Jiménez había sido utilizado por Gaviria como coartada. Después se comprobó que la compra del vehículo rematado sólo se hizo para obtener nuevas placas.

Al ser vinculado en la investigación, Gaicano Cadavid, el propietario del taller a donde fue llevado el vehículo del remate, explicó que su relación con Escobar consistía en repararle vehículos. Al encararlos, el mecánico mantuvo su dicho, mientras que Escobar incurrió en notorias contradicciones. Como los dos testimonios lo incriminaban seriamente, Escobar decidió por la solución que mejor sabía desempeñar: el asesinato. Gaicano Cadavid apareció muerto el 30 de mayo de 1976, con un tiro en la cabeza. En la misma fecha, pero en otro sitio, se encontró el cadáver de Pizano Jiménez. Le habían destrozado la cabeza a golpes. Así terminaron los testigos de cargos contra Escobar, quien no obstante la cantidad de pruebas en su contra, recuperó la libertad pagando mil quinientos pesos de fianza.

El expediente de este caso permaneció archivado por años en los anaqueles del juzgado Veinte Penal del Circuito de Medellín, hasta la madrugada del 11 de junio de 1983 en que fueron incendiados por cinco hombres, después de haber maniatado al vigilante de dicho tribunal. Los intrusos abrieron las gavetas de los archivadores, las rociaron con gasolina, y les prendieron fuego.

En junio de 1976, Escobar fue vinculado a un nuevo proceso penal por posesión de drogas. Se le capturó en Itagüi, municipio cercano a Medellín, en compañía de su primo Gustavo de Jesús Gaviria Rivero, *Piñata;* su cuñado Mario Henao Vallejo, James Maya Espinoza, Hernando de Jesús García Bolívar y Marco Alonso Hurtado Jaramillo. En su poder se encontraron treinta y nueve kilos de cocaína, cinco mil

dólares y cincuenta mil pesos en efectivo.

Los dos de los agentes que participaron en su detención: Gildar-do Hernández Patiño y Luis Femando Vasco, fueron asesinados. La jueza que llevaba el caso fue amenazada de muerte en diferentes ocasiones, y se descubrió un complot para asesinar al jefe policiaco que ordenó y encabezó el operativo con el que se capturó a Escobar. Como el delito se había iniciado en Pasto, su abogado solicitó que un juez de esa ciudad llevara el proceso penal, y no la jueza de Itagüi, que ya había dictado auto de detención en su contra. La solicitud de competencias llegó a la Corte Suprema de Justicia, quien remitió el expediente a Pasto, donde el juez Fraco Guido Caicedo
Jurado, revocó la detención de Escobar y sus cómplices, y ordenó devolver los vehículos incautados durante la operación. Cuando poco después la Corte ordenó que el proceso prosiguiera en Mede-llín, Escobar y sus compinches ya estaban en libertad. El caso fue sobreseído temporalmente.

Siete años después, en 1983, la investigación fue reabierta. El diario *El Espectador* evocó el operativo, la captura de Escobar y sus cómplices, así como los pormenores del proceso penal. El reportaje fue retomado y transmitido en un programa de la cadena norteamericana de televisión *ABC,* revelando, además, los negocios de Escobar con la mafia del narcotráfico. Escobar, para entonces ostentaba el cargo de representante a la Cámara por Antioquia, como suplente de Jairo Ortega Ramírez quien, al igual que Escobar, estaban vinculados al Partido de Renovación Liberal que dirigía el precandidato presidencial Alberto Santofimio Botero.

Al enterarse de los hechos revelados por *El Espectador*, el juez Décimo Primero Superior de la capital antioqueña, Gustavo Zuluaga Serna, dictó auto de detención en contra de Escobar y su primo Gustavo Gaviria, como autores intelectuales del homicidio de los detectives Hernández Patiño y Femando Vasco. En represalia, cuando la esposa del juez Zuluaga Serna conducía su auto, fue interceptada por vehículo de donde se apearon cuatro sujetos armados. La encañonaron, la hicieron bajar de su automóvil y lo lanzaron por un abismo.

-La próxima vez no la dejaremos bajar-le advirtieron los pistoleros.

Pocas semanas más adelante, el juez Zuluaga fue acribillado a balazos mientras conducía su auto. Poco antes, había sido promo-cionado como magistrado de la Sala Penal del Tribunal Superior de Medellín, en reconocimiento a su independencia y honestidad.

Pese a su negro historial, Escobar Gavina era un personaje querido en Medellín. Por sus supuestas campañas cívicas, la revista *Semana* lo señalaba como el moderno "Robin Hood".

Como narcotraficante, Escobar llegaría a acumular una fortuna superior a los cinco mil millones de dólares, por lo que la revista *Forbes* lo colocaría como el séptimo hombre más rico del mundo. Fue dueño de la Hacienda Nápoles, una de las más extensas de Colombia, desde donde operaba sus negocios. Allí reunió más de doscientas especies de animales exóticos para la región: hipopótamos, jirafas, elefantes, cebras y avestruces, ingresados al país mediante el soborno a las autoridades aduaneras, lo que no impidió la difusión televisiva del inmueble en un reportaje propagandístico.

En Medellín poseía más de cuarenta autos deportivos que aparcaba en el estacionamiento del edificio Mónaco, donde vivía parte de su familia. Era propietario de más de mil bienes inmuebles desperdigados en Colombia, Venezuela y los Estados Unidos. En el barrio La Paz, donde vivió su adolescencia, adquirió una considerable cantidad de casas y terrenos. En Florida, Estados Unidos, era propietario de doscientos apartamentos; una línea aérea y un hotel en Venezuela; una línea aérea en Bogotá, y del motel más caro y suntuoso de Mede-llín: El Bosque, con doscientas habitaciones y todo tipo de servicios adicionales. Sólo en su Hacienda Nápoles llegó a tener una nómina de ochocientos cuarenta y tres empleados. A una animadora de televisión, le obsequió un estudio de televisión para que filmara sus programas sin necesidad de salir de casa, y una fábrica de medias femeninas. También poseía helicópteros, motocicletas, lanchas, aviones y

varias avionetas para transportar la droga a través de Colombia.

Para proteger todo esto, a principios de la década de los años ochenta, Escobar ideó una *pantalla.* Comenzó a cultivar una imagen de hombre respetable, a contactarse con políticos, financistas, abogados, etcétera. Sin revelar sus verdaderas intenciones, construyó muchas obras benéficas para los pobres, entre ellas cincuenta canchas de fútbol, un barrio entero llamado "Medellín sin tugurios" y otro llamado "Barrio Pablo Escobar".

Mediante la intimidación y el soborno, obtuvo el apoyo que lo llevaría a ser electo como Senador por el movimiento Alternativa Liberal, después de haber sido expulsado junto con Jairo Ortega Ramírez, del Nuevo Liberalismo que había fundado Luis Carlos Galán. Por su rango de congresista suplente, fue invitado en 1982 a la toma de posesión de Felipe González, presidente de España, por el empresario español Enrique Sarasola, quien tenía importantes negocios en Medellín. De esta forma, logró acumular gran influencia en múltiples estamentos legales, civiles, económicos, religiosos y sociales de todo el país.

Pero su pantalla empezó a derrumbarse en 1983, cuando *El Espectador* publicó lo que realmente se ocultaba detrás del narcotrafi-cante. El Congreso le quitó su inmunidad parlamentaria, y se abrió el camino para que las autoridades empezaran a perseguirlo. Simultáneamente, el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla inició una investigación en su contra, al comprobarse la presencia de dineros ilícitos en la política y los equipos de futbol como el America, Millonarios y especialmente el Atlético Nacional. En respuesta, el mafio-so desató en Colombia un cruento período que pasaría a la historia como el "Narcoterrorismo".

## 5.-Los Ochoa y Gonzalo Rodríguez Gacha

Tras la caída de Jesús Emilio Escobar Hernández y Fabio Restrepo Ochoa, en 1976, Escobar Gaviria buscó consolidar su poder dentro del grupo de Medellín. Aunque el jefe del clan de los Ochoa logró la libertad con alguna argucia jurídica un mes más tarde de que fue capturado en el aeropuerto de Bogotá, jamás pudo ya recuperar su poder y fue destronado por su hijo Jorge Luis Ochoa Vásquez.

Por aquellos años los Ochoa empezaban a estructurar su propio negocio con el viejo Fabio a la cabeza, y sus hijos Jorge Luis, Juan David, Fabio, Cristina María, Ángela María y Martha Nieves Ochoa Vásquez. Lo que sabían del negocio podría convertirse en una importante fuente de ingresos. Jorge Luis así lo intuía y por ello actuó en consecuencia. Desplazó a su padre cuando dispuso satisfacer colmar de droga al principal mercado del mundo: los Estados Unidos. Audacia que cobró su primera víctima en su hermana Ángela María, quien fue arrestada en Miami el 12 de octubre de 1977 en posesión de kilo y medio de cocaína, que transportaba oculto en su sostén.

Hasta antes de tomar el mando del clan y convertirse en uno de los hombres más ricos y peligrosos no sólo de Colombia sino del mundo, Jorge Luis vivía modestamente de transacciones menores sobre vehículos usados. En noviembre de 1978, ordenó a su hermano Fabio que se trasladara a Miami, para buscar los contactos que le permitieran la distribución en grande de la droga. Su enlace sería desde de ese momento Rafael Cardona Salazar. Como primer paso, Fabio y Rafael alquilaron un apartamento en el distrito sur de Florida, donde comenzaron a distribuir cien kilos de cocaína, no sin ciertos problemas, como el asesinato de Antonio Arles Vargas, *El Chino*, en el condado de Dade, Florida, cometido por Rafael. Con el patrocinio y apoyo de Escobar Gaviria, Jorge Luis y el estadounidense Jolin Doe, montaron en Florida otra red de distribución.

En el negocio de las drogas, Gonzalo Rodríguez Gacha, *El Mexicano*, era bastante competente. Y lo más importante, era su propio jefe y el principal socio de Pablo Escobar. Las

autoridades colombianas y estadounidenses tenían bien puesta su mirada sobre todo lo concerniente a él, por su largo historial delictivo y destacada posición dentro del grupo Medellín.

Pero a Rodríguez Gacha eso no le importaba, porque de él se contaban una y mil cosas. Que amaba tanto a sus cuatro hijos: Freddy, Douglas Gonzalo, José Fabián, y Justo David, y a su esposa Gladys Edilma Álvarez Pimentel, como a su caballo Tupac Amarú. Un pura sangre por el que había pagado un millón de dólares, y al que sacó de su pesebrera de la hacienda La Chihuahua, en Pacho, Cundinamarca, para trasladarlo a un apartamento en el norte de Bogotá, en el que ordenó construir un santuario con todos los lujos y bebedero automático, cuando sus propiedades empezaron a ser allanadas por el Ejército y la Policía y sintió que su equino estaba en peligro. Sentía que si le quitaban su caballo, era como quitarle a un hijo. Rodríguez Gacha pues, era un hombre dispuesto a todo, con tal de que a los suyos y a Tupac Amarú no les faltara nada.

Rodríguez Gacha nació en el seno de una familia campesina el 14 de mayo de 1947 en la región de Pacho, en Cundinamarca, Colombia. Empezó su carrera delictiva como traficante de esmeraldas, en medio de la violencia que azotaba las zonas esmeraldíferas de Boyacá, donde también se alquilaba como pistolero. Casi analfabeta, se vinculó al negocio de las drogas a mediados de los setenta, como una perspectiva para salir de su miserable vida de campesino. Fue en esos años cuando conoció a Pablo Escobar mediante Verónica Rivera de Vargas, quien más adelante le presentó a Carlos Lehder y a los hermanos Ochoa. Había una gran cantidad de dinero en el tráfico del polvo blanco, y Escobar y sus socios necesitaban de hombres como Gonzalo, que no se tentaba el corazón para sacar de en medio a cualquiera.

Conocedor ya del negocio, como primera aportación a sus nuevos socios, Rodríguez Gacha abrió nuevas rutas a través de México, Haití, Los Angeles, California y Houston, Texas. Diseñó una operación de narcotráfico a través de Nicaragua con el piloto Barry Seal, a quien más adelante ordenaría asesinar al aceptar testificar contra la organización. Aperturas y

operaciones que controlaba desde la zona central de Colombia. Por su habilidad y espontánea generosidad hacia los suyos, poco a poco se fue ganando, al igual que Escobar, el respaldo de la gente más humilde, a la que indistinta y regularmente apoyaba con dinero. Tal vez por su origen campesino o sus frecuentes urgencias de dinero en efectivo, Gonzalo tenía por costumbre meter grandes cantidades de dinero-en dólares-en botellas de plástico que luego enterraba en sus diferentes haciendas, y luego sacaba para distribuir en forma directa, billete tras billete, a sus trabajadores o la gente humilde que se lo solicitaba.

Buena parte de sus fabulosas ganancias las usaba para darse los gustos y lujos que de campesino nunca tuvo: comprar buen ganado, buenos caballos y haciendas, muchas haciendas (sólo en Pacho poseía media docena); oro y joyas. Con el asesoramiento y discreción de uno de sus más cercanos socios: Juan Camilo Zapata Vázquez, incursionó también como empresario, al adquirir o crear un centenar de agroin-dustrias, ganaderas y constructoras. Sólo en Bogotá una oficina le manejaba setenta y siete, entre ellas sus inversiones en equipos de fútbol profesional. Zapata Vázquez, a las afueras de Bogotá, era propietario del llamado Castillo Marroquín, con grandes caballerizas donde pacea-ban finos caballos que posteriormente serían donados a un ex embajador en España y a un excanciller conservador, del que se sabía estaba involucrado en el robo al Banco de la República de Cartagena, y se le investigaba por oscuras transacciones de dólares en Panamá.

Pero dos aportes a la organización de Medellín convirtieron a *El Mexicano* en uno de los hombres más importante y temibles de Colombia: lograr los primeros contactos con los traficantes mexicanos, para pasar cocaína en cantidades importantes por México hacia Estados Unidos, y su habilidad para crear y dirigir los grupos paramili-tares con los que el cártel de Medellín eliminaría a sus no pocos enemigos y "resolvería" sus problemas con la guerrilla colombiana, mediante los más terribles atentados terroristas contra el Estado. Con la creación de esos grupos, afloraría una de las principales características de Gonzalo: la violencia.

Peculiaridad con la que infundía real temor entre el resto de los narcotraficantes colombianos. Su estilo era la brutalidad y la fuerza. Por eso al cártel de Medellín nadie osaba engañar o retar. Quien lo intentó, no tuvo tiempo para contarlo.

El primero aporte lo logró *El Mexicano* a finales de la década de los años setenta con la intermediación del hondureño Matta Ballesteros, antiguo socio del cubano Sicilia Falcón. Matta Ballesteros, en México, presentaría a Gonzalo al sinaloense Félix Gallardo. Y de esa forma, como en el de la heroína y la mariguana, en el negocio de la cocaína también participarían exitosamente los contrabandistas mexicanos, con la protección política del país. Ambos grupos lograron un mejor entendimiento, al que hasta entonces había existido entre puros colombianos, donde los cruentos enfrentamientos no cesaban.

En el submundo del narcotráfico, lo logrado por *El Mexicano* no era cosa nimia. Muy por el contrario, se trataba de un vínculo más que importante. Hasta entonces, la cocaína en México no era ni ha sido un producto histórico, como, en cambio, si lo eran la heroína y la mariguana, ambos cultivos centenarios. Al paso de los años, la incorporación de México a las rutas de tráfico de esta droga provenientes de los Andes se transformaría en un delito "de alto impacto".

Ya en la década de los ochenta, Rodríguez Gacha reestructuró y modernizó la seguridad de la organización de Medellín. Financió la adopción de tecnologías, conocimientos e inteligencia en seguridad. Sus operaciones en este aspecto eran tan discretas que fue hasta 1987 cuando buena parte del país sólo se enteró de éstas. Esto ocurrió al ser asesinado el dirigente de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal, quien lo había denunciado públicamente como traficante de drogas y jefe paramilitar. Como era de esperarse, la respuesta de Rodríguez Gacha no se hizo esperar: lo mandó a matar de inmediato. El domingo 11 de octubre de 1987, fue asesinado al regresar de La Mesa, municipio de Cundinamarca, a Bogotá. Fue interceptado cuando se movilizaba en un camper con su esposa Gloria y sus hijos Iván, Edison y Fernando. Su homicidio fue uno de los tantos que el cártel de Medellín

ordenó contra los integrantes de la UP. Año y medio después, en 1989, también serían muertos Bernardo Jaramillo Ossa y José Antequera. Antes de Pardo Leal, en los últimos dos años habían caído cuatrocientos setenta miembros de ese grupo político. Homicidios que se le atribuían a los paramilitares.

Para fortalecer a sus paramilitares, entre diciembre de 1987 y mayo de 1988, Rodríguez Gacha contrató mercenarios británicos e israelíes para que entrenaran a sus equipos de asesinos y sicarios, entre ellos Yair Klein, un teniente coronel retirado del ejército israelí que lideró un puñado de instructores en Puerto Boyacá, en 1988. Fue así como *El Mexicano* se convirtió en el principal comandante del narcoparamilitarismo de Colombia, y fortaleció su fama de asesino al servicio-además del cártel de Medellín-de los conservadores. Incluso se autoproclamó benefactor de primera línea en la campaña presidencial de Betancur, lo que le otorgó implícitamente una patente de corso para movilizarse libremente por todo el país.

La idea de Rodríguez Gacha de crear su propio grupo paramilitar, surgió a raíz del secuestro de Martha Nieves Ochoa Vázquez, hermana de Jorge Luis, por la organización guerrillera M-19, a finales de 1981. En una reunión que todos los jefes sostuvieron en Bogota, para discutir tan delicado el asunto, coincidieron en que si se pagaba un solo secuestro, tarde o temprano los guerrilleros se apoderarían de todos sus ingresos a través de este medio. Para hacerles frente, crearon el grupo *paramilitar* denominado “Muerte A Secuestradores” (MAS).

Rodríguez Gacha visionó que grupos como el MAS, trazarían líneas de acercamiento indisolubles entre los narcotraficantes y los miembros de las Fuerzas Armadas de Colombia, para enfrentar a un enemigo común: la guerrilla. Con este tipo de grupos paramilitares, además de Rodríguez Gacha, por supuesto, importantes sectores de la Fuerza Pública descubrieron que era posible realizar un *trabajo sucio* mucho más efectivo contra el movimiento guerrillero, sin comprometer la imagen de sus instituciones.

Desde entonces, *El Mexicano* empezó a comprometerse de manera directa facilitando la infraestructura y el dinero suficientes. Había descubierto que la violencia-lo que más lo caracterizaba precisamente a él-, podría acercarlo de manera importante con las Fuerzas Públicas de su país y, además, le permitiría atacar con mayor fuerza a los guerrilleros que no sólo amenazaban su libertad personal y su riqueza, sino también a sus pistas, laboratorios y propiedades en las zonas donde operaba o tenía influencia. Así nacieron sus grupos paramilitares en Colombia, como un mecanismo de defensa contra los enemigos del Estado y no contra el Estado, a cambio éste puso a su servicio a los policías y los soldados como recurso de violencia.

Cuando en 1982 Pablo Escobar se decidió a participar en la política, y fundó un movimiento al que denominó "Medellín sin tugurios", Rodríguez Gacha intentó una influencia política local a través del grupo "Morena", impulsado por líderes liberales y paramilitares financiados por él mismo, aunque confiaba mucho más en la amenaza y en la fuerza que podía comprar el dinero.

## 6.-Carlos Enrique Lehder Rivas

Carlos Enrique Lehder Rivas era ya un traficante de drogas a la edad de quince años. De baja estatura, moreno y delgado, vivía en la Unión Americana a donde lo llevaron sus padres procedentes de Armenia, Colombia, en la que nació en 1950. En su nueva tierra, su vida cambió. A los pocos meses de haber llegado fue detenido por robo de autos y distribución de mariguana. Cuando en 1978 regresó a Armenia, era fans del beatle John Lennon, tanto como del dinero malhabido que llevaba por montones y dispuesto a invertirlo en el negocio.

Aunque desde luego él jamás así lo imaginó, su reaparición en Colombia sería fundamental para el crecimiento de Escobar y la organización que encabezaba junto con Rodríguez Gacha y los Ochoa.

Nueve años más adelante a su retorno, en 1987, Lehder se convertiría en el primer gran capo colombiano extraditado a Estados Unidos. Pero antes sobre él se tejerían muchas historias, por su megalomanía y el importante papel que desempeñó al lado de sus compinches.

Hijo de un emigrante alemán y de una colombiana de clase media, desde temprana edad Carlos Lehder demostró ser dueño de una brillante inteligencia. Atributo natural que en 1977 sólo utilizaba para idear estrategias que le facilitaran traficar con drogas ilegales desde Las Bahamas, hasta los Estados Unidos. Después de analizar las más viables, concluyó que lo más conveniente era hacerse de toda una isla, donde asentaría el cuartel de sus operaciones y serviría como trampolín para hacer llegar grandes cargamentos de narcóticos hasta el territorio norteamericano. Estudió la geografía del Océano Atlántico y encontró que la idónea para sus planes era la isla Norman's Cay, en Las Bahamas.

Por esos estudios se enteró que Norman's Cay era una de las setecientas islas, islotes y grandes peñascos que conforman un archipiélago de veintiséis mil kilómetros cuadrados que se extienden por más de ochocientos kilómetros de aguas que están entre las más transparentes del mundo, al que se le conoce como Las Bahamas. Islas, islotes deshabitados y grandes peñascos, que suman un área de tierra firme estimada en catorce mil kilómetros cuadrados con el punto más alto a sesenta y tres metros de altura sobre el nivel del mar, situado en la isla de Alvernia. Pero lo más notable que encontró Lehder en su estudio, fue que cada isla posee su propia diversidad que va más allá de la geografía, que lleva al corazón de Las Bahamas, con una población estimada en poco más de trescientos mil habitantes.

-Sí, definitivamente Norman's Cay, es lo que ando buscando-se dijo Lehder con satisfacción.

Norman' Cay, en efecto, es una pequeña isla ubicada a menos de una hora de vuelo de Miami. Por su ubicación estratégica, en los tiempos de la prohibición estadounidense, la pequeña porción de tierra que a pie se podía recorrer en un día, había sido utilizada como trampolín para introducir alcohol en

Florida. A principios de 1960, una parte de la isla fue comprada por el empresario estadounidense William Smit en poco menos de cien mil dólares. Cinco años después, la propiedad fue vendida a Tom Perrine en un millón de dólares. Con la intención de crear ahí un complejo turístico, Perrine invirtió dos millones de dólares más en la construcción de un pequeño hotel de diez habitaciones, una marina y dos canchas de tenis. Pero cuando en 1967 intentó ampliar sus inversiones, el gobierno de Bahamas, encabezado por Lynden Pindling, se lo impidió porque había frenado toda inversión extranjera. Pindling representaba al primer gobierno negro de Bahamas, que permanecería en el poder por casi tres décadas. Así que para 1972, Perrine se declaró en quiebra y sus propiedades en la isla que estaban hipotecadas, pasaron a manos de Meridian Corporation, subsidiaria en Nueva York de la trasnacional canadiense DLJ.

Cuando el joven-tenía veintiocho años-Carlos Lehder se enteró de todo esto, ya había inspeccionado el lugar y comprobado que le servía a la perfección para sus planes de narcotráfico. Así que antes de presentarse ante Pindling, retacó un enorme maletín negro con cientos de miles de dólares y ordenó que le acompañara una docena de guardaespaldas a su alrededor. Era mucho dinero y uno nunca sabe. Ya a las puertas de la oficina del principal dirigente del Progressive Labour Party (PLP) y primer ministro de Las Bahamas, pidió a sus "ayudantes" que le esperaran mientras él hablaba con el político. Después de anunciarlo con su jefe, la hermosa secretaria muy amablemente le dijo que podía pasar pues sería recibido en esos momentos. Lehder le dedicó la mejor de sus sonrisas-aunque era bajo de estatura, su cara de niño reflejaba tanta confianza como la tiene un millonario en dólares.

El primer ministro lo recibió como si fueran viejos amigos. Antes de que su guapa secretaria le informara que un elegante colombiano, que se hacía cuidar de todo un séquito de guardaespaldas, solicitaba audiencia para hablar con él, Lynden Pindling ya sabía de él. La isla era pequeña y los chismes corrían antes de que éstos terminaran de contarse. Sabía que a pesar de su juventud, era un importante sudamericano que

traficaba con drogas. Pero sobre todo sabía de las fabulosas cantidades de dólares que acostumbraba cargar en un maletín negro-como aquel que precisamente en esos momentos llevaba y él mentalmente calculaba cuánto dinero le podría caber-, para pagar generosamente el mínimo favor que se le hiciera. Y ahora ese joven estaba frente a él, en su oficina, seguramente para solicitarle un favor.

Dio al elegante visitante un cigarrillo y una copa del fino licor que tenía para momentos muy especiales, y puso su mano en el hombro de Lehder, como animándole a hablar. Con esas pruebas de “amistad”, el mafioso fue crudamente sincero. Sin tapujos, le explicó a detalle sus proyectos a realizar en Norman’s Cay, y la forma cómo la organización de Medellín sabría apreciar su generosa participación.

-Sólo usted, señor ministro, puede ayudarnos-dijo con emoción Lehder al influyente hombre de color, cuando concluyó su detallada explicación.

Lynden y Lehder paseaban de un lado a otro de la habitación. El primer ministro comprendía perfectamente-sus gestos afirmativos así lo indicaban-el asunto. Cuando Carlos hubo terminado su exposición, Lynden sonrió amistosamente y dijo:

-Deje de preocuparse, amigo mío.

Luego le explicó cuidadosamente lo que debía de hacerse. Hablaría con algunos amigos del PLP, para que sofocaran cualquier inconformidad, cuando algunos miembros del Parlamento protestaran por permitir inversiones extranjeras en Las Bahamas, que por ley estaban detenidas desde 1967. Con toda seguridad sus amigos políticos no se opondrían, pues los políticos suelen ayudarse entre ellos mismos. Lynden añadió que el asunto costaría unos cinco millones de dólares, más o menos, y que él personalmente se haría cargo de todo.

-¿Hay algún inconveniente?-pregunto el político de color mostrando un blanquísimo abanico de dientes al sonreír.

Lehder negó vigorosamente con la cabeza. Nunca se hubiera atrevido a esperar tan gran favor a cambio de cinco millones de dólares. Lehder ya había calculado lo que podría obtener explotando Norman’s Cay, ubicada a menos de una hora de

vuelo de Miami. Sabía que en esa pequeña isla se podrían abastecer de combustible los aviones que aterrizaran cargados de droga provenientes de Colombia, en su tránsito hacia Miami.

Poco faltó para que el mafioso colombiano llorara de emoción, cuando el político le recibió, a cuenta, el contenido del maletín negro, con la promesa de que en un rato más le haría llegar el resto de los cinco millones de dólares.

Carlos Lehder Rivas transformó Norman's Cay en su centro de operaciones, y durante más de cinco años introdujo por esa ruta cientos de toneladas de cocaína a Estados Unidos, cuyo gobierno empezaba a preocuparse por la organización de Medellín.

Para comenzar, bajo amenaza mortal, Lehder obligó a vender a los pocos habitantes de la isla. Después construyó una pista aérea de un kilómetro de longitud; cuando la pista estuvo lista, día y noche aterrizaban aviones que salían de Colombia con destino a Florida. Y para evitar posibles problemas, instaló radares y diseñó un sistema de sobrevigilancia aérea en torno de la isla. Ordenó que cuadrillas de perros de ataque y de hombres armados patrullaran a todas horas el lugar, sin permitir que nadie se acercara. En un día de máximo movimiento, a Norman's Cay entraban hasta trescientos kilos de cocaína por hora. Es decir, más de siete toneladas cada veinticuatro horas.

Más adelante, ordenó que en un lugar seleccionado personalmente se le construyera una majestuosa finca, desde donde realizaría todas sus transacciones. La finca, con vista al mar, constaba de siete recámaras; su amplia y elegante sala tenía una hermosa chimenea que recordaba un chalet suizo; todos sus muros estaba cubiertos con maderas preciosas y sus pisos eran de mármol traído directamente de Italia. Todo su mobiliario había sido importado de varias partes del mundo, principalmente Europa.

Ante este despliegue de impunidad y corrupción, en 1983 el principal dirigente del PLP fue acusado de recibir sobornos del

narcotráfico para permitir las actividades de Lehder, aunque poco después fue exonerado. Sin embargo, el escándalo llegó a oídos de la DEA, y ésta comenzó a verificar los vuelos que pequeñas aeronaves realizaban hacia El Caribe, logrando hacer una lista de pilotos cuyo comportamiento correspondía a los que transportaban drogas. La tarea les llevó dos años, pero de esa forma logró detectar todas las rutas de los pilotos de Lehder.

Para cuando se registró el asesinato del ministro colombiano de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, el 30 de abril de 1984, y el gobierno estadounidense ordenó el desmantelamiento de Medellín, la DEA ya estaba lista para actuar en contra del mafioso.

Mientras tanto, las acusaciones en contra del primer ministro de Las Bahamas seguían acumulándose. Norman Solomon, miembro del Parlamento, intentó persuadir a Lynden Pindling de que expulsara a Lehder de la isla, pero no le escuchó. Para fundamentar las acusaciones que se hacían en contra del colombiano, Solomon había intentado desembarcar en Norman's Cay, pero fue corrido a punta de metralletas. Por su parte la policía de Bahamas, para hacer creer que no ignoraban los serios señalamientos que se hacían en contra de Lehder, en tres ocasiones "sorpresivamente" excursionó en la isla, pero "jamás encontró nada".

La DEA, estaba convencida de que al narcotraficante se le ponía sobre aviso por las propias autoridades corruptas de Bahamas, incluido el primer ministro Lynden Pindling.

Lehder concibió el gran centro de traslado con base en una isla mientras cumplía una condena en la prisión federal de Danbury, Connecticut. Tras las rejas decidió que a su salida aprovecharía el creciente mercado de la cocaína en los Estados Unidos. Le comentó sus planes a su compañero de celda, George Jung, y en sociedad ambos decidieron llevarlos a cabo. Se lo dijo a Jung, porque desde finales de los años sesenta éste ya había experimentado con gran éxito este tipo de trasiego pero con mariguana con Roman Varone, desde México en

pequeñas aeronaves que volaban por debajo del nivel de alcance de los radares y aterrizaban en lechos secos de ríos. Inspirado en esa idea, Lehder se *quebró* la cabeza hasta llegar a lo de Norman's Cay, aplicando el mismo principio.

Para hacerse recursos y llevar a cabo lo convenido, al abandonar la prisión bajo palabra Lehder y Jung comenzaron a traficar en pequeño, pero sin exponerse directamente. Contrataban a estadounidenses jóvenes, de preferencia mujeres, que desearan conocer Colombia. Les ofrecían pagar sus vacaciones a dicho país, a cambio de recibir pequeños paquetes de cocaína que luego trasladarían e introducirían a Estados Unidos en sus maletas de viaje. Como nunca faltaron "voluntarias", la maniobra la realizaron infinidad de veces, hasta que reunieron lo suficiente para comprar una avioneta. Con la aeronave y un piloto profesional, se dedicaron a llevar cocaína a Estados Unidos desde Las Bahamas, donde mediante generosos sobornos contaban con la protección de las autoridades bahameñas. Lehder y Jung, pronto se llenaron de dinero y cimentaron sus relaciones con los proveedores colombianos. Fueron los tiempos en los que Lehder conoció a Escobar, a Rodríguez Gacha y a los hermanos Ochoa.

Pero aquella bonanza no era suficiente para Lehder. Sentía que con su inteligencia el negocio podía rendir mucho más frutos. Su megalomanía, caracterizada por los delirios de grandeza, poder, riqueza u omnipotencia, obsesivamente le ordenaba buscar nuevos horizontes. Compulsiones que en los últimos meses le habían hecho chocar con la falta de ambición de su socio Jung, que se decía satisfecho con lo mucho que ya había ganado con aquella sociedad que a Lehder ya no satisfacía.

El inevitable rompimiento sobrevino a finales de los años setenta, cuando Lehder le propuso a Jung apoderarse de una isla para tenerla como cuartel de sus operaciones. Jung se escandalizó con semejante idea, a la que calificó como "descabellada" después de voluntariamente romper con la sociedad, aunque seguir en el negocio pero como distribuidor menor del cártel de Medellín. Fue así como Lehder, solo, se hizo de Norman's Cay, que disparó hasta las nubes a Escobar y

sus socios, y a él lo convertiría en uno de los capos más buscados tanto por las autoridades estadounidenses como por las colombianas.

## 7.-Muerte a Secuestradores, MAS; Me-dellín, noviembre de 1981

Además de la joven Martha Nieves Ochoa, en el auto iban tres hombres. Uno de ellos era el conductor. Luis Gabriel Bernal, jefe de una célula del M-19, la organización guerrillera de mayor presencia en Colombia, estaba sentado en el asiento posterior, a donde obligaron a la estudiante a sentarse entre Luis Gabriel y el otro hombre que la había sorprendido apenas salió de clases en la Universidad de Antioquia. Le habían vendado los ojos para que no pudiera ver a dónde la llevaban.

-Si no grita, nada le pasará-le había dicho su captor.

El recorrido fue corto, de no más de quince minutos, y cuando quitaron la venda de los ojos y la bajaron del auto la muchacha de veitiséis años e hija del capo Fabio Ochoa, no sabía dónde se encontraba. Le condujeron a una habitación de una casa de un barrio popular y le hicieron sentar en una silla de madera. Luis Gabriel Bernal se sentó en otra silla similar, frente a Martha Nieves. Su joven rostro no mostraba amenaza alguna.

—No se asuste-le dijo-. Sé que usted no tiene la culpa de lo que hace su padre... Quiero que me ayude a escribirle una carta, para contarle lo sucedido.

Las manos de Martha Nieves temblaban mientras escuchaba al joven guerrillero, de quien los periódicos aseguraban era un inteligente hombre con vasta experiencia para moverse en la clandestinidad. Uno de los secuestradores puso un vaso con agua en las manos de la joven, y ésta bebió una poca. Las entrañas de Martha Nieves agradecieron el vital líquido. Sus manos dejaron de temblar y poco a poco su nerviósismo comenzó a desaparecer.

-Usted ha sido secuestrada por el M-19-agregó Luis Gabriel. Hizo una pausa para ver la reacción de la estudiante, y no se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos. Luego prosiguió:

-Tranquila, tranquila, nada tiene que temer. Tan pronto como su padre lea la carta y pague el rescate, usted podrá regresar a su casa, con los suyos.

Martha Nieves no dijo nada. Sabía cuánto la amaba su padre. Que incluso daría toda su fortuna a cambio de su bienestar. Pero también sabía que era un hombre al que jamás nadie había doblegado, ni mucho menos aceptaba amenazas. Sus sentimientos eran una mezcla de desolación y de temor.

-Si usted, con su puño y letra, le escribe a don Fabio lo que yo le dictaré, seguramente que pagará el rescate, ¿verdad? Usted sabe que la razón está de nuestra parte. Los trabajos como éste, nos permiten seguir luchando por nuestra causa. Su padre es un hombre inmensamente rico y entenderá. Estoy seguro que lo que pague por usted no afectará su economía.

-Mi padre jamás ha tolerado imposición alguna-dijo entre sollozos Martha Nieves-. Les perseguirá, hasta encontrarlos.

Luis Gabriel replicó, impaciente:

-Eso será lo primero en lo que pensará. Precisamente, en la carta usted le pedirá que no tome decisiones de las que luego podría arrepentirse. Detrás del M-19 hay otros grupos guerrilleros, dispuestos a apoyarlo. Saben que una acción de don Fabio en contra del M-19 sería perjudicial para ellos y sus negocios. Si don Fabio acepta pagar, usted regresará a su casa, y no habrá necesidad de molestar a nadie más.

Martha Nieves se miró las manos, sin responder. En tono más sereno, el guerrillero agregó:

-Don Fabio sabe que estas cosas pasan. Que tiene que pagar, como lo han hecho otros hombres como él. Si decide enfrentar al M-19, todos perderemos, incluso nosotros. Nos conviene a ambos tomar las cosas con calma. Así que escriba lo que le voy dictar.

-Haré lo que usted pide-dijo Martha Nieves-, pero mi papá no se deja intimidar.

Con voz tranquila, el guerrillero replicó:

-Usted sólo haga lo que yo le diga. No adelantemos las

cosas.

El secuestro en Colombia era un flagelo que azotaba al país desde medio siglo atrás, aunque no como lo haría a partir de la década de los años setenta. Se podría decir que hasta antes de esos años, Medellín y las principales ciudades de Colombia eran poblaciones tranquilas; urbes de hombres de empresa y de señoras piadosas que organizaban bazares de caridad y desfiles florales. Las iglesias se llenabas en las horas de misa y del rosario. Pero todo esto se acabó cuando los muchachos que jugaban con pelotas de trapo en las calles, de pronto se toparon con una mina de oro: el narcotráfico. A esas ciudades y en especial Medellín, entonces, comenzaron a entrar carretadas de dólares; verdaderas fortunas que obtenían de un día para otro los jóvenes.

Desde los años treinta, la prensa colombiana registraba plagios perpetrados por la delincuencia común que habían consternado al país. Pero fue hasta mediados de la década de los sesenta-con la conformación de las FARC, el ELN y el EPL-, cuando el secuestro empezó a multiplicarse vertiginosamente. Este método despiadado terminó convirtiéndose en un camino eficaz y rentable, capaz de financiar las actividades de los grupos armados ilegales. Para contra-restarlos, los gobiernos crearon la Comisión Nacional de Investigación de Secuestros, y pusieron en marcha cruzadas nacionales contra el delito. Sin embargo, esos esfuerzos no frenaron la multiplicación del fenómeno.

Esa década y más aún la de los ochenta se caracterizarían por esta práctica. Los grupos armados ilegales y la delincuencia común exigían millonarias sumas de dinero por la libertad de empresarios, ganaderos, diplomáticos, líderes religiosos y políticos. Incluso algunos grupos se aliaban para juntos cometer los ilícitos y dividirse los montos del dinero obtenidos tras los secuestros perpetrados. Así, por ejemplo, el Movimiento 19 de Abril (M-19), obtuvo la tarcera parte del dinero que se pagó por un secuestro que en conjunto realizó con las FARC.

De esta manera, esas dos décadas se caracterizaron por los secuestros cometidos por las FARC, el ELN y el EPL, y por el uso de este delito como instrumentos de presión política por parte del M-19. Ejemplo de esto último fue el secuestro y asesinato del presidente de la Confederación de Trabajadores de Colombia, José Raquel Mercado, a quien el M-19 sometió a un juicio político y ejecutó, al encontrarlo "culpable" de "traición a la clase obrera".

En este contexto, el 12 de noviembre de 1981 se realizó el secuestro de Martha Nieves Ochoa, hija del conocido ganadero y propietario de caballos de paso Fabio Ochoa, y hermana de los narcotraficantes del grupo de Medellín Fabio, Jorge Luis y Juan David Ochoa. Lo que el M-19 nunca previó fue la reacción contundente del clan de los Ochoa.

El secuestro de Martha Nieves fue como una bofetada en pleno rostro al viejo don Fabio, quien lejos de pagar los doce millones de dólares que los plagiarios exigían para liberarla hizo a un lado sus achaques para ponerse al frente de los asuntos de su familia. Al enterarse, los guerrilleros se prepararon para hacer frente a las represalias que indudablemente seguirían. Nadie de los Ochoa se sorprendió cuando vieron que don Fabio enviaba emisarios a todos los grupos del país, para proponerles acabar con el problema en el que se había convertido el M-19 no sólo para los narcos de Medellín, sino de todo el país. Les mandó decir que lo sucedido a él, tarde o temprano les podría también ocurrir a ellos.

La reunión se llevó a cabo el 2 de diciembre en su finca Las Margaritas, a las afueras de Medellín. A la convocatoria acudieron los representantes de los grupos de Cali, Medellín, Leticia, Bogotá, Cundi-namarca, Cartagena, Barranquilla, y de otras organizaciones de Valle del Cauca, Armenia, Pereira, y de la Costa Atlántica, principalmente. La mayoría de los jefes se hizo acompañar de sus lugartenientes. En total llegaron doscientos veintitrés jefes mafiosos. De su seguridad se encargó un grupo de hombres fuertemente armados, vestidos

con el uniforme de la empresa de seguridad privada: Seguridad Nutibara, controlada por testaferros de Pablo Escobar.

La llegada se previó para el medio día. Los Ochoa, que eran los anfitriones, esperaban a los convocados a las puertas de la finca. Como fueron llegandos, los capos se acercaban a don Fabio para saludarle y hacer patente, con un gesto, su pena por el secuestro de su hija. Al entrar en la sala donde se celebraría la conferencia, todos los mafiosos se saludaron. Se conocían: tenían relaciones comerciales, se encontraban en reuniones de tipo social o cuando menos habían oído hablar o leído sobre ellos en los noticieros de la radio, la televisión o la prensa escrita.

Después de la profusión de saludos y cuando todos tomaron asiento, los Ochoa fueron los primeros en hablar mediante Jorge Luis, el jefe en funciones del clan. Fue directo al asunto. Recordó parte del largo historial del M-19, del que dijo que antes de secuestrar a su hermana Martha Nieves había hecho lo mismo en Cali, donde cobró un millonario rescate por la liberación de tres personas; en Cundinamarca había cobrado por la liberación de un hijo de Severo Escobar Ortega.

-Y ahora nos golpea a nosotros, los Ochoa-dijo Jorge Luis, como si nada hubiese ocurrido, como si no le hubiesen secuestrado a una hermana. Como si el plagio obedeciera más a una campaña orquestada en contra de todos los traficantes de drogas de Colombia, que por algo personal o una cuestión de dinero.

-Ante eso, amigos-agregó-, no hace falta decirles que si ahora fuimos nosotros los afectados, mañana serán ustedes. Tampoco sobra recordar que si ahora no frenamos al M-19, después nos será más difícil hacerlo.

Mientras Jorge Luis hablaba ninguno de los capos le interrumpió. Algunos bebían, otros fumaban, pero todos habían acudido a escuchar y proponer, juntos, una solución. Poco después, una vez que Jorge Luis concluyó y cada uno de ellos expuso sus puntos de vista, resolvieron actuar conforme a sus leyes no escritas, pero conocidas y respetadas por todos ellos: el asesinato. Y como eran hombres que no se dejaban dominar por otros hombres, decidieron crear su propia organización de

autodefensa, de justicia privada. Un grupo armado identificado con las siglas “MAS” que significaba “Muerte a secuestradores”.

Para que MAS se ganara la simpatía popular, pero sobre todo la solidaridad de la clase empresarial del país, víctima frecuente de los secuestradores del M-19, se decidió iniciar un gran despliegue publicitario en el que se destacarían los principales objetivos de la nueva organización: combatir el secuestro y castigar a los delincuentes. Este despliegue que se le encargó a Carlos Lehder, quien se comprometió a de inmediato iniciarlo lanzando miles de panfletos denominados “Avisos de Los Secuestrables”, desde una avioneta en vuelo sobre las principales ciudades de Colombia, y a través de desplegados en periódicos y revistas, firmados por él mismo que también, decía, había sido víctima del secuestro.

En dichos panfletos, MAS advertiría que sus amigos no entregarían un solo peso a la guerrilla por los secuestrados y que librarían una batalla a muerte contra quienes intentaran apoderarse de sus riquezas. Se prevía que el surgimiento de MAS sería bien recibido por la ciudadanía en general, cansada ya de los plagios y la delincuencia.

Los capos suspiraron con alivio, cuando todos estuvieron de acuerdo con los objetivos de la nueva organización, con sus siglas y la definición de éstas. El siguiente paso fue estructurarla y dotarla de recursos económicos y de hombres suficientes para operarla. De tal manera que se acordó arrancarla con ochenta millones de dólares, que se reunirían entre todos los grupos; asimismo, se acordó que cada uno de los allí presentes facilitara diez hombres para operar a la nueva organización, lo que de inmediato se aprobó. Es decir, MAS iniciaría sus operaciones con dos mil treinta hombres.

Como punto final a tratar, pero el más importante, pues era el motivo de la reunión, fue idear una estrategia cien por ciento confiable y efectiva para rescatar sana y a salvo a la hija de don Fabián Ochoa. Después de deliberar, primero se acordó que el viejo Ochoa y sus hijos reunieran veinticinco millones de pesos, para ofrecerlos como recompensa a quienes proporcionaran información sobre los secuestradores. Como

segundo paso se concluyó que lo más efectivo sería "pagarles a los secuestradores con la misma moneda". Es decir, secuestrar a sus seres queridos.

Después de varias horas de deliberación y tras de aprobarse todos los puntos expuestos, antes de retirarse los capos acordaron reunirse nuevamente en la finca Ganadería Horizontes, cercana a Mede-llín, propiedad de Pablo Correa Arroyave, que ante los antioqueños aparecía como un rico ganadero de sementales importados. La nueva reunión sería casi inmediata y serviría para evaluar los primeros avances de MAS. Vendrían otras.

Horas después de aquella reunión, por la noche, varias avionetas comenzaron a sobrevolar a baja altura por las principales ciudades de Colombia, principalmente donde se desarrollaban eventos deportivos. Desde el aire comenzaron a arrojar miles de pequeños panfletos de papel, que inundaron las calles y los céspedes. Los papeles traían escrita una carta dirigida "a los secuestradores comunes y a los secuestradores subversivos", en la que se les anunciaba el inicio de su búsqueda para "su ejecución". El documento estaba firmado con las siglas hasta entonces desconocidas: "MAS, Muerte a Secuestradores".

El comunicado, de once puntos y cuatrocientas palabras, que literalmente cayó del cielo la noche del miércoles 2 de diciembre, fue la primera acción pública de esa organización nacida con apoyo financiero de la mafia. Nadie sospechaba que MAS sería un tercer actor en la guerra que libraban el Estado y la insurgencia armada. En un principio, la sociedad colombiana miró con indiferencia el nacimiento del MAS, tal vez con la secreta convicción de que ayudaría a acabar con el problema de la guerrilla y los secuestros. Ignoraba, desde luego, que con el tiempo se convertiría en una de las amenazas más graves de su país, porque quien había entrado realmente en escena era el narcotráfico.

Sin siquiera pretenderlo o sospecharlo, el M-19, la organización guerrillera de mayor presencia urbana, había producido la excusa para el nacimiento del MAS.

Su eficacia no dejó ninguna duda en su primera acción. En

cuestión de días averiguaron que el autor intelectual del secuestro de Martha Nieves había sido Luis Gabriel Bernal, quien exigía doce millones de dólares por su liberación. El MAS, entonces, secuestró a veinticinco personas muy cercanas a él. Entre ellas su novia, su hermano, su cuñada y el resto de sus familiares y amigos. Con angustia, Bernal comprobaba que la eficiencia del MAS era más que superior a la del mismo movimiento guerrillero. Diezmado y exhibido, el M-19 logró contacto con los narcos, para buscar una pronta solución a lo que podría degenerar en una guerra definitiva entre las dos facciones. Finalmente, el 16 de febrero de 1982, Martha Nieves fue liberada sana y salva y sin pagar un solo peso de rescate. Ambos grupos celebraron un pacto de tregua, y nunca más se volvieron a tocar.

Antes, en el transcurso de esos días, frente a las instalaciones de los periódicos de Medellín comenzaron a aparecer atados con cadenas, golpeados pero con vida, miembros del M-19 con un letrero en el pecho que rezaba: “soy del M-19. Soy un secuestrador”. Una decena de líderes encubiertos de esa organización guerrillera fueron secuestrados y asesinados en Antioquia. Otros fueron delatados al Ejército, que para entonces los buscaba para juzgarlos en Consejos de Guerra Verbales.

Pero el MAS ya había declarado la guerra a todo aquello que oliera a izquierda. Sus matones comenzaron a asesinar y amenazar de muerte a todo aquel que los denunciara, militara o se sospechara perteneciera a la izquierda colombiana. Asesinó al militante de Autodefensa Obrera (ADO), William de Jesús Parra Castillo, a los homicidas del ministro Pardo Buelvas, y al abogado del M-19 y fundador de la Anapo, Enrique Cipagauta Galviz. Amenazaron con colocar una bomba en la casa de la periodista María Ximena Duzán; amenzaron de muerte a Alfredo Vásquez Carrizosa y al escritor Gabriel García Márquez. Con el MAS al frente, comenzaba una de las etapas más violentas de Colombia en sus últimos años.

# 8.-Los cárteles de Medellín y Cali; 1982

Resuelto a satisfacción el asunto de la hija de don Fabio Ochoa, los representantes de los grupos de Cali, Medellín, Leticia, Bogotá, Cundinamarca, Cartagena, Barranquilla, y demás organizaciones que operaban en diversos puntos del país, nuevamente se reunieron ahora en la finca Ganadería Horizontes, para encontrar los acuerdos que pudieran influir en la conformación de una asociación de narcotraficantes que controlara el mercado y los precios de las drogas, en especial la cocaína. Aceptada esta primera y la más importante propuesta, se distribuyeron los mercados estadounidenses. Se dispuso que Nueva York fuera controlada por el grupo de los Rodríguez Orejuela, de Cali; Florida, para el grupo de Pablo Escobar, de Medellín; California, y especialmente Los Angeles, para el grupo que lograra aglutinar a la mayoría de los grupos restantes, que al final fueron los Rodríguez Orejuela.

Después se asignó a cada grupo un color, que le serviría de distintivo ante algunas autoridades norteamericanas “amigas” que disimulaban ante ciertos embarques de cocaína. El color azul fue para el clan Ochoa; y el amarillo, para la organización de Escobar Gaviria. Conformes con lo anterior, los convocados pasaron a otras cuestiones tendientes a mejorar y garantizar el funcionamiento del nuevo cártel o asociación que se denominaría “de Medellín”.

Acordaron, por ejemplo, que para subsanar las pérdidas-por los naturales riesgos a los que está expuesto el negocio ilícito de las drogas-el nuevo cártel u asociación debería contar o en su caso crear varias empresas de seguros, que respondieran por el costo integro de la inversión en el cargamento, si éste fuera incautado. El asegurador reclamaría un porcentaje de dicho cargamento, una vez que éste lograra ser introducido en los Estados Unidos. Se acordó también cobrarse un porcentaje a los traficantes-ajenos a Medellín, de Venezuela, Brasil, Chile, y Argentina, principalmente-que utilizaran sus rutas

garantizadas o libres de riesgos (durante años, muchos grupos se acogieron a este sistema de trabajo, pagando su respectivo porcentaje a Medellín).

Luego establecieron un complejo sistema de claves telefónicas combinadas con su respectivo color y las letras del abecedario. Por ejemplo, en algunos teléfonos públicos de los centros comerciales de Miami, Nueva York y Los Angeles, se recibían llamadas desde Bogotá o Medellín, en las que únicamente se decía: "Rojo, FDR". El distribuidor daba la clave y le entregaban su pedido de cocaína. Las llamadas desde Colombia, se hacían desde teléfonos con líneas no asignadas, por lo tanto era imposible localizarlas.

Aplicando este sistema, el clan Ochoa demostró mayor habilidad y realmente utilizó la estructura de la nueva organización o cártel como factor de poder. De esa manera contactó y se alió con la Mafia ítalo-norteamericana. Alianza que dos años después, en 1984, se conocería como la "Pizza Connection" de Nueva York, pues en toda una red de pizzerías controladas por los italo-americanos se distribuía el enervante de los Ochoa, que tenía la capacidad para enviar dos mil kilos de cocaína semanales a Estados Unidos.

Para entonces, Escobar Gaviria tenía montado un sistema de distribución de cocaína a nivel internacional. Podía meter a los Estados Unidos un promedio mensual de mil quinientos kilos del alcaloide, y una cantidad similar la enviaba a los mercados europeos, con puente en Caracas, Venezuela. Por estas dos operaciones, Escobar obtenía de utilidad mensual unos setecientos millones de dólares.

A diferencia de la de Medellín, que tenía un líder central: Pablo Escobar, la organización de Cali consolidó su poder cuando agrupó a pequeños grupos de narcotraficantes o células, que aparentemente funcionaban de manera independiente. Sin embargo, informaban a un grupo o célula más grande, que a su vez reportaba esa información a los Rodríguez Orejuela, jefes máximos de Cali.

Con diferentes forman de operar, tanto Medellín como Cali durante años mantuvieron el control de sus respectivos laboratorios de procesamiento, métodos de envío y rutas; el de

la seguridad, el castigo y la disciplina y el soborno en relación con los funcionarios militares o policiales; establecían y mantenían vínculos gubernamentales, miembros del Congreso, los funcionarios federales y autoridades locales; el control sobre el blanqueo de dinero, los negocios y las empresas legítimas; el control sobre la representación de los traficantes capturados, contratación de grupos de presión y de representación en el extranjero.

Así quedaron desde entonces consolidados dos grandes cárteles: el de Medellín, dirigido por Pablo Escobar, el clan Ochoa y Rodríguez Gacha, que ejercían control sobre toda la Costa Atlántica; y el de Cali, dirigido por los Rodríguez Orejuela y Santacruz Londoño, con dominio en la parte sur del país.

Fue tanto el éxito alcanzado por esa asociación de narcos colombianos, que el gobierno de Ronald Reagan consideró su batida contra las drogas como un asunto de seguridad hemisférica. Para combatirlas desde el Caribe, puso en marcha una operación llamada South Florida Task Force, en 1982. La estrategia quedó bajo el mando directo del vicepresidente George Bush. Por los decomisos y los arrestos logrados, la estrategia aparentemente tuvo éxito. Sin embargo, muy pronto reveló que en realidad sólo había provocado que los traficantes usaran más las rutas de Centroamérica y México, propiciando, además, una asociación más estrecha entre los traficantes colombianos y mexicanos. Por su extenso conocimiento de la frontera y de las rutas de los Estados Unidos, los mexicanos actuaban como transportistas y revendedores.

Al principio, este paso se dio por la intermediación del presidente panameño Manuel Antonio Noriega (a la sazón nuevo socio de los capos colombianos que se ocultarían en Panamá tras el asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, en 1984). Con la ayuda de Noriega, los traficantes reorganizaron sus operaciones fuera del Caribe, a través de Centroamérica y México, que paulatinamente se fueron convirtiendo en las rutas por excelencia de la cocaína por

medio de pagos a las autoridades corruptas y a los traficantes mexicanos.

## 9.-Los barones de la droga; Medellín, Colombia, diciembre de 1983

Los ocho hombres, que vestían informales pero elegantes y caras ropas, estaban sentados frente a una enorme mesa de caoba cubierta con una tela roja. Hablaban de negocios. Eran los *barones* de la droga de Colombia, Bolivia y Perú; los intermediarios o “puente” entre los narcóticos ilegales y los consumidores; los que lucraban en un negocio que les generaba ganancias anuales cercanas a los diecisiete mil millones de dólares.

El colombiano Pablo Escobar, al que la gente conocía como *El Rey de la cocaína*, jefe nato del cártel de Medellín, era el más alto y robusto de los ocho. A sus cuarenta años, era general de Rodríguez Gacha, *El Mexicano,el* ex buscador de esmeraldas de treinta y seis años que desde 1976 se había convertido en el violento operador militar de la organización de su rubicundo jefe; Jorge Luis Ochoa Vázquez, de treinta y tres años, considerado como el número tres del principal grupo del mundo dedicado al tráfico de cocaína y mariguana; Carlos Lehder Rivas, de tereinta y tres años, que desde 1978 había creado una de las mayores infraestructuras del narcotráfico en la isla Norman’s Cay, que le había permitido a la organización introducir a Estados Unidos unas doscientas toneladas de cocaína mediante aviones provenientes de Colombia.

Estos tres hombres que flanqueaban a Escobar Gaviria, también eran sus principales socios en la docena de grandes laboratorios de cocaína diseminadas en Colombia y Panamá y de las plantas más pequeñas escondidas y diseminadas en la brumosa selva, las temperaturas extremosas de las montañas y

las agrestes florestas de los valles colombianos. Socios también lo eran en la exportación de las cien mil toneladas de mariguana que otras organizaciones asociadas, cada año, introducían a Estados Unidos.

Frente a los cuatro colombianos, en la misma mesa, estaba Roberto Suárez Gómez, uno de los narcotraficantes más poderosos y peligrosos del mundo al que sus paisanos, los bolivianos, conocían como *El Rey de la coca,* porque contaba con suficientes embarcaciones y aviones-incluso de despegue vertical artillados a los que ni la Fuerza Aérea de ese país podía hacerles frente-, para recorrer la región amazónica boliviana y traficar sin mayores problemas por la Cordillera de los Andes; actividades por las que cada año su organización obtenía unos dos mil millones de dólares, el doble de los ingresos de Bolivia por sus exportaciones tradicionales.

Con el apoyo de la CIA, *El Rey de la coca,* en 1980 prácticamente se hizo del poder político en su país. Corrompiendo al Ejército logró imponer como Presidente a su amigo el general Luis García Meza, y como ministro del Interior a su sobrino el coronel Luis Arce Gómez. De esta manera, durante dos años y bajo sus órdenes, su amigo y su sobrino gobernaron el país. Ese año, ante el disimulo o la complicidad de la CIA y con el apoyo de algunos militares de Argentina, el general García Meza y otros miembros del ejército boliviano prepararan el golpe de Estado que se conocería como “El golpe de la cocaína”. En realidad, la CIA colaboraba activamente en el tráfico de cocaína en Bolivia, donde los funcionarios gubernamentales a cargo de la lucha contra el narcotráfico se arriesgaban a sufrir tortura y muerte a manos de paramilitares bajo el mando del criminal de guerra nazi Klaus Barbie, también bajo protección de la CIA. Ayudado por la CIA, dos años antes *El Rey de la coca* había financiado la campaña proselitis-ta de Juan Pereda, candidato oficialista en las elecciones presidenciales convocadas por el dictador Hugo Banzer. Ahora, una vez que el presidente electo Hernán Siles Suazo tomara posesión, pensaba proponerle pagar la deuda externa de Bolivia (cuatro mil millones de dólares), si durante su gobierno no se le molestaba.

Al lado del capo boliviano, estaban Luis Malpartida, Carlos Lang-bert y Reynaldo Rodríguez López, *El Padrino,* jefes de las mafias peruanas que habían logrado colocar a la cocaína de su país como el principal producto de exportación de Perú, con ingresos anuales superiores a los cinco mil millones de dólares. Siguiendo el ejemplo de su colega boliviano, los tres incas mafiosos se habían colado a los principales partidos políticos peruanos y hasta, en el caso de *El Padrino,* la propia embajada de México en Perú. A Malpartida se le ligaba con el Partido Acción Popular, mientras que a Langbert, con la ARPA. Los tres narcotraficantes tenían hasta curules en el Congreso: Yashimura Montenegro, senador, y los diputados Reynaldo Rivera Romero y Guillermo Vargas Parodi, representaban los intereses de los mafiosos.

Rodríguez López, *El Padrino,* que mantenía en su nómina a los más destacados miembros del gobierno aprista, controlaba a los altos jefes de la Policía de Investigaciones del Perú (PIP) y tenía centrales telefónicas privadas con las que se enlazaba directamente con sus cómplices incrustados en el gobierno y la policía. A través de su agencia de viajes internacionales enviaba a México a jóvenes peruanos, para su posterior embarque como "ilegales" a Estados Unidos. En realidad esos "ilegales", a los que la embajada de México en Perú les vendía visa legal mexicana, eran sus "correos" que introducían grandes cantidades de droga a territorio estadounidense. *El Padrino,* también poseía un imperio financiero que consistía en cientos de propiedades en México, Estados Unidos, Panamá, Colombia y Perú. Sólo en Perú, tenía cerca de ciento cincuenta empresas y propiedades.

-A como se están dando las cosas, me pareció conveniente hablar cuanto antes con ustedes-dijo Pablo Escobar a los siete hombres que le escuchaban con atención. Tenían poderosos motivos sino para rendirle pleitesía, sí para brindarle ciertas cortesías: Era un hombre que no titubeaba en ordenar el asesinato de sus rivales e incluso sus amigos; además, era su principal comprador.

-¿Qué puede ser tan importante para hablar en este momento?-se animó a preguntar el no menos influyente y

temido capo boliviano, *El Rey de la coca*, el más viejo de los siete y quien realmente controlaba a los miles de campesinos bolivianos productores de la hoja de coca, materia prima de la cocaína.

-Casi nada. Ahora que el Congreso me quitó la inmunidad, Estados Unidos ha orquestado una campaña para vincularme con ustedes. Y no lo olviden, si caigo yo, también caerán ustedes-dijo con enojo y a manera de advertencia Escobar.

-Don Pablo, tengo entendido que todo comenzó desde que *El Espectador* le recordó aquel asunto de 1976, en Itagüi, en el que se perdieron treinta y nueve kilos de mercancía, ¿no es cierto?-dijo el peruano Rodríguez López, *El Padrino*, pretendiendo presumir de sus competentes fuentes de inteligencia.

-Eso es aparte-mintió, malhumorado, Escobar-. A su tiempo se la cobraré a su directorcito. Lo importante ahora es que los gringos quieren desmantelarnos. A través de la DEA, tratan de imponer a los de Cali. ¿Entienden?

-Los Orejuela son sólo títeres de la DEA-coincidieron los peruanos Malpartida y Langbert, que junto con Rodríguez López habían entrado al negocio, proporcionando la hoja de coca y desde un año antes ya preparaban la pasta base de la cocaína. El proceso de cultivo y preparación lo realizaban en las zonas andinas y amazónica con campesinos indígenas.

Gonzalo, *El Mexicano*, sonrió al oír el apellido de los Orejuela:

-Los Orejuela nada más son bravucones-dijo siniestramente el hombre que se había hecho temible durante las violentas vendettas de Muzo y Somondoco, cuando se dedicaba a buscar esmeraldas en la Cordillera Oriental colombiana; el capo que hábilmente había creado y dirigía los grupos paramilitares con los que el cártel de Medellín “resolvía” sus problemas y se deshacía de sus no pocos enemigos.

-No se trata sólo de los Rodríguez Orejuela-replicó hoscamente Carlos Lehder, a quien la DEA les seguía muy de cerca sus pasos, por considerarlo uno de los más inteligentes y audaces jefes de Mede-llín-. Se trata de que los gringos quieren nuestras cabezas.

-Los gringos son unos boludos hijos de la chingada- machacó Jorge Luis Ochoa Vázquez, el hombre al que unos meses antes la CIA le había buscado para que la gente de Medellín transportara armas a la Contra sandinista, a cambio de permitirles que varias avionetas repletas de cocaína aterrizaran en el aeropuerto de Miami. Las aeronaves llegaron custodiadas por los antisandinistas y varios agentes de la CIA-. Por qué ahora nos sorprende que intenten jugarnos esa trastada, con el apoyo del gobierno colombiano que incluso está negociando nuestra extradición con ellos.

-Ese es otro asunto que no debemos perder de vista- intervino igual de preocupado Escobar Gaviria que, antes de la exhibición de *El Espectador,* se presentaba como un exitoso empresario de autos usados, mientras que Jorge Luis justificaba sus ingresos con la importación de toros de lidia.

-Prefiero una tumba en Colombia que una cárcel en Estados Unidos-vaticinó *El Mexicano*, ante la aprobación de sus siete compañeros con los que continuó sus deliberaciones hasta muy entrada la noche; hasta que agotaron todos los asuntos de negocios que allí les había reunido desde cosa del mediodía.

Cuando abandonaron aquella suntuosa finca de Medellín, los ocho hombres de Colombia, Bolivia y Perú, estaban convencidos que frente a ellos había un grave problema, cuya solución inmediata no había tenido un consenso unánime. Sin embargo, se habían sentado las bases para lo que se conocería como el “narcoterrorismo”.

El narcoterrorismo, sería la etapa más violenta que viviría Colombia durante toda la década de los años ochenta. Después de aquella reunión, cada año las calles de Colombia se tiñeron con la sangre de las veinticinco mil personas que eran asesinados. Entre ellas estaban el ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, Guillermo Cano, director del periódico *El Espectador;* el líder de Partido Liberal y candidato presidencial de Colombia, Luis Carlos Galán; los candidatos presidenciales Carlos Pizarro Leongómez, líder del M-19, y Bernardo Jaramillo Ossa, líder de la Unión Patriótica, y la hermana del

secretario de la Residencia durante el Gobierno de Virgilio Barco, Marina Montoya.

Las masacres comenzaron a raíz de que en 1983, el diario *El Espectador* publicó una serie de reportajes en los que se revelaban los nexos de Escobar Gaviria con aquellos hombres de Colombia, Bolivia y Perú. En respuesta, el Congreso le quitó su inmunidad parlamentaria, y se abrió el camino para que las autoridades empezaran a perseguirlo. Simultáneamente, el ministro de Justicia Lara Bonilla inició una investigación en su contra, al comprobarse la presencia de dineros ilícitos en la política colombiana. Pablo Escobar respondió como sólo él sabía hacerlo: el asesinato.

Para cubrir de sangre al país, Gaviria echó mano de los grupos paramilitares que creó y dirigía su socio Rodríguez Gacha. Grupos de criminales que convirtieron a *El Mexicano* en uno de los hombres más temibles de todo Colombia. Mediante esos grupos, el cártel de Medellín "resolvía" sus problemas con la guerrilla colombiana, cometía los más terribles atentados terroristas contra el Estado, y se deshacía de sus no pocos enemigos. Con la creación de esos grupos, afloró una de las principales características de Gonzalo: la brutalidad. Peculiaridad con la que infundía real temor entre el resto de los nar-cotraficantes colombianos. Por eso, al cártel de Medellín nadie osaba engañar o retar. Quien lo intentó, no tuvo tiempo para contarlo.

En la década de los ochenta, Rodríguez Gacha reestructuró y modernizó la seguridad del cártel. Financió la adopción de tecnologías, conocimientos e inteligencia en seguridad. Sus operaciones en este aspecto eran tan discretas que, en 1987, buena parte del país sólo se enteró de éstas cuando el dirigente de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal, lo denunció públicamente como traficante de drogas y jefe paramilitar. La respuesta de Rodríguez Gacha fue inmediata: lo mandó a matar. El domingo 11 de octubre de 1987, el abogado y líder político de la Unión Patriótica, fue asesinado al regresar de La Mesa, municipio de Cundinamarca, a Bogotá. Fue interceptado cuando se movilizaba en un camper con su esposa Gloria y sus hijos Iván, Edison y Fernando. Su homicidio fue uno de los

tantos que el cártel de Medellín ordenó contra los integrantes de la UP. Año y medio después, en 1989, también serían muertos Bernardo Jaramillo Ossa y José Antequera. Antes de Pardo Leal, en los últimos dos años habían caído cuatrocientos setenta miembros de ese grupo político. Homicidios que se le atribuían a los paramilitares.

Para fortalecer a sus paramilitares, entre diciembre de 1987 y mayo de 1988, Rodríguez Gacha contrató mercenarios británicos e israelíes para que entrenaran a sus sicarios, entre ellos Yair Klein, un teniente coronel retirado del ejército israelí que lideró un puñado de instructores en Puerto Boyacá, en 1988. Fue así como *El Mexicano* se convirtió en el principal comandante del Narcoparamilitarismo de Colombia, y fortaleció su ya de por sí catadura de asesino.

Con este tipo de grupos paramilitares, además de Rodríguez Gacha, por supuesto, importantes sectores de la Fuerza Pública descubrieron que era posible realizar un *trabajo sucio* mucho más efectivo contra el movimiento guerrillero, sin comprometer la imagen de sus instituciones.

Desde entonces, *El Mexicano* empezó a comprometerse de manera directa, facilitando la infraestructura y el dinero suficientes. Había descubierto que la violencia-lo que más lo caracterizaba precisamente a él-, podría acercarlo de manera importante con las Fuerzas Públicas de su país y, además, le permitiría atacar con mayor fuerza a los guerrilleros que no sólo amenazaban su libertad personal y su riqueza, sino también a sus pistas, laboratorios y propiedades en las zonas donde operaba o tenía influencia. Así nacieron sus grupos paramilitares en Colombia, como un mecanismo de defensa contra los enemigos del Estado y no contra el Estado, a cambio éste puso a su servicio a los policías y los soldados como recurso de violencia.

Además de los asesinatos ya citados, entre muchos otros, mediante los grupos de asesinos formados por *El Mexicano,* Gaviria también ordenaría hacer estallar en pleno vuelo un avión de Avianca, con el fin de matar al entonces candidato César Gaviria, quien milagrosamente salvó la vida al no abordar la aeronave por consejo de sus asesores, con un saldo

de ciento siete muertos; haría estallar un coche bomba al frente del edificio del DAS, la policía secreta colombiana, para dar muerte a su director el general Miguel Alfredo Maza Márquez, quien resultó ileso a pesar de que el inmueble quedó semidestruido. El atentado causó la muerte a unas setenta personas y más de doscientas resultaron heridas.

# TERCERA PARTE

(1983-1987)

# CAPITULO III

## Enrique Camarena Salazar; Guadalajara, Jalisco, 1983

El ex marine de los Estados Unidos y ahora agente encubierto de la Drug Enforcement Agency (DEA), Enrique Camarena Salazar, operaba desde la oficina que la agencia tenía en la sede del Cónsulado estadounidense en Guadalajara, Jalisco. Había llegado en 1981 procedente de Calexico, California, donde antes de unirse como agente había trabajado como policía municipal y bombero. En 1982, el jefe de la DEA en Guadalajara Roger Knapp, agente antinarcóticos desde 1967, de cuarenta años, recibió la orden de diseñar un plan para atrapar a Félix Gallardo, al que denominó Operación Padrino. Su segundo en el mando era el veterano James Kuykendall, agente federal desde 1957. Junto con Knapp, Kuykendall y Camarena, Víctor Shaggy Wallace y Tony Ayala, eran los cinco agentes de la DEA radicados en Guadalajara, cuya principal misión era desbaratar la organización de Miguel Ángel y atraparlo tanto a él como a sus socios. Además de los de Guadalajara, para ese entonces la agencia tenía otros treinta agentes repartidos en la ciudad de México, Monterrey, Hermosillo, Mazatlán y Mérida. Veinte más entraban y salían del país cada vez que lo creyeran conveniente, realizando tareas temporales.

Para su segundo año de trabajo, Camarena ya se había ganado la confianza de Miguel Ángel y sus principales socios.

Hasta se había hecho compadre de Rafael Caro Quintero, cuando el sinaloense, con agrado, aceptó ser padrino de "Presentación" de uno de sus tres pequeños hijos.

Los sinaloenses, que no desconocían que el cachanilla (como se les dice a los nacidos en Mexicali, Baja California) de treinta seis años era un agente encubierto de la DEA, sólo movieron la cabeza de un lado a otro cuando Camarena, en confianza cierto día les dijo:

-¡Somos hombres, amigos!, ¿o no? Conmigo no hay *pedo*. Ustedes a su chamba y yo a la mía, como hasta orita.

Hacía casi ocho años que Camarena había ingresado a la DEA. Emular o superar las hazañas de Sante *Sandy* Bario como agente encubierto de la agencia, fue lo que le convenció a unirse a la DEA. Pero cuatro años después supo que algo andaba mal en la Agencia, al enterarse que *Sandy* había sido envenenado en la cárcel donde se le mantenía como presunto responsable de haber conspirado con uno de sus informantes en el contrabando y la distribución de once kilos de cocaína. Tanto él, como muchos otros agentes de la Agencia, en secreto y no tanto, estaban convencidos de que había sido asesinado, por la propia DEA o la CIA, por lo mucho que sabía de la participación oculta del Gobierno de los Estados Unidos en el tráfico de drogas.

La noticia fue más que un shock para Camarena. Aunque no lo había conocido, por referencias de sus propios compañeros de la Agencia, sabía que Sandy había sido uno de los agentes encubiertos más condecorado; que con la más profunda convicción, su vida la había dedicado a combatir al mayor enemigo de todas las sociedades del mundo: las drogas. Por lo mismo, Sandy era una leyenda entre los agentes encubiertos.

Tal vez por ello, cuando en 1981 se le trasladó a México, el último país donde había trabajado Sandy, lo primero que se preguntó es ¿qué tanto valía la pena arriesgar la vida por una Agencia que no dudaba en manchar la reputación de hombres limpios y valientes como Sandy, y luego deshacerse de ellos, envenenándolos?

Por otro lado, tanto él como Kuykendall, Wallace y Ayala estaban enterados que a los agentes del FBI les daban un extra

de veinticinco mil dólares al año, por trabajar en México, y a ellos nada, y Knapp (el jefe de la DEA en Guadalajara) no decía nada. "Qué le importa. Él pronto se retirara, con su buena lana., jefe de mierda", pensaba Camarena.

-Es como si quisieran que nos hicieramos de un soborno, el robo de dinero y drogas, o cualquiera de las otras formas con las que un oficial de policía puede cruzar la línea-agregaba Camarena a sus tres compañeros radicados en Guadalajara.

¿De que otra manera podían pensar aquellos agentes de la DEA en México, enterados de cómo el Gobierno estadounidense-mediante la CIA-apoyaba a los mismos traficantes de drogas que ellos arrestaban, después de semanas, meses y hasta años de trabajo de inteligencia? Lo sucedido a Michael Levine, el veterano que durante más de dos décadas había trabajado encubierto para cuatro agencias federales, era siempre recordado por Camarena. Sobre todo porque había trabajado con Sandy y era un convencido de que a Sandy lo había sacrificado la propia Agencia, cuando descubrió qué tanto ésta se había involucrado con la mafia mexicana de los narcóticos.

Como agregado de la DEA desde 1978 en Argentina y Uruguay, a principios de 1980, en Buenos Aires, Levine armó una operación en contra del boliviano Roberto Suárez Gómez,-uno de los narcotraficantes más poderosos y peligrosos del mundo conocido como *El Rey de la coca*-. Eran los años de la llamada *Guerra Sucia*, cuando los escuadrones militares desaparecieron a miles de jóvenes argentinos por ser activistas políticos. Años también en los que Estados Unidos declaró la guerra contra las drogas y para ello Levine estaba centrado en Argentina.

Una vez que Levine penetró a la organización de *ElRrey de la coca*, éste le ofreció miles de kilos de cocaína al mes, cuando la mayor incautación de drogas en esos tiempos era de poco más de doscientos kilos. Levine contactó a Suárez Gómez mediante Marcelo Ibaez, ex ministro de agricultura de Bolivia. Para reunir los "miles de kilos de cocaína", Suárez Gómez agrupó a todos los productores de la droga en Bolivia en una

organización a la que denominó "La Corporacion".

Con esa información, Levine fue a la DEA. Solicitó recursos y aprobación para diseñar una operación que llevara la captura del capo boliviano. Grande fue su sorpresa cuando en la DEA le dijeron que Suárez Gómez trabajaba para la Agencia, y que exageraba, pues el capo no tenía la capacidad para reunir los "miles de kilos de cocaína" que le ofrecía ni mucho menos el poder de convocatoria entre todos los productores de la droga en Bolivia, su país de origen. Dispuesto a atraparlo, Levine acudió la CIA, sólo para comprobar que la Agencia de inteligencia estadounidense también apoyaba al mafioso.

Aún así, siguió frecuentando a los bolivianos, fingiendo ser un representante-comprador de drogas de la Mafia. Esto, eventualmente obligó a la DEA a simular una operación que a todas luces no llevaría a la detención del boliviano. Ante ello, Levine integró un equipo de agentes encubiertos que creían en él. Para ello, contó con el apoyo del Gobierno civil de Bolivia, encabezado por Lidia Gaylor. La operación terminó con la incautación de cerca de mil libras de cocaína, y la captura de algunos traficantes, pero no la de Suárez Gómez.

Sus esfuerzos, sin embargo, resultaron vanos. Semanas después, en julio de 1980, Levine observó cómo la CIA apoyaba a los mismos individuos que había arrestado, acusado e identificado como los mayores traficantes de drogas en la historia, durante su toma de posesión en el nuevo Gobierno (militar) de Bolivia impuesto por el propio Suárez Gómez.

En efecto, con el apoyo de la CIA *El Rey de la coca* en 1980 prácticamente se hizo del poder político en su país. Corrompiendo al Ejército logró imponer como presidente a su amigo el general Luis García Meza, y como ministro del Interior a su sobrino el coronel Luis Arce Gómez. De esta manera, durante dos años y bajo sus órdenes, su amigo y su sobrino gobernaron el país. Ese año, ante el disimulo y la complicidad de la CIA y con el apoyo de algunos militares de Argentina, el general García Meza y otros miembros del ejército boliviano dieron el golpe de Estado que se conocería como "El golpe de la cocaína".

Conclusión: la CIA colaboraba activamente en el tráfico de

cocaína en Bolivia.

Con la asunción de los militares al poder en Bolivia, Levine confirmó que la guerra contra las drogas estadounidense sólo era un arma más en la política. Como todavía lo era en 1983, año en el que el agente encubierto Camarena Salazar recordaba los casos de Levine y Sandy Bario. Casos que, al final de cuentas, sólo revelaban que para el gobierno norteamericano las drogas eran herramientas políticas y económicas, y que el valor de la vida de sus agentes antinarcóticos no valía nada, pues sólo eran peones de sacrificio en la comedia política llamada guerra contra las drogas. Eso ahora lo sabía Camarena.

## 2.-Juan N. Guerra; Matamoros, Tamaulipas, diciembre de 1983

La gente que estaba fuera del velatorio, más en señal de temor que de respeto, bajó la cabeza cuando el avejentado Juan Nepomuceno Guerra-apoyándose firmemente con la mano derecha del brazo de uno de sus guardaespaldas, lenta y trabajosamente-, apareció por la amplia puerta para abandonar el lugar. Aunque le dolían todos los huesos, no permitía que su semblante acusara dolor y mucho menos debilidad. Sus fríos ojos miraban a todos y a nadie en especial, como si nadie le importara. Su cara, inexpresiva y enigmática, era el retrato mismo de la esfinge. A sus casi setenta años, y con achaques propios de un anciano, aparentaba más edad.

A su izquierda, ajustando sus pasos a los de don Juan, iba el gobernador Emilio Martínez Manautou, cuatro años más joven, con gafas de sol y sobrio traje gris oscuro. Con su rostro y manos bien cuidadas, el pelo perfectamente peinado y finas y estudiadas maneras, parecía un otoñal galán de televisión. Se guardaba de sostener el brazo del viejo para ayudarle a andar. Sabía que no lo consentía.

Otro hombre con ropa informal oscura y gafas ahumadas, abrió la puerta trasera del lado de la acera del lujoso vehículo

aparcado frente al edificio de la funeraria. Con dificultad, don Juan se instaló en el confortable asiento de crujiente piel. El ayudante cerró la puerta con suavidad, dio vuelta al auto y abrió la otra puerta trasera para el mandatario estatal.

Los dos eran viejos amigos, y aliados en los negocios. Con el apoyo de don Juan, Martínez Manautou había empezado su carrera política en Matamoros, como regidor del Ayuntamiento, a principios de la década de los sesenta. A pesar de que Manautou en 1962 se consideró con la fuerza suficiente para competir electoralmente por la gubernatura, el PRI tuvo que aceptar la candidatura de Praxedis Balboa, también impulsado por el cacique, al no poderse ocultar las estrechas y muy conocidas relaciones de su cuñado, Augusto Cárdenas, ex alcalde de Matamoros, con el grupo de traficantes de droga de don Juan. El cacique, que de hecho había trabajado para utilizar a cualquiera de sus dos prospectos como instrumento para proteger su negocio, una vez que Praxedis llegó al Palacio del Gobierno estatal, maniobró para que su hermano menor, Roberto Guerra Cárdenas, fuera nombrado jefe de la Oficina del Fiscal de Tamaulipas, paradójicamente la responsable, entre otras cosas, de combatir el contrabando. Y más paradójico que una década más adelante, en 1972, otro protegido de don Juan, Enrique Cárdenas González, fuera nombrado por el presidente Echeverría secretario de Investigación Fiscal de la Secretaría de Hacienda, dependencia federal responsable, entre otras delicadas funciones, de combatir el contrabando fronterizo, una de las principales actividades ilícitas-junto con el narcotráfico-, de su amigo don Juan. Tres años después, 1975, Cárdenas González renunció a la posición federal para aceptar la candidatura del PRI a la gubernatura de Tamaulipas, cargo que ejerció de 1976 a 1981 al ser relevado por el doctor Martínez Manautou, que ahora viajaba al lado de su viejo amigo y aliado en el negocio que, en Tamaulipas, bajo su administración, repuntaba como jamás antes.

-Vamos para el rancho-ordenó don Juan al chofer mientras el coche avanzaba lenta y silenciosamente, seguido de dos autos donde viajaban la escolta personal del gobernador y los

tres ayudantes del avejentado cacique. El doctor Martínez empezó a hablar con suavidad y jovialmente:

-¿Oyó, don Juan, al enterrador del velatorio? "Hasta pronto, señor gobernador", me dijo el muy pendejo. "Chinga tu madre", me guardé de contestarle yo.

Al escuchar al gobernador, una sonrisa se dibujó en los labios de don Juan. Con sus huesudos dedos se acomodó sus ralos y canos cabellos, mientras observaba como el doctor Emilio Martínez intentaba ajustarse su fina corbata de seda.

-A lo mejor tiene razón ese cabrón, gobernador. Mucho antes de lo que creamos o quisiéramos, nos verá llegar a todos-dijo don Juan con resignación. Carraspeó y luego agregó-: Míreme, Emilio, usted y yo hemos visto morir a muchos cabrones más jóvenes que nosotros. Yo cumpliré setenta en julio y me siento como de cien. El amigo ese que apenas dejamos en una caja, sólo tenía setenta y uno. Ni hablar, gobernador, todos vamos para allá.

-Usted nos enterrará a todos, don Juan-dijo no muy convencido el médico metido en la política.

-¡No, qué va! Eso mismo le decía yo también, hace poco, al amigo ese que hace un rato dejamos en una caja en la funeraria.

Por un instante viajaron en silencio. Luego, don Juan repitió su máxima, aunque más para él mismo que para su interlocutor, que ahora intentaba acomodar el nudo perfecto de su fina corbata:

-Ni hablar, gobernador, todos vamos para allá.

El lujoso vehículo entró en el jardín de la casa de don Juan, seguido de los dos autos con las respectivas escoltas personales del mandatario estatal y del viejo cacique.

-Dile a tus compañeros y a los muchachos del señor gobernador, que hay bebidas y galletas en la cocina-dijo a su chofer don Juan, apenas éste apagó el motor-. Ah, y que alguien nos atienda a nosotros, estaremos en el patio.

Los dos caminaron hasta un enlosado que daba a una ancha extensión de césped bordeada por unos setos bien recortados. En el lugar había rosales y otras flores debidamente cuidadas. A la sombra de un gran árbol, los dos viejos amigos se sentaron en sillas de hierro forjado con mullidos cojines, junto a una

gran mesa del mismo material y cubierta de vidrio. Instantes después salió una joven y delgada mujer con una bata de colores chillones, que hizo alzar el ceño a don Juan. Tenía el pelo teñido de rubio y grandes y hermosos ojos color esmeralda. El gobernador creyó haberla visto en algún lugar, “tal vez en El Piedras Negras o cualquier otro putero”, pensó, pero se guardó el comentario. La joven llevaba una bandeja de porcelana, de la que, después de saludar y sonreír cortésmente al visitante y besar en la mejilla al ceñudo don Juan, fue sacando platitos y tazas con humeante café de olla, cucharillas de plata, servilletas de tela, azúcar, y una pequeña porción de galletas. Con una sonrisa en los labios, y moviendo con exageración las sinuosas nalgas, se retiró y entró otra vez en la casa a través de una puerta corrediza.

-Bueno-comentó el gobernador algo turbado-. Conque así están las cosas, don Juan.

El viejo quitó el adusto ceño y movió la cabeza afirmativamente, despacio. Antes de hablar permaneció quieto, mirando como la luz de la tarde comenzaba a retirarse, para dejarle lugar a las sombras de la incipiente noche.

-Mire, gobernador, si no me muevo, pronto también a mí me llevarán a la funeraria-dijo-. La hoy olvidada Operación Cóndor del setenta y siete, fue el pretexto para que un grupo de cabrones hoy nos quieran hacer a un lado, aunque digan que no. Desde hace unos tres años, traen el rollo de hacer una asociación o federación, que sepa la chingada con qué se come eso. Tiene gracia, nosotros empleábamos técnicas más efectivas que la labia: el plomo. Pero esos hijos de la chingada nos quieren engañar con la palabrería, de que para dominar mejor el mercado, debemos organizarnos. Dicen que lo podemos hacer ejerciendo el monopolio; limitando las zonas reservadas para cada uno de los socios; no sobrepasando un máximo de producción, tampoco el precio fijado, ni realizando ventas directas. Los muy cabrones-agregó mirando con frialdad a su invitado-, quieren convertir a ese grupo en comprador y vendedor único, como si fuera una cooperativa. La idea es buena, no lo niego, siempre y cuando la ambición no cambiara a los hombres. Doctor, que no se hagan pendejos; el hombre,

desde que nace ya trae esa maldición. Pero algunos como yo, no nos dejamos engañar. Esos sinaloenses quieren que les demos el mundo en una bandeja de plata, para luego darnos una patada por las nalgas y despojarnos de todo. Yo, por mi parte, no le entro.

Mientras escuchaba, los ojos del gobernador se clavaban en flores que embellecían aquel plácido lugar, que comenzaba a inundarse del aire nocturno. Cuando su viejo amigo cesó de hablar, Emilio Martínez dejó de mirar la floresta y se volvió para verle a sus acuosos ojos.

-Es verdad lo que usted dice, don Juan. Miguel Ángel y su grupo, quieren tener el control del negocio, operando desde Guadalajara, a donde llegaron al salir de Sinaloa. Y han avanzado en sus intenciones. Desde que murió don Pedro Avilés, Félix Gallardo se hizo de su organización y la ha impulsado como nadie. Tiene en un puño a los altos mandos del Ejército, creo que con la ayuda del jefe militar de Jalisco, Federico Amaya Rodríguez. Dicen que Amaya creó las condiciones para formar el grupo Guadalajara, en el que también están el hondureño que trabajó con Sicilia Falcón, Matta Ballesteros. Puro hijo de la chingada, don Juan-dijo el gobernador, que presumía de su retentiva mental-. Y así quieren que se les respete y confié en ellos.

-La Operación Cóndor fue una mamada del gobierno-insistió con vehemencia el cacique-. Inició a principios de 1977, si mal no recuerdo, con la participación de muchísimos, miles de soldados bajo las órdenes del general Hernández Toledo, por parte del ejército, y de nuestro paisano y amigo el comandante Aguilar Garza, por la PGR. Que me disculpe Carlitos, pero sólo se dedicó a trabajar para Miguel Ángel durante todo el tiempo que duró la Operación. Cierto, usted recordará, doctor, jamás se metió con nosotros, pero tampoco se vale que para justificarse sólo se haya dedicado a chingar a puros jornaleros, con los que también se ensañaron sus comandantes (Pedro Antonio Hernández Garza, Jorge Olmos Fuentes, Enrique Rossano Maldonado) y sobre todo Cruz López Garza, el mismo que después se *cargaría* a don Pedro, su amigo.

“Que se vayan a chingar a su madre los sinaloenses. Hombres como yo estaríamos perdidos frente a esos cabrones, si no nos movemos y seguimos trabajando como hasta ahora: sin su ayuda. Ese Miguel Ángel hace castillos en el aire. Por un lado dicen que se agrupan para tener mejor control del negocio, y por otro se alían con los federales de la DFS, quesque para convertirse en compradores y vendedores únicos. Bueno, ¿ qué no se dan cuenta que los federales sólo los utilizan para llevarse la mejor parte de lo que antes era sólo nuestro, sin exponerse?”

-Y que todavía lo es-apuntó sin convencimiento el gobernador.

-No-dijo el viejo-. Ahora también es de los federales. Porque Miguel Ángel, acuérdese usted, desde antes de que muriera don Pedro, ya trabajaba con el general Durazo y Sahagún Baca, así como con Ventura, Díaz Laredo, Pérez Hidalgo, y *El Chato* Ibarra, sin olvidar, desde luego, al jefe y los comandantes de la DFS (Zorrilla Pérez, Rafael Aguilar Guajardo, Rafael Chao López, Daniel Acuña Figueroa, Felipe Aparicio Núñez, Galo Gutiérrez) y muchos más de esos cabrones...

-Mucha codicia-dijo el gobernador, en cuyo gobierno el narcotráfico estaba registrando un repunte exponencial-. ¿Pero qué se puede hacer desde aquí, don Juan?

Los fríos ojos del viejo se encendieron, adquirieron un fulgor más oscuro.

-Mire, Emilio-declaró inclinándose hacia delante, como estudiando el rollizo rostro de galán otoñal de telenovelas del gobernador-, con inteligencia y buscando nuevas relaciones políticas podemos crecer, tanto o más que los sinaloenses. Después-los ojos del viejo destellaron con malicia-, ya veremos... Los tamaulipecossomos diferentes, muy diferentes, a los sinaloenses.

El gobernador movió la cabeza afirmativamente, en grave asentimiento.

-Somos diferentes-repitió don Juan-. Estoy hablando de los ta-maulipecos verdaderos.

El viejo mafioso apuró un trago de café que ya estaba frío y amargo, para luego proseguir:

-Usted, doctor Emilio, aunque es un hombre culto, educado, refinado y trabaja para el Gobierno, es lo mismo que nosotros. Yo ya no tengo mucha fuerza física. Mi tiempo ya pasó. Pero-señaló la sien con su tembloroso índice-, aquí tengo todo lo que necesito para seguir siendo Juan N. Guerra.

-Si, don Juan, usted tiene la fuerza de la inteligencia y la voluntad para ser eso y mucho más-dijo, zalamero, el mandatario.

-Lo mejor, doctor-agregó complacido don Juan-, conozco los vericuetos de la naturaleza humana y tengo la paciencia suficiente para saber esperar, algo que ya no es muy común en los jóvenes de hoy. Y si a eso sumamos que cuento con el hombre que posee la fuerza de la juventud que yo ya he perdido, estamos del otro lado. Si juntamos la experiencia de los años y la fuerza de la juventud, y si las sabemos utilizar, resultará una peligrosa combinación... Por eso estoy seguro que es tiempo de evitar que los sinaloenses se apoderen de todo, que nos hagan a un lado. Sé que puedo hacerlo, antes que el enterrador venga por mí.

-Miguel Ángel y su grupo no se lo van a permitir tan fácilmente... Son gente mala, don Juan-apuntó con real preocupación Emilio Martínez-. Tienen muchísima gente que le hace el trabajo sucio. Acuérdese lo que le sucedió al mismísimo Avilés y a sus hombres que le acompañaban.

-¿Qué son malos esos hijos de la chingada?-escupió despectivamente don Juan-. ¿Y nosotros a poco somos unas blancas palomitas? No, gobernador, yo sé cómo mandarlos a chingar a su madre.

-Tiene usted toda la razón-concedió Emilio Martínez-. Pero también yo cuando le digo que habrá que moverse con cautela.

-Escuche y entiéndalo bien, señor gobernador-dijo suavemente el viejo, señalándose otra vez la sien derecha con su huesudo índice-. La solución está aquí... y en saber esperar.

El doctor Emilio Martínez Manautou asintió en silencio. Miró a don Juan y bebió el amargo y frío café, mientras las sombras cubrían por completo aquella tarde de principios de 1984.

# 3.-En “El Piedras Negras”; Matamoros, febrero de 1984

Juan García Ábrego estaba tan aburrido como podría estarlo una ostra en su concha. Tiró el periódico a su lado, en el sofá, y con fastidio resopló el aire caliente de sus pulmones. Su atractiva amante intentaba poner orden en el dormitorio. A través de sus ajustados jeans él le miró las nalgas y recordó que hacía días que no se metía a la cama con ella.

¿Te vas a quedar esta noche?-dijo la mujer con coquetería y mohín prometedor.

Dejó de tener relaciones sexuales con la joven, no porque ya la encontrara fea o hubiera dejado de complacerle sus caprichos sexuales. La verdad era que sentía que se estaba involucrando de más, y como él era un hombre que le gustaba exigir sin dar nada a cambio, o comprometerse, decidió abrir un vacío, como una efectiva forma de tocar retirada. Cuando ella detectó aquella actitud, le exigió que hablara claro. Él, que se había propuesto no lastimarla, le echó un rollo sobre el agotamiento sexual natural en los hombres que se acercan a los cuarenta, sus muchas preocupaciones en el trabajo. Ella, que en verdad le amaba, de momento le creyó, pues estaba cierta de que todo aquello era sólo una crisis emocional pasajera de Juan que, en efecto, ya pisaba los cuarenta. Esperaría. Desde entonces, entre ambos se dio una singular relación que los unía y al mismo tiempo los separaba.

-No, no creo. Tengo trabajo-contestó Juan.

-¿Qué trabajo se puede hacer de noche?-preguntó ella un tanto desanimada.

-El de siempre-atajó él, en un intento por no seguir con aquellas incómodas preguntas.

Aunque no tuviera nada qué hacer, él asistía a su oficina de Sendero Nacional o a ver a *El Cacho.* Otras veces, iba con las mujeres que con regularidad le llevaban alguno de sus amigotes.

Sonó el teléfono de la casa, y Juan esperó a que lo contestara

la mujer. Él, por costumbre, jamás lo hacía. Oyó con curiosidad como cambiaba el tono de su voz, y vio que, tapando con la mano la bocina, desconcertada, le entregaba el aparato, mientras con real sorpresa le decía:

-¡Es don Juan, tu tío!

Al oír que era su tío, que en los últimos años jamás le había llamado por teléfono, con desconcierto, pero intrigado, Juan casi brincó del sofá para tomar el aparato y contestarle. Después del clásico "buenas tardes, y "¿cómo estás?", el viejo preguntó que cuándo podrían platicar.

-El día que tú me indiques, tío-contestó con emoción Juan.

-Entonces ven a buscarme mañana mismo.

-¿A tus oficinas?

-No, al Piedras Negras. Antes de la comida. Quiero hablar contigo, lo más pronto posible.

-¿Te pasa algo, tío? ¿Te sientes mal?-preguntó con sincera preocupación.

-N'ombre, sobrino. Estoy bien. Sólo quiero hablar contigo. Conocer tu opinión de algunas cosas que pueden ser de tu interés. Después quiero invitarte una buena comida.

-Entonces mañana allí te veré, tío-dijo Juan, complacido, y colgó el teléfono.

-¿Qué pasa?-preguntó la mujer que, con suma curiosidad, había seguido las breves palabras de su hombre.

Para la mujer, como para la mayoría de los tamaulipecos, el nombre de Juan N. Guerra significaba poder y dinero. Era sabido que en el estado y buena parte de la franja fronteriza, nada se movía sin su aprobación; que era un hombre al que lo mismo se le respetaba como temía. Ella sabía a qué se dedicaba Juan y de los "encargos" que a través de Casimiro o cualquiera otro de sus hombres, el anciano le daba a su pariente, como una forma de proporcionarle dinero extra. Ella, pues, no era ingenua, aunque a los ojos de Juan simulaba serlo.

-Nada-contestó Juan secamente.

-¡Nada!-repitió ella con amargura, lanzándole una mirada asesina. Le dio la espalda y continuó tratando de poner orden en su hogar.

Lascivo, Juan fijó su mirada en las sinuosas nalgas de su

mujer, y recordó que hacía tiempo que no se metía a la cama con ella.

Juan llegó al "Piedras Negras", cerca del Palacio Municipal, en pleno centro de Matamoros. Era una hermosa y fresca tarde. En la puerta del restaurante-bar había cuatro individuos con tipo de mafiosos de película de cine, que dejaron de hablar y comedidamente se hicieron a un lado para permitirle el paso. Él les saludó con una leve inclinación de cabeza y traspasó la puerta. Al identificarlo y saludarlo cortésmente, uno de los empleados del lugar le acompañó a la mesa reservada especialmente para su tío. Don Juan apareció minutos después. Le acompañaban dos ayudantes.

Cuando llegó, las mesas aledañas a la de su sobrino ya estaban ocupadas por las personas que esperaba estuvieran presentes como "testigos de honor": contrabandistas, pistoleros y mafiosos de todos los calibres.

Se saludaron con un fuerte abrazo. Juan era mucho más corpulento que su tío, y su aspecto más apacible que el del *Padrino de Matamoros.* Además, era más elegante. Llevaba un traje gris cortado a la medida y una camisa de seda estampada. Su pelo estaba cortado a navaja, su negro bigote aparecía perfectamente delineado y sus manos mostraban un esmerado cuidado. Era un hombre distinto al campesino de cuatro años antes. Se acomodó en su silla y, más por cortesía que por cualquier otra cosa, aduló a su flaco y calvo pariente que sonriente le miraba:

-Tío, tienes mejor aspecto, ahora que te has dejado atender por los doctores-luego, con interés, le preguntó:-¿Quién logró convencerte? ¿Cómo está la familia? ¿Cuándo nos reunimos todos juntos?

Don Juan, complacido, sonrió aún más a su sobrino.

-También tú tienes muy buen aspecto, sobrino. La familia está bien. Tus primos Juan Carlos y Lázaro hubieran querido venir, pero tienen muchas cosas que hacer. Pero dejemos eso para después. Te he citado porque tengo deseos de hablar contigo de negocios, de asuntos importantes. Pero contra lo que

te prometí por teléfono, primero quiero que comas algo. Podemos hablar mientras comemos.

Durante todo el tiempo que duró la charla, Juan fue, por decirlo de alguna manera, la estrella del momento. Los “testigos de honor”, aunque ya le conocían, desde sus respectivas mesas discretamente observaban su corpulencia y hasta la forma de hablar. Confirmaban-ahora-que incluso inspiraba más respeto que su mismo tío, a pesar de que no detentaba el mismo poder. En cuanto a los dos ayudantes del viejo capo, aunque mal encarados y de aspecto violento, personificaban la discreción misma y permanecían sentados, como de costumbre, en otra mesa muy cerca de su amo, simulando leer un periódico o no interesarse en lo que allí se trataba.

Terminada la comida, como por mera curiosidad, don Juan dijo a su sobrino:

-He sabido que has tenido algunas dificultades con tu socio Casimiro.

Juan se sobresaltó. Sabía que Casimiro ya no era grata persona para su tío, y que se sentía un poco molesto con él por no haber arreglado las cosas. Sabía bien cuáles eran los motivos: los pueriles insultos que Casimiro lanzaba en su contra, y por estar en el negocio sin la debida autorización. Pero antes de que pudiera contestarle, con voz grave don Juan levantó su flaca mano, en señal de que le permitiera continuar.

-Antes que me contestes, permíteme que te diga los motivos de esta reunión-levantó un huesudo índice para llamar la atención de un mozo, y de inmediato le llevaron una jarra con fresca agua.

Tomó un sorbo del cristalino líquido y dejó que éste resbalara por sus entrañas. Se inclinó sobre la mesa y, con su temblorosa mano, exigió lo mismo a Juan. Luego, como un feligrés lo hace ante su confesor, tan cerca que Juan podía oler su agrio aliento, le dijo:

-Tengo la intención de retirarme de buena parte de los negocios. Mis hijos y yo hemos discutido largamente el asunto y estamos de acuerdo en que seas tú quien los maneje cuando yo me retire. Sobrino-intentó aclarar-, eso no significa que mi

retiro sea ahora o el año próximo. Pueden pasar varios años. Pero ése es el plan general.

Al escuchar la sorpresiva, como inesperada revelación de su temible tío, Juan se quedó mudo. Quiso decir algo, pero las palabras se negaron a salir de su boca. Después buscó en su cerebro una frase que conocía para agradecer, cuando menos, aquel gran favor pero no la halló. Así que decidió sólo preguntar:

-Por qué yo, tío, si tienes hombres más capaces que yo... He cierto que he ganado algún dinero, pero no el suficiente como para trabajar contigo...

-Cierto-le interrumpió el viejo en un susurro-, tengo hombres más capaces que tú, pero es en ti en quien confío.

-¿En mí? ¿Confías en mí, tío?-preguntó Juan, incrédulo.

-¡Desde luego! No estuvieras aquí si no fuera así. Eres mi sobrino y tienes lo que les falta a mis hijos: ambición, güevos y cerebro. Te quiero conmigo, así de sencillo.; juntos podemos hacer dinero.

-¿Cuánto?-preguntó Juan, con mal oculta avaricia.

-¡Millones, muchos millones de dólares, para todos!

Juan casi cae de la silla y hasta se le aceleró el pulso, al escuchar las inconcebibles sumas. Había ganado algunos miles de dólares, pero jamás pensó siquiera en imaginar los "muchos de millones de dólares" de los que le hablaba su tío, por lo que sólo preguntó:

-¿Para todos?

-Políticos, militares, jueces, policías, y todos los demás. ¡cómo siempre se ha estilado!

-Tío-preguntó con avidez Juan-, pues ¿de qué se trata?

-De hacernos por completo del negocio, con el apoyo de algunos amigos. Gente importante, amigos míos.

-Acepto, tío.

Sonriendo, don Juan asintió con la cabeza la decisión de su pariente. Sin embargo, evitó dar mayores explicaciones, cuando intuyó que éste iba a pedirle que abundara al respecto.

-De momento, todo lo que puedo decirte es que con pa...cien... cia y un poco de inteligencia, se llega a la cima del mundo. Por ahora, lo único que puedo informarte es que a tu

amigo Casimiro, que se ha estado entrometiendo en el negocio, se le pedirá que deje de hacerlo.

La rubicunda cara de Juan ahora demostraba inquietud, cuando preguntó:

-¿Estás seguro que Casimiro se retirará? El negocio le gusta. Sinceramente, tío, no creo que quiera dejarlo así como así.

-Pues más le conviene hacerlo-contestó don Juan, dando a su voz un tono siniestro que impresionó a su sobrino.

Semanas antes, meses tal vez, de que su viejo tío le propusiera acompañarle en tan inesperada aventura, Juan comenzó a creer que ya no necesitaba de Casimiro ni de sus enseñanzas. Para traficar drogas, más que guiarse por los consejos de Casimiro, Juan utilizó su sentido común. La actividad la juzgó análoga al trabajo que antiguamente realizaba con sus lícitas cosechas. Se dio cuenta que incluso aborrecía a su antiguo “maestro”, cuando a hurtadillas se percató que lo miraba con una especie de ceño o de rabia, como si fuese su mortal enemigo. Durante todo el tiempo de aprendizaje, a Juan y Casimiro siempre se les vio juntos, lo mismo en el *trabajo* que en las reuniones y comidas con los corruptos jefes de la policía, a los que les entregaban sus igualas por sus ilícitos; se gastaban bromas y decían respetarse mutuamente. Pero en cuanto se cansó de aquella relación, su actitud hacia su antiguo mentor cambió radicalmente: discusiones por la repartición de las ganancias; discusiones por la forma cómo se distribuían los pagos entre los políticos y policías que les protegían. En fin, pleitos y discusiones por todo lo que antes, sin problemas, era aprobado y consentido por los dos.

Y ahora, para sus planes de expansión que bien se guardó de comentarle a nadie, Casimiro ya le estorbaba a Juan. Por lo mismo, le venía a veces la idea de asesinarlo, procurando que el asunto apareciera como un ajuste de cuentas ejecutado por alguno de los muchos enemigos de su antiguo amigote; pero casi de inmediato desechaba este pensamiento, porque todavía no se iniciaba en el homicidio y, además, *El Cacho* tenía cómplices muy poderosos, y, en el fondo, Juan tenía miedo a la

cárcel y a Dios. Entre tanto Casimiro, inconforme con el extraordinario cambio de su ex pupilo, también comenzó a poner sus cinco sentidos en molestarlo no sólo a él, sino incluso a su familia, la familia de don Juan. La molestia de Juan sobrepasó su paciencia, al enterarse que Casimiro despotricaba en su contra, lo mismo que de su viejo tío y hasta de su primo Jesús Roberto Guerra Velasco, que acababa de ser destapado por el partido gobernante en el país, el PRI, como candidato a la presidencia municipal de Matamoros.

-Chingue a su madre el joto-gritó fanfarronamente y tartamudeando *El Cacho* en el Piedras Negras, donde tomaba unos tragos en compañía de algunos miembros de su banda, y le enteraron del *destape* de Jesús Roberto.

Sin que fuera asunto de su incumbencia, sino simplemente para molestar, el insulto lo lanzó en alusión a que al joven político lo engañó su esposa y, según los rumores, éste no se atrevió a defender su honor, antes de que la mujer se fuera con otro hombre. Alucinado por el alcohol y las drogas, en otra ocasión también soltó su viperina lengua:

-(tartamudeando) Yo soy más cabrón que el viejo don Juan y los putos de sus sobrinos-en alusión a Juan y Jesús Roberto-. Nomás que me hablen de frente.

Al enterarse, Juan juró que haría tragar sus palabras al insolente. Le pasaba por alto y hasta justificaba los brutales asesinatos de los que se regodeaba y a él habían horrorizado, pero no que injuriara a sus familiares y a él mismo.

-Dile a ese hijo de la chingada que mejor se vaya de Matamoros-dijo, colérico, a Óscar López Olivares, *El Profesor*, quien le informaba sobre los insultos de Casimiro.

Desde entonces, una guerra sorda se estableció entre ambos.

## 4.-Aguilar Garza, don Juan, El Cacho;
## Nuevo Laredo, abril de 1984

A principios de abril de 1984, Carlos Aguilar Garza recibió a don Juan en su rancho Cuatro Hermanos, ubicado en el kilómetro 15 de la carretera nacional de Nuevo Laredo a Monterrey. Como siempre, llegó a bordo de su lujoso vehículo, escoltado por dos autos más, en los que viajaba media docena de hombres fuertemente armados. No era la primera vez que allí llegaba. Con frecuencia, el Cuatro Hermanos servía de marco donde el coordinador de agentes del Ministerio Público Federal de la PGR recibía a los principales narcotraficantes y contrabandistas de la región, encabezados, desde luego, por don Juan, como José Tamez, Lauro González, *El Tutú* Jiménez, el señor Guerrero, José Ramón Chávez y *El Cacho,* entre otros, para tratar asuntos relacionados con el negocio. Al contrario de otras ocasiones, esta vez la entrevista la había solicitado don Juan, pidiendo al licenciado Aguilar Garza que estuviera presente Casimiro, *El Cacho.*

Don Juan, había decidido poner en marcha sus proyectos para, mediante su sobrino Juan, hacerse del negocio de la droga. Claro, con las condiciones que él mismo impusiera. A la reunión pidió al funcionario federal que invitara a Casimiro, por varios motivos: recordarle quién mandaba en aquella zona del país; enterarle que su sobrino Juan, por decisión largamente analizada, manejaría su imperio y por lo tanto le merecía respeto. Pero sobre todo, que le daba la oportunidad de salvar la vida, siempre y cuando cambiara su actitud imprudente, retadora y desafiante, que había sostenido en los últimos meses.

El rancho Cuatro Hermanos, una de las muchas propiedades que Aguilar Garza tenía en Nuevo Laredo, se asentaba en una enorme superficie donde el funcionario federal tenía varias oficinas y privados, así como caballerizas y establos cercados por un muro de piedra de tres metros de altura. Además de la casa principal, la finca albergaba residencias para sus amigos y algunas casitas para los empleados de confianza de la familia.

Al llegar sus dos únicos invitados, Aguilar Garza, flanqueado del comandante Carlos Arteaga y los agentes de la DFS bajo sus órdenes, Jesús González Arroyo y Mauro N., con su natural simpatía los invitó a tomar asiento alrededor de una

mesa de fina madera, en uno de sus privados en el que se habían dispuesto vasos, agua, cervezas y botellas de diversos licores para que quien así lo deseara se le atendiera. Dicharachero y anecdótico como era, antes de entrar de lleno al asunto por el que estaban ahí reunídos, el ex encargado de la Campaña Permanente Contra el Narcotráfico, en un intento de suavizar el adusto gesto de don Juan y la evidente preocupación de Casimiro, repasó su grueso catálogo de cuentos colorados. Quien le oyera, jamás podría suponer que ese hombre atravesaba por una crisis laboral, como consecuencia de sus abusos policiacos y ya no tan secretos vínculos con los jefes del tráfico de drogas en el país. Problemas por los que estaba consciente podría ser despedido de la PGR, y previsor como era, desde un par de años antes se había acercado a la propietaria de la Editora Argos, SA de CV, Ninfa Deándar Martínez, con la finalidad de invertir en su empresa que editaba los periódicos *El Mañana* y *La Tarde*, o en cualquier otro medio periodístico de Tamaulipas, pues sabía de la importancia de los medios de comunicación y su influencia. Para finales de 1982, Aguilar Garza ya apoyaba económicamente a dicha editorial, por lo que sus instalaciones y toda su maquinaria, incluyendo su rotativa, habían sido remodeladas. Simultáneamente, también proyectaba incursionar en el negocio de la hotelería, la aviación, y, desde luego, litigar, pues él era abogado y amigos con problemas legales era lo que sobraban. Por ello, también ya andaba en pláticas con el licenciado Miguel Ángel del Bosque, para en sociedad comprar algunas pequeñas aeronaves, que saldrían a nombre de su empresa Laredo Fimex, dedicada a la fabricación de pastas para la reparación de vehículos.

Poco después, cuando don Juan creyó que Aguilar Garza había agotado su repertorio de cuentos colorados, arrastrando su voz y como si *El Cacho* no estuviera presente, comenzó a exponerle parte del motivo de su presencia y su proyecto. Comenzó diciendo que Juan Carlos, su hijo menor, de veintisiete años, continuaba apoyándole en el contrabando común, la fayuca, después de haber aprendido todos los trucos y ardides necesarios, para pagar menos a los insaciables

aduaneros, y ganar el dinero casi sin rebasar el ámbito de la legalidad. Acto seguido habló de Lázaro, su hijo mayor, de veintiocho años, de quien dijo que su principal objetivo era el de mantener el negocio del transporte.

-Quién sabe si algún día pueda lograr ser el propietario de toda una flotilla de camiones de carga. Si es necesario, él sabe que cuenta conmigo-dijo el avejentado cacique.

Después habló de su sobrino Jesús Roberto, hijo de su hermano Roberto, de treinta y ocho años, carácter alegre y decisiones firmes. Jesús Roberto era un afable matamorense, encarnación del típico norteño que un par de años antes se había iniciado en la política y ahora, gracias a que era compadre del presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, Adolfo Lugo Verduzco, era candidato de ese partido para ocupar la Presidencia Municipal de Matamoros, lo cual tenía más que orgulloso a su tío, *El Padrino de Matamoros*, quien ahora se llenaba la boca de orgullo al citarlo, ante la franca sonrisa del licenciado Aguilar Garza y la simulada de Casimiro.

-Con mi apoyo y bendición se colocará por la verdadera senda del éxito, del triunfo. Iniciará la mejor campaña política que jamás se haya hecho en Matamoros. Él sabe que puede. Quiero que enseñe a los políticos cómo se hace una verdadera campaña electoral. Quiero que primero sea el presidente municipal de Matamoros; después gobernador del estado, luego diputado y senador, y después..., ya veremos-añadió don Juan, soñando despierto.

Al terminar su breve exposición, don Juan se volvió hacia Casimiro, cuyo gusto por el asesinato y la crueldad eran ya legendarias más allá de los límites de la entidad, y por quien el viejo mafioso no podía ocultar su enojo. Estaba molesto porque sin sin consentimiento ya incursionaba en el negocio. Por lo mismo había decidido darle una lección y, de paso, evitar que pudiera representar un obstáculo para su sobrino Juan. Y así se lo hizo saber cuando, con severidad, le dijo:

-Le he pedido al licenciado Aguilar Garza, que de favor nos invitara a los dos a su rancho, y él gentilmente aceptó, para que pudieramos hablar de algo que nos importa a los tres.

El viejo cacique hizo una pausa, para comprobar que tenía la atención del aludido y de su anfitrión. Tras de beber un trago de la fresca agua que previamente le había acercado uno de los tres policías federales, que con discreción y un poco alejados seguían el curso de la reunión, listos para actuar en caso necesario, dirigiéndose directamente a Casimiro que esperaba lo peor de aquella reunión, continuó:

-Si le he pedido al licenciado Aguilar Garza que tú estuvieras presente en esta reunión, es por los muchos favores que me has prestado, y porque sé que eres un hombre de respeto. Por todo eso me veo obligado a decirte que, de ahora en adelante, tendrás que dedicarte sólo a los autos y, si tú así lo quieres, a *limpiar* la casa cada vez que así yo lo crea conveniente, espera, déjame terminar, pero también debo explicarte las razones de mi decisión. Como bien lo sabes, los beneficios que se obtienen en el negocio en el que tú decidiste incursionar, son muchos, lo mismo que los riesgos. Riesgos que tú nunca corriste porque, aunque eres bastante competente, siempre estuviste protegido por mis amigos, que suponían trabajabas para mí, lo cual tú bien lo sabes, no era así. Pero eso ya se acabó. Tu intromisión podría perjudicar a mis intereses, aun cuando tengo muchos amigos en la política y en la policía. Ellos piensan que tu intromisión es muy perjudicial para ellos mismos. A mi no me importa cómo te ganes la vida. Lo único que estoy diciendo es que mi negocio lo manejo yo y las gentes que yo quiero que lo hagan, y que yo recuerde a ti no te he delegado ninguna participación. Espera, déjame terminar. Sin ti mi organización ha vivido durante muchos años, sin peligro y sin daño alguno. Así que no puedo darme el lujo de ponerla en riesgo por tu no solicitada participación.

Mientras escuchaba aquellas duras palabras, el único signo visible de ira contenida de Casimiro fue una rápida mirada alrededor de la enorme sala, como en espera de que el ex encargado de la Operación Cóndor, o incluso alguno de los tres policías de la DFS bajo el mando de Aguilar Garza, que de pie atrás de su patrón le miraban fríamente, acudieran a su ayuda.

Al ver que Casimiro hacia gestos de disgusto o de no comprender bien lo qué trataba de decirle, el viejo mafioso

decidió darle otra explicación, que él mismo sabía sería por demás inútil, ya que *El Cacho* le miraba, pero por su ira contenida no le escuchaba:

-*La Familia,* como algunos periodistas le dicen a mi gente, no puede seguir aguantando tanta presión, por tus actitudes y los desmanes de tu grupo. Los tiempos ya cambiaron y...

Casimiro, que había empezado su carrera criminal como asesino a sueldo del viejo que ahora lo recriminaba duramente, tenía el ceño fruncido cuando bruscamente interrumpió la perorata de don Juan:

-(tartamudeando) Antes de la invitación del licenciado Aguilar Garza había estado esperando para hablar con usted, don Juan, creo que podríamos hacerlo ahora, ¿no cree?

-Para eso te he citado este día-le contestó don Juan, mirándole con severidad.

Aguilar Garza y los tres federales observaban atentamente a Casimiro. Aunque creían que no existía la menor posibilidad de que las cosas se violentaran.

Casimiro, entonces, y no antes, se levantó de su asiento y, con furia apenas controlada, afirmó:

-(tartamudeando) Mire, don Juan, ustedes no me van a echar de mi tierra ¿Tanto le preocupa mi trabajo?-interrogó-¿O me está exigiendo un porcentaje?

-¡No! ¡En lo absoluto!-fue la fría respuesta de don Juan, mientras le dirigía una mirada gélida, y Aguilar Garza, desde su asiento, y los tres federales, atrás de él, se movían nerviosos, dispuestos a lanzarse sobre el imprudente a la menor orden de Aguilar Garza o el cacique. Casimiro se echó a reír y, con aspereza, replicó:-(tartamudeando) ¡Qué cabrones! Enseño el negocio a Juan, y ahora usted quiere echarme. No, don Juan, eso no se vale aquí ni en ningún otro lugar... Pero nome iré. No soy tan fácil ni pendejo y, además, también yo tengo amigos que me apoyan.

Don Juan ignoró el tono grosero y retador de Casimiro.-Si enseñaste a mi sobrino Juan fue porque a ti te convenía: él fue quien te presentó a la gente que dices ahora te apoya. No Casimiro, los Guerra y los García nada te deben... No sé por qué te enojas. Estamos dispuestos a darte una buena

indemnización, paraque hagas tus negocios en otra parte, fuera de Tamaulipas. ¿Qué hay de malo en eso?

Desde que se le informó que Aguilar Garza y don Juan le esperarían en la finca del primero, Casimiro intuyó que nada bueno sacaría de dicha reunión. Sabía que Aguilar Garza sólo citaba a la gente en sus fincas cuando quería tratar algún asunto delicado, lejos de la mirada y los oídos indiscretos que nunca faltan. Además, respetaba a don Juan tanto como a su padre, al margen de que estaban juntos en el negocio. Por otro lado, él, Casimiro, estaba consciente que *trabajar* sin su autorización había sido un error de juicio y de forma, una ofensa para don Juan, que más que cualquier autoridad, política, policiaca o militar, en Tamaulipas, era quien mandaba. Pero eran tantas las ganancias y su desprecio por aquel "viejo" que, al final de cuentas, había decidido olvidarse del asunto y hacerle frente cuando el problema estallara. Sus inquietudes, pues, se cristalizaron aquel día. Al llegar a la finca de Garza Aguilar, observó que en el estacionamiento estaban los autos conocidos de los agentes de la DFS bajo el mando de Carlos Aguilar, y la del capo, señal inequívoca de que éste iba a tratarle un asunto delicado en presencia del coordinador de agencias del Ministerio Público Federal en Tamaulipas. Sus sospechas se desvanecieron cuando el anciano le saludó sin su acostumbrado apretón de mano. Don Juan, pensó, había decidido sacarlo del negocio... o matarlo.

Aunque no estaba de acuerdo, al principio, Casimiro no se había atrevido a discutir o siquiera cuestionar las disposiciones de don Juan, no por miedo o por respeto. Estaba consciente que un sólo movimiento sospechoso o una palabra mal dicha, podría costarle la vida al instante. Era temerario, más no suicida. Pero todas estas precauciones se le olvidaron cuando don Juan, ante el mutis del dueño de la finca, con dificultad y arrastrando las palabras, comenzó a decidir sobre su destino y actividades. Y es que Casimiro, como ya se ha dicho, era un individuo que no ocultaba su desprecio por todo mundo. Así que mientras escuchaba al anciano, se dijo que ya era tiempo de mandarlo al diablo, pues ni a él ni a su banda necesitaba.

-(tartamudeando) Usted ya no tiene el poder de antes, don

Juan. Ya está *grande* y enfermo ¿y aun así piensa asustarme? Ahora yo soy quien le voy a dar un consejo: ¡no me provoque, porque yo no soy de los que se miden!

-¿Porque estoy *grande* y enfermo crees que puedes insultarme y mentarme la madre en público? ¿Es por eso que les faltas al respeto a mis sobrinos Jesús Roberto y a Juan?

-(tartamudeando) A veces, con unos tragos encima, se me suelta la lengua, pero no hay nada personal-dijo a manera de justificación y cautelosamente *El Cacho*.

Don Juan se levantó de su asiento y, en tono que era una despedida, sentenció:

-Mira, Casimiro, mi orden es definitiva. No quiero que te vuelvas a meter en mis asuntos. Sin embargo-agregó un tanto conciliador-, te deseo todo lo mejor en tus negocios. No interfieras en los míos y ninguno de los dos tendremos problemas. ¡Adiós!

Iracundo, Casimiro vociferó:

-(tartamudeando) ¿Cree usted que puede ordenarme como a cualquier pendejo? ¡Vamos, don Juan! He matado a muchos cabrones en mi vida, para dejarme asustar por un viejo como usted. Iré a hablar con el señor gobernador, iré al Distrito Federal. Tengo muchos amigos a los que no les gustará escuchar lo que pretende usted hacerme. Ya lo verá.

Casimiro se puso de pie y, sin despedirse ni mirar a Aguilar Garza ni a los tres federales de la DFS, que sin pronunciar palabra alguna se habían limitado a observar y escuchar, dejó que uno de éstos le acompañara hasta su auto que le aguardaba afuera.

## 5.-Los dos Juanes; Matamoros, abril de 1984

Días después de esa reunión, don Juan citó a su sobrino en su rancho El Tehuachal. Lo recibió en la sala donde se habían dispuesto una jarra con agua tibia para el anfitrión, cervezas

frías y una botella de licor, por si el único invitado así lo apetecía. El viejo cacique lo saludó efusivamente-demostraciones muy raras en él-para enseguida invitarlo a tomar asiento. El anciano admiraba cómo dirigía a sus hombres. Le recordaba sus tiempos ya idos, cuando tenía cuarenta años; edad que precisamente Juan estaba por cumplir. Juan, en efecto, poseía una inteligencia especial que hábilmente combinaba con su carácter bronco, duro y decidido, muy de acuerdo para las actividades ilícitas a las que con relativo éxito se dedicaba desde hacía unos cuatro años. Don Juan fue directo al grano, en cuanto observó que su pariente centraba su atención en él, deseoso de saber lo motivos de aquella pronta reunión.

-Hay que enseñarles a los colombianos que allá, en su tierra, ellos mandan, pero aquí, en México, nosotros somos los jefes. El negocio está asegurado, pero yo confío en que lo conviertas en una gran empresa. Sobrino, recuerda que desde hoy tu principal misión será proporcionar gente a la organización y ostentar el mando.

Juan no lo podía creer. De la manera más sencilla, su achacoso pariente le delegaba el poder que detentaba desde hacía medio siglo. Intentó agradecerle tan trascendental deferencia, pero no supo cómo expresarse.

Al comprender los apuros de su sobrino, el cacique, arrastrando sus ideas, agregó:

-Juan-le dijo-desde hoy ya no intervendrás en actividades que supongan un riesgo para ti. Tienes que mirar hacia delante. Para los planes de *La Familia,* necesitaremos un ejército. Debemos proteger el dinero, mis ganancias, las de mis hijos, tus ganancias, las de tus hombres, las de todos. No es tarea sencilla, tú lo sabes. Hazlo con inteligencia y dentro de algunos años te podrás disfrutar de tus riquezas sin temor, tal y como yo lo haré a partir de que logremos nuestros proyectos, ¿me entiendes?

-Tío, ¿a qué te vas a dedicar cuando llegue ese momento?-fue lo único que se le ocurrió preguntarle al anciano.

-¡Bueno, de algo tendré que vivir! No soy ni seré jamás un santo. Me conformaré con mantener el negocio de los licores,

la cerveza y el del pollo, entre otras cosas. Mis amigos están buscando que legalmente obtenga el control de la importación de cerveza norteamericana aquí en Tamaulipas. En cuanto a tus primos, mis hijos, seguirán con el contrabando de carne y pollo, los transportes y la administración de los ranchos.

El viejo hizo una pausa. Se sirvió un poco de agua tibia en uno de los vasos allí dispuestos y lentamente la bebió, sin dejar de mirar fijamente a su designado sucesor. Luego le preguntó:

-En enero, cuando Casimiro y tú *bajaron* a aquél cabrón, ¿quién jaló el gatillo? ¿tú o Casimiro?

Juan se sorprendió ante la inesperada pregunta. No porque su tío estuviese enterado de aquello, pues al fin y al cabo en Tamaulipas no se movía una hoja del árbol si éste no lo ordenaba, sino por la forma cómo la había hecho: directa, descarnada. Cómo si se tratase de cualquier cosa, no de la muerte de un ser humano. Repuesto, pero ruborizado, con voz que parecía un murmullo, dijo:

-¡Casimiro, tío, yo sólo conducía!

-¿Tú nunca lo has hecho?

Juan movió negativamente la cabeza.

-Me alegra, y al mismo tiempo inquieta escuchar esa respuesta. Me alegra, porque no te has condenado. Me inquieta, porque me pregunto si ha sido por falta de güevos o pendejos sentimentalismos. Si estás en este negocio, tendrás que tener güevos y hacer a un lado tus sentimientos; pero también deberás tener la inteligencia suficiente para evitar que, llegado el momento, te guste la sangre.

Don Juan hizo una pausa. Resopló; bebió lentamente otro trago de agua tibia, y continuó:

-El cabrón aquel no era nadie, sólo un vicioso, hermano de un comprador chaquetero. Aunque en realidad, creo que le hicimos un favor, al quitarle de encima a un hermano como ese... Bueno, pero no importa.

Don Juan sirvió más agua tibia en su vaso, apretó amistosamente la mano de su sobrino y alabó el que aún no se hubiera condenado. Juan, por su parte, se limitó a afirmar que nunca asesinaría, salvo para proteger los intereses de *La Familia* o evitar su propia muerte. Don Juan con una sonrisa

aprobó aquella determinación, y de inmediato habló de negocios, una de sus tres pasiones que habían regido su vida. Las otras dos eran, en ese orden: el poder y las mujeres. “El dinero nunca ha sido una de mis debilidades, porque solito llega cuando se tiene poder, y no a la inversa”, decía cuando le preguntaban al respecto.

-Desde que entré al negocio, la mercancía la controlan los colombianos de Medellín, con el visto bueno de los gringos. Pero hay indicios de que la relación Medellín-DEA ya se enfrió. ¿Por qué?, muy simple: los intereses políticos y económicos de la Casa Blanca. Quieren desmantelar a Medellín, para hacerse del control de la siembra, producción y distribución de la mercancía, mediante los colombianos de Cali, enemigos de los de Medellín. Para darle en la madre a Medellín, los gringos acusan a sus antiguos aliados de tener tratos con sus enemigos políticos: los sandinistas de Nicaragua, los cubanos de Fidel y el general Noriega, de Panamá, por ejemplo. Esto no es más que una sarta de mentiras. Es cierto que los de Medellín tienen tratos con nicaragüenses, pero no son los sandinistas, sino los de la Contra; trabajan con cubanos sí, pero son los eternos enemigos de Fidel. En cuanto al presidente Noriega, éste siempre ha sido amigo, confidente e informante de la CIA, además de simpatizante de la Contra nicaragüense, que es apoyada por la Casa Blanca.

“En realidad, de lo que se trata es de darles en la madre a los colombianos de Medellín, para fortalecer a los de Cali, que maneja los intereses de los gringos. Naturalmente que esto no será sencillo, porque Medellín no está dispuesto a dejar el negocio. En esta guerra, en los próximos meses y tal vez años, veremos desfilar jefes de ambos grupos; habrá ajustes de cuentas, muertos, muchos muertos, y ni así los pleitos acabarán, porque los intereses son muchos. Las primeras consecuencias están a la vista: tanto en Colombia, como en todo Centro y Sudamérica, hay decenas de pequeñas bandas dedicadas al negocio en forma desorganizada. Lo que quiero decirte con todo esto, sobrino, es que si aprovechamos aquello de que ‘a río revuelto, ganancias de pescadores’, nosotros tendremos éxito en el negocio como jamás se ha visto en el

mundo, ¿me entiendes”?

Al observar que Juan le seguía atentamente sus palabras, pero no daba muestras de realmente entenderlas, pacientemente el cacique le explicó:

-Mira, si aprovechamos que por mediación de los gringos los colombianos se están dando en la madre entre ellos mismos, y por eso tienen más dificultad para mover su mercancía, nosotros les caeremos como anillo al dedo, si nos comprometemos a sacar su mercancía de Colombia y la metemos hasta los Estados Unidos.

-Perdone, tío-le interrumpió Juan-. Eso es lo que los sinaloenses y hasta nosotros hemos hecho siempre... Claro, nosotros no tanta como los sinaloenses.

Desde muy joven, en los negocios, Juan Nepomuceno siempre utilizó con éxito el sentido común y la lógica. Y como tal sabía que el monopolio generaba mayores ganancias que la libre competencia. Por eso, con enorme paciencia y haciendo caso omiso de la interrupción, agregó:

-Tienes razón. La diferencia es que nosotros, al contrario de los sinaloenses, manejaremos mayores cantidades de mercancía y ellos, los colombianos, no tendrán que desembolsar un solo dólar, ¿me sigues?

-Disculpe, tío, pero ahora sí no le entendí nada-confesó Juan.

-Sí, mira. Tradicionalmente, por cada kilo de cocaína que sale de Colombia y cruza los Estados Unidos, los colombianos pagan en efectivo al transportador, ¿no es así?

-Es la costumbre.

-Bien. A partir de ahora, con nosotros no sucederá así. Que se guarden sus dólares. Nosotros les cobraremos, claro, pero en especie. Es decir, con mercancía.

Una vez que Juan asimiló y comprendió lo que su flaco pariente le acababa de decir, se maravilló, realmente se maravilló. El viejo le acababa de revelar algo simple, pero extraordinario. Como todos los hombres de negocios realmente listos, de la manera más sencilla el cacique había encontrado la forma de que los traficantes mexicanos obtuvieran su parte de los beneficios que la cocaína les generaba a los colombianos,

sin afectarlos. Al contrario, ya no tendrían que pagar en efectivo y, en cambio, moverían mayores cantidades del alcaloide, lo que significaba más ganancias. Conclusión: con los tamaulipecos los colombianos mejorarían su negocio.

-¿Ahora sí me entendiste, sobrino?

-¡Claro, tío, claro. Y de qué forma!-dijo Juan con admiración. Pero luego, una nueva duda ensombreció su rubicundo rostro, y haciendo a un lado su orgullo de "hombre inteligente", preguntó al cacique que le miraba fijamente, como esperando una pregunta no hecha-: ¿Y qué haremos con la mercancía, si nosotros sólo hemos sido los transportistas y no los distribuidores ni los vendedores?; además, el mercado gringo lo controlan ellos, los colombianos.

-¡Vaya, sobrino, creí que nunca lo ibas a preguntar, aún cuando eso es lo más importante para nosotros!

Don Juan hizo un gesto de amable comprensión, y prosiguió:

-Con este nuevo sistema de trabajo, los colombianos y nosotros nos beneficiaremos mutuamente, pero más nosotros. Déjame que te explique: Con la mercancía en nuestro poder, finalmente nos dedicaremos de lleno al negocio con nuestro propio producto. Y haremos que sea el que más se venda en México y donde lo pidan. ¿Cómo lograremos esto? Muy sencillo: vendiendo a precio más bajo que la competencia, y entre detallistas. Sobrino-concluyó don Juan, matizando sus palabras-, no lo olvides, los detallistas jugarán un papel muy importante en este negocio.

-Tío-dijo Juan con verdadera emoción-, es usted un genio. Lo demás déjelo de mi cuenta.

-Bien, entonces has todo lo que se tenga que hacer, para trabajar con la gente de Cali y algunas de esas pequeñas bandas desorganizadas, pero tal y cómo te lo he explicado. Por otro lado, sobrino-preguntó el anciano, cambiado de pronto el sentido de la charla-, ¿qué opinas de Casimiro?

Juan se quedó pensativo. Sabía que sus palabras podrían ocasionar la muerte del aludido. Entonces decidió que no valía la pena ser el causante de la desgracia de su antiguo mentor y cómplice.

-Es muy impulsivo. Como él mismo lo acepta, a veces se va de la lengua, pero nada más-contestó Juan, dándole a sus palabras un tono de afecto que estaba muy lejos de sentir por *El Cacho*, que no dudaría un instante en asesinarle.

Don Juan meneó pensativamente su ya casi calva cabeza y dijo:

-Sobrino, no dejes que el corazón gobierne tu mente. Tú crees que algo le debes a ese cabrón, por haberte puesto en este camino que sólo tú, y nadie más, decidiste. *El Cacho*, o cualquier otro como él, sólo son los instrumentos del destino que ya trae uno grabado en su alma desde que nace. No, Juan, nada le debes a Casimiro, un individuo al que si dejas correr puede volverse un peligro para ti, tus primos y para mí. Recuerda lo que hemos hablado. Ahora tienes un deber para con tu gente. Sin embargo, todavía déjame hacerte otro favor, en torno a ese cabrón del *Cacho*-dijo don Juan, dando a estas últimas palabras una entonación siniestra, que Juan bien captó su significado, pero nada dijo-. Él, y sólo él, será el que decida su destino.

Fue tan exitoso el pago en especie por cada kilo de cocaína que cruzara a los Estados Unidos, ideado por don Juan y condicionado por su sobrino García Ábrego, que más tarde Miguel Ángel y el resto de los grupos de traficantes mexicanos también comenzaron a aplicarlo.

## 6.-Marcado por La Familia; Matamoros, mediados de mayo de 1984

Casimiro ya era un hombre muerto cuando salió del rancho Los Cuatro Hermanos, sólo era cuestión de tiempo. Pero él mismo precipitó el fatal desenlace, cuando intentó extorsionar a uno de los hombres más cercanos a García Ábrego, ante la

imposibilidad de vengarse en la persona de don Juan, que abiertamente le había declarado el pleito. Casimiro suponía que así demostraría al viejo cacique que él, el temible *Cacho,* no estaba dispuesto a hincar la rodilla, como todo mundo lo había hecho por casi cinco décadas.

Dos semanas más tarde, trastornado por las drogas, Casimiro llamó por teléfono a Oscar López Olivares, *El Profesor.* Recibió la llamada en su casa, por la mañana, cuando desayunaba en compañía de Juan, Óscar Malherbe de León, *El Compadre,* y José Luis Sosa Mayorga, *El Cabezón,* entre otros amigos también cercanos a Juan. Todos, a excepción de Juan, mostraban los estragos de los excesos de la noche anterior.

-Sí, ¿quién habla?

De no ser por su inconfundible tartamudeo, la voz que llegó a través del hilo telefónico era casi irreconocible para López Olivares, tanto era el estado de intoxicación en el que se encontraba, como el odio que en la misma se adivinaba.

-(tartamudeando) Mira mi'jo, necesito cincuenta mil dólares, y tú me los vas a dar-dijo Casimiro.

-Estás *pedo* o qué pasa, *Cacho*-respondió *El Profesor* entre incrédulo y temeroso. Pero su cacarizo rostro palideció, al recordar que *El Cacho* no bromeaba jamás, y menos en las cosas del negocio.

-(tartamudeando) Ya te dije, mi'jo, tienes dos días para juntarlos. Yo iré a tu casa por ellos.

-Estás loco-gritó alarmado *El Profesor,* ante la curiosidad y sorpresa de Juan y el resto de los comensales que a unos cuantos metros de distancia, en el comedor, devoraban el frugal desayuno.

-(tartamudeando) Acuérdate, sólo dos días.-dijo en tono amenazante *El Cacho* y colgó el auricular.

Juan no pareció sorprenderse cuando *El Profesor* regresó al comedor, y les contó el descarado chantaje de Casimiro, pero se interesó por los detalles, e hizo una mueca de disgusto cuando *El Profesor* le dijo que sólo tenía dos días para juntar el dinero y entregárselo. Mientras escuchaba a López Olivares,

Juan vio la redonda cara de José Luis donde punteaba la negra y cerrada barba y pensó que seguía siendo el mismo fanfarrón de siempre, como un medio de obtener lo suficiente para mantener sus dos vicios: las mujeres y su *leño* (mariguana).

Antes de pedir más detalles, Juan se permitió pasar a la sala hasta donde le siguieron sus amigotes; se arrellanó en un sillón, con un vaso de agua en la mano. Luego, con voz ronca, preguntó:-¿Así que insiste ese cabrón? *El Profesor* asintió nerviosamente con la cabeza.-Sigue diciendo que Matamoros es muy chico para los dos... A donde va, repite que es más cabrón que tú, nomás que le hables de frente.

Juan bebió un grueso trago de agua y preguntó a *El Cabezón*, a sabiendas que era uno de los principales miembros de la banda de *El Cacho:*

-¿Qué opinas tú, José Luis?

Óscar López sabía lo que iba a decir *El Cabezón*. Como él, había iniciado su vida delictiva con Casimiro y al paso de los años se había convertido en uno de sus hombres de más confianza, aun así no le importaría traicionarlo con tal de quedar bien con Juan, el nuevo jefe de la zona fronteriza. A esas alturas, *El Cabezón* era un hombre que, a espaldas de Juan, cobraba tributo a los pequeños narcotraficantes para que podieran operar en la zona, y, al igual que *El Profesor*, se ostentaba como hombre fuerte de Juan.

José Luis, nerviosamente, se talló su redonda cara llena de puntas negras y respondió:

-En el negocio hay mucha *lana*, y las tonterías del *Cacho* pueden echar a perder todo. Creo que hay que quitarlo de enmedio.

Juan dio un nuevo trago de agua y preguntó a Malherbe, que hasta entonces se había limitado a escuchar:

-¿Qué piensas tú, *Compadre?*

Mientras escuchaba, Malherbe había llegado a la conclusión de que ya se había decidido eliminar a Casimiro. Estaba convencido de que la decisión se tomó en el rancho Los Cuatro Hermanos, en Nuevo Laredo, a petición de Aguilar Garza, como una forma de congraciarse con don Juan y de paso deshcerse de la molestía que ya representaba Casimiro. Pero se

abstuvo de comentar sus reflexiones. Se limitó, entonces, a apuntalar lo ya decidido.

-Creo que lo de hoy decidió lo que debe hacerse. Además, si no nos *cargamos* a Casimiro, más adelante intentará chantajearnos a cualquiera de nosotros, como hoy lo hace con *El Profesor.*

Juan lanzó un profundo suspiro, y preguntó:

-Bien ¿quién lo hará?

-Yo me haré cargo-contestó sin titubear *El Profesor,* dando a su cacarizo y flaco rostro una inflexión siniestra.-Con el pretexto de entregarle el dinero, lo invitaré mañana a desayunar.

Poco antes de que los rayos del sol comenzaran a calentar, *El Profesor* dejó la cama de su residencia de Palito Blanco, en la colonia San Francisco, zona residencial de Matamoros asentada a un costado del Periférico. Se dio un rápido duchazo y salió para abordar el lujoso Mercedes Benz, que días antes le había obsequiado Luis Medrano. A los pocos minutos llegaron dos individuos, entre ellos Enrique Ortiz Castillo, su guardaespaldas, que hizo subir y ocupar el asiento posterior del auto, mientras él lo hacía en el asiento del piloto. Un poco más allá, en otro vehículo, estaban los hermanos Sosa: *El Cabezón* y *El Pito,* que también recién habían llegado, y eso tranquilizaba a Óscar López. Completado el grupo, esperaban el arribo de *El Cacho,* citado para las siete de la mañana. Mientras lo hacían, *El Profesor,* inhalaba cocaína, y de vez en vez, desconfiado, dirigía frecuentes miradas a sus acompañantes que en silencio le veían envenenarse.

Durante la espera, Óscar López imaginaba lo que haría una vez que *El Cacho* fuera historia. Estaba convencido de que él podría hacerse cargo de su pandilla, a la que haría prosperar como no lo había siquiera pensado Casimiro, por sus limitaciones y porque nunca podría competir con los otros grupos dedicados al negocio. Creía que Casimiro no sabía cómo establecer contacto con un político, pues su poder estaba reducido a la crueldad y el gusto enfermizo por el robo y el

asesinato.

En cambio él, pensaba Óscar López, era mucho más inteligente, tanto como podría serlo un maestro de educación primaria, apostolado en el que se había graduado en su natal Camargo, de ahí el sobrenombre con el que se le conocía: *El Profesor*. Por lo mismo, se sentía capaz de organizar y controlar negocios más complicados que el asesinato y el atraco, por ejemplo el de la droga o el lavado de dinero. Como tenía quince años de pandillero, suponía que tenía la experiencia suficiente para trabajar sin *El Cacho*, con Juan o el grupo de Luis Medrano, de quien se afirmaba que prometía mucho, y él también así lo creía.

En sus alucinadas reflexiones, sentía la seguridad de que eliminando a Casimiro se ganaría la confianza de Juan, lo que le permitiría ascender en su organización y hasta, ¿por qué no?, ser su lugarteniente. Óscar López imaginaba cuánto podría ganar trabajando directamente con Luis. Pero luego, pensaba, si el mismo Luis se convertía en una amenaza para sus ambiciosos proyectos personales de expansión, también lo eliminaría. Aunque viéndolo bien, recapitulaba, lo mejor sería ganarse la confianza de Luis, pues se rumoraba que se asociaría con Juan.

Acababa de inhalar más veneno, cuando Enrique Ortiz Castillo le informó que el Chevrolet de Casimiro llegaba en esos momentos y se estacionaba entre las calles Dieciocho y Veinte, apenas a unos cuantos metros de distancia donde ellos esperaban. Óscar López lanzó una maldición, guardó el pequeño envoltorio con la droga en uno de los bolsillos de su fina camisa de seda, y descendió del auto. Estaban por dar las siete de la mañana.

-¡Perfecto!-masculló, al observar que no muy cerca de ahí sólo se veían unas cuantas personas transitar, y que en las calles aledañas, a gran velocidad, circulaban uno que otro vehículo, como regularmente sucede en todas las zonas residenciales.

De las patrullas municipales él personalmente se había ocupado. No se acercarían hasta que recibieran una llamada por radio, pero aun así lo harían a poca velocidad, para no

interferir.

Bajo los evidentes influjos de la droga, Óscar López se apoyó en el lujoso Mercedes Benz de cuatro puertas. En el asiento posterior permanecían ocultos sus dos hombres, que a pesar de su corpulencia, apenas eran visibles.

-Mátenlo apenas lo tengan al alcance fuera de su auto-les ordenó cuando vio que Casimiro llegaba solo y descendía de su Chevrolet, con su inseparable nueve milímetros pavonada en la mano.

Ortiz Castillo había reclutado a su compinche de otra pandilla. Cuando aquel individuo se enteró de quién sería la víctima, no sin cierto temor, sólo prometió lealtad a cambio de mayor cantidad de dinero. Luego de convenir el pago, *El Profesor* y *El Cabezón* le dieron instrucciones precisas. Sólo balazos en el tronco y la cabeza. Otra cosa le advirtieron:

-Si *El Cacho* sobrevive, nosotros seremos los muertos.

Enrique Ortiz y su compinche salieron del auto. Era un pandillero que se alquilaban para este tipo de asuntos, con los que ganaban dinero suficiente para sus vicios y vivir sin estrechez. Por lo que estaba ansioso de cobrar lo prometido.

Con lo que no contaban los cinco, era que *El Cacho* andaba más alerta que nunca, desde el día en que don Juan le ordenó dejar Matamoros. Por otro lado, le había parecido sospechoso que *El Profesor* le hubiera hablado por teléfono para, sin protestar ni regatear, decirle que le entregaría los cincuenta mil dólares en su casa; cierto, él así se lo había exigido, pero podía hacerlo en cualquier otro lugar, como lo hacían cuando repartían las igualas de sus fechorías. Era raro, muy raro. Hacía tiempo que sospechaba de la lealtad de Óscar López. No sabía por qué, pero aquello no le gustaba. Por eso, antes de descender del vehículo, revisó su nueve milímetros pavonada; comprobó que el cargador estuviera repleto y hasta entonces, pistola en mano, y con toda cautela, bajó de su auto y se encaminó hacia la casa de *El Profesor*.

Apenas dio unos cuantos pasos, Casimiro observó que Óscar López no estaba solo, sino acompañado de los hermanos Sosa. Aquello lo sobresaltó, pero no impidió que continuara porque, como ya sabemos, la temeridad de Casimiro rayaba en la

demencia. Mientras acortaba distancia, la alarma de su cerebro se encendió al ver que *El Cabezón* y *El Pito*, de quienes también ya recelaba, se separaban de Óscar López mientras él se acercaba. Sus sospechas se despejaron, al ver que otros dos hombres salían del Mercedes Benz, entre ellos Enrique Ortiz, el guardaespaldas de López. Supo de inmediato lo que iba a ocurrir.

Los dos hombres vestían abrigos largos y pantalones de mezclilla, a donde bien ocultos mantenían sus cuernos de chivo. Evidentemente, Óscary sus cómplices no habían contado con la rápida reacción de Casimiro, quien ya no esperó más y rápidamente accionó su arma en contra de los cinco, mientras reculaba hacia el automóvil, con una agilidad que ni él mismo conocía, al tiempo que gritaba, sin tartamudear siquiera un poco:

-Maldito traidor, hijo de puta.

Fue hasta entonces, no antes, cuando Óscar López-que había sido alcanzado por una bala-, los hermanos Sosa y los otros dos hombres abrieron fuego.

Las balas silbaron a lado del corpulento *Cacho,* y sintió como le desgarraban la carne. La primera se alojó en su pecho, las siguientes dos, mientras corría, en la espalda y las nalgas, haciéndole trastabillar, pero no caer. Sin saber cómo, mientras corría a veces de lado, a veces dándoles la espalda, repelía la agresión con su poderosa arma sin sentir que otros dos proyectiles le entraban por las nalgas antes ya perforadas, y, sangrando profusamente, lograba entrar a su Chevrolet. En ese estado, por miedo a morir en manos de sus traidores compinches, echó a andar el motor, pisó con fuerza el acelerador y huyó en busca de protección o donde le atendieran de sus heridas.

Dominados por el pánico, los Sosa, los dos pistoleros y *El Profesor*, hicieron varios nuevos disparos en contra del vehículo de Casimiro que velozmente se alejaba. Estaban convencidos de haberle acertado. Con marcada agitación, unos y otros se decían que si bien no había caído, iba herido de muerte y por eso no llegaría lejos. En cuanto el Chevrolet desapareció de su vista, Óscar López, temiendo desangrarse

por la herida y morir, entró en su lujoso vehículo y ordenó que le llevaran ante un médico. Pero sus compinches, ya repuestos de su miedo, antes que llevarlo a que le dieran los primeros auxilios, le urgían en la necesidad de seguir al herido para rematarlo. Aunque al final, entre gritos y blasfemias, la voluntad de Óscar López se impuso, cuando les aseguró que Casimiro iba herido de muerte; que no había necesidad de malgastar más balas.

-¡Ese hijo de la chingada no llegará vivo a ningún lado-dijo soezmente no muy convencido.

A las siete de aquella mañana, el oficial de la Policía Municipal, Héctor Maydón Mier, a través de la red interna de comunicación ordenó que la patrulla más cercana acudiera a la calle Palito Blanco de la colonia San Francisco, donde se había reportado una balacera. Los patrulleros de la unidad cuarenta, respondiendo al llamado, aseguraron que irían a investigar los hechos.

-Es en la casa del profesor López Olivares-dijo el oficial Fidel Zavala Palomino, a su compañero Esteban Contreras.

-¡Mmm!-gruñó el oficial Contreras, mirándo su reloj de pulsera y comprobando que era la hora en la que terminaba su turno de labores. Pero no dijo nada.

Conduciendo lentamente, a unas calles antes de llegar al domicilio señalado, Zavala se percató que entre las calles Paseo de la Reforma, Dieciséis y Dieciocho, estaba chocado contra un árbol el Chevrolet de Casimiro. Cuando los oficiales pararon la unidad policiaca a un lado del Chevrolet, con sorprendente agilidad, debido a sus lesiones y adiposidad, Casimiro se deslizó al asiento trasero de la patrulla, ante la sorpresa de los dos patrulleros que de inmediato lo reconocieron.

-¿Qué, te pasó, *Cacho*?-le preguntó Zavala.

-(tartamudeando) Me chingó el profesor Oscar López.

-¿Pero por qué?-terció Contreras.

-(tartamudeando) No sé. Me invitó a tomar café, y me recibió a balazos.

De entre la cintura sacó su nueve milímetros y la entregó a Zavala, diciéndole:

-(tartamudeando) Ten, guardámela.

Luego, los dos patrulleros le llevaron al Hospital General de la zona, para que recibiera los primeros auxilios médicos, a donde ingresó por su propio pie.

Poco después, junto con su reporte de los hechos y las palabras de Casimiro, los patrulleros entregaron el arma al secretario del subinspector de la policía Ernesto Danche Cantú, bajo las órdenes del comandante Rolando López Azócar y Salvador del Toro Rosales, *El Fiscal de hierro.* Con estas imputaciones, agentes de las policías Judicial del estado y Preventiva rodearon la casa de *El Profesor,* mientras el agente del Ministerio Público Jorge Valdez Zayas y su secretario Sergio Guerra allí mismo le tomaban su declaración.

-*El Cacho* vino hasta aquí, a mi casa, para matarme-sostuvo *El Profesor* durante toda su declaración ante los dos funcionarios judiciales que le interrogaban-. Yo sólo me defendí. Le disparé con mi ametralladora. No, no sé, si le pegué, pero él quiso matarme.

Antes de que *El Cacho* entrara al quirófano, para extirparle las balas, Valdez Zayas logró declararlo. Repitió la versión de que *El Profe* lo invitó a su casa a tomar café, pero le recibió a balazos.

-No iba a dejar que me matara, ¿verdad?-dijo, tartamudeando, Casimiro.

Con la declaración de ambas partes, Valdez Zayas ordenó al subjefe de la Judicial del estado, Estanislao Gaytán Ibarra, que detuviera a *El Profesor.* Orden judicial que jamás se cumpliría.

Por el contrario, horas después del atentado, ya por la noche, mientras Casimiro era operado por el cirujano Othoniel Padrón para extraerle las cinco balas que llevaba en las nalgas y el pecho, el subinspector de policía Ernesto Danache, ordenó que la vigilancia en la casa de *El Profesor* fuera retirada. Al día siguiente, a petición expresa de él mismo, Casimiro fue trasladado a la Clínica Raya. Dijo que quería convalecer de sus

heridas cerca de su casa, y de su gente, pues dicha clínica, como ya se dijo, él la había mandado construir frente a su casa. Ignoraba que sus enemigos también tenían sus propios planes para con él.

La tarde del día siguiente del atentado, Aguilar Garza recibió varias llamadas telefónicas en su rancho Los Cuatro Hermanos, de Nuevo Laredo. Una de ellas procedía de la Policía Judicial del estado, cuyos miembros, en su mayoría, figuraban en la nómina de García Ábrego. El agente judicial que le habló, era uno de los que habían rodeado la casa de *El Profesor*.

-Mi comandante-dijo el agente judicial corrupto-, ¿sabe quién le habla?

-Sí-dijo Aguilar Garza, que acababa de comer en compañía del comandante y los dos agentes de la DFS bajo sus órdenes.

-Hoy por la noche trasladarán a Casimiro a la Clínica Raya-dijo el agente judicial corrupto-. Está herido, pero sobrevivirá, aseguró el doctor que lo operará al rato. Ahora me voy al Hospital General, para saber cómo sale de la operación. Le mantendré informado.

-¿Está usted seguro que vivirá?

-Eso dijo el doctor. Perdió mucha sangre, pero los balazos fueron en las nalgas, no son de cuidado-fue la respuesta del policía.

-Gracias. Cuando pueda venga a verme por acá, en Nuevo Laredo, ¿de acuerdo?

Cuando Aguilar Garza colgó el auricular, se percató que el comandante de la DFS, Carlos Arteaga, y a los agentes Jesús González Arroyo y Mauro N., habían estado atentos a todas las inflexiones de su voz, por lo que intuían de qué había tratado la llamada.

-Supongo que ahora tendrás que hacerte cargo de todo-comentó el comandante Arteaga-. ¿Qué quieres qué hagamos?

Aguilar Garza le miró fijamente, en silencio. El comandante Arteaga comprendió.

-Llévense algunos hombres más. Que todos vayan uniformados debidamente-dijo Aguilar Garza en un tono

radicalmente distinto al utilizado poco antes, al contestar el auricular.

Minutos después, a la finca llegaron otros cinco agentes federales; en diversas mochilas llevaban ocho uniformes para comandos camu-flajeados, que le entregaron al comandante Arteaga y los agentes de la DFS bajo las órdenes de Aguilar Garza. Más adelante, alrededor de las cuatro de la tarde, los ocho abordaron una camioneta tipo van que se encontraba estacionada en la casa, donde había armas largas y pistolas de diferentes calibres. Al dejar la finca, a la camioneta le siguió un Gran Marquis, color negro, tripulado por Carlos Arteaga.

A las seis de la mañana del 17 de mayo, dos días después de la celada, una camioneta tipo van y un Grand Marquis, color negro, se detuvieron frente a la Clínica Raya y de ellos descendieron ocho pistoleros armados con metralletas y pistolas de grueso calibre. Todos vestían uniformes de comandos camuflajeados. La Clínica Raya era pequeña y tenía solamente una entrada.

Cuando el comando se apeó de los dos vehículos, quedó sorprendido al observar que la calle estaba completamente desierta, tal vez por lo temprano. Los sicarios se sorprendieron más al ver que a la puerta de la clínica solamente había un policía uniformado al que, sin mediar palabra, le metieron un balazo en la cabeza. El pobre hombre jamás se enteró por qué de su muerte. Como no sabían en qué cuarto estaba encamado *El Cacho,* ni tampoco perdieron el tiempo buscando su nombre en el libro de registro, divididos en dos grupos, se dedicaron a buscarlo piso por piso, disparando en contra de doctores, enfermeras, enfermos y hasta visitantes que por desgracia encontraban a su paso.

*El Cacho,* mientras tanto, al oír el tiroteo supo que iban por él, y que para salvar la vida no disponía de mucho tiempo. Sin pensarlo dos veces, no sin dificultad y dolor, de nariz y ambos brazos, se desprendió los catéteres intravenosos y nasales con los que se le aplicaban suero y medicamentos diversos y, sin pérdida de tiempo, se tiró al suelo para enseguida ocultarse

bajo la cama. Cuando el grupo de matones llegó a la habitación, al no tenerlo a la vista no se les ocurrió buscar debajo de la cama, donde se ocultaba Casimiro.

Desconcertados y entre maldiciones, los asesinos abandonaron la clínica dejando una estela de muerte y desolación. Durante su infructuosa búsqueda que sólo había durado unos cuantos minutos, habían dado muerte a siete personas inocentes, más no al mafioso que permaneció agazapado en su escondite hasta que ya no escuchó detonaciones, sólo los ayes de dolor de los lesionados. Hasta entonces salió de bajo la cama. Minutos después, unos treinta de sus pistoleros, fuertemente armados, en media docena de vehículos, llegaron a la clínica para rescatarlo y horas más tarde llevarlo al aeropuerto, para en una camilla subirlo a una avioneta que le trasladaría hasta un hospital de Monterrey.

Pero cuando la suerte de los mortales ya está echada, por muy temibles que éstos se crean, no hay poder humano que los salve. Como fue el caso de Casimiro. Durante su traslado, las heridas se abrieron, y por éstas poco a poco la vida se le escapó. Con tanto trajine, se le dejó sin la debida atención especializada y los medicamentos adecuados. Así que cuando horas después los médicos de Monterrey le comenzaron a aplicar todos sus conocimientos, poco pudieron hacer para salvarle la vida.

Al día siguiente de la masacre en la Clínica Raya, los periódicos locales publicaron fotografías de las siete víctimas inocentes, incluyendo un menor y tres mujeres. Los cuerpos semejaban masas sanguinolentas de carne. Las crónicas aseguraban que habían sido asesinados, durante una guerra entre mafiosos que se disputaban el control de Matamoros, pero cautamente evitaron responsabilizar a alguien en particular.

Sólo Ernesto Flores Torrijos y Norma Alicia Moreno Figueroa, director y jefa de Información del diario *El Popular*, señalaron como principal sospechosa de la matanza a *La Familia* encabezada por Juan N. Guerra y sus sobrinos García Ábrego y Jesús Roberto Guerra Velasco, alcalde de Matamoros. Osadía que el grupo aludido no estaba dispuesto a

dejar pasar. Así se tardaran veinticinco meses.

## 7.-Trece hombres importantes; Guadalajara, mediados de 1984

En un lugar privado de aquel rancho de Guadalajara, los trece hombres de Sinaloa, Chihuahua y Michoacán comían barbacoa, carnitas y chicharrón y bebían cerveza, tequila, whisky o ron, mientras el mariachi tocaba sus alegres sones. Se habían matado animales para agasajarlos, porque los trece eran personajes poderosos e importantes.

El grupo era encabezado por Félix Gallardo. A sus treinta y ocho años, seguía siendo un hombre de aspecto delgado y penetrante mirada, hábil, sagaz, discreto, refinado e insólitamente austero; el capo, pues, era una norma nunca vista en el submundo de las drogas. Aunque todas las autoridades sabían de sus actividades ilícitas, por las cuales se habían girado más de un docena de órdenes de aprehensión en su contra, no le importaba ser fotografiado en los frecuentes eventos sociales y culturales a los que era invitado; organizaba fiestas en su casa de playa de la bahía de Altata, apadrinaba bodas, bautizos y quince años; viajaba libremente y departía alegremente en restaurantes de lujo con políticos, empresarios, policías y militares.

El segundo sinaloense era el cincuentón *Don Neto,* el más viejo de los socios de Miguel Ángel. Con el apoyo de Fidel Carrillo Eleanes, Miguel Urías Uriarte y *El Pablote,* sin problemas, operaba en el norte de Sinaloa y buena parte de Durango, Sonora y Chihuahua. *El Pablote* era otro de los convocados. A sus cuarenta y seis años se había convertido en todo un experto en el manejo, compra y distribución de drogas. Cualidades que sumadas a su simpatía personal, le hacían un respetable y apreciado hombre del grupo de Guadalajara. Al igual que *Don Neto,* a la muerte de Avilés había heredado buena parte del imperio que controlaba desde su natal Ojinaga.

Su principal abastecedor era el colombiano Carlos Leh-der, uno de los más importantes jefes del cártel de Medellín. Por esos y otros muchos motivos, Pablo Acosta era uno de aquellos trece poderosos hombres.

Rafael Caro Quintero, era otro de los convocados. A sus treinta y un años, se le consideraba como el más prepotente y soberbio del grupo. Su fuerte era la siembra, el cultivo, el trasiego y la venta de mariguana; controlaba buena parte de Jalisco, Sinaloa y Chihuahua. Su bronco carácter y altaneras maneras, con frecuencia ocasionaban problemas a la organización de Guadalajara. Aún así, se le respetaba y apreciaba como a cualquiera de los otros jefes del grupo. Otro de los personajes era Amado Carrillo Fuentes, el más joven de los allí presentes. Nacido el 17 de diciembre de 1954 en un poblado pobre de Culiacán, sus primeros pasos dentro del mundo de las drogas, los había dado al lado de su tío *Don Neto,* y Avilés, a los que admiraba entrañablemente. Tenía siete años de haber entrado “formalmente” a la organización y, a sus casi treinta años, con el apoyo y enseñanzas de Acosta Villarreal, comenzaba a ganar terreno entre los principales narcotraficantes del país. Junto con Pablo Acosta controlaba el imperio que abarcaba buena parte de Chihuahua y Sonora y algunas ciudades sureñas céntricas y norteñas de Estados Unidos como Texas, Nuevo México, Kansas, California, Colorado, Oklahoma, Missouri, Nueva York, Nueva Jersey, Nevada, Idaho, Carolina del Norte y Michigan. Por eso al joven Amado se le había invitado a esa privadísima reunión.

El resto de los convocados eran el hondureño Matta Ballesteros, contacto en México de Félix Gallardo con los colombianos de Medellín; *El Azul,* el más importante y discreto negociador y publirrelacio-nista del grupo con la gente del gobierno; Gilberto Ontiveros Lucero, *El Greñas,* uno de los jefes del grupo en Ciudad Juárez, Chihuahua, de apenas treinta años. *El Greñas* no era muy bien visto por sus compañeros, por su locuacidad, gustos estrafalarios y desmedida afición a las joyas, las mujeres y el escándalo; *El Cochiloco;* Javier Barba Hernández y los hermanos Rafael Emilio y Juan José Quintero Pa-yán, encargados de abrir nuevas plazas y mercados para el

grupo. Y, finalmente, Manuel Bravo Cervantes, un ambicioso político michoa-cano responsable de controlar la plaza en Michoacán.

En los últimos cinco años, *El Cochiloco* se había convertido en un poderoso aliado de Félix Gallardo por varios y fuertes motivos: su terrible violencia, su admiración al difunto Avilés, pero sobre todo por haber planeado, junto con Miguel Ángel, el traslado de la organización a Guadalajara, a sugerencia de la DFS. Ya establecidos en esa entidad, entonces gobernada por Flavio Romero de Velasco, Félix Gallardo formó el cártel de Guadalajara, teniendo a Salcido Uzeta como uno de sus principales socios, al igual que al resto de los convocados.

-Era preferible hablar con ustedes, antes de reunirnos con los demás-dijo pausadamente Miguel Ángel, al observar que los convocados terminaban de comer las sabrosas viandas muy mexicanas elaboradas especialmente para ellos.

-¿Qué debemos saber, que no sepamos?-preguntó *Don Neto*, el anfitrión.

-Entre otras cosas, de don Juan, que está trabajando con gran éxito con los Orejuela, y algunas pequeñas bandas de Centro y Suda-mérica. Además, que expande su territorio.

-El viejo está enfermo y prepara su retiro-dijo Rafael Caro.

Los doce sonrieron al escuchar a Rafael, que no era muy ducho en el análisis y la reflexión. Mucho menos en saber escuchar.

-Su sobrino Juan, fuera de nosotros, es de los pocos que trabaja con los colombianos, y está moviendo mucha mercancía que pasa por México-dijo Pablo Acosta-. Más que de don Juan, tenemos que hablar de su sobrino.

-Coincido con Pablo-dijo muy serio Amado, de quien todos conocían su manifiesto interés de hacer dinero. No podemos descuidarnos. Esa es responsabilidad de todos nosotros, para después no tener preocupaciones que nos distraigan de lo importante, como el que don Juan y su sobrino estén llevando mercancía a buena parte del sur de
Estados Unidos y otras partes de ese país. ¿Puede, entonces, creerse que el tamaulipeco, en verdad pretenda retirarse, o que tenga sus días contados?”

Tras de beber un grueso trago de cerveza, más para refrescar la garganta que disfrutarla, Amado continuó su reflexión. Sus paisanos y el resto de los allí reunidos le escuchaban con atención.

-En Tamaulipas y Coahuila, don Juan y su sobrino trabajan con la protección de la Judicial del estado y la DFS. Esto, en poco tiempo, los afianzará en la región. Yo no tengo duda de que juntos, nosotros trece, somos representantes de la industria más lucrativa del mundo, pero también la más peligrosa y celosa. Por eso digo, como Miguel Ángel y don Pablo, que hoy, y cuantas veces sea necesario hacerlo, debemos de hablar, para organizamos y trabajar mejor...

-¿Qué es exactamente lo que te preocupa de don Juan?-preguntó *Don Neto,* dirigiéndose a Miguel Ángel e interrumpiendo a su sobrino.

-Que a diferencia de nosotros, rechazó que los colombianos le siguieran pagando en efectivo por cada kilo de cocaína que cruza a los Estados Unidos. En vez de eso, condicionó el pago en especie, en mercancía. Y los colombianos aceptaron.

-¿Y eso debería de preocuparnos a nosotros?-insistió Fonseca Carrillo, sin comprender el fondo de esa nueva práctica de operar de Juan Nepomuceno y su sobrino García Ábrego-Ese es asunto de ellos.

-No, don Ernesto, es también asunto de nosotros-dijo Miguel Ángel, para luego pacientemente tratar de explicar a todos sus oyentes, lo trascendental de esa práctica ideada por el tamaulipeco-. Para que mejor entiendan, con esa forma de pago, los tamaulipecos se harán de grandes cantidades de mercancía, que tendrán que mover, ¿y dónde se imaginan que lo harán?... ¡Aquí, desde luego! Y donde se requiera. ¿Qué significa esto?, que se harán por completo del mercado nacional, incluyendo el que hoy manejamos nosotros. ¿Entienden ahora, los alcances de la maniobra de del viejo don Juan?

Como en su momento ocurrió con García Ábrego, cuando su tío le explicó sobre la nueva práctica de pago, asimismo pasó con los doce hombre de Sinaloa, Chihuahua y Michoacán, e incluso con el hondu-reño Matta Ballesteros, cuando Miguel

Ángel les fue abundando de los alcances que en el negocio de las drogas tendría la idea de Juan Nepomuceno. Alcances que ni los mismos colombianos habían contemplado, y al paso del tiempo provocaría el fin de su reinado, al ser desplazados por los mexicanos en la elaboración, distribución y trasiego de las drogas.

-Conozco a don Juan-dijo Esparragoza Moreno, *El Azul*-. Es un viejo zorro que desde hace cinco décadas maneja Tamaulipas. Pero ese es otro asunto. Lo importante ahora, si te he entendido Miguel Ángel, es cómo evitar que don Juan se coma el pastel el solo, ¿no es así?

-¿Cuál es tu propuesta-preguntó Rafael Caro, seguidamente.

-Si le está dando resultado al tamaulipeco, ¿por qué no hacemos lo mismo nosotros, con los colombianos, peruanos, bolivianos y con todos los que trabajamos?-contestó Esparragoza Moreno.

En ese momento todos se sintieron orgullosos de *El Azul*, de su sentido común y la lógica con la que le encontraba solución a las cosas, de la manera más pronta y sin muchos enredos. Miguel Ángel sonrió, al comprobar que la audiencia, y él mismo, por unanimidad, habían decretado que no había mejor solución que la propuesta por Esparragoza Moreno.

-Bien, haremos lo mismo que don Juan. Algún día, tal vez nunca, le llamaré al tamaulipeco para agradecerle este servicio que sin querer nos ha hecho. A lo mejor estás en lo cierto, Juan José, lo mejor es imitar al tamaulipeco. Pero insisto, como Amado y Pablo, tenemos muchas otras cosas de qué hablar.

-Por supuesto-dijo Rafael, ya encendido por los “caballitos” de tequila-, pero eso será después. Ahora vamos a disfrutar de esta fiesta que nuestros amigos organizaron para nosotros-levantó su copa y miró a sus doce amigotes, en especial a *Don Neto* y al bonachón Pablo Acosta-. Que Dios nos bendiga a todos nosotros, como hasta hoy lo ha hecho. Que empiece la fiesta y toque de nuevo el mariachi.

El pronunciamiento fue recibido con un alegre saludo de Gilberto Ontiveros, *Don Neto, El Pablóte*, el hondureño, el michoacano y el resto de los sinaloenses que se habían limitado a escuchar o beber más que participar en la breve charla,

mientras que Miguel Ángel, Amado y *El Azul* hicieron mutis. Sin embargo, y ante la evidente euforia etílica de los diez restantes, al final, los trece vaciaron sus copas de un solo trago y se dispusieron a gozar el momento.

Uno de los mozos llenó nuevamente las trece copas y otros atendían a los demás invitados-todos metidos en el negocio-que poco a poco se habían acercado a la larga mesa que ocupaban Matta Ballesteros y los hombres de Sinaloa, Chihuahua y Michoacán, una vez que comprobaron podían hacerlo sin ser inoportunos. Todos pedían nuevas raciones de barbacoa, carnitas y chicharrón, tequila, escocés, ron o cerveza. Los camareros desaparecían, para reaparecer con más carne, tortillas y salsas diversas; además de heladas y refrescantes bebidas, porque las salsas estaban muy picosas.

Durante las horas del convite, se habló mucho de cosechas, rutas de transporte, tarifas, convenios y precios. De la pureza de los productos, de kilos, de toneladas, de armas y de los sobornos que exigían cada vez más altos los políticos, los militares y los policías, a cambio de su silencio y complicidad. Ya entrada la noche, el festín continuó en la amplia y confortable sala del suntuoso rancho propiedad de *Don Neto.* Las prostitutas habían sido seleccionadas por su corta edad y belleza por uno de sus hombres de confianza. Sentada sola en un sofá del rincón se veía una adolescente con hermosos ojos negros. Se veía asustada. Los hombres de la sala, alcoholizados y drogados, le veían con lujuria. A una seña de *Don Neto,* uno de sus ayudantes la presentó a Miguel Ángel. Para la chica fue un gran honor. Había sido seleccionada por el jefe de jefes del que tanto hablaban los periódicos en sus secciones de sociales, y seguramente era muy generoso.

## 8.-Principio del fin de Medellín; Colombia, 1984

La debacle del cártel de Medellín empezó desde que Pablo

Escobar se lanzó a la arena política en 1982, obteniendo un escaño como suplente de Jairo Ortega en la Cámara de Representantes. Tomó fuerza en abril de 1984, cuando el comandante de la Policía de Antioquia Valdemar Franklin Quintero y el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla fueron asesinados por sicarios de la organización, que para entonces ya contaba con más de dos mil hombres sólo en su aparato militar. Y nada la detuvo al desatar un enfrentamiento con el cártel de Cali, por el control de mercados en los Estados Unidos, con los asesinatos selectivos en Medellín y Cali, pero también en Nueva York, entre muchas otras ciudades; así como los subsiguientes atentados terroristas en Colombia, que motivaron al gobierno estadounidense a presionar al presidente Belisario Be-tancur para que autorizara la extradición de narcotraficantes sobre el féretro de Lara Bonilla. La extradición existía desde el gobierno de Julio César Turbay, pero no se había llevado a la práctica aún.

Lara Bonilla fue ametrallado a bordo de su lujoso Mercedes Benz conducido por un chofer. Su media docena de guardaespaldas que en otra unidad le seguían muy de cerca, nada pudieron hacer para evitar que dos motociclistas sorpresivamente irrumpieran entre ambos vehículos y descargaran sus armas en contra del político. Cierto, dieron muerte a uno de los asesinos al servicio de Medellín y capturaron al segundo, pero el daño ya estaba hecho. El crimen dio el pretexto para que la Casa Blanca iniciara acciones concretas para capturar y extra-ditar a los jefes de Medellín: Escobar Gaviria, Carlos Lehder, Jorge Luis Ochoa, el nicaragüense Federico Vaughan y Rodríguez Gacha.

Exactamente un mes después, en México, el 30 de mayo, en en plena zona rosa del Distrito Federal cayó asesinado el periodista Manuel Buendía Tellezgirón, cuando iba en busca de su automóvil en el estacionamiento de la esquina de Insurgentes y Liverpool, a pocos metros de su oficina. Un individuo joven, moreno y complexión delgada, se le acercó por la espalda, le jaló la gabardina blindada y disparó a quemarropa. El asesino, como en el caso de Colombia, huyó a bordo de una motocicleta.

Para evitar su inminente captura, Escobar, Lehder, Ochoa y el nicaragüense Vaughan, huyeron hacia Panamá. Rodríguez Gacha decidió perderse en las agrestes regiones limítrofes de Brasil y Venezuela, desde donde haría frente a la DEA y construiría un imperio territorial con sembradíos como jamás se había hecho. Controlaría al ciento por ciento la mercancía, desde el cultivo de la hoja de coca hasta la distribución de la cocaína en las calles de Estados Unidos.

Visionario, *El Mexicano* creyó conveniente asociar a su proyecto a otros dos ambiciosos hombre que, como él, aunque por muy diversas razones, también eran objeto de la incesante persecución del gobierno estadounidense y la policía mexicana: Miguel Ángel, su viejo conocido con el que Medellín trabajaba desde mediados de los setenta y Luis Medrano García, que operaba desde Houston. Con ambos, *El Mexicano* intentaba cambiar la ruta del Caribe que años antes había abierto Ledher y ahora ya no era muy segura.

Semanas después, en dos ocasiones diferentes, en julio y septiembre de 1984, Rodríguez Gacha visitó nuevamente la casa de playa de Miguel Ángel en la bahía de Altata, Sinaloa, y en Houston, a Luis Medrano, para plantearles su ambicioso proyecto.

Como siempre, Gonzalo llegó acompañado de su amigo y socio Matta Ballesteros. Conociendo sus gustos, Miguel Ángel había dispuesto que antes de tratar tan importante asunto, su invitado fuera recibido con música de mariachi; se le ofreciera, barbacoa, carnitas, chicharrón, diversas y picantes salsas, cerveza, tequila y mujeres hermosas. Gonzalo fue recibido y atendido como un rey.

Aunque le conocía desde unos siete u ocho años atrás, en los últimos tiempos el colombiano había sufrido un radical cambio. Su mayor talento consistía en haber creado los grupos paramilitares con los que el cártel de Medellín eliminaba a sus enemigos y "resolvería" sus problemas con el Estado colombiano. Otras de las características, era su pública aceptación de dedicarse al narcotráfico y hasta de darse el lujo de llamar a los noticieros televisivos, para que le filmaran mientras repartía dinero a los cientos de colombianos que le

pedían ayuda. En 1982, a raíz de un terremoto, la televisión transmitió cuando repartía dinero a los miles de damnificados; acción que meses después ayudaría para que Pablo Escobar, fuera elegido al Congreso de la República.

Antes de entrar de lleno al asunto de los negocios, ambos expresaron su esperanza de que muy pronto las cosas cambiaran para sus respectivos grupos. Luego, el colombiano le explicó a detalle sus planes y Miguel Ángel los acogió con entusiasmo, pues al fin y al cabo era un hombre siempre en busca de hacer buenos negocios. Al final de la reunión, ratificaron el acuerdo de que Gonzalo pondría la droga y Miguel Ángel y sus socios la recibirían y la entregarían, usando sus propios medios, en California a la gente del cártel de Medellín acantonada en Estados Unidos.

Sin embargo hubo una modificación en cuanto al pago. Se acordó que en lugar del tradicional treinta por ciento de comisión que en efectivo cobraba Miguel Ángel por el traslado de la mercancía, a partir de entonces el pago se haría en especie, en mercancia, y el porcentaje se incrementaría en un veinte por ciento. Aceptado el compromiso, el trato quedó así: la mitad de la droga sería para Medellín y la otra para Miguel Ángel, a cambio de pasar toda la droga a los Estados Unidos. Es decir, el grupo de Guadalajara adoptaba el sistema que don Juan, meses antes, había impuesto al cártel de Cali.

Días después, en Houston, Texas, Luis Medrano García también sería visitado por *El Mexicano*. Luis, en representación del grupo de Matamoros, amarraría similares compromisos con el colombiano. Por lo que a partir de entonces el grupo de Matamoros también operaría con el cártel de Medellín, como lo venía haciendo con el de Cali, desde unos tres o cuatro años antes.

Bajo este nuevo esquema de operación (al que Escobar Gaviria agregaría que los sobornos también se pagaran con especie; modificación que más tarde también aceptarían los otros traficantes mexicanos), nació la conexión Rodríguez Gacha-Guadalajara-Chi-huahua. Ambas modificaciones, al cabo de pocos meses, cambiarían el rumbo de los traficantes mexicanos: Invadirían a México con la cocaína sudamericana y

el narcotráfico se fortalecería como jamás nadie imaginó.

La conexión Rodríguez Gacha-Guadalajara-Chihuahua incrementó el volumen de la introducción de droga por la frontera norte a niveles insospechados en esa época. Entre mayo de 1985 y mayo de 1986, por ejemplo, el gobierno de los Estados Unidos decomisó en la frontera de Texas treinta y dos toneladas de mariguana, cerca de novecientos kilos de cocaína y diez kilos de heroína. Aunque sólo era una mínima parte del total de droga que se movía a través de los mil trecientos kilómetros de la frontera común, dejaba en claro que el nartráfico había crecido notablemente.

Para 1987, la frontera Juárez-El Paso era el cruce más utilizado por los narcotraficantes colombianos. Se había desplazado a la tradicional ruta de la Florida. La influencia de Medellín era decisiva.

Ya de regreso en Colombia, *El Mexicano* y un centenar de hombres se internaron en las zonas controladas por la guerrilla, para avanzar hacia las tierras ganaderas del Magdalena Medio, a donde habló con los jefes de la derecha más recalcitrante que combatía a los guerrilleros de la izquierda subversiva. Así, de la noche a la mañana, los contrainsurgentes cuidaban sus extensos cultivos de cocaína y Gonzalo, a cambio, les daba dinero suficiente para que cubrieran sus necesidades alimenticias y de armamento. De esa forma, convirtió al cártel de Medellín en el artífice de la guerra sucia contra los grupos de la izquierda legal que más tarde se acogerían al Plan de Paz del presidente Belisario Betancurt.

Aventura paramilitar que el resto de los narcotraficantes colombianos, poco a poco, pagarían a un precio altísimo. Para comenzar, el 15 de noviembre de ese año, 1984, en Madrid, España, fueron detenidos Jorge Luis Ochoa (Medellín) y Gilberto Rodríguez Orejuela (Cali). Con diferentes nombres, los dos mafiosos se habían avecindado en la exclusiva zona de Majadahonda, hasta donde llegaron por ellos los agentes de la DEA. Una semana antes, en México, el 7 de noviembre, Rafael Caro Quintero también recibía un fuerte revés del que ya no se

repondría.

## 9.-Miguel Aldana Ibarra; ciudad de Mexico, junio de 1984

El primer comandante Miguel Aldana Ibarra estaba sentado en su oficina. Sobre su escritorio, frente a sus ojos, tenía un montón de papeles con las siglas OCN (Oficina Central Nacional) Interpol-México, avalado por la Dirección General de la PJF y la PGR. Estaba de mal humor, porque no sabía por dónde comenzar. Era importante hacerlo. Los documentos detallaban los datos personales de medio centenar de delincuentes prófugos de la justicia, “boletinados” en ciento cuarenta y cuatro países miembros de la Interpol, a lo largo y ancho de los cinco continentes.

Para el robusto policía federal, era muy importante lograr la aprehensión de alguno de esos prófugos de la renovación moral emprendida por el presidente Miguel de la Madrid, desde diciembre de 1982, apenas tomó posesión. Sabía que había incredulidad en la sociedad, que socarronamente se preguntaba cómo era posible que no se detuviera, por ejemplo, a Arturo Durazo Moreno, ex jefe de la policía capitalina al que se le acusaba de un sinfín de delitos; Miguel Ler-ma Candelaria, ex director del Banrural que sin recato alguno había saqueado el banco rural, en perjuicio de miles de campesinos; Armando León Bejarano, ex gobernador de Morelos que se había enriquecido escandalosamente “secando” las arcas del estado; Ignacio de León Martínez, Enrique Amado Cárdenas, y los extranjeros Donald G. Crawford, Jacques Van Damme y James C. Dangler, defraudadores de Pemex por casi doscientos millones de dólares, confabulados con varios mexicanos. Todos habían huido del país.

-¡Ah, chingá, como si fuera tan fácil!-decía con desaliento el jefe de la Interpol en México-. Cada uno de estos cabrones tiene muchísimo dinero y contactos; además cuenta con todo el

mundo para ocultarse.

Aldana miró la carátula del reloj de su oficina (incrustada en la faz de un tigre en un librero, atrás de su escritorio). Era la hora convenida para llamarle a su esposa. Le dijo que no le esperara para cenar, ya que tenía trabajo. Nunca le contaba sus cosas, no tenía para qué. La mujer creía que vivían de su sueldo de licenciado y policía. Aldana, al pensar en ello, esbozó una sonrisa. Su madre, María de la Luz Ibarra Lapeirette, *doña Lucha*, había creído lo mismo, aunque no tardó en saber la verdad. El "oficio" se lo había enseñado su difunto padre, un general villista e inspector de policía, que ocasionalmente llevaba a su pequeño hijo a pasear por algunas zonas del Distrito Federal. El inspector Lucio Aldana Araujo presentaba al pequeño Miguel con sus conocidos, y ellos le regalaban cinco o diez pesos. Al final del día, los bolsillos del niño Aldana estaban llenos de monedas y billetes. Naturalmente, don Lucio le guardaba el dinero para pagar su educación y le daba cincuenta centavos o un peso cada semana para sus golosinas.

Más adelante, en 1959, a pesar de que doña Lucha no quería fuese policía sino que continuara sus estudios, a la edad de catorce años, Miguel ingresó como "agente infiltrado" al entonces Departamento de Policía Judicial Federal (después sólo Policía Judicial Federal); su labor era *colarse* en las manifestaciones estudiantiles, a fin de identificar plenamente a los dirigentes. Lo mismo hacía entre los pandilleros y delincuentes juveniles, para recabar información que pudiera prevenir delitos federales. Luego pasó a los Servicios Especiales de la PGR, con la finalidad de obtener informes en la UNAM y el IPN, sobre los Porros y demás grupos de malvivientes que allí operaban. Para poder continuar sus estudios, tal y como se lo había prometido a su madre (su padre ya había fallecido) abandonó temporalmente la carrera policial e ingresó como mozo al Instituto Mexicano Seguro Social. Pero como sus anteriores actividades de "infiltrado" le habían convertido en un joven muy bien informado, Antonio Servín de la Mora, ex jefe de la Policía Judicial del DF que allí trabajaba, le rescató y solicitó realizara nuevamente sus anteriores

investigaciones.

A la edad de veinte años, en 1965, ingresó a la Secretaría de Gobernación como inspector de Migración, sin dejar de proporcionarles información a la PJF y al Servicio Secreto, en aquel entonces dirigido por el general Mendiolea Cerecero. Gracias a este tipo de datos, en 1969, el Servicio Secreto se anotó un sonado éxito, al capturar a un grupo de narcotraficantes colombianos que operaban en el Distrito Federal. Posteriormente, pasó a la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales de Gobernación. Durante el sesenio del presidente Echeverría (1970-1976), se le nombró comandante de Investigaciones de la PGR, teniendo bajo sus órdenes a su amigo el detective Florentino Ventura Gutiérrez y al hermano de éste, Juan.

Con el advenimiento del presidente López Portillo (1976-1982), en 1977, Ventura fue nombrado jefe de la Interpol-México y se llevó como su segundo en el mando a Miguel Aldana, que para ese entonces todavía no concluía la carrera de licenciado en Derecho; aún así, poco después se le nombró coordinador general de la Subsecretaría de Enlace del PRI. Ya con el título de abogado y sin renunciar a la PGR, por orden del presidente De la Madrid, el 5 de diciembre de 1982 José Antonio Zorrilla
Pérez lo llamó para que ocupara el cargo de coordinador general Operativo y Administrativo de la DFS. Cuatro días después, el 9 de diciembre, el procurador general de la República Sergio García Ramírez, lo nombró primer comandante de la PJF y jefe de la Interpol en México. Cargo en el que cumplía año y medio en ese mes de junio de 1984.

A Miguel Aldana se le consideraba un buen policía. Aunque no le agradaba torturar a los detenidos, culpables o no, los hombres del grupo de Guadalajara y los otros narcotraficantes que cada vez ganaban más espacios, sabían que aunque les respetaba no significaba que les permitiera trabajar libremente. Recientemente les había pegado en Tijuana y todo indicaba que se preparaba para hacerlo en Chihuahua.

En cuestiones de trabajo, Aldana era muy reservado. Por ello nunca hablaba de los asuntos policiacos con Socorro

Sánchez López ni Sara Elena Torre Molero, las dos mujeres que amaba y con las cuales había procreado a sus tres hijos: Erica, Luis Miguel y Jorge David; tampoco a sus hijos los había llevado a visitar a sus "amigos", cuando él recogía los *regalos* en efectivo que éstos le entregaban con alguna regularidad. No, él no hacía como su padre; tampoco exigía el dinero que por costumbre los mafiosos solían entregar a los jefes de la Policía. Si aún así el dinero llegaba, él tranquilamente lo guardaba, sin sentir nada parecido a remordimientos, porque consideraba que no tenía ningún compromiso ni "arreglo" con los "donadores"; además, esas cantidades que se le pagaban se las había ganado con creces. Los traficantes sabían que él jamás se metería con su familia ni siquiera intentaría capturarlos en sus casas. Por el contrario, el comandante Aldana, con antelación, les avisaba que iría tras de ellos, por lo que mejor huyeran. Si no lo hacían, ese era su problema. Y esa gente sabía apreciar lo que el comandante Aldana hacia por ellos.

Miguel Aldana se había amoldado al sistema establecido. De tal manera que los señores de la droga sabían que nunca les exigiría dinero extra para su provecho particular; era capaz de contentarse con la parte que le correspondía de la bolsa común. Su nombre estaba en la lista, junto con el de otros altos jefes antinarcóticos y nunca, al contrario de algunos de ellos, había exigido dinero extra. Era un buen policía que jugaba limpio. Por eso no era de extrañar que ya fuera primer comandante de la PJF y jefe de la Interpol-México.

Ahora, a sus treinta y nueve años, era abogado y tenía a su cargo a su ex esposa, a su segunda mujer y sus dos hijos e hija que iban a escuelas privadas. Y nunca los suyos habían carecido de nada. Fue en los tiempos en los que era el segundo en el mando del comandante Ventura, cuando Aldana empezó a adquirir reputación de hombre difícil de llegar a un "arreglo". Tal vez por eso las *cuotas* que le enviaban los jefes mafiosos eran mayores que las que llegaban a otros comandantes.

El comandante Aldana, ya lo hemos dicho, no sentía remordimiento alguno. ¿Qué culpa tenían sus tres hijos de que la Policía pagara tan mal a sus altos jefes? ¿Por eso no tenían

derecho a acudir a las mejores escuelas y universidades? Gracias a él, el país era un tanto más seguro, por lo mismo consideraba que merecía bastante más de lo que le pagaban, pero no se quejaba; al contrario, se hacía cargo de las circunstancias.

En el año y medio que tenía como jefe de la Interpol-México, continuaba yendo al frente de las acciones que el procurador general de la República le encomendaba. De esa manera, a mediados de mayo de 1984, sus amigos policías de Brasil, telefónicamente, le avisaron que el prófugo Durazo Moreno regularmente visitaba un hotel de Río de Janeiro, Brasil. Pero cuando horas después junto con su grupo llegó a Río de Janeiro, ya había escapado el ex jefe policiaco a quien el gobierno mexicano le buscaba por defraudación fiscal, acopio de armas, extorsión y amenazas; además, se le citaba como responsable de la matanza del río Tula, caso que también se había encomendado esclarecer a Aldana.E n ese mes de mayo, Aldana y su grupo de federales habían incautado, en Zacatecas, nueve toneladas de mariguana, doscientos litros de hachís y kilo y medio de heroína, con un valor aproximado de dieciocho mil millones de pesos.

Los hombres de Guadalajara y los de los otros grupos que operaban en el país, si no amigos, eran viejos conocidos del comandante Aldana Ibarra. Una que otra ocasión, el federal iba a cenar y a beber unos tragos en alguno de los negocios que los sinaloenses tenían en la ciudad de México, y éstos le destinaban una de las mejores mesas. Los mafiosos se preocupaban de que le presentaran a las celebridades que actuaban en el "club", que a veces eran grandes estrellas de la farándula internacional. En alguna ocasión, es lógico, los jefes del narcotráfico le pedían algún pequeño favor, como por ejemplo conseguir un certificado para que la artista-regularmente de origen extranjero-pudiera trabajar en el centro nocturno. Para el comandante Aldana Ibarra era un placer servir a los amigos.

-Yo sí soy amigo de mis amigos-solía decir.

# 10.-Florentino Ventura Gutiérrez; ciudad de México, 1984

El comandante Florentino Ventura Gutiérrez, desde una ventana de los separos de la PJF, contemplaba la semidesierta calle de Soto, en la colonia Guerrero, mientras los rayos dorados del sol pugnaban por salir a lo lejos. Cansinamente cerró los ojos, deseando estar en su cama, como cualquier otro hijo de vecino. Pero Dios, cómo le gustaba su trabajo.

Había nacido en 1928, cincuenta y seis años atrás, en el estado de Colima. Adolescente aún, ingresó a un seminario con la intención de abrazar el sacerdocio. Después, al comprobar que el sendero de la religión no era su camino, mientras se cultivaba en la División de Estudios Superiores de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, se metió de telegrafista; estudios y oficio que más tarde abandonaría al sentir que tampoco le satisfacían, para criarse en el mundo degenerado de los policías. Durante los primeros meses de 1949, todos los días y todas las semanas visitaba a sus amigos detectives. Imaginaba un día ser como ellos: agente de la DFS. Hasta que un día, finalmente, lo logró. A partir de entonces-durante once años-, sin que él lo sospechara, allí encontró el paraíso y el infierno, su infierno. Desde el primer día de labores, se enamoró de su trabajo. Así lo demostraría en 1960, al ser transferido a la PJF, con el grado de Primer Comandante.

Durante los veinticinco años que ya llevaba en la PJF, se había desempeñado como investigador en el área política y comandante de grupo en el Aeropuerto Internacional de la ciudad de México, para la detección de narcóticos y contrabandos, y en el grupo especial adscrito a la Dirección General de Averiguaciones Previas de la PGR. Fue en el aciago 1968, cuando Florentino daría muestras del gusto por su trabajo, al declararse policía enemigo a muerte de los guerrilleros a los que el gobierno mexicano, a toda costa y a todo costo, les persiguió ferozmente, en un intento por exterminarlos.

De todo aquello hacía más de tres décadas. Ahora, a mediados de 1984, era primer comandante de la PJF adscrito a la Dirección General de Averiguaciones Previas de la PGR, la policía federal para "asuntos especiales" y fuerte aspirante a ocupar por segunda ocasión el importante cargo que aún detentaba Miguel Aldana: jefe de la In-terpol-México.

Primero en la DFS y después en la PJF, Florentino había perdido el romanticismo que le embargaba cuando estaba con su querida esposa María Cira Villanueva. Por dedicarse a resolver los "asuntos especiales" que directamente le encargaba el procurador Sergio García Ramírez, ya no tenía tiempo para atender a su familia, a sus hijos, a ella misma; desapegos maritales que María Cira le reclamaba una y otra vez, y eran motivo de constantes fricciones de la pareja. Aún así, en los contados momentos de descanso, el duro comandante se veía en los ojos de su mujer y sentía sus labios. Otras veces, él y ella, acompañados de algunas amistades muy cercanas, salían a comer o cenar, o simplemente comer mariscos o beber cerveza y licor, pues desde muchos años antes los dos habían decidido que vivirían juntos, criarían a sus hijos, compartirían su vejez y permanecerían así hasta que la muerte los separara.

Pero mientras esto último sucediera, durante muchos años en la PJF ya había ganado fama de "buen investigador", aunque con aureola de brutal en sus métodos. Fama que incluso había rebasado las fronteras nacionales. Para la DEA, era "el policía más brutal, pero el más eficiente". Sus métodos de "investigación" eran motivo de escándalo; pero a él eso no le importaba; los medios para alcanzar los fines era lo de menos. En los calabozos de la PJF, él personalmente daba las órdenes de cómo torturar a los detenidos que no querían revelar los nombres de sus cómplices o la forma de operar del presunto grupo delictivo al que suponía o estaba cierto pertenecían. Iba a las celdas y los amenazaba:-Si no cooperan, se los va a llevar la chingada A los renuentes a confesar lo que él deseaba oír, se les desnudaba; ataban las manos por atrás y encapuchaba. Entonces comenzaba la pesadilla para el detenido. Se le aplicaban choques eléctricos en las nalgas y el pene; se le introducía agua mineral con chile piquín por la nariz; le

retorcían los testículos y le metía un alambre por el orificio del miembro. Otras veces, con los puños, los torturadores le golpeaban en la boca del estómago o en el rostro, hasta hacerle caer. Ya en el suelo, comenzaban a patearlo, como si jugaran fútbol con el cuerpo, hasta que se desmayaba. Para volverlos en sí, le orinaban el tumefacto rostro mientras los sádicos individuos se carcajeaban grotescamente; después les metían un palo por el ano y reiniciaban sus brutales métodos de "investigación", hasta que el desgraciado confesaba lo que el comandante Ventura deseaba. Como es natural, en no pocas ocasiones se les pasaba la mano a los torturadores, y los desdichados morían en los calabozos. En esos casos, a los familiares la PGR informaba lacónicamente que su pariente se había "suicidado".

Aún así en los últimos meses, en los calabozos, en las instalaciones donde practicaba ejercicios tácticos propios de su dura profesión; en los cursos de capacitación y actualización relacionados con las técnicas políticas y la delincuencia internacional, que había realizado en el extranjero; en los hoteles, en el dormitorio, y en la calle, el comandante Ventura, una y otra vez, se había preguntado sobre su familia y su futuro como policía; sobre los narcotraficantes, y las leyes constitucionales que día con día él violaba con sus brutales procedimientos de "investigación", y se respondía, una y otra vez, que ese mundo que él había seleccionado era el que realmente amaba, más que a cualquiera otra cosa terrenal.

En efecto, cuando por las noches-mientras se ejercitaba físicamente hasta no sentir los brazos ni las muñecas-volvía a pensar en su brutal trabajo y en la maldad del mundo, Florentino Ventura-como alguna vez lo sintió dentro de los muros del seminario-sentía la necesidad de liberar al mundo de esa costra de podredumbre que cada día lo iba cubriendo, en un intento por evitar que lo asfixiara. No pensaba ni le importaba hacerlo-pues tácitamente no reconocía ese detalle-, que él mismo había coadyuvando a hacerla mucho más gruesa. Porque él también ya se había corrompido.

# 11.-¿Todos contra Aldana?; ciudad de México, septiembre de 1984

Miguel Aldana había tenido por norma no demostrar que conocía las intenciones de los demás. Cuando a finales de septiembre de 1984 el director de la PJF, su primo Manuel Ibarra Herrera, le informó por teléfono que el procurador García Ramírez quería hablar con él, no preguntó para qué. Se limitó a acudir a la oficina del abogado de la nación. Al observar que de pie el procurador le recibía al centro de su amplio privado, no le saludaba de mano ni invitaba a tomar asiento, Aldana supo que alguien le había predispuesto con el amable y ecuánime académico.

-Licenciado-dijo secamente el procurador con el ceño fruncido-, tengo este problema: Zorrilla dice que tiene información de que usted está involucrado con el cargamento de cocaína que se decomisó en el aeropuerto este mediodía. Licenciado, si usted está metido en ese asunto, ahí está la puerta.

Al escuchar tan increíble versión, el comandante no dudó. Alguien quería perjudicarlo. ¿Su primo Manuel Ibarra, que no de muy buen agrado había aceptado su nombramiento como coordinador nacional Operativo y Administrativo de la DFS y el de jefe de Interpol-México? ¿El comandante Ventura, que estaba celoso de su actuación y deseaba hacerse por segunda ocasión del cargo que ahora él detentaba? ¿Zorrilla Pérez, el jefe de la DFS al que le había detectado vínculos con los principales narcos del país? ¿Los agentes de la DEA que operaban en territorio nacional y en realidad eran traficantes de droga? ¿O Miguel Ángel, cuyos intereses últimamente había afectado? Si, alguno de estos personajes o todos juntos, a instancias del jefe mafio-so, reflexionaba Aldana, era la causa de que él estuviera allí frente al procurador. Félix Gallardo era una de las grandes personalidades del narcotráfico en México,

con más influencias políticas y policiacas de las que había tenido jamás un narco.

Aldana, de pie frente al procurador, por un momento no supo qué decir, ni tampoco si montar en cólera o simplemente reír ante aquella acusación. Él era quien había avisado al director de la PJF, su primo Manuel Ibarra, sobre el cargamento de cocaína; sí había enviado a sus hombres al aeropuerto, pero para asegurarse del decomiso y la captura de los posibles implicados... Y ahora, al no poder hacerse de los veinticinco kilos de la droga, le implicaba como el destinatario del enervante, seguramente de él y nadie más. Entonces, tragándose la ira que en esos momentos pujaba por salir a través de su garganta, con aplomo dijo al académico que esperaba su respuesta con las cejas enarcadas:

-¡Señor, yo fui quien le informó a Ibarra Herrera sobre ese cargamento!

-¿Cómo?-preguntó el doctor García Ramírez, sorprendido por la inesperada respuesta.

-Sí, señor. Cuando me enteré sobre el cargamento y que la gente de Zorrilla aparentemente estaba interesada en brindarles apoyo a los tres hombres que la traían, yo personalmente se lo informé a Ibarra. Incluso, le dije que mandaría a algunos de mis hombres para apoyarlo, en caso necesario. Le detallé que la droga sería introducida al país en el vuelo 622 de la línea AeroPerú, vía Lima, procedente de la Paz, Bolivia.

El procurador se sentó en su sillón detrás del escritorio, decidido a esperar que el jefe de la Interpol siguiera hablando, pero como éste se negó a hacerlo, como pocas veces le ocurría, contrariado dijo:

-Pero Zorrilla dice... Entonces..., ¿qué hacemos?

Aldana sonrió tristemente y dijo:

-Es evidente, señor procurador, que Zorrilla y mi primo Manuel quieren enemistarme con usted.

Cuando vio que el rostro del académico permanecía impasible, que no se sorprendía de sus palabras, añadió, con ligereza:

-¿Qué hacemos?, sólo usted puede decidirlo. Pero, si me permite sugerir, para evitar futuros malentendidos, es

conveniente que la PGR informe a la opinión pública sobre el decomiso y los tres detenidos. Por otro lado, doctor, permítame agradecerle que me haya dado el beneficio de la duda, al preguntarme personalmente si tenía yo algo que ver en este caso. Mis respetos, señor procurador, por la oportunidad de aclarar este penoso asunto.

De momento, el procurador siguió sin responder. Finalmente, al ver que el primer comandante de la PJF ya no tenía más que decir, se excusó de haber dudado de él.

No añadió que la gente de Zorrilla Pérez, a punta de metralleta, en su domicilio, frente a su esposa e hija, había detenido a su amigo el cineasta colombiano Ramiro Meléndez López y que en esos momentos se le "interrogaba" en las instalaciones de la DFS. Se limitó a concluir con voz tranquila:

-Bien, licenciado Aldana, dedíquese a trabajar como hasta hoy lo ha venido haciendo. Una vez más, disculpe el siquiera haber dudado de su integridad.

Para el comandante Aldana, de momento, todo acabó del mejor de los modos. Pero a partir de entonces su única preocupación era desconocer hasta cuándo contaría con el respaldo del doctor García Ramírez. Tenía la certeza que para el grupo de Guadalajara, su primo Manuel Ibarra y Zorrilla Pérez, así como los agentes de la DEA, él se había convertido en una molestia que había que eliminar.

En aquellos años, el que alguien pudiera siquiera soñar en matar al jefe de la Interpol en México, era algo impensable; el mismo Miguel Ángel lo sabía. Asesinar a un policía de este calibre no era rentable, pero para deshacerse de Aldana había otros métodos igual de efectivos.

Dos semanas después, recibiría la segunda señal de que sus poderosos enemigos estaban dispuestos a verlo fuera de la policía, en la cárcel... o muerto. Tras de varios días de ser "interrogado" por la gente de Zorrilla Pérez, el cineasta colombiano lo había implicaba en el asunto de los veinticinco kilos de cocaína.

-Si no firmas, tu hija y tu esposa terminarán en el río Tula-le

advirtió uno de los agentes de la DFS, luego de leerle una nota periodística que hablaba sobre los muertos encontrados en dicho canal de aguas negras. Después de varios días de golpes y este tipo de amenazas, el productor cinematográfico no aguantó más. Con la cabeza gacha, firmó "su declaración", apenas los torturadores le levantaron la venda de los ojos para que la divisara.

Con estas declaraciones en poder de Zorrilla Pérez, las cosas para el comandante Aldana presentaban mal aspecto, a pesar del apoyo que le seguía brindando el procurador general de la República.

## 12.-Los ciento catorce grupos

La idea de crear un punto de acopio cercano al territorio estadounidense, de todas las cosechas de mariguana que se levantaban en México para trasladarlas en tráilers hacia los Estados Unidos, había sido de Miguel Ángel.

El plan surgió durante los últimos cinco años, en su larga búsqueda de afianzar la paz entre las diversas facciones de México, Colombia, Bolivia y Perú, principalmente, y agruparlas en una especie de confederación continental. Creía que debidamente organizadas, todas esas facciones o grupos podrían concentrar su respectiva producción de mariguana en un solo lugar cercano al territorio estadounidense, pues al fin y al cabo era su principal mercado de la yerba. Es decir, el lugar de acopio estaría en suelo mexicano, en alguno de los estados norteños de México, de preferencia.

Miguel Ángel sabía que además de peligrosa, la misión no era sencilla, pues gran parte del territorio nacional estaba convertido en un campo de batalla, donde contendían las diferentes bandas de narco-traficantes ajenas al grupo de Guadalajara. Las cruentas luchas eran el pan de cada día; todas querían abastecer a los más de treinta millones de adictos estadounidenses a la yerba. Pero lo más grave, las matanzas estaban provocando que los legisladores implantaran leyes más

severas en contra de los narcotraficantes, incluso la indignada sociedad exigía la intervención abierta del Ejército en la securidad pública. Aún así, Miguel Ángel decidió continuar con el ambicioso proyecto.

Así, mientras Rafael se dedicaba a comprar grandes extensiones de tierra y ranchos en los estados de Sonora, Zacatecas, Jalisco, Nuevo León, San Luis Potosí y Chihuahua, Miguel Ángel se entrevistaba con los diferentes jefes de los grupos de México, de Centro y Suda-mérica; les sondeó hábilmente, supo cuáles eran sus aspiraciones, les propuso esferas de influencia que serían respetadas por todas, y también les insistió de los beneficios que obtendrían si se agrupaban en una sola organización. Pero nuevamente se encontró con que, al igual que en México, en Centro y Sudamérica, había también demasiadas facciones, demasiados intereses opuestos, por lo que el acuerdo era imposible. Comprendió, entonces, que sus esfuerzos serían estériles hasta que el número de grupos quedara reducido a una cifra más manejable. Y así se los propuso a los diferentes jefes del narcotráfico de Centro y Sudamérica, con el compromiso de que en México su grupo haría lo mismo, en su respectiva región de influencia.

En México, en aquellos años (1983-1984), había tres o cuatro que eran demasiados fuertes para ser eliminados. Pero el resto, los independientes, los que operaban sin la protección de la PJF, la DFS y la propia DEA, tendrían que desaparecer. Y desaparecieron, con la ayuda del grupo de Guadalajara. Al final, ciento catorce grupos de México, Centro y Sudamérica, se unificaron y se comprometieron a concentrar la mayor cantidad de mariguana en un solo punto: el rancho El Búfalo.

Desde su gestación, Miguel Ángel supo que para lograr el éxito, el centro de acopio debería contar, naturalmente, con la formidable protección política-policiaca de la DFS y, desde luego, tendría que estar bajo la dirección y supervisión de un hombre que realmente amara, conociera, e hiciera producir la tierra, por muy árida que ésta fuera. Pero además, que pudiera moverse sin peligro ni temor. Todos los socios del grupo de

Guadalajara eran, sin duda, hombres de campo, campesinos que desde niños habían crecido pegados a los surcos. Por lo tanto, todos conocían y amaban la tierra y sus productos. Pero ninguno como Rafael Caro Quintero.

En oposición a lo que creía el resto de sus socios, Miguel Ángel tenía en un buen concepto a Rafael. Pese a su violento carácter no era arrebatado, al contrario, sabía cómo tener contentos a todos los policías federales, a los que no les permitía ni de siquiera insinuar el soborno. Era generoso y les entregaba mayores cantidades de dinero a las que éstos esperaban. De ahí que prácticamente todos los jefes y comandantes de la PJF y la DFS y del Ejército destacados en Chihuahua, Durango, Sinaloa y Jalisco, le conocían y protegían. Incluso sólo tres guardaespaldas le acompañaban en sus frecuentes viajes por carretera, porque a Rafael le gustaba viajar por carretera en su Grand Marquis, sólo para ver florecer los verdes campos mexicanos.

Para Rafael no había problema sin solución. Antes de llegar a los extremos, buscaba arreglar las cosas y hacer negocio, si se podía. Eso sí, no se dejaba intimidar por nada ni por nadie. Tal vez por la estrechez de su niñez, al sinaloense le gustaban las cosas en grande y, sobre todo, era un enamorado de la tierra; le emocionaba cuando la hacía producir. Desde la vez que de sus propias tierras vio brotar las primeras matas de mariguana, decidió jamás cambiar de giro. Siguió dedicado al cultivo de la yerba, pero en grande.

Sí, pensó Miguel Ángel, Rafael es un campesino en toda la extensión de la palabra. Y un campesino de ese tamaño, es lo que necesitaba el gigantesco punto de acopio que ya había ideado. Algo jamás visto ni llevado a la práctica en ninguna parte del mundo. Pues como a Rafael, a Miguel Ángel también le gustaba hacer las cosas en grande.

## 13.-El piloto que sabía cantar; desierto de Chihuahua, 1984

En dos años de trabajo de infiltración, Camarena se había guardado de revelar a sus compañeros de la DEA radicados en Guadalajara, que estaba enterado de la coalición de Miguel Ángel y la DFS. Que había descubierto que esa relación había permitido a Rafael adquir sin complicaciones enormes extensiones de tierra y varios ranchos en los estados de Sonora, Zacatecas, Jalisco, Nuevo León, San Luis Potosí y Chihuahua. En especial Chihuahua, donde Rafael había comprado cinco ranchos: Los Juncos, Montecristo, El Pocito, El Vaquero, y El Búfalo, éste último ubicado en Ciudad Jiménez, cercano al poblado que lleva ese nombre.

Camarena estaba enterado que en ese rancho, El Búfalo, con la ayuda de especialistas, Rafael había irrigado las tierras secas del desierto y en pocos meses lo había transformado en un rico oasis agroindustrial, que producía cientos de toneladas de mariguana que una vez cosechadas eran almacenadas en gigantescos cobertizos.

Desde luego que aquel milagro agroindustrial no se dio de la noche a la mañana, tampoco tardó años, sino meses, claro, con la ayuda de las cuantiosas cantidades de dinero que el grupo de Guadalajara invirtió. Para transformar aquellas áridas en un rico vergel, desde las grandes ciudades Caro Quintero ordenó el traslado al desierto de toda la maquinaria agrícola y los fertilizantes necesarios; se perforaron pozos y construyeron pequeñas presas para contener millones de litros de agua que luego se utilizaba para regar las secas tierras por medio de aspersión. Una vez que las semillas se sembraron y poco después brotaron las primeras matas, los extensos plantíos comenzaron a ser supervisados desde helicóptero.

Por su extensión, la infraestructura allí levantada, y por su cercanía con la frontera estadounidense, Rafael y sus socios decidieron que El Búfalo, además de lugar de cosecha, fuera el punto de acopio de todas las cosechas de mariguana que se levantaban en México, Centro y Sud-américa. Sólo de México, en El Búfalo se almacenaba la producción de unas quince mil hectáreas. Algo jamás visto ni llevado a cabo en ninguna parte del mundo. El paso siguiente era trasladar las cosechas en camiones cerrados y luego en tráilers hacia Estados Unidos.

De todo esto estaba enterado Camarena, y no lo había informado a sus compañeros de la DEA, por lealtad a la amistad que había entablado con Rafael; por ya saber cómo pagaba la Agencia a sus agentes que sabían demasiado sobre la participación secreta del Gobierno estadounidense en el tráfico de narcóticos, por ejemplo Sante Bario, o vaya usted a saber por qué más.

Además de todo esto, Camarena sabía que Rafael supervisaba la más grande plantación de mariguana que se haya conocido en México, en el rancho El Búfalo, muy cerca de la ciudad de Jiménez, en el sur de Chihuahua; que operaba pues, sin grandes preocupaciones, porque los plantíos eran protegidos por miembros del Ejército, en tanto que los desplazamientos de la cocaína eran custodiados por elementos de la PGR y las policías regionales.

Sabía que al cuidado de los plantíos estaba el comandante Ignacio Araiza Zavala, ayudado por Héctor Verdugo, Marco Jesús Romero y Salomón Gálvez, también de la DFS. Que el enorme complejo agroin-dustrial era custodiado por cientos de guardias armados que vigilaban a los más de diez mil campesinos de diferentes partes del país, que habían sido enganchados para sembrar la mariguana, como si fueran a cortar caña o pizcar tomate en otros puntos de México; que el responsable de alimentarlos era Francisco Rodríguez Ochoa; que parte de la construcción del complejo estuvo a cargo del agente de la DFS, Jesús Gil Peralta; que Andrés Valdés López, era el capataz; que Marcial Fuentes era el responsable de contabilizar las entradas y salidas de la droga. Todos también policías de la DFS.

Incluso estaba enterado que el comprador de una parte de la primera cosecha del oasis agroindustrial, era el traficante Jaime Méndez, que operaba en Chihuahua con la protección de las autoridades estatales. Hasta la cantidad que pagó: trescientos cincuenta mil dólares por cada tonelada; y que parte de esa cosecha, Caro Quintero y sus socios la habían enviado a las bodegas que tenían en Tijuana, para que la moviera José Contreras Subías, su hombre fuerte por aquellos lugares protegido también por agentes de la DFS, bajo el mando del

comandante Hirachi.

Sin embargo, las cosas se complicaron para Camarena y Rafael cuando inesperadamente hizo su aparición el piloto Alfredo Zavala Avelar. Y luego, a la presión ejercida por Roger Knapp, el jefe de la DEA en Guadalajara interesado en concluir la Operación Padrino, iniciada dos años antes para arrestar a Miguel Ángel y sus socios.

La presión de Knapp comenzó días después de que Zavala Avelar, piloto de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH), se presentó en el Consulado norteamericano y comentó lo que había visto en sus vuelos. Tras de escucharlo, el Consulado lo remitió al piloto con Knapp y éste hizo lo propio con sus cuatro agentes: James Kuykendall, Víctor Shaggy Wallace, Tony Ayala y Enrique Camarena.

Zavala Avelar, de cincuenta y ocho años, era un piloto aviador formado en el Ejército mexicano del que veinte años atrás, en 1963, se había retirado con el grado de capitán segundo. Desde entonces estaba como piloto de la SARH. Volando aeronaves de esa secretaría, llevaba y traía ingenieros y funcionarios a diferentes lugares del territorio nacional. Fue de esa manera como desde el aire detectó los extensos y verdes sembradíos en pleno desierto del estado de Chihuahua.

Por sus muchos años de vuelo, el piloto conocía todo el país, sus sierras, sus valles, sus llanos, sus barrancas. Todo. Por ello supo que aquel oasis verde no es otra cosa que siembras clandestinas de mariguana y amapola. Picado por la curiosidad, más que por cualquier otra cosa, comentó su descubrimiento a sus muchos amigos de Guadalajara, en especial los que trabajaban en la Policía Judicial del estado de Jalisco. Hasta que éstos, por temor o prudencia, le pidieron que no lo hiciera más, porque los sembradíos eran de Miguel Ángel y sus socios. Otros, en cambio, le sugirieron dar sus informes al Consulado norteamericano. Esto fue lo que complicó la existencia del jefe de la DEA en Guadalajara, Knapp, y sus cuatro agentes, en especial Camarena, que para entonces había estrechado su

amistad con Caro Quintero. Hasta compadres eran.

Como dentro de las restricciones en las que se movían los agentes de la DEA destacados en México también estaban el no realizar vuelos de inspección sobre el territorio mexicano, presionado por

Roger Knapp, el jefe de la DEA en Guadalajara, Camarena contrató los servicios de Zavala Avelar para, como pasajeros, los llevara a él y sus tres compañeros de la DEA, en vuelos de reconocimiento. Confirmados los datos del piloto mexicano, Camarena y sus tres compañeros informaron a Knapp del hallazgo, y éste, a su vez, lo transmitió a las autoridades mexicanas.

"Descubrir", antes que nadie, el rancho El Búfalo, para recuperar su prestigio del que le querían despojar sus enemigos incrustados en la PGR y la DFS, fue decisión del comandante Aldana. Su hombre de confianza se sorprendió cuando Aldana le comentó su determinación, por todo lo que esa operación provocaría y más por los poderosos intereses políticos, policiacos y militares que afectarían.

# 14.-Rancho El Búfalo; desierto de Chihuahua, noviembre de 1984

Durante la madrugada del 7 de noviembre de 1984, medio millar de agentes de la DEA, de la PJF, y miembros del Ejército, desmantelaron el mayor centro de acopio de mariguana del mundo, en el rancho El Búfalo, cerca del municipio de Ciudad Jiménez, Chihuahua. El asunto sacudió a todo el país.

Vistiendo uniforme de campaña y de combate, los federales, los soldados y los agentes de la DEA, irrumpieron en la enorme propiedad disparando subametralladoras Uzi, mientras quince helicópteros militares alumbraban el lugar desde el aire. Los miles de campesinos que allí laboraban y no habían

logrado escapar, aterrorizados, corrían en todas direcciones en busca de refugio en el desierto y los cerros aledaños. Dentro del rancho fueron capturados unos veinte guardias y tres agentes de la DFS sin oponer resistencia, pese a estar fuertemente armados.

Presionado por las circunstancias, Aldana había hecho lo que ningún otro policía mexicano se había atrevido a hacer: en una relampagueante operación había atacado a uno de los principales jefes del grupo de Guadalajara. Horas después en la ciudad de México, ante las evidencias a la vista, el comandante Ventura denunciaba públicamente la profunda penetración que los narcotraficantes habían logrado entre algunos agentes de la PJF y la DFS. Lo que es más, acusó a Miguel Án-gel de ser la cabeza real del grupo de Guadalajara y de haber ordenado personalmente varios asesinatos.

Las revelaciones del comandante Florentino y el "descubrimiento" del rancho El Búfalo, estremecieron a Félix Gallardo y pusieron en serios aprietos a todos sus socios.

Antes de ese 7 de noviembre, Chihuahua era-por lo menos en la superficie-un estado tranquilo que casi nunca le daba dolores de cabeza al gobierno mexicano. Pero después de aquel descubrimiento y las denuncias del comandante Ventura, la plácida entidad norteña no volvería a ser la misma: los dos comandantes habían expuesto ante el mundo la corrupción de algunos funcionarios públicos, militares y policías, que eran objeto de numerosos rumores pero que nadie hasta entonces había logrado probar con ejemplos específicos, y menos desde adentro.

¿Qué fue lo que llevó al comandante Florentino volverse contra su antiguo protegido?, ¿contra otros policías federales de la DFS y la propia PJF, a la que él mismo pertenecía? ¿Los choques de personalidad?, ¿el azar?, ¿su ambición profesional? Sin duda todas estas cosas jugaron un rol preponderante en el desencadenamiento de la crisis del grupo de Guadalajara, y su principal apoyo: la DFS.

Pero más que todo, por supuesto, la presión de las autoridades estadounidenses que deseaban deshacerse de Medellín y sus principales aliados. Y Miguel Ángel y su grupo,

con la complicidad y la protección de la DFS, eran el brazo fuerte de los colombianos en México. Todo esto, sumado a la conocida institucionalidad y los principios éticos del comandante Ventura, tuvieron mucho que ver con su decisión de atacar a sus propios compañeros de la DFS y la PJF, y a su antiguo e intocable protegido: Félix Gallardo. Por otro lado, deseaba por segunda ocasión la jefatura de la Interpol-México que hasta entonces detentaba el comandante Aldana.

-El gobierno gringo te ve con buenos ojos. Dales a Félix Gallardo o sus principales hombres y estarás donde quieres llegar-le sugerían sus allegados a Ventura.

Desde que se dio, Florentino estaba más que enterado de la protección política-policiaca que la DFS les brindaba a Miguel Ángel y sus socios. Vinculación que ahora continuaba Zorrilla Pérez. Para Ventura obtener dinero por permitir el paso de algunos cargamentos de droga, o que en no pocas ocasiones a sus hombres se les “pasara la mano” con los detenidos y éstos murieran en los calabozos, eran pecados menores, tolerables. Pero proteger abiertamente a los nar-cotraficantes era otra cosa. Cuando los federales y los soldados llegaron, de las once mil toneladas de mariguana allí concentradas, dos mil ya se habían pasado a territorio estadounidense. Aún así, el decomiso era el mayor no sólo de México sino del mundo entero: ¡nueve mil toneladas!

Con el “descubrimiento” del rancho El Búfalo, además de Rafael, quien más perdió fue Miguel Ángel. Con El Búfalo se truncaba uno de sus principales proyectos empresariales: encabezar una confederación continental de narcotraficantes.

## 15.-Doscientos millones por Aldana,diciembre de 1984

La voz del procurador general de la República era, al responder, serena como siempre:

-Sí, señor Presidente. De inmediato me aboco a resolver tan

delicado asunto. Le mantendré debidamente informado. Pierda cuidado, señor Presidente.

Era medio día de mediados de diciembre de 1984.

El procurador no tardó en recuperar el control de sí mismo. Marcó el número del comandante Aldana, que estuvo sonando un buen rato hasta que, al fin, él mismo respondió a la llamada, con voz sofocada.

El procurador le habló amablemente:

-Licenciado, soy el doctor García Ramírez. Venga enseguida, tengo que hablarle.

En voz respetuosa y preocupada, Miguel Aldana preguntó:

-¿Sucede algo, señor procurador?

-Nada que no pueda solucionarse. No se preocupe. Sólo me interesa muchísimo hablar con usted, licenciado.

García Ramírez había hablado desde el teléfono de su privado. Y al hacerlo, había descubierto que no era el abogado de la nación adecuado para asuntos como esos. Como él veía las cosas, el rapto de la joven Sara Cossío era un desafío de Rafael hacia la institución que él representaba, por lo tanto se había dejado engañar por la aparente cobardía del traficante. Durante un mes no dio señales de vida. Para cuando se supo de él, era porque se le acusaba de haber raptado a la sobrina de Guillermo Cossío Vidaurri, el influyente líder del PRI de la ciudad de México. Otro procurador no se habría dejado engañar, hubiera olido las intenciones del traficante y triplicado su vigilancia en torno a éste. El académico se sentía culpable.

El procurador había decidido que el comandante Aldana hablara con Miguel Ángel, porque sabía que sólo él sería capaz de enfrentarlo y exigirle que obligara a Rafael a devolver a la hermosa sobrina del político, que en cualquier momento le pediría su intervención. Sin balandronadas, Aldana enfrentaba a los narcotraficantes más duros y temibles del país; nunca se mostraba altanero ni agresivo con los detenidos. Al contrario, culpables o no, los trataba con respeto. El hecho de que al comandante Aldana se le involucrara en el asunto de los veinticinco kilos de cocaína de septiembre pasado carecía, a los ojos del procurador, de importancia.

-Escuche, licenciado-dijo el procurador al comandante

Aldana, después de saludarlo e invitarlo a tomar asiento frente a su mesa de trabajo-. Voy a decirle algo que le asombrará. Cuando se lo diga, quiero que me responda como si la cosa fuera menos importante de lo que en realidad es: Caro Quintero ha secuestrado a la sobrina de don Guillermo Cossío Vidaurri, el líder del PRI en el Distrito Federal... He dicho al señor Presidente que usted se haría cargo del asunto. ¿Me entiende?

La voz de Jorge Miguel tenía un tono esperanzador al responder:

-Sí, señor. Adelante.

-Pero antes, licenciado, quiero enterarle de algo increíble, de lo que apenas hace poco he sido informado. Si después de oírme usted decide no intervenir en el asunto de la señorita Cossío, yo lo entenderé. ¿De acuerdo?

-Sí..., comprendo.

Estaba excitado. Por el tono con el que el procurador le hablaba, Aldana se daba cuenta de que la noticia era realmente importante.

El procurador fue preciso:

-Han pagado para que usted salga de la Procuraduría. Apenas me he enterado. No, no diga usted ni una palabra. Félix Gallardo ha ofrecido doscientos millones de pesos para que usted sea destituido como jefe de la Interpol, deje la PGR y sea asesinado el día que intente entrar a Guadalajara.

El procurador guardó silencio un instante, esperándo la reacción del comandante. Como observó que éste sólo miraba, agregó en el mismo tono:

-Licenciado, no quiero que de esto nadie más se entere. Aunque sé que en la Procuraduría se sospecha, no quiero que se sepa con certeza. Se pensaría que yo lo permitiría. Tampoco quiero que usted se mueva, sin antes yo enterarme; pórtese como si nada supiera, al menos hasta que averigüemos todo sobre ese perverso ofrecimiento. Si me hace usted ese favor, le prometo que me ocuparé personalmente del asunto. ¿Comprendido?

La voz de Aldana sonó un poco vacilante:

-Sí, señor, de acuerdo... Usted y yo siempre hemos trabajado bien. Le estoy muy agradecido. En cuanto al caso de la señorita

Sarita, yo me ocuparé de hablar con Miguel Ángel. ¿Está bien?

-Sí, perfectamente. No tengo la menor duda de que Félix Gallardo, por mediación suya, obligará a Rafael a entregar a la sobrina del licenciado Cossío Vidaurri.

Hizo una breve pausa y, en tono alentador, prosiguió:

-Y ahora, licenciado, porque usted así lo ha decidido, váyase esta misma tarde a Guadalajara. Pero, por favor, tenga muchísimo cuidado.

Aldana, sin esperar más, salió de la oficina del doctor García Ramírez.

Había tenido por norma no demostrar que conocía las intenciones de los demás. Y esta vez comprendía que el jefe del grupo de Guadalajara, tenía la intención de matarle; que estaba a un paso de la muerte.

Aldana llamó a Roberto Checa Pavón, su jefe de ayudantes, ordenándole que acudiera inmediatamente a su oficina de Soto. No dijo por qué, ni Checa Pavón se lo preguntó. Aldana lanzó un profundo suspiro. Ahora llegaba lo más difícil.

Tendría que viajar a Guadalajara, y enfrentar al hombre más temido y poderoso del narcotráfico en el país, al sinaloense que le había puesto precio a su cabeza, y exigirle que obligara a Rafael a devolver a la sobrina del líder del PRI de la ciudad de México. Tendría que advertirle que la protección de la que gozaba se iría al traste, a menos que la joven Sara Cossío regresara sana y a salvo al seno de su hogar. Aldana no se hacía ilusiones. Sólo la amenaza de que toda la fuerza del poder político y policiaco se volcaría en contra del grupo de Guadalajara, conseguiría que Miguel Ángel convenciera a Rafael de devolver a la rica estudiante de bachillerato. Supuestamente la había raptado y mantenía en su finca de Caborca, Sonora. Aldana, tenía que hablarle fuerte, con dureza, al capo, aunque con ello ponía en peligro su vida, y luego seguirle. Estaba cierto de que Miguel Ángel no dudaría en asesinarle ahí mismo, mientras hablaban. La opinión del procurador carecía ahora de importancia; todo carecía de importancia. Él, con severidad, debía de espetarle a Miguel Ángel que ya sabía sobre los doscientos millones de pesos, y sólo a él correspondía escoger entre dos alternativas: ponerse al

frente de sus hombres y obligar a Rafael a entregar a Sara Cossío, o la rendición de la PJF al imperio del narcotráfico.

Aldana, pues, tendría rápidamente que decidir cómo actuar en Guadalajara. Pensó en lo que diría y cómo lo diría. Aunque terriblemente le inquietaba, no debía insistir demasiado en lo de los doscientos millones de pesos, pues con ello conseguiría únicamente aumentar la tensión entre ambos. Igualmente, no tenía que mostrar debilidad, para no acrecentar la fuerza del capo. Tampoco debería de sacar a colación sus diferencias con el jefe de la PJF, su primo Manuel Ibarra, con Zorrilla Pérez, y los agentes de la DEA corruptos. Hacerlo significaría un reproche indirecto a la persona que lo había elegido a él para solucionar aquel molesto asunto de la joven Sara: el procurador general de la República.

Aldana, entonces, decidió que lo más conveniente sería exponerle al jefe mafioso la petición del procurador, después decirle su opinión sobre lo que debía hacerse y guardar silencio. A partir de ahí, sus reacciones serían según fueran las del mafioso. Si éste se mostraba altanero y amenazador, él se mostraría altanero y amenazador; si Miguel Ángel aceptaba de buena fe intervenir para solucionar las cosas, él seguiría mostrándose tolerante con el grupo de Guadalajara.

Aldana escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Su jefe de seguridad estaba entrando. Le explicaría su plan antes de trasladarse al aeropuerto, para subir al avión que sólo a ellos dos les trasladaría a Guadalajara, donde otro agente de su absoluta confianza les esperaría. Así lo hizo.

La tarde estaba muy entrada, cuando el comandante Aldana y sus dos acompañantes arribaron a la ciudad de Guadalajara. Por expreso deseo suyo, salvo un agente federal de la absoluta confianza de Checa Pavón, fue a esperarles al aeropuerto. Armados sólo con sus respectivas armas cortas reglamentarias, a bordo de un auto se dirigieron al hotel Fiesta Americana, de la cadena Posadas de México en la que se presumía era accionista Rafael, donde se verían con Félix Gallardo.

A Aldana y sus dos acompañantes les reservaron la

habitación más lujosa del hotel. A través de una llamada telefónica desde la ciudad de México, no sin alguna dificultad, la privadísima reunión la había concertado Checa Pavón mediante Juan José Esparragoza Moreno, *El Azul*, socio, publirrelacionista, y uno de los hombres de mayor confianza del capo sinaloense. Cuando llegaron, un diligente empleado del suntuoso lugar les llevó hasta una espaciosa suite donde les esperaban Esparragoza Moreno y media docena de sus hombres. El jefe de la Interpol y el traficante de drogas se saludaron con un fuerte abrazo, mientras que los hombres de ambos lo hicieron con un lacónico "hola" y un ligero movimiento de cabeza. *El Azul* era ligeramente más alto que Aldana, pero menos corpulento, y su aspecto era más benevolente y apacible. Además, vestía mucho más elegante que el policía. Llevaba un traje gris de muy buena calidad, al que no le faltaba un detalle. Su pelo estaba cortado a la navaja y su rostro se mostraba perfectamente afeitado, y sus manos mostraban un perfecto cuidado. Era la primera vez que se veían desde que *El Azul*, con un personero, le había mandado cinco millones de pesos, "como muestra de mis respetos y sin ningún compromiso", y Aldana se los había devuelto "porque conmigo no hay arreglos".

A los ojos de Juan José, Aldana tenía el mismo aspecto de siempre. Su moreno rostro denotaba la fuerza de quien sabe mandar y se hace respetar. Después de ordenar a sus respectivos hombres que les permitieran hablar a solas, ambos se acomodaron en sus sillas frente a una mesa dispuesta en la habitación. Más por cortesía que por así sentirlo, amistosamente, *El Azul* dijo al recién llegado:

-Es un placer verlo por acá, comandante.

Aldana sonrió.

-También a mí me da gusto estar en esta ciudad y saludarlo, Juan José. Por otra parte, he venido en viaje de trabajo, y debo regresar a DF mañana por la tarde o pasado mañana a más tardar. El señor procurador ha estado preocupado en las últimas horas-dijo Aldana-. En mi oficina he recibido infinidad de rumores. Así, pues, pienso que debo hablar con Miguel Ángel, para saber con precisión lo que todo el mundo sabe.

-Primero quiero que coma y beba algo-expuso *El Azul*-. En el hotel tenemos un servicio de primera; se le atenderá mejor que en cualquier otro lugar, de eso me encargo yo. En cuanto usted lo diga, Miguel Ángel lo verá. Sólo tenemos que llamarle.

-Dejemos todo eso para después-comentó, el jefe de la Interpol, animadamente-. Ahora comuníquese con Miguel Ángel, y dígale que quiero hablar con él.

En voz apenas audible, *El Azul* contestó:

-Esperaba que usted le hablara, y como no lo hacía, él estaba a punto de hacerlo para comunicarle lo que usted desea saber.

-Bien, ya estoy aquí. Ahora háblele para que venga con nosotros. Podremos hablar mientras comemos algo.

En el tono del comandante había un ligero reproche hacia el siempre conciliador y amable Juan José. Aldana estaba a punto de continuar, pero llamaron a la puerta. Se sorprendió al ver que el hombre que acudió a abrirla casi fue arrollado por la impetuosa entrada de Miguel Ángel, a quien seguían dos de sus guardaespaldas.

Aunque de trato fino y amable, el Miguel Ángel que Aldana vio tenía el ceño fruncido cuando, sin darle la mano, secamente le dijo:

-Mucho gusto, comandante. A sus órdenes.

-Igualmente-contestó serenamente Aldana, ignorando el tono hosco del recién llegado.

-He estado esperando para hablar con usted, comandante. Como sé que usted me anda buscando, pues aquí estoy. A sus órdenes.

Aldana Ibarra, que le miraba con expresión amistosa y sorprendida, le respondió:

-Le mandé llamar, porque me dijeron que usted ordenó matarme el día que pisara Guadalajara. Aquí estoy, para lo que usted ordene.

Desde la atropellada entrada de Félix Gallardo, los hombres de *El Azul* y los del recién llegado observaban atentamente al comandante Aldana, sin prestar la menor atención a los dos agentes federales que le acompañaban que, aunque retirados, le protegían la espalda. Aunque comprendían que no existía la

menor posibilidad de que las cosas desembocaran en violencia, por lo menos en ese lugar.

Entonces, Félix Gallardo dijo a los hombres de Juan José, a los suyos y a los del comandante Aldana, que salieran de la habitación, que le dejaran a solas con Aldana y *El Azul*. Los dos agentes federales miraron a su jefe y éste, con una ligera inclinación de cabeza les dijo que sí. Sólo hasta entonces, los dos siguieron a los demás.

En la habitación quedaron solamente los tres.

Félix Gallardo puso su mano encima del hombro del comandante Aldana y, con simpatía, le preguntó:

-¿Me permites hablarte de tú, comandante?

-¡Desde luego sí, Miguel Ángel!

-¡Falso! Ya hemos pagado ciento cincuenta millones de pesos por tu salida; no para matarte.

Sin perder la calma, Aldana dijo:

-Por extraño que parezca, estás mal informado, Miguel Ángel. No les hubiera costado nada, porque yo ya decidí salirme.

-Te dije, que él es así-intervino Juan José, que miraba con afecto al federal-. Miguel Aldana es un gran policía; no deja de golpearnos, pero de frente.

-¡Pendejos!-terció Miguel Ángel, algo acalorado-. Les pago puntualmente y hago favores cuando me lo piden, y se la pasan mintiéndome. Se la han pasado diciéndome que tú has prometido echarme deaquí; que me darías en la madre cuando menos lo esperara.

Aldana siguió mostrándose sereno:

-No es cierto, y eso lo sabe bien Juan José. Yo siempre les he pegado de frente; cuando llego a un estado y me entero que ustedes están, les mando avisar, para que no se sientan agredidos en su casa. De esa forma, si les gano, les gano bien, no a la mala.

-Cierto, Miguel Ángel, así trabaja el comandante-apuntó *El Azul*, moviendo afirmativamente la cabeza.

Aldana, lentamente y con voz tranquila, preguntó:

-Y porque me porto bien con ustedes, ¿es por lo que Rafael piensa que puede raptar a la sobrina de un político del DF?

Juan José, alarmado, miró a Miguel Ángel, cuyo rostro denotaba vergüenza, al explicar:

-Bueno, comandante, el asunto, es cierto, no es cualquier cosa. Rafael es un cabrón, ¿sabes? A veces comete pendejadas, sin siquiera darse cuenta. Pero tú dime ¿qué hacemos? Y solucionamos el problema, ¿no es cierto Juan José?

-Desde luego-respondió cautelosamente *El Azul*-. A veces tenemos que apretar a Rafael, para que frene sus desmedidos gustos por las mujeres. Ahora, que yo sepa, lo de Sarita no es un plagio, sino un entendimiento de ella y Rafael que ya dura tres años, aunque don César Octavio, el padre de la chiquilla, diga lo contrario.

Impasible, Aldana subrayó:

-Pues a mí no me interesa don César Octavio. Yo estoy aquí, porque al señor procurador le preocupan este tipo de cosas. Así que, si de casualidad localizas a Rafael, dile que regrese a Sarita, de lo contrario haré algo que no quiero hacer.

Aldana se dio cuenta de que Miguel Ángel y Juan José se miraron. Se percató que tampoco ellos dos estaban de acuerdo de que Rafael se hubiera involucrado con la sobrina del influyente político, porque eso tarde o temprano causaría problemas al negocio.

-Mañana tengo que regresar al Distrito Federal. Así que te ruego, Miguel Ángel, hables con Rafael.

En tono sumamente serio, Félix Gallardo le contestó:

-Eres hombre, comandante, y como tal te respeto. Quiero que sepas que la chiquilla Cossío regresará con los suyos, antes de lo que te imaginas. En cuanto a que tienes que estar pronto a la ciudad de México, de acuerdo. Pero me insultarás si te niegas a comer y beber unos tragos conmigo y mi gente. Aunque últimamente la inversión no ha sido rentable, te ofrezco mi ayuda y te tiendo mi mano de amigo. Ahora bien, si no quieres aceptar mi ayuda allá tú, es cosa tuya.

A la mañana siguiente, mientras el comandante Aldana y sus dos agentes se *curaban* de una fuerte resaca, el procurador general de la República era informado que Sara Cossío estaba de regreso en su casa. Los periódicos publicaban que Rafael la había devuelto al seno familiar, después de que diversas

corporaciones policiacas le habían acosado, y que la liberó cuando éstas se comprometieron a dejar de perseguirle.

No obstante el asunto del rancho El Búfalo-triunfo que esta vez se acreditó a la DEA-, e intervino activamente en el regreso a su hogar de la joven Sara Cossío, las cosas para Miguel Aldana empeoraron en los siguientes días. Y al ver que su caída era inevitable, solicitó licencia temporal por un año en su cargo de jefe de la Interpol-México. Cuando la entregó, el procurador general de la República le pidió reconsiderar su decisión, que no se precipitara. Pero Aldana ya no le escuchó. Era el 2 de enero de 1985.

## 16.-En La langosta loca, Guadalajara, 30 de enero de 1985

La destrucción del rancho El Búfalo, Rafael la comparó como el mayor agravio personal. Pero cuando supo que su compadre Camarena les había delatado, su deseo de venganza se acrecentó. No toleraba la traición, viniera de donde viniera. Mucho menos la aceptaba de quienes se decían sus amigos, que, amparados con una credencial policiaca, se habían enriquecido a sus costillas. Camarena se había ganado su confianza, lo mismo que la de Ernesto, *El Cochiloco* y Miguel Ángel.

Nos lavó el coco el hijo de la chingada. Se dijo hombre, amigo; que no había *pedo,* y hasta juntos trabajamos desde Guerrero hasta Tijuana-recordaba, furioso, Rafael.

Al igual que los de la CIA, en aquellos años, los agentes de la DEA no sólo se concretaban a realizar labores de investigación en contra del narcotráfico sino de espionaje, mediante sofisticados aparatos que traían en aviones, con el silencio y la complicidad del comandante Ventura y la tolerancia del procurador general de la República. Rafael y sus socios no desconocían que el medio centenar de agentes de la

DEA que operaban en el territorio nacional, siempre andaban armados y contaban con una veintena de informantes en su nómina; que investigaban, arrestaban e intervenían teléfonos; usaban autos con placas sobrepuestas y hasta aviones, para sacar del país a sus agentes claramente vinculados con ellos, los narcos, cuando eran descubiertos o su vida corría peligro.

-Son chingaderas, si nosotros y ellos trabajamos de la mano; somos amigos. ¿Por qué entonces ese hijo de la chingada me traicionó? Sin la autorización de Ventura ni de Edy (Heat, jefe de la DEA en México), convenció al otro *dedo* (delator; Alfredo Zavala) para comprobar lo que ya sabía, y luego se lo dijo a sus jefes de la DEA y a los de la Judicial Federal. ¡Como si ellos tampoco lo supieran, pendejo! Sabían, claro que lo sabían. Me dieron en la madre-vociferaba Rafael ante sus socios que, conociendo sus violentos arrebatos, prudentemente se limitaban a escucharle, sin opinar.

De pronto, en Rafael se operó una reacción momentánea de serenidad; a poco le vino la debilidad y volvió a sentarse, a reflexionar todo lo que le ocasionaría al grupo, a su familia, a sus hijos, a su novia Sara, de quien se había prendido desde la primera vez que la conoció... , y a él mismo, si cometía el error de ordenar el asesinato del agente de la DEA. Así que acabó por decidirse a pesar mejor las cosas, antes de complirlas aún más, porque ya se había girado una orden de aprehensión en su contra por el asunto de El Búfalo. Era diciembre de 1984.

Si bien es cierto que el “descubrimiento” del rancho El Búfalo resultó muy costoso no sólo para Rafael, sino para la organización de Guadalajara en general, las cosas se habrían complicado aún más, si Rafael hubiera reaccionado de la radical manera como lo pensó inicialmen-te. Sus socios, aparentemente, le convencieron de que ni la protección política-policiaca de la que gozaban les podría ayudar ante el asesinato de un agente de la DEA. Además, no era la primera gran siembra que, por medio de Camarena, la DEA les perjudicaba. En septiembre de 1982, por información de su compadre, le habían confiscado más de doscientas hectáreas en

San Luis Potosí. Sin embargo, la caída de El Búfalo, infinitamente mayor a la de San Luis Potosí, era una herida que Rafael no permitía cerrara. Su cólera seguía viva, y habría de ser su perdición.

Para ese entonces Rafael tenía a sus órdenes todo un ejército conformado por unos mil hombres debidamente armados. A sus veintinueve años, su fortuna se estimaba en no menos de quinientos millones de dólares. Era propietario de medio centenar de casas y accionista de trescientas empresas en Guadalajara, entre ellas las distribuidoras de autos Country Motors, la cadena de los hoteles Holiday Inn y Fiesta Americana. En Guadalajara, recién había comprado un terreno de quince hectáreas, para construir la residencia más grande de México. Hasta entonces la más grande de sus propiedades era su palacio de Caborca, Sonora, en cuyos llanos pastaban dos mil cabezas de ganado. El castillo, como le llamaban los lugareños, contaba con pista aérea, caballerizas, corrales y una iglesia.

Desde allí, Rafael controlaba férrea y absolutamente la siembra de mariguana de todo el estado. Cuando visitaba Caborca, todo mundo se enteraba. Aunque no se metía con los vecinos del municipio, al que regularmente entregaba dinero para obras sociales, por respeto o temor nadie se les cruzaba en el camino. Cuando le acompañaban sus socios, alquilaba todo el hotel El Camino: setenta habitaciones y las suites de lujo.

A sus veintinueve años, Rafael sabía para qué servía el dinero. Repartiendo grandes sumas de dinero aquí y allá, compraba la complicidad de todo mundo, en especial policías y militares a los que además obsequiaba lujosos automóviles Grand Marquis y camionetas Bronco. Su nómina era altísima, por las cifras millonarias que pagaba a sus cómplices, en particular a la DFS. De ahí que buena parte de los comandantes y jefes militares del país le conocían y seguían, como sombras protectoras. De esos policías y militares destacaban, principalmente, los comisionados en el norte y el noroeste; también los de Guanajuato, Zacatecas y Jalisco. En Jalisco, por ejemplo, tenía comprada la conciencia del jefe de la Policía Judicial, Víctor Manuel López Rayón, y la de los agentes Juan

Rufo Solorio, Víctor López Malo, Raúl López Álvarez y Gerardo Lepe, entre muchos otros más.

En Tijuana, al comandante de la DFS, Daniel Acuña, le pagaba cinco millones de pesos por cada envío de mariguana que dejaba pasar a Estados Unidos. En Sonora, a Moisés Calva, otro comandante de la DFS, le entregaba otros cinco millones cada semana, para que le cuidara los sembradíos de mariguana. En Chihuahua, al comandante de la PJF, Alberto Arteaga García, le pagaba diez millones de pesos cada semana, por disimular o hacerse de la vista gorda sobre el rancho El Búfalo.

Aunque en aquellos tiempos (1984-1985) el tipo de cambio que operaba en México era de doscientos pesos por un dólar, las millo-narias sumas en pesos que Rafael entregaba cada semana, representaban una fortuna en sobornos entregados sólo a unos cuantos jefes policiacos. Cantidades similares se pagaban a los jefes militares comisionados en cuando menos una docena de estados. A estas fortunas habría que agregarse las que Rafael entregaba a los políticos de los tres niveles del gobierno de México: municipal, estatal y federal.

Aunado a esto, Rafael tenía a sus órdenes no menos de mil hombres armados. Y a todos les pagaba. De ese tamaño era el poder y la riqueza de Rafael, antes de cumplir los treinta años.

Quizá fue todo ese poder y riqueza lo que impulso a Rafael a embarcarse en una sagrienta aventura que terminó en su propia perdición. O tal vez la culpa la tuvo su naturaleza violenta. Lo cierto es que, según la versión oficial, durante enero y febrero de 1985 Rafael realizó una serie de acciones carentes de sentido. En esos dos meses fueron muertos dos ciudadanos estadounidenses, al confundírseles con agentes de la DEA. Misma suerte corrieron Camarena y el piloto aviador Zavala Avelar. Asesinatos que las autoridades mexicanas atribuyeron a Rafael y sus socios, ante la presión del gobierno estadounidense y debido a que se les relacionaba con el rancho El Búfalo. Los políticos, policías y militares que estaban en su gruesa nómina fueron conminados a guardar silencio, y cuando Rafael y *Don Neto* fueron capturados semanas después, todos

éstos se lavaron las manos y de paso quedaron bien con el gobierno de Washington.

Las cuatro muertes carecían de sentido porque a todas luces atentaban contra los intereses personales de Rafael y, sobre todo, contra los intereses de toda la organización de Guadalajara. Por otro lado, en aquellos tiempos raramente los mafiosos ejecutaban a alguien, salvo excepciones, desde luego. Los altos mandos de la DFS sabían todo respecto a Rafael y sus socios. Para eso eran los ojos y oídos de la Secretaría de Gobernación, y ésta, a su vez, lo era de la Presidencia de la República. Ambas dependencias, entonces, estaban enteradas de cómo, con quiénes y para qué se relacionaban los jefes mafiosos. Con antelación, sabían de los pasos que darían, de sus intenciones y los motivos. Sabían todo.

Por lo mismo, naturalmente, sabían que Rafael y sus socios no eran tan estupidos como para atentar contra sus propios intereses. Aún así, burdamente los traicionaron para quedar bien con el gobierno de Washington. Y sin deberla, pero sí temerla, el mundo completo se les vino encima a los sinaloenses asentados en Guadalajara, en especial, entre enero y febrero de 1985, al iracundo Rafael Caro Quintero.

El asunto, que degeneraría con la aprehensión de Rafael casi tres meses después, comenzó la noche del 30 de enero de 1985 en Guadalajara, Jalisco, con la muerte de los estadounidenses Alberto Radelat y John Walker.

A raíz del “descubrimiento del rancho El Búfalo, Rafael se dedicó a la bebida, a las mujeres, y a rumiar su odio contra los agentes de la DEA. Desde que Miguel y sus socios le habían convencido de las inconveniencias de actuar en contra de Camarena, conociéndose, Rafael había evitado a los detectives de la agencia estadounidense. Temía a sus arranques de ira. Se daba cuenta de que era capaz de llegar a los extremos en esos momentos. Al contrario de su socio *El Cochiloco*, cuya crueldad se estaba convirtiendo en legendaria, Rafael no podía matar a otro ser humano, salvo en sus momentos de ira incontrolable o completamente intoxicado, como en esos

momentos lo estaba en el restaurante La langosta loca, a donde junto con una veintena de miembros de su pandilla estaba completamente alcoholizado.

-Estos pinches gringos jamás podrán con nosotros-le dijo uno de sus compinches, tratando quitarle el mal humor que se cargaba desde hacía días.

Rafael apenas y oyó el comentario. Ni los vapores del licor habían logrado disipar su preocupación por otras cosas. Sara le estaba amargando la vida. Comenzaba a reclamarle que pasara tanto tiempo bebiendo y con otras mujeres. Además, había una orden de aprehensión en su contra por el escándalo de El Búfalo y eso le producía otra fuerte tensión. Tenía que ser más cuidadoso. Por otro lado, se había percatado que Miguel Ángel, en su calidad de jefe de la organización, no estaba de acuerdo con su proceder de los últimos días, aunque no le decía nada, pues el negocio seguía dando buenos resultados. No le agradaba estar en mala posición con ninguno de sus socios, en especial Miguel Ángel.

Él se recuperaría y no tardaría en estar en condiciones de nuevamente tomar el mando de lo que le correspondía. Entonces volvería a ser el mismo de siempre, pensaba Rafael. Es más, estaba seguro de volverse a ganar la consideración y el respeto de Miguel Ángel y sus demás socios. Pero mientras, por esa noche, seguiría divirtiéndose, alcoholizándose, drogándose. Con lo que no contaba, era que el destino estaba a punto de ponerlo a prueba una vez más.

Propiedad de *El Cochiloco,* La langosta loca estaba considerado como el mejor restaurante de mariscos de Guadalajara. Era el lugar preferido de jóvenes parejas, turistas, y algunos agentes policiacos que gustaban de la especie marina que allí se servía. En las últimas semanas la clientela había escaseado, debido al tiroteo allí suscitado en el que murieron dos agentes de la Judicial Federal encargados de combatir el narcotráfico. Sus cuerpos aparecieron en el interior de su auto, con veintiocho sobres de cocaína, que la policía juzgó les fueron *sembrados* por sus asesinos, como una burla y una

afrenta para sus víctimas.

De tal manera que esa noche, en La langosta loca sólo estaban Rafael y su veintena de amigotes, cuando entraron Alberto Rade-lat y John Walker, de nacionalidad estadounidense. Procedente de Houston, Radelat recién llegó a Guadalajara para inscribirse y estudiar odontología en una universidad tapatía. Walker, su amigo, es un veterano de la guerra de Vietnam que reside en Guadalajara desde 1983, dedicado a escribir una novela cuya intriga nada tiene que ver con México. Antes de que Radelat regrese a Houston, Walker, su amigo desde la adolescencia, lo invita a cenar en el mejor restaurante de mariscos de Guadalajara, La langosta loca.

Llegaron tarde, cuando el restaurante está por cerrar. Cuando alcoholizados los compinches de Rafael le azuzaban contra los agentes antinarcóticos estadounidenses de la DEA, a los que responsabilizaban de la destrucción del rancho El Búfalo. Radelat y Walker se hacen sospechosos a los ojos de la pandilla alcoholizada, por ser estadounidenses y haber llegado a deshoras. Más cuando, con su español de acento americano, insisten en querer cenar “los mejores mariscos de Guadalajara.

Ignoran, naturalmente, que los hombres que ocupan desde la comida unas mesas del lugar son los narcotraficantes, que libran una guerra secreta en Guadalajara con los agentes de la DEA; ignoran que los han escuchado y, en la euforia de una larga sobremesa, los han confundido como miembros de la agencia, sus enemigos jurados a quienes desean escarmentar. La desgracia para los dos amigos sobrevino al tratar de retirarse del lugar. Los hombres de Rafael saltan sobre ellos, los someten y empiezan a golpearlos. Los llevan a una bodega contigua a la cocina, para continuar la golpiza. Allí los agreden a puntapiés, los hieren con picahielos, cuchillos y navajas.

Rafael no interviene en el ataque, pero tampoco intenta impedirlo. Sólo observa como sus compinches no agreden a los dos estadounidenses en grupo sino por turnos. Mientras unos descansan y siguen embriagándose o consumiendo drogas otros continúan su brutal tarea, luego regresan a la bodega a seguir la carnicería. Allí, después de una hora de martirio, Walker muere. A Radelat, los agresores lo sacan del lugar aún con

vida, pero inconsciente. En el terreno donde más tarde los sepultan a los dos les dan el tiro de gracia.

Los cuerpos de Walker y Radelat son sacados de La langosta loca arrastrándolos de los pies, dejando un rastro de sangre. Antes de subirlos a dos camionetas Bronco, son envueltos con manteles del restaurante. Antes de marcharse, los homicidas ordenan al velador que limpie la bodega. El empleado encuentra la bodega llena de sangre, regada por todo el piso. Los cuerpos son llevados a enterrar al Parque Primavera, a donde días después también serían sepultados otros dos cadáveres.

## 17.-Confusión mortal; Guadalajara, febrero de 1985

-Suba al auto, el coronel quiere hablar con usted-dijo mintiendo Hugo Bravo Segura a Camarena que en esos momentos iba acompañado del piloto Alfredo Zavala, a dos calles del Consulado americano, cuando el agente de la DEA se disponía a abrir su camioneta en el estacionamiento del bar Camelot, donde acostumbraba tomar cerveza. Eran las dos de la tarde del jueves 7 de febrero de 1985.

A Hugo Bravo le acompañaba Wenceslao Segura, cuñado de su padre, y Ramón Ramírez. Su hermano Manuel Bravo, esperaba frente al volante de una camioneta. Camarena Salazar no sospechó nada. Conocía a los cuatro; sabían que eran hijos y gente del ex diputado Manuel Bravo Cervantes, miembro del grupo de Guadalajara, protegido del coronel jefe del Octavo Regimiento militar de Zamora y del gobernador del estado de Michoacán, Cuauhtémoc Cárdenas Solór-zano. Camarena le pidió a Zavala que le acompañara, pues seguramente el asunto a tratar con el "coronel" se resolvería en unos cuantos minutos. Zavala, aceptó. Ese fue su error.

Lo que los secuestradores ignoraban, era que el sencillo *levantamiento* del agente de la DEA y su acompañante Zavala,

no era más que una terrible confusión.

Manuel Bravo Cervantes, les había ordenado que secuestraran y llevaran ante su presencia al agente de la policía judicial del estado, del que sólo conocía por el apellido Guillén. El mayor de sus hijos, Hugo, para ganarse el aprecio y respeto de su severo padre, le aseguró que él conocía “bien” al tal Guillén, cuando en realidad jamás habían cruzado una sola palabra y sólo un par de ocasiones le había visto de lejos. Con esas vagas características que Hugo tenía del agente de la judicial del estado de Jalisco, hasta creyó encontrarle “gran” parecido con Camarena. Por eso, al confundir a Camarena con Guillén, le pidió que fueran a ver al “coronel” con el cual, irónicamente, Camarena sí tenía tratos ilícitos. De ahí que en cuanto le citaron al jefe militar de Zamora, no dudó en treparse a la camioneta de los Bravo Segura.

El ex diputado metido a narcotraficante, quería deshacerse del ambicioso agente Guillén para ganar los cinco millones de pesos que le darían Rogelio y Luis Sánchez Vázquez, sus primos, a cambio de quitarles de encima a Guillén. Los detalles del asunto eran éstos:

Resulta que en Guadalajara, los hermanos Sánchez Vázquez eran un par de empresarios que incrementaban sus ingresos traficando medianamente con narcóticos. Las utilidades de sus ilícitos, las encubrían con las que lícitamente obtenían de las tiendas de abarrotes, vinaterías y baños públicos-Don Bosco-de su propiedad. Para que no fueran molestados, los Sánchez Vázquez religiosamente entregaban parte de esas ganancias a corruptos agentes de la Judicial del estado y de la Judicial Federal destacados en esa ciudad. Todo caminó bien, hasta que un mal día Luis se cansó de cubrir esas “cuotas” y decidió huir a otra población jalisciense. Sin embargo el agente Guillén descubrió dónde se ocultaba. Y como la serpiente de la avaricia ya le había hundido profundamente sus colmillos, mediante Rogelio a Luis le exigió veinte millones de pesos a cambio de no revelar su paradero. Secreto que irremediablemente le llevaría a la prisión.

Agobiados por las presiones del ambicioso Guillén, después de deliberar largamente el asunto, al final los Sánchez Vázquez

concluyeron que si había alguien que les podría ayudar ese era su influyente y temible pariente: Manuel Bravo Cervantes. Por ello, los afligidos hermanos viajaron hasta Michoacán y en el rancho El Mareño se apersonaron con el político. Después de fuertes abrazos y de "cómo está la familia". Ambos le explicaron las pretensiones y amenazas del agente Guillén. Tras de escucharles pacientemente, el comprensivo anfitrión puso su mano sobre el hombro de Luis y preguntó:

-¿Parientes, ese es todo su problema?-les dijo con la avaricia reflejada en su ajado rostro-. Bien, dejen de preocuparse. Denme cinco millones y yo personalmente les quito de en medio a ese pendejo.

Los Sánchez Vázquez no lo dudaron. Al instante, gustosos aceptaron el trato, pues al fin y al cabo su pariente les ahorraría quince millones de pesos y, de paso, quitaría de en medio al extorsionador representante de la ley en el estado de Jalisco.

Cuando la puerta se cerró detrás de los agradecidos parientes, que de inmediato regresaban a Guadalajara, Bravo Cervantes llamó a sus hijos Hugo y Manuel, a quienes preguntó si conocían al agente Gui-llén. Manuel dijo que ni siquiera sabía si éste existía. Hugo, en cambio, muy orondo confirmó que él sí lo conocía. Entonces procedieron a elaborar un plan. El ex diputado primero decidió que sus dos hijos se trasladarían a Guadalajara, a donde secuestrarían y asesinarían al agente Guillén, para después arrojar su cuerpo a las aguas del río Lerma. Pero después optó porque mejor lo secuestraran y lo llevaran vivo hasta su rancho El Mareño, donde le matarían y sepultarían. Para evitar que Guillén pudiera huir, sugirió que una vez secuestrado y dentro de la camioneta, lo adormecieran con cloroformo que previamente comprarían. Para realizar el secuestro, el ex diputado reiteró a Hugo y Manuel que se hicieran acompañar de su cuñado Wenceslao y el pistolero de la familia, Ramón Ramírez. Sugerencia que los dos hermanos aceptaron.

Fueron los nervios, o porque en realidad Guillén tenía gran parecido físico con Camarena Salazar, o vaya usted a saber qué

sucedió. El hecho es que Hugo, en lugar de secuestrar al agente de la Policía Judicial del estado de Jalisco se llevó al de la DEA, junto con el piloto Alfredo Zavala, que en esos momentos le acompañaba.

Como el doble secuestro fue muy rápido, y porque temían que fueran detenidos en alguno de los retenes que en esos tiempos se ponían en los principales caminos de Guadalajara para despistolizar a los automovilistas, una vez que a Camarena y a Zavala los obligaron a inhalar un pañuelo mojado con cloroformo, que de inmediato los adormeció, a ninguno de los plagiarios se le ocurrió registrarlos. Cuando al fin lo hicieron, grande fue su sorpresa, pues a Camarena le encontraron la credencial que lo acreditaba como agente activo de la DEA.

Sin saber qué hacer, minutos después, a través del teléfono le informaron al ex diputado sobre su injustificable error. Éste, fuera de sí, iracundo y entre palabrotas, les ordenó que por ningún motivo los fueran a liberar ni mucho menos los asesinaran.

-¡Pendejos, mil veces pendejos!-graznaba a través del hilo telefónico-. Quiero que de inmediato me los traigan vivos y atados de pies y manos hasta el rancho. ¿Se entiende bien, hijos de la chingada?

Fue la última vez que al agente de la DEA en México, Enrique Camarena Salazar y al piloto mexicano de la Secretaría de Agricultura y Recursos Humanos, Alfredo Zavala, se les vio con vida.

La versión de la PGR difiere por completo a lo antes narrado. La fecha, el lugar y la hora, es lo único que concuerda con la anterior. La recons-tracción de los hechos, según la PGR, se pudo lograr con las declaraciones de algunos de los miembros de la organización de Guadalajara detenidos después de la desaparición del agente de la DEA y del piloto mexicano. A continuación se detalla, utilizando la narrativa hasta ahora empleada, la parte sustancial de esta increíble versión oficial:

A las dos de la tarde del jueves 7 de febrero de 1985,

Camarena es secuestrado en el centro de Guadalajara, a dos calles del Consulado americano. En el plagio intervienen cinco hombres, que lo abordan cuando se dispone a abrir su camioneta en el estacionamiento del bar Camelot, donde los agentes de la DEA radicados en Guadalajara acostumbran visitar para beber cerveza.

Al frente de los plagiarios está José Luis Gallardo Parra, *El Güero*, lugarteniente de *Don Neto.* Le acompañan dos policías judiciales de Jalisco y dos matones profesionales. Uno de ellos es Samuel Ramírez Razo, *El Samy,* quien es el que primero aborda a Camarena mostrando una credencial de la DFS, mientras dice: “Seguridad federal... El comandante quiere verte”.

Camarena es obligado a subir a un Volkswagen Atlantic, color beige, a donde *El Samy* le cubre la cabeza con un saco. *El Güero* ordena partir.

Dos horas después, a las cuatro de la tarde del mismo día, Alfredo Zavala corre la misma suerte. Sus plagiarios, a bordo de un Ford Galaxy y armados con metralletas AR 15, le esperan en el hangar del Aeropuerto Internacional de Guadalajara. Saben que junto con un ingeniero de la SARH y otros dos hombres acaba de aterriza en su pequeño avión, procedente de Durango.

Cuando está a punto de partir en uno de los autos de dos de sus acompañantes, el Galaxy llega rechinando las llantas. Dos de sus ocupantes se apean armados con las metralletas. Le apuntan a Zavala y le ordenan bajar. A empujones, le obligan a subir en la parte trasera del Galaxy. Antes de partir, despojan a la pareja de las llaves de su coche y arrancan velozmente, hasta la casa donde mantienen a Camarena, en la calle de Lope de Vega ochocientos ochenta y uno. Rafael espera para interrogarlos.

La casa de Lope de Vega, Rafael la había adquirido al doctor Rubén Sánchez Barba en algo más de setenta millones de pesos pocas semanas antes, para recibir a sus socios y amigos. La espaciosa mansión estaba construida en un terreno de casi dos mil metros cuadrados. Su fachada de arcos angulares, de cantera rojiza, se levantaba orgullosa en la

esquina de la calle Sol en la suntuosa colonia Jardines del Bosque. Su interior era amplio y cómodo, tenía forma de una "L" invertida. Al frente estaba una amplia cochera por la que se podía llegar a una espaciosa cocina-comedor con un enorme cuarto de despensa. Al lado derecho de la planta baja y mirando hacia la calle Sol, estaban, una tras otra, cuatro habitaciones unidas por un corredor interno. Por ese mismo lado, un amplio portón blanco servía de acceso lateral y llegaba directamente a una recámara independiente destinada para la servidumbre. Dos escaleras internas e independientes eran el acceso a dos recámaras de la planta alta. Todas sus paredes estaban recubiertas con maderas finas, principalmente de cedro. Al fondo, había un bonito y bien cuidado jardín con un chapoteadero de no más de un metro de profundidad; una arquería y, al lado izquierdo, una terraza con un horno de material. Una olorosa huerta de árboles frutales remataba el patio principal del amplio y cómodo inmueble. Antes del doctor Sánchez Barba, la residencia había pertenecido a don José Guadalupe Zuno Hernández, ex gobernador de Jalisco y suegro del ex presidente Echeverría Álvarez. En vida, el anciano se la heredó a su hijo Rubén Zuno Arce. Durante su mandato (1970-1976), el ex presidente y su esposa María Esther Zuno, en varias ocasiones, allí pernoctaron. En ese lugar había pasado sus últimos días de existencia el suegro del ex mandatario, don José Guadalupe. En 1984, ya separado de su primera esposa y muerto su padre, Rubén Zuno Arce decidió venderla al doctor Sánchez Barba y éste, a su vez, al sinaloense Rafael Caro Quintero.

Según la versión oficial, Rafael graba parte del interrogatorio al que es sometido Camarena. En esa grabación no se escuchan ruidos de golpes ni gritos de tortura. Los torturadores, le exigen a Camarena que dé nombres de agentes e informantes de la DEA. Camarena los da. De las muchas voces que se escuchan en el cuarto del interrogatorio, destacan dos: la de quienes lo interrogan. Una suena agresiva y amenazante, la otra suena paciente y hasta amigable, a la que Camarena le responde llamándolo "comandante".

Del interrogatorio y tortura a Alfredo Zavala, no hay cintas

grabadas. Como tampoco de las torturas a Camarena. No hubo disparos ni cuchillos, sólo golpes. Durante los interrogatorios de ambos hubo un médico presente, que inyectándoles xilocaína los revivía cuando el dolor los desmayaba.

Enterado de que Rafael tiene en su casa a Camarena y al piloto Zavala, acompañado de *El Samy* y Javier Barba Hernández, *Don Neto* acude el mismo día del secuestro. Observa a Camarena golpeado, pero no habla con él. Al regresar al día siguiente, viernes 8, Rafael le pregunta con rudeza apenas le ve entrar a la recámara donde mantenía a Camarena:

-¿Qué hacen aquí, a qué vienen?-pregunta Rafael.

-A hablar con el cabrón ese que tienes aquí. A evitar que sigas haciendo más pendejadas, que puedan darnos en la madre a todos-contestó en el mismo tono el recién llegado.

-Pues a ver si lo alcanzas, porque ya no habla-dijo burlón y sonriendo Rafael, señalando con el índice a Camarena que tirado sobre un sofá, a mitad de la habitación, se observaba bastante golpeado, moribundo.

En la habitación, además de Rafael, estaban Raúl López Álvarez, de veintitantos años; René Verdugo Urquidez, de treinta y dos, y Jesús Félix Gutiérrez, de treinta y cinco años, los tres eran pandilleros al servicio del sinaloense. A un lado de ellos también estaba Juan Mejía Monge, médico personal de Rafael, de treinta y tantos años de edad que, nerviosamente, tomaba el pulso y revisaba las pupilas al inconsciente Camarena.

La masa sanguinolenta que semejaba Camarena y las consecuencias que esto podría acarrearle a él, pero más el tono burlón de Rafael, enfurecieron a Fonseca.

-Cierra tu puta boca y no digas más estupideces-gritó, al tiempo que le propinaba dos sonoras bofetadas, ante el asombro de sus tres secuaces y el médico, que guardaron prudente silencio por la evidente furia del más viejo de los jefes del grupo de Guadalajara.-Nada de bromas conmigo. Ya le diste en la madre y no tienes ni idea lo que acabas de provocar, pendejo.

El rostro de Rafael adquirió un tono grana, no por las bofetadas, sino por la vergüenza de ser golpeado en la cara delante de sus hombres. Pensó en sacar su pistola y matar allí mismo a quien lo había insultado de esa manera, pero se contuvo. *Don Neto* lo había formado en el peligroso negocio y, además, le debía respeto. Por un momento el ambiente de aquella habitación se tornó peligroso, para todos los allí presentes. Fonseca, para no complicar aún más las cosas, decidió abandonar el lugar. Sabía que la muerte del agente de la DEA les acarrearía muchos problemas. Pero antes de salir, en otra de las habitaciones que estaba a oscuras, vio un cuerpo sin vida, sobre el piso.

-¿Quién es ese otro?-preguntó aún iracundo.

-Un *dedo* de Camarena-contestó con desdén Rafael, que aún no tragaba su coraje ni tampoco desechaba por completo la idea de acribillar a su atacante, por mucho respeto que éste le mereciera.

*Don Neto* le lanzó una mirada de desaprobación, asesina, y se retiró seguido de sus dos acompañantes. Después se enteraría que era el piloto Alfredo Zavala.

Hasta aquí la versión oficial que sería difundida por la PGR, desatado el escándalo por el secuestro y asesinato de Enrique Camarena y Alfredo Zavala. Pero para cumplimentar el embuste y desdibujar la realidad, lo que la PGR ahora necesitaba era capturar a Rafael.

En Costa Rica, a Rafael se le heló la sangre al enterarse por los noticieros de la televisión que las autoridades mexicanas y estadounidenses lo responsabilizaban del secuestro y asesinato del agente de la DEA, y el del piloto mexicano. Desatado el escándalo por el asunto del rancho El Búfalo, en diciembre de 1984, junto con la joven Sara Cossío, había huido de México para refugiarse en Costa Rica. Días después, en enero de 1985, regresó a México pero no por más de veinte días. Es decir, en los días del secuestro y asesinato gozaba de los encantos de Sara en la quinta La California, en Costa Rica. Lo que podrían atestiguar la propia Sara y la gente que les acompañaba: José Albino Bazán, Juan Carlos Campos, Luis Beltrán, Miguel Lugo y Violeta Estrada.

Pero el gobierno mexicano y su homólogo estadounidense tenían sus propios planes. Habían analizado la situación y concluido de que en la relación entre México y Estados Unidos, había asuntos más importantes por resolver que el asesinato de un policía antinarcóticos, como la deuda mexicana y los acuerdos comerciales y petroleros. Washington no olvidaba como México había disimulado no ver el apoyo secreto que el gobierno estadounidense había brindado a Los Contras en Latinoamérica o los otros programas de la CIA aplicados en esa región. Sí, ambos gobiernos habían llegado a la conclusión de que la única posibilidad de concretar esos asuntos pendientes residía en presentar a uno o más miembros

destacados del grupo de Guadalajara, inocentes o no, como responsables de la muerte de Camarena. Además, mediante su administrador John Lawn, la DEA cabildeaba con el Departamento del Tesoro un nuevo paquete económico para el combate a los narcóticos en México.

A partir de entonces, para Rafael comenzó la peor pesadilla que jamás imaginó vivir despierto.

## 18.-Sin salida; Monterrey, Nuevo León, febrero de 1985

Precisamente en el mes de febrero de ese año, el profesor normalista y licenciado en derecho Aguilar Garza llevaba más de medio año fuera de la DFS y la PGR, y no se había acostumbrado a considerar su despido como algo esperado, después de tantos abusos y excesos policiacos por los que había sido denunciado en instancias nacionales e internacionales de derechos humanos, desde casi una década atrás, cuando fungía como responsable de la Operación Cóndor por parte de la PGR, y después como coordinador de la DFS en Durango, coordinador de agentes del Ministerio Público Federal en Sinaloa, Baja California y finalmente en Tamaulipas, con sede en Nuevo Laredo. Para él, su despido no era gran cosa, sino simplemente una crisis. A sus no más de treinta y cinco años, había recorrido la vida y tenía la experiencia como la de un hombre de mucha mayor edad. No era muy alto y su pelo seguía siendo negro y lacio. Jamás dejaba de vestir traje de fino casimir, como tampoco los cigarrillos que fumaba uno tras otro. Su despido, sin embargo, tal vez sin que él se percatara, algo había afectado un poco su carácter dicharachero, aunque seguía contando su catálogo de cuentos subidos de color, lo mismo que peligroso en el momento menos esperado. Por eso en el mundo de los narcóticos se le miraba con respeto, o temor. En parte porque jamás se separaba de su pistola con el cartucho cortado y hasta una que

otra metralleta. Sin considerar la media docena de agentes federales que le servían de guardaespaldas.

Cuando le despidieron, comprendió en seguida que jamás podría salirse del negocio, por lo mucho que sabía de todos los implicados y, desde luego, las grandes cantidades de dinero que éste generaba. Al comprender la desnuda verdad, se metió de lleno a la empresa Laredo Fimex, SA que en sociedad con el licenciado Miguel Ángel Del Bosque, desde 1984 en Nuevo Laredo, había iniciado con la compra de dos pequeños aviones. La empresa, como ya se dijo, se dedicaba a la fabricación de pasta para la reparación de vehículos. Paralelamente, Aguilar Garza y su socio Del Bosque, habían montado un despacho de abogados en materia penal, y asociado en la construcción del Hotel Palacio Del Río, junto con otros viejos amigos con los que se dedicaba también al narcotráfico en la zona fronteriza y otras entidades del país, ya citados con anterioridad, como José Isiordia, comandante de la PJF; José
Ramón Chávez, *El Tutú* Jiménez, José Tamez, Lauro González, y un individuo al que se le citaba como "señor Guerrero", entre otros.

Con todos ellos, Aguilar Garza convivía con regularidad lo mismo en su casa que en el rancho Los Cuatro Hermanos, de Nuevo Laredo. Allí se fraguó lo que cambiaría para siempre su vida, y marcaría el principio de su fin.

Muy temprano, el 7 de febrero de 1985, Aguilar Garza le ordenó al piloto Manuel Amozurrutia Silva, que preparara el avión Mittsubishi XE-NEB porque a las ocho de la mañana irían a Chetumal, Quintana Roo. Le acompañarían el comandante de la DFS Carlos Arteaga, los licenciados Antonio López Nakazone, y Del Bosque, así como el co-piloto Carlos de la Jara. El vuelo se pospuso unas cuantas horas y el despegaron hasta las cuatro de la tarde en vuelo directo, aterrizando en el aeropuerto de Chetumal a las ocho de la noche. Aguilar Garza bajó con un grueso portafolios de piel de cocodrilo, el licenciado Del Bosque con otro de similares características de color oscuro, y el comandante Arteaga igual, pero de color café.

El piloto Amozurrutia Silva, de cincuenta y un años de edad

y originario de Torreón, Coahuila, no era ningún improvisado. En cosa de aviones era tan bueno como el que más. Siendo comandante de Aeronáutica Civil en el Aeropuerto de Nuevo Laredo, Aguilar Garza se lo llevó a trabajar con él tanto en la DFS como en la PGR. Aún así, Aguilar Garza sólo le dijo que el motivo del viaje era para promover la libertad de Atala, un agente de la DFS que había sido detenido en Chetumal, acusado de narcotraficante.

Aguilar Garza había disputado una larga carrera a la prisión, y ahora, estaba cerca de ser vencido. Después de muchos años-cuando menos oficialmente-de perseguir narcotraficantes, ahora se había convertido en defensor de ellos.

-Manuel, mientras nosotros vamos en taxi a promover la libertad de Atala, tú y Fernando (el copiloto) esténse al pendiente del aparato y aprovechen para cargar combustible. Espérenos en la sala de Comandancia-recomendó Aguilar Garza al piloto Amozurrutia Silva.

Dos horas después regresaron y todos se reunieron en la sala de Comandancia del aeropuerto. Poco antes de abordar el avión para regresar a Nuevo Laredo, Aguilar Garza pidió al licenciado López Nakazone que se quedará y promoviera un amparo en favor de Átala. Pasaban de las diez de la noche, cuando por instrucciones de la torre de control tuvieron que costear y sobrevolar Ciudad del Carmen, Campeche, Veracruz, Nautla, Tampico, por lo que el combustible comenzó a agotarse. Ante ello, a la altura de Ciudad Victoria, Amozurrutia Silva le pidió al copiloto Fernando de la Jara Martínez que calculara el combustible remanente pues los instrumentos comenzaban a fallar.

Amozurrutia Silva decide ir al aeropuerto de Monterrey, llevando una altitud de veinte mil pies. Se comunica al Centro de Control de esa ciudad, para informarles al respecto y solicitar que le guiaran lo más pronto posible a la pista. Con las instrucciones de ese puesto de mando, Amozurrutia Silva pone la aeronave en el rumbo indicado. Pero minutos después, dos treinta y cinco de la mañana, a veinte millas del aeropuerto de Monterrey, el piloto se percata que la turbina derecha se había parado por falta de combustible. Poco después, a menos de

catorce millas de la pista de aterrizaje, se agota por completo el combustible, por lo que Amozurrutia Silva continúa el planeo sin turbinas once millas más, hasta que se ve obligado a efectuar un aterrizaje forzoso a escasas tres millas de la cabecera de la pista.

Al sentir que tocaban tierra, Amozurrutia Silva y su copiloto creían que habían efectuado el aterrizaje sin mayor problema. No era así. En ese momento, cual hojarasca en medio de un torbellino, la aeronave nuevamente se va al aire, para metros adelante caer e impactarse contra una puerta metálica, quedando totalmente destruida. En el percanse, la tripulación y los pasajeros, aunque vivos, quedaron prensados entre los fierros retorcidos de la aeronave. Eran las dos cuarenta de la mañana del 7 de febrero de 1985.

-Busquen los portafolios-apremiaba el licenciado Del Bosque a sus imposibilitados compañeros de viaje. Temía se descubrieran los sesentas kilos de cocaína que transportaban en los exóticos portafolios. De ahí su apremio.

A los pocos minutos, junto con los socorristas que los sacarían de los restos del avión, para trasladarlos al Hospital San José de Monterrey, llegaron varios agentes de la DFS bajo el mando del comandante Rafael Chao López.

-No te preocupes, ya nosotros la recogimos-le dijo uno de los federales al angustiado abogado Del Bosque, cuando a bordo de una ambulancia era trasladado al nosocomio de Monterrey.

Recibidas las primeras atenciones médicas, los cinco lesionados quedaron hospitalizados bajo la custodia de los federales de la DFS. Por el impacto, las piernas del licenciado Aguilar Garza habían recibido lesiones que le impedirían volver a caminar; o hacerlo con muchas dificultades.

-Carlos debe ser llevado a Estados Unidos, para recibir atención especial y le practiquen los injertos que sólo allá pueden hacer-dijo Irma Alicia Azcue Ortiz, *La Güera*, esposa de Aguilar Garza a su hermana, luego de visitarlo en el hospital y enterarse del estado de su salud-. El comandante Chao

López, ya tiene listo el avión para que lo lleven a Miami- agregó.

Aguilar Garza, todavía sin plena conciencia de lo sucedido unas horas antes, sentía terribles dolores en todo el cuerpo, en especial las piernas. Sin embargo, dirigió una **gélida sonrisa a su esposa.** Parecía como si quisiera decirle: "¿Para qué vienes a visitarme aquí, al hospital; acaso crees que me tragué eso de que el hijo que llevas en el vientre es mío? ¡Estúpida, si soy estéril!".

Cuando seis meses atrás Irma Alicia le dijo que estaba embarazada, por vez primera Aguilar Garza sintió que en su espíritu se formaba un torrente de odio hacía aquella hermosa mujer de veintiocho años, de la que se había prendido desde que la conoció. Entonces no dijo ni hizo nada, haciendo caso omiso a lo que le ordenaba su instinto asesino, tan bien conocido en el submundo de las drogas y policiaco. Pero comenzó a sospechar de todos hombres con los que él trabajaba o Irma Alicia tenía tratos, creyendo que alguno de ellos era el amante de su joven esposa. Luego, ante lo absurdo de aquellas ideas, pensó que esperaría a que *La Güera* diera a luz y, sin lugar a dudas, los razgos de la criatura le revelarían la identidad de su verdadero padre. Una vez que lo supiera, pensaba Aguilar Garza, entonces les ajustaría las cuentas a los dos traidores. Mientras tanto, aunque sabía que posiblemente no volvería a caminar o quedar simiinválido, ante su esposa, el ex coordinador de la Operación Cóndor fingió ser sólo un feliz mortal que espera el advenimiento de un hijo.

## 19.-Buscando una oportunidad; Matamoros, 1985

La eminente remoción de Zorrilla Pérez al frente de la DFS, y el despido masivo de agentes de la dependencia en las últimas semanas, tenían intranquilo a José Alonso. Su incertidumbre aumentaba, con la misma fuerza que los señalamientos en

contra de Zorrilla Pérez y en general la DFS, a raíz del "descubrimiento" del rancho El Búfalo, y la "desaparición" del agente de la DEA y el piloto mexicano. El embajador de Estados Unidos en México, John Gavin, aseguraba que los detectives de la DFS estaban implicados en el secuestro de Camarena y el piloto Alfredo Zavala.

A causa de estos escándalos, se había agudizado el caos que reinaba en la DFS a nivel nacional. En Matamoros, sin embargo, el desorden había comenzado casi un año antes, cuando el delegado Rafael Chao López nombró y destituyó a casi una docena de jefes, entre ellos los comandantes Jurado, Aguillón López, Ricardo Jaime Acero, Javier Bonilla, Manuel Garza, Arnulfo García y Javier Pérez Rivadenei-ra. Acciones que, naturalmente, primero descontrolaron a los agentes comisionados en esa ciudad fronteriza, y, al paso de los meses, los alarmaron tras los señalamientos del embajador Gavin y los despidos masivos. Incluso algunos habían decidido que a la primera oportunidad se incorporarían a otra corporación, en cambio José Alonso decidió esperar. Tenía confianza de que el escándalo amainaría y todo volvería a la normalidad en la DFS; mientras tanto, seguiría a las órdenes del nuevo jefe en turno.

Chao López se decidió por Jaime Acero, porque era un individuo muy serio y organizado en sus cosas. Debido a la escasez de hombres "inteligentes", lo contrató y de inmediato presentó con García Ábrego y *El Cacho* (esto sucedió poco antes de que éste fuera asesinado, desde luego). Con su apoyo, Acero controlaba todo lo ilegal en Matamoros. Apenas llegó, reorganizó la sede de la DFS. Durante un par de meses todo marchó bien, hasta que la avaricia le ganó y cometió el error de *no reportarse* debidamente con Chao López, como ordenaban los cánones no escritos pero respetados en la DFS. En forma consecutiva, le sucedieron en el cargo Bonilla, Garza y un personaje conocido como *El Doctor*, quien de inmediato llamó a José Alonso, para saber cómo estaban las cosas en la oficina.

-¡Muy mal, señor!-fue la respuesta de José Alonso, con un ánimo mezclado de frustración y desencanto.

*El Doctor* era un tipo que evitaba involucrarse en asuntos que, en el peor de los casos, podrían costarle la vida, o "cosas que-decía-nunca cambiarán y de las cuales se podrían obtener grandes beneficios, haciéndonos de la vista gorda". Además, tenía el buen sentido de saber cuándo podía o no amenazar. En definitiva, *El Doctor* era un hombre que hacía muy poco ruido; cualidades que en un comandante federal le interesaban a García Ábrego.

-Bien, José Alonso, a partir de hoy usted será mi brazo derecho. A mi lado hará dinero como jamás lo ha hecho. Con el tiempo usted me presentará a los *buenos*, que nos llenarán los bolsillos de dinero.

Al escuchar aquellas prometedoras palabras, José Alonso sintió que el cielo se abría ante sus ojos. Sería el hombre de las confianzas del nuevo comandante de la DFS en Matamoros y, ahora sí-creía-, resolvería su caótica situación financiera.

*El Doctor* sabía claramente para qué servía su nueva posición. Como sus antecesores, pronto hizo amistad con *El Cacho* y García Ábrego. Pero cometió el error, de rodearse de gente de Casimiro, a los que utilizaba como *madrinas* (sujetos que actuaban como agentes de la DFS sin serlo). Otro gravísimo error, fue hallarle gusto al vicio de la cocaína, que le dominaba buena parte del día y de la noche y en cualquier lugar, en especial la intimidad de su oficina. Por eso dejó de salir de su privado, desde donde, alucinado, sólo monitoreaba-"controlaba", decía él-las actividades de la veintena de agentes que conformaban el personal bajo sus órdenes y de los *madrinas*. Los resultados fueron desastrosos. Los falsos policías, consumían droga todo el día y se dedicaban a molestar a la gente, en especial a las mujeres jóvenes. Además, sin recato alguno, comenzaron a extorsionar a los inmigrantes, a los *polleros* y a cuanto delincuente se topaban.

Molesto por estas irregularidades y abusos, José Alonso lo reportó a *El Doctor*, pero éste-hundido en sus vicios-le dijo que no se preocupara, que todo lo tenía "bajo control". Acudió a Chao López, pero éste tampoco hizo nada.

Sin embargo, aquello también ya había sido reportado al delegado de la PGR en Tamaulipas, Arturo Shulman, y no

estaba muy a gusto que digamos. Así que al ser enterado de que en el aeropuerto *los madrinas* estaban haciendo de las suyas, el fornido y elegante funcionario federal de casi un metro ochenta y apariencia juvenil (aunque en realidad tenía cuarenta y cinco años), ordenó un operativo. En cuestión de minutos, fueron detenidos y encarcelados doce *madrinas*. *El Doctor* envió a José Alonso a tratar de liberarlos, pero lejos de entregárselos, Shulman le hizo patente su rechazo por *El Doctor* y la forma cómo manejaba la oficina de la DFS.

-Mire, mi amigo, si por usted fuera, no habría ningún problema. Pero nada para ese cabrón del *Doctor*-dijo Shulman.

El asunto tal vez hubiera quedado olvidado, de no ser a que los sagaces reporteros locales se enteraron de dicho operativo, y armaron buen escándalo en sus respectivos periódicos. Posteriormente, la agarraron en contra de *El Doctor*, por tolerar y fomentar esa nociva actividad dentro de la DFS. El escándalo llegó a la ciudad de México y *El Doctor* se vio obligado a renunciar. Los sueños de José Alonso de mejorar su situación económica, se habían desvanecido.

En su lugar llegó Arnulfo García, compadre de *El Cacho*. José Alonso nuevamente creyó que, ahora sí, la suerte tocaba a su puerta.

No es que el federal fuera un soñador. Sucedía que el comandante Piñón, segundo en el mando del nuevo jefe de la DFS en Matamoros, era un viejo conocido, su amigo, con el que se había corrido algunas juergas, pues era tan mujeriego y extrovertido como él.

-M'ijo, ya estamos otra vez por acá-le dijo alegremente Piñón apenas le vio, al tiempo de que le abrazaba efusivamente.

Y antes de que José Alonso le contestara, con voz cantarina el comandante Piñón agregó:

-Usted no se preocupe. Ya es nuestro esto. Usted va a *menear* aquí, nada más repórteme todo, ¿okey?-le dijo lanzándole una mirada de complicidad.

José Alonso se enteraría que por órdenes de Zorrilla Pérez, se había mandado a Arnulfo García a Matamoros, para darle la oportunidad de "ganarse bien la vida", concediéndole un

porcentaje de las recaudaciones que lograra entre los traficantes de drogas y demás delincuentes. Arnulfo García, al igual que sus antecesores, pronto comenzó a incrementar sus ingresos con el robo de autos que efectuaban la gente de *El Cacho*, con el que también hizo muy buenas relaciones. Pero semanas después, Arnulfo y el comandante Piñón, inexplicablemente, dejaron sus cargos.

A la plaza llegó Javier Pérez Rivadeneira, gigantón comandante de unos treinta y cinco años, de pelo largo y cano, con el que José Alonso trabó buena amistad. En esos días, se registraría el asesinato Casimiro y la matanza de la Clínica Raya; Chao López dejaría la delegación de la DFS en el noreste del país y en su lugar sería nombrado Tomás Morlet, quien con el mismo cargo se había desempeñado en el sureste del país. Asimismo, se dio el cambio del delegado de la PGR en Matamoros, Arturo Shulman, quien sería relevado por el joven comandante Guillermo González Calderoni que, dos años antes, en 1983, había ingresado como jefe de grupo de la PJF.

El comandante Shulman, que tenía fama de buen conversador mientras hábilmente, con una filosa navaja, esculpía pequeños caballos de madera, habló con claridad:

-Siéntate, mi *Amable*. Como sabes, me voy a una plaza mejor: Veracruz, y tú conoces cómo están las cosas por allá. Pues bien, vamos a hacer una cosa, quiero que te vayas conmigo, como mi segundo en el mando.

El nuevo comandante de la PGR en Veracruz, tenía gente de sobra para el importante cargo que en esos momentos le ofrecía a *El Amable*. Entre otros, estaba su secretario *El Chato* Lerma, primo hermano del senador Manuel Cavazos Lerma, que ya sonaba para suplir en la gu-bernatura a Américo Villarreal, y hermano de Miguel Lerma, uno de los hombres fuertes de García Ábrego que traía un grupo especial de policías para que García Ábrego se desplazara sin problemas. También tenía gente en Aduanas, en la Policía Preventiva, en la Judicial Federal, en la Judicial del estado, y en la DFS, como Armando

Conde Rivera, Rodolfo Miller, Artemio Maldonado, Jesús Treviño, el teniente coronel Carrillo, José Rodríguez Ballesteros, Ricardo Solís, Del Toro Rosales, y el capitán Álvaro Cerón. Con todos éstos, cada mes, Shulman se reunía en conocidos bares y centros nocturnos como el “Drink-in”, o el “García’s”, para intercambiar expresiones o simplemente tomar unos tragos. Pero estaba convencido de que José Alonso era el hombre adecuado para el importante y delicado cargo. Por eso, cuando en su oficina observaba que éste no le contestaba, agregó:

-Mira, José Alonso, el poder y la imagen de la DFS ya están por los suelos. Si alguien en estos momentos todavía la respeta, es por los agentes como tú. Su desaparición ya está decidida, sólo es cuestión de tiempo.

-Mi comandante-dijo José Alonso, dando a sus palabras un tono de respeto-, le agradezco la distinción. Pero precisamente por lo que usted acaba de decir, ahora más que nunca no puedo dejar a la Dirección, usted lo entiende.

Shulman no se sorprendió. La cualidad que apreciaba del agente Pérez de la Rosa, era su lealtad. Sabía que, de momento, sería por demás insistirle, así que le dijo que no se precipitara, que le daría tiempo para pensarlo mejor. Días después, cogió el teléfono y marcó el número de José Alonso. No se dio a conocer, sólo se limitó a decir:

-Me urge que vengas a la oficina.

Le gustó el hecho de que la voz de José Alonso no preguntara los motivos. Se había limitado a decir que en unos minutos estaría ahí. Era-pensó-,el hombre adecuado.

En minutos, José Alonso llegó a la oficina de Shulman, ubicada en la calle Sexta, entrando a Matamoros. Cuando traspasó la puerta, se sorprendió al ver tanto movimiento en el reducido local. Platicando con Shulman, estaban Javier Pesqueira Moreno, nuevo comandante de la PJF en Matamoros, en sustitución de Shulman (primo hermano del subprocurador de la PGR, Luis Octavio Porte Petit, y del secretario de Agricultura, Eduardo Pesqueira, y compadre de García Ábrego, que más adelante sería nombrado delegado de la PGR); y Hugo Pimentel, quien después sería administrador

de la Aduana en Reynosa, nombrando como su secretario y jefe de grupo a su cuñado Gustavo, *El Gustavo.*

Apenas le vio entrar, Shulman dejó su sillón de atrás de su escritorio para darle la bienvenida y de inmediato presentarle a sus amigos. Tras las presentaciones y los consabidos apretones de manos, jovialmente le preguntó:

-¿Ya lo pensaste mejor, mi *Amable?*

José Alonso, que por varios días estuvo considerando el ofrecimiento, había decidido no aceptar. No porque no lo quisiera, sino porque erróneamente creía que la crisis de la DFS era pasajera. Sin embargo, consideraba que su negativa no debería de ser seca, pues un hombre tan sensible y suspicaz como Shulman podría interpretarla como una ofensa. Pero tampoco debería de darla titubeando, porque demostraría que no estaba muy seguro de su decisión. Así que decidió ser simplemente franco:

-Mi comandante, he decidido que no es momento de *abrirme* ahora.

Por un momento Shulman consideró la posibilidad de insistirle, pero la desechó. Sabía que sería inútil en un hombre como *El Amable.*

-Ni hablar, José Alonso. Es tu decisión y la respeto... Mira, como me voy en el vuelo de la tarde, ten mi tarjeta con mis nuevos números telefónicos y dirección, por si después cambias de opinión.

Si hubiera estado mejor informado, José Alonso habría aceptado el ofrecimiento de Shulman porque días después, a finales de febrero de 1985, José Antonio Zorrilla Pérez sería removido de la titularidad de la DFS, la policía política del Estado que poco después desaparecería para siempre.

## 20.-La DFS y *El Chocorrol*; ciudad de México, 1984-1985

La nave de la DFS, comandada por Zorrilla Pérez, comenzó a

hundirse la tarde del 30 de mayo de 1984, a raíz del asesinato del periodista Manuel Buendía Tellezgirón, aparentemente ordenado para evitar que publicara los nexos de la DFS con el narcotráfico. Al paso de los días, las semanas y los meses, todas las investigaciones apuntaban hacia la DFS y su titular, como responsables del homicidio.

El escándalo, incontrolable ya, crecía tanto que el presidente De la Madrid ordenó que un reducido grupo de investigadores encabezado por el coronel Fulvio Jiménez, realizara pesquisas y le informara directamente a él. Otro grupo, dirigido por Nazar Haro, ex director de la corporación y antecesor de Zorrilla, a petición de la procuradora Victoria Adato, inició sus propias investigaciones sobre el crimen. Paralelamente, José Trinidad Sánchez, jefe de la Policía Judicial del DF, efectuaba también su trabajo.

Por si esto fuera poco, varios periodistas seguían muy de cerca los pormenores del avance de las tres investigaciones, y el secretario de Gobernación Manuel Bartlett Díaz, jefe inmediato de Zorrilla, había encargado al investigador y comandante de la DFS, José Luis Esqueda Gutiérrez, que hiciera lo propio y le informara solamente a él, y a nadie más, sobre el avance de sus pesquisas. Orden que cumplió durante todo 1984, hasta que lo asesinaron, al igual que a otros cuatro individuos, que como él sabían mucho de la DFS: José Luis Ochoa Alonso, *El Chocorrol;* Jorge Guillermo Hernández Velazco, *El Pajarero;* Juan Cruz Mera y Marco Antonio Ochoa, sobrino de *El Chocorrol.* Sorpresivas y oportunas muertes, que precipitaron la caída de Zorrilla, el retiro de su candidatura del PRI a una diputación por el estado de Hidalgo, y la posterior desaparición de la DFS. Los cinco homicidios se registraron entre julio de 1984 y febrero de 1985.

La mañana del 8 de julio de 1984, un automóvil aparcó frente a las instalaciones generales de la DFS, ubicadas frente al Monumento a la Revolución, en Plaza de la República, en la ciudad de México. Del vehículo descendieron Fernando Durruty Castillo, *El Flaco;* Aristeo Gallardo Cobos, *El Chino,*

y Raúl Foullón Huerta, ex miembros de la recién desaparecida Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD) sospechosos de haber participado-dos años antes-en la matanza del río Tula, a los que se les había incorporado a la DFS. Una hora después, los tres agentes abandonaban el lugar. Entre sus manos, uno de ellos, llevaba el fólder color beige que minutos antes les habían entregado, con los datos generales de José Luis Ochoa Alonso, *El Chocorrol, madrina* de la corporación.

Los tres agentes tenían una larga trayectoria delictiva, al lado de Durazo Moreno y Sahagún Baca. Habían pertenecido a la Brigada Quince de la DIPD, más conocida como Grupo Jaguar, que había sustituido en 1979 a la Brigada Blanca. Los tres eran sospechosos de ser coautores materiales de la matanza del río Tula (suceso registrado en enero de 1982 que culminó en las aguas negras de la última compuerta del Drenaje Profundo, a orillas del citado río, en el pueblo de San José Acoculco, municipio de Atotonilco, estado de Hidalgo, con la aparición de trece cadáveres completamente mutilados de delincuentes colombianos y un taxista mexicano, cuya autoría intelectual se le acreditaba a Durazo Moreno y Sahagún Baca).

Los tres eran verdaderos pájaros de cuentas pendientes.

Tres días después, la tarde del 11 de julio, *El Chocorrol* a bordo de su Grand Marquis de reciente modelo pasó por su hermano Francisco y los amigos de éste: Federico García Murguía y Rogelio González Ruiz, para concluir el trabajo que tres días antes le habían encargado sus jefes de la DFS, de la que él era *madrina* desde hacía mucho tiempo. Bajo la promesa de incorporarlo oficialmente a la nómina de agentes formales, le dijeron que antes debía "trabajar" al ingeniero Javier Aviña Landgrave, un industrial que traficaba con fayuca y dólares.

En realidad el asunto prácticamente ya estaba terminado. Dos días antes, los cuatro se habían presentado en el domicilio del empresario, en el Pedregal de San Ángel, como agentes de la DFS. *El Chocorrol* lo abordó a solas. Le explicó lo que sabían de él y en los problemas legales en los que estaba

metido. Muy serio, le dijo que entendía que tenía derecho a ganarse la vida como mejor le pareciera. Por lo tanto, le dijo que para no presentarlo ante las autoridades correspondientes, le diera diez millones de pesos.

Landgrave no rechazó el generoso ofrecimiento del comprensivo "agente federal". Pero, como es natural, le dijo que esa suma no la tenía en su domicilio, por lo que le pidió le acompañara a su negocio, la Compañía Amper, en la colonia Loma Hermosa. *El Chocorrol* accedió y ambos, a bordo del vehículo del empresario, se trasladaron a la citada empresa. Pero no habiendo reunido la cantidad, minutos después regresaron al domicilio de Landgrave, a donde el falso detective le dio un plazo de dos días para que reuniera ya no los diez sino quince millones de pesos, porque tenía que repartir con sus jefes. Así que la tarde de ese día, 11 de julio de 1984, para concluir el asunto, el aspirante a agente federal y sus tres cómplices, solamente tenían que pasar a la esquina que conforman la avenida Doce y la calle Cuarenta y siete, en la colonia Puebla, en la ciudad de México, sitio previsto por el industrial para entregarle los quince millones de pesos. Sólo que éste, lejos de reunir la cantidad acordada, se comunicó con su amigo Nazar Haro quien denunció los hechos a Zorrilla, su antecesor en la DFS, y éste prometió arreglar el asunto de inmediato.

A unos cuantos metros del sitio previsto por el traficante de dólares y fayuca, se apeó *El Chocorrol* del Grand Marquis en el que viajaba con sus tres cómplices. Se encaminó hasta la cabina del teléfono público más cercana para hablar con Patricia Patlán Torres, con quien tenía tres años de vivir en unión libre. Quería suavizar las cosas, luego de que ésta se enteró que estaba casado con la señora Guadalupe Castillo. Para contentarla, le había obsequiado un Dodge 1979 y una fuerte cantidad de dinero, para que adelantara los pagos del departamento donde vivía con el niño que procreaban. Estaba seguro que de esa manera Patricia olvidaría su enojo y volverían a ser felices; además, con el dinero que obtendría por

el asunto que en unos minutos más concluiría, le haría nuevos regalos. Definitivamente, en esos momentos, *El Chocorrol* era un hombre feliz.

Mientras esperaba a que Patricia acudiera a la llamada telefónica, con inquietud vio que un grupo de hombres armados se dirigían hacia él. La sangre se le heló, al ver que entre aquellos amenazantes individuos estaban quienes le habían encargado el trabajo. Alarmado, instintivamente se llevó la mano a la cintura donde con regularidad cargaba su escuadra Browning nueve milímetros, pero no la halló, porque recordó que la había dejado en el asiento delantero del Grand Marquis. Dominado por el pánico, vio que sus compañeros de la DFS levantaban sus armas y le apuntaban. Al comprender de qué se trataba, soltó la bocina y echó a correr hacia el oriente de la avenida Doce, seguido por uno de aquellos hombres que le disparó y acertó en una pierna. *El Chocorrol* cayó de bruces frente a "Cari", una pequeña fonda. Mientras intentaba ponerse de pie y correr, entendió que el asunto del ingeniero Landgrave era una trampa, y él había caído en ella.

Cuando al fin pudo volverse, vio a su agresor junto a él, mirándole. Al escuchar que amartillaba su arma, trabajosamente levantó ambas manos para cubrirse el rostro, en un pueril y desesperado intento de protegerse. Intentó decirle algo, tal vez suplicarle piedad, pero no pudo, las palabras se negaron a salir de su garganta. Un instante después, lo sacó de este mundo con el rostro y el pecho destrozados. Acto seguido, junto con sus cómplices, el homicida acordonaba la avenida y a gritos y palabras amenazantes impedían el paso a los vecinos y transeúntes, asegurándoles que eran agentes de la DFS y el caído, un peligroso delincuente.

Francisco, el hermano de *El Chocorrol*, lo mismo que Federico y Rogelio, habían visto y escuchado todo.

-Este ya chingó a su madre-habían escuchado gritar a Durruti, *El Flaco*, después de haberle acertado a *El Chocorrol* cuando corría, y luego de dispararle en el rostro y en el pecho, al tenerlo caído.

Pero antes de poder darse a la fuga o intentar ayudar a su hermano, un grupo de agentes de la DFS, pistolas y metralletas

en mano, violentamente abrieron las puertas del Grand Marquis, ordenándoles que bajaran del mismo. Enseguida, los colocaron de frente a una pared para revisarlos y asegurarse que no estuvieran armados. Después los subieron a una camioneta Van de color vino, donde les vendaron los ojos y comenzaron a golpear y amenazar de muerte. Más adelante, a Francisco le obligaron a llevarlos al domicilio de su hermano y a la casa de Patricia, la amante de éste. Así llegaron a la avenida Sur, en la colonia Gabriel Ramos Millán, a donde amenazaron a Guadalupe Castillo, la esposa, advirtiéndole que se abstuviera de identificar el cadáver de su cónyuge o regresarían para asesinarla junto con sus pequeños hijos. Antes de retirarse, saquearon la vivienda y se llevaron documentos y fotografías (hasta los que colgaban de la pared) del difunto, y la motocicleta Honda de *El Chocorrol*. Lo mismo hicieron en el domicilio de Patricia, en la calle de Porto Alegre, en la colonia San Andrés Tetepilco; y en el de Gloria Ochoa Alonso, en la avenida Exploradores, de la Unidad Ejército de Oriente.

Durante dos semanas en los separos de la DFS, los detenidos fueron sometidos a fuertes golpizas por los tres ex agentes de la DIPD ahora operando en la DFS. Cuando comprobaron que ninguno de los tres sabía "quién le había puesto a *El Chocorrol* el asunto del ingeniero Landgrave", fueron presentados ante la Procuraduría General de Justicia del DF, acusados de chantaje, asaltos bancarios y otros delitos más.

Pero el asunto se complicó cuando los detenidos, en sus declaraciones rendidas por separado, coincidieron en que *El Chocorrol*, al momento de ser asesinado estaba desarmado y, por lo mismo, había sido ejecutado por sus propios compañeros de la DFS. Además, entre los agentes homicidas identificaron plenamente a Fernando Durruti, Aristeo Gallardo y a Raúl Foullón, y hasta informaron dónde se les podía localizar. Sin embargo, cuando los agentes de la Judicial del Distrito Federal intentaron detenerlos, se encontraron con un muro infranqueable: Zorrilla Pérez, quien resueltamente, lo impidió.

-Sería tanto como manchar el prestigio de la Dirección-les dijo, encarándose a los judiciales, que se retiraron sin poder detener a los homicidas.

Haciendo acopio del poder que todavía poseía, consiguió que sus tres hombres fueran por él mismo “arraigados” en un hotel situado a un costado de la sede de la DFS, a donde se encargó de que se les proporcionaran todas las comodidades y, puntualmente, recibieran su salario íntegro durante los siete meses que allí estuvieron, hasta su salida como director.

Cuando Nazar Haro se enteró cómo Zorrilla Pérez había resuelto el asunto con el que se quería chantajear a su amigo el acaudalado industrial, de inmediato se retiró de las investigaciones que sobre el homicidio de Buendía le había encargado la procuradora Adato. Tenía fuertes motivos para hacerlo: los tres “arraigados”, durante algún tiempo habían trabajado bajo sus órdenes. Y bueno, él no era desagradecido.

Ya sin la protección de Zorrilla, diez meses después, en mayo de 1985, a una semana de cumplirse el primer aniversario del homicidio de Buendía, los tres agentes de la DFS homicidas fueron detenidos. Pero no por la muerte de *El Chocorrol*, sino por la matanza del río Tula. Y con los mismos métodos que él muy bien conocía, a Durruti se le “interrogó” para que se declarara “culpable” de la muerte de Buendía. Ante su negativa, se le maquilló para que se pareciera al retrato hablado que la Procuraduría de Justicia capitalina había elaborado del autor del crimen. Farsa que se cayó cuando frente a los periodistas, a los que se le iba a presentar como el responsable material del asesinato, a Durruti se le derritió y chorreó el maquillaje de la cara y de los brazos, que utilizó la jefa de maquillistas de Televisa para “que diera el color” del supuesto homicida.

-Es una cobardía lo que me están haciendo. No tiene madre lo que me quiere imputar el subprocurador René Paz Horta-diría después *El Flaco* con desconsuelo, ante el juez que llevaba el caso, Roberto Villalobos Gallardo.

Zorrilla Pérez, de pie junto a la ventana de su despacho, miraba cómo el licenciado José Luis Esqueda Gutiérrez le servía una copa de coñac. José Luis era funcionario de la DFS, responsable del área de atención a municipios y situación de

los estados, a quien Zorrilla conocía desde 1977 y con el que había trabado amistad cuando ambos se encontraron en el estado de Morelos, desempeñando tareas para el PRI. Aquel abogado era uno de los pocos hombres que conocía muchos de los secretos del director de la DFS. Pero ignoraba algo vital: que Zorrilla estaba al tanto que le vigilaba por instrucciones de Bartlett Díaz, pero se guardaba muy bien su secreto, tanto que José Luis no sospechaba. Hacia tiempo que había perdido la confianza en aquel licenciado que había desempeñado algunos importantes cargos dentro del PRI. Su desconfianza hacia José Luis se había agudizado cuando, apenas unos días antes a esta reunión, abiertamente le había recriminado su desmedido enriquecimiento y de lo que se decía de la DFS y el caso Buendía.

Mientras le entregaba la generosa copa del fino licor, José Luis le dijo:

-Debes de tener mucho cuidado, José Antonio.

-No te preocupes, abogado. Todo saldrá bien-contestó el jefe de la DFS, disimulando el rechazo que ya sentía por su interlocutor, quien con voz completamente neutra le preguntó:

-¿No hay forma alguna de dejar que ya acabe todo esto?

-No la hay-contestó fríamente Zorrilla.

Cuando José Luis se retiró, Zorrilla, molesto, recordó lo que dos semanas antes de su muerte le había dicho Buendía:

-Compadre, retírate de lo que estás haciendo, sal del país. Estoy enterado de muchas cosas. Vete, la vas a pasar muy mal.

Algo similar a lo que acababa de sugerirle el abogado José Luis.

La madrugada del 19 de septiembre de 1984, Jorge Guillermo Hernández Velasco se bajó de su Dodge a un costado de la avenida Canal de Miramontes, a la altura de la colonia Espartaco, para hablar a su casa desde una caseta telefónica pública cercana a su domicilio. Era un hábito que por seguridad en las últimas semanas había desarrollado y practicaba principalmente por las noches o madrugadas. Esperaba que le abrieran los cerrojos para poder entrar rápidamente a la

seguridad de su domicilio, sin tener que esperar en la puerta. Más ahora que se sabía vigilado muy de cerca por sus mismos compañeros de la DFS, por su estrecha relación de amistad con el licenciado José Luis Esqueda.

Jorge Guillermo era un cincuentón que desde muy joven, en 1962, había ingresado a la DFS, como escolta de diversos funcionarios, lo que hizo durante veinte años y por lo que era ampliamente conocido por la mayoría de los comandantes y agentes. Pero más que todo, por su habilidad para *colgarse* de cualquier teléfono, para realizar actividades de espionaje. Por esas cualidades, sus conocidos le apodaban *El Pajarero.* Sus labores policiacas las combinaba con su trabajo que desarrollaba para la empresa Teléfonos de México, donde era jefe de Servicios Especiales.

Sus precauciones las había redoblado, desde que José Luis le había pedido que interceptara los teléfonos del director general de la DFS. Y más cuando se enteró que un homónimo suyo, también agente de la DFS, había sido víctima de un atentado del que milagrosamente sólo salió herido. Al principio, *El Pajarero* se negó, no por lealtad a su jefe, sino por el miedo que éste le inspiraba. Sabía que interceptar su teléfono, era peligroso. Cambió de opinión cuando se le aseguró que la orden provenía del secretario de Gobernación, Bartlett Díaz. Aunque renuente, aceptó hacerlo a sabiendas de que su vida misma peligraba.

Cuando aquella madrugada le contestaron el teléfono de su hogar y una conocida voz le dijo: “Ya puedes entrar, la puerta está abierta”, *El Pajarero* colgó el auricular y caminó los pocos metros que le separaban de su auto con el motor encendido. No abría la portezuela, cuando a gran velocidad vio aparecer un vehículo que apenas y disminuyó su carrera para que uno de sus tres ocupantes lo pusiera en la mira de su metralleta. Al ver la boca del cañón del arma y estar consciente de lo que estaba a punto de suceder, *El Pajarero* comenzó a gritar:

-¡No disparen, por favor no disparen, soy judicial federal... No dis... !

Sus gritos se ahogaron cuando las balas le rociaron todo el cuerpo. El hábil y precavido especialista en espionaje

telefónico jamás se enteró quién jaló el gatillo, porque antes de rodar por el suelo ya estaba muerto.

Aún así, el vehículo de los matones retrocedió hasta ponerse junto a la sanguinolenta masa humana y de éste descendió Abel Cuevas Urióstegui, *El Abel,* policía que, como *El Chocorrol,* integraba el grupo de "colaboradores para asuntos especiales" de la DFS. Despectivamente, miró el cuerpo ya sin vida. Se inclinó un poco para colocar la metralleta a escasos centímetros de la sien del caído y disparó el tiro de gracia, que hizo saltar el cadáver. Luego volvió a subir al auto que arrancó a toda velocidad, para perderse en la oscuridad.

Por esas cosas raras de la caprichosa justicia, horas después Cuevas Urióstegui fue detenido, y en sus primeras declaraciones aseguró que *El Pajarero* había sido muerto por unos desconocidos que viajaban a bordo de un Datsun de color azul cielo; pero luego, ante el juez, cambió su declaración. Mencionó que había sido agredido por Jorge Guillermo y que él sólo se defendió. Ya en sentencia, el juez le otorgó la libertad con el argumento de que actuó en defensa propia. Sin embargo, los familiares del difunto investigaron por su cuenta y encontraron que no hubo tal agresión y que habían sido tres los asesinos, entre ellos *El Abel.* A su petición, la Procuraduría reabrió el caso y las investigaciones de la Judicial del Distrito Federal condujeron hasta el mismo Urióstegui quien, al final, aceptó que le habían pagado por hacer el *trabajo* y estaba dispuesto a llevarlos hasta los domicilios de sus otros dos cómplices de la DFS.

Dicen que "el que a hierro mata a hierro muere", y así sucedió en el caso del homicida de *El Pajarero.* Cuevas Urióstegui fue muerto con ráfagas de metralleta durante la madrugada del jueves 29 de junio de 1989, a la altura de la calzada México-Xochimilco, cuando acompañado por agentes judiciales del DF, con los que había aceptado colaborar, a bordo de un auto patrulla los guíaba a la casa de uno de sus dos cómplices en el homicidio de Jorge Guillermo.

La relación amistosa entre José Luis y Zorrilla se enfrió en

definitiva, cuando el primero le reclamó nuevamente que la Dirección estaba desviando sus funciones y metida en actividades que la desacreditaban. Más cuando Zorrilla se enteró que días antes del asesinato de Buendía, José Luis le había entregado al periodista copia de un expediente de la investigación que había realizado sobre sus relaciones con los barones del narcotráfico, a petición del secretario Bartlett, para el que trabajaba directamente; además, sospechaba que él estaba detrás de las muertes de *El Chocorrol* y *El Pajarero*, lo mismo que la de su ex chofer y amigo, Juan Cruz Mera, muerto unas semanas antes. Como pocos datos se pudieron obtener sobre este tercer crimen, y para no faltar a la verdad, sólo diremos que al momento de ser acribillado a balazos, Juan Cruz se desempeñaba como jefe de seguridad de Ferrocarriles Nacionales de México, y que entre sus ropas se le halló una credencial firmada por Zorrilla. El documento lo acreditaba como agente efectivo de la DFS.

Y aquella tarde, por el tono empleado por José Luis, parecía deducirse que a Zorrilla no le consideraba un hombre de la estatura de su antecesor, Nazar Haro. Pero aunque enfadado por la observación, Zorrilla, cauteloso, ignoró la velada censura y fríamente le dijo:

-Sólo yo sé muy bien cómo se debe manejar la Dirección.

José Luis aceptó en silencio las palabras de su jefe y ex amigo. Instantes después se despidió y regresó a su casa a donde, preocupada, le esperaba su esposa María Luisa Marina Cortés. La preocupación de la mujer estribaba en que días antes, su marido le había comentado que Zorrilla había mandado asesinar al periodista Buendía, con el que ambos habían mantenido buenas relaciones amistosas. Vio tan alarmada a su pareja que, aquella noche, José Luis se abstuvo de comentarle su último reclamo a Zorrilla, del que estaba seguro que algo tramaba, pero lo que fuese él lo ignoraba. Jorge Guillermo, su informante, estaba muerto y él ya no tenía forma de enterarse de nada más.

El asesinato de *El Pajarero* había inquietado al secretario de Gobernación Bartlett, por lo que mandó llamar a José Luis para que aumentara su vigilancia sobre Zorrilla y le tuviera

debidamente informado. Pero sin *El Pajarero*, él, José Luis, ¿qué podría hacer?, reflexionaba cuando abandonó la oficina del secretario del gabinete presidencial, a quien le había entregado las grabaciones obtenidas por su espía durante los primeros días de la intercepción telefónica. Material que junto con Bartlett escuchó.

A partir de entonces, José Luis se percató que era vigilado por elementos de la DFS, lo que en verdad le alarmó, pues él era político no policía. Hacía tiempo que Zorrilla le había obsequiado una credencial que lo acreditaba como comandante de la DFS, pero no laboraba para la dependencia; trabajaba en la Secretaría de Gobernación, directamente para Manuel Bartlett Díaz. Relación que ahora, estaba seguro, ya le había enemistado con José Antonio. Sus pocas dudas se disiparon y llenaron de pánico cuando, inexplicablemente, tuvo un "accidente" automovilístico del que salvó la vida de manera milagrosa, y no dudaba que había sido provocado por gente de la DFS. El percance ocurrió al trasladarse de Cuautla hacia el Distrito Federal. Iba tan ensimismado en sus temores, que no se percató cuando otro coche con cuatro hombres a bordo, se le echó encima con claras intenciones de desbarrancarlo, lo que no lograron por la habilidad con la que controló su vehículo.

Días después de estos últimos acontecimientos, la tarde del 16 de febrero de 1985, José Luis estacionó su vehículo sobre la esquina de Palenque y Pilares, colonia Narvarte, en el DF, para que descendiera su amigo Jorge Ramírez. Estaba por arrancar, cuando se le emparejó un auto con los mismos sujetos que días antes le habían intentado sacar de la carretera. Iban bajo el mando del comandante de la DFS, Alberto Estrella. No le dieron tiempo de nada.

El abogado no oyó el tableteo metálico que produjeron las metralletas al accionar; tampoco cuando el vidrio de su ventanilla saltó en mil pedazos al recibir la ráfaga vomitada por el cuerno de chivo, para golpearle con tal fuerza en la cabeza que su masa encefálica saltó del cráneo para quedar pegada y esparcida en los asientos, la portezuela izquierda y el toldo. Los asesinos no tenían necesidad de comprobar que el trabajo había sido un éxito, por lo que el conductor imprimió mayor

velocidad y el vehículo salió disparado, mientras que el auto de José Luis, sin control y sin la presión en el pedal del freno, lentamente se fue a impactar contra un poste a un costado de la cinta asfáltica.

Horas después, el cadáver fue plenamente identificado por su viuda, María Luisa Marina Cortés. Pero las autoridades no hicieron nada, a pesar de que la mujer había levantado el acta judicial respectiva, en la que aseguraba que su esposo le había comentado que Zorrilla había mandado matar al periodista Buendía y temía hiciera lo mismo con él.

Tres días después de estos hechos, el 19 de febrero de 1985, el joven Marco Antonio Ochoa, sobrino de *El Chocorrol*, aguardaba en su casa una llamada telefónica. Desde el día del crimen, había insistido y hecho público que investigaría por su cuenta sobre el alevoso asesinato de su pariente, por el que siempre había manifestado un gran cariño. Y aquella noche se reuniría con algunos compañeros de su tío: *madrinas* y agentes efectivos de la DFS, con los que en otras ocasiones había hablado y éstos le prometieron proporcionar elementos suficientes para llegar hasta los homicidas de su malogrado familiar.

Cuando recibió el telefonema esperado, solamente dijo:

-Voy orita para allá.

Después colgó y salió al encuentro de sus “informantes”. Ya en la calle, sintió que las piernas se negaban a sostenerle. Frente a él tenía a cuatro sujetos con pinta de policías de la DFS, como los asesinos del licenciado José Luis, encabezados por un individuo en cuyo rostro vio la muerte, la misma que seguramente había visto su tío instantes antes de morir.

Al ver que ninguno de aquellos hombres era su “informante”, el imprudente joven finalmente comprendió todo en una fracción de segundo. Pero no lo aceptó. Tal vez por eso, ya en el interior del auto en el que le habían obligado a subir, después de unos segundos de silencio, con voz trémula, les dijo:

-Oigan, oficiales, sé que fueron amigos de mi tío, *El Chocorrol*, ¿por qué no me dejan ir?

El hombre donde instantes antes había visto a la muerte, fue

quien movió la cabeza negativamente y fríamente le contestó:

-No podemos.

Los vecinos del lugar vieron cómo los cuatro hombres, sin violencia, le condujeron hasta un coche. No lo volvieron a ver con vida. Cuando un día después se le encontró, estaba moribundo sobre la vía rápida del viaducto Miguel Alemán a la altura de la calle Tona-lá, de donde fue trasladado al Hospital Central de la Cruz Roja para su atención. Pero los especialistas ya nada pudieron hacer para salvarle la vida, porque tenía el cráneo destrozado e infinidad de golpes en todo el cuerpo. Durante varias horas sus homicidas le habían golpearon brutalmente, y cuando le vieron moribundo lo subieron nuevamente al auto en el que lo habían levantado horas antes, para arrojarlo desde el vehículo en marcha en el lugar donde se le había hallado. Esperaban que otros automóviles le arrollaran, hasta dejarlo irreconocible. No obstante sus múltiples lesiones, el certificado médico de la benemérita institución aseguró que Marco Antonio Ochoa había muerto de una bronconeumonía.

## 21.-Rancho El Mareño; Michoacán, marzo de 1985

Preocupado por como se estaban dando las cosas, Miguel Ángel convocó en calidad de urgente a sus socios. Después de largamente deliberar el asunto, concluyeron nada podían hacer ante el complot armado por los gobiernos de México y Estados Unidos. Y como naturalmente estaban enterados de quién era el verdadero responsable, decidieron ajustarle las cuentas al mi-choacano Manuel Bravo Cervantes, que había guardado silencio en espera de que Rafael sirviera de chivo expiatorio para complacer a Washington, que no buscaban quién lo hizo sino quién lo pagara.

Puntualmente, el comandante Ventura fue informado de las intenciones de los sinaloenses y del paradero de Rafael. No le gustó lo que oyó, pero tampoco dijo nada. No le interesara que

Miguel Ángel y sus socios traicionaran o no a Rafael, a Bravo Cervantes o a cualquier otro miembro de su organización. Le molestaba que los sinaloenses no se disciplinaran ante la ley, ante el gobierno que él representaba, al no acatar que para ese gobierno el responsable de la desaparición y muerte del agente de la DEA era Rafael, y no el ex diputado mi-choacano, un pez menor que a nadie interesaba. Si bien Rafael no era el causante de esos hechos, si lo era de otros sucesos igual de escandalosos, como el rancho El Búfalo, como el rapto de la sobrina del influyente político Cossío Vidaurri, por ejemplo. Por otro lado, aunque no lo admitía ante sus hombres, le molestaba que el gobierno estadounidense siguiera presionando en la localización del agente de la DEA-el paradero o la suerte del piloto mexicano no le interesaba-y se castigara a Rafael quien para ellos, los estadounidenses, era el verdadero culpable de tan lamentables hechos. Los gringos no eran pendejos; sabían que Rafael no era el responsable, pero ellos así lo habían decidido y así querían que el gobierno mexicano lo aceptara. Además, el procurador García Ramírez, un ingenuo académico, sí creía en la falaz versión de los estadounidenses y le exigía resultados.

El 1 de marzo de 1985, el consenso de los sinaloenses se unificó. Bravo Cervantes, director de la Productora Nacional de Semillas de
Apatzingán, Michoacán, ex diputado y propietario del rancho El Ma-reño, sería entregado a la PGR, como responsable del asunto por el que el que el embajador de Estados Unidos en México, John Gavin, hacía tanto escándalo. Además, Manuel Bravo tenía antecedentes penales de “gatillero”, narcotraficante, homicida y traficante de armas. Ni mandado hacer.

Para entregar a su socio y “amigo”, y de paso lavarse las manos, los sinaloenses se valieron de sus hombres incrustados en la PJF, quienes elaboraron una carta “anónima”, en inglés, que más tarde hicieron creer al procurador general que se la habían enviado desde Los Ángeles. En dicho “anónimo”, se le informaba que los secuestrados Camarena y Zavala estaban en el rancho El Mareño, en Michoacán. Con estos argumentos

avalados por el procurador García Ramírez, los federales se dispusieron “rescatar” a los secuestrados y atrapar al o los plagiarios.

Cerca de las siete de mañana del sábado 2 de marzo de 1985, un centenar de agentes federales del grupo “Águila”, bajo el mando del comandante Armando Pavón Reyes, y de la policía municipal del estado de Jalisco, llegaron al Mareño, una finca de dos plantas ubicada en el kilómetro treinta y seis de la carretera Zamora-La Barca, en el pueblo La Angostura, municipio Vista Hermosa, donde vivía Bravo Cervantes y su familia. Bajo el mando de los jefes de grupo Jorge Espino y Gilberto Villarreal, previamente habían acordonado ambos lados de la carretera federal Zamora-La Barca, para impedir el paso de vehículos y curiosos. Sin identificarse ni importarles quienes pudieran estar en el interior del inmueble, a gritos, exigieron a Manuel Bravo que se entregara.

-¿Quiénes son ustedes, qué quieren?-contestó Manuel a los armados intrusos, asomándose por una de las ventanas.

-¡Somos federales... Entréguese!-gritaron, amenazantes, los comandantes Espino y Villarreal.

-¡Ni madres! Que venga la policía de Vista Hermosa o la de Zamora; sólo así salgo-dijo Manuel, con decisión.

Ante los gritos, en la planta baja de la casa, despertaron los dos nietos, de once años, y Rigoberto Bravo Segura, de veinte años, uno de los tres hijos de Manuel que aparentaba menos edad debido a múltiples padecimientos que le mermaban sus facultades mentales y físicas. Sin comprender la causa del escándalo, los dos niños y el discapacitado salieron al patio donde estaban los federales armados. En ese momento fueron capturados. Con su arma larga, uno de los federales comenzó a golpear a Rigoberto, mientras otros amordazaban a los dos menores y los llevaban al interior de un auto.

Manuel, que esperaba dicha incursión policiaca, se había preparado para recibirlos debidamente. Pero jamás imaginó que para obligarlo a entregarse, se llegara al inhumano extremo de golpear a su incapacitado hijo o furiosamente maniataran y asustaran a sus pequeños nietos y los encerraran en un auto. Así que cuando vio aquellas increíbles escenas, ciego de ira e

impotencia, comenzó a disparar su pistola en contra de los abusivos federales, dando muerte al agente que salvajemente golpeaba al indefenso Rigoberto. En respuesta, los cien policías accionaron sus armas largas y cortas, haciendo, literalmente, coladera la casa. Con excepción de los dos niños que seguían amordazados en el interior del auto patrulla, en la casa, nadie quedó vivo.

La balacera duró más de una hora. En la refriega fueron asesinados seis habitantes del Mareño, entre ellos el ex diputado y el agente federal José Manuel Esquivel Jiménez. La primera en caer acribillada fue la señora María Luisa Segura, esposa de Bravo Cervantes. Cuando los federales comprobaron que nadie quedaba con vida en el interior de la finca, regresaron hasta el sangrante Rigoberto y nuevamente comenzaron a golpearlo con sus metralletas. A rastras, lo llevaron al lado de una camioneta negra y allí le remataron a culatazos. Otros comenzaron a golpear a los niños y estúpidamente les preguntaban sobre Camarena y los plantíos de mariguana que, decían, allí "sembraba su abuelo".

Aterrorizados, algunos vecinos avisaron de la balacera a los otros dos hijos de los Bravo Segura: Manuel y Hugo, que se encontraban en Zamora. A bordo de una camioneta, ambos se dirigieron al rancho. En el trayecto, en una gasolinería que estaba a la salida de Zamora rumbo a Guadalajara, se toparon con un grupo de agentes judiciales del estado. Les pusieron al tanto de lo qué sucedía en El Mareño y solicitaron su ayuda. Media hora después los judiciales del estado y los dos hermanos llegaron. Los federales dejaron pasar al inmueble a Manuel y Hugo, más no así a los judiciales que les acompañaban. Ya en el interior de la semidestruida finca, por la espalda les asesinaron a balazos. Uno quedó en la parte superior de la casa, el otro, abajo.

Mientras tanto, sus respectivas esposas Eleuteria Torres y Celia Navarro, pedían auxilio a la Policía Judicial de Zamora. Pero cuando los judiciales llegaron, fueron desarmados por los federales y detuvieron a Celia y Eleuteria. Las ataron, les vendaron los ojos, las encerraron en un cuarto, y las vejaron durante horas. Cerca de las siete de la noche, las trasladaron a

Guadalajara. Allí las dos mujeres se enteraron que sus esposos y sus suegros también habían sido asesinados.

Muy entrada la noche, como aves de rapiña, los federales se dedicaron al hurto. Se llevaron robar todo lo que encontraron a su paso en la finca. Al día siguiente, y durante dos días más-hasta el 5 de marzo-, después de saquear otras viviendas vecinas y de aterrorizar y amenazar a sus habitantes, peinaron la zona y sus alrededores "en busca de los dos secuestrados". Pero como no encontraron nada, se retiraron.

Dos días después de la matanza, el lunes 4 de marzo, la PGR ordenó la libertad de Eleuteria y Celia y otros tres detenidos.

-Todo se debió a un lamentable error, nos equivocamos-fue la lacónica justificación que ofreció el agente del Ministerio Público Federal a los sobrevivientes de la familia Bravo Segura, mientras ordenaba la liberación de las dos aterrorizadas viudas.

Al medio día del martes 5 de marzo de 1985 el gobernador de Mi-choacán, Cuauhtémoc Cárdenas, recibió una llamada telefónica en la que le informan que en El Mareño nuevamente había agentes federales y de la policía antimotines de Jalisco, escarbaban en la parte trasera de la finca, en busca de los cadáveres de Camarena y Zavala. Contrariado, Cárdenas se traslada en avioneta al rancho con algunos colaboradores. Llega cerca de las cuatro de la tarde. Los federales le permiten el paso hasta que el mandatario se identifica y exige una explicación. Le informan que buscan droga y los cadáveres del agente de la DEA y el piloto mexicano. No encuentran nada.

Al día siguiente, 6 de marzo, el gobernador da a conocer en un desplegado de prensa su "enérgica y respetuosa" protesta por el "atropello" policiaco en Michoacán.

Sorpresivamente, ese mismo día-un día después de que los federales habían "revisado a conciencia" la zona y sus alrededores-, como a ochocientos metros de El Mareño, aparecieron los cadáveres supuestamente del agente de la DEA y del piloto mexicano. Estaban a flor de tierra, precisamente en la zona *peinada* por los federales, a unos trescientos metros del

rancho, metidos en bolsas de polietileno, cerca de la carretera Zamora-La Barca.

La información la proporciona a las seis de la tarde de ese mismo día la delegación de la procuraduría estatal de Zamora, después de que el síndico de Vista Hermosa es enterado que el campesino del pueblo de La Angostura Antonio Navarro Rodríguez hizo el hallazgo, cuando iba en su bicicleta a cortar alfalfa.

-Cualquiera los hubiera descubierto. Despedían olores apestosos a cincuenta metros a la redonda-dijo el hombre de campo sin mayor asomo de duda a los periodistas que le entrevistaron.

Sus palabras quedaron como constancia de que el lugar donde encontró los restos sirve de paso a toda la gente que va a su diaria jornada laboral por las mañanas, y regresa a las dos de la tarde. Es decir, si los restos hubieran estado allí desde la mañana habrían sido vistos u olidos por los caminantes. Los cuerpos, entonces, jamás estuvieron sepultados en El Mareño; habían sido arrojados ahí entre las dos y las seis de la tarde. Por la balacera y el escándalo que se armó, fueron llevados a ese lugar cuatro días tarde.

A la una de la madrugada del 7 de marzo se levantó la fe de lesiones y la descripción de los cadáveres. Casi dos horas más tarde, dos médicos legistas practican una necrocirugía a los cuerpos. La concluyen a las cinco de la mañana. La operación médica revela que ambos cuerpos fueron sometidos a torturas; que murieron por asfixia. Los estudios realizados a la tierra encontrada en las bolsas y a la tierra de El Mareño, demuestran que los cuerpos no estuvieron sepultados en la finca de la familia Bravo Cervantes: El Mareño.

En Guadalajara, en una segunda necropsia, los cuerpos son identificados “plenamente” como los del piloto mexicano Alfredo Zavala Avelar y el agente de la DEA Enrique Camarena Salazar.

Apenas se enteró de todo esto, al comandante Ventura se le hacía tarde para demostrar su fama de “buen investigador”, en

su búsqueda de la jefatura de la Interpol-México con el apoyo de sus amigos estadounidenses. El cargo estaba acéfalo desde que el 2 de enero de ese año, 1985, Miguel Aldana había solicitado licencia para ausentarse por un año.

Ventura sabía que sin sus principales socios, pero en especial Rafael y *Don Neto,* Miguel Ángel perdería buena parte su poder. Por eso se dispuso a ir tras ellos. Y la primera oportunidad se la presentó el 16 de febrero de 1985 Matta Ballesteros, pero cuando junto con sus hombres se presentó al departamento que éste tenía en el Distrito Federal, el hondureño ya había volado rumbo a Centroamérica. Más adelante se enteraría que el director de la PJF, Manuel Ibarra Herrera-por jerarquía su jefe-había permitido la fuga, al informarle hasta un día después sobre la ubicación Matta Ballesteros.

La frustrada captura del hondureño, sin embargo, no fue impedimento para que dos semanas después, el 1 de abril de 1985, a petición del gobierno estadounidense, el procurador García Ramírez le nombrara jefe de la Interpol-México, en sustitución de Miguel Aldana. Su sueño se había hecho realidad.

A partir de entonces, el comandante Florentino se convirtió en el policía más poderoso de México. Sólo recibía órdenes del procurador

García Ramírez y del presidente De la Madrid. Los cincuenta agentes que integraban su grupo especial sólo trabajaban en casos de alta prioridad, asuntos muy importantes o muy sensibles, que el gobierno quería manejar secreta y efectivamente. Ventura tenía el poder de asesinar, sin darle cuentas a nadie. Y en el riesgo de ser muertos también estaban sus propios hombres, en caso de no serle leales al ciento por ciento.

Con ese poder, Florentino Ventura enfocó sus baterías en contra de los sinaloenses. A Rafael, sus amigos de la DEA ya lo habían ubicado en Costa Rica; a *Don Neto,* lo tenía detectado en Puerto Vallarta, a donde había corrido con todo un séquito bien armado de ayudantes. Así, pues, para evitar sorpresas desagradables, con el apoyo del Ejército, en Puerto

Vallarta, tomó por asalto la casa donde el más viejo de los jefes del grupo de Guadalajara se ocultaba. La captura de *Don Neto*, y su veintena de guardaespaldas, no fue problema para Ventura y sus hombres. Se les sorprendió completamente borrachos y drogados, por lo que prácticamente no opusieron resistencia.

Con *Don Neto* en sus manos, y mediante sus conocidos métodos de "investigación", Ventura le obligó a proporcionarle los detalles de la añeja alianza que la organización de Guadalajara aún mantenía con la DFS; los nombres de los policías judiciales de Jalisco que le protegían y ayudaban en el negocio y, sobre todo, que le confirmara el lugar donde podría ocultarse Rafael. Con estos informes, el 11 de marzo de 1985, la gente del comandante Florentino detuvo a treinta personas en Guadalajara. De las cuales, sólo trece tenían relaciones en actos delictivos en especial con narcotraficantes, entre ellos ocho policías judiciales de Jalisco.

A esos ocho judiciales, la gente de Ventura les vendó los ojos y llevó a casas de seguridad para torturarlos. Después los subieron a un avión de la PGR y antes de llegar a la ciudad de México hicieron una escala en León, Guanajuato, para intensificar las torturas por varios días. Los sumergían en un pozo con agua hasta casi lograr la asfixia; los sacaban a ganar aire y les volvían a golpear; los volvían a zambullir y así varias veces. Después, les daban toques en las partes nobles e introducían agua mineral con chile piquín por las fosas nasales. Durante esos métodos de "investigación", murió Gabriel González González, comandante de la sección metropolitana de Homicidios de la ciudad de Guadalajara.

-Se nos *fue* uno-dijo uno de los torturadores.

-Que se los lleve la chingada a todos-contestó otro.

Tras de la muerte de este detenido, los otros siete restantes fueron trasladados a los calabozos de la Interpol-México, donde las torturas continuaron hasta el sábado 16 de marzo, cuando todos finalmente aceptaron firmar las actas judiciales en las que se asentaba que habían participado en el secuestro y asesinato de Camarena y Zavala.

Por la tarde de ese día, la PGR informó que había esclarecido el doble secuestro y asesinato y que tenía bajo

resguardo a dos de los responsables materiales, pero omitió reseñar la forma en la que había sido muerto el comandante González González, del que aseguró era cocainómano (que negaría el Servicio Médico Forense de la ciudad de México, tras practicarle la necropsia de rigor) y que mensualmente recibía un millón de pesos, como soborno por parte de los narcotraficantes (que negó la viuda de éste, Patricia Alcaraz, al comprobar que para vivir cosía ropa ajena y uno de sus hijos lavaba autos). La embajada estadounidense, por su parte, manifestó su beneplácito por las acciones del nuevo jefe de la Interpol-México, el comandante Florentino Ventura Gutiérrez.

-El gobierno de Estados Unidos saluda este acontecimiento y lo considera un significativo paso de avance en el esfuerzo del gobierno mexicano para erradicar el tráfico de drogas en México-declaró muy orondo el embajador Gavin al *Miami Herald*.

Quince días después, el 1 de abril de 1985, con la ayuda de sus amigos de la DEA, Ventura se agenciaría otro triunfo: la captura de Rafael.

## 22.-Rafael y Sara; Costa Rica, abril de 1985

Después de tres años de relaciones, Rafael echaba de menos a Sara cuando no la tenía a su lado. Por las noches soñaba con ella, pero los suyos no eran los sueños de un adolescente ni los de un joven esposo. Tampoco su desolación era por el hecho de no tenerla o no sentir el calor de su escultural cuerpo, ni tampoco nada que ver con lo sentimental. No, Rafael echaba de menos a su amante porque aunque muy joven era la única mujer que sabía hacerlo gozar plenamente en la cama. Y no obstante saber que existían montones de mujeres que con gusto harían el sexo con él, pensaba que no había otra mujer capaz de lograr lo que Sara.

Ahora, para escapar de la persecución de la que era objeto

por parte de la DEA y la policía mexicana, a causa del secuestro y asesinato de Camarena y el piloto Zavala, Rafael se dejaba acariciar por el sol y el aire de Costa Rica, teniendo a sus pies a la bella Sara, que en esos momentos jugueteaba con sus dedos. Era la tarde del 3 de abril de 1985, y estaban junto a la piscina de la suntuosa quinta La California, al noroeste de San José, a donde habían llegado desde el 17 de marzo procedentes de Culiacán. A pesar de que eran observados por los cuatro pistoleros de Rafael: Miguel Ángel Lugo Vega, Albino Bazán Padilla, José Luis Beltrán Acuña y Juan Francisco Hernández Ochoa, Sara acariciaba despreocupadamente el desnudo muslo del sinaloense y cada vez subía más sus dedos hasta la entrepierna de él.

-Shit, Sarita, *frena* tu carro-dijo Rafael, sonriendo-. Pensaba que las niñas ricas eran más recatadas-agregó en un murmullo lleno de complicidad.

-Rica o no, soy una mujer con su hombre-replicó Sara, burlo-namente.

Rafael se sorprendió al comprobar cuánto lo excitaba el contacto de la mano de aquella chiquilla de diecisiete años perteneciente a una de las más prominentes familias de Guadalajara cuyo padre había sido secretario de Educación de Jalisco, y su tío, Guillermo Cosío Vi-daurri, era un conocido político jalisciense que años después llegaría a la gubernatura de ese estado. Rafael trató de disimular su emoción, pero sin éxito.

-Deja de molestarme, Sarita, por favor-dijo Rafael, con voz que denotaba deseo carnal.

Sara obedeció. Puso su cabeza sobre el regazo de él y cerró los ojos. Le divertía la excitación del sinaloense, y le agradaba el suvae calor que se desprendía de sus fuertes muslos tostados por el sol. Cuando Rafael le pasó la mano por la cabeza, para alisarle el pelo, Sara le tomó la muñeca y sintió latir su acelerado pulso. Aquella noche le haría enloquecer de amor.

Rafael miraba a la poca gente que estaba alrededor de la piscina. ¡Cuánto había cambiado su vida en los últimos años! Nunca hubiera imaginado tener para él solo a una chiquilla como Sara; ni mucho menos poseer una fortuna como la que

estimaba tenía: ¡cien mil millones de pesos, unos quinientos cincuenta millones de dólares!, al tipo de cambio de entonces: doscientos pesos por dólar.

Hasta antes de entenderse con Rafael, en 1981, a los catorce años, Sara era novia de uno de los miembros de una de las familias más conocidas de Guadalajara: Martín Curiel. Pero a Rafael, de treinta y un años, esto no le importó. La cortejó y sedujo con regalos millonarios: autos Grand Marquis, Cadillacs, joyas preciosas, relojes Rolex y dinero, mucho dinero en efectivo, en dólares, tanto para ella como para sus padres.

Después de su primer encuentro, Rafael y Sara lo hacían una vez por semana, a veces más, pero nunca menos. Los días que precedían a sus encuentros, para ambos eran largas horas de espera. En su pasión nada tenían que ver los sentimientos, porque era tan caprichosa y deseosa de sexo, como Rafael. Le gustaban los lujos y el dinero, como a Rafael. Y él lo supo desde el principio. El suyo, pues, era siem-plemente un amor carnal. Nada más.

Poco antes de partir hacia Costa Rica, en uno de sus tantos caprichos, Sara se había ido a Culiacán y Rafael fue a buscarla. No era la primera vez. En diciembre de 1984, ya lo hemos dicho, Sara había seguido a su amante hasta su castillo de Caborca, Sonora, y Rafael la entregó a instancias del comandante Aldana y por mediación de Miguel Ángel y *El Azul*. Tres meses más tarde, el 8 de marzo de 1985, cuando la estudiante del sexto semestre de bachillerato se fue a Culiacán, nuevamente Rafael la siguió. “¿Cómo iba a dejarla sola en las calles de Culiacán?”, pensó.

Sí, prácticamente todo mundo sabía de esas relaciones consensuadas. Por común acuerdo, al contrario de lo que públicamente decían sus familiares, la pareja tenía como tres años. Su papá, César Octavio, y su tío Cosío Vidaurri, ex alcalde de Guadalajara, ex dirigente del PRI capitalino y entonces secretario de Gobierno de la ciudad de México, intentaron ocultarlo, aunque don César Octavio conducía el

lujoso Cougar que Rafael le había regalado, mientras que el secretario de Gobierno de la ciudad de México, hacía lo mismo con el otro Cougar que el amante de su sobrina le había obsequiado a ésta. Por otro lado, el papá y la mamá de Sara acompañaban a la pareja por dondequiera. Todo mundo los miraba, pero disimulaba. Aún así, cuando los noticiarios de la radio y la televisión informaron que la policía buscaba a Rafael por el caso de Camarena y el piloto Zavala, el papá y la mamá de Sara dijeron que contra su voluntad, por tercera ocasión, el sinaloense se había llevado a su hija desde el 8 de marzo.

Para saliir de México, Rafael recibió el apoyo del hondureño Matta Ballesteros, ampliamente conocido en Costa Rica donde poseía infinidad de propiedad y amigos influyentes. Mediante esas amistades, el hondureño logró que Rafael y Sara volaran desde México rumbo a Costa Rica sin papeles, pasaportes ni visas, acompañados de sus cuatro guardaespaldas. Lo hicieron a bordo de un avión de la Compañía Proveedora de Servicios de Guadalajara, propiedad de los hermanos
Eduardo y Javier Cordero Staufert. Los Staufert serían detenidos el 1 de abril acusados de *lavar* cinco mil millones de pesos de Rafael, a través de diversos negocios.

Desde que llegaron a Costa Rica, se hacían el amor una y otra vez en su suntosa recámara de la quinta, que poco antes habían comprado para Rafael y Sara sus socios Inés Calderón y Jesús Félix Gutiérrez. Permanecían juntos y completamente desnudos durante horas. La servidumbre preparaba comida en grandes cantidades para la pareja y sus cuatro guardaespaldas. A veces, cuando Rafael se levantaba para preparse alguna bebida, ella lo seguía. Al principio Sara se sintió avergonzada de sus “excesos”, pero aquello desapareció cuando se percató que a Rafael le gustaban.

Cuando por los noticieron de la televisión se enteraron que la In-terpol buscaba a Rafael por la muerte del agente de la DEA y el piloto mexicano, y por el “secuestro” de ella, Sara se dio cuenta por primera vez que su amante podía estar en peligro. Entonces, comenzó a sentir la necesidad de saber de su familia; comunicarse con su madre y su padre. Gemía de angustia el no saber de ellos, pero también recordaba que

Rafael le había enumerado los riesgos que eso implicaba, y por lo tanto no debía hacerlo. Y el día que finalmente ya no pudo estar sin saber nada de su madre, estuvo minutos y minutos pegada al teléfono diciéndole cuánto la extrañaba; qué cómo estaba, y desde dónde ella, a escondidas, le hablaba. Desde entonces, las llamadas se sucedieron regularmente, hasta el momento en que fueron interceptadas por la DEA.

De que sus días de pasión animal al lado de Rafael habían llegado a su fin, Sara se enteró la mañana del 4 de abril de 1985, mientras dormía al lado de su amante. Sus últimas llamadas a la casa de sus padres, en Guadalajara, permitieron a la DEA tener el número de origen de éstas.

-Provienen de un lugar cercano a San José, de una hacienda cafetalera, que los socios de Rafael: Inés Calderón y Jesús Félix Gutiérrez, compraron en ochocientos mil dólares, pagados en efectivo-dijeron en su informe los agentes de la DEA.

Para reconocer el lugar, horas antes, durante la noche, los agentes de la DEA radicados en Costa Rica, Sandalio González y Víctor Mullins, habían sobrevolado la propiedad de altos muros. Ven que al centro hay una magnífica mansión, una casa de invitados, una caba-ña, jacuzzi, piscina, un jardín y grandes y frondosos árboles. El jefe de la DEA en ese país, Don Clements, había obienido la autorización de su embajada para tomar la finca, así como la colaboración del ministro de Seguridad Pública de Costa Rica, Benjamín Pizá, quien pone a disposición del operativo el equipo antiterrorista del Departamento de Inteligencia y Seguridad (DIS), única unidad de acción militar en ese país. Para la madrugada del 4 de abril todo está listo para la toma de la finca, que sigilosamente ha sido rodeada por agentes de la DEA y la DIS. El grupo de asalto espera que amanezca para actuar, pues la ley lo obliga a hacerlo sólo en horas del día. A las cinco de la mañana, la DEA nuevamente sobrevuela por finca. Poco antes de la seis, el comando vuela en pedazos la puerta principal, y disparando al aire, llega hasta la mansión principal, derriba sus puertas y

sorprende a cinco de sus ocupantes profundamente dormidos, borrachos, entre ellos una mujer: Violeta Estrada. Las causas saltan a la vista del comando: hay botellas de whisky por todas partes. En menos de cinco minutos, los cuatro guardaespaldas y la mujer están boca abajo y esposados. En la recámara principal el comando sorprende desnudos a Rafael y Sara. Les permiten vestirse y los reunen con el resto de los detenidos.

Contrariados, los agentes de la DEA revisan una y otra vez a los cinco hombres detenidos y los comparan con las fotos borrosas de Rafael que les han llegado desde México. Ninguno se parece al si-naloense. De Sara no hay duda. Frente a ellos, aparece voluptuosa y hermosa. Aunque temblando, por el miedo y lo que sucede ante sus ojos claros, no duda en revelar la verdadera identidad de su amante.

-¿Quién es éste, señorita?-le pregunta el agente Sandalio González, apuntando con el índice al supuesto Marco Antonio Ríos Valenzuela.

-Caro Quintero-dice Sara susurrando.

-¿Quién?-insiste sorprendido González.

-Rafael Caro Quintero-repite Sara alzando la voz.

-¡Puta, hija de la chingada!-le dice Rafael, y escupe al piso.

Horas después, mientras Sara esperaba ser devuelta al seno de su familia en Guadalajara, México, las autoridades costarricenses le ofrecieron todo tipo de ayuda. También le comunicaron que podría recibir atención sicológica, para superar el trauma sufrido por su secuestro. Luego le preguntaron si estaba embarazada, pensando que eso podría ser posible por el largo tiempo en el que Rafael la había sometido contra su voluntad. Al escuchar todo aquello, sonriendo, Sara dijo:

-¿Es tan increible creer que jamás fui secuestrada; que estoy enamorada de Rafael, y que incluso estoy embarazada de él?

Todavía se sentía demasiada atemorizada por lo sucedido, para explicar que Rafael había sido el único hombre a quien ella había amado; que, pese a su fama de violento, nunca se había molestado con ella; jamás. Y eso lo sabía todo México, en especial su madre.

De la captura e inmediata deportación de Rafael y del

"rescate" de Sara, la sociedad mexicana se enteraría por los periódicos muchas horas después. Lo mismo que del arsenal encontrado, entre ellas una pistola Colt cuarenta y cinco con cachas de oro, incrustaciones de diamantes y el monograma R-1 (Rafael número 1); otra Colt cuarenta y cinco con el sello de la DFS, y una arma automática con la insignia de la Guardia Nacional de Nicaragua.

## 23.-Espectacular caída: ciudad de Mexico, 1985-1986

Desde que Zorrilla comenzó a ser señalado como la pieza clave para descifrar el narcotráfico en el país, y no ser ajeno a las muertes de Buendía y de otras personas relacionadas con ese asunto, cambió su vida y recordaba con tristeza y hasta con nostalgia las dos décadas que había sido apapachado por el sistema político que ahora le daba la espalda. Es cierto que durante todo ese tiempo había acumulado un tesoro inagotable, pero le parecía insuficiente por "todo" lo que había hecho por esa sociedad que ahora acremente le recriminaba y exigía su encarcelamiento, valiéndose de múltiples artificios y argucias. "¡Qué desagradecida era la naturaleza humana!" "¡Cuánta ingratitud inundaba los corazones de la gente!" Estos y otros pensamientos más pasaban y se repetían en la mente de Zorrilla cuando no dormía, y le habían agriado el carácter.

Día con día, los señalamientos públicos se hacían más fuertes y ponían de más mal humor al jefe de la DFS; los muchos elementos en su contra no cesaban y formaban gruesos expedientes no sólo sobre los escritorios de los procuradores, sino por todas partes, y amenazaban desplomarse sobre él y sus principales cómplices.

Sin embargo, de esta infelicidad José Antonio creía que saldría. Estaba seguro de connaturalizarse con la venenosa atmósfera que respiraba desde hacía nueve meses, tiempo que tenía de muerto Manuel Buendía. Más cuando se le *destapó*, 28

de febrero de 1985, como candidato del PRI a la diputación federal por su estado natal: Hidalgo. Designación política con más tintes de protegerle, que enriquecer su importante currículum vitae.

Así, con esa renacida confianza, el primer domingo de marzo de 1985, José Antonio encabezaba la reunión con sus seis hombres de mayor confianza: sus delegados más importantes de la DFS, donde operaban las principales mafias de la droga del país. Los había citado por dos motivos: para recaudar la millonaria cuota mensual y, sobre todo, infundirles confianza y despejar cualquier temor.

Zorrilla Pérez, jefe de la más poderosa policía política de México, había sido obligado a abandonar el poder que veinticuatro meses antes le había entregado el presidente De la Madrid, y que ahora le retiraba para evitar que siguiera afectando la imagen de la DFS, del Gobierno, del Presidente, y del sistema político en general. Su amigo y jefe inmediato, Bartlett Díaz, secretario de Gobernación, le había dicho que era hora de cambiar de estrategia, porque el poder visible que durante veinte años había acumulado, en esos momentos ya era demasiado peligroso.

La reunión se desarrollaría en sus amplias oficinas de la ciudad de México, protegidas por una veintena de policías de su absoluta confianza. El primero en llegar fue el delegado en una parte del noreste, Rafael Aguilar Guajardo, que operaba desde Ciudad Juárez para Chihuahua y Sonora; siguió Daniel Acuña Figueroa, delegado con base en Tijuana desde donde controlaba las dos Baja Californias. Instantes después hizo su aparición Rafael Chao López, jefe de la DFS en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas con base en Matamoros. Todavía no tomaban asiento, cuando llegaron juntos los dos responsables de la zona del Bajío que comprendían los estados de Jalisco y Colima, Rogelio Muñoz Ríos y Federico Castell del Oro. Finalmente llegó el delegado por Oaxaca y Chiapas, Tomás Morlet. Hasta entonces, José Antonio tomó asiento seguido de sus seis hombres consentidos y mayor confianza. Detalles de los que éstos se ufanaban abiertamente y explotaban al máximo, y por los que García Ábrego y los jefes de los otros

grupos de narcotraficantes los tenían en sus nóminas. Debido a esto último, cada mes los seis delegados tenían la obligación de reportarse en la ciudad de México con su jefe y amigo cuya posición peligraba y junto con la de éste, la de ellos mismos.

Los siete hombres tenían razones fundadas para estar intranquilos: se les señalaba como responsables del auge que en los últimos años había registrado el narcotráfico organizado en el país. Además, a Zorrilla se le consideraba como el autor intelectual del asesinato de Buendía y el de los otros cuatro que acabamos de reseñar.

-No se preocupen, muchachos, nada sucederá. Todo lo que se viene diciendo de la Dirección, son puros chismes-dijo Zorrilla a su auditorio que no creía que su *destape* fuese un premio para su ambicioso jefe que, en varias ocasiones, les había asegurado que su máximo anhelo político era ocupar la Presidencia de la República. Estaban seguros que más bien se trataba de sacarlo del escándalo, y protegerlo en lo más posible, porque al fin y al cabo era un hombre que durante veinte años había servido al sistema político nacional.

Los seis hombres, que en sus respectivas zonas de trabajo eran temidos y respetados por sus muchas fechorías que en nombre de la ley cometían, ante su rubio y robusto jefe eran unos mansos corderos y disciplinados comandantes. Por eso, aunque no le creyeron cuando con falsa vehemencia por un buen rato y de diferentes maneras les insistió que "no se preocuparan", que "nada sucedería", pues "sólo eran chismes de los pinches periodistas con ganas de chingar", cuando se percataron que su nervioso director había concluido, con una mueca que quería ser una sonrisa, cada uno dejó su respectiva silla para darle un abrazo y un apretón de manos, como muestra de apoyo y solidaridad en su campaña electoral que recién había iniciado por el estado de Hidalgo.

Luego, casi de inmediato, sin que nadie se los pidiera, porque esa había sido la costumbre desde hacía más de dos años, cada uno le entregó el contenido del enorme portafolio con el que habían llegado minutos antes: veinticinco millones de pesos en moneda norteamericana: dólares.

Ignoraba que su exitoso camino había llegado a su fin. La

presión de la prensa mexicana y estadounidense, en el sentido de que el Gobierno no quería llevarlos a juicio por el desprestigio en el que habían sumido a la DFS, por la protección que brindaban a los barones de la droga y el asesinato del periodista Buendía, finalmente explotó el lunes 27 de mayo cuando el senador Adolfo Lugo Verduzco, líder nacional del PRI, abruptamente canceló el registro de Zorrilla, como candidato a diputado.

Aunque la PGR se apresuró a asegurar que no se iniciaría ninguna investigación en su contra, porque no existía denuncia alguna, para ese entonces más de cuatrocientos de los dos mil agentes que conformaban la DFS habían perdido su empleo en las purgas desde que Zorrilla había dejado la Dirección. Aunado a esto, el comandante Ventura se daba a la tarea de inhabilitar a algunos de sus seis comandantes incondicionales, y capturar a otro de los brazos fuertes del grupo de Guadalajara: Juan José Esparragoza Moreno, *El Azul*.

El primero en perder el empleo fue el delegado que operaba desde Ciudad Juárez para Chihuahua y Sonora, Aguilar Guajardo. Pero ni falta le hacía la comandancia, pues sólo Rafael, cada mes, durante más de dos años, le había entregado veinte millones de pesos por dejarle operar. Fortuna que había invertido en Ciudad Juárez y El Paso, Texas, adquiriendo diversas agroindustrias, lecherías, residencias, ranchos y hoteles, entre los que se encontraba el "Silvia's", que antes había sido sede de la DFS.

Le siguió Daniel Acuña Figueroa, que fungió como delegado de las dos Baja Californias. Aunque desde su "renuncia" se le abrieron varias investigaciones en su contra y después se le acusó formalmente de narcotráfico, jamás fue detenido, por lo que se paseaba tranquilamente por todo el país.

Tomás Morlet, delegado por Oaxaca y Chiapas, fue separado de la DFS en junio de 1985. Tras de ser removido como delegado en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, a Chao López se le fincarían responsabilidades y consignaría en abril de 1986 por sus vínculos con el narcotráfico. Su fortuna se estimaba en más de dos mil millones de pesos, que había invertido en diversos bienes inmuebles. Pese a que también se

le acusaba de contrabando de armas y de ser el autor intelectual de varios asesinatos, en cuestión de meses alcanzaría la libertad.

Rogelio Muñoz Ríos, delegado en la zona del Bajío, en Jalisco y Colima, sería detenido y consignado el 12 de marzo de 1986, al comprobarse que habia expedido un cheque por sesenta millones de pesos que facilitó la fuga de Rafael. Asunto en el que se involucró el primer comandante de la Judicial Federal, Armando Pavón Reyes. A Federico Castell del Oro, ex comandante de la DFS en Guadalajara, se le encarcelaría en 1987, al comprobársele sus nexos con los principales narcotraficantes del país. Pero al igual que sus compañeros de desgracia, en cuestión de meses saldría libre.

## 24.-Pa'que te vayas; Nuevo Laredo, diciembre de 1985

Envenenado su espíritu, por la traición de su hermosa mujer, y semiinválido de ambas piernas, Aguilar Garza cambió su actitud de hacia los hombres que trabajaban para él. Sospechaba de todos; estaba convencido de que algunos de ellos era el padre del hijo que en mayo de 1985 había dado a luz su esposa, tres meses después de haber sufrido el accidente en Monterrey. Tendido en una cama para inválidos, casi a diario se embriagaba o drogaba, o ambas cosas, y elaboraba planes para castigar a la infiel mujer y a su amante.

A veces, completamente intoxicado, hasta llegó a preguntarle al piloto Manuel Amozurrutia, si sabía quién era el amante, para matarlo, ante la mirada de la veintena de hombres que fuertemente armados cuidaban de su persona, custodiaban y vigilaban las instalaciones de su suntuosa residencia de la colonia Longoria, en Nuevo Laredo. Vivía atormentado. Y en esos ya muy frecuentes trances, creía que todo mundo le quería hacer daño o traicionar. Por eso, cuando por motivos del negocio tenía que desplazarse a sus ranchos Los Cuatro

Hermanos o El Cuerudo, sentado en una silla de ruedas, sus hombres lo trepaban en uno de sus modernos vehículos y arrancaban, seguidos por un fuerte dispositivo de seguridad. Debido a ello, tanto en su casa como en sus ranchos, había decenas de armas de alto poder, y pistolas de diversos calibres, listas para accionar.

Cierto día, Aguilar Garza creyó encontrar similitud en los rasgos del niño con los de su socio el licenciado Del Bosque. Su mente borracha elaboró la idea de hacer una fiesta a la que sería invitado el abogado, para comprobar o desechar sus sospechas. Organizó el evento para el 16 de diciembre de ese año, en el Hotel Palacio del Río. Esa tarde, todos los invitados miraban hermosísima a *La Güera* y los varones envidiaban a su esposo que, sin su silla de ruedas, a su lado estaba sentado en la mesa de honor. Mientras Carlos pedía a la orquesta que amenizaba el feliz evento que tocara la canción “Amarga Navidad” y se le dedicara al licenciado Del Bosque a nombre de él, en la calle se estacionaba una camioneta tipo Pick Up, ocupada por tres individuos, entre ellos Mauro N., el agente federal bajo las órdenes del comandante Arteaga, ambos, ya se sabe, trabajaban directamente para Aguilar Garza.

Desde su mesa, al lado de su esposa, Carlos Aguilar entonaba la canción solicitada junto con la orquesta, por lo que a nadie llamó la atención que, mirando fijamente al licenciado Del Bosque y señalándole con el índice, alzara la voz para destacar la popular frase por la que es más conocida dicha melodía:...”diciembre me gustó pa’ que te vayas”.

En esos instantes, en la calle, a los tres agentes de la Policía Judicial del estado que a bordo de su unidad patrullaba la zona se les hizo sospechosa la actitud de Mauro N. y sus dos acompañantes. Emparejaron su patrulla a la Pick Up; dos de los agentes descendieron y exigieron la identificación de sus tres ocupantes. Mauro acató la orden y entregó su licencia de conducir, más no así sus dos compañeros. Ante la negativa, los dos agentes judiciales intentaron subirlos a la patrulla, pero Mauro sacó su arma y la accionó en contra de uno de los judiciales, que cayó muerto allí mismo. Enseguida, los tres se dieron a la fuga en la Pick Up, ante la sorpresa e incredulidad

de los otros dos judiciales del estado.

*El Pelo fino,* le decían al difunto, que sin proponérselo se había quedado con la licencia de conducir que identificaba plenamente a su asesino, y causa principal de que aquella tarde-noche el licenciado Del Bosque ni siquiera se enterara qué tan cerca estuvo de morir, en manos de los agentes de la recién desaparecida DFS que seguían operando bajo las órdenes de su socio Aguilar Garza.

Pero al licenciado Del su suerte le alcanzó menos de un mes más adelante, al ser emboscado y muerto a balazos a mediados de enero de 1986, cuando en la noche dejó sus oficinas del hotel Palacio del Río para dirigirse a su casa. Antes de caer muerto, el litigante pudo ver que sus asesinos le disparaban sus armas desde una camioneta Pick Up, como en la que habían huido los tres homicidas del agente de la judicial del estado conocido como *El pelo fino.*

## 25.-Guillermo González Calderoni; 1986

En tal estado estaban las cosas en el país, al arrancar la segunda mitad del gobierno del presidente De la Madrid, 1986, cuando hemos presentado a nuestros lectores nuevos personajes, dejando olvidados a otros que ya han figurado y aparecerán cuando sean mezclados a nuevos acontecimientos. Bueno será, entonces, que le dediquemos tiempo al comandante Guillermo González Calderoni, nacido en 1948 en Reynosa, Tamaulipas.

Durante algún tiempo, el joven Calderoni fue uno de tantos empleados menores del servicio público administrativos que no llamó la atención de nadie, pese a que era egresado de las mejores escuelas del país, donde aprendió a hablar bien el inglés y el francés. Era hijo de una familia acomodada y muy conocida en Reynosa; su prima hermana, Silvia Calderoni, era esposa del multimillonario y banquero Alfredo Harp Helú. Antes de emplearse en el sector público: Petróleos Mexicanos

y el Registro Federal de Vehículos, incursionó con relativo éxito como ganadero y empresario editorial; aún así, su círculo de amistades no era muy grande. Su paso por el Registro Federal de Vehículos, lo puso en contacto con amistades que lo relacionarían en el mundo de la policía, al que ya casado y con un hijo de unos doce años ingresó en 1983 como jefe de grupo de la PJF en Monterrey, recién había cumplido los treinta y cinco años.

Desde su ingreso a la PJF, el influjo que Calderoni ejerció por su posición adinerada, preparación académica y las relaciones que en transcurso del tiempo adquirió con personajes muy elevados de la PGR, le permitió escalar rápidamente diferentes cargos hasta convertirse en "X-i", clave utilizada para identificar al comandante en jefe. Al paso de los años llegaría a la Dirección de la División de Investigación contra el Narcotráfico, a la Dirección General de Intercepción Aérea Terrestre y Marítima, a la delegación de la PGR en Chiapas y San Antonio, Texas. Posiciones que emplearía para su beneficio muy personal, y habían permitido incrementar su ya de por sí cuantiosa fortuna, ante el asombro y envidia de la mayor parte de los policías judiciales federales. Con inocultable envidia y hasta rencor, decían que mientras la mayoría de ellos eran de humilde de extracción, él contaba con una fortuna de muchos millones de dólares; que siempre andaba rodeado de bellas mujeres, con las que dilapidaba su cuantiosa riqueza; que era un domador de pueblos; que gracias a su enorme poder y a su séquito de robustos y temibles guardaespaldas, personalmente se presentaba ante las puertas de las suntuosas mansiones de los mafiosos, para arrestarlos sin que éstos opusieran resistencia alguna.

De todos estos cuentos y chismes más que interesantes respecto a Calderoni, sin embargo, ninguno se apegaba a la realidad que muy pocos conocían. A estas fantasías y realidades, se añadieron el carácter fácil y la viveza natural de este comandante de rostro ovalado y cabello ondulado. Sólo para dar una idea de quién realmente era Calderoni, aunque sea un momento espiamos su vida íntima:

Era divorciado y padre de cinco hijos: cuatro mujeres y un

varón. Tenía residencias y una empresa de transportes en la ciudad de Rey-nosa, con un valor de casi doce mil millones de “viejos” pesos; era propietario del cincuenta por ciento de las acciones de la empresa Autolíquidos de Cadereyta, cuyo valor ascendía a más de cincuenta mil millones de viejos pesos; una suite en las “Torres San Agustín”, valuada en 700 mil dólares; una casa de mil metros cuadrados ubicada en la carretera Reynosa-Monterrey; el rancho Santa Teresa, localizado en Reynosa, con quinientas cabezas de ganado de alto registro; y el restaurante “La Cucaracha”, en la misma ciudad. La mayoría de estas propiedades las adquirió a partir de 1985, dos años después de haber ingresado a la PJF, donde percibía un salario mensual que apenas rebasaba los cuatro millones de viejos pesos. En resumen, el comandante Calderoni tenía una fortuna estimada en unos cuatrocientos millones de dólares.

Pero extrañas cosas de la vida, el comandante Calderoni, que era rico, que como jefe policiaco era un prodigio de habilidad, que era respetado y hasta temido por sus subalternos y que con su trabajo ganaba lo que quería, y podía contar con cuanto dinero quisiera, no estaba contento. Quería más, e insistía en querer más y más, y compraba estas u otras propiedades, y protegía y se hacía compadre de los jefes de las mafias de las drogas, como Miguel Ángel.

Aunque no lo merecía, presumía que era feliz. Su familia que le amaba, ¿sabía las relaciones que mantenía con los jefes mafiosos, y lo que hacía para mantenerla? Es de presumir que no, pues aún cuando le amaban entrañablemente, no le hubiera tolerado tamaña afrenta. Sospechaba quizá que el jefe de la casa tendría algunas debilidades pasajeras, pero no querían profundizar ni hacían indagaciones, ni escuchaban chismes ni hacían caso de lo que en los noticieros radiofónicos y televisivos y los periódicos decían de él. Por lo mismo hacían todo lo posible para que estuviera contento, y nunca lo mortificaban.

Calderoni, por su parte, al igual que su homólogo Ventura, apenas se le hizo comandante de primer nivel comenzó a brillar como uno de los mejores policías del mundo, pero también como un despiadado torturador y corrupto. No le importaban el

pacto federal ni las soberanías de los estados. Al frente de su gente (jóvenes robustos, sanos, rigurosamente entrenados, que vestían camisetas y gorras negras con el escudo de la PGR; dotados de armamento moderno y sofisticado, se transportaban en jets y en helicópteros) allanaban prácticamente cualquier población en cualquier estado del territorio nacional, donde secuestraban y torturaban lo mismo a presidentes municipales que al más infeliz de sus habitantes.

De sus excesos no escapaban ancianos, mujeres y niños. Represión que ejecutaba en todo el país y a cualquier hora del día o de la noche. Paralelamente a esas atrocidades, a Calderoni se le comenzó a señalar por sus presuntos vínculos con el submundo de los más importantes jefes del narcotráfico, como Miguel Ángel, su compadre; García Ábrego; Amado Carrillo; Rafael Aguilar Guajardo y Pedro Lupercio Serratos. También se le hacía responsable de los diversos asesinatos que se le atribuían a su puñado de hombres entrenados para matar. Asesinatos, corruptelas y abusos que con creces opacaban sus triunfos policiales.

Pero a pesar de esos señalamientos, Calderoni era feliz. Él mismo lo decía:

-Soy muy feliz, no merezco a mi familia; y, sobre todo a nadie tengo que envidiar ni deseo más.

Pero bajo otros aspectos sí tenía mucho que envidiar y que desear, porque estaba poseído de una ambición tan loca, tan desmesurada y, tan sin razón de ser, que constituía una verdadera aberración de la naturaleza humana.

Cuando se metía bajo las suaves sábanas de seda, más que conciliar el sueño, Calderoni hacía reflexiones y aunque ese día hubiese recibido los diez mil dólares que por cada vuelo le pagaban cualquiera de sus muchos protegidos y realizado alguno de sus muchos otros negocios, se consideraba desgraciado, porque quería más y más, siempre más.

## 26.-Oliverio Chávez Araujo; 1986

Los informantes que por dinero, beneficios procesales o simplemente por envidia o animadversión, se dedican a propagar hechos ciertos o falsos sobre alguien en particular, nos dieron algunos datos para nutrir los que ya sabíamos de este nuevo personaje que tendrá que figurar en los acontecimientos que aún nos falta narrar; supliremos los que no pudimos corroborar, para no faltar a la verdad en esta verdadera historia, que se registró tal y como la hemos venido comentando.

Así como el temible *Cacho* hizo su azarosa vida en las calles de Matamoros, hasta convertirse en jefe de una de las bandas más temibles y peligrosas de esa ciudad fronteriza, así Oliverio Chávez Araujo la hizo en el municipio de Coyuca de Catalán, en el estado de Guerrero, donde nació en 1958, y apenas alcanzó la juventud se inició en el tráfico de mariguana; después, ya en 1981, en el de la heroína, cuando trabajaba como mecánico en la base de la Fuerza Aérea de Santa Lucía, en el estado de México, desde donde integró una red de traficantes de droga integrada por altos oficiales de dicha base militar. Oliverio rayaba apenas en los veintitrés años, cuando el teniente José Martínez Díaz, miembro de su banda, le presentó al capitán Ru-valcaba, destacado en Los Mochis, Sinaloa, quien lo contactó con las autoridades estatales para que pudiera enviar droga al norte del país, transportada por su hermano Porfirio Chávez Araujo, a quien le pagaba cinco mil dólares por cada viaje. Fue tal su éxito, que a partir de entonces se le comenzó a conocer erróneamente (porque en realidad se dedicaba al tráfico de heroína) como *El Zar de la cocaína.*

Oliverio era de estatura regular, figura delgada pero fuerte, y cara afilada; sus ojos profundos, oscuros y pequeños, con frecuencia eran ocultados bajo los cristales de lentes fotogrey; sobre sus delgados labios mantenía un bigote negro y bien delineado; lucía abultadas patillas que terminaban con un corte ligeramente inclinado hacia abajo en los extremos de los carrillos; su fisonomía adusta y grave era poco simpática a primera vista. Sin serlo, parecía el clásico tipo del norte del país. Sus ansias de dinero rápido (que no fácil), lo habían orillado a muy temprana edad a traficar con la mariguana que

mucho se siembra, cultiva y cosecha en el siempre fértil y hermoso estado de Guerrero, su tierra natal; su laboriosidad y despierta inteligencia no pasaron desapercibidas para los grandes traficantes, que le comenzaron a confiar pequeños cargamentos de la yerba y después otros más importantes, lo que le permitió independizarse y hacer el negocio por su cuenta y riesgo. Esto aconteció hasta que se fue a trabajar a la base aérea de Santa Lucía, en la que como ya hemos dicho, encontró nuevos socios.

La vida del guerrerense, desde que comenzó a trabajar con la gente de Sinaloa, había tomado diversas fases. En los principios vivió un poco retirado de sus compinches, de los que recelaba. Cuando concluía algún negocio platicaba con sus clientes tratando, mañosamente, de saber la vida y milagros de sus socios, y especialmente de los jefes de la policía corruptos de la entidad. Se regresaba a alguna de las casas en las que vivía y nadie volvía a saber de él hasta el siguiente trato. En poco tiempo, siempre con el apoyo de sus cómplices, los altos oficiales de la base militar antes citada y el capitán Ruvalcaba, se formó una buena clientela, porque era muy complaciente con ellos, y aunque no podía disminuir el precio corriente de la droga, porque eso le hubiera acarreado la envidia de los demás vendedores y despertado su mortal enojo, sí les fiaba con alguna regularidad, y con esto acudían a él y gozaba de su simpatía.

Esta era su aparente vida pública, pero Oliverio tenía dos ideas fijas: desplazar a García Ábrego del negocio, y hacer mucho más dinero del que ya estaba obteniendo.

Porque la competencia legítima no existe en los negocios turbios como el narcotráfico, no podemos decir que por este motivo Oliverio estaba empecinado en desplazar a Juan del poder que para 1986 ya detentaba. No. Lo que motivaba a Oliverio era un sentimiento malsano por su rival, que violentamente seguía ganando terreno en el negocio de los narcóticos. Quería apoderarse de la estratégica plaza de Matamoros, actuando como aquellos hombres cuando son invadi-doa por el deseo malsano de poseer a la mujer ajena. Oliverio se había propuesto que Matamoros sería de él o de

nadie, en especial Juan. Incluso estaba decidido a que, en el caso de no poder desplazarlo, no sólo lo mataría, sino antes le haría sufrir cuantos horrores y martirios pudiese inflingirle.

En cuanto al dinero, razonaba que éste irremediablemente llegaría a manos llenas cuando Juan estuviera muerto. No faltaba más que la ocasión; Oliverio la buscaba, pero de modo que la responsabilidad recayera en cualquiera de los otros grupos rivales, y para realizar este crimen se devanaba los sesos y formaba planes diversos.

Con lo que no contaba el guerrerense, era que Juan también pensaba exactamente en lo mismo que él: encarcelarlo o asesinarle si era necesario, para quitárselo de encima de una vez por todas. Como el más consumado de los ingenieros, Juan llegó a elaborar un plan tan perfecto como sencillo, para deshacerse aunque fuera temporalmente de Oliverio, el tiempo suficiente para que su competidor se desistiera de sus planes de expansión y él, Juan, ocupara el espacio ya ocupado por éste. Por separado, llamó a todos y cada uno de los jefes de la Policía de Tamaulipas. Les cubrió las manos con gruesos fajos de dólares y ordenó la captura y encarcelamiento inmediato de Oliverio; además, ofreció una gratificación extra para quienes realizaran la detención. Quince días después, Oliverio era detenido por primera vez en 1986, en Matamoros. Pero como al momento de su captura estaba limpio, sus captores tuvieron que sacrificar un poco del narcótico destinado para esos casos, de tal manera que el guerrerense fue acusado por la posesión y el tráfico de un cuarto de kilo de cocaína, y fue internado en el penal de esa ciudad.

Sin embargo, el respiro de Juan duró muy poco, ya que un año después de su detención, Oliverio se fugó de la prisión y desapareció del escenario durante un tiempo. El suficiente para que Juan fortaleciera su imperio con el apoyo de algunos miembros de la clase política que ya se preparaba a gobernar el país para el próximo sexenio presidencial.

Como anotación final de este interesante capítulo, destacamos que mientras el guerrerense Oliverio se fugaba de la prisión de

Matamoros, gracias a la repartición de algunos cuantos miles de dólares entre las corruptas autoridades del penal, por esos mismos días, a principios de marzo de 1986, en la ciudad de México era detenido el pragmático y hábil Juan José Esparragoza, *El Azul.* Agentes bajo el mando del comandante Ventura, lo detuvieron en su residencia del
Pedregal de San Ángel, cuando junto con otros cinco cómplices se disponía a huir al interior del país. Se le envió al Reclusorio Sur, a donde se le declaró formalmente preso por delitos contra la salud en todas sus modalidades; actividad a la que se dedicaba por más quince años con tremendo éxito.

## 27.-*El Pablóte*, y el capo de Matamoros; 1986

Pablo Acosta Villarreal, estaba de rodillas, desnudo, rodeando con sus gruesos brazos el blanquísimo borde de la taza del baño, en la que estaba vomitando, y su enorme y grueso cuerpo postrado temblaba como una gelatina. De sus entrañas, con un chorro de bilis amarga y apestosa, le subieron a la boca gruesos trozos amarillentos y verdosos de basca. Jadeaba fatigosamente, luchando por respirar hasta que por fin se calmó el temblor que lo sacudía.

Estaba sufriendo lo mismo que acontecía cada vez que abusaba del alcohol y de la base de cocaína que fumaba todo el día mediante cigarrillos. Así de sencillo. Sabía que esos excesos le mermaban la salud y la facultad de manejar adecuadamente a sus más de quinientos hombres que él directamente controlaba, tal y como se había venido diciendo Amado. Hacía tiempo que había buscado la curación a su maldita adicción, pero los elegantes doctores sólo le sacaban dinero en grandes cantidades y no le habían podido ayudar. Sus deseos de aspirar y fumar cada vez eran más fuertes que él mismo.

-Me está llevando la chingada. Lo veo venir-les había dicho

a sus preocupados hombres más cercanos cada vez que éstos, con cierto temor, intentaban disminuir las fuertes dosis que les exigía le prepararan para fumarlas en cigarrillos.

Se levantó trabajosamente y se limpió la baba que le escurría por el poderoso mentón. Se contempló en el espejo del baño y musitó otra vez lo que creía veían sus enrojecidos ojos:

-Me está llevando la chingada y nadie puede ayudarme.

Con paso inseguro, fue hasta una mesita de caoba de la otra habitación. Se preparó un cigarrillo con baserola, maldiciendo el temblor de sus manos, y dio una fuerte fumada al mortal pitillo, hasta que sintió como el veneno le inundaba sus pulmones, le llegaba al cerebro, y después corría por su intoxicada sangre.

-¡Ah, esto es vida. Lo demás son mamadas!-dijo entornando los ojos, mientras se recostaba sobre la cama.

Un largo rato después, devuelto a la realidad, maldijo su incontrolable adicción y comenzó a vestirse. Mientras lo hacía, revisaba la descuidada y miserable habitación de su finca de Santa Elena, en la que vivía sin lujos ni ostentosidad a pesar de ser el amo y señor de su natal Ojinaga.

Luego, a su mente llegaron las imágenes de los tiempos idos. Aquellos en los que vivió en la miserable casucha de piso de tierra en la que casi medio siglo atrás había nacido en enero de 1937, el día 26, para ser exactos. Recordó a su padre Cornelio Acosta, y cuando lo asesinan en el interior de una cantina de Fort Strockton, por una vieja rencilla familiar. Tenía él veintiún años y se iniciaba en el negocio de la heróina. Después, a la edad de treinta y un años, en 1968, se vio tras las rejas de una prisión de Pecos, al ser sorprendido con un cargamento. Más adelante se vio regresando a Ojinaga y saludando a Pedro Avilés, su amigo, a quien en otras imágenes de sus vivos recuerdos lo sorprende quemando vivos a muchos de sus enemigos, como Domingo Arana. En su enfebrecida mente, Pablo se mira traficando al lado de Manuel Carrasco, y lo observa dando muerte a Heraclio Rodríguez Avilés, sobrino de Pedro, por un absurdo pleito de cantina; lo ve huyendo de Pedro, al enterarse que había puesto precio a su cabeza, no por la muerte de su pariente, sino por su incapacidad para manejar

el negocio y las cuantiosas pérdidas que le han ocasionado su ineficiencia. En ese engarzamiento de recuerdos, Pablo encuentra la imagen de Shorty López, a quien Avilés puso al frente de Ojinaga, en sustitución de Carrasco. Pero también lo ve morir a manos de la gente de Carrasco. La siguiente secuencia mental lleva a Pablo abriéndose paso como nuevo encargado de Ojinaga. Y se ve, al igual que antes lo hacía Pedro, desmembrando o arrastrando sádicamente a sus enemigos por aquellas inhóspitas regiones de Chihuahua.

Cuando al final cierra la llave de sus recuerdos, está sudando. No sabe con precisión si el rapídisimo recorrido de su azarosa vida ha sido producto de las secuelas de la intoxicación, o realmente lo había recordado. Sí, aquí en Ojinaga ha empezado todo, pensó Pablo cuando finalmente comprendió que no hallaría la respuesta correcta a sus divagaciones, mientras se preparaba otro cigarrillo con baserola.

-Y aquí, en Ojinaga, concluirá-agregó para sí mismo, dando una fuerte fumada al mortal cigarrillo.

En Matamoros, mientras tanto, García Ábrego navegaba con los vientos a su favor. Nadie le molestaba y su negocio crecía y se fortalecía. Como se lo había sugerido su mañoso tío, esperaba a que el gobierno federal diera el golpe final al grupo de Guadalajara, para hacerse del mercado que éste controlaba. Paralelamente, Juan seguía tejiendo su red de corrupción en la que seguían cayendo políticos, militares y policías corruptos. Pero no daba aún con el hombre indicado que explotara mejor sus relaciones con los colombianos. Seguía esperando y buscando.

Para entonces, entre unas cosas y otras, tenía una fortuna que ni él mismo sabía a cuánto ascendía, pero que le alcanzaba para adquirir lo que jamás soñó tener. Cuando de pronto se vio un hombre rico, pensó en comprarse infinidad de casas, quizá en el país o en cualquier otra parte del mundo. En Europa o algún sitio parecido. Qué chingaos, podía comprarse no casas sino mansiones o palacios donde quisiera. A la chingada

Europa. Podía comprarse hasta una isla, dos, tres islas, con un poderoso avión para ir y venir cuando quisiera. Pensó en hacer inversiones, en viajar por el mundo. Ahora podía darse los lujos que tanto soñó, hacer cualquier cosa que le viniera en gana. Cualquier cosa-se decía.

Para 1986, a los cuarenta y dos años, Juan ya era el amo y señor de buena porción de la franja fronteriza y parte del estado de Texas; adquirió las mejores tierras de riego de la región, fino ganado, maquinaria pesada, y enormes tráileres para hacer fletes con cargas lícitas, como "tapadera" para justificar la adquisición de otros bienes inmuebles como la suntuosa residencia del Fraccionamiento Río; la Fraccio-nadora Valle Alto de Matamoros; Inmobiliaria Tinsa, S.A de C.V; Autolíneas Uribe-Alanís; los ranchos El Culebrero, de diez mil hectáreas, en el municipio de Méndez; El Lucero y Los Pericos, en San Fernando, de quinientas y ochocientas hectáreas, respectivamente; El Verde, Las Agujas, Dos Hermanas y La Herradura, en Soto la Marina, con casi cuatro mil hectáreas en su totalidad y miles de cabezas de ganado de alto registro, implementos agrícolas y equipo de radiocomunicación que los enlazaba con su centro de operaciones en Matamoros, a donde asentó sus oficinas principales de Sendero Nacional; lugar que utilizaba como gigantesco estacionamiento para sus camiones de carga, camionetas y lujosos autos de colección: Corvette, Roll Royce, BMW, Limusinas, VAM, Cherokee, Vagoner, que presumía a todo mundo.

Ahora vestía de tela fina, pantalones Sansonite de doscientos dólares y camisas de seda estampada de quinientos dólares; botines de piel de canguro de tres mil dólares; calzones y calcetines de seda; comía al estilo del pueblo norteño, pero de lo más sabroso y mejor; cuidaba sus negocios y hacía sus cuentas exactamente con el auxilio de contadores y administradores. Vivía en la exclusiva colonia San
Francisco de Matamoros; además de sus muchos matones que, armados con pistolas y cuernos de chivo, a todas partes le seguían para protegerle, Juan cargaba una pistola .380 con cachas de oro incrustado de piedras preciosas, y nunca se

separaba de ella, colocándola en su cintura de modo que estuviera lista para usarse sin que se le viese.

No se dejaba de los policías que cada vez le exigían más, ni de los violentos miembros del grupo de Miguel Ángel con los que competía. Su organización, ya ocupaba una posición privilegiada en la geografía del mundo de la droga y era considerada una especie de potencia, donde acudían a surtirse los grupos más débiles y los que estaban en discordia, para que él dirimiera sus cuestiones y diese la razón a quien la tenía.

En el fondo, durante esos años, Juan continuaba siendo el hombre de gruesas palabras y risotadas francas, muy norteñas, que no se dejaba atropellar de nadie, pero que tampoco-si no era necesario o afectara a sus intereses-trataba de afectar a nadie. La pistola la cargaba únicamente para hacerse respetar, porque la gente con la que trataba era dura y altanera, y con él no había que andarse con cuentos. Regalaba su dinero cuando así le daba la gana; pero no perdonaba un solo centavo a ninguno de sus deudores, familiares o no, amigos o no. Respecto a su gente, era exigente; la hacía trabajar todos los días y a cualquier hora; sus órdenes se tenían que cumplir cabalmente, sin preguntar; los cargamentos debían de ser tratados con cuidado y transportado metódicamente a los lugares previamente establecidos. Juan tenía por clientes, entre otros, a buena parte de los compradores y distribuidores de droga de Estados Unidos, que invariablemente acudían a él para surtirse y luego revender el producto entre los treinta millones de viciosos estadounidenses. Lo mismo les surtía cocaína, mariguana, heroína o cualquier otro veneno que le solicitaban y él lo conseguía de los principales cárteles colombianos: Medellín y Cali. Les daba buen precio y proporcionaba como regalo o ganancia algunos kilos de más y los despedía con palabras zalameras, recomendándoles que no le olvidaran ni se fueran a surtir a otra parte. Los compradores se iban contentos y con la promesa de regresar por la mercancía que le encargaban.

Con los apoyos políticos, militares y de la policía, Juan estaba destinado para llevar la droga a otras partes del mundo, a los compradores y distribuidores de mayores proporciones, y

cargamentos que no cabrían en una sola avioneta, pequeños barcos o tráileres, sino en dos o muchos más. Pero pegado al crecimiento de su poder y riqueza, en él comenzó a darse una metamorfosis que habría de cambiar por completo su vida: se volvió un hombre supersticioso digno de ser analizado. ¿Cómo y cuándo comenzaron los trastornos internos de Juan, que rayaban en el fanatismo?, no era posible averiguarlo.

Todo indica que su creencia contraria a la razón, se le avivó a principios de los años ochenta, cuando estrechó la relación con don Juan, su tío. Lo cierto es que cuando se convirtió en el jefe de lo que se llamaría el cártel del Golfo, no titubeaba en ordenar matar a quien le traicionaba, pero cuidaba y exigía que la orden se efectuara sólo el día 17 del mes seleccionado para la ejecución, en recuerdo tal vez de su hermano José, muerto el 17 de julio de 1982 en un accidente automovilístico.

Quizá fue coincidencia, aunque todo mundo que le conocía lo dudaba, pero ya siendo el capo de Matamoros, en los días 17 de diversos meses y años fueron asesinados hombres y mujeres que de alguna manera representaban serios peligros tanto para él como para su organización. Y sin la intención de adelantar los sucesos que en esta comedia humana se desarrollaron durante los poco más de diez años que duró su reinado, citaremos sólo algunos crímenes como ejemplo de esos ajusticiamientos en los que se vio involucrado Juan y su pandilla de maleantes:

El 17 de julio de 1984, se ordenó rematar a *El Cacho;* el 17 de julio de 1986 cayeron asesinados los periodistas Ernesto Flores To-rrijos y Norma Alicia Moreno Figueroa; el 17 de mayo de 1991 fueron masacrados dieciocho reos y medio centenar más resultaron lesionados, durante una balacera en el penal de Matamoros, entre gente de Juan y su rival Oliverio; el 17 de enero de 1996 fue muerto el abogado Leopoldo del Real Ibáñez, cuando desayunaba en un céntrico restaurante de Monterrey en compañía del director de la Policía Judicial de Nuevo León, Fernando Garza Guzmán.

## 28.-*El Greñas, El Pablóte* y Aguilar Guajardo, abril de 1986

Hasta el día en que se decidió su suerte, lo peor que se sabía de *El Pablóte* era su conocida inclinación al vicio. Antes, el hombrón de Ojinaga sólo había recibido elogios de los habitantes de los miserables poblados de la región, a los que con regularidad ayudaba económicamente, pagaba sus gastos médicos o escolares; de los policías locales, de los militares y los jefes antinarcóticos de la ciudad de México, a los que puntualmente les hacía llegar sus mesadas, y hasta de su medio millar de hombres que trabajaban bajo su mando. La DEA estadounidense, aunque hacía años le mantenía en la mira, prácticamente no se metía con él. Pero en abril de 1986, el mundo de *El Pablóte* crujió y amenazó con venirse abajo. De pronto, se convirtió en un símbolo de la perversidad, el vicio y la futilidad de los esfuerzos mexicanos y estadounidenses para combatir el narcotráfico en aquella franja fronteriza que une a ambos países. Su fotografía e historial delictivo recorrió el mundo.

Sin embargo, antes de que las cosas pasaran a mayores, Miguel Ángel intervino y demostró porque era el jefe de la organización. Demostró, asimismo, que no sólo era un hombre de talento, sino, a su modo, era un hombre de visión.

Todo comenzó cuando *El Pablóte* concedió una entrevista al reportero de *El Paso Herald Post*, Terrence Poppa, en la que habló de sus relaciones con militares, políticos y policías. Con increible imprudencia que rayó en la estupidez, reveló sus relaciones con las más altas autoridades federales y estatales, incluso hasta presumió que habitaba en Ojinaga en la casa de un alto jefe militar.

-Por el bien de todos, algo se tiene que hacer con *El Pablóte*-fue el consenso unánime que alcanzó el grupo de Guadalajara cuando se conoció lo que había hablado con el periodista Poppa.

Tal vez el primer error de Pablo consistió en que al conceder

la entrevista se encontraba embrutecido, por el alcohol ingerido y por la bacerola que había fumado a través de cigarrillos (la bacerola es una mezcla de mariguana y cocaína en *piedra* que se consume en cigarrillos). Y así, completamente intoxicado, olvidó que el tráfico de drogas es un negocio donde el silencio es el seguro de vida. El segundo error de apreciación que al final le provocaría su propia destrucción, lo cometió al ordenar el secuestro, la tortura y el asesinato del reportero de *El Paso Herald Post*, creyendo que de esa forma subsanaría el daño ya hecho por la publicación de sus revelaciones.

Cuando semanas después la prensa estadounidense se enteró del secuestro y tortura de su colega, que milagrosamente había salvado la vida, se comenzó a pubicar que para cometer el atentado contra Poppa, Pablo había contado con la protección y la complicidad de los más altos jefes antinarcóticos mexicanos, a los que sobornaba con fuertes cantidades de dinero. Pocas veces se había visto una imagen más acorde con el siniestro historial que se le atribuía al bonachón chihuahuense.

Según esos reportajes, Pablo había sido un maestro del engaño. Detrás de su fachada de hombre amable y generoso, siempre dispuesto a ayudar a los más necesitados, había un narcotraficante frío, calculador y cruel que asesinaba a sus rivales en el negocio de las drogas que, según cálculos norteamericanos, generaba unos treinta mil millones de dólares anuales.

Pablo se encontraba nuevamente bajo los efectos de la droga, cuando le enteraron del secuestro del periodista estadounidense. Lejos de medir las consecuencias que acarrearía tanto para él como para el grupo, ordenó su tortura y muerte.

Al enterarse de la locura que Pablo intentaba llevar a cabo, a Miguel Ángel no le fue difícil conseguir que se desistiera de asesinar al reportero. Los efectos de la droga se habían disipado por completo y estaba consciente de su estupidez. Así que en cuanto el parco pero severo sinaloense le reclamó su proceder y ordenó que liberara vivo al reportero, Pablo acató de inmediato la tajante orden.

El periodista, seriamente golpeado y aterrado, fue liberado

en medio del desierto. Tras de ser rescatado contó su odisea a sus colegas estadounidenses, y fue a partir de entonces cuando la prensa estadounidense se lanzó en contra del cacique de Ojinaga, el grupo de Guadalajara, y en especial en contra de Miguel Ángel, pues al fin al cabo era la cabeza más importante de la organización mafiosa y, desde luego, jefe de *El Pablóte*.

Alarmados por el escándalo desatado, algunos de los socios del grupo de Guadalajara decidieron eliminar a Pablo, bajo el argumento de que su adicción era ya incontrolable y no descartaban que más adelante podría ocasionarles nuevos problemas, de los que tal vez ya no salieran tan bien librados como hasta entonces. Fue entonces cuando-aunque para el mal-Miguel Ángel demostró sus grandes cualidades de hombre de negocios, de empresa. Ante la presión de los que optaban por entregar la cabeza de Pablo, Miguel Ángel encontró la manera de salvarlo y, de paso, desviar la atención de la prensa estadounidense, que al fin y al cabo lo que deseaba eran noticias frescas. Pero lo más importante, era el pretexto que tanto había buscado para deshacerse de Gilberto Ontiveros Lucero, *El Greñas*, paisano de Pablo, y de paso cimentar lo que más adelante se conocería como el cártel de Juárez. Desde el principio Miguel Ángel había tenido una pobre opinión de Gilberto, porque consideraba estúpido fanfarronear, ostentar la riqueza, o proferir amenazas cuando no existía la menor necesidad de hacerlo. "Cualidades" de las que hasta presumía Gilberto.

Aunque la mayoría de ellos cojeaban del mismo pie, por unanimidad aprobaron la propuesta. Les molestaba, por ejemplo, que Gilberto se paseara a sus anchas por Ciudad Juárez en una limusina Mercedes Benz, equipada con teléfono y resguardada, atrás y adelante, por tres o cuatro autos repletos de guardaespaldas fuerte y ostentosamente armados; que apostara sumas millonarias, en dólares, en las carreras de caballos prohibidas por las autoridades, y comprara lujosas propiedades y negocios, como el rancho Temósachic, la casa que un tiempo fue propiedad del Cha de Irán, en Cuernavaca, Morelos, y el Hotel Cesar's Palace, así como autos de procedencia extranjera de súper lujo; que viviera en una

suntuosa mansión. Además, desde 1982, estaba acusado de tres cargos por tráfico y posesión de mariguana ante un Jurado de El Paso. Pero lo que en verdad inclinó la balanza en su contra, fue el hecho de que poco antes, había amenazado de muerte al reportero estadounidense Poppa, por el que se había desatado el escándalo en torno a *El Pablote*, por haber publicado sobre sus millonarias apuestas en las carreras de caballos y, sobre todo, que era narcotraficante.

*El Greñas* pues, era el chivo expiatorio perfecto para acallar las protestas del gobierno estadounidense. De paso, el comandante Calderoni se anotaría otro triunfo y el grupo de Guadalajara quedaría bien con Fernando Baeza Meléndez-ex oficial mayor de la PGR-, el candidato que cuatro meses antes, en diciembre de 1985, el PRI había destapado para la gubernatura del estado cuya campaña política el grupo de Guadalajara apoyaba generosamente.

Hacía tres años que Calderoni se había convertido en comandante en jefe de la PJF gracias a su posición adinerada, preparación académica y buenas relaciones entre personajes muy elevados de la PGR. Pero lo más importante, había formado su propia banda de agentes federales que empleaba para su beneficio muy personal y tenía al servicio de los principales jefes de las drogas, lo que le permitía incrementar su ya de por sí cuantiosa fortuna, ante el asombro y envidia de la mayor parte de los otros jefes de la PJF.

El 25 de abril de 1986, Gilberto y una veintena de sus secuaces fueron a parar a la prisión. Entre sus cómplices había ex agentes de la desaparecida DFS, de la PJF, la Policía Judicial del estado, y hasta ganaderos. Todos fueron detenidos en diferentes direcciones, aunque Calderoni informó lo contrario. La captura de Gilberto se llevó a cabo en una de sus casas ubicada en la calle Tepeyac, entre América y Tomás Alba Edison, en la colonia Hidalgo, de Ciudad Juárez. Como los informes que se le proporcionaron fueron precisos, Calderoni lo apresó prácticamente sin violencia. Pero para hacer más espectacular el asunto, ordenó a su gente que le *sembraran*

algunas armas de alto poder, diez onzas de cocaína, tres kilos de mariguana y ciento cincuenta y cinco mil dólares, que fueron proporcionados por el grupo de Guadalajara.

-Me madrearon. Por celos me madrearon-fue lo primero y lo único que diría con desconsuelo *El Greñas* a los reporteros que lo entrevistaron después de su detención. Aunque sabía de dónde provenía el golpe, prudentemente se negó a decir más.

A raíz de la detención y encarcelamiento de *El Greñas,* y recién tomó posesión Baeza Meléndez como gobernador de Chihuahua, el ex comandante de la DFS Rafael Aguilar Guajardo, con la bendición de Miguel Ángel y en sociedad de los hermanos Rafael, Eduardo y Raúl Muñoz Ta-lavera, se hizo de la estratégica plaza de Ciudad Juárez. Desde entonces, al igual que *El Pablóte,* siempre protegido por un fuerte séquito de guardaespaldas armados, comenzó a pasear por todo Chihuahua.

De los Muñoz Talavera sobresalía Rafael, *El Chito,* quien se hacía pasar por un respetable y próspero empresario e incluso aparecía en las crónicas sociales de Ciudad Juárez, entregando donativos personales para los ancianos, para los niños huérfanos y para jóvenes dro-gadictos, cuando en realidad era el cerebro de la organización encabezada por Aguilar Guajardo, fundador de lo que se llegaría a conocer como el cártel de Juárez.

A sus treinta y seis años, Rafael Aguilar Guajardo, originario de Ciudad Juárez, Chihuahua, era un hombre alto de estructura fuerte y tez apiñonada. Pasaba perfectamente por un norteño. Su nariz era pequeña y sus oscuros ojos tenían un mirar amable que resaltaban bajo sus arqueadas y negras cejas. Regularmente se dejaba crecer una bien recortada barba y ralos bigotes.

A los veintitantos años había ingresado a la DFS como agente federal, a donde literalmente lo adoptó e impulsó el entonces subdirector Miguel Nazar. Se inició en el mundo del hampa introduciendo a México autos robados en Estados Unidos. Tiempo después, a principios de los ochenta, ya siendo director de la DFS, Nazar Haro lo hizo jefe de las plazas de la

institución en la frontera norte del país, a donde se le mantuvo hasta mediados de 1985 cuando el comandante Ventura lo relacionó con la gente del grupo de Guadalajara, en especial Rafael. Fuera del gobierno federal, Aguilar Guajardo se dedicó abiertamente al narcotráfico; aunque justificaba sus ingresos como destacado empresario del espectáculo, ya que aparecía como dueño de los conocidos centros nocturnos El Premier, en la ciudad de México, y el Lido de París. Se movía con absoluta tranquilidad y desparpajo por todo el territorio nacional, aún cuando existían varias órdenes de aprehensión en su contra. En varias ocasiones se le arrestó, pero pronto se le liberaba. En 1986 se le detuvo en posesión de cocaína, pero se le absolvió "por falta de elementos en su contra".

Aguilar Guajardo, como prácticamente todos sus ex compañeros de la DFS, de policía perseguidor de narcotraficantes, se había convertido en narcotraficante perseguido. Comprobando que en sus últimos años de operación, la desaparecida DFS se había transformado en una verdadera maquiladora de mafiosos, en una auténtica escuela para capos. Como Aguilar Guajardo que para entonces era el amo y señor de Ciudad Juárez, su tierra natal.

Desde entonces y durante unos cuantos años, Aguilar Guajardo vivió como el amo y señor de Ciudad Juárez. Por lo que corresponde a *El Pablóte,* su suerte ya estaba echada. Sólo era cuestión de tiempo. Ni Félix Gallardo ni cualquiera de sus amigotes del grupo podrían hacer nada para ayudarle.

## 29.-Jesús Roberto Guerra Velasco: Matamoros, 1986

Alo largo de los años, Jesús Roberto Guerra Velasco se había ganado fama de excelente organizador. No era un político de carrera sino un hábil técnico. Se apoyaba en la fuerza caciquil de su tío, *El Padrino de Matamoros,* para hacerse oír entre sus conciudadanos y florecer sus diversas empresas de semillas y

transportes, con las que se sospechaba realizaba continuos trasiegos de droga y contrabando. Por eso, cuando su compadre Adolfo Lugo Verduzco, líder nacional del PRI, a cambio de algunos millones de pesos, le ofreció la candidatura a la presidencia municipal de Matamoros, no lo pensó dos veces.

Como era de esperarse, Jesús Roberto fácilmente obtuvo el triunfo electoral y logró sentarse en la silla de la Presidencia Municipal de Matamoros. Todo indicaba que con el apoyo de sus poderosos parientes y la bendición del Comité Ejecutivo Nacional del PRI encabezado por su compadre Lugo Verduzco, su carrera política estaba asegurada, sería larga y prometedora como soñaba su tío. No fue así. Tan rápido como ésta creció, así se derrumbó dos años después cuando, el 17 de julio de 1986, cayeron asesinados Ernesto Flores Torrijos y Norma Moreno Figueroa, director, columnista y jefa de Información del periódico *El Popular*, que veinticinco meses antes habían responsabilizado a *La Familia* de la muerte de *El Cacho* y de la matanza de la Clínica Raya. La orden de los dos homicidios se le atribuyó al joven político, y su ejecución a los sicarios de la organización de Juan, su primo. Era el último año del gobierno de Martínez Manatou, que se había destacado por la protección que brindaba a la banda de Luis Medrano, con la complicidad de la Procuraduría y la Policía Judicial del estado, lo que había propiciado infinidad de homicidios que jamás fueron investigados.

Los dos periodistas fueron sacrificados en la mañana, a las siete y diez, frente al Deportivo Bancario, en la colonia Bancaria, cuando llegaban a las instalaciones de *El Popular*. Acompañado de Norma, Ernesto estacionaba su camioneta junto a la acera. De pronto, cuando apagaba el motor, una bala entró por el centro del parabrisas, sin lesionarlos pero como una advertencia de lo que sobrevenía.

-¡Dios santo, protégenos!-gritó con espanto Norma, al ver a seis hombres armados que les esperaban. Empuñaban pistolas y metralletas.

Sin comprender aún de qué se trataba, Ernesto y Norma intentaron descender de la camioneta, con la intención de ocultarse o escapar de los matones que en esos momentos

accionaban sus armas en contra de ellos.

-¡No nos maten!, ¡por piedad, no nos maten! ¡Dios mío, ten misericordia de nosotros!-gritaba aterrorizada la joven periodista que, al igual que Ernesto, trabajosamente habían logrado abrir su respectiva portezuela e intentaban descender del vehículo.

Los homicidas nos les dieron ninguna oportunidad. Antes de que tocaran firmemente el piso, les dispararon nuevamente. Los periodistas, heridos y bañados en sangre, cayeron fuera de la camioneta. Norma, imploraba:

-¡Jesús, Jesús nos ampare!

Ernesto y Norma, aunque heridos, habían logrado ponerse de pie y dar unos cuantos pasos antes de ser abatidos a balazos. Cada uno cayó a un lado de sus respectivas portezuelas, donde inútilmente habían buscado refugio.

Los matones, con sus armas en alto y los ojos desorbitados por la ingestión de droga, miraban su obra. Así permanecieron un momento. Después, dos de ellos, se acercaron a los inanimados cuerpos, se inclinaron a su lado y les dieron el tiro de gracia. El cadáver de Ernesto, con las manos muy abiertas, extendidas, formaba una cruz; el de Norma, casi bajo las llantas traseras de la camioneta, quedó en posición fetal.

La muerte de los dos periodistas fue un asunto anunciado dos años antes.

Desde principios de los ochenta, Ernesto había desatado una campaña contra la mafia del narcotráfico en Matamoros-*La Familia*, le llamaba a través de su periódico-. Con frecuencia, citaba a N. Guerra como el jefe del grupo delictivo; a sus sobrinos Juan y Jesús Roberto, como sus lugartenientes. Publicaba fotos, fechas, domicilios, cifras y nombres de quienes presumía se dedicaban a esa ilícita actividad. Publicaba que *La Familia* era dueña del poder económico y político de Matamoros: "a través de negocios lícitos e ilícitos, incluidos el robo de autos, el contrabando y el narcotráfico, *La Familia* controla toda la entidad".

Pero firmó su sentencia de muerte en mayo de 1984, a raíz

del asesinato de Casimiro. *El Popular* señaló como autor intelectual al intocable N. Guerra, tío del recién electo presidente municipal, Jesús Roberto. Más aún, en la nota informativa publicó una foto del patriarca de *La Familia;* y hasta se permitió especular sobre los motivos del ajusticiamiento:

"*La Familia* asignó a *El Cacho* un área de trabajo: el robo de autos. Pero *El Cacho*, ambicioso, incursionó en el negocio del narcotráfico. Ante esta indisciplina, la mafia decidió eliminarlo".

Desde entonces recibía amenazas de muerte telefónicas, pero él las tomaba a broma. Un buen día antes de su muerte-como presintiendo su fin-, entre risas y en serio, le comentó a su jefe de Redacción, David López del Cid:

-Figúrate, David, que me han dicho que antes de que termine el año me van a chingar.

Y así fue.

Con Norma sucedió lo mismo.

Un mes y medio antes del doble asesinato, las principales calles de Matamoros amanecieron tapizadas con carteles en los que se insultaba y difamaba a la periodista quien, pese a su juventud, tenía veinticuatro años, a través de su columna *Buscando un camino*, se había revelado como una aguerrida, combativa, valiente y temeraria mujer. Eran más de setenta mil los pasquines pegados por todos los rumbos de la ciudad, por un numeroso grupo de personas pagadas por el Ayuntamiento. Cuando Ernesto, como jefe de la comu-nicadora exigió una investigación, las autoridades dijeron ignorar por completo sobre los papeles que habían salido de la imprenta municipal y cuya impresión la había ordenado Guillermo Sánchez, director del CREA local y uno de los secretarios del alcalde Jesús Roberto, al que Norma había denunciado como corrupto.

Meses antes, Norma había intentado entrevistar al nuevo presidente municipal. Después de muchas insistencias, éste la recibió pero sólo para reclamarle algunas publicaciones y, de manera iracunda, echarla a empellones de su oficina.

En su última columna, fechada el miércoles 16, hizo duros señalamientos contra el jefe de la policía uniformada de

Matamoros, Ángel Pérez, a quien tachaba de inmoral y de haber conseguido el puesto “sólo por ser el chofer del alcalde Jesús Roberto”. En el mismo trabajo periodístico arremetió también contra el subjefe de la policía municipal, Raúl Torres, al afirmar que era un delincuente y matón a sueldo de *La Familia*.

Un día antes, el martes 15, en *Buscando un camino,* Norma se lanzó en contra de la Procuraduría de Justicia del estado, señalando que la Policía Judicial estaba en manos de delincuentes. De paso, se dolía de que los principales narcotraficantes de la localidad aparecían en las páginas sociales de los periódicos, cuando que, decía, “deberían sólo de aparecer en las esquelas o las secciones policiacas”.

Por tales motivos, Norma, al igual que su director, Ernesto, era también amenazada con frecuencia. Pero al contrario de su jefe y amigo, ella tomaba las cosas con más dramatismo. Tal vez presintió su muerte, porque tres días antes de su asesinato, lunes 14 de julio, mientras visitaba la tumba de su amiga Alma Delia Treviño, también periodista de *El Popular* que dos años antes había muerto en un accidente automovilístico, exclamó muy quedo:

-Alma Delia, muy pronto me voy a reunir contigo.

Y así fue.

Ni Jesús Roberto Guerra Velasco, ni ningún funcionario de su administración, asistieron al concurrido velorio de los dos periodistas.

A raíz del doble asesinato, la comunidad reporteril protestó y demandó el esclarecimiento de los crímenes. Había motivos. Por lo menos unos doscientos periodistas habían sido asesinados, detenidos o torturados en todo el territorio nacional, en lo que iba del sexenio del presidente De la Madrid, destacando de éstos el de Buendía.

Aunque Ernesto y Norma tenían muchos enemigos: políticos, funcionarios, delincuentes y hasta particulares, cuyas vidas habían sido exhibidas en las páginas de su periódico, y por lo mismo cualquiera de ellos podía haber dado la orden de

la ejecución, al ver el ensangrentado cadáver de su esposo, la viuda de Ernesto, Amelia Gil Zaragoza, frente a las cámaras de televisión de estaciones de Estados Unidos, al no poder más aguantar su indignación, advirtió a sus paisanos que habría más muertes violentas en Matamoros. Y entre lágrimas y lamentos de impotencia, acusó al alcalde Jesús Roberto de estar involucrado en el atentado de su marido. Pero nada sucedió.

Ernesto y Norma no eran los primeros periodistas asesinados en la entidad. Veinte días antes, el 27 de junio, Jorge Brenes Araya, director de los diarios *El Río*, de Río Bravo, y *El Frontera,* de Reynosa, platicaba en su casa con cuatro periodistas que le habían ido a visitar. Tocaron a la puerta. Al acudir al llamado irrumpieron dos hombres.

-¿Quién es Jorge Brenes Araya?-preguntó ásperamente uno de los recién llegados.

-¿Qué sucede?-preguntó Brenes Araya, sin saber que era hombre muerto cuando contestó:-Yo soy.

Sin mediar más palabras, los dos intrusos le acribillaron a balazos, ante los aterrorizados periodistas visitantes que, paralizados, sólo alcanzaron ver como los matones huían a bordo de una motocicleta.

Eran los mismos verdugos que dos años antes habían participado en la matanza de la Clínica Raya; los que ejecutarían a Ernesto y Norma. Los mismos que tres días antes del asunto Brenes Araya-el 24 de junio-, habían dado muerte a Jacinto Rodríguez Cervantes, inspector del Registro Federal de Vehículos en Matamoros y muy conocido entre la gente de García Ábrego que, junto con decenas de invitados más, había asistido al rancho El Tehuachal para celebrar “el santo” del viejo don Juan. Un día después, el inspector amaneció muerto a balazos en el municipio de Valle Hermoso. Había cometido la imprudencia de exigir mayor comisión a cambio de su silencio. Y fue silenciado.

## 30.-*El Profesor y* Tomás Morlett:

# Matamoros, 1986

Así corría feliz y violenta la vida de García Ábrego y sus principales cómplices hasta que, a finales de 1986, un acontecimiento inesperado vino a interrumpir su monotonía. Estaba a punto de abordar su lujosa camioneta, cuando le avisaron que el ex comandante de la DFS Tomás Morlett acababa de llegar y quería hablar con él.

-Van a dar las seis-respondió al ayudante, viendo su reloj de oro con piedras preciosas incrustadas en su carátula-, pero di a Tomás que pase, aquí lo espero.

El ex policía encontró a Juan apoyado de la portezuela de la camioneta. Después de los consabidos saludos de rigor, el recién llegado expuso los motivos de su visita:

-¿Desde cuándo trabaja con usted *El Profeso*, don Juan?

-Hará unos siete años, más o menos. ¿Por qué?

-¡Y nunca le ha traicionado...!

-Al menos que yo sepa, y ¿por qué me haces esas preguntas?

-Porque dejó de ser confiable.

-¡Cómo crees!-interrumpió Juan cerrando con fuerza la pesada portezuela del vehículo.

-Como lo oye, don Juan.

-¿No hay dudas de lo que dices?

-Ninguna.

-Vaya, tendré que hacer algo-dijo Juan, un tanto contrariado-. Y me lo dices ahora que voy a entrevistarme con gente del gobierno; ahora que estoy trabajando como Dios manda...

Juan abrió nuevamente la portezuela, trepó a la lujosa camioneta y se puso al frente del volante. Se abrochó sus mangas de paño negro, porque la mañana era nublada y fría, y sacando la cabeza por el hueco que dejaba el vidrio abajo, al ex comandante le cuestionó:

-¿No me engañas?

-¡Engañarlo, don Juan! ¿Y por qué habría yo de hacerlo?

-Bien, espérame a comer en la oficina, que antes de las tres estaré de vuelta; pero que se te quite eso de la cabeza; tal vez

estés equivocado. Sería raro que después de siete años *El Profesor* cometiera una estupidez de ese calibre.

-Ya lo verá usted; y ojalá no se tarde, que hoy quiero invitarlo a comer unos taquitos con carne de cerdo.

Juan, que había acelerado, no oyó estás últimas palabras; envuelto en una nube de polvo, torció a la izquierda y desapareció seguido de dos camionetas más ocupadas por media docena de ayudantes fuertemente armados y listos a atacar a quien osara o intentara detener a su robusto jefe.

Mientras conducía, Juan reflexionaba sobre la seria imputación. Primero no la creyó, porque la acusación la hacía Tomás, quien durante más de veinte años se había desempeñado como policía y, salvo José Alonso, no muy bien confiaba en los policías; además, el ex comandante era un hombre ambicioso que siempre había buscado la privilegiada posición de Óscar. Por otro lado, tenía informes de que Tomás, junto con otros hombres del grupo, se estaba haciendo de diversos cargamentos sin su autorización, sin participarle de las ganancias, lo cual se interpretaba como una deslealtad por la que tarde o temprano le llamaría a cuentas. Sin embargo, después de sopesar el asunto, al cabo de sólo unos minutos, concluyó que para evitar cualquier duda lo mejor sería deshacerse de Óscar, su hombre de confianza y amigo. Después repensó todo con mucho cuidado. Óscar López era su principal lugarteniente. Él lo había hecho millonario, permitiéndole que siguiera trabajando con varios jefes y agentes de la desaparecida DFS, como Carlos Arteaga. Por otro lado, ambos eran íntimos amigos desde hacía más de diez años. ¿Qué podía ganar Óscar traicionándolo? ¿Más dinero? No, definitivamente no, ya era muy rico, aunque-reflexionaba-los hombres suelen ser más que ambiciosos. ¿Más poder? ¿Pretendía vengarse por algún insulto que él inconscientemente le hizo? ¿O le sentaba mal el hecho de que poco a poco le hubiera restado poder, para delegarlo en Luis Medrano García? Sí, esto último, sin lugar a dudas, era el motivo de su deslealtad, porque Óscar tenía la convicción de que más temprano que tarde sería desplazado por Medrano García.

Cuando Juan llegó a esta conclusión, se entristeció. No

quería que su amigo muriera. Aunque, por otra parte, Óscar, por lo mucho que sabía de él y su organización, con toda seguridad representaba una seria amenaza. Y a esas alturas, él, Juan García Ábrego, *El Señor*, no podía darse el lujo de mantener un riesgo sobre su cabeza. Por eso decidió en que había que eliminar a *El Profesor*.

Pero Oscar era un tipo que olía el peligro. Así que al enterarse que Tomás lo había descubierto y sin duda iría con el chisme a Juan, sin pensarlo dos veces cruzó la frontera para refugiarse en la Unión Americana y, meses después, abiertamente se convirtió en delator y testigo de cargo en contra de Juan y el resto de sus ex compinches.

Un año atrás, recién habían sido asesinados los dos periodistas de *El Popular*, sentado en la lujosa sala de su residencia, Óscar había meditado sobre su existencia y se sintió mal, muy mal. Tras del asesinato de *El Cacho*, tal y como lo supuso entonces, Juan lo ascendió en su jerarquía dentro de la organización al nombrarlo su primer lugarteniente. Todo había ido a la perfección. Los hombres bajo sus órdenes le temían y realizaban bien su trabajo. Los cargamentos costaban cada vez más y le generaban más utilidades; y la organización estaba abriendo otros canales para introducir mayores cantidades de droga a la Unión Americana. En fin, Óscar se estaba volviendo inmensamente rico. Pero por esas cosas raras de la vida, todo eso no le hacía sentir mejor.

Ahora que era un próspero “hombre de negocios”, tenía tanto poder como nunca lo soñó o tal vez más. Las mujeres más hermosas se acercaban a él como las moscas a la miel, aunque obviamente en busca de su dinero pues, aceptaba todas las mañanas frente al espejo, era un hombre nada agraciado. Sobre todo por ese rostro flaco, picado por la viruela y semiparalizado; además rengueaba, desde el olvidado accidente que había tenido en un avión. Tenía casas, ranchos, aviones y muchas otras propiedades que formaban una fortuna incalculable; nunca la hubiera podido acumular a través de ninguna otra actividad lícita. Vivía, como es de entenderse, con

mucho lujo y se beneficiaba de una serie de exenciones fiscales como “hombre de negocios” que era, de las que el resto de los mortales no gozaba. ¿Qué era, entonces, lo que le ocurría?

El lo sabía muy bien. Le dolían las fosas nasales y la frente, y con frecuencia tenía hemorragias, por el exceso de droga que se metía por la nariz día con día y a todas horas. Pensaba que dejando las drogas le aliviaría, pero no se decidía a hacerlo. Había consultado a varios especialistas, y todos habían coincidido en que podría hacerlo siempre y cuando él así lo decidiera, pero su adicción era tanta que se dio cuenta de la inutilidad de seguir intentándolo. Además, cada que fracasaba, reiniciaba su adicción con más ímpetu.

Y si no podía drogarse, pensaba, ¿qué le importaba todo lo demás? Drogarse era la única cosa que realmente le hacia sentirse bien. Drogado se consideraba un hombre importante en el negocio de los estupefacientes, el mejor. Decía que su “profesión” no tenía secretos para él. Nadie, salvo Juan, podía decirle lo que estaba bien o mal. Era un maestro en toda la extensión de la palabra, porque había estudiado la carrera de mentor en su natal Camargo y porque en el tráfico de narcóticos, nadie sabía hacer mejor las cosas que él. Y ahora corría el peligro de ser desplazado definitivamente por Medrano García, de quien en las últimas semanas Juan no dejaba de hablar exaltando sus virtudes de hombre serio, discreto, sin el vicio y, sobre todo, conectado estrechamente con colombianos. Algo que él no tenía, ni siquiera sabía cómo podría hacerlo.

Ante lo inevitable, y a sabiendas de que el gobierno norteamericano había ordenado su arresto por sus actividades dentro del cártel del Golfo, en los primeros meses de 1987, Óscar hizo contacto con Claudio de la O, agente del FBI, en Brownsville, Texas, quien desde hacia meses buscaba infiltrarse en la organización de Matamoros, haciéndose pasar como uno más de los policías comprados por García Ábrego. Despechado, comenzó a frecuentar los prostíbulos y bares que sabía eran visitados por el agente norteamericano. Cierta noche, después de haber rumiado que Juan poco apreciaba sus servicios con una de las prostitutas adicta, como él, a la

baserola y la heroína, inesperadamente fue abordado por el policía infiltrado, y juntos se metieron a un bar a beber licor.

Aunque pasado de copas, Óscar se desconcertó cuando el policía encubierto, en un tono que le pareció franco, le habló sobre lo que sabía de él y Juan. Más cuando le aseguró que el gobierno norteamericano olvidaría todas las órdenes de arresto que había girado en su contra, siempre y cuando se convirtiera en su informante. Aunque ya lo había decidido, por supuesto que Óscar no aceptó la tentadora propuesta de inmediato, aduciendo que lo pensaría unos días más. A partir de entonces sus encuentros se pronunciaron durante casi un mes, en el que ambos se conocieron mejor y se decían mutuamente que juntos podrían acabar con el "nefasto tráfico de drogas en esa zona fronteriza", para "salvar del crimen y la perdición" a los mexicanos y estadounidense.

Finalmente Óscar aceptó ser informante del FBI. Y como primer acto de buena fe, contactó a Claudio de la O con Medrano García y el propio Juan. Pero no contaba con que más pronto de lo esperado, el ex comandante Tomás descubriría sus malévolos y traicioneros planes.

Tomás era un cuarentón con un largo historial tanto policiaco como delictivo. Su paso por la DFS-veintidós años-, le había permitido como comandante participar en la Operación Cóndor, ser jefe de seguridad del Shá de Irán durante su exilio en Cuernavaca, Morelos, y del ex secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger, cada vez que éste había visitado México. Apenas la DFS le comisionó en Matamoros, contactó con Juan y su organización, por lo que al paso de los meses comenzó a combinar sus actividades policiacas con el tráfico de narcóticos. Incluso había sido el coordinador de los sobornos entre los narcotraficantes, políticos, policías, militares y otros funcionarios corruptos de Matamoros.

Con toda esa experiencia, una vez que desapareció la DFS, Tomás comenzó a creer que él podría desempeñar mejor el papel de lugarteniente de Juan que *El Profesor*. Desde entonces comenzó a buscar el pretexto para liquidarlo, cuidando bien disimularlo. La oportunidad se le presentó una noche en

Brownsville, Texas. Ocurrió cuando junto con Óscar bebían unas copas en el bar del hotel Sheraton, sin percatarse que en otra mesa se encontraba Claudio de la O, en compañía de otros agentes del FBI a los que Tomás tenía plenamente identificados. Para entonces Óscar ya había logrado presentar a De la O con Juan y con Luis. Cuando Óscar los vio, primero se hizo el disimulado, pero De la O, deliberada o estupidamente, al reconocerlo se acercó hasta su mesa y efusivamente lo saludó. Al regresar el agente a su mesa, como ignorando de quién se trataba, Tomás le preguntó sobre aquel "desconocido". No pudiendo ocultar esa relación, *El Profesor* le respondió que simplemente eran amigos y nada más.

Tomás no preguntó más. No era necesario. La respuesta de Óscar le había dado el motivo para deshacerse de éste, y ocupar su lugar en la organización. Así que cuando regresó a Matamoros, lo primero que hizo fue correr muy de mañana a informarle a Juan lo que había visto y sabía de los policías federales norteamericanos, amigos de Óscar. Por lo mismo, horas después, mientras comían taquitos de carne de cerdo en las oficinas de Sendero Nacional, Tomás le comentó a Juan-aumentado, desde luego-lo que sabía de los detectives encubiertos. Y hasta le sugirió que *El Profesor* debería de ser eliminado porque, sin lugar a dudas, era informante del FBI. Como Juan ya había decidido al respecto, le autorizó a él mismo ejecutarlo, pero en territorio mexicano. Tomás volvió sobre sus pasos a Brownsville para, con mentiras, convencer a Óscar de que regresara a México. Pero Óscar no se tragó el cuento y olió el peligro, pues sospechaba que Tomás ya había ido con el chisme a Juan.

Enterado de que por su causa se había dado la orden de asesinar a *El Profesor*, temerariamente Claudio se presentó ante Juan, como ignorando lo ocurrido. Y haciendo gala de sus formidables dotes de persuasión, poco a poco se fue ganando la confianza de Juan. ¿Cómo logró esto? Se desconoce con precisión. Lo cierto es que cuando *El Profesor* se ausentó de Matamoros, a instancias de Claudio, Juan creyó que lo había hecho para retirarse del negocio. Y como conocía las intenciones del ex comandante Tomás, creyó que en falso lo

había acusado de traidor, para quedarse con su cargo. Por otro lado, Claudio le había dado infinidad de muestras de su lealtad y su gusto por el dinero fácil.

Ignoraba, desde luego, que en realidad Claudio era un agente encubierto del FBI-como lo había asegurado Tomás-con la consigna de penetrar aún más en la estructura de su organización criminal. Para lograrlo, a cambio de fuertes sumas de dinero, comenzó a proporcionarle información señalándole, por ejemplo, dónde podían aterrizar sus aviones sin que fueran detectados por las autoridades estadounidenses. También intercedía para que algunos destacados miembros del grupo fueran liberados, cuando eran capturados en territorio norteamericano. Un día, Antonio Galindo, hijo de Francisco Galindo Ochoa, quien había sido jefe de prensa de la Presidencia de la República en el sexenio de López Portillo y asesor del gobernador Martínez Manautou, fue detenido en territorio estadounidense por agentes del Servicio de Inmigración y Naturalización tras de haberse peleado con su mujer. Por intervención de Claudio, Antonio Galindo fue liberado. Por aquel entonces, el hijo del influyente Galindo Ochoa se desempeñaba como comandante aduanal.

Con tales muestras de “colaboración”, Juan desechó sus dudas sobre el agente federal estadounidense, pero no las que ya mantenía de Óscar. Nunca por su mente pasó siquiera que el policía norteamericano grababa y filmaba las conversaciones que ambos sostenían. Mucho menos que hacía lo mismo con sus principales colaboradores, como Luis Medrano. Para realizar su labor de espía, el federal utilizaba una ultrasensible grabadora Nagra, y a través de una cámara que había instalado dentro de un televisor de su habitación que tenía en el hotel Holiday Inn, de McAllen, Texas, a donde citaba y recibía a Juan y a sus principales hombres.

Pero volvamos al asunto de *El Profesor*. Aun cuando el agente federal estadounidense encubierto le juró y perjuró que la lealtad de Óscar estaba a prueba de toda traición, Juan no retiró la orden de asesinarlo. Tampoco el ex comandante Tomás vio cristalizado su sueño de suplirlo en su importante cargo, por la sencilla razón que, inesperadamente, fue

ejecutado.

## 31.-Contactan a *El Amable;* Matamoros, febrero de 1987

Durante 1986 la violencia, y en especial los asesinatos de periodistas era cosa común en Tamaulipas. García Ábrego la había adoptado como una brutal manera de deshacerse de sus rivales y los comunicadores incómodos. Parecía que el infierno entero se había metido en su corazón. Y con esas ideas terribles había llegado a su oficina de Sendero Nacional, donde esa mañana dejó caer su gruesa humanidad sobre un sillón de cuero. Curiosamente, tal vez por lo temprano de la mañana, estaba sin visitantes.

Repasando metalmente otros hechos de su organización igual de terribles, de pronto reconoció que en realidad su grupo no contaba con gente "adecuada" para llevar a cabo *trabajos* como el de *El Cacho,* que dos años atrás deficientemente había realizado *El Profesor.* Con esos negros pensamientos anidados en su mente, de pronto recordó el nombre y el apodo del policía federal cuya fama era legendaria en Matamoros: José Alonso Pérez de la Rosa, *El Amable.* Y creyó que este policía encajaba en sus planes de expansión.

*El Amable,* ya lo hemos dicho, tenía reputación de hombre con el que se debía andar con cuidado, al margen de su placa de policíae inseparable pistola. La organización de Matamoros estaba siempre interesada en hombres así. El hecho de que fuera policía, a Juan no le interesaba mucho. Lo importante es-razonaba-que al final a cualquier hombre se le descubra su gusto por el poder y el dinero.

Fue Erasmo Ibarra quien en cierta ocasión le habló a Juan de José Alonso. Juan escuchó a su colaborador y luego comentó como para sí mismo:

-Tal vez, tal vez. Habla con él, y si le interesa que se ocupe del asunto-dijo lacónicamente.

*El Amable* reposaba al lado del desnudo cuerpo de Susana, luego de haberle hecho el amor hasta que las fuerzas le faltaron. El sereno ronquido y la transpiración de su amante en turno, llenaban la recámara del departamento que por falta de dinero estaba a oscuras; le habían suspendido la energía eléctrica. Afuera, una ligera lluvia repiqueteaba en los macizos muros. El cuerpo pegajoso de su compañera de cama se apretaba contra él; el calor caía desde el techo rodeándolo, ahogándolo. Él contaba las gotas, se sentía intranquilo. Sus músculos estaban tensos. La impaciencia reprimida era por la falta de dinero, parecía una fiera salvaje que luchaba por salir.

José Alonso se alertó cuando escuchó pasos que se acercaban y cesaban frente a la puerta del departamento. Su corazón latió con repentino alivio cuando escuchó que tocaban la puerta y oyó la voz de Rebeca, llamando a su hermana, a quien minutos antes le había llamado por teléfono, comunicándole que iría a verla. Quería que los novios de ambas se conocieran. Susana le explicó la situación por la que atravesaban, por lo tanto le dijo que no tenían nada que ofrecerles y, además, que estaban a oscuras. Rebeca le insistió en que aquello no importaba, que incluso llegaría acompañada de otros amigos y amigas: dos hermanas de Antonio Fernández, *El Gordo*, agente del Resguardo Aduanal y del Registro Federal de Vehículos; de Alfredito, agente de la PJF y compañero de José Alonso, así como de Erasmo, su novio. Para informarle a José Alonso la intención de su hermana, Susana cubrió con su mano la bocina telefónica. José Alonso lo pensó unos instantes, y finalmente aceptó. Por eso ahora que llamaban a la puerta supuso de quién se trataba.

Antes de acudir a la puerta, vio la figura cálida y suave de su amante que se curvaba a un lado de él. Erguido, trató de enfocar la vista en los rincones de aquella recámara donde había pasado tantas mañanas, tardes y noches; sentía cómo se le iba secando el sudor frío, oía como se le aquietaban los latidos del corazón. Trató de tranquilizarse, de regularizar la respiración, para no molestar a Susana. Pero ésta, sensible a los cambios que él experimentaba, giró la cabeza para mirarlo e inquirirle:

-¿Qué pasa? ¿Ya llegó Rebeca?

En el acto, tan rápidamente que bien podría no haberlas tenido nunca, las arrugas de preocupación que ella le había visto en la cara desaparecieron, y él le dio una suave palmada en las desnudas nalgas.

-Sí, es tu hermana. Espera en la puerta.

José Alonso se inclinó sobre ella y con sus manos tocó suavemente uno de sus senos y luego su frondoso pubis, y con un gemido simulado apartó un poco la blanca sábana que la cubría, para mirar su figura desnuda y sedoso pelo lacio. Luego, ágilmente se levantó del lecho, al tiempo que le sonreía, con ese súbito aire de simpatía que hacía palpitar corazones femeninos. En la oscuridad buscó sus calzoncillos y el pantalón y se dirigió a abrir la puerta, mientras ella cubría su desnudez con unas diminutas pantaletas negras y la camisa de él.

Cuando abrió la puerta, vio a Rebeca, a dos mujeres más, a Al-fredito y a un hombre de agradable presencia que como él pisaba los treinta años. Éste le sonrió y personalmente se presentó como Eras-mo Ibarra, al tiempo que le tendía su mano musculosa. Los recién llegados cargaban bolsas de papel y plástico, repletas de víveres, botellas de licor y velas de parafina. Les invitó a pasar al comedor y tomar asiento, mientras Susana se vestía adecuadamente para atenderlos y él se daba un “regaderazo”.

Minutos después, al salir del baño debidamente vestido con un pantalón azul y camisa del mismo color con tenues rayas de un azul más intenso, José Alonso se sorprendió al ver que el comedor estaba iluminado, por la brillante luz que despedían cuatro velas elegantemente colocadas sobre la mesa, repleta de víveres y botellas de licor, y cuando su amante le dijo que sólo le esperaban para cenar y brindar.

-Vamos a tomar, amigo-le dijo, confianzudamente, Erasmo con marcado acento norteño-. No se ofenda ni se sienta incómodo, todos alguna vez hemos pasado por estas malas rachas.

José Alonso sólo le dedicó una sonrisa de comprensión y se sentó a lado de Susana, que con sus labios le rozó los suyos, como una forma de decirle cuánto le amaba y deseaba en

aquellos momentos.

Durante la charla, y al calor de las copas que abundaron, a sabiendas de que el anfitrión era un agente Judicial Federal, sin temor ni falso rubor sino más bien con orgullo, Erasmo le confió que era gente de García Ábrego. En reciprocidad a tanta confianza, José Alonso le dijo que él conocía y mantenía cierta amistad con algunos hombres dedicados al negocio. Aceptó que no era una blanca palomita y de vez en cuando recibía algunos obsequios de aquellos individuos a los que nada les faltaba, "pero el dinero nunca alcanza", se quejó. Rebeca, por su parte, le confesó que Erasmo, al enterarse de que era el novio de su hermana, le pidió que los presentara, pues quería conocerlo atraído por su fama de hombre cabal y güevudo. Comentario que provocó fuertes risotadas de todos, y Erasmo aprovechó para ir al grano:

-En realidad, José, quería conocerte y hablar contigo. ¿Podemos hacerlo ahora?-dijo, llamándole sólo por su primer nombre, a lo que el aludido no chistó y hasta parecía le agradaba.

Por naturaleza, José Alonso era sumamente desconfiado y reservado, mucho más frente a las mujeres de las que, decía, en la cama, después de cogerlas, "hablan hasta de su madre", por lo que disculpándose del resto de los amigos, pidió a Erasmo que le acompañara a una de las dos recámaras, donde podrían hablar sin interrupciones y abiertamente.

Antes de esa reunión, como ya se dijo, Erasmo había oído hablar de José Alonso. Estaba enterado de cómo había frenado a uno de los más feroces asesinos de *El Cacho, El Checo* Balboa, y la forma como mantenía bajo control a la mayoría de los pandilleros de la zona. Aun así, no se sentía intimidado por su fama y le tenía simplemente por un hombre que, con un pequeño empujón, estaría dispuesto a trabajar con quien le proporcionara lo suficiente para mantener aquel ritmo de vida que continuamente le tenía en bancarrota, y de ser posible acumular algo con vistas a la vejez.

Sabía que había ingresado a la DFS a principios de 1983; que como policía tenía las manos metidas en casi todo; bajo las órdenes del comandante Chao López, ganó fama por su

facilidad para adaptarse entre los criminales y los representantes de la ley. Sabía que por esos tiempos se le etiquetó con el mote de *El Amable,* por su elegante forma de vestir, trato amable y gentil; que no obstante sus finas maneras, se le consideraba un hombre peligroso y temido; que su mayor talento consistía en que personalmente se encargaba de realizar sus trabajos. Debido a todo esto, rápidamente se había ganado la confianza de Chao López y la larga lista de jefes de la DFS en Matamoros, los comandantes y delegados de la PGR en el estado y en especial los comisionados en esa localidad, su ciudad natal. Por ello, no era raro que estuviera enterado o metiera las manos en casi todo: introducción de drogas en mediana escala, casas de juego, palenques, prostíbulos, fayuqueros (contrabandistas de electrodomésticos, vinos, juguetes, etcétera) moteros (vendedores de mariguana en menor escala), polleros o pateros (introductores de ilegales), yonkeros (dueños de los lotes de autos usados, la mayoría robados), etcétera, a los que-a nombre de la DFS-cobrara mensualmente las cuotas establecidas.

Erasmo también estaba enterado que *El Amable* había abandonado la DFS a mediados de 1985, por los motivos ya comentados en otro capítulo. Sabía que había reingresado a la policía a principios de 1986, cuando Javier Pesqueira Moreno, tras de ser nombrado delegado de la PGR en Reynosa, lo nombró su segundo en el mando, "pues tú conoces a *todos* en el estado". De esa manera fue como *El Amable* había dejado la DFS y tomado posesión como comandante de la PJF en Reynosa. Cargo que desempeñaba ahora que era visitado por Erasmo, por instrucciones deGarcía Ábrego.

Por eso Erasmo estaba ahí. Por eso éste hacía todo lo posible por causarle buena impresión a su anfitrión, con quien desde el primer momento había simpatizado, por su desparpajada forma de comportarse y su marcado desprecio por todos los principios morales.

José Alonso escuchaba con interés las brutales historias que Erasmo, a solas y ya entrado en confianza y copas, le contaba sobre la guerra que su temido jefe sostenía en contra todos aquellos que intentaban competirle en el negocio. Mientras le

escuchaba, se percató que ambos tenían mucho en común. Ambos eran vanidosos, cuidaban mucho su aspecto personal, eran sumamente ambiciosos y desconfiados. Por eso, en la privacidad de la recámara alejada de la sala donde degustaban las mujeres y Alfredito, fumando cigarrillo y bebiendo vino, lo miraba con curiosidad. Sabía que Erasmo hablaba en serio cuando le comentaba todo aquello de Juan, de su interés por conocerlo y las muchas ventajas que obtendría si trabajaba para el capo. Estaban disfrutando de la húmeda noche, y el mundo que los rodeaba les producía una reconfortante sensación de seguridad. De pronto, Erasmo le preguntó:

-Tengo que hacerte una importante propuesta. ¿Qué quieres escuchar primero, lo que puedes obtener o el asunto?

-¡Desde luego lo primero: cuánto podría obtener!-contestó sonriendo José Alonso.

-Un *madral* en efectivo-dijo Erasmo-; un trabajo permanente con don Juan. Dinero de verdad, no como la chingadera que ahora ganas como policía; un buen auto y todas las mujeres que te puedas coger; lana en grande..., harta lana.

-Me parece bien-le interrumpió satisfecho José Alonso-. Pero antes habrá que *bajar* a alguien, ¿verdad?

-Yo seré quien lo haga-contestó seca y cínicamente Erasmo, mintiendo.

-¿Y por qué yo no?-se escuchó sorprendido José Alonso-. Soy agente de la Judicial Federal; tengo una placa que me permitiría hacerlo legalmente, y más tratándose de un cabrón fuera de la ley.

-Porque el *trabajo* me lo encargó a mí don Juan-contestó Erasmo con viveza.

-¿Entonces qué tengo qué hacer yo?-preguntó José Alonso-. ¿Hacerle cosquillas mientras tú le das?

-Sólo*ponérmelo*. Tú lo conoces y sabes dónde localizarlo. Yo no-dijo Erasmo, y a continuación le explicó toda la operación. José Alonso lanzó un silbido de admiración cuando supo de quién se trataba.

-¿Por qué ese cabrón? ¿Supongo sabes que está muy bien relacionado?-preguntó.

-Porque es un hijo de puta; que logró un buen *jale* y ya se

siente don chingón, como para desplazar a don Juan. No lo conoce personalmente, y se la pasa insultándolo, le mienta la madre y se burla de él.

José Alonso tenía sus dudas. No por las relaciones políticas del sentenciado, sino porque por primera vez, aun como testigo, participaría en un asesinato a sangre fría.

Erasmo decidió añadir algo más:

-¿Supiste de algunos cargamentos que recientemente pasaron por aquí?-preguntó-. Pues eran de ese cabrón. Dio el golpe con el apoyo del gobernador Martínez Manautou y un funcionario del Ayuntamiento, un gordo... ¿Cómo es y dónde puedo encontrarlo, José?

José Alonso se pasó un buen rato dudando. Estaba a punto de hacer algo que quebrantaba la única regla que se había prometido respetar: no encubrir ni participar en asesinatos a sangre fría. Había liquidado a varios hombres, pero sólo cuando su vida estuvo en peligro o el adversario era un asesino, "una basura de la sociedad", decía. Y ese era el caso de aquel mafioso que molestaba a don Juan, él como policía lo sabía cabalmente. De hacer el *trabajo*-reflexionaba febrilmente, mientras Erasmo le instaba a ayudarlo-, dejaría a la sociedad sin una alimaña y de paso se ganaría unos buenos dólares, que tanta falta le estaban haciendo en esos momentos. Y con una poco de suerte, tal vez don Juan le proporcionaría un trabajo bien remunerado en su organización, pues también ya se había cansado de vivir al día, con su salario de federal.

-Nunca diré a nadie cómo lo he averiguado-le pinchó Erasmo.

José Alonso no era ingenuo. En cuanto Erasmo le había hecho aquella propuesta, de inmediato supo que él sería quien haría el *trabajo*. Aún así, vaciló un instante antes de decir:

-De acuerdo-dijo-. Pero yo te acompaño y lo haces en este mismo momento... Supongo que luego me llevarás con don Juan ¿verdad?

-¿Ahora, mismo?-preguntó sorprendido Erasmo.

-Sí-contestó con dureza José Alonso-. Ahora mismo. Una cosa, como me delates, voy por ti.

-No te preocupes-dijo jovialmente Erasmo-. Como te delate,

don Juan primero me liquida a mí y luego a ti. Ahora sólo hay que hacer un plan.

Pero nada se desarrolló como lo planearon. Deliberadamente, José Alonso no cumplió lo planeado. Fue inevitable. Cuando Erasmo y él llegaron a la pequeña bodega donde regularmente asistía el novel mafioso, casualmente salía solo, caminando rápido pero distraídamente en dirección a su vehículo, estacionado a unos cuantos metros frente a la bodega. José Alonso lo vio, y sin decir nada a Erasmo, ágilmente saltó del auto en el que apenas habían llegado y le llamó, como si fueran viejos conocidos. El sorprendido hombre volvió el rostro y miró a un sonriente desconocido que acortaba distancia y le decía algo que en ese momento no entendió.

-Oiga, don-dijo José Alonso mientras se acercaba, mostrando una amplia sonrisa-, tengo un asunto que le podría interesar.

-¡Eh!-contestó, desconcertado el novel traficante-. ¿Un asunto?

-Sí-agregó José Alonso, intentando acercarse más-. Le aseguro que le interesa.

Pero el hombre ya había recobrado su aplomo y desconfianza ante los desconocidos, por lo que con una mano le indicó no se acercara más, al tiempo que con voz ronca y cortante preguntaba y reponía:

-¿Lo conozco, amigo? Si es así, venga mañana, en horas de oficina.

José Alonso frenó sus pasos. No intentó más. En esos momentos vio la conocida regordeta figura del influyente funcionario municipal saliendo de la bodega, seguido de un corpulento individuo que al verle, tal vez por su instinto criminal o sólo reflejo, se llevó la diestra a la cintura, como intentando sacar su arma y moviéndose hacia él. Pero el traficante les gritó algo e hizo enérgicas señas con ambas manos mientras subía a su vehículo, acción que al regordete funcionario público y al enorme guardaespaldas les obligó a olvidarse del intruso y, presurosos, abordaron también el mismo auto, sin dejar de mirar al intruso.

Entonces José Alonso regresó al Chevy nova donde,

asombrado, le esperaba Erasmo. Y antes de que éste pronunciara palabra alguna, firmó mentalmente una sentencia de muerte contra aquel hombre.

Ocurriera lo que ocurriera, él se encargaría del hablantín traficante, aunque tendría que hacerlo de inmediato y con mucho cuidado, pues había comprobado que no andaba solo y portaba armas. Estaba seguro que el hombre le había visto bien, probablemente con capacidad de reconocerlo en cuanto le volviera a ver. En caso de que hubiera sido así, tanto él como Erasmo corrían peligro. Fue cuando decidió *hacerlo* en esos mismos momentos.

Faltaba poco para la medianoche y las calles estaban desiertas. José Alonso le dijo a Erasmo que siguiera la marcha del vehículo. Erasmo le miró, sonriente, pero no dijo nada, sólo pisó el acelerador y siguió hábilmente al auto. José Alonso examinó su nueve milímetros de dieciséis tiros, que destelló a la luz del alumbrado público; hurgó entre sus bolsillos y cuando comprobó que traía su cargador extra con suficiente parque, le pidió a su cómplice que se emparejara al auto, dejándolo a él del lado del conductor que era precisamente el político mafioso. Hasta entonces y no antes, Erasmo le preguntó, incrédulo:

-¿Es él? ¿Ya?

-Es él-contestó José Alonso-. Y si no queremos que antes él nos dé a nosotros, tenemos que hacerlo orita.

A lado del traficante, en el asiento del copiloto, viajaba el obeso político estatal y en el asiento posterior el corpulento guardaespaldas. En cuanto el mafioso observó que les seguían en un Chevy, no pudo evitar un gruñido malhumorado de alarma. Ordenó a su ayudante que preparara sus armas y, si era necesario, se deshiciera de quienes les seguían, mientras tanto él imprimía mayor velocidad. El gordo, no acostumbrado a las armas, sudaba copiosamente en su asiento y a través del espejo retrovisor y los vidrios de la ventanilla trasera, nerviosamente no dejaba de mirar cómo el Chevy intentaba emparejarse a su vehículo.

-Esos hijos de puta casi nos alcanzan. Tienes que darles un escarmiento-dijo el traficante, dirigiéndose a su guarura-. En

cuanto los tengas al alcance dales duro...

Erasmo era un conductor experto. Como no había tráfico, instantes después logró emparejarse al lujoso vehículo cuando entraban a la zona de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, entre una calle diagonal y la Siete, dejando a José Alonso del lado del conductor. Un segundo después, se oyó el ruido seco de un disparo y el vidrio de la puerta delantera del lujoso vehículo saltó en mil pedazos. El grueso cuerpo del funcionario municipal pareció dar un salto hacia un lado, chocando contra la puerta.

El novel traficante, al ver la metálica boca de la Browning de José Alonso, milagrosa y rápidamente se había inclinado hacia delante, lo que de momento salvó la vida. Instintivamente su pie pisó con más fuerza el acelerador y el vehículo saltó hacia delante; tratando de evadir a sus atacantes viró hacia la zona habitacional, internándose entre las calles seguido muy de cerca del Chevy. Hasta entonces su ayudante comenzó a accionar su poderosa arma contra los dos atacantes, que seguían disparándoles.

En su zigzagueante carrera, los tripulantes del lujoso auto de pronto se vieron encajonados en el estacionamiento de un centro comercial que no les permitía seguir adelante ni retroceder. Tanto el traficante como su ayudante habían sentido dos impactos que rasgaban sus carnes, pero al ver cómo en el asiento del copiloto el cuerpo sin vida del adiposo-reclinado en la puerta delantera y con un agujero en la cabeza-brincoteaba macabramente, el miedo a morir les había impulsado a continuar su endemoniada huida, que ahora suspendían al no poder moverse ni para atrás ni para adelante.

Pistola en mano, el guardaespaldas saltó del auto dispuesto a defender su vida, dejando a su suerte a su jefe que, impávido y paralizado por el miedo, permaneció frente al volante. Pero no había contado con la rápida acción de sus atacantes, que también ya habían descendido del Chevy y, ambos, caminaban hacia ellos con sus armas listas para accionar. Una tercera bala se alojó en la espalda del guardaespaldas, pero siguió corriendo. Los dos disparos siguientes le acertaron en la cabeza, haciéndole caer de bruces en medio de la calle y un

gran charco de sangre. Entonces, los dos hombres se dispusieron a rematar al mafioso que, debilitado por la pérdida de sangre por las dos heridas inferidas, estaba reclinado sobre el volante sin soltar su pistola. Cuando levantó la vista, por el hueco de su ventanilla donde antes había estado el vidrio, vio a los dos pistoleros fuera del auto apuntándole con sus artefactos. Ya no supo más. Se escucharon dos nuevos disparos. Al penetrar las balas en su cabeza, su cuerpo saltó violentamente sobre el cadáver del gordo funcionario municipal, quedando los dos entremezclados por su sangre.

Los dos pistoleros abordaron el Chevy, tan pronto vieron que se acercaban dos coches de la policía. Una de las patrullas se estacionó frente al lujoso auto, mientras el segundo se daba a la tarea de seguir a los que huían. Uno de los agentes de la primera patrulla se asomó al interior del vehículo, metió la mano en la chaqueta de los dos muertos y de uno de sus bolsillos sacó sus respectivas carteras. Miró sus identificaciones y llamó, emitiendo un ligero silbido, a uno de sus compañeros. Luego se aproximó al cadáver del guadaespaldas, e hizo la misma operación. En cuestión de minutos el lugar estaba lleno de policías uniformados y vestidos de paisano.

Durante los minutos que duró la persecución, José Alonso tomó el volante. Conocía tan bien la ciudad y sus muchas entradas y salidas, que en realidad no le fue tan complicado deshacerse de sus perseguidores. Aún así, para cuando terminó la persecución, el Chevy prácticamente estaba inservible. Al ver que la segunda patrulla no frenaba frente al lujoso auto y les seguía, imprimió mayor velocidad, tomó la avenida Buenavista hasta salir a la San Francisco; luego la Dieciocho para seguir por la Sexta y dar vuelta por la Séptima. Durante esa loca carrera, el auto saltó las banquetas y deshizo su carrocería al pasar por donde se creía no cabría y mucho menos cruzar. Los patrulleros declinaron continuar su persecución, al comprobar que su unidad no podría hacer todas esas maniobras, sin deshacerse y quedar lista para el deshuesadero.

De haberlos seguido, los patrulleros hubieran visto que los

gati-lleros regresaban a buscar refugio en el departamento de José Aonso, donde les aguardaba Susana, Rebeca, Alfredito y las dos hermanas de Toño Fernández, el agente del Resguardo Aduanal y del Registro Federal de Vehículos, para seguir la juerga.

## 32.-*El Amable* y Juan; Matamoros, febrero de 1987

Al día siguiente, a altas horas de la noche, José Alonso y Erasmo llegaron a las oficinas de Juan, ubicadas en la calle de Sendero Nacional. Sin descender del Chevy vieron que la entrada principal estaba interceptada por una cadena. Los potentes reflectores instalados en lo alto y a lo largo de la enorme barda que protegía la propiedad lo iluminaban todo y, no obstante lo avanzado de la noche, por lo menos había una docena de vehículos estacionados en su interior.

Desde el interior del destartalado vehículo, José Alonso observó que cuatro hombres a los que no conocía y portaban metralletas estaban detrás de la pesada cadena. Uno de ellos, con acento norteño, sin moverse de su lugar, con rudeza les preguntó:-¿Qué quieren?

Antes de identificarse, otro de los hombres que ya se había acercado y asomado al vehículo, le dijo:

-Quita la cadena, es el jefe Erasmo.

Erasmo le indicó a José Alonso estacionarse a lado de los otros vehículos ya aparcados. José Alonso siguió a Erasmo a través de un galerón que conducía hasta la oficina de Juan, donde otra media docena de hombres fuertemente armados montaba guardia.

Las instalaciones parecían estar llenas de desconocidos y uno que otro conocido. Cuando llegaron al *living,* vieron a tres hombres sentados en un sofá fumando. En una mesita, frente a ellos, había vasos con bebidas. Esperaban ser recibidos por el señor de la casa. Junto a ellos, en otro sofá, se sentaban los

hermanos Erick y Francisco, *Panchito,* Linares, dos jóvenes que parecían tranquilos, pero en realidad estaban tensos y sus rostros y manos sudaban. A unos metros de los nerviosos hermanos, de pie, otros tres corpulentos guardias, cuyos rostros permanecían impasibles, los vigilaban.

José Alonso vio con curiosidad a los dos jóvenes. Los conocía de vista. Sabía que eran guardaespaldas y matones de Juan. En la estancia estaban René Munguía y otro hombre que no pudo reconocer. No era necesario ser muy observador para comprender que aquellos dos muchachos con cara de pillos estaban en problemas, por lo que preguntó a Erasmo, que caminaba a su lado y había evitado siquiera mirarlos:

-¡Cómo que no todo está bien con estos dos!, ¿verdad?

-Se pasaron de pendejos, y el jefe está encabronado, sólo eso-contestó en voz baja-. Ya llegamos. Ahora permíteme, deja avisarle al señor Juan que estás aquí.

José Alonso vio como Erasmo tocaba suavemente una puerta de fina madera y después se perdía tras de ella. Aún no decidía si tomar asiento o esperar de pie, cuando reapareció Erasmo para informarle que de inmediato sería recibido por García Ábrego.

La puerta daba acceso a una soberbia oficina en la cual una puerta vidriera cerrada permitía ver un espléndido jardín en la parte trasera. Al entrar, José Alonso vio la robusta figura de Juan en una alta silla que parecía un trono, acompañado de otros individuos que sentados frente al televisor, dejaron de ver un juego de béisbol y beber whisky para mirarle fijamente. Eran Plácido, *Chito,* Guerra, primo hermano del capo; José Carlos Reséndez Bertolucci, *El Amigazo;* el licenciado Reyes, Fernando Herrera y Francisco Pérez Monroy, *El Paco.*

El suntuoso mobiliario de la oficina, constaba de sillones gigantescos, sofás largos y anchos y mesas de mármol macizo. Todo parecía el marco perfecto para el jefe mafioso que, al verle entrar, salió detrás de un enorme escritorio de caoba, y ante la sorpresa del recién llegado, extendió los gruesos brazos para abrazarle efusivamente, como si fueran más que viejos conocidos, amigos. De pie, Juan era alto y muy ancho de complexión. Su abundante cabello negro, quebrado como el de

un enorme cupido, y esmeradamente peinado, coronaba una cabeza leonina. Sus ojos, castaños estaban incrustados por encima de las carnosas mejillas. Su boca era delicada y, por debajo de ella se mostraba un poderoso mentón debidamente rasurado, permitiendo ver una ligera papada. En su grueso rostro tenía clavada una respingada nariz, pequeña para tan enorme cara de la que sobresalían un tupido bigote perfectamente delineado y negras cejas.

Sin embargo, por debajo de aquella imponente figura, Juan seguía siendo un rústico ranchero. Unos ajustados pantalones de mez-clilla rodeaban su amplia cintura sostenidos por un grueso cinturón de piel de canguro. La enorme camisa de fina seda estampada era nueva. No llevaba corbata ni chaqueta y sus pies avanzaban por el piso de mármol calzados con puntiagudos botines de fina piel también de marsupial.

Juan no parecía el hombre sin escrúpulos del que tanto se hablaba en algunos sectores de la sociedad mexicana, ni que fuera un traficante de drogas. Resultaba increíble que aquel robusto individuo fuera el responsable de decenas de muertes. Que mandara en Tamaulipas mucho más que el gobernador. Y que fuera más rico que muchos banqueros y empresarios mexicanos.

Repuesto de su sorpresa, José Alonso pudo observar lo enorme y ostentosa que era aquella oficina de la que había escuchado hablar cosas fantásticas, donde, sin lugar a dudas, aquel hombre había resuelto muchos problemas, y decidido sobre la muerte de no pocos seres humanos.

Ante de llegar ahí, José Alonso ya conocía a Juan. En un par de ocasiones, uno de los hijos de don Juan Nepumoceno y primo del capo, se lo había presentado en el centro nocturno Marys. Además, su padre y su hermano Javier le arreglaban sus equipos de trabajo (maquinaria) desde hacia tiempo.

Tras del efusivo recibimiento y un “¿cómo estás?”, el capo procedió a presentarle a sus acompañantes que también dejaron sus asientos para saludarlo y darle la bienvenida. Luego, con su conocida forma bronca de hombre de campo, les ordenó que salieran porque quería platicar en privado con Erasmo y José Alonso. Apenas estuvieron a solas, Juan preguntó:

-A ver, Erasmo, ¿explícame qué pasó?

Erasmo expuso el asunto sin muchos rodeos, aunque con admiración.

-Debería usted de haber visto. En cuanto le comenté de qué se trataba, no le interesó saber que aquel tipo era realmente *pesado,* ni dejar a su novia para hacer el *trabajo*, ni tampoco despedazar su carro.

Al escuchar aquello, Juan hizo un gesto de simpatía y exclamó efusivamente, dirigiéndose directamente a José Alonso:

-¿Entonces, tú, Pepe?-dijo, tomándole ambas manos y viéndole fijamente a los ojos-. Mis respetos, Pepe, mis respetos. De todos modos-agregó dirigiéndose a Erasmo-, hay que comprobarlo, porque si quedó uno, vamos a tener problemas. Acuérdate que el cabrón siempre andaba acompañado de gente *pesada.* ¿Cómo te sientes, Pepe?

Cuando José Alonso le dijo que "bien, señor" y le dio algunos detalles de cómo se cumplimentó el *asunto*, se sorprendió al ver lo bien que Juan parecía aceptar sus palabras y enarcaba sus negras y tupidas cejas al comentar con admiración:

-¡Ah, si supieran tu papá y tu hermano dónde andas y lo qué hiciste!

Enseguida lo invitó a beber whisky y a tratar otros asuntos de la organización. Entonces José Alonso comenzó a sentir una extraña sensación de bienestar al escuchar al "Patrón" lo bien y mucho que hablaba y repetía sobre aquella hazaña recién ejecutada. Hasta creyó que a su lado, bajo su protección, órdenes y conducción, podría convertirse en un hombre rico y hasta poderoso. Los fantásticos pensamientos los tuvo por un momento, cuando su nuevo jefe que le había pedido se sentara a su lado, acercó su grueso rostro y, como en un susurro, le externó:

-Te voy a pedir otro favor-dijo a un sonriente y orgulloso José Alonso, mientras le pasaba el brazo por encima del hombro, ante la mirada complacida de Erasmo pues, después de todo, él había sido quien lo había "encontrado" y llevado ahí, y Juan sabría recompensarlo.

-Erasmo-ordenó Juan-, dile a Fernando (Herrera) que me traiga las bolsas que le di a guardar.

Juan esperó hasta que se presentó su hombre de las finanzas, trayendo tres abultadas bolsas de papel estraza (de las que se acostumbran para cargar el pan), en cuyos bordes asomaban gruesos fajos de dinero americano, y se las entregó.

-Gracias, Fernando, déjanos a solas-dijo Juan tomando las tres bolsas para de inmediato tendérselas a José Alonso, que con un movimiento de cabeza se negó a aceptarlas.

-¡Tómalas, son tuyas!

José Alonso no salía de su sorpresa. Estaba ahí, a solas, frente a uno de los traficantes de drogas más poderoso del país; el hombre que vestía pantalones y camisas de quinientos dólares, botines y cin-turón de piel de canguro de tres mil. Estaba hablando con el heredero del imperio del otrora temible *Padrino de Matamoros*, imperio que a sangre y fuego cada día hacia más poderoso y temido; estaba frente a Juan García Ábrego, quien de un modo personal le pedía un “gran favor” y le tendía tres bolsas de papel con fajos de dólares, y él se sentía halagado.

Juan no comprendía la negativa de aceptar aquella generosa recompensa-su gesto de incredulidad así lo indicaba-, por lo que insistió:

-Tómalas, Pepe, las bolsas son tuyas.

Pero José Alonso negaba vigorosamente con la cabeza. Aunque lo necesitaba y en su charla con Erasmo así se lo había externado, intuía que de esa manera, posteriormente, su recompensa sería mucho mayor, así que se permitió mentir un poco:

-Comprenda, don Juan, no podía permitir que un tipo como aquel se burlara y le ofendiera a usted-dijo José Alonso.

Juan sonrió a su nuevo hombre, y contestó:

-Bien. Las bolsas aquí estarán, para cuando decidas llevártelas. Ahora te voy a decir de qué se trata el favor que quiero me hagas.

Por primera vez en aquel rato, Juan se condujo con frialdad.

-Pepe, tú has de conocer a los hermanos Linares, al Erick y al *Panchito*. Los dos que esperan allá afuera. ¡Ya me tienen

hasta la madre!-dijo Juan, alzando la voz.

Al oírlo así hablar, José Alonso hizo un movimiento nervioso con la cabeza, y Erasmo, que estaba cerca de ellos, con los brazos cruzados, sonrió sardónicamente.

Juan continuó. Su voz era helada:

-Creen que porque trabajan para mí, pueden hacer a su antojo. Sus arrebatos me han traído muchos problemas, *calientan* la plaza y eso no me gusta; no lo debo tolerar ni me conviene.

Hizo una pequeña pausa y, antes de continuar, dirigió a José Alonso una sonrisa.

-Acudo a ti, Pepe, porque me has demostrado que sabes hacer bien las cosas; que se puede confiar en ti.

José Alonso intentó hablar, pero Juan levantó la mano en señal de disconformidad. Enseguida, dijo:

-No, déjame explicarte. Los muy cabrones piensan que yo les debo aguantar todo. No se preocupan de que sus chingaderas pueden afectar el negocio, mi negocio; me hartaron, y yo no soy de los dejan pasar las cosas que me afecten.

La ira contenida de Juan, hizo estremecer a José Alonso, quien encontró fuerzas para decir:

-Si en algo puedo ayudarlo, don Juan, delo por hecho.

Juan puso una mano sobre el hombro de José Alonso y, preguntó:

-Bien, Pepe, ¿qué crees que se deba hacer con ellos?

Antes de hablar, José Alonso se aclaró la garganta, inclinó la cabeza como muestra de respeto y dijo con voz emocionada:

-Don Juan, con gusto hablaré con ellos, si con eso puedo ayudarlo a usted. Don Juan-agregó sin arrogancia, pero mintiendo deliberadamente, en un intento por evitar que las cosas se salieran de control-, sé quién es usted y la forma cómo castiga a quienes le fallan. Pero también sé que usted es un jefe que sabe perdonar a sus hombres. No se puede negar que a veces hay que apretar las tuercas, para que el negocio camine mejor. Lo que quiero decirle, señor, es que aunque muchos así lo quisieran, ni usted ni yo matamos sólo por matar...

Al oírlo hablar así, más que enfadarse, Juan, con una ligera

inclinación, dio a entender que había entendido la alabanza.

-Entonces-preguntó-, ¿cuál sería el castigo para ese par de her-manitos?

-Déjeme a mí meterlos al redil; a enseñarles que si siguen como hasta hoy, las consecuencias no las contarían-fue la respuesta de José Alonso.

Juan aguardó a que José Alonso siguiera hablando. El agente federal hizo acopio de audacia y continuó, con tono de respeto:

-Ellos saben que sin usted, no pueden seguir en el negocio. Por cómo los acabo de ver, saben que están en problemas, porque créame don Juan, le tienen miedo.

Satisfecho con lo que oía, Juan nuevamente puso su mano sobre el hombro de José Alonso y dijo:

-Bien, Pepe, ese par es tuyo ¿qué harás con ellos?

-Muy sencillo, señor, orita me los llevaré a San Fernando y mañana hablaré con ellos. Si después de hacerlo veo que no tienen remedio; los pongo en un autobús que los lleve a su tierra.

-De acuerdo-dijo Juan, un tanto sorprendido de cómo aquel policía le había solucionado un asunto que a él mismo le incomodaba-. Pero como desbarataste tu carro, ten-dijo alargándole las llaves de uno de sus vehículos y las tres bolsas de papel estraza-, llévate una de mis camionetas y las bolsas, sino como un regalo mío, si para los gastos que tengas que hacer para que ese par de cabrones. Luego te espero aquí, ¿entendido, Pepe?

-Desde luego, don Juan-contestó José Alonso.

Cuando la puerta se cerró detrás de José Alonso, Juan se volvió a Erasmo y dijo:

-Tenías razón, ese Pepe es un tipazo. Mañana pasas a la casa, a las siete. Lleva a Pepe, desde hoy es uno de los nuestros.

Al día siguiente, la vida de *El Amable*, cambió radicalmente. Por órdenes expresas de Juan, siempre le acompañaría lo mismo cuando estaba en sus oficinas, en su casa, o salía de viaje. De la noche a la mañana, se convirtió en el hombre de su total confianza; el mismo que encabezaba y dirigía a su

veintena de guardaespaldas, que de inmediato, y sin chistar, acataban sus órdenes y le rendían cuentas. Para formalizar el asunto, un día José Alonso escoltó a su jefe a su oficina donde le aguardaban sus principales colaboradores. Se sentó en su sillón de cuero y le pidió hiciera lo mismo frente a él.

-Pepe-dijo Juan-, a partir de hoy serás mi jefe de ayudantes. Aunque debo advertirte que habrá trabajo muy importante por hacer.

José Alonso inclinó ligeramente la cabeza en señal de gratitud, pero no dijo nada.

-¿Por qué desde ahora?-agregó Juan-. Está creciendo el negocio y no quiero pasarme la vida con el corazón en un puño. Necesito a mi lado gente como tú. Te encargarás de organizar mi protección personal y manejar a la gente que creas necesaria. Verás que haremos muy buenos negocios juntos.

José Alonso se sintió abrumado por tanta generosidad. Generalmente era un hombre que sabía manifestar su gratitud o sus quejas con vehemencia, pero en esos momentos su gratitud era tan grande que lo único que pudo hacer fue levantarse para abrazar a Juan.

El robusto capo correspondió al fuerte abrazo y lo miró sonriendo mientras le decía en broma o mucho de verdad:

-Tal vez no lo sepas, Pepe, pero acabo de decidir tu destino.

Todos los testigos rieron de buena gana, e incluso José Alonso sonrió.

Los hermanos Linares: Erick y Francisco, eran dos individuos que pisaban los veintiséis y veintisiete años de edad, más o menos. Por un tiempo, dentro de la organización de Juan, ambos se habían ganado un poco el respeto del resto de sus compañeros del clan mafioso, porque con premura y eficiencia efectuaban las ejecuciones que se les ordenaban y acompañaban a Juan en muchas de sus cotidianas actividades. Pero cuando se comprobó que los hermanos disfrutaban demasiado con los *trabajos,* se les empezó a ver con cierto recelo y hasta desconfianza.

-Parece que ustedes dos disfrutan demasiado con los *asuntos* que les encarga El Señor-les dijo un día Juan Manuel García, *El Quince,* uno de los pocos miembros de la organización al que Juan le dispensaba su simpatía y amistad.

-Los muertos no hablan-contestó Erick con desparpajo, mientras *El Panchito,* su hermano, sonreía avalando sus palabras.

-El Señor todavía no sabe nada de sus chingaderas-mintió *El Quince,* al que se le conocía como el lleva y trae de la organización-. Lo que ustedes hacen es un riesgo innecesario para el grupo, y eso no le gusta al Señor. Además, corren rumores de que han *bajado* a varios sin el visto bueno de don Juan.

Los hermanos guardaron silencio, no por miedo, sino por astucia. Lo que aprovechó el locuaz *Quince* para continuar su reclamo, en espera de sacarle algo de provecho, como era su costumbre.

-Se creen muy listos, pero don Juan tarde o temprano se entera de todo. Y no le gustará nada de lo que ya se dice de ustedes dos.

-¿De veras don Juan no sabe nada, mi *Quince?*-preguntó *El Panchito* con cierta inquietud

-Creo que no-contestó el lleva y trae de la organización, con la avaricia reflejada en sus vivaces ojos-. De saberlo, ya estarían ustedes muertos.

Por ese estilo siguió aquella conversación, que pinta más que bien al par de hermanos, que por sólo unos días mantuvieron enfundadas sus armas. Sin embargo, su suerte se agotó cuando, sin la debida aprobación de Juan, en febrero de ese año, asesinaron a las puertas del Piedras Negras, al ex comandante de la DFS, Tomás Morlett, junto con Saúl Hernández.

Cuando Juan se enteró, al principio se molestó sobremanera, pero terminó por aceptar que el asunto, al final de cuentas, resultaba bueno para él, porque tanto Tomás como Saúl se estaban pasando de listos, y se le querían trepar en el mando. Además, y desde luego eso era lo más importante, le habían estado reclamando un cargamento de droga que supuestamente

se había “extraviado”, al caer una avioneta procedente de Chiapas. Lo cierto era que antes de la ejecución, los hermanos se la consultaron a Juan y éste les dijo que en esos momentos no era conveniente. Aun así éstos, tal vez por su consabido gusto por la sangre o por quedar bien con su amo, la llevaron a cabo y eso al capo no le gustó. Por eso se los había entregado a José Alonso, para que él decidiera su suerte.

Tomás Morlett fue acribillado a balazos durante una madrugada de febrero de 1987 junto con Saúl Hernández, traficante que años antes había empezado con Juan en la venta de la yerba. Fueron muertos a una calle de la Presidencia Municipal de Matamoros, entre la González y Abasolo, frente al teatro Reforma, casi a las puertas del Piedras Negras. La luna llena de aquella madrugada brillaba en todo su esplendor, cuando los hermanos Linares, ahora lo sabemos, sin el consentimiento de Juan, vaciaron sus armas sobre los cuerpos del ambicioso ex policía y Saúl Hernández, primo hermano de Javier Hernández, socio de Luis y encargado de las relaciones públicas de la organización de Juan.

Con su vida, Morlett pagó la imprudencia de traicionar a Juan, al continuar transportando cargamentos de mariguana desde Tuxtepec, Oaxaca (donde había sido comandante de la DFS), hasta territorio estadounidense, utilizando la infraestructura y el nombre de Juan sin comunicárselo, mucho menos haciéndole partícipe de las utilidades.

## 33.-La muerte de Pablo Acosta; Ojinaga, abril de 1987

Al atardecer del 24 de abril de 1987, tres helicópteros debidamente artillados despegaron de El Paso, Texas, con dirección al pueblo Santa Elena, pegado a Ojinaga, Chihuahua, donde vivía el narcotraficante que tenía bajo su dominio aquella región desértica del territorio mexicano: Pablo Acosta Villarreal, *El Pablóte*. En dos helicópteros viajaban Calderoni

y una veintena de hombres de su grupo élite, fuertemente armados; vestían pantalón y camiseta negra con las siglas de la PJF. En el tercero viajaban agentes del FBI con sus inseparables armas para acciones de asalto. En secreto podría decirse, las autoridades mexicanas y estadounidenses habían planeado el sorpresivo operativo.

En esos momentos, a las puertas de su finca, Pablo recibía a dos jóvenes mujeres del “otro lado”, que expresamente un lanchero había pasado a través del río Bravo, para que “el patrón” les hiciera la faena mientras sus hombres preparaban el carbón para asar carne y, como todos los días, bebían cerveza y alcohol, con sus armas siempre listas, a su alcance.

En el pueblo Santa Elena, la tarde era sofocante por el calor del desierto; la gente buscaba refugio bajo la sombra de sus casas y había poca actividad en las calles. Las mujeres y los niños evitaban salir y la mayoría de los hombres se dedicaban a las labores del campo.

Cuando los últimos rayos del sol dejaban caer sus candentes rayos sobre aquella parte de Ojinaga, Pablo regresaba después de haber acompañado a las dos mujeres hasta las orillas del río Bravo. Todavía alejado de su finca, vio que un avión sobrevolaba el pueblo.Apresu-ró el paso. Se sobresaltó al escuchar el inconfundible y rítmico hup-hup-hup que producían las aspas de dos de los tres helicópteros procedentes del territorio estadounidense. El tercero, en el que viajan los agentes del FBI, no ha cruzado la línea fronteriza y sobrevuela su espacio, como un guardían dispuesto a evitar que nadie pueda huir y penetre su terruño.

Pablo supo de qué se trataba. Corrió hasta el interior de su finca, dio la voz de alarma a sus hombres y les ordenó atrincherarse, para repeler cualquier ataque, mientras él hacía lo propio completamente armado.

Los dos helicópteros ahora sobrevuelan al ras de los techos de teja del pueblo, y el hup-hup-hup de sus largas y esbeltas hélices es más intenso, y provoca el espanto de sus moradores, que traen el Jesus en la boca mientras corren, en el interior de sus viviendas, en busca de sus niños más pequeños, para protegerlos con sus brazos. Una de aquellas gigantescas

libélulas desciende a menos de dos metros sobre un sembradío y de su vientre metálico saltan los hombres de negro fuertemente armados. El otro aparato sigue sobrevolando en círculos, en busca de quién sabe qué cosas. Luego se escuchan las primeras detonaciones de las poderosas armas de ambos bandos.

Los poco vecinos que había en las calles, o vivían a unos cuantos metros de la finca de Pablo, habían corrido a ponerse a salvo. Más cuando escucharon varios estruendos de armas que no eran pistolas ni rifles. Más cuando el olor a pólvora empezó a invadir sus viviendas y todo el ambiente del pueblo.

Durante minutos que luego se convirtieron en horas, el intermitente tableteo de las armas de alto poder no cesó. En ese lapso, una veintena de patrullas de la Policía estatal y municipal, con más de cien elementos armados con armas cortas y metralletas de asalto llegaron a Santa Elena, y tras de ponerse a disposición de Calderoni cercaron la finca de Pablo.

A partir de entonces, los vecinos creían escuchar disparos por todos lados, lo mismo desde tierra que desde los helicópteros. Los adultos ordenaban a sus pequeños hijos permanecer tirados en el piso mientras ellos, semiocultos y a través de sus ventanas, observaban como los policías, con sus cuernos de chivo y armas cortas en la mano, se acercaban a la finca desde donde Pablo y sus hombres respondían el ataque.

Calderoni, que minutos antes había bajado de uno de los helicópteros, cruzó la calle para protegerse detrás de una patrulla. Un agente le pasó un altavoz y regresó a su escondite, lejos de los posibles balazos o balas perdidas. Calderoni, entonces, con el altavoz muy cerca de la boca, habló con firmeza, amenazante:

-Pablo Acosta, soy el comandante Guillermo González Calderoni. Venimos por usted. Ríndase, ya no hay escapotoria.

-Vete a chingar a tu madre, Calderoni. De aquí no me sacarás vivo. Sí quieres atraparme, ven tú por mí, puto traidor-gritó en respuesta *El Pablóte,* con voz pastosa.

Calderoni no dijo nada. No había para qué. Todo estaba ya decidido.

Los hombres del grupo élite de la PJF, sacaron de un auto

dos metralletas de nueve milímetros. Desplegaron las culatas y la longitud de las armas casi se duplicó. Volvieron a meter las manos a la patrulla y sacaron cargadores curvos de ráfagas. Calderoni, que para entonces ya portaba un arma similar, con energía les señaló el interruptor selector con el que se podía pasar de la posición de seguridad a disparo manual o disparo automático. Con gruñidos, los federales asintieron mientras montaban el cargador. Entonces, otro agente sacó de una bolsa de lona un cilindro corto muy parecido una potente lente de cámara. Fijó el lanzagranadas a la boca de la metralleta y murmuró algo a sus compañeros más cercanos que rieron entre dientes. Cargó una granada y se puso otra en el bolsillo de atrás. Preguntó a los otros si estaban listos y éstos levantaron sus pistolas y metralletas en dirección a la residencia. Entonces levantó el arma apuntando con cuidado a la ventana del inmueble, desde donde había salido la pastosa voz de Pablo mandando a chingar a su madre a Calderoni, retándolo.

A una señal de Calderoni, el agente disparó la granada a la ventana. Se oyó el sonido de vidrios rotos y enseguida una tremenda explosión, que ocasionó una lluvia de mortero pulverizado e incendió de inmediato esa parte de la finca de adobe. Para entonces ya estaba cargada la segunda granada que entró por la puerta. La segunda explosión se produjo antes de que se apagara el eco de la primera. De inmediato, los federales irrumpieron en la mansión disparando varias ráfagas contra los tres guardaespaldas, que habían salido a su encuentro, a enfrentarlos, en un increíble y suicida intento de proteger a su jefe. Los tres hombres cayeron al instante, con los ojos obtusos, disparando a la nada sus metralletas. Los dos helicópteros de la PGR sobrevolaban por encima de la humeante finca.

Al cruzar la destruida y humeante puerta de metal y madera, los federales llegaron hasta donde estaba *El Pablóte*, o lo que quedaba de él. Estaba muerto. Su robusta humanidad ahora eran pedazos de carne sanguinolenta y chamuscada. Desde la primera explosión, fragmentado, había muerto.

La versión oficial asegura que después de mandar a chingar a su madre a Calderoni, por su propia mano *El Pablóte* se descerrajó un balazo en la cabeza, no sin antes gritarle:

-De aquí no me llevas vivo, tendrás que venir por mí, ¡cabrón!

Lo real es que con la muerte de Pablo Acosta Villarreal, se acababa una leyenda del narcotráfico y se iniciaba otra, la de Amado, a quien se le conocería como *El Señor de los cielos.*

Mientras todo esto se registraba en México, desde Estados Unidos la DEA apuntaba sus baterías hacia Colombia. Había decidido acabar con el imperio de uno de los principales barones de la droga: Carlos Lehder, uno de los más fuertes brazos de Escobar Gaviria. Sabía que estaba en su natal Armenia, donde en 1982 había creado su propio partido político: Movimiento Cívico Latino Nacional, como una posible defensa para evitar ser arrestado. Washington había ordenado su captura y encarcelamiento, a raíz del asesinato del ministro de Justicia de Colombia Rodrigo Lara Bonilla, en abril de 1984.

Lehder supo que estaba en serios problemas, desde que la DEA había detectado las rutas de sus pilotos y detenido a varios de ellos. Ya no tuvo la menor duda cuando fue clausurado el aeropuerto de las Bahamas, que servía de trampolín a las avionetas de Medellín para internarse en la península de la Florida; la ruta que había creado desde 1978.

Mientras ideaba la forma de burlar a la justicia estadounidense, cómodamente apoltronado en la lujosa sala de su fastuosa residencia, Lehder engarzó en su memoria los recuerdos y detalles de cómo había creado una de las mayores infraestructuras del narcotráfico, a sólo ciento ochenta kilómetros de las costas de Florida; antes de que México se convirtiera en el principal puente para la introducción de cocaína pura a Estados Unidos.

Carlos Lehder Rivas, fue detenido por el Ejército colombiano en una de sus mansiones de su natal Armenia, después de una balacera que protagonizaron sus hombres, en un intento por impedir su arresto. Cayó, mientras ideaba cómo burlarse de la justicia estadounidense, que desde hacía años le reclamaba. Irónicamente, apenas se le capcturó, fue extraditado

a Estados Unido, donde sería sentenciado a cadena perpetua, más otros ciento treinta y cinco años. Al ser arrestado se le consideraba como uno de los hombres más ricos del mundo, con un capital aproximado de ¡novecientos ochenta y siete mil millones de dólares!

Así terminó uno de los más hábiles y audaces jefes colombianos de la droga. Pero Norman’s Cay, la paradisíaca isla de Las Bahamas, jamás volvería a ser la misma, pese a que se intentó rescatar la imagen de centro turístico que alguna vez quisieron tuviera antes de la llegada de Lehder Rivas, quien junto con sus matones se distraía “cazando” lagartos con sus metralletas.

# CUARTA PARTE

(1987-1990)

# CAPITULO IV

## El sucesor; Matamoros, 1987

García Ábrego estaba preocupado, no porque su lugarteniente Óscar López se hubiera convertido en traidor, confirmando la máxima de que los hombres suelen cambiar; tampoco porque se vio obligado a aceptar la muerte de los ambiciosos Tomás Morlett y Saúl Hernández, como o aviso a quienes también intentaran traicionarle. No. Lo que en verdad le inquietaba era ¿con quién sustituiría en el cargo a *El Profesor?* El sustituto debía ser un hombre duro y muy inteligente, que inspirara respeto y no se dejara amedrentar por ninguno de los otros miembros de su clan.

Tenía varias opciones, pero por un proceso de eliminación, en su mente sólo quedaron cinco nombres. El primero era Óscar Malherbe de León, *El Compadre*, encargado de las relaciones públicas en la ciudad de México y uno de los principales responsables de las operaciones en Tamaulipas, sede de la organización. Su posición dentro del grupo era muy fuerte, la ideal para cualquier hombre de negocios. Tenía unos treinta años y medía poco menos de un metro setenta, de tez blanca, pelo rubio y mirada agradable pero dura. Juan lo desechó, sin embargo, casi de inmediato, al considerarlo más inteligente y ambicioso que la mayoría de sus hombres, lo que lo hacía peligroso para él mismo.

El segundo era Erasmo Ibarra, el principal introductor de cocaína del grupo en Miami. Erasmo pisaba los treinta años, alto, bien parecido, de gran fuerza física y simpatía personal, que sabía tratar a la gente de manera muy respetuosa. No

obstante, Juan lo descartó después de suponer que no tenía carácter lo bastante fuerte para dirigir a un buen número de hombres duros. Además, pensó, en Miami hacía muy bien su trabajo.

José Carlos Reséndez Bertolucci, *El Amigazo*, el exitoso empresario neolonés y su amigo de infancia, fue el tercero. Era un hombre muy trabajador que junto con Fernando Herrera Vázquez, Rogelio Rodríguez Montemayor y Francisco Castañeda Cantú, le servía de prestanombres y asesor a Ricardo Aguirre Villagómez, *El Kenny Ro-gers*, principal cerebro financiero de la organización y creador de las casas de cambio Colón, en Monterrey, y La Quinta, en Matamoros, al lado de Henry Max Moller Schellhamer y José García González. *El Amigazo* pues, le servía fielmente y no se metía en problemas y eficientemente se ocupaba de *\avar* buena cantidad del dinero del grupo. Sin embargo, Juan consideró que todavía no estaba apto para ocupar un cargo tan importante como el dejado por *El Profesor*.

El cuarto era Francisco Pérez Monroy, *El Paco*, primo, compadre y secretario particular de Juan. Era uno de los pocos hombres que conocía a fondo el negocio y al mismo Juan, pues se trataban desde niños. Por su figura regordeta y trato afable y decente, nadie creería que era un connotado narcotraficante. Juan lo descartó casi de inmediato, porque no tenía el carácter duro que se requería en el cargo vacante. “A las primeras de cambio y con una poca de presión, el primo *Paco* se dobla”, pensó.

Así, después de mucho darle vueltas al asunto, confirmó lo que hacía tiempo ya había decidido. Luis Medrano García sería el hombre fuerte del grupo de Matamoros, después de él, claro. Concluyó que de esa manera, quedaría bien con los colombianos a quienes Luis trataba desde hacía tiempo. Además, era conocida su habilidad y destreza para relacionarse con políticos, militares y policías y, sobre todo, por su probada e implacable ferocidad que mostraba para con sus enemigos o quienes “le faltaban al respeto”.

-Raras cualidades en un mismo cabrón-pensó complacido Juan, mientras recordaba como en 1983, por una simple meada,

junto con *El Vale,* Luis habían matado a los siete policías municipales que los habían intentado detener.

Después de aquella absurda matanza de policías, pasarían cerca de cuatro años antes de que Luis Medrano regresara a Matamoros. Pero lejos de afectarle, el obligado exilio le había ayudado a comprender y a entender a hombres como don Juan N. Guerra. En territorio estadounidense, a través de los miles de mexicanos que anualmente emigran a aquellas tierras en busca de mejores oportunidades, Luis vio lo que hubiera sido su vida si no decide continuar su carrera delictiva. Entendió porqué *El Padrino de Matamoros* decía que "sólo uno y nadie más decide cómo ganarse el pan de cada día".

En todo ese tiempo, muchas veces estuvo a punto de volver a su tierra, pero el temor a ser apresado le detenía. Fundaba sus temores en el hecho de que aún pasados casi cuatro años, la prensa, e incluso la sociedad matamorense seguían interesadas de que se le castigara. A través de terceros, gastó enormes cantidades de dinero para que el asunto se olvidara; pero todo fue inútil, Luis debía de pagar con cárcel el múltiple asesinato.

A través de Juan, hizo que la policía dejara de interesarse en encarcelarlo. Juan aceptó intervenir, porque estaba enterado que su paisano, desde su exilio, había contactado y mantenía nexos con los jefes de Medellín y Cali. Desde entonces Luis le había interesado y tenía la esperanza de llegar a un acuerdo y asociarse con él. Así que un día ordenó llevaran ante él al jefe de los uniformados alborotadores, para hablar. Cuando lo tuvo de frente, prometió de inmediato entregarles a las esposas e hijos de los policías muertos y a él mismo, una suma importante de dinero, a manera de indemnización, siempre y cuando se olvidaran del asunto y de Luis en especial. Desconocemos si el dinero fue pagado o no, pero sí que Juan hizo contacto con Luis. No obstante éste, cauteloso y desconfiado como siempre, esperó todavía algunos meses más antes de regresar a Matamoros, su casa.

Desde el exilio, con sólo veintinueve años de edad, Luis se

había convertido en el traficante de narcóticos más poderoso de la zona fronteriza del noreste del país, después de Juan. Había empezado prácticamente en la calle y ahora era propietario de suntuosos inmuebles en todo Tamaulipas y otras entidades; su pandilla la integraban más de un centenar de individuos y su media docena de guardias personales no se le separaban ni en el sol ni en la sombra; además, contaba con una reserva flotante de colaboradores independientes que trabajaban para él durante una buena parte del año.

Su grupo delictivo prestaba servicios a los colombianos. Con personal fuertemente armado protegía sus cargamentos; les proporcionaba guardaespaldas cada vez que alguno de éstos visitaba el país, y efectuaba tareas de enlace con algunos políticos y altos jefes de la policía o militares que les interesaban a los sudamericanos de Medellín y Cali.

Luis se había hecho célebre porque era muy riguroso con los detalles, inteligente, desconfiado, analítico y de gustos finos; vestía ropas caras y conducía autos de lujo. Aunque más por su habilidad para trabajar en estrecha colaboración con la policía, los militares y los políticos. Pero por encima de todo esto, contaba con el respaldo y aprecio de *La Familia*, y por ende de don Juan y García Ábrego. Elegía cuidadosamente a los miembros de su grupo, y pagaba sueldos lo bastante altos como para que éstos se preocuparan de perder el empleo. Sólo bebía cerveza y muy de vez en cuando tequila, pero sólo con sus amigos más cercanos o en las reuniones que hacía en sus suntuosas fincas tipo californiano, que poseía en muchas partes del territorio nacional y en el extranjero.

Tras del asesinato de los siete policías preventivos, cruzó la frontera y se refugió en Houston, Texas, a donde lejos de perder el tiempo se dedicó a continuar con el trasiego y la venta de drogas. Los grupos colombianos, que no habían dejado de tomar nota de sus actividades, le facilitaron dinero para formar su grupo. Su éxito fue casi milagroso. A finales de 1984, Rodríguez Gacha, *El Mexicano*, de Medellín, le buscó y le convirtió en uno de sus dos principales puentes para introducir la mercancía hasta el corazón mismo de la Unión Americana. Al igual que con Miguel Ángel, los colombianos se

acercaron a Luis, al ver cómo se resquebrajaba su ruta del Caribe con la clausura de los aeropuertos que servían de trampolín a sus avionetas para internarse en la península de la Florida.

Por eso, asociado con los barones de la droga colombianos, los continuos cargamentos de Luis jamás sufrían el menor percance, lo que era bastante frecuente con los de los otros grupos antagónicos. Se daba algún caso aislado de intento de chantaje y algunos traidores habían vendido información a los hombres de la PGR o la DEA, pero eran cosas inevitables. Por sus muchos contactos, Luis tenía acceso informático a información confidencial sobre los otros grupos rivales, y era lógico que cuando Juan necesitaba algunos datos, él se los proporcionaba. En reciprocidad, Juan le ayudaba en algunos casos que requerían de los métodos violentos, de los cuales su gente era especialista, y Luis no deseaba encomendarlos a sus hombres. Aunque también podía hacerlos, los evitaba con la finalidad de hacer sentir a su amigo Juan que de esa manera le pagaba sus muchos favores. Luis, pues, era famoso por poseer la rara delicadeza y discreción de negociar antes de llegar a tales extremos.

En resumen, cuando Juan le propuso asociarse y aparecer como su segundo en el mando de la organización, Luis tenía un negocio próspero y eficiente. Así, del modo más natural, sin muchos rodeos y sin que el asunto fuera discutido en modo alguno, salvo los porcentajes que cada uno obtendría ya como socios-como se acostumbraba entre los hombres dedicados al narcotráfico-, Juan aceptó recibir la mercancía proveniente de Colombia en territorio mexicano y transportarla hasta la frontera con Estados Unidos, con la única condición de que su representante en México, Luis, supervisara y organizara las operaciones. Compromiso que ambos de inmediato aceptaron.

## 2.-El reencuentro; Matamoros, 1987

Ocupados en transcribir quién era el silencioso Luis Medra-no, que a partir de 1987 aparecería como el segundo en el mando del cártel del Golfo, nos olvidamos de reseñar cómo hace su aparición en esta comedia humana, meses después de que Juan "indemnizó" a las viudas y los huérfanos de los siete policías muertos. Es necesario, pues, retroceder un poco y hacer de su conocimiento el retorno a Matamoros de Luis, pero acompañados, por supuesto, de otros nuevos personajes.

Después de un corto viaje de negocios a la ciudad de México, aquel día García Ábrego llegó a Matamoros en las primeras horas de la mañana y, por expreso deseo suyo, nadie le fue a recibir al aeropuerto en la pista La Rosita, donde acostumbraba aterrizar. Iban con él Fernando Herrera y José Alonso. Daban las nueve de la mañana cuando llegaron a las oficinas de Sendero Nacional, a donde le esperaba Luis, acompañado de sus primos José Luis Me-drano González, *El Negro*, y Elías García García, *El Profe;* Sergio Gómez, *El Checo* Gómez, y Óscar Malherbe, *El Compadre.*

-¡Luisito! ¿Cómo está usted?-fue la primera impresión y pregunta de Juan, al verlo, usando un inusual "usted".

El aludido, al igual que sus cuatro acompañantes, dejó su asiento apenas vió a Juan traspasar la puerta de la amplia sala donde le esperaba, y seguido de sus acompañantes, caminó hasta él y estrechó su diestra, al tiempo que contestaba el saludo con una sonrisa:

-Bien, señor, muchas gracias.

Luis era mucho menos corpulento que Juan, pero su aspecto era más adusto. Aunque sencilla, su ropa era de muy buena calidad. Sus botas eran de piel de avestruz. Era un hombre completamente distinto al que años atrás había conocido José Alonso, a quien le había causado una grata sorpresa verlo ahí.

Muy cortésmente Juan invitó a pasar a su oficina a Luis y sus cuatro acompañantes, y antes de que tomaran debido asiento le dijo a su jefe de ayudantes, usando el diminutivo y también anteponiendo el "usted":

-Mire, Pepito, le voy a presentar a mi amigo Luisito, y le quiero pedir un favor muy especial...

-Perdone, don Juan-le interrumpió con respeto José Alonso-,

pero ya conozco al señor.

-¡Cómo!-expresó con sorpresa Juan.

-Sí, don Juan-terció Luis-. Jugábamos fútbol y canicas en el mismo barrio. Así que échele, tenemos muchos años de conocernos.

Todo mundo rió de buena gana, salvo *El Compadre* que solamente sonrió, tal vez un poco celoso de aquella vieja amistad.

Después de varios minutos de las debidas presentaciones de los primos de Luis (a Óscar Malherbe y a *El Checo* Gómez, Juan y los ahí presentes ya les conocían), de pícaras remembranzas que se festejaban con risotadas y de muchas otras cosas que no vienen al caso citar, Juan insistió con su comentario inicial:

-Bien, Pepito. A don Luisito yo lo estimo mucho, y por lo mismo yo a usted le quiero pedir un favor: Dele una vuelta por el pueblo (en referencia a Matamoros). Cuídelo como si fuera yo mismo, y mañana lo espero a las siete, muy temprano.

-Muy bien, señor. Se hará cómo usted dice-respondió José Alonso-. Gracias por su confianza.

-Es importante que vean a don Luis con usted, principalmente los jefes de la Policía Preventiva, ¿me entiende?

-¡Desde luego, don Juan!

Durante todo el tiempo que Luis y sus acompañantes permanecieron en las oficinas de Sendero Nacional, éste fue la atracción principal. En cierto modo, de manera natural, inspiraba el mismo respeto, el mismo temor que Juan. En cuanto a José Luis Medrano González, *El Negro*, la mayor parte del tiempo mantuvo su aspecto hosco, fiero. Él, lo mismo que *El Compadre*, aunque por diferentes motivos, apenas y sonreían.

Terminado el parloteo Juan pidió hablar a solas con Luis, por lo que todos salieron de la oficina. Una vez a solas, Juan dijo a Luis:

-He sabido que ya no tiene ningún problema en el "pueblo".

-Gracias a usted, don Juan-respondió Luis quien, por boca del mismo Juan, sabía perfectamente los motivos de tan

generosa intervención, los cuales también a él le interesaban de sobremanera.

Tras de hablar de los muchos contactos políticos, militares y policiacos y, desde luego, con los principales narcotraficantes colombianos, Juan fue directo a lo que le interesaba que supiera su nuevo socio.

-Don Luis, ni usted ni sus muchos amigos van a perder dinero en el trato. Tendrán una participación muy importante en el negocio.

-Le creo, don Juan-dijo resueltamente Luis-. Por lo mismo empezaré a trabajar en el asunto. Además de que estoy en deuda con usted, estoy convencido de que juntos podemos hacer crecer el negocio.

Juan movió la cabeza en gesto de asentimiento y agregó:

-De acuerdo, don Luis. Mientras comenzamos, usted debe divertirse. José Alonso sabe lo qué debe hacer. Además, me parece que ustedes dos son muy buenos amigos.

-Más que amigos, somos hermanos-dijo muy ufano.

Tal y como se lo había indicado Juan, en cuanto salieron de la oficina de Sendero Nacional, José Alonso no se separó de Luis con quien, en efecto, le unía una vieja amistad que databa desde la infancia; estrecha relación que, de alguna manera, siendo todavía niños y luego adolescentes, había entrado en receso al tomar cada uno su camino. Años antes, cuando ambos por separado se enteraron cómo se ganaban la vida, sólo rieron por la ironía y se juraron que aunque en estricto sentido de la palabra sus trabajos los hacía rivales, pues uno era policía y el otro mafioso, eso jamás afectaría su antigua y jamás olvidada amistad. Así que al encontrarse inesperadamente en la oficina de Juan, al estrecharse la diestra después de tantos años de no verse, más que un saludo, aquello había sido una muestra de verdadero afecto, el reencuentro de dos amigos que el caprichoso destino nuevamente reunía.

Como fácilmente se podrá imaginar, antes de acudir al reencuentro, Luis sabía ampliamente sobre su amigo José Alonso. Estaba enterado de cómo había entrado a la

organización; que era el jefe de la escolta de Juan, cuidando también que nadie le causara problemas. En resumen, era un policía que por dinero protegía al narco. Cuando alguien trataba de pasarse de listo, era él quien ordenaba se le diera una paliza o, en casos extremos, pagara su osadía con la muerte. Así de sencillo.

José Alonso controlaba también la agenda de Juan, y se encargaba de torpedear todos los intentos de entrevistarse con éste, cuando sabía que el solicitante no era bien visto por su jefe o le causaría algún enojo innecesario. Desde esa privilegiada e influyente posición, José Alonso, de haberlo querido, podría hacerse de importantes sumas de dinero, vendiendo su aval para que cualquiera pudiera ver a Juan o, simplemente, traficando de vez en vez y por su cuenta. No obstante, José Alonso era un hombre chapado a la antigua, porque nunca traicionaría la confianza en él depositada, permitiendo que le importunaran individuos que no deseaba ver; por otro lado, jamás se hubiera dedicado a tráficar las drogas sin la autorización de Juan. En estas leales actitudes, chocaba con los nuevos mafiosos como *El Cabezón* Sosa, *El Profesor* Olivares o el difunto Tomás Morlett.

Luis estaba convencido de que su amigo-decía a quienes hablaba al respecto-José Alonso es un "hombre con güevos". Pensaba que con su apoyo nada tenía que temer. De su amistad no tenía ninguna duda. Por todo ello, aunque de momento prefirió no decirlo ni a Juan ni a su antiguo amigo, había decidido que en sus proyectos "empresariales" su hombre de confianza sería José Alonso.

En su largo exilio, Luis había aprendido a controlar su cólera y su odio, a no proferir amenazas. Había aprendido que cuando quería "arreglar" algún insulto o agravio, él personalmente o a través de hombres se podría hacer "justicia". Había aprendido a ser él mismo su previsor social, su capitán, su protector, su vengador. Pero también había aprendido que organizaciones como la de Juan, en los últimos años, se habían convertido en una degenerada estructura, que imponía sus propios tributos en todos los negocios ilegales, por pequeños que éstos fueran. Cuando comprendió todo eso, supo que ya

era tiempo de regresar, y allí estaba nuevamente.

José Alonso se ofreció llevar a Luis a recorrer Matamoros. Luis Aceptó, no sin antes indicarle que primero pasarían por María, su novia. José Alonso dijo que "desde luego" sin intentar preguntar algo más, porque además de ser su amigo, Luis, por orden expresa de Juan, estaba en calidad de invitado. El que su antiguo compañero de juegos infantiles no hiciera ninguna pregunta sobre María, cayó bien a Luis y le confirmaba el buen concepto en el que siempre le había tenido.

## 3.-El enroque; Matamoros, 1987

Resuelto a ser el segundo en el mando de García Ábrego, Luis no perdió el tiempo en buscar al hombre de confianza que le ayudara a llevar cabo los planes de expansión del grupo de Matamoros acordados con Juan; un hombre que incluso adivinara sus pensamientos.

Aunque conocía a José Alonso desde sus tiempos de infancia y le tenía plena confianza, lo tanteó el primer día de su reencuentro durante el recorrido por Matamoros, porque también creía que los hombres suelen cambiar al paso de los años, y los dos habían dejado de verse por mucho tiempo; además, José Alonso había sido policía. Lo encontró sagaz, astuto, ambicioso y atrevido; en una palabra, comprobó que era un "hombre de güevos" y de cualidades suficientes para ser el hombre de su absoluta confianza.

-Teniendo don Juan tantos hombres que con mucho gusto te acompañarían en tus planes, ¿por qué me escogiste a mí?- preguntó José Alonso, apenas Luis le planteó el asunto.

El afilado y moreno rostro de Luis permaneció impasible al contestar:

-Necesito un hombre que tenga amigos entre la Policía, en los puestos clave. Algunos de mis hombres serán atrapados en el transcurso de los meses, eso es inevitable. Necesito un amigo que pueda garantizarme que cuando mis hombres tengan problemas, no van a pasar muchas horas o días tras las rejas. Y

tú, José, tienes muchos amigos en la Policía.

José Alonso no hizo demostración alguna de agradecimiento por el cumplido. Se limitó a comentar, sin importarle la presencia de los cuatro inseparables acompañantes de Luis:

-Pues nomás que tú lo necesites, tendrás oportunidad de probarme. Estarás enterado que en todo el estado se trabaja sin ser molestado por nadie; no es necesario más que a unos cuantos amigos policías dejarles caer unos miles de dólares con alguna regularidad, amigos que yo te iré presentando, y entonces nadie de tu gente se preocupará de ser apresado.

Luis se quedó mirando fijamente a José Alonso, y éste, sin turbarse, agregó:

-Como tú quieras, Luis. Yo estoy muy a gusto con don Juan, pero tú eres mi amigo de toda la vida, y trabajando con él o contigo se puede ganar mucho dinero.

De esta conversación de generalidades pasaron a pormenores muy interesantes, y la nueva vida para ambos comenzó al día siguiente. Muy de mañana, tal y como lo había indicado Juan, José Alonso llevó a Luis y a sus cuatro acompañantes ante el capo que ya los esperaba en su oficina.

La noche anterior, Luis, como ya se dijo, se había hecho acompañar de María, sus cuatro acompañantes y José Alonso. Por capricho de Luis, se habían quedado a dormir en la enorme recámara que *El Amable* tenía siempre dispuesta en los terrenos de Sendero Nacional, por lo cual no tuvieron ningún problema para estar a las siete de la mañana en la oficina de Juan, la cual estaba a unos cuantos metros de distancia. María y Luis pernoctaron y se amaron con locura en otro dormitorio, mientras José Alonso, los primos de Luis, *El Checo* y *El Compadre* seguían la juerga. Poco antes de las siete de la mañana, Luis ordenó que a bordo de un vehículo llevaran a María a su residencia, prometiéndole verla más adelante, después de hablar con Juan.

Luis y Juan hablaron a solas por varios minutos, mientras José Alonso, en su papel de jefe de la escolta personal de Juan, daba diversas órdenes a su veintena de duros hombres. Entre otras, que prepararan la camioneta blindada y sus armas, porque trasladarían al *Señor* a la pista aérea La Rosita, a donde

le esperaba su avión privado.

El sol ya había dejado por completo los bordes de las montañas, cuando una caravana de cinco vehículos salía de los terrenos de Sendero Nacional. En medio de la fila iba el auto de Juan acompañado de Luis y José Alonso. En otro iban *El Negro, El Profe, El Checo* y *El Compadre.* Todos los miembros de la escolta comandada por *El Amable* portaban radios y aparatos celulares, con los cuales se comunicaban a través de ciertas claves que indicaban peligro, ayuda, fuga, acelerar, alarma, etcétera. Era un sistema de comunicación perfectamente organizado. Cuando convenía que los autos se alejaran los unos de los otros, decían una clave; cuando necesitan obrar juntos, era otra. La apariencia de los guardaespaldas era de "ayudantes" de hombres de negocios o ganaderos pacíficos que venían de fuera en busca de invertir o ganado; las armas cortas las llevaban ocultas en la cintura o en fundas sobaqueras, y las metralletas apenas asomaban por entre sus largos sacos o abrigos.

Por instrucciones precisas de *El Amable*, habían convenido en no maltratar, herir ni matar a nadie, a no ser en caso de que la vida de Juan peligrara o en defensa propia. Cuando encontraban a miembros de otros grupos rivales igual de armados que ellos, apenas y los miraban o disimulaban de plano no verlos para evitar enfrentamientos inútiles; pero al desgraciado que iba sin armas y que fácilmente le conocían el miedo en la cara, y cometía la estupidez de atravesárseles, le daban una paliza y lo dejaban tirado en cualquier callejón. Todas estas eran mañas de la mayoría de la gente de Juan, que habían sido delincuentes desde muy temprana edad y habían estado en la cárcel. Antes de integrarse al cártel del Golfo, por una corta temporada, habían vuelto a la vida quieta y honrada, como jornaleros en los campos de labranza, obreros de fábrica o policías municipales.

Matamoros, en la época de la que vamos hablando, como en la actualidad, era una ciudad fronteriza que carecía de infraestructura que generara empleos bien remunerados, por lo que los hombres pocas esperanzas tenían de mejorar su situación económica; así, hombres ambiciosos como Juan, al

ofrecer grandes cantidades de dinero a cambio de que con fidelidad trabajasen para ellos, tenían el monopolio del abuso, la brutalidad y el asesinato. Eran los dueños y señores de Matamoros, del estado de Tamaulipas, de toda la franja fronteriza y del país en general. Sin embargo, las hazañas de Juan y sus hombres no dejaron de saberse, y ya se decía en todo el país, que Matamoros era la sede del más violento de los cárteles de la droga del país. Por lo mismo, sus cómplices incrustados en el Gobierno, en la milicia y en la policía, de diversas formas le encargaban mucho que se cuidara.

Pero contento con el buen resultado de sus hazañas, e ignorando por completo los abusos de su gente y las advertencias de sus escandalizados cómplices, Juan decidió darles vuelo y mejor organización. Para ello habían llamado a Luis, quien esa mañana le acompañaba a bordo de su lujosa camioneta blindada a la pista La Rosita, desde donde partiría al Distrito Federal para entrevistarse con los hombres del Gobierno federal. Pero cuando llegaron a la zona del aeropuerto, antes de descender del vehículo, muy serio le dijo a José Alonso:

-Don Pepe, me voy a la ciudad de México durante una semana. Y como don Luis se queda con nosotros, se lo encargó como si fuera yo mismo. Olvídese de la oficina y del trabajo, dediqúese en cuerpo y alma a don Luis, ¿me entendió?

José Alonso realmente se sorprendió, porque durante los meses que tenía de trabajar para Juan, jamás éste había viajado solo, sin él. Y más aún, le había pedido suspendiera sus muchas actividades pendientes y sólo se dedicara a atender a Luis. Entre contrariado y hasta con enfado, le dijo que no se preocupara, que se haría como él lo ordenaba.

No es que José Alonso no quisiera acompañar a su amigo, o platicar y recordar con él los tiempos idos que juntos vivieron muchos años atrás. Lo que rechazaba era el hecho de que a un hombre duro y temido como él, se le ordenara servir de “nana” a su viejo amigo. Tal vez fue la contrariedad o el enfado que demostraba la seriedad de su cara, que una vez que Juan abordó su lujoso avión particular de cuatro plazas, Luis, siempre acompañado de sus inseparables primos, *El Checo* y

*El Compadre,* sonriendo, le dijo mientras le ponía su brazo en el hombro, muy su manera de expresar afectuosidad:

-Quite esa cara, mi amigo. Yo lo que menos quiero es una “nana”, sino simplemente su amistad. Mientras regresa don Juan, quiero que usted (con José Alonso rara vez usaba el “usted” cuando a él se dirigía, como una forma más de expresarle sincera amistad, no por otra cosa) y yo andemos juntos. Claro, si a usted le conviene, y si no, nada más dígamelo y me marcho con mis muchachos a otra parte.

Un tanto apenado, José Alonso cambió su serio semblante y le contestó:-No, nada eso, Luis. Somos amigos y con mucho gusto te acompaño a dónde tú mandes.

-Okey, okey. Ya estuvo-dijo Luis, ya con seriedad, retirando su mano del hombro de José Alonso-. Pero antes quiero pedirle otro favor más. Mire, mi *Amable,* le encargo a mis primos. *El Negro* tiene muchos enemigos y líos; no quiere creer que tiene más enemigos dentro que fuera del grupo. También vigíleme a *El Profe.* Los dos, además de mis primos, son mis hombres de absoluta confianza.

Al escuchar que eran citados, los dos aludidos que junto con *El Checo* y *El Compadre*, discretamente se habían alejado un par de metros para que Luis y *El Amable* pudieran platicar, se acercaron para saber de qué se trataba. José Alonso estudió el rostro malhumorado, de granito, de *El Negro*, y el del bonachón y hasta gentil *Profe,* y se preguntó cómo dos primos hermanos podían ser tan diferentes.

Elías, *El Profe,* tenía unos treinta y cinco años, de figura robusta y facciones regulares. Su casi un metro ochenta de estatura y trato amable y discreto, pero sobre todo por su generosidad, le había permitido ganarse muchos amigos entre la gente de bien y el mundo de los mafiosos, a donde realmente se le quería y estimaba. Su pelo ondulado, separado por una raya en medio, tez aperlada, y elegante forma de vestir y calzar, le hacían ver como los artistas que aparecen en la televisión, no obstante los gruesos lentes que se veía obligado a usar. Se había graduado como profesor, de ahí su sobrenombre, pero dejó su profesión cuando su primo Luis le pidió ayudara a organizar su grupo delictivo y manejar las finanzas del mismo,

lo cual venía haciendo desde hacía años atrás.

José Luis, *El Negro*, tenía casi la misma edad de Luis, treinta años. Era más bajo que su primo Elías, pero más sólido que un muro de piedra; parco en palabras, pero leal a Luis, y más que cruel y brutal para con sus enemigos. A través de su mirada fría, bien que ocultaba su disposición a dar la vida por sus amigos. Aunque no tan elegante como Elías, gustaba vestir ropas caras. Por su demostrada lealtad, era el hombre de la absoluta confianza de Luis, a cuya seguridad personal le dedicaba todo su tiempo. De ahí que estaba un poco celoso por la deferencia que su primo le brindaba a José Alonso.

De Sergio, *El Checo* Gómez y Óscar, *El Compadre,* más adelante nos ocuparemos con más detalles, todo esto con la finalidad de no cortar la secuencia de nuestra narración que nos ocupa en este momento. Así, pues, continuemos.

-Le doy mi palabra, Luis, que nada les pasará a sus dos primos, se lo juro-dijo con emoción José Alonso.

-Gracias, *Amable,* sé que así será-contestó realmente agradecido Luis-. Si usted necesita algo, sólo hágaselos saber. Ellos están para servirle.

Por vez primera, el rostro duro, impenetrable, de piedra podría decirse, de *El Negro* se contrajo cuando intentó aflorar una sonrisa y, mirándole fijamente, le dijo a José Alonso no sin cierto orgullo, pero con respeto y voz ronca:

-Mire, *Amable,* a mí nadie, salvo mi primo Luis, me da órdenes. Pero a partir de hoy, aceptó que usted también lo haga y téngame como su amigo-dijo extendiéndole la diestra.

-Por mi parte, gracias, don José-dijo *El Profe* muy respetuosamente, mientras sonreía y le saludaba con un fuerte apretón de manos.

-Mis primos ya dijeron que sí, y ahora puedes estar seguro de contar con ellos. Los conozco, *Amable*-dijo Luis, mientras caminaban hasta donde esperaban dos vehículos en los que partirían los seis.

Una semana después, apenas regresó Juan de su viaje por la ciudad de México, estando acompañado de Javier Hernández,

hombre dedicado a las relaciones públicas de la organización, primo hermano de Saúl Hernández (ex socio de Luis, muy creyente del satanismo y la magia negra que practicaban policías federales y del estado de Tamaulipas, sacrificando lo mismo a niños que adultos); Emilio López Parra, primo de Juan, ex jefe de la DFS y comandante en activo de la PJF en Nuevo León, su secretario de éste Saúl, *El Saulillo*, y los licenciados Luis Esteban García Villalón, y Reyes, le dijo a José Alonso:

-Don Luis se queda con nosotros, Pepe, y me pidió que te fueras con él. ¿Qué opinas tú?

Aunque en realidad la petición no le causó sorpresa, a José Alonso le ofendió la simple pregunta. ¿Acaso no le había demostrado lealtad durante todos aquellos años? ¿O es que era Juan quien en realidad deseaba que le dejara? Si bien era cierto que los días que, en su ausencia, él se había divertido de lo más lindo en compañía de Luis, haciendo el amor con las mujeres más hermosas, asistiendo a las carreras de caballos, a los palenques, suntuosas fiestas y bebiendo los mejores y más caros licores del mundo en los hoteles y bares más suntuosos del país y Estados Unidos, también lo era que todo esto lo había hecho al término de largas jornadas de trabajo que ya comenzaban a rendir frutos a la organización. Además, si había combinado el trabajo con el placer, lo había hecho por órdenes expresas de Juan, con la anuencia de ese hombre que ahora le pedía su opinión de algo que él ya había decidido. ¿Entonces cuál era su falta?

Lo que ignoraba José Alonso, era que Juan y Luis sabían valorizarlo adecuadamente. Juan nunca lo hubiera soltado, de no haber tenido una fe absoluta en la habilidad de Luis para incrementar el poder de la organización. Luis, por su parte, había pedido a su socio que le "prestara" al jefe de su escolta durante las últimas semanas para "calarlo", y estaba sorprendido de todo lo que su amigo sabía sobre las complejidades del negocio. Era, pues, realmente importante tenerlo a su lado, para llevar a cabo los planes de expansión tantas veces hablados entre ellos dos.

A los hombres más cercanos a Juan les encantó la noticia del

enroque. Apreciaban a José Alonso, pero también le temían por su probada lealtad al capo, y no podían evitar el pensar que esa fidelidad podría afectarles, cuando se enterara que estaban haciendo una fortuna regenteando (cobrándoles cien mil y hasta doscientos mil dólares) a los pequeños narcos que solicitaban el apoyo o la protección de Juan; o robando parte de la mercancía que luego revendían entre los principales grupos rivales. Otros creían que José Alonso era el responsable de que Juan no les hubiera autorizado crear su propio grupo independiente al cártel del Golfo, cuando en realidad Juan era quien había decidido que eso no era posible de momento.

-Si Luis quiere que me vaya a trabajar con él-dijo *El Amable*-¿por qué no me lo dijo a mí personalmente?

-Si no me lo hubiera pedido a mí, él cree que me hubiera ofendido. Y, además, ustedes dos son viejos amigos que se entienden muy bien.

-¿Usted quiere que me vaya a trabajar con él?

-Vamos a expandir el negocio-dijo con orgullo Juan-. Abarcaremos todo lo que podamos; en este gobierno tenemos muy buenos amigos dispuestos a ayudarnos. Tú no tienes que preocuparte por tu posición. Naciste en Matamoros, por lo que conoces bien todo el estado y la franja fronteriza, a su gente y sus autoridades. Cuando estés con don Luis, tú serás su brazo derecho.

Hasta entonces, José Alonso apoyó la espalda en su sillón. Y aunque trataba de disimularlo, en un intento de no descubrir una reacción de la naturaleza humana, su rostro reflejaba la satisfacción que le embargaba. Pensó que su momento tantas veces buscado estaba punto de llegar. En un futuro muy próximo se movería en las altas esferas del narcotráfico organizado no sólo nacional, sino del mundo entero.

Juan prosiguió:

-Tú y la gente que selecciones, deben de estar a lado de don Luis durante el tiempo que sea necesario, sin hacer preguntas y sin reservas de ninguna clase. Transcurrido ese periodo, te podrás separar de la organización y formar tu propio grupo, si así lo deseas. Desde luego, Pepe, creo que no es necesario decirte que nuestra amistad no se romperá. Pero antes de que te

me vayas, Pepe, quiero te traslades de inmediato a Orlando, Florida, para que me finiquites el asunto que está pendiente con Erasmo.

Juan puso la mano en el hombro de su hombre y agregó con voz grave:

-Estoy preocupado por Erasmo, piensa que ya es el rey, que lo tiene todo resuelto. Bebe en exceso, ¿no? Además estoy seguro de que duerme muy poco, consume *base* y se ha rodeado de un grupo de policías viciosos y desmadrosos-y mientras hablaba movía su leonina cabeza en un reiterado movimiento de desaprobación-. Ahora quiero que sigas mis órdenes. Quiero que vayas a Orlando durante unos días. Es necesario que no te le separes a Erasmo, le gusta tu compañía, y te enteres algo o mucho del mundo en el que se mueve. Es muy posible que lo que aprendas te sirva incluso para moverte mejor en tus futuras actividades con Luis. Pero nada de desmadres, y mucho menos de alcohol o de putas en exceso. Después de informarme debidamente, podrás irte con Luis al que ya le urge te integres a trabajar con él. ¿Hecho?

José Alonso comprobó una vez más que a Juan no se le escapaba nada relacionado con sus hombres. Era un tipo muy bien informado; si decía una cosa era porque en efecto estaba sucediendo o estaba por llevarse a cabo. No obstante, se atrevió a insinuar:

-Erasmo es buen tipo, don Juan. No creo que esté consumiendo droga ni haciendo algo por lo que deba preocuparse.

-Es simplemente un hombre con debilidades, como cualquier otro-dijo Juan, suavemente-. Si me preocupo es porque le estimo, y quiero evitar que se meta en problemas.

## 4.-Pablo Girón Ortiz; agosto de 1987 a enero de 1988

Afínales de agosto de 1987, en su casa de la ciudad de México,

el agente federal Pablo Girón Ortiz recibió una llamada telefónica de su viejo amigo y cómplice David Wheeler, el estadounidense al que doce años atrás, 1975, en Guadalajara le había presentado Esteban Guzmán, uno de los comandantes de la DFS de mayor confianza del entonces subdirector y a la postre director de esa policía, el principal cuerpo de seguridad del Estado mexicano: Miguel Nazar. Le hablaba desde San Diego.

En perfecto español, el gringo, un tipo de cuarenta y cinco años, alto, delgado, pelo negro y barba poblada, le dijo que tenía algo muy importante que tratarle y que si le interesaba escucharlo le mandaría un boleto de avión para que viajara a California, donde le esperaría. Suponiendo de qué se trataba, Pablo Girón aceptó y días después, el 2 de septiembre, llegó a una casa de San Diego, donde estaba el estadounidense y un desconocido al que le presentó como “Jorge Rodríguez”.

Después del consabido saludo, apretón de manos, beberse unos tragos y recordar los viejos negocios que juntos hicieron a lado de

Nazar Haro, la discusión entre Pablo Girón y su anfitrión se centró en la posibilidad de reiniciar esos negocios. Es decir, introducir grandes cantidades de droga al territorio estadounidense. El desconocido casi no hablaba ni mucho menos opinaba, y cuando lo hacía sus palabras eran más bien los monosílabos “sí” o “no” o para decir “salud”, al empinarse su “caballito” de tequila.

Girón Ortiz, de unos cuarenta y dos años, estatura mediana, complexión regular, tez morena, pelo negro y lacio, no tenía por qué sospechar de David Wheeler. Era el mismo traficante de siempre. Así que Girón Ortiz, con absoluta confianza, le confirmó que él tenía la posibilidad de conseguir grandes cantidades de cocaína, y podría arreglar que fueran entregadas por la vía marítima, en barcos de la Armada mexicana, puesto que tenía excelentes relaciones con influyentes priístas y era “muy amigo de funcionarios importantes del gobierno mexicano”.

Pero Girón Ortiz se equivocaba. Su antiguo compinche, y el silencioso “Jorge Rodríguez”, trabajaban para la DEA y el

Departamento de Aduanas en San Diego. Y estaban grabando en video todas sus palabras y movimientos.

Ignorando todo esto, el locuaz ex agente de la DFS ahora detective de la PJF, siguió hablando de sus muchos contactos mexicanos, de los altos jefes militares y de la Policía que le apoyaban. También se ufanó de lo que esperaba del próximo presidente de la República de México, el entonces secretario de Programación y Presupuesto Carlos Salinas de Gortari, que sonaba fuerte para suceder en la Presidencia de la República al licenciado Miguel de la Madrid, en diciembre de 1988.

Pablo Girón regresó a San Diego el 21 de septiembre. Le acompañaban Héctor Brummel Álvarez y Efrén Méndez Dueñas. El primero se presentó como influyente priísta y amigo de buen número de importantes políticos mexicanos; Efrén, por su parte, dijo ser abogado y que radicaba en Bolivia, donde era miembro del grupo más importante en el tráfico de cocaína. En la reunión, además de Wheeler, estaba "Jorge Rodríguez" (que en realidad se llamaba Jorge Urquijo y era agente encubierto del Departamento de Aduanas de San Diego) y "Luis N." (en realidad Michael Levine, agente encubierto de la DEA; amigo de Sante Bario y Camarena Salazar, asesinados en 1978 y 1985, respectivamente).

El trabajo encubierto de Unquijo y Levine, formaba parte de la llamada *Operación Trifecta* que simultáneamente la DEA llevaba a cabo en Bolivia, donde ambos habían logrado penetrar a La Corporacion, la organización del capo Roberto Suárez Gómez, *El Rey de la coca,* quien con el apoyo de la CIA desde 1980 mantenía el poder político en su país. Los laboratorios de La Corporacion producían un promedio de cuatrocientos kilogramos de cocaína, y era sólo una pequeña parte de la producción de ese grupo al que los dos agentes de la DEA habían comprometido a venderles quince toneladas de la droga, por las cuales se les había exigido como primer pago cinco millones de dólares, que deberían entregar a Remberto Rodríguez, estrechamente vinculado con el presidente panameño Antonio Noriega, entonces aliado del gobierno estadounidense, y algunos narcotrafican-tes mexicanos. Por eso estaban ahí, en San Diego, Urquijo y Levine, por mediación del

agente federal Pablo Girón Ortiz, para llegar hasta éstos y descubrirlos. Al menos esa era la intención de Urquijo y Levine, después de tres meses de trabajo encubierto.

Como en la reunión anterior, los movimientos y las palabras de los visitantes eran puntualmente grabados en video. Y como ninguno de los tres mexicanos sospechaba absolutamente nada, se desplayaron en el asunto que allí les había llevado.

-Mire mi amigo-aclaró Héctor Brummel, dirigiéndose al gringo que le miraba atentamente con sus ojos claros-, de momento es imposible trasladar la mercancía en barcos de la Armada, no por nosotros sino porque en México son tiempos del *destape* presidencial, y hay que guardar las formas, ¿me entiende? Sin embargo-agregó con firmeza-, lo podemos hacer, sin problema alguno, a través de aviones nuestros.

Con un movimiento de cabeza, el abogado mexicano radicado en Bolivia, Efrén Méndez Dueñas, confirmó lo dicho por Brummel, el influyente priísta. Y como una forma de cerrar el compromiso, de inmediato, Pablo Girón entró al quite de sus compinches.

-Yo por mi parte, me comprometo a conseguir el lugar en México, donde pueda aterrizar y abastecerse de combustible el primer avión.

Los falsos narcos, se dijeron satisfechos y después, como si no fuera la gran cosa, preguntaron algunos detalles más de la operación y hasta les propusieron a los mexicanos que se quedaran un día más en San Diego, para afinar otros detalles. Los visitantes estuvieron de acuerdo. Pero antes de retirarse a su hotel, Pablo Girón se permitió fanfarronear.

-La verdad, “Luis” (Levine-DEA), estoy bien *parado* en México. Espérate a que el licenciado Salinas de Gortari sea Presidente, y me nombrarán jefe de la policía en Tijuana. Te lo digo, mi “Luis”, para que vayas pensando en más negocios.

Durante la reunión del día siguiente, en la que se elaboró una agenda para los próximos meses, el fanfarrón fue el abogado Efrén Méndez. Con ínfulas de gran señor, presumió el alcance de su organización (La Corporacion) y sus contactos que ésta tenía con el gobierno boliviano, así como los militares y los grupos paramilitares de aquel país sudamericano.

Al día siguiente, 23 de septiembre de 1987, regresaron a la ciudad de México. Creían que estaban en camino de realizar un negocio de grandes envergaduras. Ignoraban, claro, que eran objeto de una traición.

¿Qué había sucedido durante los últimos años con David Wheeler? ¿Por qué de confiable narco se había convertido en traidor, en *dedo* del gobierno estadounidense al que en sus años mozos, en los sesenta, decía odiar; años en los que con un grupo de jipis había viajado a Oaxaca en busca de peyote y los hongos alucinógenos? Muy sencillo: meses antes, en Oklahoma, la DEA le había detenido traficando con narcóticos. Cuando comenzó a declarar, hizo tan tremendas revelaciones a sus captores sobre las mafias sudamericanas y mexicanas, que la agencia antinarcóticos creyó conveniente utilizarlo como un valioso instrumento para combatir a las organizaciones criminales latinoamericanas. Por supuesto que cuando le propuso se convirtiera en informante de la DEA, el gringo rechazó el ofrecimiento y blasfemó y gritó que no era "ningún pinche delator".

-Váyanse a la mierda-le dijo a Joseph Robles, agente especial del Departamento de Aduanas en San Diego, que con el permiso del juez que le estaba procesando había logrado entrevistarlo en su celda de la prisión.

Pero cuando se le advirtió que su sentencia podría alcanzar los veinte años de prisión y se le ofreció que a cambio de su ayuda ésta podría reducirse sustancialmente, la endeble lealtad hacía sus compinches se desmoronó como un castillo de arena. Con tan generoso ofrecimiento, Wheeler no lo pensó dos veces. Aceptó entregar en charola de plata la cabeza de sus antiguos cómplices y amigotes.

Para demostrar su disposición de traidor, en sus sorprendentes declaraciones primero recordó su vieja amistad y complicidad con el ex jefe de la desaparecida DFS, Nazar Haro y sus principales colaboradores; después reveló la forma de operar de los principales jefes de las mafias mexicanas con los más altos jefes militares y de la policía, entre ellos el

comandante Ventura Gutiérrez, jefe de la PJF y de la Interpol-México. Habló también de su estrecha relación con Girón Ortiz, y hasta sugirió que con él se trabajara para llegar a los militares y policías metidos en el negocio. Y en eso estaba en aquel otoño de 1987.

Así que grabación y video de por medio, durante el mes de octubre, el gringo se comunicó en repetidas ocasiones con los mexicanos, en especial el abogado Efrén Méndez, que podría llevarlo hasta las entrañas de La Corporación boliviana, y Pablo Girón, que le acercaría a los militares y policías que brindaban protección a los narcotraficantes. En una de estas llamadas telefónicas, Efrén le insistió en que viajara a Bolivia, para conocer su centro de operaciones. Para no despertar sospechas con un manifiesto interés, Wheeler declinó la invitación, argumentando que de momento le era imposible viajar fuera del país. En otra, el 17 de octubre, Efrén le informó que ya tenía listo el primer cargamento de cocaína, por lo que habría que apurar a Pablo Girón para que consiguiera el lugar donde aterrizaría y abastecería de combustible el avión. Dos días después, Wheeler le habló a Pablo para informarle al respecto. El 24, Pablo le devolvió la llamada a San Diego, y le dijo que necesitaba saber las características técnicas del avión en el que se transportaría el cargamento y el lugar exacto del aterrizaje. Y sin que viniera al caso, le presumió que ya había hablado con funcionarios cercanos al candidato presidencial del PRI, Salinas de Gortari, quienes le habían asegurado que una vez en la Presidencia el licenciado Salinas, Héctor Brummel Álvarez tendría un buen puesto en la nueva administración.

Para no levantar suspicacias, aunque le interesaba saber más al respecto, Wheeler evitó profundizar sobre esto último. En cambio, mostró interés en saber qué tipo de protección tendría la operación en México, en alusión clara al avión con el cargamento procedente de Bolivia.

-Militar-contestó con seguridad Pablo Girón.

Terminaba el mes de octubre cuando Wheeler le habló a Pablo para informarle sobre las características del avión. Sería un Merlín 3-B, que necesitaba dos kilómetros de pista para

aterrizar y requería de quinientos cincuenta galones de combustible. Pablo, que presumía de estar muy ocupado con la próxima campaña presidencial de Salinas de Gortari, tal vez presintiendo algo, le advirtió que ya no le llamara desde su casa, porque los telefonemas no eran seguros. Wheeler cambió la grabadora al teléfono de otra casa proporcionada por la DEA y desde ahí le volvió a llamar. Quería saber quiénes eran los militares que les brindarían la protección y el lugar exacto donde aterrizaría la aeronave.

-No te preocupes, David. Son comandante de diferentes zonas militares, que mi compadre Brummel y yo hemos contactado-dijo-. Aún no hemos decidido si será en Tlaxcala o en Oaxaca, aunque también podría ser en el estado de México. Por cierto, David-agregó-, el general quiere conocer al piloto que hará la operación, para que no haya problemas de última hora.

-¿El general? ¿Quién es el general?-preguntó con vivo interés Wheeler.

-Sandoval-respondió Pablo.

-¿Sandoval?-repitió Wheeler-¿Y qué cargo tiene?

-Es gente del general Juan Arévalo Gardoqui-contestó orgulloso Pablo, para luego agregar-. Toda la gente con la que hemos hablado es cercana a Arévalo Gardoqui, todos son de confianza, no te preocupes.

-¿Y quién va a pagarle a esa gente?

-Yo coordinaré personalmente ese asunto, cuando el teniente coronel Carranza se comunique conmigo. Sandoval y Carranza son muy amigos de los comandantes de zona-aseguró Pablo.

-Oye, Pablo-preguntó Wheeler como muy quitado de la pena-¿quién controla la droga en México?

-¡Quien a de ser: Florentino Ventura!

-¿Todavía es Florentino?

-¡Todavía!-contestó Pablo.

Días después, a principios de noviembre, Pablo le habló a Wheeler para informarle que ya tenían lista una pista ubicada en Huatulco, Oaxaca. Le explicó que se utilizaría un aeropuerto comercial controlado por militares amigos, que exigían que en el avión se pusieran algunos televisores y videograbadoras,

para que los soldados creyeran que se trataba de un cargamento de fayuca. También le destacó que la aeronave tendría cinco horas de plazo para aterrizar y si no lo hacía dentro de ese plazo no habría protección.

Durante esa larga conversación, Wheeler intentó de diferentes formas sacarle más información a Pablo, por ejemplo los nombres de los funcionarios públicos que le estaban ayudando, pero el mexicano se limitó a decirle que “era gente de muy alto nivel”. Cuando le preguntó sobre el puesto que ocuparía su compadre Brummel después de la campaña presidencial, Pablo se fue de la boca.

-Mi compadre es un chingón. Será jefe de seguridad de Salinas y yo seré su ayudante. Actualmente soy policía judicial, pero estoy comisionado en la campaña presidencial del candidato del PRI.

Mientras todo esto sucedía, “Luis N.” y “Jorge Rodríguez”, también vía telefónica, hablaban con Efrén Méndez respecto al costo del cargamento. El 13 de noviembre se pusieron de acuerdo y los dos agentes encubiertos viajaron a Panamá para cerrar el trato. Cuatro días después, el 17, se cerró la operación por cinco toneladas de cocaína que habrían de entregarse en diferentes envíos. En el club de Yates “Balboa”, donde se cerró el convenio, conocieron a Jorge Román Salas, uno de los jefes de La Corporación de Bolivia.

El primer vuelo estaba programado para el 30 de noviembre, y el aterrizaje se efectuaría en Huatulco. Pero el piloto tuvo contratiempos y el vuelo se pospuso, ante el fingido enojo de Wheeler. Seis días después, Pablo le habló para informarle que Huatulco se cancelaba, porque la DEA había establecido dos helipuertos en el área, pero que buscaría otra pista más segura.

Para aprovechar la espera, el 22 de diciembre, el gringo-a instancias de Efrén Méndez-viajó a Bolivia para conocer los laboratorios de La Corporación. El 26 llegó a México y se reunió con Héctor Brummel y Pablo Girón, en el hotel “Galería Plaza”, que estaban acompañados del coronel retirado del Ejército y nieto de Venustiano Carranza, Jorge Carranza Peniche. Después de la presentación de rigor, el coronel dijo a Wheeler:

-Vengo en representación del general Juan Poblano Silva, jefe de la zona militar de Puebla, el lugar que nuestros amigos-dijo mirando a Pablo y a Brummel-escogieron para hacer aterrizar el avión. En un par de días-agregó viendo de nuevo a Wheeler-, otro compañero le llevará al terreno, para que personalmente usted seleccione el tramo indicado.

En efecto, el 28 de diciembre, en un restaurante en las afueras de la ciudad de México, Wheeler se reunió con Héctor, Pablo y el nieto del ex presidente Carranza que había llegado acompañado del teniente coronel Salvador de la Vega.

-Por órdenes de mi general Juan Poblano Silva, soy el encargado de la operación-dijo a Wheeler con seriedad el teniente coronel. Después, lo invitaron a comer las ricas viandas que se habían encargado para agasajar al pérfido estadounidense.

Una hora más tarde, abordaron un auto que los llevó a la carretera que une a Tecali con Santo Tomás Chautla. El teniente coronel y Wheeler seleccionaron el tramo que sería utilizado como pista de aterrizaje. Carranza Peniche explicó cómo se haría el operativo militar después de cerrar la carretera con tropas y vehículos oficiales. El teniente coronel insistió en que en el avión se trajeran aparatos electrónicos, para que la tropa creyera que se trataba de fuyca, ya que esa carretera con frecuencia se utilizaba para esos menesteres. Después rentaron una avioneta e hicieron un reconocimiento aéreo del lugar. Wheeler se mostró satisfecho por la elección, mientras discretamente palpaba la diminuta pero poderosa grabadora que funcionaba desde una de las bolsas interiores de su americana. Todo se había grabado.

Al día siguiente, en el "Galería Plaza", el nieto del ex presidente Carranza y los tres narcos se reunieron nuevamente con Wheeler. Tenían otras cosas igual de importantes que tratar: el millón de dólares que se pagaría al general Juan Poblano Silva, y la forma cómo se garantizaría el éxito completo de la operación. Después de algunas deliberaciones, se pusieron de acuerdo: En San Diego, se entregaría medio millón a Pablo, Héctor o Efrén; uno de ellos volvería a México mientras dos se quedaban como rehenes; una vez que el avión

aterrizara y se abasteciera de combustible, se pagaría el otro medio millón; cuando la cocaína llegara a San Diego, los dos rehenes serían liberados.

Para ultimar detalles con “Luis” y “Jorge Rodríguez”, Pablo, Héctor y Carranza Peniche llegaron al barrio residencial La Jolla, el 10 de enero de 1988; Efrén, el jefe de La Corporación de Bolivia, Jorge Román Salas y dos bolivianos más, no habían podido llegar por problemas migratorios. El nieto del ex presidente Carranza llegó vestido con uniforme del Ejército mexicano. Al poco rato, al ver que Efrén y sus acompañantes no llegaban, los mexicanos y Wheeler se fueron a gastar algunos dólares en Las Vegas.

Durante tres días, en un lujoso hotel de San Diego, los tres mexicanos esperaron la llegada de Efrén y los bolivianos. Wheeler, “Luis” y “Jorge Rodríguez”, con preocupación, les pidieron que tuvieran paciencia. Aceptaron esperar un día más. Horas más tarde, el 14 de enero, llegaron a San Diego, Efrén, Jorge Román Salas y sus dos acompañantes, los bolivianos Antonio Ayala y Mario Vargas. Para evitar reunirlos con sus cómplices, Wheeler y otros agentes encubiertos los trasladaron a una residencia del suntuoso barrio La Jolla. Después fueron al hotel donde se hospedaban Pablo, Héctor y Carranza Peniche, para entregarles el medio millón de dólares, como adelanto del pago para el general Juan Poblano Silva. Cuando los mexicanos abandonaban el hotel, fueron arrestados por agentes estadounidenses.

Dos horas después, se repitió la misma operación con Efrén y los tres bolivianos, a quienes Wheeler, “Luis” y “Jorge Rodríguez” les habían entregado un millón de dólares, como parte de los cinco que recibirían por una tonelada de cocaína. Cuando recibían el dinero fueron arrestados. Dos días después, Wheeler viajó a Bolivia, para guiar a los agentes de la DEA y el ejército boliviano hasta los laboratorios de La Corporación. La encubierta operación había sido un éxito.

En las posteriores semanas vendría el juicio penal en contra de los detenidos; Wheeler y los agentes federales encubiertos

presentarían como pruebas las grabaciones y los videos obtenidos durante la operación que había durado seis meses. En las grabaciones y videos se revelaban los nombres de los políticos, militares y policías implicados en la protección al narcotráfico en México, de los que destacaba el del comandante Ventura, jefe de la PJF y la Interpol-México, la policía internacional mexicana. Pero como el gobierno estadounidense consideró al escandaloso asunto como de alta seguridad, la prensa y la sociedad mexicanas jamás se enteraron.

Conocido por el gobierno federal (que ese año organizaba las elecciones para elegir nuevo Presidente de la República), el contenido de las grabaciones y videos de la DEA, en las que se revelaban los nombres de los políticos, militares y policías implicados en la protección al narcotráfico en México, entre ellos el secretario de la Defensa, Arévalo Gardoqui y el jefe de la PJF, Florentino Ventura, por extraño que parezca, en 1988, en un plazo de tres meses, ocho aeronaves cargadas con cocaína colombiana se desplomaron en tierras chihuahuenses, plaza controlada por el grupo de Guadalajara, mediante Amado, sucesor de Pablo Acosta, protegido por Arévalo Gardoqui. El 11 de junio, en el aeropuerto internacional de la ciudad de Chihuahua, se arrestó al subjefe de narcóticos de la PGR, Ángel Villa Barrón. Se le acusó de operar para Miguel Ángel.

En agosto del mismo 1988, *The Washington Post* publicó una nota fechada en Ciudad Juárez, en la que revelaba la estrecha colaboración de los traficantes de esa frontera con sus contrapartes colombianas. “Las extensas operaciones de narcotráfico aquí, han convertido a México en la primera fuente como país trampolín del tráfico de heroína y mariguana que entra a los Estados Unidos y un punto preferencial para la transferencia de cocaína”, decía el rotativo norteamericano.Por su parte el gobierno estadounidense presionaba a su homólogo colombiano, al que exigía la pronta captura para su posterior extradición de los jefes de los cárteles de Medellín y de Cali, en especial Pablo Escobar.

## 5.-Ventura, en problemas; ciudad de México, enero de 1988

Edward Heath, jefe de la DEA en México, se encontraba sentado en una de las mesas del bar Ambassadeur, ubicado sobre la avenida Reforma, a un lado del periódico *Excélsior*. Esperaba al comandante Ventura, para comentarle algo muy delicado que recién se le había enterado, aunque dudaba no lo supiera ya. De paso-pensaba mientras aguardaba-se tomarían unas cuantas copas, como acostumbraban hacerlo con alguna frecuencia.

La noche ya estaba bien entrada. Edward había llegado antes y le esperaba, viendo a las mujeres del lugar. Un enorme hombre entró, ubicó al jefe de la DEA y se sentó en una mesa no muy lejos a la de éste. Dijo al mesero que no tomaría nada. Momentos después entró Ventura, miró alrededor, encontró al estadounidense y caminó a zancadas hasta él. Ambos se abrazaron riendo, dándose palmadas en la espalda, con respeto. Tomaron asiento y Ventura se disculpó por llegar tarde. Llamó al mesero y pidió whisky con soda, su bebida preferida.

El enorme hombre de la mesa cercana pidió un vaso con agua. Sus penetrantes ojos no miraban a nadie en particular y observaba todo y a todos, siempre listo para actuar al menor movimiento sospechoso.

Heath y Ventura bebían, brindaban y en voz baja hacían comentarios subidos de color y picardía, sobre las hermosas mujeres que solas o acompañadas allí degustaban. En sus años de permanencia en México, Edward había escuchado muchos relatos acerca de Ventura, algunos de ellos tan fantásticos que casi le hicieron dudar de la existencia de aquel hombre. Sin embargo, cuando le conoció y comenzaron a trabajar juntos, supo que todas aquellas increíbles anécdotas eran ciertas.

Conocía la historia de aquel afable y agradable comandante de la Policía Judicial Federal y jefe de la Interpol en México que, profesionalmente hablando, era frío, cruel e implacable. Sabía que era un policía que sólo recibía órdenes directas del

Presidente de la República y el Procurador General. Que era un hombre que entendía perfectamente y trabajaba para el poder. Que lo habían intentado asesinar infinidad de veces, lo mismo con bombas en su casa que a balazos. Que había luchado contra los guerrilleros en los años setenta y parte de los ochenta, contra los lenones y contra los barones de la droga. Que era tanto su poder, que en su trabajo era el único policía con licencia para matar. Que no temía morir. Que era un convencido de la existencia de Dios-había estudiado para sacerdote-y, sobre todo, que todo lo que hacía o dejaba de hacer era en beneficio de su patria, de México.

Ventura, por su parte, también conocía lo indispensable del jefe de la DEA en México, aquel arrogante hombre de complexión y estatura regulares-baja para los estandares anglosajones-y aires de conquistador. Sabía que Edward Heath era uno de los hombres mejor informados de la embajada de Estados Unidos en México. Que ocupaba tan importante y delicada posición en el país, en gran parte a sus vastos conocimientos sobre América Latina, su casi perfecto español, y conocida dedicación en todo lo que se proponía. Y que, no obstante su enorme poder e infaltables enemigos, no gustaba de traer guardaespaldas. De ahí que estuviera solo cuando esa noche llegó al Embassadeur.

Ambos pues, eran dos hombres que no se podían mentir. Por eso, a los pocos minutos, después de agotar los comentarios frívolos y picarescos sobre las mujeres del lugar, ya estaban comentando de los motivos de aquella reunión. Edward fue el primero en hablar al respecto, no sin inquietud, porque al fin al cabo tenía al diablo en persona muy cerca de él.

Edward sonrió nerviosamente mientras por sobre la mesa se inclinaba para hacer más confidentes sus palabras, y pareció sorprenderse y lanzar un suspiro de alivio al ver la asimétrica y amistosa sonrisa del comandante Ventura, tan impropia en un hombre que había ordenado tantas torturas y asesinatos “en bien de la Patria”.

-¿Supongo que ya está enterado de lo que David Wheeler ha dicho sobre usted, Nazar Haro y el general Juan Arévalo Gardo-qui?

-¿Y qué es lo que ha dicho ese jipi mugroso?-preguntó Ventura, simulando ignorar el contenido de las comprometedoras declaraciones del estadounidense detenido en Oklahoma unos meses antes.

-Que usted es quien controla la droga en México.

-¿Qué soy yo quien controla la droga?-preguntó Ventura con una falsa sonrisa-. ¿Un narcotraficante me acusa?

Al otro lado de la mesa, Edward no pudo evitar mentir, para no lastimar o enfurecer al duro y temible comandante.

-Los narcotraficantes hacen hasta lo increíble para *librarla* ellos. No olvide que el *jipi,* como usted llama a David Wheeler, hace ya algunos años fue uno de los hombres fuertes de Nazar Haro, cuando estaba al frente de la DFS. Lo detuvieron hace unos meses y desde entonces la DEA y el Departamento de Aduanas en San Diego, lo están utilizando para una operación de la que no tengo completo conocimiento.

-¿Y por qué su gobierno sigue utilizando a delincuentes para combatir el narcotráfico?-preguntó Ventura en tono cortante, sabiendo que su interlocutor estaba más que enterado de dicha operación.

El jefe de la DEA en México volvió la cabeza y sus ojos azules miraron a Ventura sin revelar emoción alguna.

-Porque tiene la creencia de que sólo de esa manera se puede llegar hasta los verdaderos jefes del narcotráfico en América Latina.
Cree que, muchas de las veces, esa gente realmente está protegida por poderosos policías como usted, comandante.

Los duros y negros ojos de Ventura querían penetrar, perforar al estadounidense, cuando con dureza le dijo:

-Yo no robo, no uso drogas ni tampoco acepto sobornos de nadie, y su gobierno bien lo sabe, Heath. Sí algún vicio tengo, son las mujeres. Así que no me venga usted con eso.

-No, no, comandante, no me malentienda usted-dijo en tono cordial Edwartd-. Ni mi gobierno ni yo dudamos de su integridad, de su honorabilidad. Me estoy limitando a informarle lo que ese *jipi,* como usted le dice a Wheeler, ha dicho sobre usted, y los motivos de Washington para echar mano de delincuentes arrepentidos en el combate al

narcotráfico, nada más.

-Hombres como Wheeler no sólo cometen crímenes, sino que atacan la honorabilidad y el prestigio de la gente. Se burlan de la ley, de los gobiernos y de las naciones. He sido policía por muchos años. Sé que algún día me matarán, porque he metido a la cárcel a verdaderos hijos de la chingada, como ese Wheeler. Ese es mi trabajo y con gusto lo seguiré haciendo, como hasta ahora.

-Vamos, comandante, no se exalte usted-dijo con énfasis Heath-. Mi gobierno sabe que sólo son chismes de un narcotrafican-te, a los que usted no debería darles valor alguno.

Por varios minutos más, y entre copa y copa, ambos siguieron hablando sobre el espinoso asunto. Ventura, molesto, defendiendo su honorabilidad y atacando a los “putos delincuentes arrepentidos”, que a cambio de la condonación de las penas impuestas por los jueces, “se dedican a manchar, a difamar naciones enteras como México”; Heath, conciliador siempre, a subrayar que tanto su gobierno como el mexicano, “necesitan policías duros pero honrados como usted, comandante”.

Después, para dar por terminada la incómoda conversación, ambos alzaron su respectivo vaso con whisky y los chocaron. El jefe de la DEA en México se disculpó por haber provocado aquellos ríspidos comentarios y Ventura, como una forma de aceptar las palabras del estadounidense, lo invitó a seguir la fiesta en otro lugar; invitación que con gusto aceptó Heath, que para entonces ya estaba un poco *alumbrado* por el whisky.